ROBERT PENN WARREN

Todos los hombres del rey

PREMIO PULITZER 1947

ESPA PDF

Todos los hombres del rey, la obra cumbre de Robert Penn Warren, está inspirada en una figura histórica: Huey Long, el que fuera autócrata gobernador de Louisiana.

El protagonista de la novela, Willie Stark, al igual que Huey Long, es un personaje de poderosa y compleja personalidad, bigger than life: orador adorado por las masas, dictador sin escrúpulos que se mantiene en el poder gracias a la corrupción y el chantaje, defensor de oprimidos, demagogo. Aunque, de hecho, la vida de Huey Long no

es más que un pretexto para una obra enteramente original centrada en el tema inagotable del conocimiento de uno mismo.

En una historia de creciente intensidad se entrelazan los destinos de tres hombres y una mujer. En el centro, Willie Stark, un joven abogado de origen humilde, apasionado por la política, que llega a gobernador del estado: un hombre atrapado entre sus sueños de justicia social y su despiadado afán de poder. Su poderosa vitalidad arrastra hacia él a Anne Stanton, a su hermano Adam y a

Jack Burden, vástagos insatisfechos de familias aristócratas. En contraste con Stark, Adam Stanton es el idealista puro para quien la idea, el verbo, debe quedar fuera de todo contacto con los hechos; Jack Burden, testigo y narrador, es un espectador desarraigado en búsqueda de una fe, que al final de la historia se verá obligado a adentrarse en la hoguera de la historia y afrontar el veredicto inexorable del tiempo.

Robert Penn Warren

Todos los hombres del rey

Premio Pulitzer 1947

ePub r1.0

Titivillus 18.04.16

Título original: *All the King's Men*
Robert Penn Warren, 1946
Traducción: Juan Rodríguez Chicago

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

A Justine y David Mitchell
Clay

Mentre che la speranza ha fior
del verde
La Divina Commedia,
Purgatorio, III

I

Mason City.

Para llegar a ella hay que seguir la carretera número 58, que sale por el Nordeste de la ciudad. Es una carretera buena y moderna. O era nueva, al menos, el día que la recorrimos. Al contemplarla se observa una recta larga, de muchos kilómetros, que sale a nuestro encuentro, con la franja oscura que la divide en el centro, negra, lisa y reluciente como alquitrán, contra el camino de cemento. De este se eleva un resplandor que deslumbra, de manera que solo resalta nítidamente la franja

negra, que se os hace presente a la par que el gemido de los neumáticos de modo que si no dejamos de contemplar la parte oscura y no aspiramos profundamente algunas veces y nos golpeamos con cierta fuerza en la parte posterior del cuello, quedaremos hipnotizados y nos repondremos en el preciso instante de llegar a tocar con las ruedas delanteras en el arcén de tierra blanda situada a los costados de la superficie dura, cuando tratemos de desviarnos de la misma sin conseguirlo, porque dicha superficie dura es elevada, ya que allí se forma una curva, y quizás intentemos cerrar el contacto y detener el motor en el instante en que el vehículo

comience a descender. Lo que no haremos, por supuesto. Entonces, un negro que estará recogiendo el algodón a una milla de distancia, levantará la mirada para contemplar la pequeña columna de humo negro que se eleva por encima de los surcos verdes y el firmamento de un azul metálico y vibrante, y exclamará: «¡Oh, Dios! ¡Otro que se ha estrellado!». Y el negro del surco de al lado exclamará a su vez: «¡Oh, Dios!». Después, el negro primero sonreirá apenas y el escardillo volverá a levantarse y la hoja a relucir al sol a manera de heliógrafo. Algunos días después los muchachos del Departamento de Caminos señalarán el

lugar con un pequeño cuadrado metálico pintado de blanco (sobre una barra de metal hincada en la tierra, al costado de la superficie de cemento), en cuya blancura resaltarán la calavera y las tibias, pintadas de negro. Y posteriormente, de entre las hierbas se elevarán las enredaderas.

Pero si nos reponemos a tiempo y nos desviamos del camino, descenderemos velozmente a través de tan brillante luminosidad, y de tanto en tanto, otro vehículo vendrá hacia nosotros y nos pasará produciendo un ruido tal como si el Todopoderoso hubiese desgarrado con sus manos un techo de hojalata. Allá a lo lejos, bien

sobre el horizonte, donde los campos de algodón se tornan confusos a la luz, la superficie de cemento brillará y lucirá cual si fuese agua, como si los caminos se hallasen inundados. Avanzaremos veloces, cada vez más, pero el camino siempre seguirá ante nosotros, un lugar brillante, inundado, como un espejismo. Dejaremos atrás los reducidos trozos de metal pintados de blanco, con las calaveras y las tibias en negro, colocados sobre las barras incrustadas a los costados. Porque esta es la región en que la era de la máquina de combustión interna ha florecido. Donde cada muchacho es un Barney Oldfield y las jóvenes usan organdí y batista y encajes

en lugar de pantalones, en razón del clima, y tienen rostros bellos y aterciopelados que destrozan nuestro corazón cuando el viento originado por la velocidad del automóvil alborota los cabellos de sus sienes y observamos las dulces gotitas de transpiración que en ellas anidan; y permanecen sentadas con las piernas cruzadas y altas las rodillas, encorvadas hacia el tablero, pero no demasiado cerca, para disfrutar del fresco, si tal podría llamarse, del ventilador del vehículo. Donde se mezclan el olor de la gasolina y las mordazas de los frenos que se queman, y el mal whisky es más dulce que la mirra. Donde los «ocho cilindros» doblan las

curvas rugiendo al pie de las rojas colinas y esparcen la grava cual si fuese espuma. Y cuando enfilan de nuevo por las tierras llanas y los caminos de hormigón, que Dios se apiade de los marineros.

Más adelante, por la carretera número 58 el paisaje cambia. El país llano y los campos sembrados de algodón han quedado atrás, lo mismo que el robledal más allá de la casona y las casuchas blanqueadas, todas iguales, edificadas en hilera junto a los algodonales, donde las plantas crecen y llegan hasta el escalón de la puerta en que se sienta el negrito que parece un negro Billiken y se chupa el dedo

mientras contempla nuestro paso. Todo eso ha quedado bien atrás. Ahora nos vemos entre las colinas rojas, no elevadas, con sus zarzas a lo largo de los setos, sus grupos de robles jóvenes al fondo y de tanto en tanto un lugar en donde los pinos de segundo crecimiento se hallan juntos, si no han sido quemados para que crezca pasto para las ovejas, en cuyo caso sobresalen los tocones negros. Los algodonales se extienden aún por las laderas de las colinas y son cortados por los barrancos. Las espigas de trigo se mantienen tiesas y lucen algunas fajas del color del oro.

Hace mucho tiempo existían bosques

de pinos, pero han desaparecido. Los colonos estableciéronse allá con sus aserraderos, tendieron sus estrechos caminos, se las ingeniaron para salirse con la suya y pagaron un dólar por día. Y la gente afluyó en gran número desde Dios sabe dónde, utilizando los grandes carromatos en donde venían juntos el lecho y la cómoda, los cinco chiquilines acurrucados y la anciana encorvada sobre el asiento, cubierta la cabeza con un gorro y mascando tabaco. Las sierras cantaban alegremente; el empleado en la oficina dejaba la melaza y la carne de cerdo y anotaba en su libro mayor; el dólar yanqui y la ceguera de los confederados colaboraban para sanar

las heridas de cuatro años de lucha fratricida y todo era tan alegre como la campana que toca en día de casamiento. Hasta que de repente no hubo más pinos. Desmantelaron los aserraderos y el camino estrecho quedó cubierto por la maleza. La muchedumbre destrozó las oficinas para procurarse leña. Se terminó el dólar diario. Nuestros personajes se alejaron adornados con grandes brillantes en sus dedos y amplias capas sobre sus hombros. Pero muchos de los otros se quedaron y observaron cómo los barrancos se ahondaban cada vez más en la roja arcilla. Y un buen puñado de ellos y sus herederos y apoderados, cuatro mil,

aproximadamente, permanecieron en Mason City.

Al entrar por la carretera 58 se pasa por la desmotadora de algodón, la central eléctrica y la hilera de casuchas para los negros. Se experimenta una fuerte sacudida al atravesar las vías del ferrocarril y recorrer una calle donde se ven algunas casitas que otrora fueron blancas, con su triste y deslucido trabajo sobre los aleros de las terrazas, sus techos de hojalata, y las hojas que penden derechas en los árboles del patio, en medio del calor. Por encima del rugido del motor de nuestro «ochenta caballos», con válvulas a la cabeza, o lo que quiera que sea, se oye el canto de la

chicharra entre las hojas.

Fue de ese modo que contemplé Mason City hace casi tres años, en el verano de 1936. Yo iba en el primer automóvil, un Cadillac, con el jefe, el señor Duffy, la esposa del jefe y su hijo, y Sugar-Boy. En el segundo vehículo —carente de nuestra serena elegancia, reminiscencia del cruce entre un coche fúnebre y un transatlántico, pero que aún no nos hacía arder las mejillas de vergüenza en el aparcamiento del Country-Club— iban algunos reporteros y fotógrafos y Sadie Burke, secretaria del jefe, cuya misión era ocuparse de que arribasen a destino lo bastante sobrios para la tarea que se suponía

habrían de ejecutar.

Sugar-Boy conducía el Cadillac y era un placer contemplarlo. O lo habría sido en el caso de poder apartar la imaginación del cuadro de lo que parece casi un par de toneladas de costoso mecanismo, luego de haber volcado tres veces a una velocidad de ochenta por hora, y poder prestar toda nuestra atención al despliegue de coordinación muscular, humor satánico y precisión al segundo que era Sugar-Boy cuando pasaba velozmente junto a un carromato cargado de heno, frente a un tanque de gasolina que venía en sentido contrario, y se metía por el espacio que disminuía con rapidez, lo bastante cerca para

proporcionar un buen susto al conductor del tanque, con el guardabarros trasero, y rozar el hocico de una mula con el otro. Pero al jefe le agradaba aquello. Siempre iba sentado delante, junto a Sugar-Boy, con la vista fija en el tacómetro y en el camino, y sonrió a Sugar-Boy después de haber pasado por entre el hocico de la mula y el tanque de gasolina. La cabeza de Sugar-Boy vibró como siempre que las palabras se agolpaban en su interior sin poder salir. Pero al final iban saliendo poco a poco, a la manera del tartamudo, y rociando con saliva el parabrisas. Sugar-Boy era incapaz de hablar, pero podía expresarse una vez colocado el pie

sobre el acelerador. Habríale sido imposible ganar ningún torneo de oratoria en la escuela superior, pero por supuesto, nadie ardía en deseos de competir con Sugar-Boy, y menos quien lo conociera y lo hubiera visto llevar a cabo hazañas con aquel 38 especial que llevaba debajo del brazo izquierdo como un tumor.

No hay duda de que el lector habrá pensado que Sugar-Boy es un negro, a juzgar por el nombre. Pues no hay tal cosa. Se trata de un irlandés, de aproximadamente un metro cincuenta y siete de estatura, camino de quedarse calvo, a pesar de no contar con más de veintisiete o veintiocho años de edad.

Usa corbata roja y debajo de la misma —y de la camisa— una medalla religiosa que yo deseaba ardientemente que fuese de san Cristóbal; o que este anduviese de por medio. Su nombre era O'Sheen, si bien lo llamaban Sugar-Boy por comer azúcar[1]. Cada vez que iba a un restaurante se llevaba cuanto terrón de azúcar hubiese en la azucarera. Iba por todas partes con los bolsillos llenos de ellos y cada vez que sacaba uno para comérselo estaba cubierto de algo gris, esa pelusa que siempre se forma en el interior del bolsillo, además de las partículas de tabaco de los cigarrillos. Una vez que el terrón franqueaba la barricada formada por sus dientecillos

negros y torcidos, se veía cómo las mejillas del pequeño y místico irlandés se hundían al chupar el azúcar, en cuya oportunidad semejaba un desnutrido duendecillo.

El patrón se hallaba sentado en el asiento delantero, observando el tacómetro junto con Sugar-Boy y su hijo Tom. De dieciocho o diecinueve años de edad, no recuerdo exactamente, creeríase que era mayor. No era muy corpulento, pero su conformación semejaba la de un hombre, sin esa apariencia delgada y alargada que tiene la de un muchacho. Había sido un héroe del fútbol durante su permanencia en el instituto y el otoño anterior el más

brillante de los componentes del equipo. Su nombre apareció en los periódicos porque en realidad era bueno. Y él lo sabía. Se notaba que estaba al tanto de ella en cuanto se observaba su rostro moreno y de cutis suave, mientras las mandíbulas trabajaban lenta e insolentemente con un trozo de chicle y sus ojos azules ocultos por los párpados a medio entornar, contemplaban lenta e insolentemente a uno o al mundo entero. Pero aquel día en que se hallaba en el asiento delantero con Willie Stark, el jefe, no me era posible contemplar su rostro. Recuerdo que pensé que su cabeza, en cuanto a su forma y a la manera de hallarse sobre sus hombros,

era exactamente como la del padre.

La señora Stark —Lucy Stark, esposa del jefe—, Tiny Duffy y yo nos hallábamos en el asiento trasero; Lucy Stark entre Tiny y yo. No era exactamente un grupo alegre. En primer término, la temperatura no era como para incitar a la charla amena; y en segundo lugar, yo no cesaba de vigilar los posibles carros cargados de heno y los tanques de gasolina. El tercer motivo era que Lucy Stark jamás se mostraba verdaderamente cordial. Tampoco Duffy. De ahí que ella permaneciera sentada entre Duffy y yo, entregada a sus pensamientos. Y tenía bastante en que pensar. Por una parte, en lo acontecido

desde la época en que enseñaba su primer año en la escuela de Mason City y se había casado con un joven granjero de cuello y semblante colorados, de manos grandes y torpes y con un mechón de cabellos oscuros caídos sobre la frente (podía observarse su retrato de casamiento, aparecido en los periódicos junto con un millar de los de Willie) y una expresión de maravilla y de devoción casi canina en sus ojos cuando la contemplaba. Mucho era aquello en que podría pensar, sentada en el interior del veloz Cadillac, puesto que muchos habían sido los cambios ocurridos.

Descendimos a lo largo de la calle donde estaban situadas las otrora

blancas casitas y desembocamos en la plaza. Por ser tarde de sábado, el lugar se hallaba lleno de gente. Los carros y los canastos veíanse sólidamente agrupados alrededor de los árboles, en medio de los cuales se hallaban el Juzgado, edificio cuadrado de ladrillos rojos, cubierto por la pátina del tiempo y bien necesitado de pintura, ya que allí estaba desde antes de la guerra civil, provisto de torrecilla con una esfera en cada lado. Al mirar por segunda vez notábase que tal esfera no era auténtica, sino pintada, y que no indicaba sino las cinco, a diferencia de las ocho y diecisiete minutos que marcaban aquellos relojes grandes y pintados de

las joyerías. Disminuimos la velocidad ante la muchedumbre dedicada a sus ocupaciones, y Sugar-Boy se inclinó sobre la bocina, se estremeció su cabeza y murmuró algo, con la consiguiente lluvia de saliva.

Nos detuvimos delante del bar y Tom abandonó el vehículo, seguido del jefe, antes de que Sugar-Boy pudiera llegarse hasta la portezuela. Hice lo mismo y ayudé a Lucy Stark, quien abandonó las profundidades del calor y de la meditación lo suficiente para darme las gracias. Permaneció un segundo en el pavimento, arreglándose la falda sobre las caderas, que sin duda mostraban más anchura que cuando

conquistara a Willie Stark, el granjero.

El señor Duffy descendió pesadamente del Cadillac y todos penetramos en el bar. El jefe mantuvo la puerta abierta para permitir el paso a Lucy Stark, detrás de la cual entró, seguido del resto del grupo. Muchas eran las personas que había en el local; hombres vestidos con pantalones de granjero y alineados en dirección hacia donde se despachaba soda; mujeres alrededor de los mostradores y chiquillos que se aferraban con una mano a las faldas y sostenían con la otra el cucurucho de helado mientras contemplaban a los demás por encima de sus propias y húmedas narices, con

ojos que parecían bolitas pintadas. El jefe permaneció modestamente detrás del grupo de hombres aficionados a la soda, con el sombrero en la mano y los cabellos caídos sobre la frente. Estuvo allí por lo menos un minuto y entonces dio la casualidad que lo vio una de las muchachas que vendía helados, la cual puso una expresión tal como si la liga se le hubiese roto en plena iglesia; después de lo cual, y de haber dejado caer la cuchara para servir helados, se dirigió hacia la parte de atrás del local, moviendo con dificultad sus caderas bajo la presión de la falda de color verde lechuga.

Después, un sujeto bajo y calvo,

ataviado con una chaquetilla blanca, que ya tendría que haber estado en el lavadero, hizo su aparición desde el fondo del almacén, agitando las manos, dando empujones a los clientes y gritando: «¡Pero si es Willie!». El individuo corrió hasta llegar junto al jefe, que a su vez avanzó un par de pasos para recibirlo, y el hombre de la chaquetilla blanca le asió la mano y comenzó a sacudirla como si se estuviese ahogando. No estrechó la mano de Willie, al menos de acuerdo con los cánones corrientes. Simplemente se aferró a ella y la torció de un lado para otro mientras pronunciaba las sílabas de «Willie». Luego, una vez

pasado el acceso, volviose hacia la muchedumbre, que formaba un círculo a respetuosa distancia, desde donde contemplaba la escena con gran interés, y anunció: «¡Por Dios, muchachos, es Willie!».

La observación era superflua. Una simple mirada a los rostros allí congregados era más que suficiente para comprender que si alguno de los ciudadanos mayores de tres años no sabían quién era aquel hombre vestido con el traje de verano, debíase a que tal ciudadano era medio tonto. En primer lugar, bastaba con levantar la mirada hacia aquel cuadro grande colocado por encima de la fuente de soda, cuadro unas

seis veces más grande que el tamaño natural y que mostraba la misma cara y los mismos ojos que en el cuadro tenían la sugestión de una mirada soñolienta e introspectiva (los ojos del hombre del traje no tenían ese aspecto entonces, pero yo lo he visto), con las orejas y las mejillas comenzando a hacerse y los labios carnosos, que no se caían; pero si uno observaba de cerca los veía colocados uno sobre otro, cual si se tratase de un par de ladrillos; y el mechón de cabellos caído sobre la frente no muy cuadrada. Debajo del cuadro leíase esta inscripción: «Mi estudio es el corazón del pueblo». Entre comillas y firmado: *Willie Stark*. He

visto la misma imagen en millares de lugares, desde las salas de juego hasta los palacios.

Alguien de las últimas filas de la muchedumbre gritó: «¡Eh, Willie!», y el jefe levantó la mano para agitarla en respuesta al admirador desconocido. Después observó a un individuo parado al otro extremo de la fuente de soda: un hombre alto, flaco, desgarbado, amarillento y de semblante correoso, como si fuese un trozo de tasajo de ciervo, ataviado con pantalones de cotí y unos bigotes que colgaban a la manera que se ve en las fotografías de los soldados de caballería del general Forrest. El jefe avanzó hacia él y le

tendió la mano, pero el viejo no se alteró. Quizá cambió de posición sobre las baldosas uno de sus borceguíes rotos y la nuez experimentó una o dos sacudidas y los ojos permanecieron vigilantes en aquella cara que parecía el asiento de una vieja montura abandonada a los elementos del tiempo; pero cuando el jefe estuvo cerca, su mano se levantó desde el codo, como si no le perteneciese y actuase por su propia cuenta. El jefe la estrechó.

—¿Qué tal vamos, Malaquías? —inquirió el jefe.

La nuez volvió a agitarse una o dos veces y el jefe sacudió la mano que se hallaba en el aire como si no

perteneciese a nadie. El viejo dijo que la cosa no marchaba muy bien.

—¿Cómo está tu hijo? —preguntó el jefe.

—No muy bien —aseguró el viejo.

—¿Enfermo?

—No —admitió el otro—. Preso.

—¡Dios mío! —exclamó el jefe—. ¿Qué están haciendo aquí, metiendo en la cárcel a los buenos muchachos?

—Es un buen muchacho —aseguró el viejo—. Se vio envuelto en una pelea y tuvo mala suerte.

—¿Cómo?

—Sí, fue una lucha equilibrada y justa, pero anduvo con un poco de mala fortuna. El adversario falleció a

consecuencia de algunas puñaladas.

—Mal negocio. ¿Ya tuvo lugar el juicio?

—Todavía no.

—Mal negocio —repitió el jefe.

—No me quejo —dijo el viejo—. La pelea fue justa y equilibrada.

—Me alegro de haberle visto. Dígale a su hijo que trate de no meterse en líos.

—Él tampoco se lamenta de lo sucedido —contestó el viejo.

El jefe comenzó a volverse hacia los que le habíamos acompañado y que, después de doscientos kilómetros a través del caluroso camino, mirábamos hacia la fuente de soda como si se

tratase de un espejismo; pero el viejo lo llamó:

—Willie.

—¿Qué hay? —contestó el jefe.

—Aquel cuadro —dijo el viejo, que estiró el cuello hacia la ampliación seis veces mayor que el tamaño natural, colocado por encima de la fuente de soda—. Este cuadro —repitió—, no lo ha favorecido mucho, Willie.

—Al diablo que no —dijo el jefe, que observó la imagen, inclinando la cabeza hacia un lado y mirándola de costado—; pero me hallaba en mal estado de ánimo cuando me tomaron la fotografía. Era como si hubiese padecido el cólera morbo. Que se meta

un hombre a tratar de poner algo de sentido común en aquella legislatura y quedará peor que después de haber sufrido los rigores del estío.

—¡A ver si consigue hacerlo y los destroza, Willie! —gritó alguien allá al fondo de la multitud, cada vez más numerosa por cuanto la gente de la calle trataba de penetrar en el local.

—Así lo haré —prometió Willie, antes de volverse hacia el hombre de la chaquetilla blanca—. Por favor, Doc, sírvanos algo de beber.

Parecía como si Doc fuese a sufrir algún síncope cardíaco durante su intento por llegar al otro lado de la fuente de soda. La parte final y trasera

de la chaquetilla blanca flotaba al viento cuando dobló la esquina y comenzó a valerse de las manos a modo de garras, para pasar delante de las dos muchachas de vestido verde, a fin de servir lo pedido. Primero pasó la bebida a Willie, que a su vez la transfirió a su mujer. Luego hizo lo mismo con una segunda, sin dejar de repetir que era por cuenta de la casa. El jefe bebió la segunda mientras Doc seguía con la misma cantinela, sirviéndole más de cinco vasos.

A esa altura el público se había amontonado formando una masa compacta hasta el medio de la calle. Los rostros estaban pegados a la puerta del

tabique, de la manera como se hace cuando se quiere observar el interior de un recinto oscuro. Afuera se oía exclamar incesantemente:

—¡Que hable Willie! ¡Que hable Willie!

—¡Dios mío! —dijo el jefe, en dirección hacia Doc, colgado de uno de los caños niquelados de la fuente de soda, observando cómo pasaba cada gota por el gaznate del jefe—. Dios mío —repetía este—, no he venido aquí para pronunciar ningún discurso, sino para dar un paseo y ver a mi padre.

—¡Que hable Willie! ¡Que hable Willie! —seguían gritando los de afuera.

El jefe abandonó su vaso sobre el

mármol.

—La casa invita —volvió a exclamar Doc con voz bronca y valiéndose de la poca fuerza que le quedaba después de tanto entusiasmo.

—Muchas gracias, Doc —dijo el jefe, que primero volvió la cabeza hacia la puerta y luego hacia atrás—. Será mejor que se retire al interior y venda una buena cantidad de aspirina para compensar el obsequio.

Dicho lo cual atravesó pesadamente la puerta; la multitud retrocedió y nosotros fuimos detrás de él.

El señor Duffy se puso al lado del jefe para inquirir si pronunciaría algún discurso, sin obtener ni siquiera una

mirada.

El jefe continuó su marcha lenta y sostenida, atravesando la calle hasta mezclarse con la multitud, como si esta no hubiese existido. Los rostros grandes y colorados, con los ojos vigilantes cual si se tratase de algo precavido, salvaje y avizor detrás de algún matorral, retrocedieron y no se oyó el menor sonido. La muchedumbre se apartaba de su paso y nosotros lo seguíamos; tanto los que habíamos viajado en el Cadillac como los del segundo vehículo. Después la multitud se cerró a nuestra espalda.

El jefe continuó andando directamente, algo inclinada la cabeza, del modo que lo hace el hombre cuando

camina solo y tiene algo en su imaginación. El cabello le caía sobre la frente, pues llevaba el sombrero en la mano. Supe que tal cosa acontecía, pues lo vi una o dos veces dar una violenta sacudida en la forma acostumbrada en él cuando iba sin sombrero y el cabello se le venía sobre los ojos: una especie de movimiento como el ejecutado por el caballo cuando acaban de colocarle el bocado y tiene la boca llena de pienso.

Atravesó directamente la calle y la plaza y ascendió las escaleras del Juzgado sin que nadie lo siguiera por los escalones, en lo alto de los cuales giró lentamente para colocarse frente a la multitud. No hizo sino contemplarla,

pestañeando un poco, lo mismo que si hubiera franqueado la puerta del Juzgado sumido en la penumbra, y pestañease para acomodar sus ojos a la claridad del exterior. Y allí permaneció, pestañeando, con el cabello caído sobre la frente y las oscuras manchas de transpiración visibles bajo cada sisa de su americana de verano. Luego sacudió la cabeza y sus ojos se abrieron de manera amplia y repentina, a pesar de que la luz le daba de lleno en el rostro, y fue posible advertir el fulgor que despedían.

«Se acerca el momento», pensé.

Los ojos se agrandaban de pronto de modo tal, como si algo hubiese

acontecido dentro de ellos, y allí estaba ese fulgor. Se veía que algo había acontecido en el interior y se pensaba en la proximidad del momento. Siempre igual. Aquel agrandarse, aquel refulgir y aquella opresión en el estómago como si alguien se hubiese apoderado de algo allí; en la oscuridad que es uno mismo, con una mano fría cubierta con un guante de goma igualmente frío. Era como el instante en que llegamos tarde a casa por la noche y vemos asomar por la puerta la punta amarilla del sobre de un telegrama. Nos inclinamos para recogerlo, pero no lo abrimos en el acto. Mientras permanecemos de pie en el vestíbulo, sobre en mano,

experimentamos que hay un ojo clavado en nosotros, un ojo grande que nos contempla desde muchos kilómetros, a través de paredes y de casas, de nuestra vestimenta y nuestra piel, y nos ve encogidos. Desmenuza nuestro interior de arriba abajo, en la oscuridad que es uno mismo, como si fuese un feto triste y viscoso que uno lleva por todos lados en su interior. Este ojo sabe lo que existe dentro del sobre y está al acecho para contemplarnos cuando lo abrimos y nos enteramos de su contenido. Pero el feto triste y viscoso que llevamos en nuestro interior levanta también su carita melancólica y sus ojos no ven y tiembla de frío, pues no desea saber lo que hay

dentro del sobre. Quiere permanecer en la oscuridad y en la ignorancia y abrigarse en la misma. La finalidad del hombre es aprender, pero existe una cosa que no puede saber. No puede saber si el conocimiento constituirá su salvación o su muerte. Morirá, muy bien; pero no puede llegar a su conocimiento ni su muerte se debe a lo que no ha aprendido ni tampoco qué lo habría salvado, en caso de aprenderlo. Experimentamos la sensación de frío en el estómago, pero abrimos el sobre, tenemos que hacerlo, pues la finalidad del hombre es el conocimiento.

El jefe permaneció tranquilo allí, con los ojos dilatados y relucientes, sin

que partiera el más leve ruido de la multitud. Escuchábase el chirrido desesperado y fuera de lugar de una chicharra ubicada en lo alto de uno de los árboles de la plaza. Y al cesar el mismo no hubo sino la espera. Fue entonces cuando el jefe avanzó un paso, lenta y suavemente.

—No pronunciaré ningún discurso —dijo sonriendo. Pero los ojos seguían muy abiertos y en ellos lucía aquel fulgor—. No he venido a eso, sino a dar un paseo, ver a mi padre y asegurarme de qué haya quedado algo en condiciones de ser ingerido en el *smokehouse*[2]. Le diré: «Papá, ¿qué hay acerca de esa salchicha ahumada de que

tanto te jactabas? ¿Y qué de aquel jamón de que tanto te vanagloriabas el invierno último, y de…?». —Tal lo que decía, pero la voz era diferente, subiéndole por la garganta y saliendo monótona con ese tonillo que han adquirido allá entre las colinas rojas mientras preguntaba: «Papá, ¿qué hay acerca…?».

Pero los ojos seguían refulgentes y pensé que acaso se aproximaba el instante. Quizá no fuese demasiado tarde. Nunca puede decirse. De repente podría producirse.

—De manera que no voy a pronunciar ningún discurso —continuó diciendo con su propia voz tan conocida. ¿Sería su misma voz? Uno se

preguntaba cuál era su verdadera voz entre las tantas que poseía. Y siguió diciendo—: Y no he venido aquí para solicitaros que me concedáis nada, ni siquiera un voto. El Buen Libro dice que hay tres cosas que jamás se satisfacen; mejor dicho, son cuatro y ya es suficiente. —Su voz era diferente ahora —: La tumba y el útero estéril, la tierra que no se llena de agua y el fuego. Ya es suficiente con ello. Pero Salomón pudo haber agregado otro pequeño detalle para de ese modo hacer la lista completa. Y es el político que no cesa de pedir.

Ahora se lo veía algo echado hacia atrás, con la cabeza un poco inclinada.

Sus ojos pestañeaban.

Gesticuló y dijo:

—Si en aquella época hubiese habido políticos, pedirían como lo hacen en nuestros días. Pero en este momento no soy político. Estoy dedicando este día al descanso y ni siquiera os pediré el voto. A decir verdad, no tengo que pedíroslo. Hoy al menos. Todavía tengo cierta influencia en el gran edificio con las blancas columnas que se elevan hasta el segundo piso, y donde uno se desayuna con helado de durazno. No quiero decir con ello que no exista un puñado de estadistas deseosos de arrojarme por la ventana. Y saben —se inclinó un poco

hacia delante, como para contarles un secreto— lo singular que resulta la manera como me es imposible trabar simplemente amistad con cierta gente, no importa lo que me esfuerce para ello. Mi cortesía ha llegado hasta ese extremo. Hasta he dicho «por favor». Pero de nada me ha valido. Aunque parece como si hubieran de sufrirme un período mayor. Lo mismo que vosotros. De manera que será mejor que sonriáis y tengáis paciencia. Peor sería que os saliese un forúnculo. ¿No es cierto?

Se detuvo y observó a su alrededor fijamente, moviendo la cabeza con lentitud, de modo que parecía mirar directamente en la cara a un espectador

durante una fracción de segundo y luego desviar su atención hacia otro un poco más allá. Finalmente gesticuló, pestañeó y dijo:

—¿Es que el gato os ha comido la lengua?

—¡Tengo un forúnculo en las posaderas! —gritó alguien en la última fila.

—¡Al diablo! —gritó en seguida Willie—. Acuéstate boca abajo y duerme. —Alguien rio—. ¡Además —siguió vociferando—, da gracias al buen Dios, que en su infinita misericordia vio la conveniencia de dar forma a algo dotado de pecho y de espalda con esa insignificante porción de material que

tuvo entre sus manos en tu caso!

—¡Háblales fuerte, Willie! —gritó alguien de entre la muchedumbre, que entonces se echó a reír.

El jefe levantó la mano derecha casi a la altura de la cabeza, delante de él y con la palma hacia abajo, y así esperó hasta que se apagaron las risas y los silbidos. Entonces dijo:

—No, no estoy aquí para pediros nada, ya sea el voto u otra cosa. Creo que volveré para hacerlo. Si continúa gustándome el helado de melocotón con que me desayuno en la Cámara. Claro es que no espero que todos me votéis. ¡Dios mío, si todos fuesen a votar por Willie! ¿Qué tópico tendrían después

para discutir? No les quedaría sino el tiempo, y ese no es motivo para votar. No —agregó, con otra voz distinta de las anteriores, suave, serena y lejana—. No estoy aquí para pediros nada, hoy. Estoy dedicado al descanso y he vuelto a mi casa. El hombre se aleja de su casa, yace en lechos extraños en la oscuridad y el viento suena de manera distinta entre los árboles. Va por la calle y ve rostros ante sus ojos; pero no hay nombres para esos rostros. Las voces que oye no son las que resonaban en sus oídos tiempo atrás al alejarse. Las que oye ahora son fuertes. Tanto, que durante mucho tiempo queda imposibilitado de oír aquellas otras que resonaban en sus

oídos. Pero llega un momento en que queda tranquilo y vuelve a escucharlas. Distingue claramente lo que quieren decir: «Vuelve, muchacho, vuelve», le dicen. Y regresa.

Su voz se cortó en seco. No poco a poco como la que va apagándose. Durante un segundo permaneció en el aire, notando en la tranquilidad que invadía la atmósfera, y la multitud de la plaza frente al Juzgado, resaltada por el chirriar de la chicharra en lo alto de los dos árboles que se elevaban por encima de las cabezas del auditorio congregado sobre el césped. La voz flotó allí, palabra tras palabra, y de repente se desvaneció. No quedó sino el canto de

la chicharra, que parece metérsenos en la cabeza cual si fuese el chirrido de los resortes y los engranajes que somos nosotros mismos y que no cesará, no importa lo que digamos, hasta que se encuentren en debida forma.

El jefe permaneció allí durante medio minuto, sin decir una palabra ni moverse. Ni siquiera parecía ver la multitud a sus pies. De repente pareció advertirla e hizo un gesto.

—De manera que regresa —prosiguió sin dejar de gesticular—. Cuando le queda un día libre. Y dice: Hola, muchachos, ¿qué tal os va?

Y eso es lo que yo os digo.

Eso fue lo que dijo. Miró hacia

abajo, siempre haciendo gestos y volviendo la cabeza mientras sus ojos recorrían la muchedumbre, pareciendo como si se posasen en un rostro y luego se moviesen para volver a posarse en otro.

Después comenzó a descender los escalones cual si acabase de salir de aquel sombrío corredor detrás de las puertas a su espalda. Bajaba los escalones solo, sin nadie frente a él y sin que ningunos ojos lo contemplasen. Fue directamente hacia donde sus acompañantes lo aguardaban, Lucy Stark y los demás. Al pasar ante nosotros, nos hizo un ademán, como si pasase a nuestro lado por la calle y no nos

conociese muy bien, y prosiguió su marcha hacia la multitud como si esta no existiera. El auditorio se hizo un poco atrás para dejarle paso, con la mirada fija en él. Nosotros lo seguimos y la muchedumbre se cerró detrás de nosotros.

La gente aplaudía y gritaba. Había alguien que no cesaba de exclamar:

—¡Bravo, Willie!

El jefe atravesó directamente la calzada y subió de nuevo al Cadillac. Hicimos lo mismo y el fotógrafo y los demás ocuparon su automóvil: Sugar-Boy puso el motor en marcha y sacó la cabeza por la ventanilla. La multitud no se desviaba muy aprisa, de tan apiñada

que estaba. Cuando asomamos las narices por la ventanilla, el auditorio se veía alrededor del vehículo a no más de un palmo de distancia. Los rostros nos contemplaban bien de cerca. Pero ahora fuera y nosotros dentro. Los ojos de los semblantes rojos y de piel satinada nos contemplaban junto con los de piel morena y arrugada.

Sugar-Boy no dejaba de hacer sonar la bocina. Las palabras se amontonaban en su interior. Sus labios comenzaron a moverse, cosa que era muy fácil advertir por el retrovisor. Pero apenas pudo emitir sonido y lo inundó todo de saliva.

El jefe se había concentrado en sí mismo.

Sugar-Boy hizo sonar la bocina y doblamos hacia una calle lateral desierta. Al pasar por delante del edificio de ladrillos que era la escuela, en los arrabales de la ciudad, íbamos a sesenta y cinco kilómetros por hora. Al ver dicho edificio recordé mi primer encuentro con Willie, alrededor de catorce años atrás, en 1922, cuando él no era sino tesorero del distrito de Mason y vino a la ciudad con motivo de la emisión de bonos para la construcción de la escuela. Vino a mi memoria cómo lo había conocido, en la habitación del fondo del establecimiento de juegos de Slade, donde este vendía cerveza. Estábamos sentados ante uno de esos

veladores con tapa de mármol y pie de hierro, de los que solía haber en los bares cuando éramos chicos y llevábamos a nuestra novia del instituto los sábados por la noche para comer aquel «banana split» con chocolate y rozarnos las piernas por debajo de la mesa, para lo cual nos estorbaba el dichoso pie de hierro.

Éramos cuatro. Tiny Duffy, que entonces era casi tan fornido como ahora. No se necesitaba ninguna señal para saber lo que era. Se sabía que era un perezoso empleado de la Municipalidad, aun antes de divisar lo blanco de sus ojos. Era panzón y transpiraba a través de la camisa, por

encima del cinturón; su semblante era untuoso y amarillento y en medio del mismo divisábamos una abertura que mostraba su dentadura de oro. Era asesor de impuestos y llevaba un sombrero de paja, duro y aplastado, echado hacia atrás. El sombrero lucía una cinta de colores.

También estaba Alex Michel, muchacho de la parte alta del distrito de Mason, que aprendía con rapidez. Al menos lo suficiente para ser delegado del sheriff aunque no por mucho tiempo. No llegó a nada, pues fue víctima de una puñalada en el vientre, por parte de un pianista en un garito al que acudiera para cobrarse algo a cuenta de la

protección al establecimiento. Como he dicho, Alex procedía de la parte alta del distrito.

Duffy y yo estábamos en la habitación del fondo del establecimiento de Slade esperando a Alex, con quien yo tenía esperanza de realizar un pequeño negocio. Me dedicaba al periodismo y Alex estaba en posesión de algunos datos que eran de mi interés. Lo había citado allí Duffy, que era amigo mío. Cuando menos sabía que yo trabajaba para el *Chronicle*, dedicado por entonces a apoyar a Joe Harrison y a los suyos. Joe era gobernador y Duffy uno de sus colaboradores.

Y por eso me encontraba sentado en

el negocio de Slade una calurosa mañana de junio o julio, allá por el año 1922, a la espera de la llegada de Alex Michel, en la silenciosa habitación del fondo. Un depósito funerario a medianoche es algo ensordecedor comparado con el efecto que se obtiene a media mañana en un lugar como ese aposento de Slade cuando se llega antes que ningún otro visitante. Se toma asiento y se piensa qué acogedor era la noche antes, con el efluvio de los cuerpos de los contertulios y el murmullo de las conversaciones, y se contempla el suelo en que se advierten trazos de serrín húmedo dejados por la escoba vieja esa mañana cuando el

negro, viejo y poco entusiasta, procedió a realizar la limpieza.

La impresión general es que nos hallamos a solas con el Único y a Él le toca disponer. En consecuencia permanecía sentado en silencio (Duffy jamás se mostraba locuaz sino después de haber ingerido dos o tres copas) escuchando cómo mis tejidos se distendían y cómo explotaban de manera delicada las gotas de transpiración por los conductos embutidos en la amplia humanidad de mi acompañante.

Alex arribó con otro individuo y supe que mi breve conversación no era promisoria. Mi misión era algo delicada, no apta para el oído de un

extraño. Me imaginé que esa sería la razón de que Alex llevase un acompañante a la rastra. Y acaso estuve en lo cierto, pues Alex experimentaba temor de ser engañado fácilmente. De cualquier modo, el jefe se hallaba con él.

Solo que no era el jefe. Metafísicamente lo era, pero ¿cómo iba a saberlo yo? Alguien franquea el umbral. Mide un metro ochenta de alto; es algo robusto de pecho, con piernas algo cortas, lleva un traje de sirsaca del setenta y cinco, demasiado largo de pierna. Los bajos le caen sobre los zapatos negros, a los que no vendría mal una lustrada. Lleva también un cuello

duro y alto, cual si se tratase del superintendente de una escuela dominical; y una corbata azul a rayas que se conoce fue un regalo de su mujer la Navidad última y ha permanecido guardada en su envoltorio de papel de seda con la bendita tarjeta que decía: «Feliz Navidad para mi querido Willie. Así le desea su amante esposa»; hasta que se acicaló para acudir a la ciudad. Y por último un sombrero de fieltro gris a través de cuya cinta asoman las manchas de sudor. Hizo su entrada de esa manera, y vaya uno a saber. Va detrás de Alex Michel, que mide, o medía antes del encuentro con el pianista, un metro ochenta y ocho centímetros de huesos y

carne, hermosamente articulados, con un semblante duro y magro que parece cocido, y dos ojillos oscuros y ágiles que no se dicen con semejante rostro encima de un torso tan clásico y que van de un lado para otro como si se tratase de dos fríjoles mejicanos que no dejan de saltar. Sigue modestamente los pasos de Alex Michel, quien se aproxima a la mesa con un aire de autoridad que a nadie engaña.

Alex dijo al estrecharme la mano:

—¡Hola, compañero! —y me palmeó con fuerza suficiente para aplastar una nuez, después de lo cual prestó la debida atención al señor Duffy, que le había tendido la mano sin

levantarse. Luego, como si lo pensara mejor, Alex señaló con el dedo al compañero que le seguía—: Señores, este es Willie Stark. Somos de Mason City y hemos ido juntos a la escuela. Sí, y Willie era un ratón de biblioteca, el favorito de la maestra. ¿No es verdad, Willie? —Dicho lo cual relinchó como un potrillo en apreciación de su propio humor, no sin golpear en las costillas al mimado de la maestra. Finalmente añadió, después de haberse dominado —: Y continúa siendo favorito de la maestra, ¿verdad, Willie? —Y, vuelto hacia Duffy y hacia mí explicó, antes de que la alegría se apoderase de él y la habitación trasera de Slade se

estremeciese con la alegre nota de la dehesa—: ¡Willie se ha casado con una maestra!

La idea le pareció enormemente divertida a Alex. Entretanto Willie, incapaz de completar la amenidad de la situación, se inclinó ante la racha y permaneció con el sombrero de fieltro, viejo y gris, entre las manos. El sudor asomaba a través de la cinta. El semblante grande de Willie permaneció impasible por encima del cuello alto y duro.

—¡Sí, sí, se ha casado con una maestra! —repitió Alex sin dar señales de que su satisfacción hubiese disminuido.

—Bien —dijo el señor Duffy, cuya experiencia y tacto se hallaban a la altura de cualquier situación—, me han dicho que las maestras también tienen su corazoncito. —El orador levantó el labio para dejar al descubierto el oro de la dentadura, pero no hizo ningún sonido porque, como hombre de mundo lleno de confianza, su costumbre era pronunciar una frase y dejar que la misma se abriese paso por su valor intrínseco, dejando el aplauso a cargo del auditorio.

Y Alex lo proveyó en buena medida. Yo, por mi parte, no hice sino un gesto, que debió parecer mortal en mi semblante. Y Willie ni se inmutó.

—¡Dios! —exclamó Alex una vez recuperado el aliento—. ¡Señor Duffy, es usted colosal, vaya si lo es! —Y golpeó por segunda vez con fuerza al favorito de la maestra en las costillas con el fin de excitar su humor, que no parecía muy grato en verdad. Como no obtuviese resultado, repitió los golpes y, finalmente, inquirió si el señor Duffy no era colosal.

—Sí —contestó Willie, que observó al señor Duffy de una manera inocente y grave, sin el menor apasionamiento—. Sí, ya lo creo que lo es.

Y puesto que había sido hecha semejante admisión, si bien algo tarde y con cierta ambigüedad de inflexión, la

pequeña nube acumulada en la frente del señor Duffy desapareció sin dejar el menor rastro.

Willie aprovechó la calma momentánea para dar término al ritual de la presentación, interrumpida por el buen humor de Alex. Transferido su sombrero gris viejo a la mano izquierda, avanzó dos pasos, que era lo necesario para aproximarse a la mesa, y me tendió la mano gravemente. Tanta era el agua que había corrido por debajo de los puentes desde que Alex señalara con el dedo al extraño y dijera: «Este es Willie Stark», que ya casi me había olvidado de haberlo conocido en mi vida. De ahí que no interpretase en el acto su idea de

tenderme la mano y estrechar la mía. En consecuencia debí de haber contemplado su mano tendida de manera inquisitiva y haberle lanzado una mirada inexpresiva; entonces me mostraría su cráneo y seguiría con la mano tendida. Al recobrar mis sentidos es seguro que, para no ser sobrepasado en cortesía por la vieja escuela, eché hacia atrás mi silla, me erguí cuanto pude y le así la mano, que era bastante grande. Al estrecharla por primera vez parece advertirse que se hace por la parte blanda, y algo húmeda, que ya supone algo que uno no se siente inclinado a hacer con un semejante en ciertas actitudes; más tarde se descubre que se

trata de una estructura sólida. Era como la mano de un granjero que ha dejado el arado, si bien en fecha no demasiado reciente, a cambio de alguna tarea en el almacén del cruce de caminos. La mano de Willie me dio tres sacudidas y el hombre dijo: «Me alegro de conocerlo, señor Burden» como si se tratase de algo grabado en su memoria. Después juraría que me hizo un guiño, pero por el momento no estaba muy seguro de ello. Doce años más tarde, aproximadamente, en una época en que la personalidad de Willie ocupaba de manera más imperiosa mis escasas horas de especulación, le pregunté:

—Jefe, ¿recuerda la primera vez que

nos encontramos, allá en aquel aposento del fondo del negocio de Slade?

Dijo que sí, cosa nada notable, pues era como el elefante del circo, que nada olvida, ya sea el individuo que le da cacahuetes como el que le pone rapé en la trompa.

—¿Recuerda cuando nos dimos la mano? —inquirí.

—Sí —contestó.

—Bien, jefe, ¿me guiñó o no?

—Muchacho —dijo mientras jugaba con el vaso de whisky y soda y hundía el talón de uno de sus zapatos a la medida, de treinta dólares, sucios, de corte nada atrevido, en la mejor colcha capaz de ser proporcionada por el Hotel St. Regis

—. Muchacho —repitió mientras sonreía paternalmente por encima de su vaso—, eso es un misterio.

—¿No recuerda? —dije.

—Pues claro que recuerdo.

—¿Y bien? —insistí.

—Supón que tenía algo en el ojo —dijo.

—Bueno, al diablo si tenía algo en el ojo —contesté.

—Pues supón que no tenía nada.

—En tal caso guiñó quizá porque se imaginó que teníamos algo en común acerca del tono de la reunión.

—Es posible —convino—. No es ningún secreto que mi condiscípulo Alex no tenía nada de listo. Tampoco que Tiny

Duffy es un pollino tan grande y tan lleno de grasa como el que jamás haya hecho rechinar los resortes de un sillón giratorio.

—Ya lo creo —aseguré.

—Sin duda —contestó el jefe, más animado—, pero se trata de un ciudadano útil si se sabe manejarlo.

—Claro. Y figurémonos que cree que sabe cómo manejarlo. Y lo hace vicegobernador. (Eso ocurrió durante el último mandato del jefe, cuando Tiny fue su sobresaliente).

—Naturalmente. Alguien tiene que ser vicegobernador.

—Sí. Tiny Duffy.

—Es natural. Tiny Duffy. Lo bueno

del caso es que nadie puede confiar en él y todos lo saben. Uno encuentra a alguien en quien puede confiar y se pasa las noches meditando si uno es ese alguien. Pero si ese hombre es Tiny, ya se puede dormir tranquilo. Todo lo que se necesita es mantenerle la orina exenta de albúmina.

—Jefe, ¿me guiñó aquella vez allá en casa de Slade?

—Muchacho, si te lo dijera no tendrías nada en qué pensar.

Y por eso jamás lo supe.

Pero aquella mañana vi que Willie estrechaba la mano de Tiny Duffy sin pestañear. Limitose a permanecer de pie frente al señor Duffy y cuando el

grandote, sin levantarse, le tendió la mano finalmente, con el aire reservado de un papa que ofrece el dedo del pie para ser besado por un peregrino, Willie la tomó y le dio las tres sacudidas que parecían de rigor en Mason City.

Alex tomó asiento junto a la mesa y Willie permaneció de pie, como si esperase que lo invitaran, hasta que el primero aproximó la cuarta silla unos centímetros, valiéndose del pie, y dijo:

—Tome asiento, Willie.

Willie obedeció y dejó su sombrero de fieltro gris frente a él, sobre la mesa de mármol. Los bordes del ala se arrugaban y ondulaban alrededor de la tapa de mármol igual que la masa del

pastel antes de que la abuela lo preparase. Se limitó a permanecer sentado detrás del sombrero y de su corbata azul a rayas, regalo de Navidad, esperando con las manos cruzadas sobre el regazo.

—¿Cerveza? —inquirió lacónicamente Slade, llegando desde el frente del negocio.

—Para todos —ordenó Duffy.

—Menos para mí. Se lo agradezco cordialmente —dijo Willie.

—Para todos —volvió a ordenar el señor Duffy con un movimiento de la mano que lucía el anillo de diamantes.

—Menos para mí. Se lo agradezco cordialmente —insistió Willie.

Sin ninguna traza de placer pero sí con cierta sorpresa, el señor Duffy volvió su mirada hacia Willie, aparentemente inadvertido de la importancia del acontecimiento y bien erguido en su asiento, detrás del sombrero y de la corbata. Luego el señor Duffy miró a Slade, a quien dijo al tiempo que señalaba a Willie:

—Un poco de cerveza para él también.

—No, gracias —dijo Willie sin más emoción de la que podría ponerse al recitar la tabla de multiplicar.

—¿Es demasiado fuerte para usted? —inquirió el señor Duffy.

—No, pero no bebo; muchas gracias.

—A lo mejor la maestra no le permite beber nada —insinuó Alex.

—A Lucy no le gusta la bebida, en verdad —dijo Willie tranquilamente.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —dijo el señor Duffy.

—Sírvele una cerveza —indicó Alex a Slade.

—Para todos —repitió el señor Duffy con el aire de quien da por terminado un asunto.

Slade fue mirando sucesivamente a Alex, al señor Duffy y a Willie. Golpeó con poca fuerza, con su rodilla, a una mosca que cruzaba y dijo:

—Vendo cerveza a quien la desea. Pero no obligo a nadie a que la beba.

Quizá fue ese el instante en que Slade hizo su fortuna. Qué extraña y variable resulta la vida; y cómo se encuentra el cristal en el acero a punto de quebrarse, cómo el sapo luce una alhaja en la frente y cómo el significado de un momento pasa cual la brisa que apenas agita la hoja del sauce.

Bien, de todos modos, cuando llegó la derogación y los lecheros hubieron de utilizar los camiones «Mack» para llevar los pedidos de licencia a la Municipalidad, Slade obtuvo la suya. Y en el acto. Y consiguió una espléndida ubicación. Y tuvo la habilidad de instalar unos sillones de cuero bastante cómodos y un bar circular. Y nuestro

hombre, que jamás tuviera un centavo después de haber pagado alquiler y «protección», ahora permanecía como entre sombras bajo los frescos que representaban damas desnudas y en medio del resplandor de los espejos cromados y pintados, ataviado con un traje azul de americana cruzada, bien aplastado lo que restaba de sus cabellos sobre el cráneo, con un ojo avizor sobre los negros con chaquetilla blanca que servían el veneno y el otro sobre la rubia de la caja registradora que sabía que su misión no había terminado a las dos de la madrugada cuando se apagaban las luces y las estrofas de un terceto de cuerda aplacaban los nervios

de los clientes.

¿Cómo obtuvo Slade su licencia con tanta rapidez? ¿Cómo llegó a conseguir que le arrendasen el local cuando la mitad de los magnates del gremio andaban a la pesca de tan codiciada esquina? ¿Cómo lo hizo para proveerse de las sillas de cuero y demás elementos? Nunca confió en mí, pero creo que consiguió su recompensa por ser un hombre honesto.

De todos modos, la enunciación de sus principios acerca de la cuestión cervecera fue lo que puso el broche al asunto esa mañana. Tiny Duffy levantó el rostro hacia Slade con esa expresión que adopta el novillo cuando se le aplica el

mazazo; luego, a medida que el sentimiento iba volviendo, se refugió en su dignidad. Alex permitiose una ironía al decir:

—Bien, puede que tenga alguna naranjada para él.

—Creo que sí, si la desea —concluyó el dueño del negocio al desaparecer el último vestigio de la risa del otro.

—Sí, creo que la beberé —dijo Willie.

Llevó la cerveza, así como la botella de gaseosa con naranja, acompañada de dos pajitas. Willie levantó ambas manos del regazo sobre el que estuvieran decorosamente apoyadas durante la

conversación anterior y tomó la botella entre ellas. Inclinada la botella hacia él, sin levantarla de la mesa, aplicó sus labios a las pajas. Eran carnosos, pero no lasos. De ninguna manera, aunque al contemplarlos por primera vez uno lo creyese así. Creeríase que su boca era como la de un muchacho, no del todo conformada, y así parecía en aquel momento, inclinado sobre la botella, con las pajas entre los labios fruncidos. Pero si uno permanecía allí un poco más veía algo diferente; que colgaban juntos, eso es, como si fuesen carnosos. Su semblante no era enjuto tampoco, pero el cutis era fino y cubierto de pecas. Los ojos, grandes y oscuros y la mirada

franca, que nos contemplaba desde el centro de ese rostro casi gordinflón (al principio creíase que era gordinflón pero después se cambiaba de modo de pensar); los cabellos, abundantes y oscuros, caíanle revueltos sobre la frente no muy ancha, y eran algo húmedos. Tal era el pequeño Willie, el primo Willie del campo, residente en la parte alta de Mason City, con su corbata regalo de Navidad. Y acaso uno sintiera deseos de sacarlo a dar un paseo por el parque para mostrarle los cisnes.

—Willie anda metido en política —dijo Alex, que se había inclinado confidencialmente hacia Duffy.

Sus facciones reflejaron el mínimo

interés, que se disipó en la vasta blancura oleaginosa que era el semblante del hombre en reposo. Ni siquiera miró a Willie.

—Sí, en política. Allá en Mason City.

La cabeza del señor Duffy giró pesadamente un cuarto de vuelta en dirección a Willie y los ojos de color azul pálido lo enfocaron a distancia. No es que la mención del nombre de Mason City se calculara que produjese gran impresión en el señor Duffy, pero el hecho de que Willie anduviese metido en política, aunque solo fuera en esa ciudad donde sin duda los cerdos se rascaban contra los puntales inferiores

de la oficina de Correos, originaba ciertos problemas merecedores de pasajera atención. Y por eso el señor Duffy dedicó su atención a Willie y resolvió el problema. ¿Cómo? Decidiendo que no existía ningún problema. Willie no se hallaba metido en política ni en Mason City ni en ningún otro lugar, Alex Michel era un mentiroso, incapaz de decir una verdad. Bastaba mirar a Willie para llegar a la conclusión de que jamás estuvo ni estaría politiqueando. Duffy era capaz de mirar a Willie y decidir que no andaba en política. En consecuencia contestó con un «¿de verdad?» lleno de gran ironía, y con la incredulidad

evidentemente reflejada en el semblante.

No es que censure mucho a Duffy. Su semblante hallábase frente a frente del margen del misterio donde todos nuestros cálculos se derrumban, donde la corriente del tiempo disminuye hasta convertirse en las arenas de la eternidad, donde la fórmula fracasa en el tubo de ensayo, donde el caos y la noche reinan y oímos la risa bajo los efectos del éter. Pero nuestro hombre no lo sabía y de ahí su exclamación.

—De veras —repitió Alex, aunque sin ironía y agregó: Allá en Mason City.

—Sí —aseguró el interpelado—, tesorero del distrito.

—¡Dios mío! —exclamó Duffy, con

el aire del hombre que descubre que ha edificado sobre arenas movedizas y vivido en un ambiente completamente ficticio.

—Sí —insistió Alex—, y Willie ha venido hasta aquí para realizar ciertas gestiones en favor del distrito de Mason. ¿Verdad, Willie?

Este asintió.

—Acerca de una emisión de bonos —prosiguió Alex—. Van a construir una escuela y hay una emisión de bonos.

Duffy movió los labios y fue dado advertir el fulgor del puente de oro en su dentadura, si bien no fue pronunciada una palabra. El momento era demasiado grande para emitir ningún sonido ni para

echar espuma por la boca.

Pero eso era cierto. Willie era tesorero del distrito y estuvo allí durante toda la jornada ocupado con la emisión de bonos para la escuela.

Y fueron lanzados los bonos y construida la escuela y más de una docena de años después el Cadillac, grande y pintado de negro, pasó raudo ante ella, llevando al jefe; y Sugar-Boy apretó el acelerador y nosotros avanzamos a lo largo del todavía casi nuevo pavimento de la carretera número 58.

Habríamos andado ya un par de kilómetros aproximadamente sin que se hubiese pronunciado una palabra,

cuando el jefe se volvió hacia mí y dijo:

—Jack, tome nota para averiguar algo acerca del hijo de Malaquías y de esta muerte.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Diablo, no sé, pero es buen muchacho.

—Quiero decir cuál es el apellido de Malaquías.

—Malaquías Wynn se llama el hombre —dijo el jefe.

Extraje el cuaderno de notas y anoté, sin olvidar la palabra «puñaladas».

—Averigüe la fecha del juicio y haga que vaya un abogado. Que sea bueno. Fíjese bien; uno que sea bueno y sepa manejar el caso y que se percate de

que tiene que defenderlo bien y no limitarse solamente a que salga su nombre en los periódicos.

—Albert Evans —dije—. Ese debe saber lo que hace.

—Es de los que usan aceite para el cabello —aseguró el jefe—, y se lo echan para atrás hasta que lo alto de la cabeza parece una bola negra sobre la mesa de billar. Consiga otro que no parezca como si fuese a cantar al compás de la orquesta. ¿Está perdiendo la imaginación?

—Muy bien —contesté, y anoté en el cuaderno «Tipo Abe Lincoln».

No era necesario que escribiese nada sobre el particular para acordarme,

pero lo hice porque ya estaba acostumbrado. En seis años puede adquirirse gran cantidad de hábitos, así como llenar una asombrosa cantidad de cuadernos y con los mismos una caja fuerte, pues no son datos que puedan dejarse tirados en cualquier parte, ya que algunos darían su peso en oro por ponerles la mano encima. Pero no interpreten que jamás nadie puso la mano sobre ellos. No tuve tanta necesidad de dinero como para llegar a ese extremo. Pero había adquirido la costumbre la guardarlos. Un hombre tiene que llevar consigo algo más que el hígado destrozado cuando abandona el oscuro fondo y el abismo del tiempo y

bien podrían ser esos cuadernillos de tapa negra. Los cuadernillos negros yacen en una caja y la labor de nuestros días y nuestras manos reposa tranquilamente en la oscuridad de la cajita mientras gira el gran eje del mundo.

—Lo elige —advirtió el jefe— y se mantiene alejado. Que lo vigile uno de sus compañeros; pero selecciónelo cuidadosamente.

—Comprendido —contesté, pues en realidad era así.

El jefe hallábase a punto de volverse y dividir su atención entre el camino y el tacómetro de Sugar-Boy cuando Duffy carraspeó y dijo:

—Jefe…

—¿Qué hay? —inquirió este.

—¿Sabe quién recibió la puñalada en el vientre?

—No —fue la respuesta del jefe, que se preparó para volverse—. Y no me interesa, aunque se trate de la virginal y santa doncella del apóstol san Pablo.

El señor Duffy volvió a toser, en la forma que hacía en los últimos años, cuando se encontraba bajo el peso de la flema y de alguna idea.

—Casualmente lo leí en un periódico —comenzó—. Posteriormente volví a leer algunas noticias más. Se trata del hijo de un médico de la

vecindad. No recuerdo su nombre, pero era médico. Así lo decía el periódico. —El señor Duffy seguía hablando detrás del jefe sin que este le hubiese prestado la menor atención al parecer—. De manera que a mi modo de ver —el orador volvió a aclarar la garganta— podría resultar que ese doctor fuese algún personaje en esta zona. Ya sabe lo que representa un médico en el campo. La gente cree que no es un cualquiera. Y a lo mejor trasciende que usted intenta poner en libertad a ese muchacho Wynn y ello no le causa ningún beneficio. Ya sabe lo que es la política —explicó.

El jefe volvió la cabeza para mirar al señor Duffy en forma tan súbita que

no se advirtió sino una mancha. Era como si sus ojos grandes y abultados mirasen desde la cabeza, a través de los cabellos, saliendo todo borroso. Esto es algo hiperbólico pero el lector comprenderá sin duda lo que quiero decir. El jefe era así. Daba la impresión, al mirarlo, de ser hombre lerdo y deliberado; tenía un modo de sentarse sueltamente como si se hundiese en su propio interior, y sus ojos pestañeaban como los de un búho dentro de una jaula. Pero de pronto efectuaba un movimiento. Quizá no fuese con otro fin que tratar de agarrar alguna mosca que lo molestaba con su vuelo, como vi hacer en una oportunidad a un boxeador viejo y

arruinado que rondaba por los cafés. Apostaba que era capaz de agarrar una mosca al vuelo con los dedos. Y lo hacía. También el jefe era capaz de eso. Y volvía la cabeza bruscamente hacia uno cuando se hablaba algo que al parecer no escuchaba.

Esta vez volvió la cabeza rápidamente hacia Duffy, a quien contempló durante un instante antes de exclamar lisa y llanamente:

—¡Jesús! —Después prosiguió—: Maldito lo que sabe, Tiny. He conocido toda la vida a Malaquías Wynn y su hijo es un buen muchacho y no me importa a quién apuñaló. En segundo lugar fue una pelea equilibrada y tuvo mala suerte. Y

cuando llega el momento del juicio todos van en contra del que ocupa el banquillo de los acusados, cuando no ha tenido la mala fortuna de que el otro falleciera. En tercer lugar, si se hubiese limpiado los oídos, me habría oído cuando dije a Jack que se entendiese con un abogado a través de un compañero y que consiguiese uno no interesado en la publicidad. De acuerdo con lo que ese abogado, o cualquier otra persona sepa, habrá sido enviado por el papa. Y todo lo que deseará saber es si el beneficio que obtenga con la defensa merece la pena. ¿Está todo bien claro ahora o desea que le pinte un cuadro de la situación?

—Ya comprendo —dijo el señor Duffy, que se humedeció los labios.

Pero el jefe no escuchaba ya, vuelto de nuevo hacia el tacómetro y hacia la carretera y diciendo a Sugar-Boy:

—¡Por amor de Dios! ¿Crees que tenemos interés en admirar el paisaje? Ya se nos ha hecho tarde.

Entonces advertimos que Sugar-Boy aceleró la marcha.

Pero no duró la cosa mucho tiempo. Aproximadamente al cabo de un kilómetro alcanzamos la curva. Sugar-Boy se desvió contra el casquillo y nos deslizamos mientras las piedras crujían y saltaban y golpeaban la parte inferior del guardabarros como si fuese grasa en

una sartén, dejando una nube de polvo en donde sumergirse el otro vehículo.

Entonces vimos la casa.

Se hallaba emplazada en una pequeña elevación, era más bien grande, de dos pisos, rectangular, gris y falta de pintura, con el techo de hojalata, igualmente falto de pintura y despidiendo destellos a la luz del sol, pues era nuevo y la herrumbre todavía no lo había cubierto. Una gran chimenea se destacaba en cada extremo. Nos detuvimos delante de la puerta. La casa se hallaba edificada junto al camino, con un buen cerco de alambre de púa alrededor del patio, no muy grande, y algunos mirtos con flores del color del

helado de frambuesa. El rincón del patio parecía fresco. Había un roble, nada de que vanagloriarse, por supuesto, medio seco, a un costado, delante de la casa, y un par de magnolios al otro, con ojos como de estaño oxidado. No se veía mucho verde en el lugar y una media docena de gallinas se revolcaban, agitaban las alas y cacareaban en el suelo, debajo de los magnolios. Un perro blanco, grande y peludo, como de pastor, yacía en el porche delantero reducido y de un solo piso, que parecía incrustado en la casa, como si hubiese sido colocado con posteridad a su edificación.

Parecía como esas granjas del

campo por cuyo lado pasamos a media tarde, con las aves debajo de los árboles y el perro durmiendo y cuyo único habitante sabemos que es la mujer que acaba de dar fin al lavado de platos, ha barrido la cocina y subido las escaleras para acostarse una media hora despojándose del vestido y también, mediante una sacudida de la pierna, de los zapatos, y que yace tendida en el lecho, boca arriba, en la habitación sumida en la penumbra y con una trenza de sus cabellos aplastada sobre la frente a causa del sudor. Escucha las moscas zumbar al cruzar el aposento; más tarde el motor que ruge con gran fuerza en el camino y que poco a poco va

apagándose a la distancia, y por último nuevamente a las moscas. A esa clase pertenecía la casa.

En una ocasión me pregunté cómo el jefe no había hecho pintar la casa, una vez que se hubo metido en negocios y el dólar no fue motivo de que se levantase por la mañana temprano. Luego me figuré que el jefe era más inteligente. Suponiendo que la hubiese pintado, el vecino de al lado diría al otro: «¿Has visto que el viejo Stark ha hecho pintar la casa? Claro, para darse importancia. Parece como si siempre hubiese sido adecuada para habitarla; pero ahora que el hijo ha progresado en la capital no la considera suficiente. Apuesto a que lo

primero que hará el viejo es ir al excusado y disponer que los repollos se cuezan detrás del granero». (En realidad, el viejo iba al excusado, pues el jefe había hecho instalar agua corriente y un baño. El agua era sacada por una pequeña bomba automática, movida por electricidad. Pero no es posible divisar un inodoro al pasar por el camino. No es cosa que nos dé en el ojo ni salga corriendo a mordernos una pierna. Y lo que el votante no ve o no sabe no turba su imaginación).

De todos modos, si la hubiese pintado no hubiese ofrecido un cuadro más atractivo que el que presentaba aquel día con Willie y el viejo en los

escalones del frente, junto con Lucy Stark y el muchacho, y el perro blanco que bastante tiempo atrás fuera cachorro.

El viejo se hallaba en los escalones de la entrada. Cuando franqueamos el portón, provisto de un par de puntas de arado, viejas, colgadas de un alambre que se cerraba de un tirón y sonaba para anunciar al visitante, y comenzamos a ascender el sendero, el hombre nos estaba esperando en la puerta. Estaba de pie en la escalera; era un hombre no muy alto, delgado, vestido con pantalones azules de cotí y una camisa del mismo color, lavada tantas veces que había adquirido un matiz de pastel

espolvoreado, y una corbata negra, de lazo, de esas que se venden ya armadas y se usan con elástico. Al acercarnos pudimos observar su rostro, curtido y de aspecto cansado, enjuto, con la piel de paciente que tienen todos los hombre de edad, y el cabello gris aplastado sobre el cráneo, estrecho y alargado como un huevo —el cabello húmedo como si se le hubiera aplicado una pasada con el cepillo mojado al oír que se acercaba el automóvil, simplemente para parecer bien en el último momento— y los ojos azules y tranquilos en medio de la piel morena y arrugada. El azul de los ojos era pálido y desvaído, como el de la camisa. No usaba patillas ni bigote y era

visible su reciente afeitado, pues se advertían dos o tres cortes, con la costra de sangre sobre los mismos, donde la navaja se había enredado con los pliegues de la piel seca y morena.

Permaneció en los escalones y a juzgar por las señales que dio podríamos haber estado en la ciudad.

Entonces el jefe ser adelantó y dijo después de tenderle la mano:

—Hola, papá, ¿qué tal te va?

—Vamos tirando —dijo el viejo, que le estrechó la mano. Mejor dicho, la extendió con el mismo movimiento del codo efectuado por el viejo de la cara correosa en el negocio de Mason City y dejó que el jefe la sacudiera.

Lucy Stark se le acercó entonces, sin decir una palabra, y le dio un beso en la mejilla izquierda, sin que el otro tampoco pronunciase una sola palabra. Limitose a pasarle el brazo por el hombro, sin llegar a abrazarla, sino simplemente colocando el brazo derecho sobre aquel, con lo cual podía observarse su mano nudosa, arrugada y morena, al parecer demasiado grande para su muñeca, y con la que aplicó sobre el hombro dos o tres golpecitos, como cansado y apologético. Después, la mano fue retirada, cayó a un costado, junto al pantalón de cotí, y Lucy Stark retrocedió. Fue entonces cuando el hombre inquirió, si bien en voz no muy

alta:

—¿Qué tal, Lucy?

—¿Cómo le va, papá? —fue la respuesta.

La mano que colgaba a un costado junto al pantalón de cotí azul efectuó una sacudida como si se preparase a repetir el simulacro de abrazo, pero quedó en la nada.

De todos modos supongo que no tenía por qué hacerlo. No para decir a Lucy Stark lo que esta ya sabía y hubo sabido sin palabras desde el momento en que se casó con Willie Stark y fue a sentarse junto al fuego por la noche con el viejo, cuya mujer había fallecido bastante tiempo atrás sin que en el hogar

hubiese habido ninguna persona del sexo femenino desde entonces. Tenían algo en común, el viejo Stark y Lucy, la que amó y se casó con Willie, aquel Willie que mientras el padre y la mujer disfrutaban junto a la chimenea hallábase arriba en su habitación, con el cuerpo inclinado sobre la mesa, sobre un libro de Derecho, el semblante lleno de confusión y de ansiedad y el cabello caído sobre la frente. En lugar de estar con los otros junto al fuego, estaba arriba, en aquella habitación, aunque ni siquiera en ella tampoco, sino en otro aposento de un mundo dentro de sí mismo, donde todo iba hinchándose, creciendo dolorosa y torpemente como

una patata grande en un sótano húmedo y oscuro. Lo que hoy y al comienzo poseían en común era un mundo de silencio junto al fuego, un mundo capaz de absorber de una manera perfecta y sin esfuerzo los movimientos de sus días y de sus ocupaciones, y de todos los días que habían vivido, así como de los que vendrían, y en los que se moverían de un lado para otro y harían las cosas propias de la vida para la que estaban hechos. Y así permanecían sentados en silencio, mientras la leña de la chimenea chisporroteaba, silbaba y se consumía, juntos en el compás lento y en la pausa del ritmo de sus vidas. Tal lo que poseían en común, sin que nada pudiese

desposeerlos de ello. Pero aún eran dueños de algo más, también en común: el conocimiento de que ya no poseían lo que otrora tuvieran. Ya no eran dueños de Willie Stark, que es lo que habían tenido.

El jefe presentó al señor Duffy, que tuvo mucho placer en conocer al señor Stark, sí señor, y después hizo lo mismo con toda la comitiva llegada en el segundo vehículo. Después el jefe me señaló con el dedo y dijo a su padre:

—Te acuerdas de Jack Burden, ¿verdad?

—Ya lo creo —contestó el hombre.

Nos estrechamos las manos.

Todos penetramos en el gabinete y

algunos nos sentamos sobre muelles rellenos de crin, que producían en nuestras narices la impresión de estar oliendo algo ácido y como de momia; otros ocuparon asientos simples y rotos por la mitad, traídos de la cocina por el viejo y por el jefe, y las motas de polvo flotaron en la atmósfera, iluminadas por los rayos del sol que penetraba desde el Oeste a través de las celosías de las ventanas de ese aposento, otrora blanco, pero ahora amarillento y con cortinas de encaje deslucidas que se inclinaban de manera incierta sobre sus palos cual si fuesen redes colgadas a la espera de que les llegue el turno de ser remendadas. Todos nos sentamos y acomodamos

nuestras posaderas sobre los asientos, ya fuesen los rellenos o los lisos y rotos, y contemplamos con la mirada agachada las tablas sin pintar del entarimado o el diseño de la alfombra de linóleo del centro del local como si estuviésemos en un funeral y el finado fuese nuestro acreedor. El linóleo era más bien nuevo y sus colores aún brillantes —rojo, tostado y azul, muy reluciente y con aspecto de haber sido barnizado—, una especie de isla geométrica, impertinente y locuaz, flotando en medio de las sombras desprovistas de ángulos y del rancio olor a momia y el lento transcurrir del tiempo que habían ido impregnando el lugar, día a día desde

largo tiempo atrás, como en un mar cercado por la tierra donde los peces estuviesen muertos y el olor nauseabundo se posase sobre nuestra lengua. Experimentábase la sensación de que si el jefe, el señor Duffy y Sadie Burke, el fotógrafo y el resto de los visitantes se acurrucasen juntos sobre el trozo de linóleo, este se elevaría del suelo como por arte de magia y nos haría levantar para dar una vuelta imaginaria por la habitación antes de infiltrarse por la puerta o a través del techo, del mismo modo que la isla flotante de Gulliver o la alfombra de *Las mil y una noches*, para conducirnos al lugar que nos correspondía, dejando

sentado allí al viejo Stark como si nada hubiese acontecido, muy afeitadito y con la cara cortada, el cabello gris y húmedo aplastado, sentado a la mesa donde la Biblia grande, la lámpara y el álbum forrado de felpa hallábanse bajo la mirada devoradora de la cara provista de patillas, del retrato grande al carbón colocado encima de la repisa de la chimenea.

Luego la sirvienta negra trajo un jarro de agua y tres vasos en una bandeja, arrastrando silenciosamente los pies sobre el entarimado, calzada con unos viejos zapatos de tenis. Lucy tomó uno de los vasos, Sadie Burke el otro y con el tercero nos servimos los demás.

Luego el fotógrafo miró a escondidas su reloj, carraspeó y dijo:

—Gobernador…

—¿Sí? —contestó el aludido.

—Creo que si usted, la señora Stark y los demás… —hizo una reverencia, sentado, en dirección a Lucy Stark, una inclinación de cintura para arriba que fue todo un primor y dio la impresión de que hubiese bebido un par de copas de más, dado el calor reinante, y estuviese reponiéndose en su asiento—; si todos…

El jefe se puso de pie.

—Muy bien —dijo gesticulando—. Creo que lo interpreto. —Después miró a su mujer como inquiriendo.

Lucy Stark también se puso de pie.

—Todo está preparado, papá —dijo el jefe.

El viejo imitó al matrimonio.

El jefe inició la marcha en dirección al pórtico delantero. Todos fuimos detrás de él como si estuviésemos en una procesión. El fotógrafo se llegó hasta el segundo automóvil y desempaquetó un trípode y el resto del equipo, que preparó frente a los escalones. El jefe se hallaba de pie sobre estos, pestañeando y haciendo muecas, como si estuviese medio dormido y enterado de la clase de sueño que iba a tener.

—Primeramente tomaremos una foto

de usted solo, gobernador —dijo el fotógrafo.

Los demás nos alejamos del pórtico para quedar fuera del alcance de la cámara. El profesional ocultó la cabeza debajo del paño negro y en el acto volvió a sacarla, alborotado con una idea.

—El perro —dijo—, sí, el perro debe salir a su lado, gobernador. Usted estará acariciando al can o algo por el estilo. Justamente en los escalones. Muy bien. Será un retrato espléndido. Hará época. Acaricie al animal, y este le corresponderá moviendo la patita como si se alegrase de verlo otra vez en el hogar. ¿Comprende? Será una fotografía

que hará época.

—Seguro. Hará época —repitió el gobernador.

Luego se volvió hacia el perro blanco y viejo, que no había movido un solo músculo desde que el Cadillac se detuviera ante la puerta y que se hallaba tumbado a un costado del pórtico, sobre una alfombra vieja.

—Vamos, *Buck* —exclamó el jefe, que hizo sonar los dedos.

Pero el can no se movió.

—Vamos, *Buck* —gritó el jefe.

Tom Stark aguijoneó al animal con la punta del pie, pero fue lo mismo que si hubiese intentado excitar la funda de una pistola.

—*Buck* se siente viejo —aseguró el padre del jefe—; ya no tiene la agilidad de antaño. —Luego se dirigió hacia los escalones y se agachó con un movimiento que hacía esperar que se produjese el rechinar de las enmohecidas bisagras del desván—. Vamos, *Buck* —le dijo el viejo Stark sin mayor optimismo. Después de desistir de sus esfuerzos levantó el semblante hacia el jefe—. Si al menos tuviese hambre —dijo, meneando la cabeza—, podríamos engatusarlo. Pero no tiene. Anda mal de los dientes.

El jefe me miró y comprendí para qué se me pagaba mi sueldo.

—Jack —dijo el jefe—, haga que

ese peludo bastardo se me acerque y parezca como si se alegrase de volver a verme.

Suponíase que yo debía hacer muchas cosas; una de ellas levantar un animal de quince años, con un peso de sesenta y un kilos, blanco y peludo, una tarde de verano, y pintar en las facciones del mismo una expresión de alegría indecible mientras contemplaba atentamente los ojos del jefe. Me así de las patas delanteras de *Buck*, como si fuese a aferrarme a una carretilla para ponerla en movimiento, y lo alcé, pero sin ningún resultado positivo. Conseguí alzar la parte delantera durante un segundo, pero justamente cuando lo

levanté, el animal exhaló y yo inhalé. Una vaharada de *Buck* fue suficiente. Era como si partiese de un nido de búhos. Quedé paralizado. *Buck* cayó sobre las tablas del pórtico y permaneció allí como la piel de oso polar que semejaba.

Entonces Tom Stark y uno de los reporteros lo tomaron del rabo y yo lo levanté por delante, conteniendo el aliento esta vez, y conseguimos colocar al can junto al jefe. Lo habían separado unos siete palmos. El jefe se animó, levantamos al animal por delante y el jefe recibió a su vez otra vaharada. Que fue suficiente.

—¡Por amor de Dios, papá! —

exclamó tan pronto como pudo reponerse—. ¿Qué le dan de comer a este animal?

—No tiene apetito —contestó el viejo.

—Sí, no tiene apetito para comer violetas —dijo el jefe, que escupió en el suelo.

—La causa de que se haya caído —aclaró el fotógrafo— es que flaquearon las patas traseras. Una vez que nosotros lo apuntalemos, la cosa marchará con rapidez.

—¿Quién, nosotros? ¡Nosotros! ¿Qué diablos quiere decir? Venga y dele un beso. Una vaharada sería capaz de cuajar la leche o hacer caer la corteza

de un pino. ¡Nosotros! ¡Vaya al diablo!

El jefe inspiró profundamente y volvimos a levantar al animal. *Buck* no tenía la menor vitalidad. Hicimos seis o siete tentativas, sin conseguir nuestro propósito. Finalmente el jefe hubo de sentarse en los escalones y arrastraron a *Buck*, colocando la cabeza del fiel animal sobre sus rodillas. El jefe puso la mano sobre la cabeza del can y enfiló la mirada hacia la cámara. Una vez tomada la fotografía, el profesional aseguró que el retrato iba a hacer furor, en lo cual convino el jefe, que no hizo sino repetir las palabras del otro. Luego permaneció sentado unos segundos con la mano apoyada sobre la cabeza del

can.

—El perro —dijo— es el mejor amigo del hombre. Y el viejo *Buck* el mejor amigo que he tenido. —Rascó la cabeza del animal—. Sí, viejo *Buck*, el mejor amigo que he tenido. Pero ¡maldito sea! —exclamó, y se puso de pie de manera tan repentina que la cabeza del can se desvió de sus rodillas —, no huele mucho mejor que los otros.

—¿Es necesario que salga eso en el reportaje, jefe? —inquirió uno de los periodistas.

—Por supuesto —aseguró el interpelado— no huele mejor que los demás.

Entonces retiramos el cuerpo de

Buck de los escalones y el fotógrafo diose a su tarea. El jefe y su familia fueron colocados en todas las combinaciones posibles. Luego preparó sus artefactos y dijo:

—Gobernador, ya sabe que deseamos una fotografía suya tomada arriba; en la habitación en que solía estar cuando chico. Eso se hará popular.

—Sí —dijo el gobernador—, se hará popular.

Tal fue mi idea también. Sería un gran éxito. El jefe sentado allá con un viejo texto entre sus manos. Un buen ejemplo para los chiquillos. Y por eso subimos la escalera.

Era un aposento reducido, con el

entarimado desnudo, con sus paredes con molduras pintadas de amarillo en otros tiempos, si bien ahorra la poca pintura que quedaba sobre la madera se iba descascarillando poco a poco. Veíase un enorme lecho de madera, con la cabecera alta y los pies algo fuera de la perpendicular, cubierto con una colcha blanca. También una mesa de pino, un par de sillas derechas y una estufa —de esas que sirven para quemar de todo— de metal y bastante herrumbrosa; y contra la pared, detrás de la estufa, dos estanterías de confección casera y abarrotadas de libros. Libros de lectura de tercer curso, álgebras y geometrías y otros por el

estilo en una de ellas, y en la otra una porción de libros viejos sobre Derecho.

El jefe permaneció en el centro del aposento y echó una mirada prolongada a su alrededor mientras los demás nos agolpábamos junto a la puerta como ovejas, esperando.

—Jesús —dijo—, pongan la bacinilla debajo de la cama y todo estará como entonces.

Miré en dirección a la cama y el artefacto no se hallaba allí. Era el único objeto que faltaba. Eso y un chico de semblante regordete y lleno de pecas, con el cabello color arena caído sobre la frente, inclinado sobre la mesa, junto a una lámpara de petróleo —en aquella

época debió de haber sido una lámpara de petróleo—, un lápiz en la mano, con la marca de los dientes en el lugar en que fuera mordido, el fuego en la estufa cada vez más mortecino y el viento azotando la parte norte de la casa, soplando desde los Dakotas, a dos mil kilómetros de distancia y a través de las llanuras que estarían heladas y como perlas con la nieve altamente bruñida por los vientos y reluciente en la oscuridad y a través de los ríos y de las colinas, donde los pinos crecieron otrora y gimieron al viento pero donde ahora no existía nada que le sirviese de barrera. El bastidor de la ventana que miraba hacia el Norte rechinaría bajo la

fuerza del viento y la llama de la lámpara de petróleo vacilaría a causa de la corriente de aire que penetraba, pero el muchachito no alzaría los ojos por eso. Mordería el lápiz y se inclinaría más aún. Luego, al cabo de un rato, la lámpara se apagaría, el muchacho se desnudaría y se acostaría con la ropa interior puesta. ¡Qué frías y tiesas estarían las sábanas! Tendido en el lecho temblaría en la oscuridad. El viento, bajando con una velocidad espantosa desde dos mil kilómetros de distancia, azotaría la casa y la ventana rechinaría y en el interior de su persona habría algo grande que se enroscaba lentamente y se comprimía hasta que su aliento era

contenido y la sangre golpeaba en su cabeza con un sonido hueco como si fuese una cueva tan grande como la oscuridad de afuera. Sería imposible aplicar un nombre a lo que contuviese en su interior. Acaso no existiera un nombre para ello.

Eso era lo que faltaba en la habitación: el muchachito y la bacinilla. A no ser por ello todo estaba en perfecto orden.

—Sí —decía el jefe—, seguro que ha desaparecido. Pero por mí está bien. Es posible que el sentarse sobre el agua corriente ocasione catarro intestinal, como dicen los viejos, pero sin duda habría hecho mucho menos incómodo el

aprendizaje de la ley. Y no se hubiese perdido tanto tiempo.

El jefe era de los que se movían con lentitud. Muchas fueron las ocasiones en que resolvimos los asuntos de Estado a través de la puerta del baño: él dentro y yo fuera, sentado y con mi cuadernillo negro sobre la rodilla y el teléfono sonando a más no poder.

Pero ya el fotógrafo comenzó a disponer las cosas. Hizo que el jefe tomase asiento delante de la mesa y examinase un volumen, en cuya actitud tomó una fotografía, Y luego una media docena más, sentado en una silla junto a la estufa, con un tomo de Derecho en la mano y Dios sabe cuántas cosas más.

Descendí la escalera y los dejé preparando los documentos para la posteridad.

Al llegar al pie de la escalera oí voces en el gabinete. Me imaginé que se trataría del viejo Stark, conversando con Lucy, con Sadie Burke y con el muchacho. Entonces me dirigí por la parte trasera hacia el porche interior. Oí a la sirvienta negra que revolvía en la cocina, tarareando alguna canción acerca de sí misma y de Jesús. Fui hasta el patio del fondo, en el que no se veía ningún verde. Cuando llegasen las lluvias de otoño no habría allí más que un fangal con las huellas dejadas por las patas de las gallinas. Pero ahora era

pura tierra. Junto a la puerta que permitía el acceso al patio trasero había un arbolito adornado con bayas coloradas que al pasar se cayeron y fueron aplastadas por mis pies crujiendo cual si fuesen insectos.

Recorrí el terreno y pasé junto a una serie de gallineros construidos con tablas delgadas, asentadas sobre troncos de cipreses para evitar la humedad. Me llegué hasta el granero y el establo, donde un par de mulas, aún robustas pero apolilladas de viejas, mantenían la cabeza caída, con la imborrable vergüenza de su especie, junto a un gran cazo de hierro, de los utilizados para hervir la melaza. El recipiente era usado

ahora para contener agua. Un caño sobresalía del mismo, provisto de un grifo. Era una de las nuevas mejoras introducidas por el jefe e imposible de divisar desde el camino.

Proseguí más allá de los establos, construidos con troncos pero dotados de un buen techo de hojalata e inclinado sobre el cerco, dominando la elevación. Al fondo del granero el terreno veíase despejado y agrietado en cierto modo, con montones de leña incrustados de tanto en tanto en el suelo para contener el proceso, como si eso fuese posible. Cien metros más lejos, al pie de la elevación, veíase alguna maleza de poco valor. El terreno debió haber sido

bastante pantanoso allí, pues el césped y las hierbas al pie de los árboles eran de un verde subido y tropical. Con el fondo desnudo parecía demasiado verde para ser natural. Observé un par de cerdos tumbados de costado, como dos grandes vejigas grises que se elevasen de la superficie.

Iba aproximándose el ocaso. Inclinado sobre la valla contemplé hacia el Oeste, a través de la región por donde se extendía la luz, y aspiré aquel olor seco, puro y como de amoniaco característico de los alrededores del establo al oscurecer de un día de verano. Me imaginé que me buscarían cuando me necesitaran, sin que tuviese

la menor idea de cuál sería el instante. El jefe y su familia, calculé, pasarían la noche en la casa del padre. Los periodistas, el fotógrafo y Sadie regresarían a la ciudad. Quizá se contase con que el señor Duffy fuese al hotel de Mason City. O acaso habrían supuesto que él y yo pasaríamos igualmente la noche en la casa del padre. Empero, si nos asignaban el mismo lecho para los dos, partiría en el acto para Mason City. Por otra parte estaba Sugar-Boy. Pero dejé de pensar en ello, sin importarme un comino lo que hicieran.

Me incliné sobre la valla y la postura hizo sobresalir de tal modo mis posaderas y los pantalones se estiraron

tanto, que el frasco resaltó sobre la cadera izquierda. Pensé un instante en ello y contemplé la coloración del paisaje, aspirando al mismo tiempo aquel olor seco, puro y de amoniaco; después extraje el frasco, que volvió a su lugar luego de haber echado un trago. Y vuelta a inclinarme sobre la valla ya esperar que la coloración del ocaso explotara en mi estómago, como así aconteció.

Oí que alguien abría y cerraba la puerta que daba al terreno del granero, pero no me volví para mirar. Si no miraba no sería cierto que alguien había abierto la puerta con las bisagras chirriantes, y este es un principio

maravilloso al que el hombre debe aferrarse. Yo lo había hecho de acuerdo con un libro cuando estaba en el colegio y seguía haciéndolo para triunfar. Lo que hubiese conseguido en mi vida, a él se lo debía. Lo que ignoremos no nos lastimará, puesto que no puede ser real. En el libro a que acabo de aludir se lo denominaba realismo; y cuando hube adoptado tal principio me convertí en idealista. Por aquella época era un idealista empedernido. Y si se es idealista no interesa lo que se haga o lo que ocurra a nuestro alrededor, porque de todos modos no es real.

Los pasos se aproximaban cada vez más, amortiguados por la tierra blanda.

No levanté la mirada. Luego advertí cómo el alambre de la valla crujía y cedía porque alguien más se hallaba inclinado en ella, admirando el ocaso. El señor X y yo nos extasiamos en tal contemplación un par de minutos, sin que fuera pronunciada una palabra. A no ser por el ruido que producía su respiración, no habría sabido que se hallaba allí.

Luego se produjo un movimiento y el alambre cambió de posición cuando el señor X desvió su peso del mismo. Más tarde una mano acarició mi cadera izquierda y exclamó:

—Deme un trago.

Era el jefe.

—Tómelo. Ya sabe dónde está.

Me levantó la parte posterior de la americana y extrajo el frasco. Oí cómo la bebida gorgoteaba mientras efectuaba el despojo. El alambre volvió a ceder bajo el peso al inclinarse nuevamente sobre él.

—Me había imaginado que vendría aquí —dijo.

—¿Y usted necesita beber algo? —contesté sin amargura.

—Sí. Y papá no es amigo de la bebida. Jamás lo ha sido.

Lo miré. Estaba inclinado sobre la valla, cargando el peso sobre el alambre de un modo que no presagiaba nada bueno para este, con la botella tapada

entre ambas manos, y los antebrazos apoyados sobre el alambre.

—Lucy tampoco solía ser muy aficionada al licor —dije.

—Los tiempos cambian. —Destapó el frasco, tomó otro poco y volvió a taparlo—. Pero Lucy no sé si ha cambiado o no. Ignoro si es o no aficionada a la bebida. Nunca la toca. Acaso advierta que suaviza los nervios del hombre.

Reí.

—Usted no tiene nervios.

—Soy un manojo de ellos —aseguró, e hizo una mueca.

Continuamos inclinados sobre la valla, contemplando el resplandor que

invadía el campo e iluminaba el macizo de árboles al pie de la elevación. El jefe inclinó la cabeza un poco más hacia delante y dejó que en sus labios se formase un gran glóbulo de saliva, que luego impulsó por entre los antebrazos y fue a dar en el comedero de madera de los cerdos que se hallaba precisamente frente a nosotros. El recipiente estaba seco, con algunos granos sueltos de maíz y unos trozos de cascara en su interior y en el suelo alrededor.

—Las cosas no cambian mucho aquí —dijo el jefe.

Como eso no parecía exigir respuesta, no le di ninguna.

—Apuesto a que habré arrojado en

total, en ese comedero, unos diez mil galones de lavaza —dijo. Luego largó otro salivazo en la misma forma que el anterior—. Creo que no habré sacado más que unas quinientas cabezas de cerdo de ahí. Y, ¡por Dios!, aún sigo echando lavaza.

—Bueno, la lavaza es lo que los alimenta, ¿verdad?

No respondió nada.

Los goznes de la puerta volvieron a rechinar y miré alrededor. No había motivo para que no lo hiciera. Era Sadie Burke que aplastaba el polvo con sus zapatos blancos, como si viniese a algo, y a cada zancada parecía como si fuese a hacer estallar la falda de su vestido de

sirsaca con rayas azules.

El jefe se volvió y miró, observó la botella que tenía en la mano y me la endosó.

—¿Qué sucede? —inquirió cuando la muchacha se hallaba a diez pasos.

Se acercó más en lugar de responder. Su respiración era agitada a consecuencia del apresuramiento. La luz le daba en su semblante ligeramente marcado de viruelas, húmedo por la transpiración, y su cabellera negra y recortada mostrábase alborotada a la vez que sus ojos grandes, hundidos, negros y enérgicos, parecían arder a la luz del sol.

—¿Qué sucede? —volvió a

preguntar el jefe.

—El juez Irwin —se las compuso para contestar con el poco aliento que le quedaba; después de la carrera.

—¿De veras? —preguntó el jefe.

Seguía inclinado contra el alambre, pero contemplaba a Sadie como si esta pudiera extraer un revólver y él estuviera pensando la manera de derrotarla.

—Matlock llamó desde larga distancia… desde la ciudad… y dijo que el diario de la tarde…

—Vamos, hable de una vez. Termine pronto —dijo el jefe.

—¡Al diablo! —contestó la muchacha—. Lo haré cuando esté

tranquila. Espere que recobre el aliento. Si estoy tranquila y usted…

—Está desperdiciando ahora bastante el aliento —dijo el jefe con una voz que hacía pensar en algo tan suave como pasar la mano por el lomo de un gato.

—Es mío —rezongó Sadie—, y nadie me lo ha comprado. Casi me desnuqué por venir corriendo hasta aquí para decirle algo y usted me ordena que hable, que desembuche de una vez. Y antes de que recobre el aliento. Ya hablaré cuando esté en condiciones. Una vez que me tranquilice y…

—No parece en realidad que se le haya roto la tráquea —observó el jefe,

que se inclinó de nuevo sobre el alambre de púa sin dejar de gesticular.

—Le parece que es muy divertido, ¿verdad? Oh, sí, muy divertido —repuso Sadie.

El jefe no contestó. Se mantuvo inclinado sobre el alambre como si tuviese todo el día ante él, y sin dejar de hacer muecas. Durante el pasado pude observar que esa manera de gesticular no aplacaba precisamente los sentimientos de Sadie. Y los síntomas parecían confirmar la verdad de mi observación.

De ahí que retirase la mirada decorosamente de la pareja y reanudase mi admiración por el día agonizante del

otro lado del terreno destinado a porqueriza por el paisaje elegíaco. No es que ninguno de ellos se hubiese preocupado por mí, en caso de haber tenido algo metido en la imaginación. Ya podían estar a su alrededor los Poderes, los Tronos y los Dominios; que si Sadie consideraba oportuno dar rienda suelta a sus palabras, nada la contendría; y el jefe tampoco era de los que se achicaban. Siempre comenzaban de ese modo, por cualquier insignificancia; el jefe recostado y gesticulando y excitando a Sadie hasta que los ojos grandes, negros y relucientes casi se le salían de las órbitas y un gran mechón de cabellos se separaba del enredo e iba

a caerle sobre la frente, obligándola a echarlo otra vez hacia atrás con el dorso de la mano. La muchacha hablaba mucho mientras iba enojándose, en tanto el otro no decía una palabra, gozando al parecer con irritarla hasta el extremo y contemplarla así recostado. Hasta cuando en una oportunidad ella le dio una bofetada, y bastante fuerte, él continuó mirándola de ese modo, cual si fuese una muchacha que bailase una *hula*[3] para él. Le agradaba hacerla enojar hasta que la muchacha, finalmente, se decidía a corresponderle. Era la única que sabía la triquiñuela o que estaba dotada de suficiente nervio. Y entonces comenzaba realmente la

función, sin que les importara quién se hallase presente. Al menos no les preocupaba mi presencia y no tenía por qué apartar los ojos del festín. Durante mucho tiempo había constituido un mueble más; pero algo de los modales que me enseñara mi abuela quedaba todavía en mí, y de tanto en tanto me dominaba la curiosidad. De seguro que era un mueble —con dos piernas y un cheque para recibir—, pero de todos modos dirigí la vista al poniente.

—¡Oh, es tan condenadamente divertido! —decía Sadie—; pero no lo parecerá así cuando se lo cuente. —Se detuvo antes de decir—: El juez Irwin se ha definido en favor de Callahan.

No se produjo ningún sonido quizá durante tres segundos que parecieron una semana, mientras una paloma viuda allá en el macizo de los árboles, junto a la porqueriza, hizo uno o dos intentos por destrozar su corazón y el mío.

—¡Qué bastardo! —oí que exclamó después el jefe.

—En el diario de la tarde ha salido la confirmación —dijo trabajosamente Sadie—. Matlock telefoneó desde la ciudad para comunicárselo.

—Es un bastardo de dos caras —aseguró el jefe. Dicho eso se retiró del alambre, irguiéndose, y yo me volví y me imaginé que el cónclave se hallaba a punto de disolverse—. Vamos —dijo el

jefe, que dio el ejemplo comenzando a ascender la elevación hacia la casa, con Sadie a su lado, dando grandes zancadas para mantenerse a la par de él y yo detrás—. Despídalos a todos —añadió al llegar junto al árbol cuyas bayas se veían en el suelo aplastadas. La orden era para Sadie.

—Tiny creía que cenaría aquí —contestó esta— y Sugar-Boy iba a llevarlo a Mason City a tiempo para tomar el tren de las ocho con destino a la ciudad. Usted lo invitó.

—Pues ahora anulo la invitación —fue la respuesta del jefe—. Haga que se retiren todos.

—Será para mí un privilegio —

contestó la chica.

Advertí que lo decía de corazón.

Los despidió y bien aprisa. El auto de la comitiva partió a lo largo del camino de piedra con los neumáticos aplastados y el cargamento de carne humana asomando por las ventanillas.

Me dirigí hacia el otro lado de la casa donde se veía colgada una hamaca, construida con alambres y duelas de barricas, de la clase que se utilizaba en esta parte del Globo, entre un poste y el roble. Colgada la americana del poste, introduje el frasco en el bolsillo lateral de modo que no me lastimase al tenderme y subí a la hamaca.

El jefe se hallaba allá abajó, al otro

lado del patio donde crecían los mirtos, yendo de un lado para otro entre los tallos llenos de polvo. Bien, todo era por culpa suya y tenía que sufrir las consecuencias. Me limité a permanecer en la hamaca, tendido y contemplando las hojas de la parte de abajo del roble, secas, grises y empolvadas, algunas de ellas con manchas de color de hierro. Aquellas serían las que caerían sin tardar, no a causa de alguna prisa, sino que las fibras simplemente se aflojarían, en medio del día, quizá cuando el sol brillase y la atmósfera estuviese tan serena que doliese como el lugar en que hemos tenido el diente a la mañana siguiente de haber visitado al dentista, o

como desfallece nuestro corazón cuando estamos en la esquina esperando que cambie la luz y por casualidad nos acordamos de cómo fueron las cosas antaño y cómo podrían haber sido de no suceder lo que sucedió.

Entonces, mientras contemplaba las hojas, oí un sonido seco que restallaba allá abajo, hacia el granero. Volvió a sonar otra vez. Me imaginé lo que era. Sugar-Boy jugando otra vez en el terreno con su 38 especial. Colocaba una lata vacía o una botella sobre un poste y se alejaba con el arma en la mano izquierda, tomada del cañón y con el seguro puesto, caminando de manera sostenida con sus piernas regordetas y

sus eternos pantalones de sarga azul abolsados por detrás, con los últimos rayos del sol resplandeciendo débilmente sobre su calva, entre los restos de su cabellera dura y como liquen blanqueado. Luego, deteníase de repente, tomaba el arma por la culata con la mano derecha y giraba —todo eso con movimiento rápido y torpe, como si en su interior se hubiese distendido algún resorte—; se oía una explosión y la lata saltaba del poste o la botella se esparcía hecha añicos en todas direcciones. Después, Sugar-Boy movía la cabeza y al intentar pronunciar algo producía la acostumbrada lluvia de saliva.

Oyose un restallido seco seguido de una pausa, indicadora de no haber dado en el blanco al primer disparo y del regreso del tirador al primer lugar para repetir la hazaña. Luego, al cabo de una pausa, repitiose el disparo y la espera. Más tarde, una sola vez resonaron dos disparos seguidos, señal del fracaso de Sugar-Boy con el primero y de una nueva tentativa con éxito.

Debí de haberme dormido, pues cuando volví en mí estaba el jefe a mi lado, diciéndome que ya era hora de cenar, por lo que entramos a reponer nuestras fuerzas.

Nos sentamos a la mesa, el viejo Stark a un extremo y Lucy en el otro. La

dama se echó hacia atrás el mechón de cabello húmedo que le caía sobre la frente y dio el último vistazo de rigor alrededor de la mesa para ver si faltaba algo, a la manera del general que inspecciona sus tropas. Estaba en su elemento. Había estado fuera de él durante largo tiempo, pero una vez que retornaba al mismo reemprendía sus funciones a la carrera, como el gato que se escapa de un saco.

Las mandíbulas diéronse a su tarea alrededor de la mesa y ella a observarlas. Permaneció en su asiento sin comer gran cosa, vigilando atentamente por si hubiese algún plato vacío y viendo cómo trabajaban las

mandíbulas, nada estirado el semblante reluciente que reflejaba su satisfacción interior, del mismo modo que la refleja el jefe de máquinas cuando baja por la noche a su sección y contempla la rueda grande, borrosa a causa de sus numerosas revoluciones y los pistones que suben y bajan dentro de su órbita cual si fuese un ballet, y todo el lugar, bajo el resplandor de la luz eléctrica, zumba, reluce y canta como el contenido eterno de la cabeza de Dios, y el barco avanza a veintidós nudos por hora en un mar sereno e iluminado por la luz de las estrellas.

Y así los músculos y las mandíbulas accionaban sin cesar y Lucy Stark

permanecía en su asiento experimentando la gloria de haber cumplido su misión.

Acababa de ingerir la última cucharada de helado de chocolate, que me fue necesario forzar en el gaznate como cemento húmedo en el agujero de un poste, cuando el jefe, comilón sistemático, engulló el último bocado, alzó la cabeza, se limpió la parte inferior del rostro con la servilleta y dijo:

—Bien; me parece que Jack, Sugar-Boy y yo podríamos ir a disfrutar del aire de la noche a lo largo de la carretera.

Lucy Stark observó rápidamente al

jefe, luego desvió la mirada y enderezó un salero. A primera vista podría haber sido la mirada que cualquier esposa dedica a su consorte cuando este habla, después de la cena, y anuncia que cree que se dirigirá a la ciudad un momento. Pero después se advierte que no hay tal cosa. No había en ella nada de pregunta, de protesta, de reprensión, de orden, de lástima de sí misma, de lamento o de «oh, ya no me quieres». No expresaba absolutamente nada y eso era lo que la hacía tan notable. Era una hazaña. Todo acto de pura percepción lo es; y si no lo cree, pruebe alguna vez.

Pero el viejo se encargó de hablar, y dijo:

—Yo había creído que pasarías aquí la noche.

No era raro que hubiese imaginado tal cosa. El retoño viene a la casa y los padres le echan el gancho. El viejo, o la mujer, según el caso, tienen nada que decir a su vástago. Todo lo que desean es verlo sentado en una silla durante un par de horas y luego que vaya a dormir bajo el mismo techo. Eso no es cariño. No digo que no exista semejante afecto. Me limito a señalar algo distinto del cariño, pero que a veces pasa bajo ese mismo nombre. Es muy posible que sin eso de que estoy hablando no existiese amor. Pero esto en sí no lo es. Es justamente algo de la sangre. Es una

especie de avaricia de la sangre y constituye el destino del hombre. Lo que posee el hombre y lo distingue del satisfecho animal de la creación. Cuando nacemos, nuestros padres pierden algo propio y se destrozan en su intento por recuperar lo perdido, que somos nosotros. Saben que no lo conseguirán del todo, pero obtienen una parte nuestra tan grande como les es posible. Y la apacible y antigua reunión familiar, con su *picnic* bajo los plátanos, tiene gran semejanza con la inmersión en el estanque de los pulpos del acuario. De todos modos, eso es lo que les habría dicho esa noche.

Y así el viejo Stark tragó saliva un

par de veces y levantó sus ojos tristes y azules hacia el jefe, que daba la casualidad de ser carne de su carne, aunque nadie lo adivinaba, y arrojó su anzuelo, pero sin conseguir que se afirmase en parte alguna. Al menos no de Willie.

—¡Tonterías! —dijo el jefe—. Tengo que partir.

—Yo había pensado —volvió a comenzar el viejo; pero después se entregó y dijo—: Pero si se trata de negocios…

—No, nada de negocios —aseguró el jefe—, sino por puro placer. Al menos creo que así será antes de tocar a su término. —Luego se levantó, riendo,

dio a su esposa un beso en la mejilla izquierda, un golpecito a su hijo en el hombro, de esa manera torpe que los padres palmean a sus hijos (siempre hay una especie de disculpa en ello y quienquiera que palmease a Tom Stark — aunque fuese su mismísimo padre — haría mejor en disculparse; porque el muchacho era un arrogante bastardo y cuando su padre lo golpeó esa noche en el hombro ni siquiera se molestó en levantar la mirada). Entonces dijo el jefe:

—No me esperen —y atravesó la puerta.

Sugar-Boy y yo le seguirnos. Tal fue la primera noticia por mí recibida de

que iba a gozar del aire de la noche. Pero así era por lo general el aviso que se recibía por parte del jefe, y yo ya lo sabía de manera suficiente.

El jefe se hallaba sentado en el asiento delantero junto al chófer cuando llegué al automóvil. De ahí que me introdujese en la parte de atrás y preparase mi alma para la desagradable experiencia de ser arrojado de un lado a otro de las curvas. Sugar-Boy se arrastró bajo el volante, tocó el arranque y comenzó a hacer un ruido como un búho que estuviese entonándose en un pantano por la noche. Si hubiese tenido tiempo y hubiese hablado, es seguro que habría preguntado el punto de destino.

Pero el jefe no esperó y le dijo:

—A Burden's Landing.

¿Conque a Burden's Landing, eh? Debí haberlo adivinado.

Burden's Landing se encuentra a unos doscientos kilómetros al Sudoeste de Mason City. Si esa distancia se multiplica por dos tendremos cuatrocientos kilómetros. Eran casi las nueve y las estrellas relucían y la niebla comenzaba a asomar en las tierras bajas. Dios sabe qué hora sería cuando volviésemos a acostarnos y nos levantásemos por la mañana para enfrentarnos con un fuerte desayuno y el viaje de retomo a la capital.

Reclinado en mi asiento cerré los

ojos. La grava golpeaba en la parte inferior de los guardabarros; luego dejó de golpear y el automóvil se inclinó a un costado, lo mismo que yo, y supe que habíamos vuelto al cemento y marchábamos hacia nuestro destino sobre el camino liso, íbamos raudos a lo largo de la pista de cemento, pálida a la luz de la luna entre las extensiones de bosque y los campos oscuros donde la niebla se iba levantando. A un costado del camino un granero sobresalía de entre la niebla cual si fuese una casa que se eleva de entre las aguas cuando el río se sale de madre. Junto al camino, una vaca, que se hallaba con la niebla hasta la rodilla y los cuernos suficientemente

húmedos como para lucir un brillo perlino a la luz de las estrellas, contemplaba la mancha que éramos al pasar veloces ante ella en seguimiento del deslumbrante callejón de luz que jamás alcanzábamos, pues siempre iba horadando la oscuridad delante de nosotros. El animal continuaba allí, medio metido en la niebla, mirando la luz cegadora y la niebla, y luego, sin volver la cabeza hacia el lugar en que esa luz y esa mancha habían estado, con la remota, pesada y nada vengativa indiferencia del Todopoderoso, del hado o de sí mismo, si hubiese estado allá sumergido en la niebla hasta la rodilla, y la deslumbrante claridad y la mancha

hubiesen pasado vertiginosamente y seguido adelante por entre los campos y las extensiones boscosas.

Pero yo no me hallaba allí en el campo, en la oscuridad, con la niebla emergiendo lentamente a mi alrededor y con el silencio de la noche en mi cabeza. Iba en el vehículo, de regreso a Burden’s Landing, así llamado de acuerdo con la gente de quien obtuve mi apellido, y que era el lugar en donde había nacido y me había criado.

Proseguimos por entre los campos hasta que nos topamos con una ciudad. Las casas se hallaban alineadas a lo largo de las calles, debajo de los árboles, con luces que iban apagándose,

hasta que arribamos a la calle mayor, donde la iluminación era brillante alrededor de la puerta del cine, contra cuyas luces los insectos se estrellaban para caer sobre el pavimento, de rebote, y produciendo un crujido seco cuando alguien los aplastaba. Los hombres estacionados frente al café miraban y veían pasar por la calle ese espectro grande y negro, y uno de ellos escupía y decía: «Valiente bastardo. Se cree que es un personaje»; y deseaba verse en un automóvil negro y grande, tan grande como una carroza fúnebre, con los neumáticos tan flexibles como los senos de la madre y el motor rugiendo sin ningún inconveniente a setenta y cinco

por hora, raudo en la oscuridad y en dirección a alguna parte. Bien, yo iba a alguna parte: a Burden's Landing.

Penetramos en el lugar por el nuevo bulevar junto a la bahía. El aire olía a mar, quizá con cierto sabor a pescado, ese olor triste y dulce que arrojan las mareas, pero fresco a pesar de todo. Era casi medianoche y las luces se hallaban apagadas en las tres manzanas de la parte baja de la ciudad. Más allá de la parte baja y de sus casitas habría otros edificios a lo largo de la bahía, con sus fondos de magnolias y de robles, con sus paredes encaladas y relucientes, detrás de lo oscuro de los árboles, y sus celosías, verdes durante la jornada pero

ahora oscuras entre las blancas paredes. Los habitantes se hallarían entregados al reposo detrás de tales celosías, cubiertos solamente con una sábana. Bueno, yo había pasado bastantes noches detrás de ellas, desde el momento en que fui lo bastante pequeño para mojar el lecho. Había nacido en una de esas habitaciones protegidas por celosías. Y detrás de una de ellas mi madre descansaría esa noche con su camisón adornado de encajes y su semblante fresco como el de una niña, a no ser por esas pequeñas arrugas alrededor de los ojos y en las comisuras de los labios, que de todos modos era imposible advertir en la oscuridad, y un

brazo desnudo afuera y colocado encima de la sábana, con la mano delgada, de aspecto frágil y delatora de su edad, y con las uñas pintadas. Theodore Murrell estaría igualmente acostado allí, respirando con un silbido ligeramente adenoide bajo su hermoso bigote rubio. Bueno, todo eso era bien legal, pues ella se había casado con Murrell, mucho más joven que mi madre y dueño de un hermoso cabello ondulado en lo alto de su cráneo redondo como arropía; y era mi padrastro. Bien, no fue el primero que tuve.

Más allá, en la misma hilera, detrás de sus propios robles y magnolios, estaba la casa de Stanton, cerrada y sin

nadie detrás de las celosías, pues Anne y Adam se hallaban entonces en la ciudad. Ya personas mayores, nunca habían vuelto a pescar en mi compañía y el viejo se había ido al otro mundo. Y aún más allá, donde comenzaba el campo abierto, estaba la casa del juez Irwin. No nos detuvimos antes de llegar a ella, pero hicimos una corta visita al juez.

—Jefe —dije.

El interpelado se volvió y entonces vi la forma oscura y alargada de su cabeza contra el fondo que era la luz de nuestros faros.

—¿Qué piensa decirle? —pregunté.

—Muchacho, uno nunca sabe hasta

que llega el momento —contestó—. Caramba —corrigió—, quizá no le diga absolutamente nada. No sé cómo puedo decirle nada. Solamente quiero contemplarlo bien.

—El juez no se intimidará tan fácilmente —dije.

No, no contaba con que el juez se intimidase fácilmente mientras pensaba en su espalda erguida cuando solía descolgarse de la montura, y arrojar la brida sobre la empalizada de Stanton y caminar por el sendero que conducía hasta la terraza, con el sombrero panamá en la mano y el cabello áspero, rojizo oscuro que le caía desde el cráneo alto, cual si fuese crin, y la nariz colorada y

aguileña, bien prominente en su semblante y aquellos ojos con el iris amarillo, brillantes y de mirar duro como topacios. Eso era unos veinte años atrás, de acuerdo, y quizá su espalda ya no fuese tan derecha como entonces (eso acontece con tanta lentitud que apenas la advertimos) y es posible que los ojos amarillos fuesen algo menos enérgicos; pero así y todo me imaginaba que el juez no se intimidaría tan fácilmente. Era algo sobre lo cual me creía en condiciones de apostar; no se asustaría. Y de hacerlo, constituiría un desengaño para mí.

—No cuento con que se asuste fácilmente —dijo el jefe—. Solamente

deseo verlo.

—Bueno, que se lo lleve el diablo —exclamé y me enderecé sin darme cuenta—. Pero no anda bien de la cabeza si cree que lo va a intimidar tan fácilmente.

—Tranquilícese —dijo el jefe, riendo. No le vi el semblante contra el resplandor de los faros. Era simplemente un parche negro del que brotaba la risa—. No quiero sino echarle un vistazo, según le he dicho —aclaró.

—Bien, de seguro ha perdido mucho tiempo y ha recorrido un largo camino para darle un vistazo —dije, incapaz de otra cosa que no fuese refunfuñar en ese

momento y encogiéndome de nuevo—. ¿Por qué no hace que él lo visite en la ciudad en alguna oportunidad?

—Alguna oportunidad no es lo mismo que ahora —contestó.

—Pero esto es algo que usted no debe hacer.

—De manera que cree que está por debajo de mi dignidad, ¿verdad?

—Según dicen es usted gobernador.

—Sí, Jack, lo soy. Y lo malo que tienen los gobernadores es que creen que están obligados a conservar su dignidad. Pero escuche, no existe nada que merezca ser llevado a cabo que el hombre pueda hacerlo y conservar su dignidad. ¿Es capaz de imaginarse una

sola cosa agradable a Dios que pueda llevar a cabo, manteniendo su dignidad? El ser humano no está hecho para ello.

—Perfectamente —contesté.

—Y cuando llegue a ser presidente, si quiero ver a alguien lo haré sin preocuparme de nada.

—De seguro —dije— en medio de la noche; pero cuando así sea, espero que me deje en casa para descansar tranquilamente.

—De ninguna manera. Cuando sea presidente lo llevaré conmigo. Junto con Sugar-Boy lo tendré en la Casa Blanca, de manera que siempre lo encuentre a mano. Sugar-Boy podrá disponer de un salón de tiro y un grupo de senadores

republicanos se hallará a su servicio para colocar las latas y usted podrá traer sus muchachas hasta la misma puerta principal, donde habrá un miembro del gabinete para tomarles los abrigos e ir recogiendo las horquillas detrás de ellas. Contaremos con un miembro especial en el gabinete para ello. Será secretario de Cámara de Jack Burden, tendrá en orden los números telefónicos y enviará a su debido destino esos adminículos de seda cuando por casualidad hayan quedado olvidados. Tiny se hará cargo del edificio, de manera que haré que lo sometan a una leve operación y que se vista con pantalones de seda bien amplios y un

turbante y se arme de una cimitarra de estaño, como si fuese Gran Encargado del Relicario o algo similar, y podrá permanecer sentado sobre un almohadón ante su puerta y ser el secretario de Cámara. ¿Qué le parece?

Estiró el brazo hacia el asiento trasero y me dio un golpecito en las rodillas. Tuvo que estirarlo bastante, pues larga era la distancia hasta el asiento trasero del Cadillac y hasta mis propias rodillas, aun cuando me hallaba recostado, apoyado sobre los omóplatos:

—Pasará a la Historia —aseguré.

—Muchacho, ¿por qué no? —Comenzó a reír, no dejando de hacerlo

luego de haberse vuelto para observar el camino iluminado.

Más allá dimos con una pequeña ciudad y en ella con una estación de servicio y un bar, Sugar-Boy cargó gasolina y nos trajo al jefe y a mí un par de gaseosas. Después continuamos el viaje.

El jefe no dijo una palabra hasta que llegamos a Burden's Landing, cuando se limitó a expresar lo siguiente:

—Jack, diga a Sugar-Boy cómo llegar hasta la casa. Son sus amigos los que viven por ahí.

Sí, eran mis amigos quienes vivían allí. O habían vivido. Anne y Adam habían habitado la casa grande y blanca,

residencia de su padre viudo, el gobernador. Fueron mis amigos. Adam y yo pescamos y navegamos por todo aquel extremo del golfo de México; y Anne, de ojos grandes y rostro sereno y delgado, había estado siempre a nuestra vera sin decir una palabra. Adam y yo habíamos andado de caza y acampado por toda la región y Anne había estado allí, una chiquilla de piernas delgadas y cuatro años menor que nosotros. Juntos habíamos estado sentados junto al fuego en la casa de Stanton —o en la mía— divirtiéndonos con los juguetes o leyendo libros mientras Anne permanecía sentada allí. Luego, al cabo de un tiempo, Anne ya no fue una

chiquilla, sino una mujer, y yo estuve tan enamorado de ella que vivía en un sueño en el cual mi corazón parecía a punto de estallar, pues según las trazas todo el mundo estaba contenido en él hinchándose y pugnando por salir y ser el mundo. Pero terminó el verano. Y transcurrió el tiempo sin que aconteciera nada de aquello que estábamos tan seguros que iba a suceder. De manera que Anne era ya una solterona y residía en la ciudad, pero aunque pareciese bastante bien todavía y llevase ropas que la favorecían, su risa comenzaba a ser frágil y su semblante reflejaba cierto aspecto de cansancio, como si se esforzase por recordar algo. ¿Acaso

Anne trataba de recordar? Bueno, para mí no era necesario hacerlo. Yo recordaba aun sin desearlo. Si la especie humana no recordase nada sería perfectamente feliz. Una vez fui estudiante de Historia en la Universidad y si algo aprendí al estudiar Historia fue eso. O para ser más exacto, eso fue lo que creí que había aprendido.

Iríamos a lo largo de Row —la hilera de casas frente a la bahía—, lugar en que habían vivido mis amigos: Anne, que era solterona o estaba a punto de serlo, y Adam, cirujano famoso, muy atento conmigo pero que ya no me acompañaba a pescar. Y el juez Irwin, que habitaba la última casa y que había

sido amigo de mi familia y acostumbraba llevarme a cazar con él y me enseñó a tirar y a montar a caballo y me leyó historia en aquellos libros encuadernados en cuero, del gran despacho de su casa. Luego de la desaparición de Ellis Burden, fue para mí más padre que aquellos hombres que se casaron con mi madre y vinieron a vivir a la casa de Ellis Burden. El juez era todo un hombre.

De manera que dije a Sugar-Boy cómo llegar hasta Row a través de la ciudad y dar con el lugar donde mis amigos vivían o habían vivido.

Atravesamos la ciudad, cuyas luces estaban apagadas, salvo las colgadas de

los postes del teléfono, y seguimos hasta Bay Road, donde las casas, allá en el fondo, tenían la blancura de los huevos entre los magnolios y los robles.

Por la noche se atraviesa la ciudad en que se ha vivido y esperamos vernos con pantalones cortos, solos en la esquina de la calle bajo las luces colgadas, donde los insectos zumban y golpean contra los reflectores de metal para caer después sobre el pavimento como atontados. Uno espera ver a ese muchacho de pie bajo la luz de la calle, aunque sea demasiado tarde, y experimenta algo así como la necesidad de decirle que ya es hora de que se retire a dormir o de lo contrario tendrá

que arrepentirse. Pero quizá ya estemos en la cama, profundamente dormidos, sin soñar y sin que haya sucedido nada de lo que esperábamos que sucediese. Pero entonces, ¿quién diablos es este que ocupa el asiento trasero del Cadillac grande y negro que atraviesa la ciudad como un fantasma? ¡Pero si es Jack Burden! ¿No te acuerdas del pequeño Jack Burden? Solía salir por la bahía con su bote para pescar por la tarde y regresar a su casa para cenar y despedirse con un beso de su linda mamá antes de retirarse para rezar sus oraciones y acostarse a las nueve y media. ¿Cómo? ¿Te refieres al hijo del viejo Ellis Burden? Naturalmente. Y de

esa mujer con quien se casó en Tejas —¿o fue en Arkansas?—, esa mujer de ojos grandes y semblante delgado que ahora vive en la casa del viejo Ellis con el hombre que se conquistó. ¿Qué le sucedió a Ellis Burden? Caramba, lo ignoro, ninguno de los que vivimos aquí ha oído una palabra durante muchos años. Fue algo extraño el hombre. Que me aspen si no era algo raro, al irse y dejar abandonada una mujer tan hermosa como la de Arkansas. A lo mejor no pudo darle lo que ella ansiaba. Bueno, de cualquier modo, le dio un hijo. Sí, Jack Burden.

Se llega de noche a la ciudad y allí están las voces.

Habíamos llegado al extremo de Row y divisé la casa blanca por entre las oscuras ramas del roble.

—Aquí es —indiqué.

—Quédese afuera —dijo el jefe. Y luego a, mí—: Se ve una luz. El renegado no se ha acostado todavía. Llame a la puerta y dígale que deseo verlo.

—¿Y si no quiere abrir?

—Querrá —dijo el jefe—. Pero en caso contrario oblíguelo. ¿Para qué diablos le pago?

Descendí del automóvil, franqueé la entrada y seguí a lo largo del sendero de casquijo, bajo los árboles oscuros. Oí que el jefe me seguía. Continué mi

camino a lo largo del sendero, siempre seguido del jefe, y subí los escalones.

El jefe se mantuvo a un lado. Abrí la puerta de tejido metálico y llamé. Repetí la llamada; luego, al observar a través del vidrio junto a la puerta, vi que otra se abría al otro lado del vestíbulo —recordé que era donde estaba la biblioteca— y una luz le iluminó. El juez venía hacia la puerta y pude verlo a través del vidrio mientras se las entendía con la cerradura.

—¿Quién es? —inquirió.

—Buenas noches, juez —contesté.

Permaneció pestañeando en el interior oscuro, tratando de reconocerme.

—Soy Jack Burden —dije.

—Vaya, vaya, Jack…, ¡qué sorpresa! —Me tendió la mano—. Adelante —exclamó. Hasta parecía contento de verme.

Le estreché la mano y entré en aquel lugar donde los espejos con sus molduras talladas, doradas y bastante deslucidas, refulgían a los rayos de la luz no muy brillante del costado y el vidrio de las grandes lámparas a prueba de viento resplandecía sobre sus soportes con tapa de mármol.

—¿En qué puedo servirte, Jack? —preguntó mientras fijaba en mí sus ojos amarillos. No habían cambiado mucho aunque sí el resto de su persona.

—Bueno —comencé, aunque no sabía cómo iba a terminar—. Solamente deseaba ver si estaba levantado y podía conversar con…

—Por supuesto, Jack, pasa. ¿No te encuentras en alguna dificultad, hijo? Permíteme que cierre primero la puerta y…

Se volvió para cerrar la puerta y si el corazón no se hubiese mantenido en forma durante casi setenta años, habría caído exánime. Porque el jefe se hallaba de pie junto a la puerta sin haber hecho el menor ruido.

Pero el juez no cayó sin vida, y su semblante ni siquiera se inmutó. Empero, sentí cómo se endureció. Si uno

se vuelve una noche a cerrar una puerta y se encuentra con que hay alguien en la oscuridad, seguro que también se estremece.

—No —dijo el jefe, tranquilamente y gesticulando, mientras se descubría y avanzaba como si hubiese sido invitado, lo que no era el caso—. No, Jack no se encuentra en dificultades. Al menos que yo sepa. Ni yo tampoco.

El juez no dejaba de mirarme.

—Disculpa —dijo con voz que sabía cómo hacer fría y raspante, lo mismo que una aguja vieja cuando toca un disco gastado—. Por un momento me había olvidado de lo bien cubiertas que se hallan tus necesidades.

—Oh, Jack está haciendo progresos —dijo el jefe.

—Y usted, señor —el juez se volvió hacia el jefe, e inclinó su mirada hacia él (pues era media cabeza más alto) y vi cómo los músculos del maxilar se estremecían y anudaban bajo los pliegues de su piel rojiza y arrugada—, ¿desea decirme algo?

—Bueno, no sé si lo deseo —contestó el jefe como al descuido—. Al menos no por el momento.

—Bien, en ese caso… —dijo el juez.

—Oh, puede sobrevenir cualquier cosa —interrumpió el jefe—. Nunca se sabe. A lo mejor damos un paso en

falso…

—En ese caso —repitió el juez, y fue como si una aguja vieja tocase un disco muy gastado, o una lima trabajase sobre un metal frío; nada humano, desde luego—, le diré que estaba a punto de acostarme.

—Oh, pero todavía es temprano —aseguró el jefe, que se tomó tiempo para recorrer con la mirada al juez de arriba abajo. El magistrado llevaba un viejo *smoking* de terciopelo y camisa planchada a la que había despojado del cuello, con lo que el botón dorado brillaba justamente debajo de la nuez, vieja, grande y colorada. El jefe prosiguió luego de haber completado su

examen—: Sí, y dormirá mejor si espera un poco antes de retirarse a descansar y da a tan hermosa cena una oportunidad para que sea digerida.

Y en ese mismo instante comenzó a andar hacia la puerta de la biblioteca, que era donde se hallaba la luz.

El juez Irwin observó la espalda del jefe mientras este se retiraba, con el traje de verano arrugado en la parte de los hombros sobre la que se había apoyado y las viejas manchas de sudor asomando por debajo de las axilas. Los ojos del juez hallábanse a punto de salirse de sus órbitas y la sangre afluyó a su rostro hasta quedar del color del hígado de ternera cuando lo vemos

colgado en la carnicería. Después comenzó a seguir al jefe.

Yo fui detrás de los dos.

El jefe se hallaba sentado ya en un sillón grande de cuero, viejo y bastante ajado, cuando hice mi entrada. Permanecí de pie contra la pared, bajo los estantes llenos de libros que llegaban hasta el techo. Eran tomos encuadernados en cuero, la mayor parte obras de Derecho, que se perdían en las sombras en lo alto e impartían al aposento un olor a moho cual si se tratase de queso viejo. Bueno, el lugar tampoco había experimentado ningún cambio. Recordaba bien ese olor a consecuencia de las muchas tardes

transcurridas en la biblioteca, leyendo u oyendo la voz del juez que leía para mí, mientras un leño crujía en la chimenea y el reloj del rincón, un reloj grande que perteneciera al abuelo, nos ofrecía las lentas, reducidas e individuales píldoras de tiempo. Era la misma habitación. Allá estaban los grandes grabados en acero sobre la pared —obra de Piranesi—, con sus marcos retorcidos, el Tíber, el Coliseo y algunos templos en ruinas. Y las fustas de montar encima de la chimenea y del escritorio, a más de las copas de plata, trofeos ganados por los perros del juez en los concursos y por él mismo en los concursos de tiro. La panoplia destinada a las armas de fuego,

oculta por las sombras encima de la puerta, no alcanzaba a ser iluminada por la gran lámpara de bronce colocada sobre la mesa, pero yo me sabía cada arma de memoria.

El juez no tomó asiento. Permaneció en el centro del piso, contemplando al jefe, cuyas piernas se destacaban tendidas sobre la alfombra roja. Y no dijo una palabra. Algo bullía en su cerebro. Se veía que si contase con una ventanilla de vidrio al costado del cráneo alto, donde el otrora espeso y rojizo oscuro cabello, a modo de crin, lucía ralo y marchito, podría observarse su interior y contemplar las ruedas, los resortes, los piñones y los trinquetes en

movimiento, resplandecientes como un hermoso lote de maquinarias bien entretenidas. Pero quizás alguien había oprimido el botón inadecuado. Quizá fuese a seguir funcionando sin cesar, hasta que algo se rajase o el resorte se gastase y nada aconteciese.

El jefe dijo algo, no sin antes sacudir la cabeza hacia los costados para indicar la bandeja de plata con la botella, la jarra para el agua y el bol de plata, los dos vasos usados y los tres o cuatro limpios que había sobre la mesa.

—Juez, creo que no tendrá inconveniente en que Jack me sirva un trago. Ya sabe usted que en el Sur reina gran hostilidad.

El juez Irwin no le contestó pero se volvió hacia mí y me dijo:

—Jack, no sabía que tus obligaciones incluían las del sirviente, pero si estoy equivocado…

Pude haberle dado una bofetada. Pude haberlo hecho en ese rostro maldito, hermoso, con su nariz aguileña, sus huesos pronunciados, su tez colorada, su cara altiva, en la que los ojos no eran viejos sino duros y brillantes, sin la menor profundidad en ellos y constituyendo un insulto tan solo mirarlos.

El jefe rio y pude haberle cruzado su maldito rostro. También podría haber salido y dejarlos solos a los dos,

abandonados en aquel recinto con olor a queso, juntos hasta que el infierno se helase, y seguir caminando. Pero no lo hice y tal vez me valió lo mismo porque quizá no podamos alejarnos nunca de las cosas de que más interés tenemos por separarnos.

—Bah, son tonterías —dijo el jefe, que se levantó del sillón de cuero, asió la botella y se sirvió un poco de whisky en un vaso al que agregó cierta cantidad de agua. Luego se volvió para avanzar hacia mí, sin dejar de gesticular al juez —. Vamos, Jack —dijo—, beba un poco.

No puedo decir que la tomé. Me vi con ella en la mano y permanecí de pie

sin bebería, viendo que el jefe decía al juez:

—Unas veces Jack me sirve algo de beber, otras veces le sirvo yo a él… —Se adelantó hacia la mesa—. En ocasiones me sirvo a mí mismo.

Sirvió más whisky y más agua y volvió a mirar al juez, esta vez de soslayo y con una especie de astucia cómica.

—Me lo pidan o no —dijo. Luego agregó—: Hay muchas cosas que nunca se consiguen, juez, si esperamos a que nos lo pidan. Y yo soy hombre impaciente, muy impaciente, juez. Por eso no soy un caballero.

—¿De veras? —preguntó el otro,

que se mantenía en el centro del piso y estudiaba la escena detrás de él.

Desde mi lugar junto a la pared observé a ambos lados. «Al diablo con ellos —pensé—, que se vayan al infierno los dos». Cuando ambos hablaban de esa manera era cosa de mandarlos al infierno.

—Así —decía el jefe—, usted es un caballero y por eso jamás se impacienta. Ni siquiera por su licor. No muestra impaciencia por su bebida en este instante y eso que es alcohol que ha pagado con su dinero. Pero tomará algo, juez, yo se lo pido. Beba conmigo, juez.

El juez Irwin no contestó una palabra, sino que continuó bien erguido

en el centro del piso.

—Vaya, sírvase algo —dijo el jefe, que rio y volvió a tomar asiento en el sillón grande y a estirar las piernas sobre la alfombra colorada.

El juez no se sirvió de beber ni ocupó ningún asiento.

El jefe lo miró desde el suyo, y dijo.

—Juez, ¿tiene por casualidad algún diario de la tarde?

El periódico se hallaba enfrente, en otro asiento junto al fuego, con el cuello y la corbata del juez encima y la americana blanca colgada del respaldo de la silla. Vi cómo los ojos del juez se dirigieron rápidamente hacia aquel lugar y luego otra vez hacia el jefe.

—Sí, en realidad lo tengo.

—No he tenido oportunidad de ver ninguno, pues he andado de un lado para otro. ¿Tiene usted inconveniente en que lo hojee?

—De ningún modo —dijo el juez Irwin, cuya voz volvió a ser el ruido de la lima raspando el metal frío—; pero quizá pueda aliviar su ansiedad sobre un punto. El diario publica mi apoyo a Callahan para el Senado, si eso es lo que le interesa.

—No deseaba más que oírlo de sus labios. Alguien me lo había dicho, pero ya sabe que el rumor tiene mil lenguas y que los periodistas se inclinan hacia la exageración y no dicen la verdad.

—En este caso no ha habido exageración —afirmó el juez.

—Justamente quería oírselo decir a usted. Con su propia lengua de plata.

—Bueno, ya lo ha oído —contestó el juez, erguido en el medio del piso—. Y en ese caso, a su comodidad, si ha terminado de beber…

—El semblante del juez había vuelto a ponerse del color del hígado de ternera a pesar de que las palabras salían frías y espaciadas.

—Bueno, muchas gracias, juez —dijo el jefe con la dulzura de un pastel de queso—. Creo que tomaré un poquito más. —Y se levantó en dirección hacia la botella.

Después de haberse servido repitió las gracias, y una vez de regreso en el sillón, con la nueva carga en el vaso, prosiguió:

—Sí, juez, ya se lo he oído decir, pero justamente deseaba escucharle algo más. ¿Está seguro de haberse encomendado a Dios en sus oraciones?

—He resuelto la cuestión de acuerdo con mi conciencia.

—Bien, si no recuerdo mal… —el jefe daba vueltas al vaso en la mano, pensativo—, allá en la ciudad, cuando celebramos nuestra breve conferencia, a usted le pareció muy bien Masters.

—No adquirí ningún compromiso —dijo el juez con tono enérgico—. No me

obligué a nada, salvo con mi conciencia.

—Juez, hace mucho que se ha venido mezclando en política —dijo el jefe con calma— y… —tomó un buen sorbo— lo mismo ha hecho su conciencia.

—¿Y qué? —repuso el juez.

—Tonterías —dijo el otro, que hizo una mueca—. Bien, ¿por qué se alejó de Masters?

—Ciertos aspectos de su carrera me llamaron la atención.

—Alguien se encargó de escarbar un poco de tierra por usted, ¿verdad?

—Si prefiere llamarlo así —dijo el juez.

—La tierra es cosa singular —alegó el jefe—. Si pensamos bien en ello no

existe sino tierra en este mundo de Dios, a no ser lo que se encuentra debajo del agua; y hasta eso lo es. La tierra es lo que da vida a las plantas. El diamante no es otra cosa que un trozo de tierra calentado de una manera terrible. Y el Dios Todopoderoso tomó un puñado de ella, la sopló y nos formó a usted y a mí y a Jorge Washington y a toda la humanidad bendita con sus facultades y con su aprensión. Todo depende de lo que se haga con la tierra. ¿Estamos?

—Eso no altera el hecho de que Masters no me parezca hombre responsable —contestó el juez por encima de los rayos de la lámpara.

—¡Más vale que lo sea o le romperé

el cuello! —aseguró el jefe.

—Eso es lo malo. Masters sería responsable ante usted.

—Esa es la verdad —admitió el jefe tristemente, al tiempo que levantaba la cabeza y la meneaba por debajo de la luz, ante la triste fatalidad—. Masters sería responsable ante mí. No puedo remediarlo. Pero veamos; Callahan… Me parece que este no será responsable sino ante usted y ante los Altos Poderes y Dios sabe qué otra cosa detrás de la cual anda. ¿Y dónde está la diferencia, eh?

—Bueno…

—¡Qué bueno ni qué niño muerto! —El jefe se irguió en su asiento con esa

explosividad interior que lo caracterizaba cuando, de repente, cazaba una mosca en el aire o estiraba con rapidez la cabeza hacia uno y sus ojos se agrandaban. Se enderezó y los tacones se hundieron en la alfombra roja. Unas gotas de licor salieron del vaso y fueron a dar en sus pantalones de verano—. ¡Bueno, yo le explicaré la diferencia, juez! Yo puedo entregar a Masters y usted no a Callahan. Y eso es una gran diferencia.

—Tendré que buscar mi oportunidad —dijo el juez.

—¡Oportunidad! —exclamó el jefe, riendo—. Juez —dijo después de haberse puesto serio—, no hay sino una.

Ha estado previendo bien los acontecimientos de este Estado durante cuarenta años. Ha permanecido retrepado en esta habitación y los sencillos negros han estado llegando hasta aquí trayéndole presentes. Ha estado muy tranquilo aquí dentro, mientras los demás sudaban a mares inclinados sobre el terruño y haciendo crujir los tirantes, y cuando ha necesitado algo no ha hecho sino alargar la mano y tomarlo. ¡Oh!, si le hubiese robado unos instantes a la caza del pato y a la ley de las corporaciones, ¡habría sido un gran Procurador General! Eso es lo que hizo. O jugar a ser juez. Ha sido magistrado durante mucho tiempo.

¿Cómo se sentiría si no lo fuese más?

El juez Irwin se mantuvo erguido en el centro del piso después de haber manifestado:

—No ha habido hombre capaz de intimidarme.

—Bien, no lo he intentado aún —dijo el jefe—. Ni lo estoy intentando en este instante. Le daré una oportunidad. ¿Dijo que alguien le ha proporcionado algunos datos sobre Masters? Vamos, ¿y si yo se los diese sobre Callahan…? Oh, no me interrumpa; quédese tranquilo. —Levantó la mano—. No he estado escarbando, pero puedo hacerlo, y si me introdujese en cierta parte y hundiese la pala en el terreno y extrajese algo de eso

qué no huele tan bien y se lo colocase debajo de la nariz de su conciencia, ¿sabe lo que esta le diría entonces que hiciese? Pues le aconsejaría que retirase su apoyo a Callahan. Y los periodistas acudirían aquí en mayor cantidad que las moscas sobre un perro muerto y podría referirles acerca de usted y de su conciencia. Ni siquiera tendría que apoyar a Masters. Usted y su conciencia podrían pasear del brazo y disfrutar una hermosa temporada diciéndose mutuamente lo que piensa uno del otro.

—Me he decidido por Callahan —dijo el juez sin inmutarse.

—Quizá yo pudiera darle la tierra —dijo el jefe especulando—. Callahan

ha estado de un lado para otro durante mucho tiempo y el que toca la brea resulta manchado y los chiquillos andarán descalzos por entre el pastizal dedicado a las vacas.

Observó al juez Irwin, estudiando su semblante, mientras permanecía con su propia cabeza inclinada hacia un costado.

De repente observé que el gran reloj situado en un ángulo del aposento no se remozaba en modo alguno. Hacía sonar su tic, que caía en el interior de mi cabeza como una piedra en un pozo, y los círculos se extendían y se paraban y el tic sumergíase en la oscuridad. Para un período de tiempo que no era ni largo

ni corto, y que ni siquiera podría ser nada de tiempo, ello no sería nada. Después el tac caía dentro del pozo y los círculos se extendían y tocaban a su fin.

El jefe dejó de observar el semblante del juez, que nada reflejaba. Hundido nuevamente en el sillón y encogido de hombros levantó el vaso para beber. Luego dijo:

—Haga su conveniencia, juez. Pero ya sabe que hay otra manera de conducirse. A lo mejor alguien podría proporcionar a Callahan una palabra sobre alguien más y desarrollar en su persona cierta conciencia de repente, haciéndole repudiar a quien lo apoya.

Ya sabe que una vez que ese asunto de la conciencia se pone en marcha, nadie sabe cuándo se detendrá; y una vez que se comienza a escarbar…

—Le agradeceré, señor —el juez avanzó un paso hacia el sillón, con su semblante que no era en aquel momento del color de hígado colgado en la carnicería; aquello había sucedido hacía largo tiempo ya y se observaba una faja blanca desde la base de la pronunciada nariz del magistrado—, ¡le agradeceré que se levante de su asiento y abandone esta casa!

El jefe no apartó la cabeza del respaldo de cuero. Observó al juez, amable y confiado, antes de guiñarme un

ojo.

—Jack, tenía usted razón cuando dijo que el juez no se intimidaría tan fácilmente —me indicó.

—¡Retírese! —ordenó el juez, aunque no en voz alta esta vez.

—Estos huesos duros no se mueven tan fácilmente —murmuró el jefe con tristeza—; pero ya que he cumplido con mi deber, me retiraré.

Dicho esto apuró el vaso, lo dejó encima de la mesa junto al sillón y se levantó. Permaneció de pie frente al juez, contemplándolo, con los ojos entornados otra vez y con la cabeza vuelta a inclinar, como el granjero que se dispone a comprar un caballo.

Dejé mi vaso en el estante de la biblioteca detrás de mí. Descubrí que no lo había vuelto a tocar, luego del primer sorbo. «Bueno, que se vaya al diablo —pensé—. Alguno de los negros se lo bebería por la mañana».

Luego, como si hubiese resuelto no adquirir el caballo, el jefe meneó la cabeza y pasó a un lado del juez, como si este no fuese un hombre en absoluto, ni siquiera un caballo, sino la esquina de una casa o un árbol, enfilando hacia la puerta del vestíbulo, pisando lenta y pesadamente la alfombra roja, sin la menor prisa.

Durante unos dos segundos el juez ni siquiera movió la cabeza; luego dio

media vuelta y observó la marcha del jefe hacia la puerta y sus ojos relucieron allá en la sombra, por encima de la lámpara.

El jefe puso la mano sobre el picaporte de la puerta, la abrió y miró hacia atrás, sin retirar la mano. Entonces dijo:

—Bueno, juez, me retiro más con pena que con ira. Y si su conciencia decide ir contra Callahan, hágamelo saber. Por supuesto, dentro de un plazo razonable. —Dicho lo cual me miró y dijo—: Vámonos, Jack. —Y se perdió de vista al dirigirse hacia la puerta.

Antes de que pudiese ponerme en movimiento, el juez volvió el rostro en

mi dirección, clavó sus ojos en mí y el labio superior se levantó debajo de la nariz para esbozar una sonrisa de ironía algo pesada.

—Su patrón lo llama, señor Burden.

—Todavía no tengo necesidad de trompetilla —contesté y salí en dirección hacia la puerta, pensando para mis adentros: «¡Por Cristo, Jack, hablas como un libro abierto! ¡Vaya si eres un tipo inteligente!».

No había llegado a la mitad del camino hasta la puerta cuando dijo:

—Esta semana cenaré con tu madre. ¿Le diré que te sigue gustando este trabajo?

«¿Por qué no se callaría?», pensaba

yo. Pero no lo hizo y el labio se levantó otra vez.

—Juez, haga lo que mejor le parezca —le dije—. Pero si estuviese en su lugar, no iría de un lado para otro pregonando esta visita. En caso de que resolviese cambiar de opinión, alguien podría pensar que ha descendido hasta llegar a alguna componenda política con el jefe, en la oscuridad de la noche.

Y atravesé el vestíbulo y la puerta que dejé abierta, si bien di un portazo con la de tela metálica.

¡Al diablo con él! ¿Por qué no me había dejado en paz?

Pero no se había intimidado.

Quedó atrás la bahía, y el olor a pescado, triste y dulce, ya no nos daba en la nariz. Nuevamente enfilamos hacia el Norte. Ahora estaba más oscura la noche. La niebla era más espesa sobre los campos y en el camino se deslizaba hasta el cemento y amortiguaba la luz de los faros. De tanto en tanto, un par de ojos se enderezaba hacia nosotros desde la oscuridad que nos precedía. Sabía que eran los ojos de una vaca —una pobre vaca vieja y estoica que rumiaba, de pie sobre el lomo del camino, pues aún no regía ninguna ley acerca del ganado—, pero sus ojos relucían al mirarlos desde lo oscuro como si su

cráneo estuviese lleno de metal derretido y fulgente como sangre y pudiésemos introducir nuestra mirada hasta el interior de ese calor resplandeciente y sangriento en el instante en que el reflejo era adecuado, antes de que advirtiésemos su forma, tan perfectamente concebida para ser apedreada con terrones, y supiésemos lo que era y conociésemos que dentro de esa cabeza tan llena de nudos y tan poco atrayente no había sino un puñado de masa gris, fría y coagulada, en la que algo se forjaba lentamente mientras pasábamos. Éramos algo que sucedía con gran lentitud dentro del cerebro frío de una vaca. Eso era lo que el rumiante

diría si fuese un idealista como el pequeño Jack Burden.

—Bien, Jackie —dijo el jefe—, parece como si hubiese conseguido una ocupación adecuada para usted.

—¿Callahan? —interrogué.

—Tonterías —contestó el otro—; Irwin.

—Me parece que no encontrará nada en Irwin —dije.

—Usted es quien lo encontrará.

Seguimos avanzando en la oscuridad durante otras veinte millas en dieciocho minutos. Los dedos astrales de la niebla avanzaban desde el pantano, alargándose desde la oscuridad de los cipreses para asirnos, aunque sin

conseguirlo. Una zarigüeya abandonó el fangal para atravesar el camino, y lo habría conseguido si Sugar-Boy no hubiese ido tan aprisa. El chófer movió apenas el volante hacia la izquierda, justamente una fracción. No hubo el menor salto ni desvío, pero algo golpeó contra la parte del guardabarros, y Sugar-Boy exclamó.

—¡El b-a-s-t-a-r-d-o!

El hombre sería capaz de ensartar una aguja con el Cadillac.

Hacia el final de las veinte millas y los dieciocho minutos dije:

—Pero suponga que no descubro nada antes del día de la elección.

El jefe contestó:

—¡Al diablo con el día de la elección! Puedo entregar a Masters, con portes pagados y tratamiento especial. Pero le consta que para ello se necesitan diez años.

Recorrimos otras cinco millas y hablé:

—Supongamos que no hay nada que descubrir.

—Siempre hay algo —aseguró el jefe.

—Pero quizá no con respecto al juez —dije.

—El hombre ha sido concebido en el pecado y ha nacido en la corrupción y pasa del mal olor de los pañales al hedor del secundario. Siempre existe

algo.

Dos millas más y nueva intervención de su parte:

—Y no se detenga ante nada.

Todo eso transcurrió hace ya bastante tiempo. Masters está muerto, tan muerto como una caballa, pero el jefe estaba en lo cierto y fue al Senado. Y Callahan no está muerto pero deseando estarlo, sin duda, pues se le terminó la buena racha hace largo tiempo y encontrarse sin vida no constituyó parte de la misma. También se fue de ese mundo Adam Stanton, que solía pescar conmigo y se tendía en la ardiente arena, junto a mí y a su hermana Anne. Y tampoco habita entre nosotros

el juez Irwin, que se inclinó hacia mí por entre los tallos de las elevadas hierbas del marjal, al amanecer de un húmedo día de invierno y me dijo: Jack, debías haberle metido más plomo a este pato. Es un animal al que hay que meterle balas.

También ha dejado de existir el jefe que en una oportunidad me dijo:

—Y no se detenga ante nada.

Y Jackie lo hizo así.

II

La última vez que estuve en Mason City fui hasta allá en el Cadillac negro y grande, con el jefe y la cuadrilla y fuimos veloces por el camino de cemento. Y ello aconteció bastante tiempo atrás —hace casi tres años, pues ahora nos encontramos bien entrados en el 1939, aunque parecería cosa ya muy vieja—. Pero la primera vez que me dirigí allá fue bastante antes, por el 1922, en mi modelo T, aferrado al volante para mantenerme en mi lugar mientras me deslizaba sobre el polvo gris que notaba un reguero a una milla

de distancia hacia atrás y se posaba sobre las hojas de los algodoneros, convirtiéndolas en gris también, o cuando alcanzaba una sección de grava y apretaba las mandíbulas para impedir que la vibración del tablero hiciera saltar el esmalte de mi dentadura. Hay que decir esto del jefe: una vez que él terminase su misión uno podía conducir el coche en busca de un poco de aire y conservar, sin embargo, el puente de su dentadura en su lugar. Pero eso no fue posible durante mi primera visita a Mason City.

En aquella oportunidad el administrador del *Chronicle* me llamó y me dijo:

—Jack, tome su automóvil y lléguese a Mason City a ver quién demonios es ese Stark que se considera un Jesucristo echando a los mercaderes de ese juzgado de tres al cuarto que tienen por allá.

—Está casado con una maestra —contesté.

—Bueno, eso se le debe haber subido a la cabeza —dijo Jim Madison, el administrador del diario—. ¿Se creerá que es el primero que ha sorbido el seso a una maestra?

—La emisión de bonos fue lanzada para finalizar la construcción de una escuela —informé—, y Lucy parece que se figura que debe reservarse algunos

fondos para tal fin.

—¿Quién diablos es esa Lucy?

—Lucy es la maestra de escuela.

—No lo será por mucho tiempo, al menos en la plantilla de Mason County.

—Lucy tampoco es partidaria de los licores —informé.

—¿Fue usted o el otro quien enamoró a Lucy? —inquirió—. Sabe tanto acerca de esa dama…

—Sé justamente lo que Willie me ha referido.

—¿Y quién demonios es ese Willie?

—Willie es el individuo de la corbata de Navidad. El primo Willie del campo. Willie Stark, el mimado de la maestra. Lo conocí un par de meses

atrás, en un aposento del fondo del establecimiento de Slade, donde me dijo que Lucy no era partidaria de la bebida. Estoy pensando justamente cuál sería su razón para no favorecer el robo.

—Tampoco será de las que favorezcan a Willie Stark en su condición de tesorero del distrito —aseguró Jim Madison— si es la que le obliga a hacer lo que está haciendo. ¿Es que ella no sabe cómo se conducen los asuntos en Mason City?

—Allí se hacen las cosas del mismo modo que aquí —contesté.

—¿De veras? —dijo Jim Madison, que se quitó de entre los labios el extremo sucio, masticado y lleno de

saliva reluciente de lo que había sido un cigarro de diez centavos, lo examinó y lo arrojó al interior de la escupidera de bronce que había en un rincón de la habitación, sobre la alfombra verde y espesa como trébol, fabricada por Kelly, y que florecía como oasis de elegancia en los cuatro pisos de suciedad del Edificio Chronicle. Lo vio caer y dijo —: Sí, pero usted partirá de aquí para dirigirse allá.

De manera que partí para Mason City en mi modelo T, y mantuve las mandíbulas bien apretadas cuando atravesé las extensiones de grava, colgado del volante al recorrer los trozos tan cubiertos de polvo que me

hacían deslizarme hacia los costados, todo lo cual ocurrió largo tiempo atrás.

Llegado a la ciudad por la noche, me dirigí al café Mason City, donde se servían comidas caseras para damas y caballeros, frente a la plaza, y probé el puré de patatas con jamón frito y verduras con cerveza con una mano, mientras con la otra competía con siete u ocho moscas por la posesión de un trozo de flan.

Salí después a la calle, donde los perros yacían tumbados a la sombra, bajo los salientes de chapa acanalada, y proseguí calle abajo hasta una cervecería. Había un lugar vacío al frente, de modo que saludé y me uní a la

tertulia. Era el contertulio más joven, lo menos por cuarenta años, pero pensé que iba a padecer manchas del color del hígado en mis manos hinchadas y viejas, sarmentosas, aferradas al puño del bastón de nogal americano, antes de que nadie pronunciase una palabra. En una ciudad como Mason City, el banco situado al frente del establecimiento es —o era veinte años antes de construirse el camino de cemento— el lugar donde el tiempo se enreda en sus propios pies, se tiende como un sabueso viejo y renuncia a la lucha. Es un lugar en donde uno se sienta para esperar la llegada de la noche y de la arteriosclerosis; hacia donde el empresario de pompas

fúnebres de la localidad mira confiado y cree que no se morirá de hambre mientras exista tanto trabajo para él. Pero si nos sentamos en el banco del medio, entre los demás viejos, mediada la tarde de fines de agosto, no parece que jamás vaya a acontecer nada, ni siquiera nuestro propio funeral, y el sol golpea y las sombras no se mueven a través del polvo deslumbrante que si se contempla bastante, parece lleno de manchas relucientes como cuarzo. Los viejos toman asiento con las manos aferradas al puño del bastón de nogal americano y emiten una especie de efluvios metafísicos en virtud de los cuales nuestras categorías resultan

alteradas. El tiempo y el movimiento cesan. Es como si se aspirase éter y todo se tornara dulce, triste y lejano. Nos sentamos entre los dioses mayores, sin que nos moleste ningún sonido, a no ser el leve *râle* de alguno aquejado de asma, y esperamos que se inclinen de su olímpico asilamiento y formulen comentarios —con su ironía nada envidiosa y presciente— acerca de los actos de aquellos que aún permanecen enredados en los pliegues de las compulsiones mortales.

—He visto que Sim Saunders ha hecho construir un nuevo granero.

Y otro contesta:

—Sí, algunos creen que para ello se

necesita mucho dinero.

Y un tercero:

—De veras.

En consecuencia esperé sentado. Y uno de ellos habló y otro cambió de lugar el trozo de cigarro y contestó, y un tercero dijo:

—Sí.

Y esperé que transcurriese una pausa, conocedor de mi lugar en el cuadro, y luego dije:

—He oído que van a levantar una nueva escuela.

Otra nueva pausa. Mis palabras se habían extinguido y fue como si no hubiese dicho nada. Después uno de ellos dejó caer al suelo el jugo del

tabaco, lo tocó con el extremo del bastón de nogal americano y dijo:

—Sí, con calefacción, según se dice.

—Esta calefacción es causa de neumonía entre los muchachos —aseguró el número dos.

—Es cierto —confirmó el número tres.

—Pero creo que no la construirán —alegó el número cuatro.

Observé la torrecilla del juzgado, que es el reloj por el que se guían los viejos, y esperé un poco antes de preguntar.

—¿Pero qué los detiene?

—Stark, ese Stark… —contestó el número uno.

—Sí, ese Willie Stark —agregó el número dos.

—Le queda demasiado chico el pantalón. Penetra en el edificio y no le caben los pies en él ni el cuerpo en los pantalones —comentó en número tres.

—Sí —dijo el número cuatro.

Esperé otra vez y dije:

—Quiere que ellos acepten la oferta más baja.

Y el número uno aseguró:

—Sí, quiere que acepten la oferta más baja y ocupar a un montón de negros.

El número dos echó su cuarto a espadas:

—Para que queden sin trabajo los

blancos.

El número tres puso su grano de arena:

—¿Quién quiere trabajar junto a un negro? Y sobre todo si es desconocido. ¿Es que va a edificarse una escuela o un excusado?

E interpuso el número cuatro:

—Y los blancos necesitan trabajo.

A lo que el número uno comentó:

—Sí.

«Conque —me dije a mí mismo—, esas tenemos». Porque Mason City es una región orgullosa y no le agradan los negros; y si son extraños, de ninguna manera; y no cuentan con muchos entre ellos.

—¿Cuánto podrían ahorrarse, aceptando la oferta más baja? —inquirí.

—Lo suficiente para evitarse traer a los negros a trabajar aquí —alegó el número uno.

—Y no dejar sin trabajo a los blancos —agregó el número dos.

Hice una pausa decente y luego me levanté y dije:

—Tengo que retirarme, caballeros. Buenas tardes.

Uno de los viejos me miró como si acabase de llegar y preguntó en qué me ocupaba.

—En nada —dije.

—¿Le va mal? —preguntó.

—No es que me vaya mal, sino que

carezco de ambición —contesté.

Lo cual era la pura verdad, advertí mientras iba calle abajo.

Igualmente advertí que ya había perdido bastante tiempo y que bien podría dirigirme a los tribunales y conseguir mi relato en la forma que se supuso lo haría. Eso de permanecer sentado en la parte delantera de un establecimiento como el que acababa de abandonar no es la mejor manera de que un periodista obtenga la información requerida. Jamás puede obtenerse de ese modo lo que haya que insertar en un periódico. De manera que penetré en el juzgado.

Dentro del edificio, cuyo amplio

vestíbulo hallábase vacío y en la penumbra, y el suelo oscuro y aceitoso gastado al extremo de observarse grietas y salientes bajo nuestros pies, y donde el aire era seco y lleno de polvo, de manera que se sentía en nuestro interior la tranquilidad que se respiraba, incluso hasta el último murmullo encogido que flotara en el aire durante los últimos setenta y cinco años que contaba el edificio; bien, en ese interior, justamente a un extremo del vestíbulo, observé a varios hombres sentados en un recinto. En lo alto de la puerta veíase una chapa con las letras borrosas pero donde aún se leía la inscripción «SHERIFF».

Penetré en el lugar donde los tres

hombres se hallaban retrepados sobre las sillas con asientos destrozados y un ventilador eléctrico colocado sobre el escritorio con persiana giraba con poca eficacia, y saludé a los tres rostros. El más grande, que era redondo y colorado y tenía los pies en lo alto del escritorio y las manos entrelazadas sobre el estómago, respondió al saludo.

Le entregué la tarjeta que extraje del bolsillo, que fue contemplada durante un minuto, sujeta con el brazo tendido, como si tuviese miedo de que fuese a escupirle en el ojo, dada vuelta después y examinada por el revés durante otro minuto, hasta asegurarse de que verdaderamente se hallaba en blanco.

Luego dejó la tarjeta con la mano sobre el estómago, que era el lugar que correspondía, y me miró, antes de decir:

—¿Ha venido en busca de alguna información?

—Está en lo cierto.

—¿De qué se trata?

—Quiero saber qué ocurre con la escuela.

—Ha venido para meter la nariz en lo que no le importa.

—Tiene razón —convine alegremente—, pero el dueño de mi periódico no lo ve del mismo modo.

—Tampoco es cosa que le interese a él.

—No —dije—; pero ya que hemos

tocado ese punto, ¿qué es lo que ocurre?

—No es cosa que me incumba. No soy más que el sheriff.

—Bien, sheriff, ¿a quién corresponde este asunto?

—A *quienes* se ocupan de él. Si algunos dejaran de entrometerse y los dejasen en paz…

—¿A quiénes?

—A los comisionados del distrito —contestó el sheriff—. Los votantes de Mason County los eligieron para que se ocupasen de sus asuntos sin que nadie se entrometiese en ellos.

—Ah, sí, los comisionados del distrito, ¿pero quiénes son?

Los ojillos sabios del sheriff me

miraron un par de veces y luego dijo:

—El vigilante debiera meterlo preso por vagancia.

—Me conviene —dije—. Y el *Chronicle* enviaría otro periodista para encargarse del caso, y cuando el vigilante lo detuviese, vendría otro más. Al cabo de un tiempo podría tenernos encerrados a todos. Pero el asunto saldría en los periódicos.

El sheriff no se inmutó por el momento. Después sus ojillos pestañearon en el rostro grande y redondo. Quizá yo no había dicho nada. Es posible que no estuviese allí.

—¿Quiénes son los comisionados? —inquirí—. ¿O será que están

escondiéndose?

—Uno de ellos se encuentra sentado justamente aquí —dijo el funcionario, que hizo girar su cabeza, grande y redonda, sobre los hombros para indicar a uno de sus acompañantes. Cuando la cabeza hubo vuelto a su lugar y los dedos hubieron dejado en libertad mi tarjeta, que fue transportada hasta el suelo por la suave brisa del ventilador, los ojillos volvieron a pestañear y el hombre pareció sumergirse bajo la superficie de las aguas enturbiadas. Había hecho cuanto estuviera en su mano y ahora pasaba la pelota a otro.

—¿Es usted comisionado? —pregunté al individuo que se me había

señalado.

Era simplemente otro individuo hecho a imagen y semejanza de Dios, que llevaba camisa blanca con corbata negra de nudo, ya confeccionada y sujeta con elásticos, y pantalones de cotí sostenidos por tirantes. Era de la ciudad de cintura para arriba y del campo de cintura para abajo.

—Sí —contestó.

—Es el principal —aseguró severamente otro individuo, viejo y bajito, con la cabeza calva y llena de nudos y con una cara que le era imposible recordar al mirarse al espejo después de haberlo hecho la vez anterior; de esta clase de individuos que

anda siempre alrededor y ocupa un asiento que los personajes han dejado libre y trata de congraciarse con una observación como la que acababa de hacer.

—¿Es usted el presidente? —pregunté al otro.

—Sí —contestó.

—¿Tiene algún inconveniente en decirme su nombre?

—No es ningún secreto. Me llamo Dolph Pillsbury.

—Encantado de conocerlo, señor Pillsbury —dije, y le tendí la mano. Sin levantarse de su asiento, la tomó como si le hubiese ofrecido el extremo de una serpiente venenosa en la época de la

muda—. Señor Pillsbury —continué—, está usted en condiciones de conocer la situación en cuanto al contrato para la escuela. No hay duda que será de su interés hacer pública la verdad de tal situación.

—No existe ninguna situación —dijo el interpelado.

—Es posible que no exista ninguna, pero se ha producido bastante alboroto.

—De ninguna manera. El Consejo se reúne y acepta la oferta presentada. J. H. Moore es el autor de la misma.

—¿Fue baja la oferta del tal Moore?

—No exactamente.

—¿Quiere decir que no fue baja?

—Bien —dijo el señor Pillsbury,

cuyo semblante se ensombreció con una expresión que podría haber sido producida por un dolor a consecuencia de gases—, si quiere expresarlo de esta manera.

—Muy bien —contesté—, expresémoslo de ese modo.

—Ahora fíjese —y la sombra desapareció del semblante del señor Pillsbury, que se enderezó en su asiento como si lo hubiesen pinchado de repente con un alfiler—; usted habla así y no se ha hecho nada que no sea legal. No hay nadie que pueda decir al Consejo cuál es la oferta que deba aceptar. Cualquiera puede venir y presentar una oferta insignificante, si tal desea, y el Consejo

no está obligado a aceptarla, no señor. Acepta la de quien sea capaz de ejecutar el contrato.

—¿Quién presentó una oferta reducida?

—Uno que se llama Jeffers —contestó el señor Pillsbury a regañadientes, como si estuviera bajo el peso de un recuerdo desagradable.

—¿Jeffers Construction? —inquirí.

—Sí.

—¿Qué inconveniente existe con esa firma?

—El Consejo elige a quien pueda ejecutar la obra y a nadie le interesa.

Tomé un cuaderno y un lápiz y anoté cuanto dijo. Luego pregunté al señor

Pillsbury.

—¿Qué le parece esto? —Y comencé a leer: «El señor Dolph Pillsbury, Presidente de los Comisionados de Mason County, manifestó que la oferta de J. H. Moore para la construcción del edificio para escuela fue aceptada, a pesar de no ser una oferta reducida, porque el Consejo desea alguien "capaz de llevar a término la obra". La oferta reducida, presentada por la Jeffers Construction Company fue rechazada, expresó el señor Pillsbury. Dicho señor manifestó además…».

—Vamos, vamos… —el señor Pillsbury permanecía sentado y muy erguido; pero esta vez no como si se

tratase de un alfiler sino de una moneda al rojo sobre la frente—, yo no he dicho nada de eso. Usted lo ha anotado y alega que lo he dicho. Mire…

El sheriff se levantó pesadamente de su asiento y clavó la mirada en el señor Pillsbury.

—Dolph —dijo— ordene a esa sabandija que se retire en seguida.

—¡No he dicho nada —exclamó Dolph— y debe retirarse en el acto!

—Por supuesto —dije, mientras guardaba el cuaderno en mi bolsillo—. Pero quizá podrá decirme dónde se encuentra el señor Stark.

—Ya lo sabía —exclamó a su vez el sheriff, que dejó caer los pies del

pupitre con un ruido como el de la caída de una chimenea de ladrillos. Se levantó y me miró con el semblante de quien se halla a punto de sufrir un ataque de apoplejía—. ¡Ese Stark! ¡Ya sabía que se trataba de ese Stark!

—¿Qué hay de malo con Stark? —pregunté.

—¡Dios del Cielo! —rugió el sheriff con el rostro congestionado a causa de la imposibilidad de dar rienda suelta a las palabras.

—Se le ha subido el humo a la cabeza, eso es lo que le ha pasado —explicó el señor Dolph Pillsbury—. Una vez que ha conseguido entrar en el juzgado no hay quien lo aguante. Es…

—Es partidario de los negros —concluyó el hombre calvo y bajito, con la cabeza llena de nudos.

—Y él, él… —el señor Pillsbury me señaló con el dedo— apuesto a que también es partidario de los negros y ha venido aquí para explorar la situación. Apuesto que…

—Está equivocado —aseguré—. No tengo nada que ver con eso. Pero ya que ha tocado el asunto le preguntaré qué tiene que ver con esto el afecto hacia los negros.

—¡Eso es! —exclamó el señor Pillsbury como el hombre que, después de haber saltado por la borda, se aferra a un tablón—. Esa Jeffers Construction

ha…

—Oiga, Dolph —le gritó el sheriff—, ¿por qué no se calla y le dice que se vaya?

—¡Váyase! —ordenome el señor Pillsbury, obediente, pero sin gran vigor.

—Por supuesto —contesté. Salí y atravesé el vestíbulo.

«No son seres reales —pensaba mientras recorría el vestíbulo—; ninguno de ellos». Pero sabía que lo eran. Se llega a un lugar extraño, a una ciudad como Mason City, y no parecen reales, pero sabemos que lo son. Sabemos que anduvieron chapoteando en el riachuelo cuando eran chicos y que ya mayores solían salir a eso del ocaso

e inclinarse sobre la valla del fondo y contemplar el firmamento a través del campo, sin saber lo que acontecía en su propio organismo ni si eran felices o no, y cuando fueron mayores durmieron en compañía de sus mujeres e hicieron cosquillas a sus hijos para que riesen y se dirigieran a sus tareas por la mañana. No sabían qué deseaban, pero tenían sus razones para hacer algo y era su deseo hacer cosas buenas, porque siempre daban buenas razones para las cosas que hacían, y cuando se volvieron viejos perdieron sus motivos para hacer algo y se acomodaron en los asientos delanteros de la cervecería y hallaron palabras para los actos de los demás, si

bien habían olvidado cuáles fueran las razones. Y después de eso yacer en el lecho alguna mañana, justamente antes del amanecer, y observar el techo, aunque apenas verían, pues la lámpara estaría oculta por una pantalla formada con un diario sujeto con un alfiler y ya serían incapaces de reconocer los rostros que rodean el lecho porque el aposento estaría lleno de humo o de niebla, que haría que lagrimeasen sus ojos y que se les introdujera en la garganta. Oh, son bien reales, ya lo creo, y acaso la razón de que no nos lo parezcan sea que nosotros mismos no somos muy reales.

A esa altura me hallaba frente a una

puerta situada al extremo del vestíbulo en forma de cruz, contemplando otro letrero metálico, por medio del cual supe que había llegado a la colonia de leprosos, de un solo paciente, de Mason City.

El leproso hallábase sentado en el recinto, sin hacer nada, solo. No había nadie que tomase asiento y escupiese y conversase con él bajo el ventilador eléctrico.

—¡Hola! —dije, y el individuo me miró cual si contemplase un fantasma y mi palabra perteneciese a un lenguaje extraño.

No me contestó en el acto, y me imaginé que sería como uno de esos

seres que quedan abandonados en una isla desierta durante una veintena de años y cuando el bote vara en la playa y los marineros retozones saltan y le preguntan quién diablos es, no puede pronunciar una sola palabra, de enmohecida que tiene la lengua.

Bueno, Willie no estaba en tal mal estado, pues finalmente pudo pronunciar la palabra «hola» y decir que se acordaba de nuestro encuentro en el establecimiento de Slade algunos meses atrás. Me preguntó también si deseaba algo y se lo dije. Su mueca revelaba más tristeza que alegría y me preguntó para qué deseaba saberlo.

—El administrador me dijo que

averiguase, y solo Dios sabe el motivo de su curiosidad —dije—. Posiblemente el asunto constituya algo de interés para publicarlo.

Eso pareció suficiente para satisfacerlo. Y por ello no le dije que detrás del motivo de mi editor existía un cúmulo de razones de alto vuelo aunque para un individuo situado como yo, en una zanja del orbe, no eran sino un mundo de alas transparentes y vacilantes de espíritus y débiles voces angelicales e influencias estelares de que no siempre disfrutaba.

—Creo que se trata de algo digno de ver la luz pública —convino Willie.

—¿Qué ha sucedido por aquí?

—No tengo inconveniente en referírselo —dijo.

Comenzó su relato y terminó de hablar esa noche a eso de las once, con Lucy Stark, después que ella hubo acostado al chiquitín y yo me hallaba sentado con él en el gabinete de su padre, donde me pidió que pasara la noche y donde generalmente él y Lucy pasaban el verano e iban a vivir también ese invierno, en vez de ocupar una habitación en la ciudad, pues Lucy acababa de ser despedida de su empleo de maestra y no existía razón para residir en aquella ciudad y gastar dinero en alquiler y muy posiblemente existía otro motivo para que no hubiese razón

de vivir allí, toda vez que Willie iba a presentarse para su reelección y las posibilidades eran tantas como las de una pulga que intentase vivir en un león tallado en piedra y colocado en un monumento. No había obtenido su ocupación, según me refirió, sino porque Dolph Pillsbury, presidente del Consejo, era una especie de pariente lejano del viejo Stark, por matrimonio o algo parecido y Pillsbury había experimentado un disgusto con el otro individuo que quiso ser tesorero. Pillsbury casi mandaba en el distrito, junto con el sheriff, y estaba harto de Willie. De manera que este se hallaba en camino de ser despedido y Lucy ya lo

había sido.

—Por mi parte no me interesa —aseguró Lucy, sentada en el gabinete y cosiendo a la luz de la lámpara colocada sobre la mesa donde se veía la gran Biblia y el álbum forrado de felpa—. No me preocupa lo más mínimo que no me permitan enseñar más. Ya lo hice durante seis años, contando el invierno que estuve fuera y tuve a Tommie, y nadie es capaz de decir nada en contra mía. Pero me han escrito una carta diciéndome que existen quejas acerca de mi labor y que no muestro espíritu de cooperación.

Levantó la costura y cortó el hilo con los dientes, de esa manera como

hacen las mujeres y que nos produce escalofríos. Cuando se hubo inclinado, la luz le dio en la cabellera, donde lucía el color castaño oscuro brillante que el oficial del Instituto de Belleza de Mason City, recientemente inaugurado, no fue capaz de quemar del todo con las tenacillas de rizar cuando le aplicó la ondulación «Marcel». Fue una gran desgracia para el cabello de Lucy aunque aún se advirtiese el lustre. Era joven todavía, pues tenía alrededor de los veinticinco, si bien no los aparentaba, con la cintura, que emergía directamente de las caderas nada grandes, su hermoso par de tobillos cruzados frente a su asiento, y el

semblante juvenil con sus contornos suaves y refrescantes y los ojos grandes y muy oscuros, de esos que nos infunden deseos de decir cosas al oído por encima de la puerta del jardín, cuando las lilas se hallan florecidas a lo largo de la empalizada del viejo hogar. Pero su cabellera veíase cortada casi al nivel del cuello y ondulada en la forma acostumbrada por detrás, lo cual constituía una desgracia, pues su rostro era de los que requerían un marco formado de largas, oscuras y relucientes trenzas, enredadas sobre la albura inmaculada de la almohada. Seguramente habría tenido gran abundancia de cabellos antes del

desastre.

—Pero no me importa —dijo, y apartó su cabeza de la luz—. No deseo enseñar en una escuela que se construye simplemente para que alguien pueda distraer algún dinero. Y Willie no quiere ser tesorero tampoco, si ha de estar asociado con esos individuos deshonestos.

—Me presentaré —dijo Willie con voz sombría—. No pueden impedirme que lo haga.

—Podrás dedicar bastante más tiempo a estudiar Derecho —dijo ella— cuando no tengas que estar todo el tiempo en la ciudad.

—Me presentaré —repitió, a la vez

que daba a su cabeza una rápida sacudida necesaria para apartarse de aquellos ojos—, me presentaré —repitió por última vez, como si no estuviese dirigiéndose a Lucy o a mí, sino al anchuroso horizonte, pleno del dulce aire obra del Todopoderoso—, aunque solo obtenga un maldito voto.

Bien, se presentó cuando llegó el momento, y obtuvo más de un maldito voto; pero no muchos más. Y el señor Pillsbury y sus amigos ganaron la partida. El contrincante de Willie no colgó el sombrero de la percha de la oficina hasta que no hubo firmado por adelantado el cheque a favor de J. H. Moore, que construyó el edificio para la

escuela. Pero nos estamos adelantando al curso de nuestra historia.

Que sucedió así, según lo manifestado por Willie: la Jeffers Construction Company presentó una oferta reducida en la licitación, por un importe de ciento cuarenta y dos mil dólares. Pero hubo otras dos ofertas intermedias entre las de Jeffers y la de Moore, algo de ciento sesenta y cinco mil, más un buen puñado de níqueles de cobre. Y cuando Willie comenzó a alborotar a consecuencia del asunto Moore, Pillsbury comenzó a ocuparse de los negros. Jeffers era constructor muy conocido, del sur del Estado, que utilizaba gran cantidad de negros como

albañiles, yeseros y carpinteros en algunas de sus cuadrillas. Pillsbury comenzó a vociferar que Jeffers traería consigo numerosos negros —y yo he manifestado que Mason County es un distrito orgulloso— y, lo que es peor, que algunos de los muchachos de color obtendrían mejor salario —como operarios expertos— que los hombres que pudiesen ocuparse en Mason City por parte de la obra.

Pillsbury mantuvo así el ambiente agitado, y se las valió de tal manera que el público pasó por alto el hecho de que hubiese otras dos ofertas entre las de Jeffers y Moore, así como la circunstancia de que el cuñado del

agitador era dueño de un horno de ladrillos, con cierta participación de Moore, y que no mucho tiempo atrás los ladrillos habían sido declarados inservibles por un inspector de construcciones que vigilaba una obra del Estado, que había habido un pleito y que, tan seguro como Dios hizo los gusanos que se comen las manzanas, los ladrillos de la misma procedencia serían utilizados en la construcción de la escuela. El horno propiedad de Moore y del cuñado de Pillsbury utilizaba como trabajadores a los presos, con la consiguiente baratura, pues el tal cuñado gozaba de gran predicamento entre los mandatarios. En verdad, según pude

descubrir más tarde, su influencia era tan grande que el inspector de edificaciones que chilló a causa de los ladrillos perdió su puesto; lo que jamás pude averiguar fue si era honesto o simplemente mal informado.

Willie no estuvo afortunado al chocar con Pillsbury y el sheriff. Existía en realidad una facción contraria al primero, si bien de poca monta, y Willie no fue causa de que la misma aumentase. Willie salió a la calle, detuvo a los ciudadanos y trató de explicarles la situación. Veíaselo en la esquina de una calle, sudando a través de un traje de sirsaca, caído el cabello sobre los ojos, con un sobre viejo en la mano y un lápiz

en la otra, haciendo números para explicar el asunto a su auditorio; pero la gente no nos escucha si la tenemos en la calle bajo un sol ardiente, cuando nuestra voz es baja y llena de paciencia y hacemos números. Willie trató de conseguir que el *Mason County Messenger* publicase algo, aunque sin éxito. Entonces hizo una extensa reseña del caso, tal como lo veía a través de la licitación; quiso que el *Messenger* imprimiese volantes, pagados por él, pero tampoco quisieron hacerlo. De ahí que Willie hubiera de trasladarse a la ciudad para disponer la impresión. Retornó con los volantes y alquiló un par de muchachos para que los

repartiesen de casa en casa. Pero los padres de uno de los chicos le hicieron suspender la tarea tan pronto lo advirtieron, y cuando su colega se negó a imitarlo, varios grandullones le propinaron una buena paliza.

Y por eso Willie fue repartiéndolos de casa en casa por toda la ciudad, sirviéndose de una vieja cartera como las que los chicos llevan a la escuela, llamando a la puerta y descubriéndose al hacer su aparición la dueña de casa. Pero la mayoría de las veces no se presentaba tal dama; se oía un rumor detrás de una celosía y nadie salía a recibirlo. Resultado: que Willie introducía un prospecto por debajo de la

puerta y se encaminaba a la casa siguiente. Terminada su tarea en Mason City trasladose a Tyree, la otra localidad del distrito, distribuyó los prospectos del mismo modo y luego visitó las granjas del camino.

No hizo mella en el electorado. Salió elegido el otro individuo, y J. H. Moore construyó la escuela, que comenzó a requerir reparaciones antes de que la pintura se hubiese secado. Willie se hallaba sin ocupación. Pillsbury y sus amigos, sin duda, recibieron alguna buena recompensa por parte de J. H. Moore y olvidaron por completo el asunto. Al menos durante tres años, al cabo de los cuales comenzó

para ellos la mala suerte.

Entretanto, Willie se hallaba de nuevo en la granja del padre, ayudándole en sus tareas y vendiendo un equipo patentado para lo cual fue nuevamente de puerta en puerta, recorriendo la distancia entre una y otra colonia en su viejo automóvil, deteniéndose en las granjas intermedias, llamando a la puerta, descubriéndose ante la dueña de la casa y demostrándole cómo arreglar una cacerola. Y por la noche se tragaba los libros, preparándose para examinarse de Derecho. Pero antes de que eso aconteciera, Lucy y yo estuvimos sentados aquella noche en el gabinete, y

el hombre dijo:

—Trataron de pasar por encima de mí. Creyeron que haría cualquier cosa que se les antojase e hicieron por pisotearme como si fuese un montón de tierra.

Y después de haber abandonado la costura sobre su regazo, Lucy terció:

—Vamos, querido, de todos modos no deseabas mezclarte con ellos, después de haber descubierto que eran unos deshonestos sinvergüenzas.

—Trataron de pisotearme —repitió malhumorado, mientras retorcía su pesada humanidad en su asiento— como si fuese un puñado de tierra.

—Willie —dijo ella, algo inclinada

hacia su marido—, habrían sido malvados aunque no hubiesen tratado de pisotearte.

Pero él no le prestaba atención.

—¿Serían malvados, verdad? —preguntó con un tono que sería muy parecido al tono paciente y educativo utilizado por ella durante su permanencia en la escuela.

Prosiguió observando su semblante, que parecía estar retrocediendo de ella, de mí y de la habitación, como si no estuviese oyendo realmente su voz y escuchando otra, acaso una señal, fuera de la casa, en la oscuridad, más allá de la tela metálica de la ventana abierta.

—¿Verdad que sí? —volvió a

inquirir, trayéndolo de nuevo a la habitación, al círculo de suave luz de la lámpara sobre la mesa, donde se veían la gran Biblia y el álbum forrado de felpa. El pie de la lámpara era de loza y tenía pintado un ramillete de violetas—. ¿Verdad que sí? —insistió. Y antes de que él contestase me encontré escuchando el canto del grillo, seco, monótono y compulsivo, allá entre el césped y en la oscuridad.

Después dijo él:

—Oh, sí, es claro que serían sinvergüenzas, por supuesto. —Se revolvió en su asiento con el movimiento de quien se irrita al verse interrumpido en sus pensamientos.

Luego de lo cual volvió a hundirse en el sillón y a sumirse en sus meditaciones, cualesquiera que fuesen.

Lucy me miró, haciendo un movimiento de cabeza, llena de confianza, como si me hubiese demostrado algo. El resplandor secundario del círculo de luz por encima de la lámpara le iluminaba el semblante; y si hubiese deseado habría adivinado que algo de ese resplandor era despedido suavemente por su rostro, como si la carne poseyese una fosforescencia delicada, serena y constante, que irradiara desde su mismo interior.

Bien, Lucy era una mujer y debió de

haber sido maravillosa a la manera como las mujeres lo son. Volvió su semblante hacia mí con esa expresión que parecía decir: «Fíjese, ya le dije que la cosa es así»; y entretanto Willie se hallaba sentado allí. Pero su propio semblante parecía estar retirándose a distancia, que no era tal sino, permítaseme decirlo, él mismo.

Lucy cosía y me hablaba con la vista clavada en la ropa. Al cabo de un tiempo, Willie se levantó y comenzó a recorrer la habitación de un lado para otro, con los cabellos caídos sobre los ojos. No dejó de andar mientras Lucy hablaba, pero no tranquilizaba precisamente los nervios esa caminata

por un extremo del aposento.

Por último la mujer levantó la mirada de la costura y dijo:

—Querido…

Willie dejó de pasear y volvió la cabeza hacia ella con los cabellos caídos sobre los ojos, lo que le daba el aspecto de un caballo indómito cuando se encuentra acorralado en un ángulo del cerco del pastizal, con la cabeza agachada y la crin enmarañada entre los ojos atrevidos y astutos, observándonos mientras avanzamos con la brida y preparándose a saltar.

—Siéntate, querido —suplicó Lucy —, me pones nerviosa. Eres lo mismo que Tommie; nunca permaneces quieto.

—Después rio y Willie obedeció con un gesto como avergonzado.

Era una buena y hermosa mujer, y constituía una suerte tenerla.

Pero él era también afortunado al tener al sheriff y a Dolph Pillsbury, que estaba haciéndole un favor sin saberlo. Parecía no haber advertido entonces que ellos constituían su buena fortuna. Quizá la parte esencial suya lo supo durante todo el tiempo, solo que no se había corrido la voz a las otras partes accidentales de él. O también es posible que individuos como Willie Stark nazcan desprovistos de suerte, buena o mala, y la suerte, que es la que hace que seamos lo que somos, no tenga nada que

hacer con ellos, pues son lo que son desde que dan la primera patadita en el útero hasta que les llega el último instante de su vida. Y cuando es ese el caso, la historia de sus vidas es el proceso del descubrimiento de lo que en realidad son y no, como en tu caso y el mío, lector —que somos hijos de la suerte— el proceso de convertirse en lo que el destino nos haya deparado. Si tal era el caso, Lucy no era la fortuna de Willie. Ni tampoco el infortunio. Más bien era parte del clima en el cual el proceso de descubrir al auténtico Willie se estaba operando.

Pero, hablando en términos vulgares, el sheriff y Pillsbury eran parte del

destino de Willie. No lo supe aquella noche en el gabinete del padre ni tampoco cuando estuve de regreso en la ciudad para entregar mi relato a Jim Madison. Willie comenzó a aparecer en el *Chronicle* al modo del muchacho sobre el pupitre ardiendo, y el que pone el dedo en la llaga y el que contesta «puedo» cuando el Deber le susurra que «debe hacerlo». El *Chronicle* estaba cada vez más lleno de relatos acerca de enredos y negocios turbios en los distritos rurales del Estado. Señalaba con el dedo índice del desprecio y la reprobación por todo el mapa. Luego comencé a comprender el significado de las elevadas razones que flotaban por

encima del pupitre de Jim Madison y vislumbré el resplandor de aquellas alas diáfanas de espíritu y escuché las voces aflautadas y débiles de los ángeles. En pocas palabras: la feliz armonía en la maquinaria del Estado era cosa del pasado y el *Chronicle* se había alineado del lado de los descontentos y demolía la infraestructura de la máquina en los distritos. Y dio comienzo allí, tanteando el camino, preparando el escenario y el ambiente para la verdadera función. No era tan difícil como pudo haber sido. Por lo común los empleados de las casas consistoriales tienen bastante sentido, conocen todas las triquiñuelas y son bastantes difíciles de atrapar; pero

por entonces la maquinara había estado en funcionamiento tanto tiempo sin ninguna oposición, que la facilidad los corrompió. Simplemente no se molestaron en tomar precauciones. Y por eso el *Chronicle* estaba representando un gran papel.

Mason County constituía el número uno de la exposición. Y eso a causa de Willie, que dio el toque dramático a la sórdida narración. Simbólicamente convirtiose en el portavoz de los numerosos hombres honestos cuyas lenguas se veían sujetas. Y cuando resultó derrotado en las elecciones de Mason County, el *Chronicle* publicó su retrato y debajo del mismo colocó la

siguiente inscripción: Tengan fe como él. A continuación iba el relato que Willie me había hecho cuando regresé a Mason City después de celebradas las elecciones y nuestro hombre había sido derrotado.

He aquí el relato:

> Naturalmente, lo llevaron a cabo y fue un trabajo limpio que me llenó de admiración. Regresé a la granja de mi padre para ordeñar las vacas y aplicarme un poco más al Derecho, ya que parece que voy a necesitarlo. Pero mantengo mi fe en el pueblo de Mason City. El tiempo lo

aclarará todo.

Había ido allá para ver qué tenía que decirme, pero no fue necesario que me llegase hasta la granja. Encontré a Willie en la calle. Había estado colocando una valla, y al estirar demasiado el alambre rompió el tensor, por lo que hubo de dirigirse a la ciudad en busca de otro nuevo. Iba tocado con sombrero de fieltro negro y sus pantalones de granjero colgaban de su cuerpo como si fuese el pequeño Bragas Caídas que sonriese desde el corralito.

Fuimos a tomar una gaseosa. De pie frente a la fuente de soda puse mi cuaderno frente a Willie, al que entregué

un lápiz cuya punta humedeció, y sus ojos relucieron como si estuviese preparándose para hacer alguna suma en su pizarra; después, inclinado sobre el mármol, con el pantalón caído, redactó sus manifestaciones con sus garabatos grandes y redondos.

—¿Cómo le va a Lucy? —inquirí.

—Bien —contestó—. Le agrada esto y resulta buena compañía para papá. Se encuentra muy a su gusto.

—No deja de ser una suerte.

—También es de mi gusto —dijo, no mirándome, sino observando su rostro en el espejo, al otro lado de la fuente de soda—. Es una suerte la manera como nos viene bien a todos —agregó, sin

dejar de contemplarse en el espejo.

Su semblante era pecoso y de cutis duro sobre le carne abundante, pero bajo la melena encrespada se advertía sereno y puro como el de un hombre que escala la última elevación y contempla el camino que se extiende, largo y derecho, hacia su destino definitivo.

Como ya he manifestado, si un hombre como Willie es capaz de vivir en un mundo afortunado, esa fortuna era para él Dolph Pillsbury y el sheriff. Pasaron por encima de Willie y consiguieron que J. H. Moore edificara la escuela. J. H. Moore utilizó ladrillos

procedentes del horno propiedad del lejano pariente de Pillsbury. Era simplemente otra escuela cuadrada, con salida para caso de incendio por ambos extremos. Esas salidas no eran del tipo que semeja un silo y cuenta con una caída interna en forma de tirabuzón para que los chicos se deslizasen sobre ella, sino escaleras de hierro sujetas al exterior del edificio.

No se produjo ningún incendio en la escuela, pero hubo un simulacro.

Ello aconteció aproximadamente unos dos años después de haber sido construida. Tuvo lugar un simulacro de incendio, con todos los alumnos en lo alto del edificio, que comenzaron a

utilizar las escaleras de escape. Los primeros que se valieron de ese medio fueron los más chicos, imposibilitados de descender con gran rapidez. Inmediatamente detrás siguió una tanda de alumnos mayores, de siete y ocho años. Como los primeros obstaculizaban el paso, tanto la escalera de hierro como la plataforma del mismo metal situada en lo alto de la misma, quedaron atestadas de discípulos. Bueno, parte de los ladrillos cedieron, los pernos y los barrotes que sujetaban el artefacto se soltaron, y todo se vino a tierra, desparramando a los muchachos en todas direcciones.

Tres fallecieron en el acto. Fueron

los que se estrellaron contra la pared de cemento. Alrededor de una docena quedaron tullidos y varios de estos no disfrutaron de mucha salud en lo sucesivo.

Fue una suerte para Willie, aunque él no trató de valerse de su fortuna, ni fue necesaria tampoco. La gente se encargó de ello.

Nuestro hombre acudió al triple funeral celebrado en la localidad en memoria de los muchachitos fallecidos, y permaneció modestamente detrás de los asistentes. Pero el viejo señor Sandeen, padre de uno de los tres, lo divisó allí atrás, y mientras los puñados de tierra rebotaban aún sobre las tapas

de los ataúdes, el hombre se abrió paso hasta Willie, le tomó una mano y levantó un brazo por encima de su cabeza, después de lo cual exclamó con todos sus pulmones:

—¡Dios, he sido castigado por aceptar la iniquidad y votar contra un hombre honrado!

Ello conmovió a la muchedumbre. Algunas mujeres comenzaron a llorar. Luego hubo otros que se acercaron para estrechar la mano de Willie. Bien pronto apenas quedó un ojo seco entre la muchedumbre. Los de Willie tampoco lo estaban, por cierto.

Eso fue la suerte de Willie. Pero la mejor fortuna siempre acude a quienes

no la necesitan.

Tuvo a Mason City en la palma de la mano y su fotografía apareció en todos los periódicos. Pero no aspiró a nada. Prosiguió ayudando a su padre en la granja y dedicado a sus estudios de Derecho. Lo único que hizo en relación con la política fue salir a pronunciar algunos discursos en favor de un candidato que se presentaba en las elecciones primarias contra un diputado que siempre fue camarada de Pillsbury. Los discursos de Willie no fueron buenos; por lo menos el que yo escuché. Pero no era necesario que lo fuesen. La gente no se molestaba en escucharlos. No acudía sino para ver a Willie y

aplaudirlo. Y luego fueron a depositar su voto contra el amigo de Pillsbury.

Después, Willie despertó un día y se vio candidato a gobernador. O más bien: candidato para las elecciones primarias del Partido Demócrata, que en nuestro Estado equivale a ser candidato a gobernador. Ahora bien: no era ninguna cosa extraordinaria figurar como candidato a las primarias. Quienquiera que sea capaz de reunir algunos dólares para pagar los derechos puede presentarse candidato y tener el placer de ver su nombre inscrito en las papeletas de voto. Pero el caso de Willie era diferente.

Por entonces existían, en el Estado,

dos facciones importantes en el Partido Demócrata: el grupo de Joe Harrison y el de MacMurfee. El primero había sido gobernador algún tiempo atrás y el segundo lo era e iba a hacer lo posible para ser reelegido. Harrison era hombre de la ciudad, y sus fuerzas eran de las de esta. Harrison no era exactamente un rústico, pues había nacido y se había educado de Ouboisville, ciudad bastante grande, acaso de noventa mil almas, pero contaba con gran apoyo en el campo y en las ciudades menores. Había trabajado con bastante inteligencia en relación con los votos del campo y se los había asegurado en su mayoría. La lucha iba a ser bastante pareja. Y esta

situación fue lo que hizo que Willie se viese envuelto en la contienda.

Alguien del grupo de Harrison tuvo la idea, que Dios sabe que no fue del gobernador, de introducir un tercero en discordia capaz de dividir a los votantes de MacMurfee. Tendría que ser alguien de algún arrastre en el distrito. Y ahí estaba Willie, que arrojaría algún peso por el lado Norte del Estado. No hubo ningún convenio con Willie, según se demostró. Algunos caballeros se presentaron en su domicilio, al cual arribaron en un lujoso automóvil y ataviados con pantalones de rayas. Uno de ellos era el señor Duffy, Tiny Duffy, mucho más grande ahora que aquella vez

en que se encontrara con Willie en el local del fondo del establecimiento de Slade. Los caballeros de la ciudad persuadieron a Willie de que era el salvador del Estado. Supongo que Willie tendría su cuota natural de sospecha usual y de desconfianza, pero esas cosas tienden a desaparecer cuando la gente nos dice lo que deseamos escuchar. Y también anduvo por medio un poquito referente a Dios. La gente decía que Dios había intervenido en el asunto de la escuela y que se había colocado del lado de Willie. Él lo había justificado. Nuestro hombre no era religioso, de acuerdo con los cánones ordinarios, pero el asunto de la escuela

probablemente le dio la noción —ya compartida por muchos de los ciudadanos de la localidad— de hallarse en relaciones especiales con Dios, el Destino, o simplemente la Suerte. Y nada importe solo se la llame o si vamos a la iglesia. Y puesto que Dios se mueve de una manera misteriosa, no habría sorprendido a Willie que Él estuviese valiéndose de algunos hombre rollizos y con pantalones listados y un hermoso automóvil para hacer valer Su voluntad. El Señor llamaba a Willie, y Tiny Duffy no era sino un mensajero de la Western Union, lujosamente vestido y provisto de un Cadillac en lugar de una bicicleta. Y

Willie firmó el recibo.

Willie hallábase presto para la marcha. Ya era abogado. Se había graduado algún tiempo atrás, pues al quedar sin empleo se aplicó con ahínco a los libros, durante el tiempo que le dejaban libre sus tareas en la granja y la venta del aparato para el hogar. Había permanecido sentado en su habitación hasta horas bien avanzadas de la noche ese verano, cerrándosele los ojos, pero comiéndose las páginas, mientras las mariposas nocturnas golpeaban contra el tejido metálico de las ventanas en su intento por acercarse a la llama de la lámpara de petróleo que chisporroteaba apenas sobre la mesa. Y también lo

había hecho durante las noches de invierno, mientras el fuego se extinguía en la vieja estufa de metal y el viento azotaba con furia el lado Norte para estremecer la habitación en donde Willie estudiaba. Bastante tiempo atrás había pasado un año en el colegio baptista de Marston, el distrito contiguo, mucho antes de conocer a Lucy. El colegio no era de gran categoría, pero en él había oído los nombres gloriosos escritos en los grandes volúmenes. Había partido del colegio con los nombres grabados en su cabeza, porque no contaba con ningún dinero. Luego vino la guerra y él estuvo durante la misma metido en un campamento en

algún lugar de Oklahoma, sintiéndose despojado en cierto modo y considerando que había dejado pasar su oportunidad. Terminada la contienda dedicose a ayudar a su padre y a leer durante la noche, no libros de Derecho, sino los que cayesen en sus manos. Deseaba conocer la historia del país. Contaba con un libro de texto, voluminoso. Años más tarde, al mostrármelo, lo tocaba con el dedo y me decía que lo había aprendido de memoria y que casi era capaz de repetírmelo palabra por palabra y de decirme fecha por fecha. Después volvió a señalarlo con el dedo y me manifestó, aquella vez con tono

despectivo, que el individuo que lo había escrito no tenía idea de cómo funcionaban las cosas por entonces; y que apostaba a que todo era igual que ahora. Pero no en vano hubo nombres célebres. Existió un cuaderno en donde fueron anotadas por él las frases hermosas y las hermosas ideas extractadas de los libros. Mucho después me lo mostró también, y mientras lo examinaba a la ligera y observaba las anotaciones y citas de Emerson, de Macaulay, de Franklin y de Shakespeare, hechas con aquella caligrafía infantil y descuidada, me dijo con el mismo tono de amable desprecio:

—Vea; por aquel entonces, me

imaginé que los que escribieron los libros conocían bien las cosas. Y me imaginé también que iba a conseguir alguna tajada. Sí, creí que trabajaría afanosamente para conseguirla. Pero creo que estaba chiflado —concluyó, después de haberse reído.

Había tratado de obtener una tajada. Pero al final fue un trozo de la ley. Lucy se interpuso en su camino, y luego el pequeño Tom, y más tarde viose trabajando en el Concejo, pero en definitiva se vio metido en el foro. Un viejo abogado de Tyree le prestó ayuda, algunos volúmenes antiguos y la contestación a sus consultas. Eso había durado unos tres años. Si hubiese estado

tratando de aprobar los exámenes con el menor esfuerzo posible lo habría conseguido mucho antes; porque en esos días, lo mismo que ahora en cuanto a ese punto, no se requería ninguna gran imaginación para salir airoso del tribunal. Al hablar de aquellos tiempos, Willie se expresó de esta manera ante mí:

—No hay duda de que fui un necio. Creí que sería necesario meterse en la mollera todo ese material. Pensaba que la idea de ellos era que uno estudiase leyes. Diablo, me llegué hasta la mesa de exámenes, estudié las preguntas y por poco estallé en carcajadas. Yo me quemé las pestañas de tanto estudiar y

me salieron con cuatro preguntitas insignificantes. Cualquier negro de los que trabajan en los maizales hubiera podido contestarlas. Si hubiera observado un par de veces a alguno de los abogados que conocía, habría sabido que hasta un medio tonto era capaz de pasar los exámenes. Pero, no, yo estaba verdaderamente dispuesto a saber Derecho.

Luego rio, dejó de reír y dijo con cierto dejo de tristeza perteneciente sin duda a aquellas veladas pasadas en el aposento junto a la vieja estufa o cuando oía las mariposas nocturnas que golpeaban contra el tejido metálico en la oscuridad de las noches de agosto:

—Bien, aprendí leyes. Podía esperar.

Estaba en lo cierto. Leyó los textos prestados por el viejo letrado de Tyree y después adquirió otros nuevos, encargándolos cuando obtenía algún dinero del producto de su trabajo en la tierra o con la venta de su aparato patentado para el hogar. Llegó finalmente el momento, y se puso el traje de sarga azul, con la parte trasera de los pantalones reluciente y tomó el tren para examinarse en la ciudad. Había esperado, y ahora sabía realmente lo que decían los libros.

Ya era abogado. Podía colgar el pantalón de granjero de un clavo y

dejarlo que se volviese tieso con el último sudor que le había arrancado. Podía alquilar un aposento para él encima del almacén de comestibles de Mason City, llamarlo su despacho y esperar que alguien subiese la escalera, tan oscura que era necesario tantear el camino, y donde olía como el interior de un baúl viejo que ha permanecido en el desván durante veinte años. Era abogado y le había costado tiempo. Y cuando algo nos cuesta tanto tiempo, alguna cosa nos sucede. Nos convertimos por completo en aquello que deseamos y nada más, pues hemos pagado demasiado por ello, demasiado en la espera y demasiado en desearlo y en

conseguirlo. Y al final solamente nos formulan aquellas preguntas insignificantes.

Pero el ansia y la espera ya habían tocado a su fin, y Willie se hallaba con el cabello cortado, su sombrero nuevo y su nueva cartera para documentos con la copia del discurso en la misma (que había escrito con su letra grande y leído a Lucy acompañándolo con amplios ademanes, como si estuviese preparándose para el torneo de oratoria de la escuela superior) y un grupo de nuevos amigos con las mejillas hundidas o las narices afiladas y pálidas, que lo palmeaban en la espalda, y el *manager* de su campaña, Tiny Duffy, lo

presentaba y decía con rebosante cordialidad:

—Les presento a Willie Stark, ¡el futuro gobernador del Estado!

Y Willie tendía la mano con la seriedad de un obispo, pues nunca andaba a tiendas.

Solía preguntarme a mí mismo cómo había llegado a ello. Si se hubiera presentado a elección allá en Mason County, jamás en este mundo de Dios habría sido así. Habría tomado un punto de vista perfectamente realista de las cosas y calculado sus probabilidades. O si hubiera ido a esa elección primaria para gobernador por su propia cuenta, habría adoptado un punto de vista

realista. Pero la cosa era diferente. Lo habían visitado y emocionado. Fue llamado. Y sentíase algo intimidado por ello. Parece increíble que no se haya tomado el trabajo de echar un vistazo a Tiny Duffy y a sus amigos y advertir que las cosas podrían no hallarse perfectamente niveladas. Pero en realidad, del modo que me lo figuré no era increíble. Porque la voz de Tiny Duffy al llamarlo no era sino el eco de una certidumbre y una ciega compulsión dentro de sí, lo que le hizo sentarse en su habitación noche tras noche, restregándose los ojos para no dormirse, para escribir las bellas frases y las hermosas ideas en el gran cuaderno o

inclinarse con violencia casi física sobre las páginas amarillentas de un viejo volumen de Derecho. Para él, desoír la voz de Tiny Duffy habría sido tan difícil como para un santo hacer caso omiso de la voz que lo llama durante la noche.

No estaba, en realidad, en contacto con el mundo. No se hallaba contento solamente por la voz que había oído, sino también por la magnitud del puesto a que aspiraba. El resplandor de la luz que le daba en los ojos lo deslumbró. Después de todo había salido de la oscuridad, ese período en que se ganó el sustento con su tarea en la granja durante toda la jornada, y no veía sino a su

familia (día a día debe haberse sentido emocionado por ella como si no fuese real) y pasaba la noche sentado en su habitación, inclinado sobre los libros y lastimado en su fuero interno por el esfuerzo y el caminar a tientas y el ansia. De manera que no es de extrañar que la luz lo encandilase.

Bien, conocía algo acerca de la naturaleza humaría. Había permanecido bastante tiempo en el juzgado del distrito para averiguar algo. Cierto que se había visto expulsado de su puesto, pero eso no era ignorancia de la naturaleza humana. Era, quizás, un conocimiento no de la naturaleza humana en general, sino de la suya misma en

particular, algo más profundo que la mera cuestión de lo justo y lo injusto. Se convirtió en mártir, no a causa de la ignorancia, no solo por la razón sino además por algún conocimiento de su propia persona, más profundo que la justicia o la injusticia. Conocía algo de la naturaleza, pero algo se interponía ahora entre él y tal conocimiento. Asumía que otros hallaríanse tan deslumbrados por el resplandor y la grandeza de la posición a que aspiraba y que no escucharían otra cosa que no fuese un lenguaje elevado y brillante. Y de ahí que sus discursos fuesen cortados de acuerdo con este patrón, mezcla extraña de hechos y de cifras por una

parte (su programa sobre impuestos y sobre caminos), y de hermosos sentimientos por la otra (un débil eco, algo apagado por el tiempo, de las citas copiadas cuando chico en el cuaderno grande).

Willie recorrió el distrito en un buen automóvil de segunda mano, adquirido en dieciocho mensualidades, y contempló su efigie en los letreros clavados en los postes de teléfono, en los trojes para el maíz y en las vallas. Iba a la ciudad y, luego de haberse llegado hasta el correo para ver si tenía alguna carta de Lucy y de haber celebrado alguna conferencia con los políticos de la localidad y estrechado

algunas manos (no se mostraba muy afecto a ello, era demasiada la charla acerca de los principios políticos y pocas las promesas), se encerraba en la habitación de su hotel (dos dólares sin baño) y trabajaba en su discurso. Seguía revisando y puliendo esa maldita pieza, sumamente interesado en que fuese una segunda edición de la de Gettysburg. Y quizá después de haberse ocupado un rato de la misma se levantase y recorriese la habitación de un lado para otro. Yendo y viniendo, bastante pronto comenzaría a leer su discurso. El que estuviese en la habitación de al lado le oiría caminar y hablar, y cuando se detuviese, sabría que lo había hecho

delante del espejo para corregir algún gesto.

En algunas ocasiones era yo quien me encontraba en la habitación contigua, pues seguía la campaña por cuenta del *Chronicle*. Yacía tendido en el centro de mi lecho, donde los muelles habían cedido bajo el peso de la humanidad viajera, boca arriba y con la ropa puesta, contemplando el techo y las lentas volutas de humo que se elevaban hasta estrellarse contra aquel como la película invertida y de acción lenta del fantasma de una catarata o el débil e incierto espíritu que fluye de nuestros labios en nuestra última exhalación, del modo como los egipcios se lo

imaginaban, para abandonar su morada de barro contenida en los mal adaptados pantalones y la chaqueta. Permanecía en aquella posición contemplando cómo el humo ascendía y sin pensar en nada, simplemente observando las volutas, como si no existiese para mí pasado ni futuro. Y de repente Willie comenzaba en el aposento contiguo sus pasos y sus recitados.

Era un reproche, una afrenta, motivo de risa y de lágrimas. Sabiendo lo que se sabía, uno permanecía tendido escuchando mientras él se aprestaba a ser gobernador, y deseaba introducirse la funda de la almohada en la boca para ahogar la risa. Era un individuo de

pocos alcances y de mediano discurso. Pero la voz continuaba al otro de la pared, lo mismo que el rumor de las pisadas, de un lado para otro, como si fuese un animal pesado que rondase y menease la cabeza de un lado para otro en una habitación o en una jaula, en demanda de un lugar por donde huir, sin descanso, seguro de una manera absoluta de la existencia de una tabla suelta o un barrote o un cerrojo o algo parecido en algún momento. No al instante, sino en otra oportunidad. Y al escucharlo no se estaría tan seguro durante un momento que el barrote o la tabla o el cerrojo se mantuviesen en su lugar. O los pasos no cesaban y eran como una máquina, nada

humano ni animal, pisoteándonos a la manera de martinetes o apisonadores dentro de una gran tina. Los martinetes no se preocupaban de que fuésemos nosotros o no los que nos hallábamos dentro de la tina; pero continuaban hasta que nos redujesen a papilla y aun después hasta que la máquina se detenía o alguien abría la espita para que saliese el jugo.

Entonces, porque queremos yacer tendidos a hora avanzada de la tarde sobre un lecho extraño, en una habitación oscura, contemplar cómo el humo se eleva hasta el techo sin pensar en nada, ni en lo que hemos sido o lo que habernos de ser, y a causa de los

pies, de las bestias, de los martinetes, de los que son medio tontos —que no quieren detenerse— uno se yergue al borde de la cama, con ganas de jugar. Pero no lo hace. Porque se empieza a pensar, con los comienzos del dolor y de la insuficiencia, qué habrá en su interior que no deja que descansen los pies. Acaso no es muy despierto, quizá no sea gobernador, es posible que nadie sino Lucy escuche sus discursos; pero los pies no se detienen.

Nadie escuchaba sus discursos, comenzando por mí. Eran horribles, estaban llenos de hechos y de cifras, extraídos durante sus correrías a través del Estado. Decía: «Bien, amigos: si

tienen un poco de paciencia conmigo, en unos minutos les diré las cifras». Y aclaraba la garganta y hojeaba sus papeles y los oyentes se hundían más en sus asientos y comenzaban a limpiarse las uñas con los cortaplumas. Si Willie hubiese pensado alguna vez en dirigirse a su auditorio desde la tribuna en la forma que hacía con uno, cara a cara, cuando se excitaba por alguna cosa, inclinado hacia su oyente como si quisiese meterle en el cuerpo cada una de sus palabras, con los ojos saltones y relucientes, habría conmovido a las multitudes.

Pero no; trataba de vivir de acuerdo con su noción acerca de su elevado

destino.

Ello no importó tanto mientras Willie se dedicaba al circuito local. El resultado del episodio de la escuela era más que suficiente por entonces para arrojar algún peso en su favor. Era el individuo que se hallaba del lado del Señor, y Este había efectuado una señal. Había derribado la escalera contra incendios justamente para probar algo. Pero cuando Willie descendió al centro del Estado comenzó a meterse en dificultades. Y una vez llegado a alguna ciudad de mediana importancia, al público le interesaba bien poco qué lado de un asunto correspondía al lado del Señor.

Willie sabía lo que estaba sucediendo, pero no la razón. Su semblante adelgazó un tanto y la piel pareció quedar más tirante, si bien no parecía preocupado. Eso era lo gracioso. Si algún hombre tuvo que parecer preocupado alguna vez, era Willie. Pues nada de eso. Parecía ni más ni menos que un hombre en una especie de sueño despierto, y cuando se encaramaba sobre la tribuna, antes de dar comienzo a un discurso, su semblante parecía purificado, animado y sereno, como el del hombre que acaba de salir de una difícil enfermedad.

Aunque en este caso no había salido de la enfermedad que lo aquejaba y que

era anemia política galopante.

No podía imaginarse qué andaba mal. Parecía un hombre aterido que piensa que el clima está cambiando de repente y se maravilla de que todos los demás no estén también temblando. Quizá fuese el deseo de un poco de calor humano lo que le infundió el hábito de llegarse hasta mi cuarto a hora avanzada de la noche, luego de haber hablado y de haber tocado a su fin el estrechar de manos. Tomaba asiento un rato, mientras yo bebía el último trago de la jornada, sin que hablase mucho, salvo una vez, en Morristown, donde la cosa fue un verdadero fracaso.

Después de haber permanecido

sentado algún tiempo, inquirió de repente:

—¿Cómo le parece que andan las cosas, Jack?

Esta es una pregunta tan embarazosa como esas otras que dicen: «¿Le parece que mi mujer es virtuosa?», o «¿Sabía que era judío?», que lo son no porque haya que contestarlas, con la verdad o la mentira, sino por el mero hecho de haber sido formuladas. Pero yo le contesté que creía que la cosa marchaba bien.

—¿Lo cree de veras?

—Naturalmente.

Durante unos instantes masticó la respuesta y después se la tragó. Luego dijo:

—Parecía que no prestaban atención esta noche. Al menos mientras trataba de explicarles mi programa acerca de los impuestos.

—A lo mejor trataba de decirles demasiado, y eso les destruye las células del cerebro.

—Cualquiera pensaría que no quieren oír nada acerca de impuestos…

—Es que les dice demasiado. Limítese a mencionar que va a cargar la romana sobre los potentados y olvídese de los demás referente al impuesto.

—Lo que necesitamos es un programa de contribuciones equilibradas. En este instante la proporción entre la renta y el impuesto a

la renta y los ingresos totales del Estado muestran un índice que…

—Sí —interrumpí—, ya he oído el discursito. Pero a ellos no les importa un comino. Diablo, hágales llorar o reír; que crean que es un compañero débil y que se equivoca o que es un Dios Todopoderoso. O que se enloquezcan. Aunque se vuelvan locos por usted. Excítelos, no importa cómo o por qué, y lo adorarán y volverán por más. Pellízquelos en sus partes blandas. La mayoría de ellos no se hallan despiertos ni lo han estado durante los últimos veinte años. Sus mujeres han perdido los dientes y las formas, el licor no se les quedará en el estómago y no creen en

Dios. De manera que está en su mano darles algo que los excite y los haga sentirse vivos otra vez. Aunque no sea sino media hora. Para eso es para lo que vienen. Dígales algo. Pero ¡por el amor del dulce Jesús!, no intente mejorarles la inteligencia.

Caí agotado, y Willie se quedó meditando un rato. Limitose a permanecer en su asiento, inmóvil y con el semblante puro y sereno, si bien uno tenía la seguridad de que si escuchaba con la suficiente atención, oiría dentro de la cabeza el rumor de las pisadas de algo que se hallaba encerrado allí e iba de un lado para otro. Finalmente dijo de manera sobria:

—Sí, ya sé lo que dicen algunos.

—No ha nacido ayer —le contesté y de pronto me enojé con él—. No ha sido sordo ni mudo durante su permanencia en el Concejo en Mason City. A pesar de haber entrado en él porque lo puso Pillsbury.

Asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, he oído hablar de esa manera.

—Eso es lo que atrae. No constituye ningún secreto.

—¿Cree que es verdad? —preguntó entonces.

—¿Verdad? —repetí y por poco me hice la pregunta a mí mismo antes de proseguir—. Diablo, no lo sé. Pero de

seguro existe mucha evidencia.

Se mantuvo en el mismo lugar un minuto más antes de levantarse, darme las buenas noches y retirarse a su habitación. No tardé mucho en oír el rumor de sus pasos. Me desnudé y me acosté. Pero los pasos proseguían. La Vieja Imaginación yacía tendida allí, escuchando los pasos en el aposento contiguo y pensó: «Ese bastardo está tratando de pensar en alguna broma que haga reír al auditorio mañana por la noche en Skidmore».

Y era la verdad. El candidato refirió un chiste en esa localidad, pero no hizo reír a nadie.

Pero fue en Skidmore, donde me

hallaba sentado en un reservado de un café griego, después del discurso, bebiendo una taza de café para dominar mis nervios, apartado de la gente, del cacarear de las voces, del olor de las personas y de la forma en que nos observan entre muchos, cuando penetró Sadie Burke, escudriñó el lugar, me divisó y vino a tomar asiento en el reservado frente a mí.

Sadie era una de las nuevas amistades de Willie, pero yo la conocía de tiempo atrás. Según se rumoreaba era mucho más amiga de un tal Sen-Sen Puckett, que mascaba sen-sen para mantener el aliento perfumado y que era un individuo voluminoso, tanto física

como políticamente, y había sido (y probablemente seguiría siéndolo) amigo de Joe Harrison. De acuerdo con algunas presunciones, Sen-Sen fue quien tuvo la idea original de poner de por medio a Willie. Sadie era demasiado para Sen-Sen, quien no era, empero, mal parecido. La misma muchacha no podía haber sido llamada bella por los jurados que eligen de entré las jóvenes que han de ser Miss Oregón o Miss Nueva Jersey. Sus formas eran bastante satisfactorias, pero uno sentíase inclinado a olvidarla a consecuencia de los horribles vestidos que usaba y los ademanes torpes, violentos y enérgicos que ejecutaba. Su cabellera era

perfectamente negra, cortada demasiado larga y flotante al viento en todas direcciones, de manera desordenada. Sus rasgos eran bellos, si uno se fijaba bien, a lo cual no nos sentíamos inclinados a causa de las marcas de viruelas de su rostro. Pero tenía ojos maravillosos, bien colocados, negros como tinta y aterciopelados.

Sadie no era amiga de Sen-Sen por su apariencia, sino porque él era un buen filón. Probablemente se habría aproximado a él por ser buen mozo y después, según rumores, consiguió que le asignaran cierta suma de los fondos políticos. Sadie era bastante despierta. Había recorrido bastante y aprendido

mucho a fuerza de dificultades.

Aquella vez se hallaba en Skidmore con el grupo de Stark porque figuraba como agregada a su cuartel general (es posible que en calidad de espía de Sen-Sen) con una ocupación tan ambigua como la de secretaria. En verdad se movía mucho, tomaba a su cargo gran parte de los arreglos y suministraba información a Willie acerca de las celebridades locales.

Bien, en aquel instante llegó a mi presencia en el reservado del café griego con la zancada violenta tan característica de su persona, me miró y preguntó si podía tomar asiento conmigo, cosa que hizo antes de que yo

contestara:

—Puede hacer lo que guste —dije galantemente—. Sentarse, quedarse de pie o acostarse.

Me observó seriamente con sus ojos negros y aterciopelados, que relucían en sus órbitas y meneó la cabeza.

—No, gracias, prefiero el mío con vitaminas.

—¿Quiere decir que no soy apuesto? —inquirí.

—No me importa que nadie lo sea o deje de serlo; pero nunca me incliné en favor de ninguno que me recordase una caja de fideos derramados. Puro codo y charla seca.

—Muy bien —contesté—. Retiro mi

proposición. Y con toda dignidad. Pero, dígame una cosa, ya que ha mencionado las vitaminas. ¿Le parece que su candidato Willie las tiene? ¿Para el electorado?

—¡Oh, Dios mío! —murmuró, mientras elevaba los ojos al cielo.

—Bueno, ¿cuándo piensa decir a los muchachos de allá que no hay nada que hacer?

—¿Qué quiere decir con eso? Están proyectando un gran asado y una reunión en Upton. Así me ha dicho Duffy.

—Sadie, le consta perfectamente que tendrían que asar un gran mastodonte y utilizar billetes de diez dólares en lugar de lechuga en los panecillos. ¿Por qué

no dice a los jerarcas del partido que no hay nada que hacer?

—¿Quién le ha metido eso en la cabeza?

—Escuche, Sadie. Hace tiempo que somos compañeros y no tiene necesidad de mentirme. No lo hago constar todo en los periódicos, pero me consta que Willie no figura en esta carrera porque se admire su oratoria.

—¿Tan mala es? —preguntó.

—Todo ha sido ya tramado. Todos lo saben, menos Willie.

—Muy bien —admitió ella.

—¿Cuándo piensa decirle a la gente de allá que no hay nada que hacer y que están desperdiciando el dinero? Y que

Willie no es capaz de robar un solo voto a Abe Lincoln en la cuna de la Confederación.

—Hace mucho que he debido hacerlo —dijo ella.

—¿Cuándo lo hará? —inquirí.

—Escuche: antes de que este asunto comenzara ya les dije que no había nada que hacer. Pero no quisieron escuchar a Sadie. Esos cabezotas… —De repente arrojó una bocanada de humo por encima del labio inferior, redondeado, demasiado rojo, reluciente, y que de pronto se curvó hacia fuera.

—¿Por qué no les dice que es un fracaso y saca a este pobre diablo de su agonía?

—Déjelos que gasten su maldito dinero —contestó nerviosa, agitando la cabeza como si quisiese hacer salir el humo del cigarrillo por los ojos—. Ojalá gastasen mucho más esos cabezas duras. Ojalá el pobre infeliz tuviese el sentido suficiente para hacerles pagar la paliza que va a recibir. Pero creo que todo lo que conseguirá será el paseo. Bueno, podríamos dejarlo y que lo recibiese. La ignorancia es gloria.

La camarera trajo una taza de café, que Sadie debió haber ordenado antes de descubrir dónde estaba yo. Después de haber tomado un buen sorbo dio una larga chupada al cigarrillo.

—Ya sabe cómo es —dijo, a la vez

que apretaba fuertemente la colilla en la taza y la observaba, pero no a mí—. Aunque alguien se lo dijese en la cara, aunque él mismo descubriese que no es sino un pelele, creo que seguiría adelante.

—Sí, pronunciando semejantes discursos.

—¡Por Dios! —exclamó la muchacha—. ¿No son horribles?

—Ciertamente.

—Pero creo que podrá seguir adelante.

Regresamos al hotel y no volví a ver a Sadie, salvo una o dos veces en que

solo pude saludarla, hasta Upton. Las cosas no habían mejorado nada antes de llegar a esa localidad. Retorné a la ciudad y el candidato quedó librado a sus propios medios en el intervalo, aproximadamente una semana, pero estuvo informado de los acontecimientos. Luego tomé el tren para Upton la víspera del asado.

Upton se encuentra situada en la parte occidental del Estado y era la capital del voto rural que se suponía acudiría al asado. Y algo al norte de Upton existía la cuenca hullera donde muchos residían en las casuchas de la compañía y elevaban sus preces para que hubiese una semana seguida de

trabajo. Era un buen lugar para conseguir local adecuado con destino al asado. Los habitantes de las casuchas se hallaban en tal estado que eran capaces de hacer sus buenos quince kilómetros para comer un buen trozo de carne fresca. Y si contaban con fuerzas para ello sería gratis.

El tren de cercanías en que nos dirigimos hacia el lugar bufaba, silbaba y corría a través de los algodonales. Nos deteníamos durante media hora en determinado lugar a la espera de algo, y yo me distraía contemplando los surcos de algodón que convergían en el cálido horizonte y el negro tocón de un árbol quemado a medio camino resaltando

contra los surcos de algodón. Más tarde, ya hacia el oscurecer, el tren se introdujo por entre los pinos recortados y los matorrales de salvia. Nos deteníamos en alguna de aquellas estaciones amarillas, parecidas a una caja, con las casas sin pintar bastante apartadas, y veía la avenida hacia la localidad, y más tarde, al arrancar el tren, los espacios situados detrás de las vallas formadas por alambre o por tablas, como si deseasen apartarse de la amplitud del terreno, accidentado y cubierto de salvia, que parecía dispuesto a deslizarse hacia dentro y tragarse las casas. Estas no encuadraban allí, improvisadas, emplazadas a lo

lejos, listas para ser abandonadas. Veíase alguna ropa tendida en las sogas, pero la gente se había alejado, abandonándola también. No habrían tenido tiempo de descolgarla. Pronto oscurecería y era mejor apresurarse.

Pero cuando el tren arrancó, una mujer apareció en la puerta trasera de una de las casas —simplemente una figura de mujer, ya que era imposible divisar el rostro— con una cacerola en la mano, de cuyo recipiente vertió el agua que formó como un deslucido relámpago plateado a la luz. Luego regresó a la casa. A lo que en ella había. El piso de la vivienda es delgado, como las paredes y el techo, pero no es

posible ver a través de las paredes, que guardan el secreto hacia el que la mujer ha ido.

El tren va más deprisa ahora, y la mujer está otra vez en la casa, adonde ha ido para quedarse. Permanecerá en ella. Y en seguida nos ponemos a pensar que somos nosotros los que huimos y que será mejor apresurar la huida hacia cualquiera que sea nuestro destino, porque pronto se hará de noche. El tren corre bastante ya, pero su esfuerzo parece serlo a través de una atmósfera que se condensa obstinadamente como si fuese una anguila que tratase de nadar en jarabe; o ese esfuerzo parece serlo contra un creciente e implacable

magnetismo de la tierra. Creemos que si esta se estremeciera alguna vez, como lo hace la piel de un perro dormido, el tren descarrilaría y los vagones se amontonarían y la locomotora vomitaría y jadearía, mientras en algún lugar una rueda engranada seguiría girando con una deliberación pesada y como en sueños.

Pero nada acontece y recordamos que la mujer ni siquiera había echado un vistazo al tren. La hemos olvidado y el tren marcha velozmente cuando cruzamos un pequeño viaducto. Advertimos el reflejo del agua, sereno, metálico, a la luz mortecina de la tarde, entre las orillas bajas, y la vaca que se

halla sumergida en el líquido elemento más arriba, junto al solitario e inclinado sauce. Y en seguida nos dan ganas de llorar. Pero el tren sigue corriendo velozmente y casi al instante se esfuman también nuestros sentimientos, cualesquiera que sean.

Vamos, pedazo de tonto, ¿es que deseas ordeñar una vaca?

No, no deseo ordeñar ninguna.

Y en seguida nos hallamos en Upton.

En Upton me encaminé al hotel, llevando mi valija y mi máquina de escribir portátil, por entre los grupos de gente que había por las calles, individuos que me observaban con esa curiosidad lenta, plena y falta de timidez

del campesino, y que no me abrían paso sino cuando penetraba entre ellos a la carga, a la manera como una vaca no se aparta de nuestro automóvil en un camino estrecho, hasta que el maldito radiador la golpea en alguna parte. En el hotel subí a mi habitación, después de haber comido un emparedado; puse el ventilador en marcha, me hice servir una garrafa de agua fría, me despojé de los zapatos y de la camisa y me acomodé en una silla con un libro entre las manos.

A las diez y media se oyó un golpe en la puerta al que contesté con un grito y se produjo la entrada de Willie.

—¿Dónde ha estado? —le pregunté.

—He pasado toda la tarde aquí —

contestó.

—¿A que Duffy lo ha llevado por todas partes para que estreche la mano a los notables de la localidad?

—Así es —dijo con voz sombría.

Lo lúgubre de su voz hizo que lo observase fijamente.

—¿Qué sucede? —inquirí—. ¿Acaso los muchachos de aquí no lo recibieron con simpatía?

—Por supuesto; ha sido todo lo contrario. —Cruzó la habitación y se sentó junto al escritorio. Se sirvió agua en uno de los vasos de la bandeja colocada junto al botellón de tapón colorado, bebió y dijo nuevamente—: Oh, sí, ha sido todo lo contrario.

Volví a contemplarlo. El semblante era más delgado y la piel se hallaba más hacia atrás, estirada, de modo que parecía casi transparente bajo los racimos de pecas. Estaba sentado de manera pesada, sin prestarme ninguna atención, como si estuviese dando vueltas y más vueltas a algo en su cerebro.

—¿Qué lo tiene preocupado? —pregunté.

Por el momento no se condujo como si me hubiese oído. Cuando lo hizo y volvió la cabeza hacia mí, parecía no existir relación entre el acto y lo que yo había dicho. Parecía consecuencia de lo que estaba ocurriendo dentro de su

cabeza y no de mis palabras.

—Un hombre que no debe ser gobernador —dijo.

—¿Eh? —contesté sorprendido, pues era lo último que hubiera esperado de Willie.

El acto celebrado en la última localidad (en el que no estuve presente) tendría que haber sido un fracaso absoluto para despertarlo de ese modo.

Volvió a repetir la misma frase, y cuando lo contemplé de nuevo, no advertí el mismo semblante delgado e infantil sino otro debajo, cual si el primero fuere una máscara de vidrio y a través de ella pudiese contemplar el segundo. Fijé mi atención en él y vi de

repente los labios juntos que me recordaban la albañilería y el nudo muscular en cada mejilla, hacia atrás, donde se sujeta el maxilar.

—Bien —contesté con bastante retraso—; los votos no han sido contados todavía.

Musitó una vez más para sus adentros lo que bullía en su imaginación y luego dijo:

—No negaré que lo deseaba. No le mentiré sobre ese punto. —Algo inclinado hacia mí me miraba como tratando de convencerme de aquello de que él se hallaba más seguro que de que yo tuviese pies y manos—. Lo deseaba, no dormía pensando en ello. —Oprimió

las rodillas con las manos hasta que crujieron los nudillos. Luego prosiguió —: Caramba, un hombre puede estar deseoso de algo y anhelarlo con tal ansia que puede olvidarse sencillamente de lo que desea. Lo mismo que cuando se es chico y la virilidad nos invade y una noche creemos volvernos locos de deseo y tanto lo deseamos que casi nos enfermamos y llegamos a olvidarnos de ello. Es algo que hay dentro de nosotros…

Se inclinó hacia mí, con los ojos fijos en mi cara, y asió la pechera de su camisa azul chorreada de sudor, como si quisiese hacerme creer que iba a hacer saltar los botones para mostrarme algo.

Pero volvió a hundirse en su asiento, dejando que mis ojos vagasen en dirección hacia la pared, como si él no hubiese estado allí, y dijo:

—Pero nuestro deseo no convierte la cosa en realidad. No es necesario vivir mucho para comprenderlo.

Tan cierto era eso que pensé que ni siquiera merecía la pena expresarle mi conformidad.

Tan sumido se hallaba en su silencio que no pareció advertir el mío, pero al cabo de un minuto dijo:

—Podría haber sido un buen gobernador. ¡Por Dios, mucho mejor que esos individuos! —Acompañó su afirmación con un golpe sobre las

rodillas—. Fíjese; lo que este Estado requiere es un nuevo programa de contribuciones. Y ello ha de salir de los terrenos carboníferos que el Estado ha arrendado. No hay un camino que merezca ese nombre una vez que uno se interna en el Estado. Y podrían economizarse algunos fondos públicos reorganizando algunas oficinas. En cuanto a escuelas, óigame bien, no he asistido jamás a ninguna decente. Lo que he aprendido ha sido con mi propio esfuerzo, y no hay razón para que este Estado…

Todo eso lo había oído antes. Dicha en la tribuna, cuando hablaba y su semblante era puro y sereno y a nadie le

importaba un comino.

Debió haber advertido que tampoco a mí me interesaba un comino, porque de repente se calló. Luego se puso de pie y recorrió el aposento de un lado para otro, con la cabeza echada hacia atrás y los cabellos sobre la frente. Se detuvo frente a mí.

—Es necesario ocuparse de estas cosas, ¿verdad? —preguntó.

—Naturalmente. —Lo cual no era ninguna mentira.

—Pero no quieren escucharlo. ¡Malditos sean esos bastardos! Vienen a oír un discurso y luego no lo escuchan. Ni siquiera una palabra. No tienen interés. ¡Que se vayan al diablo! No

merecen sino arrastrarse por la tierra sin que les den otra recompensa que el ruido que hacen las tripas vacías. No desean escuchar.

—No, no quieren —convine.

—No seré gobernador. Bien merecido tendrán lo que obtengan —dijo —, ¡por bastardos!

—Bueno, ¿es que desea que le ayude en algo? —De repente me condolí de él.

¿Por qué vino a mí? ¿Qué le hizo creer que yo deseaba saber las necesidades del Estado? Demonios, bien lo sabía. Lo mismo que todos los demás. No era ningún secreto. Lo que hacía falta era un Gobierno decente. ¿Pero quién iba a dárselo? ¿Y a quién le

interesaba si alguien administraba o no correctamente el erario público? ¿Cómo vino a lamentarse de ello ante mí? O a expresar con cuánta ansiedad deseaba ser gobernador, porque pasaba las noches en vela pensando en ello. Todo esto se me ocurrió mientras me condolía de él y le preguntaba si deseaba que le ayudase.

Me observaba lentamente, escudriñando mi rostro, leyendo en él. Pero no parecía dolorido, lo cual me sorprendió, pues fue mi deseo que lo pareciera; al menos lo suficiente para que abandonase. Pero su semblante no reflejaba ni siquiera sorpresa.

—No, Jack —dijo por fin,

acompañando sus palabras con un movimiento de cabeza—. No pido que nadie me compadezca. Suceda lo que suceda, no deseo que nadie lo haga. —Sacudiose pesadamente, a la manera de un perrazo que sale del agua o se despierta—. No, no deseo que nadie en este mundo se apiade de mí, ni ahora ni nunca —concluyó, aunque no estaba dirigiéndose realmente a mí.

Ese desahogo pareció aliviarle, ya que se sentó otra vez.

—¿Qué piensa hacer? —pregunté.

—Lo pensaré. Lo ignoro y tendré que pensarlo. ¡Esos bastardos! Si pudiera conseguir que me escuchasen.

En aquel mismo instante entró Sadie.

Mejor dicho, llamó a la puerta, contesté y entonces hizo su entrada.

—¡Hola! —saludó mientras echaba una rápida ojeada a la escena, a la vez que avanzaba hacia nosotros. Su mirada no se desviaba de la garrafa que había sobre mi mesa—. ¿Qué les parece si me refresco un poco? —preguntó.

—Muy bien —convine, si bien, al parecer, no infundí a mi voz el tono suficiente de jovialidad.

Quizás ella pudiese decir que algo había acontecido, juzgando la atmósfera, pues si alguien era capaz de ello, no hay duda de que era Sadie.

De todos modos, se detuvo en el centro del lugar y preguntó qué pasaba.

No contesté en seguida, y la muchacha se acercó a la mesa, con movimientos rápidos y nerviosos, como era su costumbre, ataviada con su informe y deslucido traje azul de verano, que de seguro habría adquirido en un comercio de ropas de segunda mano, diciendo con el puño cerrado, lo mismo que los ojos: «Me llevaré este».

Tomó un cigarrillo del paquete que se hallaba encima de la mesa, lo golpeó contra los nudillos y luego se volvió hacia mí. Sus ojos parecían dos lámparas encendidas.

—Nada —contesté—, salvo que Willie dice que no será gobernador.

El fósforo se hallaba encendido en

el momento de terminar mis palabras, pero jamás llegó a tocar el extremo del cigarrillo. Quedó detenido a mitad del camino.

—De manera que usted le ha contado —dijo, sin dejar de mirarme.

—Por supuesto que no —aseguré—. Nunca digo nada a nadie. Me limito a escuchar.

Tiró el fósforo con una violenta sacudida de la muñeca y se volvió hacia Willie.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

—¿Qué tenían que decirme? —inquirió a su vez el interpelado, mirándola fijamente.

La muchacha vio que había cometido un error. Y no era de la clase de equivocaciones que Sadie hacía. Se había abierto camino en el mundo desde aquella casucha en el barrizal, descubriendo siempre lo que los demás sabían pero sin dejar entrever jamás lo que conociera ella. Su sistema no era manejarse con la barbilla sino con una buena barra de plomo una vez perdido el equilibrio. Pero esta vez lo había hecho con la barbilla. En alguna parte del organismo de Sadie Burke había anidado la idea de que yo iba a decírselo a Willie. O cualquier otro. De ningún modo sería Sadie, sino alguna otra persona, evitándoselo así a ella. A

lo mejor, nada tan específico como eso. Algo así como si flotase en el aire, en la profunda oscuridad, la idea de Willie y la idea de lo que este desconocía, como dos tronchos de algo, que son absorbidos por un remolino y van a dar al fondo del río para revolverse lenta y ciegamente en la oscuridad, y permanecer allí durante una eternidad.

Y así, a consecuencia de algo presumido por ella, sin saberlo, o poseída de algún deseo o temor por ella desconocido, cometió aquel error. Y lo advirtió en tanto permanecía de pie, dando vueltas entre los dedos a aquel cigarrillo sin encender. La moneda se hallaba introducida en la ranura y

parecía como si al mirar a Willie se observasen las ruedas, los piñones y las cerezas y los limones que comenzaban a girar en el interior de la máquina.

—¿Decirme qué? —volvió a preguntar Willie.

—Que no será gobernador —contestó ella con tranquilidad, si bien me lanzó una mirada. Supongo que fue el único SOS que Sadie Burke lanzara a nadie durante su existencia.

Pero era cosa suya y dejé que saliera del paso como pudiese.

Willie no dejaba de contemplarla, esperando mientras ella se volvía hacia mi lado, destapada la botella y se servía un trago. Se veía que estaba

acostumbrada, pues no tosió.

—¿Decirme qué? —repitió Willie.

La muchacha no contestó, pero siguió mirándolo.

Y, mirándola directamente otra vez, y con una voz tan grave como la muerte y los impuestos, Willie volvió a repetir la pregunta.

—¡Al diablo con usted! —exclamó Sadie. El vaso rechinó sobre la bandeja, donde ella volvió a dejarlo sin mirar—. No he visto nunca un hombre tan tonto.

—Muy bien —dijo Willie en el mismo tono, golpeando como un boxeador cuando los demás comienzan a dar vueltas como locos—. ¿De qué se trata?

—Bueno, amigo, ya que quiere saberlo, ahí va la verdad. ¡Lo han engañado!

—¿Engañado? —preguntó.

—¡Y de qué manera! —agregó Sadie, inclinada hacia él, con lo que parecía ser una vengativa y triunfante intensidad reluciente en sus ojos y sonando en su voz—. ¡Oh, cabeza de tonto, usted lo ha permitido! Oh, sí, lo ha permitido porque se creía el corderito de Dios… —se detuvo para hacerle un par de gestos despectivos con las comisuras de los labios—; eso es, se creía que era el cordero de Dios. ¿Pero sabe lo que es? —Esperó, al parecer, la respuesta, pero él siguió contemplándola

mudo—. Bien, usted es la cabra del sacrificio. El carnero entre los matorrales. Y es un tonto por habérselo permitido sin sacar ningún provecho. Le habrían pagado para que lo permitiera, pero no tuvieron necesidad de pagar a un tonto como usted. Es claro, estaba tan pagado de sí mismo, tan inflado y tan convencido de su papel de Jesucristo, que todo lo que deseaba era la oportunidad de sostenerse sobre sus cuartos traseros y pronunciar un discurso. «Amigos míos…». —Torció la boca para adoptar un gesto de imitación, lleno de burla—; «amigos míos, lo que este Estado necesita es un buen cigarro de cinco centavos». ¡Oh, Dios mío! —

Rio con una especie de risa artificial y salvaje, que se cortó de repente.

—¿Por qué hicieron eso? ¿Por qué? Y precisamente conmigo —inquirió Willie mirándola fijamente y respirando con dificultad aunque sin demostrarlo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella, vuelta hacia mí—. Escuche a ese mensajero. Quiere saber el motivo. —Luego se volvió de nuevo hacia él, inclinándose más, y dijo—: Escuche, si es capaz de que esto le quepa en esa cabeza tan dura. Querían dividir los votos de McMurfee a toda costa. ¿Lo entiende ahora o quiere que le pinte un cuadro? ¿Es capaz de comprenderlo bien, cabeza de chorlito?

Me miró con lentitud. Sus labios estaban húmedos y me preguntó si era cierto.

—Quiere saber si es cierto —anunció Sadie, elevando sus ojos hacia el techo, como si estuviese entonando alguna oración—. ¡Oh, Dios mío!

—¿Es verdad? —insistió él.

—Así me han dicho —contesté.

Bien, eso lo impresionó. De nada servirá negarlo. Su semblante se agitó como si tratara de decir algo o como si fuese a estallar en lágrimas. Pero no hizo ninguna de ambas cosas. Extendió el brazo hacia la mesa, sirvió en un vaso lo suficiente para derribar a un irlandés y lo tragó casi de un sorbo.

—¡Eh! —le dije—, tómelo con calma. No está acostumbrado a eso.

—Tampoco a muchas otras cosas —dijo Sadie, que empujó la botella sobre la bandeja hacia su lado—. Tampoco se ha acostumbrado a la idea de que no será gobernador. ¿Verdad, Willie?

—¿Por qué no se calla de una vez? —le pregunté.

Pero ni siquiera me miró. Inclinada sobre Willie le preguntó, esta vez en tono lisonjero:

—¿Se ha acostumbrado, Willie?

El hombre volvió a alcanzar la botella y a servirse de nuevo.

—¿Qué dice Willie? —Esta vez la voz no tenía nada de lisonja.

—Me había acostumbrado —contestó mirándola, enrojecido el semblante, el cabello caído sobre los ojos y la respiración dificultosa—. Sí, pero no ahora.

—Pues sería mejor que se acostumbrase —dijo ella. Rio y empujó la botella hacia él.

Willie la tomó, se sirvió, bebió y puso el vaso resueltamente otra vez en la bandeja. Luego dijo:

—No; será mejor que no me acostumbre.

La muchacha dejó oír de nuevo su risa artificial y dijo después de haberse tranquilizado:

—¡Oh, Dios, dice que será mejor

que no se acostumbre!

Willie estaba sentado pesadamente en la silla, sin inclinarse hacia atrás, con el sudor comenzando a brotarle en el rostro y corriendo lentamente y resplandeciente sobre su carne. Permaneció sentado sin advertir el sudor ni enjugarlo, contemplando cómo ella reía.

De pronto se levantó y creí que iba a saltar sobre la muchacha, que debió creer lo mismo, pues contuvo la risa. Precisamente en medio del aria. Pero no saltó; ni siquiera la miró. Paseó la vista alrededor de la habitación y levantó las manos frente a él como si se dispusiese a agarrar alguna cosa.

—¡Los mataré! —dijo—. ¡Sí, los mataré!

—¡Siéntese! —ordenó Sadie que, inclinada rápidamente sobre Willie, le dio un empujón en el pecho.

—¡Los mataré! —repitió mientras tomaba asiento, cubierto de sudor.

Sus piernas no se mantenían firmes, por lo que fue a caer, contra su voluntad, en el centro de la silla.

—No hará esa maldita cosa —anunció ella—. No será gobernador, no le pagarán por no serlo, ni los matará a ellos, ni a nadie más. ¿Y sabe por qué?

—Los mataré —insistió.

—Le diré por qué —prosiguió Sadie, inclinándose sobre él—. Porque

es un tonto de capirote, un pusilánime alimentado con cuchara y…

A esa altura me levanté.

—No me interesa la clase de juego que esté haciendo, pero no tengo por qué permanecer aquí observándolo.

La muchacha ni volvió la cabeza. Atravesé la puerta, y lo último que oí fue la definición de la joven acerca de la clase de hombre que Willie era. Me imaginé que ello llevaría a cualquiera cierto tiempo.

Observé bastante en Upton aquella noche. Vi cómo el público salía de la última función cinematográfica, admiré las puertas del cementerio y la escuela a la claridad de la luna y me incliné sobre

la barandilla del puente del riachuelo, en cuyas aguas escupí. Eso me llevó aproximadamente un par de horas, transcurridas las cuales regresé al hotel.

Al abrir la puerta observé a Sadie sentada en una silla junto a la mesa y fumando un cigarrillo. La atmósfera era lo suficientemente espesa como para cortarla con un cuchillo y, a la luz de la lámpara sobre la mesa, el humo ascendía y se rizaba alrededor de la muchacha, lo cual me proporcionó la ilusión de que la contemplaba sentada y sumergida en el tanque de un acuario, lleno de agua jabonosa. La botella estaba vacía.

Durante uno o dos segundos creí que

Willie habría partido, pero luego vi el producto acabado.

Se hallaba tendido sobre mi lecho.

Entré y cerré la puerta.

—La cosa parece haberse apaciguado —observé.

—Sí.

Me aproximé al lecho y examiné su contenido. El hombre se hallaba tendido boca arriba. Tenía la americana recogida hasta las axilas, las manos piadosamente cruzadas sobre el pecho como las de una estatua yacente en la tumba de una catedral, la camisa algo fuera de su amarradero bajo el cinturón y los dos botones inferiores desabrochados, de manera que quedaba

al descubierto un parche triangular de estómago ligeramente extendido, blanco, con algunos pelos ásperos y oscuros. La boca estaba algo entreabierta, y el labio inferior vibraba con delicada flojedad a cada media expulsión del aliento. Todo muy lindo.

—Ha estado delirando algún tiempo —dijo Sadie—, refiriéndome lo que hará. Oh, va a hacer grandes cosas. Será presidente. Matará a la gente simplemente con las manos. ¡Oh, Dios! —Dio una larga chupada al cigarrillo, arrojó el humo y apartó de su rostro los residuos del tabaco con un manotazo, violento y salvaje, de su derecha—. Pero lo apacigüé —agregó con aire de

sombría satisfacción, como de solterona, de esa clase que nuestra tía abuela solía adoptar.

—¿Irá al asado? —pregunté.

—¿Cómo diablos he de saberlo? —refunfuñó—. No estuvo gritando acerca de ningún detalle referente al asado. Oh, es un gran actor. Pero… —se detuvo y volvió a fumar, a arrojar el humo y apartar el que quedaba junto a su rostro con el consabido manotazo— lo apacigüé.

—Parece como si lo hubiese acribillado a balazos —observé.

—No hice nada de eso, pero le he tocado el corazón. Finalmente conseguí hacerle entender qué clase de tonto es. Y

eso lo apaciguó.

—Ahora está perfectamente tranquilo —dije, y me dirigí hacia la mesa.

—Pero no se calmó tan de repente. Sí lo bastante para sentarse en la silla y asirse a la botella en demanda de apoyo, hablando acerca de la forma de comunicar la noticia a alguna maldita Lucy.

—Que es su esposa —informé.

—Hablaba como si fuese su mamita y le sonase las narices. Luego dijo que iría directamente a su habitación para escribir una carta. Pero —se detuvo para mirar hacia el lecho— no llegó a hacerlo. Al llegar al medio del aposento

se enderezó y fue a dar en la cama.

Se levantó de su asiento y se aproximó al lecho para observarlo.

—¿Lo sabe Duffy? —pregunté.

—No me importa un bledo lo que Duffy sepa —contestó.

Entonces me dirigí a mi vez al lecho.

—Me parece que tendremos que dejarlo aquí. Iré a dormir a su habitación.

Revisé sus bolsillos en busca de la llave y la encontré. Después extraje el pijama y un cepillo de dientes de mi maleta.

Sadie se hallaba todavía de pie junto al lecho. Se volvió hacia mí.

—Creo que por lo menos podría

quitarle los zapatos a ese bastardo —dijo.

Obedecí, después de haber dejado mi cargamento sobre la cama. Luego volví a tomarlo y me dirigí de nuevo hacia la mesa para apagar la luz. Sadie se hallaba aún junto al lecho.

—Quizá sería mejor que escribiese usted una carta a esa mamá Lucy y le preguntase para dónde embarcamos los restos —dijo.

Al ir a poner la mano sobre la llave de la luz miré de nuevo a Sadie, de pie junto a los «restos», con el brazo izquierdo, que estaba dirigido hacia mí, colgando hacia el suelo y con un cigarrillo saliendo de entre las puntas de

los dedos y arrojando volutas de humo lentamente hacia el techo, mientras ella misma, pensativa, arrojaba bocanadas sobre su labio inferior, otra vez curvado hacia fuera y reluciente.

Esa era la Sadie que recorriera una gran distancia desde la casucha del barrizal. Y la había andado porque jugó dispuesta a triunfar, aunque no fue su ánimo ganar partidas, y sabía que para no perder era necesario apostar el dinero al número correcto y que si este no salía habría un individuo armado de raqueta que barrería todas las apuestas. Con lo cual ese dinero ya no le pertenecía.

Había andado de un lado para otro

durante mucho tiempo, hablando con los hombres y mirándolos directamente a los ojos, como si fuese uno de ellos. A algunos les cayó en gracia y a otros no. En este segundo caso la escuchaban cuando hablaba, lo que no sucedió con mucha frecuencia, pues existía motivo para creer que cuando esos ojos negros y grandes, negros de tal modo que era imposible determinar si esa negrura era superficial o profunda, miraban la rueda antes de que comenzara a ponerse en movimiento, podrían advertir dónde pararía al cesar su rotación y adivinar en qué número se plantaría la bolita. Algunos la apreciaban mucho, como Sen-Sen. En otro tiempo me había sido

muy difícil comprenderlo. No vi sino un bulto envuelto en un vestido abolsado de algodón o en otro de sirsaca no mucho más elegante, según el solsticio, y el rostro con su fuerte capa de carmín en los labios, sus dos lámparas negras, y en lo alto ese revoltijo de cabellos negros que parecía como si hubiese sido separado a lo largo del oído con una cuchilla de carnicero.

Luego, en una oportunidad, vi algo más de repente. Vemos una mujer mucho tiempo a nuestro alrededor y creemos que es fea, que no vale nada. De pronto nos damos a pensar cómo será debajo de sus ropas deslucidas. Y también, de una manera súbita, observamos el semblante

que existe debajo de la piel marcada de viruela, que es sereno y humilde, que inspira confianza y nos pide que levantemos la máscara. Debe ser algo así como si un viejo contemplase el rostro de su esposa y, precisamente durante un segundo, descubriese el que vio treinta años atrás. Con la diferencia de que, en el caso a que me refiero, no hay que recordar un rostro contemplado largo tiempo atrás, sino que se descubre uno que jamás hemos visto. Es el futuro, no el pasado. Temporalmente fue algo que no me tranquilizó. Finalmente le hice una proposición, sin llegar a ningún resultado.

—Yo tengo mis compromisos y a

ellos me limito, siempre que la otra parte cumpla.

Ignoraba de qué arreglos se trataba. Era en la época anterior al señor Sen-Sen Puckett, antes de que le acordara el beneficio de sus gracias al haber acertado con el número correcto.

Nada de eso me pasó por la imaginación mientras colocaba la mano sobre el interruptor de la corriente y miraba a Sadie Burke. Pero lo digo para que se sepa quién era la Sadie Burke allí presente, junto al lecho y meditando acerca del cuerpo en él tendido, mientras yo posaba la mano en la llave de la luz, y que había adelantado gran camino no apoyándose en la barbilla si

bien lo había hecho esa noche.

Al menos así me lo imaginaba.

Apagué la luz y los dos salimos de la habitación y nos despedimos en el vestíbulo.

Serían cerca de las nueve de la mañana cuando Sadie golpeó mi puerta y desperté medio pesado. Había dormido mal y era como un trozo de madera empapada arrastrada por la corriente y extraída del fondo de un estanque. Abrí la puerta y asomé la cabeza.

—Escuche —dijo sin mayores cumplidos—, Duffy va a ir a los terrenos de la feria y yo lo acompañaré.

Tiene mucho que hacer allá. Quería que lo acompañase bien temprano Willie, para que se mezclase con la gente de allá, pero lo he convencido de que no se sentía muy bien. Quedamos en que irá algo más tarde.

—Muy bien —dije—. No se me paga para eso, pero trataré de entregarlo.

—No me interesa que llegue o no allí, pues no me hará ningún perjuicio.

—De todos modos trataré de que vaya.

—Haga lo que le plazca —contestó, y se alejó a lo largo del vestíbulo.

Observé a través de la ventana y vi que iba a ser otro día de movimiento,

por lo que bajé a tomar una taza de café después de haberme afeitado y vestido. Luego me encaminé a mi habitación, a cuya puerta llamé. Dentro oíase una especie de ruido, como si un oboe sonase dentro de un gran barril lleno de plumas. De ahí que entrase. Había dejado la puerta sin asegurar la noche antes.

Por entonces eran ya más de las diez.

Willie estaba acostado. En el mismo lugar, con la americana cogida aún bajo las axilas, las manos cruzadas sobre el pecho, el semblante pálido y sereno. Me aproximé al lecho. No desvió la cabeza, pero sus ojos se volvieron hacia mí con

un movimiento que hacía pensar que se oían crujir en su órbita.

—Buenos días —dije.

Entreabrió la boca y su lengua asomó con precaución y humedeció ligeramente los labios. Luego hizo un gesto débil como si estuviera tanteando para ver si algo se rajaba. Nada aconteció y entonces dijo apenas:

—Me parece que anoche me embriagué.

—Así es como se conoce el estado en que se hallaba.

—Ha sido la primera vez. Nunca me había embriagado. No he probado el licor anteriormente sino una vez en mi vida.

—Ya sé. A Lucy no le agrada la bebida.

—Creo que comprenderá sin lugar a dudas cuando se lo explique —dijo—. Verá cómo aconteció. —Dicho eso se sumió en profunda meditación.

—¿Cómo se siente?

—Perfectamente —contestó. Se sentó en el lecho, con las piernas colgadas. Se mantuvo sentado, apoyados en el suelo los pies cubiertos con los calcetines, en tanto hacía inventario de sus esfuerzos y de sus luchas internas—. Sí, me siento muy bien —concluyó.

—¿Piensa ir al asado?

Me miró con un laborioso movimiento de cabeza y una expresión

inquisitiva en el semblante, como si fuese yo el individuo que se supone que ha de contestar.

—¿Por qué me lo pregunta? —interrogó.

—Bueno, están sucediendo muchas cosas.

—Sí, iré.

—Duffy y Sadie ya se han ido. El hombre quiere que vaya y se mezcle con el pueblo.

—Muy bien. Tengo sed —dijo, después de haber permanecido con los ojos fijos en un punto imaginario sobre el suelo, a diez pies de los suyos, y tras haberse acariciado la lengua con los labios.

—Está deshidratado —aseguré—. Es el resultado del exceso de alcohol. Pero es la única manera de tomarlo y de que le haga bien a un hombre.

No me escuchaba. Se había erguido y empezado su marcha hacia el baño.

Oí el ruido del agua, las gárgaras y las inhalaciones. Seguramente estaría bebiendo del grifo. Al cabo de un minuto, más o menos, cesó el ruido. Hubo silencio durante un rato. Luego se produjo otro. La agonía había tocado a su fin.

Apareció en la puerta del baño, asido a la jamba, mirándome con expresión de reproche y resplandeciente el semblante a causa del sudor frío.

—No tiene que mirarme de ese modo —dije—. Hizo bien en beber.

—He vomitado —contestó tristemente.

—Bueno, no ha sido el primero. Además, ahora podrá comer un buen trozo de asado, caliente y jugoso.

No pareció creer que eso fuera divertido. Ni yo tampoco. Pero a él tampoco le parecía especialmente aburrido. Limitose a permanecer asido de la jamba, mirándome como si fuera un sordomudo extraño. Después volvió a penetrar en el baño.

—Le pediré una taza de café. Eso lo compondrá —dije.

Pero no hubo tal cosa. Lo tomó y no

le produjo el menor alivio.

Después se acostó un rato. Le coloqué una toalla mojada sobre la frente y cerró los ojos. Se puso las manos sobre el pecho y las pecas de su rostro parecieron como manchas de moho sobre pulido alabastro.

A eso de las once y cuarto llamaron desde la oficina del hotel para decir que un automóvil con dos señores esperaban al señor Stark para conducirlo a los terrenos de la feria. Coloqué la mano sobre el receptor y miré a Willie, cuyos ojos estaban abiertos y clavados en el techo.

—¿Para qué demonios quiere ir al asado? —pregunté—. Voy a decirles que

lo dejen en paz.

—Iré —contestó desde el mundo espirituoso, sin apartar los ojos del techo.

De manera que bajé para entrevistarme con los dos ciudadanos prominentes de la localidad, que incluso habían accedido a ser conducidos en el coche fúnebre gubernamental con tal de que sus nombres figurasen en los periódicos. Les dije que el señor Stark se hallaba algo indispuesto, y que yo lo llevaría allí dentro de una hora, aproximadamente.

A las doce repetí el tratamiento con café. No surtió efecto. Mejor dicho, surtió mal efecto. Duffy telefoneó desde

los terrenos de la feria para saber qué demonios sucedía. Le dije que sería mejor qué procediese a distribuir los panes y los peces y rogase a Dios que Willie se hallase presente a eso de los dos.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

—Muchacho, cuanto más tarde en saberlo, más feliz será —contesté, y colgué el receptor.

A eso de la una, cuando un tercer intento para reponer a Willie por medio del café constituyó un nuevo fracaso, dije:

—Veamos, Willie, ¿para qué va a ir allá? Envíe un mensaje diciendo que se encuentra enfermo y evítese ese trabajo.

Más tarde, si…

—No —contestó y se sentó al borde del lecho.

Su semblante tenía un aspecto elevado, puro y sereno, como el del mártir antes de penetrar en la hoguera.

—Bien, si no piensa cejar en su intento, le queda otra oportunidad.

—¿Qué, más café? —preguntó.

—No. —Abrí mi valija y saqué una segunda botella, de la cual serví un poco en un vaso y se lo alargué. De acuerdo con lo que aconsejan los viejos, el mejor remedio consiste en echar dos chorros de ajenjo en un poco de hielo desmenuzado y agregarle un chorrito de whisky de centeno. Pero no podemos

hacernos ilusiones ahora con la prohibición.

Lo ingirió. Hubo unos instantes que más bien parecieron una pesadilla, y después lancé un suspiro de alivio. A los diez minutos repetí la dosis. En seguida le ordené que se desnudase mientras preparaba el agua fría. En tanto se hallaba sumergido en ella, telefoneé para que nos procurasen un automóvil, y luego me dirigí al aposento de Willie en busca de ropa limpia y de otro traje.

Se las ingenió para vestirse, permitiéndome hacerle algún tratamiento de tanto en tanto.

Una vez vestido se sentó al borde del lecho y solo faltaba una gran etiqueta

que dijese: «Manéjese con cuidado - Este lado para arriba - Frágil». Pero conseguí introducirlo en el automóvil.

Entonces tuve que regresar por la copia del discurso, que había quedado abandonada en el cajón de arriba del escritorio. Una vez que la traje dijo que quizá la necesitaría. Posiblemente no lo recordase muy bien y tendría que volver a leerlo de nuevo.

Se mantuvo retrepado mientras el coche saltaba sobre las piedras en dirección hacia los terrenos de la feria.

Observé a lo largo del camino y vi los carromatos y coches atados en las afueras de un bosquecillo, los edificios de la feria y una bandera

norteamericana, izada en un mástil, que se recortaba sobre el cielo azul. Luego, por encima del ruido de nuestro «molinillo de café», escuché los sones de una banda. Duffy estaba facilitando la digestión de la muchedumbre.

Willie alargó el brazo y tocó el frasco.

—Deme eso —dijo.

—Poco a poco, amigo. No está acostumbrado a esta bebida. Ya…

Pero para entonces ya se lo había llevado a los labios y el sonido del gorgoteo habría ahogado el de mis palabras si hubiese seguido desperdiciándolas.

Una vez que me lo devolvió no

contenía lo suficiente para que mereciera la pena guardarlo nuevamente en el bolsillo. Lo que se reunía en un rincón al volcarlo no bastaría ni aun para una alumna de instituto.

—¿Está seguro de que no desea acabarlo? —inquirí con burlona urbanidad.

Meneó la cabeza como si estuviese algo atolondrado y contestó:

—No, gracias.

Después tembló como un hombre aterido de frío.

Así que fui yo quien dio fin a su contenido y arrojé el recipiente vacío por la ventanilla.

—Acérquese todo lo posible —dije

al encargado del volante.

Hizo cuanto estuvo a su alcance, salí del vehículo, ayudé a bajar a Willie y pagué el viaje. Luego nos encaminamos lentamente, por encima de un lecho de paja oscura y pisoteada, hacia una plataforma, como si la multitud a nuestro alrededor no significase nada.

Los ojos de Willie se hallaban fijos en el lejano horizonte y la banda ejecutaba *Casey Jones*.

Dejé a Willie a un costado de la plataforma. El hombre permaneció de pie, solo entre la oscura hierba en una región extraña, con un sueño en el semblante y bañado por el sol.

Encontré a Duffy y le dije que estaba

dispuesto a entregarlo, pero que exigía recibo.

—¿Qué le sucede? Ese bastardo no bebe. ¿Acaso está embriagado? —inquirió.

—Jamás toca la bebida —contesté—. Lo que pasa es que ha estado en el camino de Damasco y ha visto una luz muy grande y su fe comienza a vacilar.

—¿Qué le sucede? —inquirió nuevamente.

—Usted debería leer otra vez el Buen Libro —dije a Duffy, a quien conduje hasta el candidato. Fue una reunión conmovedora y de ahí que me mezclase con la multitud.

Era muy numerosa, pues no hay duda

de que el olor del asado en el aire obra maravillas. La gente comenzaba a congregarse enfrente de la plataforma y a encaramarse a la gran tribuna. La banda local, ahora a un costado de la plataforma, no cesaba de lanzar al aire sus sones y ejecutar una y otra vez: ¡Viva, viva; ya estamos todos aquí! Sobre la plataforma veíanse los dos muchachos de la localidad que no tenían ningún futuro político —los mismos que se aproximaron al hotel por la mañana —. Otro que, según mis cálculos, tendría por cometido entonar alguna canción, y Duffy. Aparte de Willie, que sudaba lentamente. Se les veía sentados en una hilera de sillas, a lo largo del fondo de

la plataforma, frente a las colgaduras y detrás de una mesa cubierta con una bandera, sobre la cual había un botellón con agua y dos vasos.

Uno de los muchachos locales se levantó y habló a sus amigos y vecinos, presentando al predicador, que elevó hacia el Todopoderoso su oración, junto con su semblante huesudo y demacrado por encima de la sarga azul, mientras los ojos pestañeaban a la fuerte luz del sol. Más tarde el primero de los muchachos locales volvió a dirigirse a la concurrencia para efectuar la presentación del segundo de tales muchachos. Parecía como si hubiera de ser el encargado de afrontar al auditorio,

pues estaba hecho para resistencia y no para velocidad; pero luego resultó que no había tal cosa, y que no estaba en mejores condiciones que el primero o el predicador o el Dios del Cielo. Tardó bastante tiempo en admitir que no era el llamado a la tarea, y puso el dedo sobre Willie.

Y entonces Willie quedó solo junto a la mesa y comenzó con un «Amigos míos», volviendo luego el rostro de alabastro precariamente de un lado para otro, mientras manoteaba en el bolsillo derecho de la americana en busca del discurso.

Mientras revolvía los papeles, contemplándolos con una expresión

singular en su semblante, cual si se tratase de algo escrito en lengua extraña, alguien me tiró de la manga. Era Sadie Burke.

—¿Cómo pudo hacerlo? —preguntó.

—Échele un vistazo y adivine —contesté.

Después de haber mirado hacia la plataforma volvió a preguntarme.

—Con pelo de perro —fue la respuesta.

—¡Pelos del infierno! —dijo—. Debe haberse tragado un perro entero.

Observé a Willie, de pie, sudoroso, vacilante y sin decir palabra bajo los fuertes rayos del sol.

—Ya se ha ido contra las cuerdas —

dijo Sadie.

—Diablo, así ha estado toda la mañana, ¡y suerte que pudo contar con ellas!

Todavía seguía observándolo de un modo muy parecido a como había hecho la noche anterior, cuando se hallaba tendido en el lecho de mi habitación, frío, y ella junto al borde del mismo. No era lástima ni desprecio, sino algo ambiguo y especulativo. Después dijo:

—A lo mejor ha nacido sobre ellas.

Lo dijo con un tono que parecía implicar que había zanjado la cuestión. Pero no por ello dejó de mirarlo del mismo modo.

El candidato era capaz de

mantenerse de pie, por lo menos con un muslo apoyado contra la mesa. Para entonces había comenzado su discurso. Había nombrado a sus amigos, de dos o tres maneras, y les había dicho que se alegraba de estar entre ellos. Allí se lo veía con el manuscrito asido con ambas manos, agachada la cabeza como vaca descornada y acosada por un par de perros sanguinarios en el establo, mientras el sol la castigaba y le brotaba el sudor. Luego se rehízo y levantó la cabeza.

—«Tengo aquí un discurso acerca de las necesidades de este Estado. Pero de nada servirá deciros lo que el Estado necesita. Vosotros sois Estado. Ya

sabéis cuáles son vuestras necesidades. Mirad vuestros pantalones. ¿Están rotos por la rodilla? Escuchad vuestros intestinos. ¿Hacen algún ruido al hallarse vacíos? Fijaos en las cosechas. ¿Se pudrieron alguna vez en el suelo por estar los caminos en tan mal estado que no pudisteis transportarlas hasta el mercado? ¿Y vuestros hijos? ¿Crecen en la ignorancia y en la miseria, como vosotros, por no contar con una escuela decente para que se eduquen?»

Willie se detuvo, observó a su alrededor y prosiguió:

—«No, no os leeré ningún discurso. Sabéis lo que necesitáis mejor que si yo os lo dijera. Pero sí referiré una

historia.»

Se detuvo, se afirmó sobre la mesa y aspiró profundamente mientras el sudor le chorreaba.

Me incliné hacia Sadie y pregunté:

—¿Qué demonios se traerá entre manos?

—Cállese —ordenó la muchacha sin dejar de observarlo.

»—Se trata de una divertida historia —prosiguió—. Preparaos para reventar de risa, pues sin duda es muy graciosa. Se trata de un habitante del campo, de un rústico. Como todos vosotros, valga la comparación. Sí, como vosotros. Creció como cualquier otro hijo de madre, entre los surcos, los malos caminos y las

quebradas de una granja al Norte del Estado. Sabía bien lo que era ser un rústico, un campesino. Conocía perfectamente que tenía que levantarse antes del amanecer y hundir sus pies en la bosta, dar de comer a las vacas y mojarse y ordeñar antes del desayuno, para que le fuese posible emprender su camino antes de que el sol estuviese alto y recorrer los seis kilómetros que lo separaban de una miserable escuela, que solo contaba con un aula. También sabía qué era pagar impuestos elevados para no conseguir otra cosa que esa escuelucha por cuyas paredes penetraba el viento, y aquellos caminos tan malos y polvorientos, arrasados por los

torrentes y cubiertos de arcilla colorada sobre los cuales transitar, o en los cuales quebrar el eje de su carro o conducir sus animales de carga.

»¡Oh! ¡Bien sabía lo que era ser un rústico, tanto en invierno como en verano! De ahí que se pasara las noches sentado ante una mesa, devorando los libros y estudiando Derecho, de manera que le fuese posible hacer algo para cambiar este estado de cosas. No estudió Derecho en ningún establecimiento educacional, sino por la noche, en su propia casa, luego de una ruda jornada en el campo. De modo que pudiese cambiar algo las cosas. Tanto para los demás como para él. Sobre

todo para los que eran de su misma condición humilde. No estoy engañándoos. No comenzó a pensar en los demás campesinos y en la manera como iba a realizar cosas maravillosas para ellos. Comenzó a pensar en “el número uno”, pero algo se le vino a la mente en su camino: la imposibilidad de hacer nada en beneficio suyo ni de los otros sin el apoyo de ellos. O todos o ninguno. Eso es lo que vislumbró en su camino.

»Y tal aconteció con la fuerza poderosa del rayo de Dios, en una época trágica, allá en su propio distrito, unos dos años atrás: cuando la primera escuela de ladrillos fue edificada en él,

se derrumbó por haber sido construida con ladrillos inservibles, por haber mediado la política corrompida, y una docena de pobres escolares resultó muerta o con graves heridas. ¡Oh! Ya conocéis esa historia. El hombre había combatido la política que existía detrás de esa escuela construida con ladrillos inservibles, pero perdió y el edificio se vino a tierra. Ello le hizo pensar. La próxima vez sería diferente.

»Los habitantes del lugar eran amigos suyos por haberse opuesto a tan deficiente construcción. Y algunos de los jefes políticos de la ciudad lo supieron y se llegaron hasta la casa de su padre, viajando en lujosos

automóviles, y dijeron que deseaban que se presentase candidato a gobernador.»

Tiré del brazo a Sadie.

—¿Cree que irá a…?

—Cállese —contestó con voz salvaje.

Observé a Duffy, en la plataforma, detrás de Willie. Su semblante mostraba preocupación. Estaba rojo, era grande y cubierto de sudor y reflejaba turbación.

«¡Oh, así lo dijeron! —prosiguió Willie—. Y el campesino se lo tragó. Pero ahondó en lo más profundo de su corazón y pensó que podría tratar de cambiar algo el estado de cosas. Con toda la humildad de que era capaz se dedicó a examinar la cuestión. Era ni

más ni menos que un campesino, un ser humano que creía, como siempre hemos creído aquí en nuestras colinas, que hasta el individuo más sencillo y más pobre podía llegar a gobernador, siempre que sus semejantes advirtiesen que tenía pasta para ello.

»Aquellos individuos de los pantalones a rayas vieron al campesino y lo conquistaron. Dijeron que McMurfee era un individuo fácil de manejar y no muy despierto, además, y que Joe Harrison era el instrumento de la maquinaria de la ciudad; querían que el rústico se presentase a elecciones y que tratase de hacer un gobierno honesto. Pero… —Willie se detuvo y

elevó hacia el cielo la mano derecha con el manuscrito—, ¿sabéis quiénes eran? Los asalariados de Joe Harrison, los embaucadores que deseaban la intromisión de un campesino para que dividiese los votos del campo destinados a favorecer a McMurfee. ¿Lo adiviné? No, porque escuché sus voces melifluas. Y este es el momento en que no habría llegado a conocer la verdad, si esta mujer aquí presente —señaló hacia Sadie—, si esta mujer…»

Di un golpecito a Sadie y le dije que podía considerarse despedida de su empleo.

«¡… si esa simpática mujer no hubiera sido lo suficientemente honesta

y decente para decir la indigna verdad que apesta de tal modo, que asciende hasta las narices del Más Alto!»

Duffy se hallaba de pie, dirigiéndose vacilante hacia el borde de la plataforma. Desesperado, no apartaba su mirada de la banda, como si tratase de hacerle señas para que hiciera sonar sus instrumentos, y luego la desvió hacia la muchedumbre, como si tratase de pensar algo que decir. Finalmente se encaminó hacia Willie, a quien dijo algo.

Pero cualesquiera que fuesen sus palabras, apenas tuvieron tiempo de salir de sus labios antes de que Willie se volviese sobre él.

—¡Ved, ved —rugió—, este es el

Judas Iscariote! Aquí lo tenéis; es un traidor y un falsario». —Sus manifestaciones iban acompañadas de amplios movimientos de la mano con la que sujetaba el manuscrito.

Entretanto, Duffy trataba de decirle algo sin que el otro lo escuchara, pues no hacía sino agitar el papel con el texto del discurso que no había leído, delante de las narices de Duffy, que constantemente se apartaba, y gritarle:

—¡Miradlo! ¡Aquí lo tenéis!

Sin dejar de alejarse, Duffy miró hacia la banda e hizo señal con la mano a la vez que gritaba, ordenando que tocase *La Bandera tachonada de estrellas*.

Pero los músicos no tocaron. Y en el preciso instante en que Duffy se volvió hacia Willie, este hizo un pase más enérgico de lo usual con el manuscrito por debajo de las narices del primero y gritó:

—¡Miradlo, este es el pelele de Joe Harrison!

—¡Es mentira! —vociferó el interpelado, que retrocedió ante el brazo acusador.

Ignoro si tal fue la intención del orador, pero de todos modos lo hizo. No arrojó exactamente a Duffy de la plataforma. Hizo que este iniciase una danza a lo largo del borde de la misma, una especie de movimiento alegre,

delicado, leve, un adagio acompañado de un movimiento circular de los brazos alrededor de un rostro que era un flan sorprendido con un agujero horadado en el centro; y ese agujero era la boca de Duffy, de la cual no salió el menor ruido. Ningún ruido se hizo oír de aquella humanidad sudorosa que cubría una extensión de cinco acres y que se limitó a contemplar la danza de Duffy.

Después se desvió de la plataforma. Contuvo su caída y permaneció, medio sentado, apoyado contra el piso de la misma, con la boca todavía entreabierta. Y tampoco partió ningún sonido de ella, pues no le quedaba aliento para producirlo.

Willie ni se había molestado en mirar hacia el borde; gritaba:

—¡Que mienta, el muy cerdo! ¡Que mienta! Pero escuchadme, campesinos. Sí; vosotros sois también rústicos y habéis sido engañados; un millar de veces, lo mismo que hicieron conmigo. Porque creen que nos tienen para eso. Para engañarnos. Bueno, pero esta vez seré yo quien engañe a alguien. Pienso abandonar esta carrera. ¿Y sabéis por qué?

Se detuvo y se secó el sudor del rostro con un movimiento de la mano izquierda.

—No es porque hayan sido heridos mis humildes sentimientos. No lo han

sido. Nunca en mi vida me he sentido mejor, porque ahora he llegado a conocer la verdad, una verdad que debía haber sabido largo tiempo atrás. Cualquiera que sea la cosa que el hombre de campo necesite, tendrá que obtenerla por sí mismo. No se la conseguirá ninguno de esos que vienen en hermosos automóviles y con pantalón a rayas y les dicen dulces palabras. Cuando vuelva a presentarme como candidato para gobernador lo haré por mi propia cuenta y dispuesto a pelear con todas mis fuerzas. Pero por ahora me retiro.

»Abandono en favor de MacMurfee. ¡Y por Dios! ¡No retiro nada de lo que

he dicho en contra suya! Y volveré a repetirlo si es preciso. Pero pienso salvar este Estado para él. Junto con los demás campesinos correremos en tal forma a Joe Harrison, que jamás volverá a presentarse ni aun para perrero. Después veremos qué hace MacMurfee. Esta será su última oportunidad. Ha llegado el momento. Hay que decir la verdad y seré yo quien la diga. Y la oirá todo este Estado, de un extremo a otro, aunque tenga que recorrer los caminos palmo a palmo o robar una mula para hacerlo; y no habrá hombre, sea Joe Harrison u otro, capaz de detenerme. Porque tengo mi evangelio y…

Me incliné sobre Sadie y dije:

—Escuche. No tengo más remedio que telefonear. Iré hasta la ciudad y utilizaré el primer aparato que encuentre. Esto tiene que saberse en seguida. Quédese aquí y, ¡en nombre de Dios!, recuerde bien cuanto suceda.

—Muy bien —contestó sin preocuparse mucho de mí.

—Y agarre a Willie y llévenselo a la ciudad tan pronto termine. Es seguro que Duffy no le pedirá que lo acompañe. Agarre a ese tonto y…

—¡Diablo con el tonto! —contestó —. Bueno, váyase tranquilo.

Así lo hice, rodeando la plataforma, atravesando por entre la multitud, mientras la voz de Willie martilleaba

mis oídos y hacía caer las hojas muertas de los robles. Al dar la vuelta a la esquina de la tribuna grande miré hacia atrás y vi a Willie que había arrojado al aire el texto del discurso, de manera que las hojas revoloteaban a sus pies y se daba golpes en el pecho y tronaba que la verdad estaba allí y no había necesidad de escribirla. Allá estaba, con los papeles a sus pies, un brazo levantado en alto, la manga recogida hasta el codo, el rostro colorado como una remolacha aplastada, sudando a mares, el cabello caído sobre la frente, los ojos saltones y echando chispas, completamente embriagado; y por encima de él, el firmamento incandescente y bronceado.

Caminé un rato por sobre la grava del camino y convine mi retorno a la ciudad en un camión.

Esta noche, cuando todo se hallaba tranquilo y el tren que conducía a Duffy de regreso a la ciudad (sin duda para informar a Joe Harrison), jadeando la locomotora a través de los campos de salvia y a la claridad de las estrellas; y mientras Willie yacía tendido en el lecho, como hiciera desde algunas horas antes, a la espera de que se disiparan los vapores, alcancé la botella que se veía sobre la mesa de mi habitación del hotel de Upton y dije a Sadie:

—¿Qué le parece si tomamos un poquito más de esto que es capaz de

echar abajo los barrotes y hacer saltar las tablas?

—¿Cómo? —inquirió.

—¿No sería capaz de comprender eso a que me refiero de un modo tan gramatical? —dije. Y le serví licor.

—Oh, me había olvidado que usted es el individuo que fue al colegio.

Sí, era el individuo que había ido al colegio, donde no había aprendido —según mi conclusión— todo lo que hay que saber.

Willie cumplió su palabra. Trabajó el Estado en favor de MacMurfee, sin tener que recorrer sus caminos, ni

comprarse una mula ni robarla. Pero demostró bastante actividad con su excelente automóvil de segunda mano, ya fuese por entre el barro o hundido hasta el cubo de las ruedas en el polvo, y quedó empantanado más de una vez en la tierra negra al sorprenderlo un aguacero, en cuya ocasión permanecía sentado en el interior del vehículo hasta que llegasen las mulas a sacarlo. Lo mismo habló desde las gradas de la escuela que desde los asientos de los carros de las granjas o los porches de los negocios de las encrucijadas. «Amigos, cuellos colorados, tontos y rústicos», decía, inclinado hacia ellos, mirándolos cara a cara. Y hacía una

pausa, dejando que las palabras llegasen hasta sus corazones. Y en medio del silencio la multitud mostrábase nerviosa y resentida bajo esos calificativos, que eran los que la gente les aplicaba si bien nadie era capaz de hacerlo cara a cara.

—Sí, eso es lo que sois —decía torciendo la boca—, y no es necesario que os pongáis furiosos al escucharlo: Y si os ponéis, lo mismo, os lo diré. Eso es lo que sois. Lo mismo que yo. Oh, soy un cuello colorado, porque el sol me lo ha quemado. Soy un tonto porque caí en las redes del que vino en su hermoso automóvil y me dijo dulces palabritas. ¡Oh, tomé el terrón de azúcar y acallé mi llanto! Soy un rústico y nada menos que

el que ellos iban a utilizar para dividir el voto de los campesinos. Pero ahora estoy sin más sostén que mis cuartos traseros, pues hasta un perro es capaz de aprender a hacerlo con el tiempo. He aprendido, me ha llevado tiempo, pero lo he hecho y aquí me tienen sobre mis cuartos traseros. —Y se inclinaba hacia ellos para preguntarles—. ¿Estáis también vosotros en la misma posición? ¿Habéis aprendido a hacerlo ya? ¿Creéis que podéis aprenderlo?

Les dijo cosas que no fueron del agrado de sus oyentes. Los nombres por los que no les agradaba ser llamados, pero siempre, o casi siempre, la intranquilidad y el desasosiego

desaparecían y nuestro hombre se inclinaba hacia ellos, con los ojos que parecían querer salirse de las órbitas y el semblante reluciente bajo el sol o al rojo resplandor de un farol de la estación de servicio. Escuchábanlo mientras les decía que se valiesen de sus propios medios.

—Id a votar —les decía—. Y hacedlo a favor de MacMurfee, esta vez —aconsejaba—, pues es el único por quien os queda que votar. Pero emitid el sufragio con decisión, demostrad que sois capaces de hacerlo. Votadlo. Y si no responde agujereadle la piel. Sí —afirmaba, inclinándose hacia ellos—, si no responde a la confianza demostrada

por él, entregadme el martillo y yo mismo lo clavaré. Votad por MacMurfee sin vacilar.

Ese fue su consejo.

—Escuchadme, campesinos. Abrid vuestros oídos y alzad vuestros ojos para contemplar la pura y bendita verdad. Hacedlo si os queda algo de seso y sois capaces de reconocer la verdad donde la veáis. Y ahí va esa verdad: sois rústicos y nadie ha ayudado jamás al rústico como no sea el mismo de su especie. En la ciudad no os tenderán la mano. Es cosa de vosotros mismos y de Dios. Y este ha dicho: «Ayúdate y yo te ayudaré».

Así les habló, y ellos permanecieron

frente a él, con el dedo introducido en los tirantes de los pantalones, mirándolo de soslayo bajo el ala gacha del sombrero, como si se tratase de algo que se espía a través de un valle o una ensenada, algo que no fuese contemplado por sus mentes con mucha tranquilidad, demasiado apartado para que hiciese algún bien, o un repentino movimiento observado a distancia a través del valle o del campo, y ejecutado entre la maleza, de entre la cual pudiera saltar algo. Por debajo de los ojos las mandíbulas se revolvían masticando un trocito de tabaco de un modo lento, escrupuloso e incesante, como si fuese un proceso histórico. Y el

tiempo no es nada para un patán. Ni tampoco la Historia. Lo observaban. Y cuando se observa con atención es posible ver que algo comienza a suceder. Permanecen tan tranquilos que ni siquiera cargan el peso de un pie a otro; tienen tal habilidad para permanecer quietos que se los ve parados en la esquina de una calle, cuando vienen a la ciudad, sin moverse ni hablar, o se divisa a alguno en cuclillas a la vera del camino, justamente contemplando donde el mismo desciende por la montaña; y sus ojos entornados no se desvían del hombre que está frente a ellos. Tienen habilidad para permanecer sin moverse.

Pero a veces esa tranquilidad toca a su fin. Estalla de pronto, como un trozo de cordel delgado que se estira demasiado. Uno de ellos se sienta tranquilamente en un banco delante del invernadero escuchando cómo retoñan las plantas, y de pronto se levanta y alza los brazos, exclamando: «¡Oh, Jesús, he visto Su nombre!». U otro oprime el gatillo y la explosión del arma le sorprende incluso a él mismo.

Allí está Willie. En pleno sol o a la luz roja del despacho de gasolina.

—Preguntáis cuál es mi programa. Bien, campesinos, aquí lo tenéis: vosotros mismos. Y no olvidéis. Hay que crucificarlos. Hay que hacerlo con

Joe Harrison y con cualquier otro que se interponga en vuestro camino. Dadme el martillo y yo mismo lo haré. ¡Clavadlos sobre la puerta del granero! ¡Y no espantéis a las masas!

MacMurfee fue elegido. Willie tuvo su parte en ello, pues la mayor cantidad de votos provino de las secciones recorridas por él. Pero durante todo el tiempo, el candidato triunfante no supo qué hacer con Willie. Al principio lo esquivó, pues este había dicho bastantes cosas nada agradables de él, desde luego, pero cuando pareció que Willie iba a causar alguna impresión, mostrose indeciso. Finalmente Willie manifestó que la gente de MacMurfee se había

ofrecido para sufragar sus gastos, pero que él actuaba por cuenta propia y no a las órdenes de MacMurfee. Sufragaría sus gastos, aseguró, aunque tuviese que volver a hipotecar la granja de su padre y empeñar cuanto le quedase. Sí, y si había alguno que no dispusiese de los derechos electorales y se acercase a él y se lo dijese abiertamente, él, Willie Stark, pagaría ese derecho con el dinero de la hipoteca de la granja de su padre. Así demostraba su fe en lo que decía.

MacMurfee asumió el poder, y Willie retornó a la práctica forense en Mason City. Poco fue su trabajo durante un año aproximadamente, cuando tuvo que entendérselas con asuntos de tan

poco monta como robo de gallinas o cerdos extraviados y entretenerse con arreglar las diferencias (que son parte integrante de los bailes del sábado por la noche en la plaza de Mason City). Luego resultó lastimada una cuadrilla de trabajadores cuando se derrumbó el andamiaje de un puente que el Estado estaba construyendo sobre el río Ackamulgee, y dos o tres fallecieron a consecuencia del accidente. Muchos de los trabajadores eran de Mason City y designaron a Willie como abogado. Todos los periódicos se ocuparon del asunto. Y ganó el pleito. Después se descubrió un pozo de petróleo justamente al Oeste de Mason County, en

el distrito de Ackamulgee y Willie viose envuelto en el pleito entre la compañía petrolera y algunos propietarios independientes. La parte de Willie salió triunfante y el hombre vio dinero en abundancia por primera vez en su vida, recibiendo una buena suma.

Durante todo ese período, no lo vi. No volví a verlo sino cuando se anunció su intervención en las primarias del año 1930. Pero no hubo tal primaria. Fue un infierno entre los primerizos; y «La carga de la brigada ligera» y «La noche del sábado» era una sola cosa allá en el salón trasero de Casey's, y cuando se desvanecía la humareda no quedaba ni un cuadro colgado en las paredes. Y no

hubo ningún Partido Demócrata. Allá no se veía sino a Willie, con el cabello caído sobre la frente y la camisa pegada al estómago a causa del sudor, blandiendo un hacha de carnicero y gritando que quería sangre. Al fondo del cuadro, debajo de un cielo rojizo y derribado, con los bordes de un color blanco siniestro, como si fuese espuma, había dos figuras, una a cada lado de Willie. Eran Sadie Burke y un hombre alto y algo encorvado, de hablar lento, con un semblante melancólico y curtido y con lo que se conoce como ojos soñadores. Ese hombre era Hugh Miller, de la Facultad de Derecho de Harvard, integrante de la escuadrilla Lafayette,

condecorado con la «Croix de Guerre», limpio de manos, puro de corazón y sin ningún pasado político. Era un individuo que había permanecido tranquilo durante años y después alguien (Willie Stark) le hizo entrega de un palo de béisbol y había sentido sus dedos cerca de la cinta. Era un hombre y procurador general. Y Sadie Burke era Sadie Burke y nada más.

Sobre la ladera de la colina había otras personas, por supuesto.

Por ejemplo, algunos caballeros otrora afectos a Joe Harrison pero que, cuando descubrieron que este no existiría, políticamente hablando, diéronse a la caza de un nuevo amigo. Y

dio la casualidad de que el nuevo amigo fuese Willie. Era el único lugar a donde podían recurrir. Se imaginaron que podrían firmar con Willie y medrar con el Estado. Willie los aceptó, naturalmente, y como consecuencia del pacto recibió no pocos votos, si bien de la variedad que usaba sombrero de fieltro y perfumes. Después de un tiempo, Willie aceptó hasta a Tiny Duffy, que llegó a ser Director de Caminos y más tarde —durante el último período de Willie— vicegobernador. Preguntábame en ocasiones la causa de que lo hubiese mantenido a su alrededor y en más de una oportunidad pregunté al jefe por qué distinguía a ese cabezota.

Unas veces se reía y no contestaba nada. Otras decía:

—Demonio, alguien tiene que ser vicegobernador… y todos parecen iguales.

Pero en otra ocasión contestó:

—Lo conservo porque me recuerda algo.

—¿Qué? —pregunté.

—Algo que jamás deseo olvidar.

—¿De qué se trata?

—Que cuando vienen a decirnos palabritas dulces es mejor no escucharlas. No es mi intención echarlo en saco roto.

Y así era. Tiny Duffy fue el individuo que había llegado en el lujoso

automóvil y vertido dulces palabritas al oído de Willie cuando este no era sino un pobre abogadillo rural.

Pero ¿era así? O mejor dicho, ¿era todo eso? Me imaginé que habría alguna otra razón. El jefe habría experimentado cierto orgullo al hacer de Tiny Duffy algo que triunfase. Lo había hecho estallar y después procedió a reunir sus pedazos y darle forma como una creación propia. Debió experimentar gran placer al contemplar el reluciente atavío y el diamante del anillo de Duffy y al creer que todo era huero, simulado, y que si doblaba el meñique Tiny desaparecería como una bocanada de humo. En cierto modo, el éxito que el

jefe hizo caer sobre el otro era su revancha, pues cada vez que clavaba su mirada pensativa, soñolienta y lejana en Tiny Duffy, este sabría, no sin una fuerte opresión en su gran corazón, que si el gobernador doblaba un dedo no habría sino una bocanada de humo. Hasta cierto punto el éxito de Tiny era el índice definitivo del triunfo del jefe.

¿Pero era eso? A la larga decidí que detrás de ello había alguna razón más. Y era esta: Tiny Duffy llegó a convertirse, en cierto modo, en el otro yo de Willie Stark; y todo el insulto y el desprecio que Willie hubiese de amontonar sobre Duffy no era sino lo que «un yo» de Willie Stark hacía al «otro yo» a causa

de una necesidad ciega e interna. Pero no arribé a semejante conclusión sino al final, mucho tiempo después.

Por entonces Willie había llegado a ser gobernador y nadie sabía lo que iba a sobrevenir.

Y entretanto —mientras la campaña proseguía— yo me hallaba sin ocupación.

Mi labor había consistido en enviar información política al *Chronicle* y, a más de ello, contaba con una columna en el periódico. Era un *bracmán* sabio.

Un día Jim Madison me hizo comparecer ante la alfombra verde, manufactura de Kelly, que rodeaba su escritorio como si fuese un pastizal.

—Jack —dijo—, ya sabe cuál es la posición del *Chronicle* en esta elección.

—Por supuesto. Desea que sea reelegido MacMurfee por su brillante desempeño como gobernador y su elevada integridad de estadista.

Hizo una sonrisa un poco agria y dijo:

—Deseo que resulte elegido Sam MacMurfee.

—Lamento haber olvidado que nos hallábamos en el seno de la familia. Creí que estaba escribiendo mi columna.

Desapareció la sonrisa de su rostro y golpeó el escritorio con el lápiz.

—Pues es para hablarle de esa columna para lo que deseaba verlo —

dijo.

—Muy bien —contesté.

—¿No puede infundir algo más de entusiasmo en ella? Se trata de una elección y no de un mitin de la «Liga Epworth[4]».

—Claro que es una elección.

—¿No puede dedicarle algo más?

—Cuando se trata de trabajar en favor de Sam MacMurfee —contesté—, no se cuenta ni siquiera con la oreja de una cerda para obtener un bolso. Hago lo que puedo.

Se quedó pensativo un minuto y luego comenzó:

—No porque dé la coincidencia de que Stark sea amigo suyo debe…

—No hay tal amigo mío —contesté vivamente—. Ni siquiera lo he visto desde el día de la última elección. Personalmente no me interesa quién sea gobernador de este Estado o lo hijo de perra que sea. Trabajo a sueldo y hago lo posible por suprimir en mi columna mi ardiente convicción de que Sam MacMurfee es uno de los más fantasiosos hijos de…

—Ya sabe la posición del *Chronicle* —repitió pesadamente Jim Madison, que se dedicó a examinar el extremo, masticado y cubierto de saliva, de su cigarro.

Era un día caluroso y la brisa del ventilador eléctrico iba toda sobre Jim y

no sobre mí. Sentí en la garganta un hilito como de saliva agria, tal como se experimenta cuando tenemos acidez de estómago, y mi cabeza fue como una calabaza seca con dos semillas que sonaran dentro. Así es que miré a Jim y dije:

—Está bien.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Lo que ha oído —contesté, y me dirigí rápidamente hacia la puerta.

—Mire, Jack, yo… —comenzó, a la vez que dejaba el cigarro sobre el cenicero.

—Ya sé —interrumpí—, está casado y tiene que mantener a su mujer y a sus hijos. Uno de ellos está en Princeton.

Dije eso y seguí la marcha.

Pasada la puerta, en el vestíbulo, existía un refrigerador para agua. Me detuve junto a él y tomé uno de los vasitos en forma de cono. Me bebí unos diez vasos para suprimir la bilis de mi garganta. Luego permanecí en el mismo lugar con el estómago lleno de agua helada, como si tuviese en mi interior una lámpara fría.

Podía dormir hasta bien tarde y luego despertar y no moverme, sino permanecer justamente quieto, contemplando el sol, cálido y del color de manteca derretida, que penetraba por los intersticios de la celosía, pues mi hotel no era de los mejores de la ciudad,

ni mi aposento de los mejores del hotel. Mientras mi pecho se levantaba y se hundía, la sábana húmeda pegábase a mi cuerpo desnudo, pues es así como se duerme allí en verano. Oía el estruendo de los tranvías y el sonar de bocinas de los automóviles allá abajo, no demasiado fuerte, sino en forma variada e inocente, una especie de mezcla, áspera y bronca, de sonidos que atacaban los nervios y en ocasiones el ruido de los platos, pues mi habitación daba al lado de la cocina. De tanto en tanto un negro cantaba una estrofa allá abajo.

Podía permanecer tendido allí cuanto quisiera, y dejar deslizarse ante

mi imaginación cuantos cuadros se me antojase; café, una muchacha, dinero, una bebida, arenas blancas y aguas azules; y dejar que fueran sucediéndose lentamente, como un mazo de naipes que se escurriese diestramente de mi mano. Quizá las cosas que deseamos sean como las cartas. En realidad, no las queremos por sí mismas, aunque así lo creamos. No se desea la carta por la carta, sino porque en un sistema perfectamente arbitrario de reglas y de valores y en una combinación especial de valores de la que ya poseemos una parte, la carta tiene algún valor. Pero supongamos que no nos encontramos ante una mesa de juego. Entonces,

aunque conozcamos las reglas, la carta no significa nada. Todas parecen iguales.

Y así yacía tendido allí, aunque sabía que me levantaría al cabo de un rato —sin resolverme a hacerlo pero hallándome de pronto en medio de la habitación, justamente de la manera que me vería más tarde— tomando café, cambiando un billete, entendiéndomelas con una muchacha, bebiendo un trago y flotando en el agua. Como un atacado de amnesia que jugase al solitario en un hospital. Ya me levantaría y haría algo; no era para ponerlo en duda. Pero más tarde. Por el momento seguiría tendido, sabiendo que era necesario que me

levantase y experimentando la sagrada vaciedad y la bendita fatiga del sano después de la noche oscura del alma. Porque Dios y la Nada tienen bastante en común. Si miramos a algunos de Ellos fijamente en los ojos durante un segundo, el efecto inmediato sobre la constitución humana es el mismo.

También iba a acostarme temprano muchas noches. Algunas veces el sueño es cosa seria y completa. Dejamos de ir a acostarnos para poder permanecer de pie, pero nos levantamos para poder volver a dormir. Así sucede durante el día cuando uno se encuentra de repente parado, esperando y escuchando. En ese caso somos lo mismo que el muchachito

que se encuentra en la estación del ferrocarril, dispuesto para partir en el tren que no ha llegado todavía. Observa a lo largo de la vía y no divisa la pequeña nube de humo. Se va de un lado para otro, pero en seguida se detiene en sus andanzas y escucha. Aún no se oye nada. Y luego se arrodilla sobre las cenizas con el traje dominguero, lo cual motivará una reprensión de la madre, y escucha con el oído pegado a la vía para captar ese pequeño susurro casi inaudible que correrá a lo largo del carril antes de que el haz de humó negro asome en el horizonte. Del mismo modo escucha para captar el sonido de la noche, mucho antes de que aparezca en

el horizonte y mucho, muchísimo antes de que arribé a la carga, jadeando y atronando como una enorme locomotora, y los negros vagones rechinen para detenerse momentáneamente, y el mozo de semblante negro y reluciente le ayude a subir y le diga muy amable: «¡Oh, sí, esté tranquilo, señorito!».

No se sueña en esa clase de sueño, sino que se está bien al tanto de ello a cada minuto que se está dormido, como si se estuviese soñando largamente con el sueño mismo.

Y tal es precisamente lo que me ocurrió durante algún tiempo cuando me quedé sin ocupación. No era cosa nueva. Ya me había sucedido otras dos veces.

Hasta lo había bautizado: El Gran Sueño. Un poco antes de abandonar la Universidad, cuando creía que iba a dar término a mi disertación para el doctorado en Historia Americana. Estaba casi terminada y dijeron que estaba bien. Las hojas escritas a máquina veíanse amontonadas, al igual que las cajas de tarjetas. Por la mañana me levantaba tarde y las veía allí, la hoja de encima comenzando a enrollarse debajo del pisapapeles. Y también las veía al venir a acostarme después de la cena. Finalmente, una mañana me levanté tarde, salí y no regresé; allá se quedaron. La segunda vez El Gran Sueño vino antes de abandonar el piso,

después de lo cual Lois inició el divorcio.

Pero esta vez no hubo ninguna Historia Americana ni ninguna Lois. Aunque sí otro Gran Sueño.

Cuando me levantaba me limitaba a andar de un lado para otro. Visitaba los cines, andaba por los bares clandestinos y por las casas de baños o me dirigía a los clubs campestres donde me tumbaba sobre la hierba y contemplaba cómo un par de acalorados bastardos blandían las raquetas para golpear una pelotita que brillaba al sol. A veces uno de los jugadores era una muchacha ataviada con una falda corta y blanca, que giraba y azotaba sus muslos morenos, que

también relucían al sol.

Varias veces fui a ver a Adam Stanton a su casa. Era el muchacho con quien me había criado en Burden's Landing, un cirujano de gran fama, con más clientes solicitando sus servicios que el tiempo de que disponía para cortarles algo de su cuerpo, profesor de la Facultad de Medicina y muy atareado con los trabajos que redactaba para las publicaciones científicas o para ser leídos en las conferencias de Baltimore, Nueva York y Londres. Seguía célibe, según él, por falta de tiempo. No lo tenía para nada. Pero sí para dedicarme un rato haciéndome tomar asiento en un ajado sillón bien mullido de su modesto

piso, donde se veían los papeles amontonados por doquier y en el que la sirvienta negra dejaba el polvo a vetas sobre los muebles cuando efectuaba la limpieza. Yo solía preguntarme, extrañado acerca de su modo de vivir, cuando hubiera podido llevar tan buena vida, pero finalmente se me ocurrió que no cobraría nada a muchos de aquellos a quienes operaba. Pasaba por blando de corazón entre los de su profesión. Y después de haber reunido algún dinero, la gente dio por sentado que si le iba con alguna historia allanaría la mitad del camino. Lo único digno de valor en su piso era el piano, que era muy costoso.

La mayor parte de las veces que

visitaba a Adam, tocaba el instrumento. Había oído decir que lo hacía bastante bien, pero me era imposible juzgarlo, aunque no me desagradaba escucharlo, máxime si la silla era buena y confortable. Adam debió haber oído alguna vez que la música no significaba gran cosa para mí, pero supongo que lo habría olvidado o que no creería que nadie fuese capaz de sentir así. De todos modos volvía la cabeza hacia mí y me decía:

—Vamos, escucha esto. Seguro que…

Pero las palabras se apagaban, quedaban truncadas sus expresiones sobre lo que iba a ejecutar. La sentencia

quedaba colgando y retorciéndose en el aire como un trozo de soga deshilachada, y me miraba con sus ojos azules, profundos y serenos, unos ojos abstractos —esa clase de ojos y ese aspecto que tiene nuestra conciencia a las tres de la mañana— y después, a diferencia de nuestra conciencia, comenzaba a sonreír, no mucho, sino una especie de amago de sonrisa, casi apologética, que seguía el curso de su boca derecha y de su mentón cuadrado y parecía decir: «Diablo, no puedo remediarlo si parezco así, compañero; es simplemente mi manera de mirar las cosas». Luego desaparecería la sonrisa y, vuelto de nuevo hacia el piano, ponía

sus manos sobre las teclas.

Más tarde o más temprano consideraba que ya era suficiente la música y la abandonaba para dejarse caer en una de las sillas ajadas. O me recordaba que bebiese, o se servía él mismo algo, más pálido que la claridad solar en invierno, pero muy fuerte.

Permanecíamos sentados, sin conversar, bebiendo a sorbitos, más azules sus ojos a causa de lo curtido de la piel, bien estirada sobre los huesos de la cara. Era como cuando acostumbrábamos ir a pescar de muchachos, allá en Burden's Landing. Entonces solíamos permanecer sentados en el bote, horas y horas, bajo el fuerte

sol, sin hablarnos. O tendidos sobre la playa. O nos íbamos a pasar el día al campo y después de la cena nos tendíamos junto a una pequeña fogata, para combatir los mosquitos, sin decir una palabra.

Acaso a Adam no le importase dedicarme algún tiempo porque le traía a la memoria los días de Burden's Landing. No es que hablase sobre ello. Solo lo hizo una vez. Estaba sentado en el sillón, contemplando los restos de la bebida, en el fondo del vaso que sus dedos nerviosos, largos y duros estaban dando vuelta. De pronto me miró y dijo:

—Cuando éramos chicos solíamos pasar muy buenos días, ¿verdad?

—Sí —le contesté.

—Tú, yo y Anne.

—Sí —aseguré y pensé en la muchacha.

Luego dije:

—¿No lo pasas bien ahora?

Pareció pensar durante medio minuto, como si le hubiese formulado una pregunta seria, que quizá lo fuese. Luego contestó:

—Bueno, creo que nunca me he puesto a pensar en ello. No, me parece que jamás he pensado en ello, Jackie —concluyó de manera terminante.

—¿No lo pasas bien? —inquirí—. Eres un cirujano muy acreditado. ¿Y no te proporciona satisfacción ser tan

afamado?

No quise contenerme. Sabía que era una pregunta que no se tiene el derecho de formular a nadie; al menos no con el tono de voz con que salió de mis labios; pero no pude remediarlo. Nos educamos y crecemos junto a alguien, este alcanza fama y nosotros somos un fracaso; pero el otro nos trata como antes, sin haber cambiado un ápice. Y eso es lo que nos lleva a ello, no importa qué calificativo nos apliquemos mientras tratamos de infligirle esa puñalada. Es una especie de tontería del fracaso. Es el club, la vieja escuela. Cerebro y Huesos, y no existe gesto más desagradable y ceñudo para los labios que el de un borracho

cuando se encuentra en el bar junto al antiguo camarada que se ha convertido en personaje sin haber cambiado en lo más mínimo, o cuando ese antiguo compañero lo lleva a cenar a su casa, y lo presenta a su linda esposa de mirada serena y a sus saludables hijos. No existía ninguna mujer en el piso de Adam, bastante deslucido, pero era un personaje, y yo se lo hice notar.

Mi pregunta no le hizo mayor impresión. Me observó con sus ojos cándidos, azules, algo ensombrecidos, por un pensamiento ahora, y dijo:

—Se trata de algo en lo que ni siquiera he pensado.

Luego su sonrisa ocasionó un gesto

en aquella boca que, en circunstancias ordinarias, parecía una herida quirúrgica, bien hecha, limpia y decisiva, bien curada y sin ninguna arruga.

De modo que traté de enmendar mi impertinencia de la mejor manera posible, valiéndome para ello del socorrido cambio de tema y dije:

—Sí, hemos pasado muy buenos tiempos cuando chicos, Anne, tú y yo.

Y era cierto. Adam Stanton, Anne Stanton y Jack Burden disfrutaron mucho durante su infancia allá junto al mar. Algún chubasco ennegrecía el cielo del golfo y descargaba sobre nuestras cabezas, y las palmeras se inclinaban

como distraídas al principio y luego con mayor firmeza, dejando al descubierto sus hojas relucientes y húmedas, que parecían de hojalata, a la luz biliosa, pero no nos helaba ni nos hacía desaparecer en el reino del mar, pues nos encontrábamos seguros en el interior de una casita blanca, la de ellos o la mía, desde cuyas ventanas contemplábamos cómo la marea rugía más allá del murallón, cual si fuese crema batida. Y al fondo de la habitación, a espaldas nuestras, se hallaba el gobernador Stanton o la señora Ellis Burden, o quizás ambos, pues eran amigos, o el juez Irwin, que también lo era, y no existía vendaval

capaz de alterar los nervios de ninguno de los tres.

«Tú, Anne y yo», había dicho Adam Stanton. Lo mismo que yo. Y así una mañana, luego que me hube decidido a abandonar la cama, visité a Anne y le dije:

—Hacía mucho que no pensaba en ti, pero el otro día vi a Adam y me recordó que tú, él y yo solíamos pasar muy buenos ratos cuando éramos muchachos. ¿Qué te parece si cenamos juntos? Aunque ahora ya andemos con muletas.

Dijo que sí. Ciertamente no andábamos con muletas, pero ya no nos divertíamos.

Me preguntó qué hacía y le contesté:

—Absolutamente nada. Simplemente esperar que se me termine el dinero.

No me dijo que debería hacer algo; ni siquiera lo insinuó. Que ya es bastante. De ahí que preguntase a mi vez qué hacía ella, a lo que me contestó:

—Absolutamente nada.

Cosa que supe que era una gran mentira, pues me constaba que siempre andaba consolando a los negros huérfanos, a los retardados y los ciegos, sin obtener la más mínima paga por ello. Al contemplarla veíase que todo eso no era sino un derroche de algo y ese algo no era precisamente dinero. En consecuencia dije:

—Espero lo pases bien

acompañada.

—No mucho —fue la respuesta.

La observé de cerca y vi lo que sabía que iba a ver y había visto muchas veces cuando no se hallaba sentada frente a mí. A Anne Stanton, que no era precisamente una belleza sino lo que era Anne: la muchacha de cutis moreno, de matices dorados y claros, no tan oscuros como el de Adam, con una insinuación de la estructura positiva existente debajo de la piel, estirada sobre los huesos con algo, una sugestión, de la tensión existente en el semblante de Adam, como si el creador de esa obra no hubiese deseado desperdiciar ningún material en partes suaves o lacias y

hubiese estilizado el producto con bastante pureza. El cabello era negro y veíase alisado, casi tirante, en su debido lugar. Los ojos azules miraban como los de Adam, con la misma intensidad, pero en ellos el azul helado, abstracto y transparente hallábase reemplazado por otro más profundo, más atrayente y menos sereno. Al menos algunas veces. Adam y Anne parecían iguales. Podrían haber sido gemelos. Hasta poseían la misma sonrisa. Pero la boca que las producía no era igual. La de Anne no daba la impresión de aquella herida quirúrgica, limpia, decisiva y bien curada. En ese punto el fabricante se había permitido el lujo de un poco de

material extra. No demasiado; lo suficiente.

Tal era Anne Stanton y vi lo que sabía que iba a ver.

Allá estaba sentada delante de mí, muy erguida, con la cabeza alta y derecha sobre su cuello fino y redondo que a su vez salía de sus hombros reducidos y más bien cuadrados y con sus brazos algo chicos y redondeados, desnudos y colocados junto a sus costados con exactitud matemática. Al contemplarla pensé cómo, por debajo de la mesa, sus piernas nada grandes se hallarían matemáticamente juntas, muslo con muslo, rodilla con rodilla y tobillo con tobillo. En verdad siempre había en

ella algo un poco estilizado, algo del efecto que observamos en ciertos bajorrelieves egipcios y en las estatuas de princesas del último período, formas en las que la gracia y la suavidad, sin disminuir por ello, son captadas con gravedad matemática. Anne Stanton siempre miraba directamente y uno experimentaba la sensación de que estuviese haciéndolo a distancia. Siempre mantenía erguida la cabeza y parecía como si se hallase en espera de una voz que no podríamos escuchar. Siempre estaba tan erguida y tan primorosa. Nos daba la impresión de que toda su gracia y su suavidad se hallaban comprendidas en el rigor de

una idea que éramos incapaces de definir.

—¿Estás planeando ser solterona? —pregunté.

Rio y dijo:

—Hace mucho que he dejado de planear nada.

Bailamos en el reducidísimo espacio, entre las mesas del bar clandestino, sobre las cuales se veían a medio consumir los platos de pastas, los huesos de pollo o las botellas de Dago tinto. Durante unos cinco minutos el baile tuvo algo de valor en sí, pero luego se pareció en mucho a la ejecución de algún acto complicado y portentoso, en un sueño al parecer de

algún significado, si bien este se nos escapa. Luego tocó a su fin la música, y dejar de bailar fue como despertar de un sueño, contentos de haber despertado y escapar del mismo, aunque a la vez desconsolados al ver que jamás sabríamos de qué se trataba.

Ella debió de haber experimentado lo mismo, pues cuando más tarde volví a invitarla a bailar me dijo que no se sentía muy dispuesta a ello, sino más bien con ganas de conversar, lo cual hicimos abundantemente, aunque resultó algo parecido a la danza. No es posible estar hablando siempre de lo bien que lo hemos pasado de chicos.

La conduje a su piso, algo más

arriba que el de Adam, pues el gobernador Stanton no había abandonado este mundo realmente en la pobreza y no la había dejado en mala situación económica. Se despidió de mí no sin aconsejarme:

—Pórtate bien, Jack.

—¿Volverás a cenar conmigo? —le pregunté.

—Siempre, siempre que quieras. Bien lo sabes —fue la respuesta.

Sí, bien lo sabía.

Y salió a cenar conmigo varias veces. La última vez que lo hizo me dijo que había visto a mi padre.

—¿Ah, sí? —contesté de un modo poco alentador.

—No seas así.

—¿Cómo?

—Ya sabes lo que quiero decir. ¿Ni siquiera deseas saber cómo está?

—Bah, bien sé cómo está —contesté—. Sentado allá en el agujero en que vive, o ayudando a la misión o escribiendo esos estúpidos folletos que nos entregan en la calle y que se refieren a Marcos 4,6 y Job 7,5. Sus gafas irán montadas sobre la punta de la nariz y la caspa se asentará como una tempestad de nieve que desciende de los Dakotas sobre el cuello de su americana negra.

Permaneció muda durante un minuto y luego dijo:

—Lo he visto en la calle y no

parecía hallarse muy bien. Tenía aspecto de enfermo. No lo reconocí al principio.

—¿Trató de entregarte alguno de esos folletos?

—Sí, me alargó uno de ellos mientras yo iba bastante aprisa, por lo que automáticamente lo tomé. Después observé que me miraba fijamente a la cara. Al principio no lo reconocí. —Se detuvo—. Eso fue hará un par de semanas.

—Hace casi un año que no lo veo —contesté.

—¡Oh, Jack, no debes hacer eso! ¡Tienes que verlo!

—Bueno, ¿pero qué le diré? Y Dios sabe que él tampoco tiene nada que

decirme. Nadie lo ha obligado a que haga esa vida. Nadie le forzó a abandonar su estudio de abogado tampoco y ni siquiera se molestó en cerrar la puerta tras él.

—Pero Jack —dijo ella—, tú…

—Está haciendo su santa voluntad. Además, si fue lo suficientemente necio para hacer lo que hizo, simplemente porque no podía convivir con una mujer, sobre todo con una mujer como mi madre… Si no fue capaz de proporcionarle lo que ella deseaba, sea lo que fuere, entonces…

—No hables de ese modo —dijo ella enérgicamente.

—Mira —contesté—, simplemente

porque tu padre fue gobernador en otro tiempo y murió en un lecho con cabecera de caoba, con un par de médicos ilustres inclinados sobre él y pensando en lo elevado de sus honorarios, y porque creas que era Jesucristo con corbata negra, no necesitas hablarme cual si fueses una anciana. No estoy refiriéndome a tu familia, sino a la mía, y no puedo remediar si veo la verdad desnuda. Y si tú…

—Bueno, no tienes necesidad de hablarme de ello —contestó—, ni a mí ni a nadie.

—Es cierto.

—¡Oh, es cierto! —exclamó y asió el mantel con la mano derecha—.

¿Cómo sabes que es la verdad? No conoces nada acerca de ello. Ignoras qué fue lo que les impulsó a obrar de ese modo.

—Conozco la verdad. Sé lo que es mi madre. Lo mismo que tú. Y me consta que mi padre fue un necio al permitirle que lo hundiera.

—¡No te expreses con tanta amargura! —dijo. Estiró el brazo, me tomó la muñeca y la sacudió un poco, clavando sus dedos agudos en la manga.

—No hay tal amargura. No me importa un bledo lo que hicieron. Ni lo que hagan ni el porqué.

—Oh, Jack —dijo, sin dejar de oprimirme el brazo, aunque no con tanta

fuerza ahora—, ¿no puedes amarlos un poco o perdonarlos o simplemente no pensar en ellos? ¿No puedes sentir distinto de como sientes?

—Podría pasar el resto de mi existencia sin acordarme de ellos —dije. Observé entonces que meneaba la cabeza levemente, como siempre, y que sus ojos eran del mismo azul oscuro y demasiado brillantes y que su labio inferior se hallaba contraído y sujeto por los dientes. Retiré su mano de mi brazo y la coloqué sobre el mantel, palma abajo y cubierta con la mía—. Lo siento —agregué.

—No, Jack, no lo sientes en lo más mínimo. Jamás lo has sentido. Ni te has

alegrado. Eres simplemente… bien, no sé lo que eres.

—Lo siento —repetí.

—Oh, simplemente crees que lo sientes. O que te alegras. Pero no es así en realidad.

—Si uno cree que lamenta alguna cosa, ¿quién diablos puede decirle lo contrario? —pregunté, pues era un idealista empedernido por entonces, como ya he manifestado, y no iba a solicitar un plebiscito para determinar si lo lamentaba o no.

—Eso suena bien, pero no es así. No sé por qué… ah, sí, bien lo sé; si nunca te has sentido contento o has lamentado algo, no has sido capaz de procurarte

alguna manera de conocer si la próxima vez estarías contento o no.

—Muy bien —contesté—; pero ¿puedo decirte al menos que está sucediendo algo dentro de mí que puedo elegir considerarlo lamentable?

—Eso puedes decirlo aunque no lo sepas. —Luego prosiguió, después de haber apartado su mano de la mía—: Oh, uno puede comenzar a sentirse contento o a lamentar o a cualquier otra cosa, sin que conduzca a nada.

—¿Quieres decir como una manzanita verde en la que se forma un agujero y se cae del árbol antes de haber llegado a madurar?

Rio y contestó:

—Sí, eso mismo.

—Bueno, he aquí una manzanita verde con un gusano en su interior: lo siento.

Lo lamentaba o experimentaba su equivalente en mi léxico. Sentía haber arruinado esa velada. Pero la sinceridad me obligaba a reconocer que no había habido mucho que arruinar en ella.

No volví a pedirle que saliera conmigo a cenar, al menos durante esa temporada que estuve sin trabajo y dedicado a dormir. Había visitado a Adam y escuchado sus ejecuciones ante el piano. Me había sentado frente a los platos de *spaghetti* y a las botellas de Dago tinto y contemplado a Anne

Stanton. Y, como consecuencia de lo que ella me dijera, había bajado hasta los conventillos y visitado al viejo, no muy alto, que otrora fuera robusto, pero cuyo semblante colgaba ya en pliegues flojos y grises bajo sus grises cabellos, con los anteojos de armazón de aceró colgados en el extremo de la nariz, y cuyos hombros, ahora delgados y salpicados de caspa, se inclinaban cual si fuese por efecto de aquel vientre, aparentemente disyuntivo y cuidadoso, que hacía que la chaqueta de su traje negro pareciese abultada más arriba del cinturón y de los amplios pantalones. De todos modos había encontrado lo que pensé que iba a encontrar, porque las cosas habían

acontecido y nada las cambiaría. Había estado sumergido en un sueño, como un hombre dentro del agua, y habían cruzado veloces ante mis ojos otra vez, del mismo modo que la gente dice que desfila el pasado ante los ojos de un hombre que se ahoga.

Bien, ahora podría volver a dormir. Por lo menos hasta que se me agotase el dinero. Podría ser Rip van Winkle. Solo que pensé que la historia de Rip van Winkle estaba por completo equivocada. Al despertarme nada había cambiado. No importa cuánto hubiese dormido, todo estaba igual.

Pero no pude dormir mucho. Conseguí una ocupación. O más bien,

esta me consiguió a mí. El teléfono me sacó de la cama una mañana. Era Sadie Burke, que dijo:

—Venga al Capitolio a las diez. El jefe desea verlo.

—¿Quién? —pregunté.

—El jefe. Willie Stark, el gobernador Stark. ¿O es que no lee los periódicos?

—No, pero alguien me lo dijo en la peluquería.

—Pues es una realidad. Y el jefe quiere que esté aquí a las diez. —Y sin agregar una jota más colgó el auricular.

«Bueno —me dije a mí mismo—. Quizá las cosas cambian mientras dormimos». Pero no lo creí entonces, ni

más tarde, cuando penetré en el amplio aposento con los oscuros paneles de roble y pisé blandamente a lo largo de la espesa alfombra roja, bajo los ojos de todos aquellos auténticos retratos al óleo de tantos ancianos de patillas que contemplaban al otro no tan viejo y sin patillas que se hallaba sentado detrás de su escritorio, frente a los altos ventanales y se levantó al aproximarme. «Al diablo —pensé—, en verdad es Willie».

No era nadie más que Willie, aunque llevaba algo que no era el traje azul de sarga que luciera allá en Upton. Pero llevaba la ropa descuidada, con la corbata deshecha y caída hacia un

costado, el cuello desabrochado y el cabello caído sobre la frente, según acostumbraba. Durante un segundo pensé que acaso sus labios carnosos se uniesen con más firmeza que antaño, pero antes de que pudiera asegurarme estaba haciendo una mueca y había dado la vuelta alrededor de la mesa, a cuyo frente se hallaba. De ahí que pensase simplemente que era Willie otra vez.

—Hola, Jack. —Y me tendió la mano.

—Lo felicito —dije.

—Me han dicho que lo despidieron.

—Ha oído mal —contesté—. Fui yo quien abandoné.

—Fue bastante inteligente —aseguró

—, porque cuando termine con ellos no estarán en condiciones de pagarle. No les quedará ni para el negro encargado de limpiar las escupideras.

—Me parece muy bien.

—¿Quiere algún empleo?

—Consideraría cualquier propuesta.

—Trescientos al mes —dijo—, y comida. Gastos pagados cuando salga.

—¿Para quién trabajaré; para el Estado?

—No, diablos, para mí.

—Parece como si usted estuviese trabajando para mí —contesté—. El sueldo de gobernador no alcanza sino a cinco mil.

—Muy bien —rio—. Entonces

trabajaré para usted.

Me vino a la memoria lo bien que le había ido con el ejercicio de la abogacía.

—Probaré —dije.

—Muy bien. Lucy está deseosa de verlo. Venga a cenar a casa mañana por la noche.

—¿Se refiere a la Mansión?

—¿Qué demonios piensa que quiero decir? ¿Un hotel de turistas o una casa de huéspedes? Naturalmente que a la Mansión.

Sí, la Mansión. Iba a tratarme como en los viejos tiempos y a llevarme a cenar y a presentarme a la linda mujercita y al robusto hijo.

—Muchacho —decía—, hacemos bastante barullo en aquel lugar, Lucy, Tom y yo.

—¿Cuál será mi misión? —inquirí.

—Comer —dijo—. Esté allí a las seis y media y coma con apetito. Llame a Lucy y dígale qué desea comer.

—Me refiero al empleo.

—Caramba; no sé. Ya se presentará algo que hacer.

Y tuvo mucha razón en eso.

III

Siempre acontecía lo mismo cuando venía a casa a visitar a mi madre. Sorprendíame de que las cosas fuesen así, pero al mismo tiempo sabía que yo me había anticipado de que iba a ser de esa manera. Arribaba a casa con la firme convicción de que a ella nada le interesaba realmente un bledo acerca de mí, que era un hombre más a quien gustaba tener a su alrededor, porque era de esa clase de mujeres que tenían que tener hombres a su alrededor para hacerlos bailar al son que les gustase. Pero lo olvidaba tan pronto como la

veía. Algunas veces incluso antes de haber llegado a su presencia. De todos modos, una vez olvidado, me extrañaba que no nos lleváramos bien. Y me maravillaba a pesar de saber qué sucedería, aunque siempre sabía que la escena en que me hallaba a punto de entrar y en la que habría de pronunciar las palabras de ritual, ya había tenido lugar antes, o nunca había sido suspendida, y que siempre estaría penetrando en el vestíbulo amplio, blanco y de elevado techo, para observar a través del suelo del mismo, reluciente como hielo oscuro, a mi madre, junto al vano de la puerta —al fondo la llama vacilante de la chimenea

en la habitación oscura— sonriéndome con una dicha repentina y pura, como la de una jovencita. Luego venía hacia mí con un vivo repiqueteo de sus tacones y su risa gutural. Detenida en mi presencia tomaba un pliegue de mi americana entre el pulgar y el índice de cada mano, de un modo casi infantil, débil y suplicante a la vez, y elevaba hacia mí su rostro, algo vuelto hacia un costado de manera que pudiera estampar sobre él el beso esperado.

La textura de su mejilla era firme y suave, completamente fresca, y yo aspiraba el perfume que siempre exhalaba y, mientras la besaba, advertía el minucioso depilado de las cejas, las

delicadas líneas del extremo del ojo dirigido hacia mí y la rizada, sedosa y oscura contextura de los párpados que pestañeaban fuertemente sobre sus ojos azules. Esos ojos apenas salientes se fijaban resplandecientes sobre algún objeto distante.

De esta misma manera había sido siempre cuando regresaba a casa de las clases, del campo o de la Universidad, más tarde, cuando hube regresado de mis ocupaciones… y así fue aquella tarde lluviosa de 1933, en la línea demarcatoria entre el invierno y la primavera, cuando hice mi regreso a casa, después de una dilatada ausencia. El intervalo había sido de unos seis u

ocho meses. Y en esa última oportunidad sostuvimos una fuerte discusión con motivo de mi colaboración con el gobernador Stark. Siempre terminábamos por discutir a causa de algo, más pronto o más tarde, y durante los dos años y medio que llevaba trabajando para Willie, por lo común era a causa de él. Y si no se mencionaba su nombre, el hombre permanecía como una sombra detrás de nosotros. No es que importase mucho el motivo sobre el que discutiéramos. Existía una sombra más alta y más oscura que la de Willie detrás de nosotros. Pero yo siempre regresaba. Y esta vez lo había hecho. Siempre me sentía atraído. Fue de esta

manera y, como de costumbre, todo pareció un nuevo comienzo, una desaparición de todas las cosas que me constaba perfectamente que no podían desaparecer.

—Deja las maletas en tu automóvil —me dijo—, y el muchacho irá a buscarlas.

Me llevó hacia la puerta abierta del *living*, donde brillaba el fuego en la chimenea, y a lo largo del aposento hasta el sofá grande. Vi la jarrita con el hielo, el sifón de soda, la botella de whisky sobre la tapa de cristal de la mesa, que refulgía a la luz del fuego.

—Siéntate, hijo, siéntate —dijo, y apoyó sus dedos sobre mi pecho para

darme un leve empujoncito.

No fue gran cosa, no me hizo perder el equilibrio, pero me senté, hundiéndome en el sofá. Vi cómo preparaba mi bebida y luego un simulacro de bebida para ella, que jamás tomaba mucho. Me alargó el vaso con su risa gutural y su semblante pareció proclamar que estaba ofreciéndome algo absolutamente especial, algo tan precioso que no podía pertenecer a este verde mundo de Dios.

Hay gran cantidad de licor en este mundo, hasta de whisky escocés, pero lo bebí, hice una sacudida y advertí también que tomaba algo especial.

Ella se hundió en el sofá con fácil

movimiento, vagamente sugestivo de un revoloteo y de un acicalamiento, como cuando un pájaro toca una rama, bebió un sorbito y levantó la cabeza como para permitir que el licor chorrease por su garganta. Una pierna estaba colocada debajo de ella y la otra colgando, con la punta estrecha del zapato de gamuza estirada hasta tocar el suelo, con la precisión de un bailarín. Luego giró limpiamente sobre su cintura erguida para mirarme, retorciendo el tejido gris de su vestido. La claridad de la chimenea definía sus facciones, pequeñas y equilibradas, un lado brillante, en la sombra el otro, y recalcaba ese leve y obsesionante

hundimiento en las mejillas (siempre me imaginé, una vez envejecido lo suficiente para dejar de imaginarme nada, que fue eso —ese leve hundimiento de sus mejillas— lo que los conquistó), y el meticuloso cuidado con que se hallaba recogida su cabellera, peinada en alto. Su cabello era amarillento, como metal, con un toque de gris a esa altura, si bien ese gris también era metálico, cual si se tratase de un metal tejido y enroscado en lo amarillo. Parecía como si desde un principio se hubiese dispuesto que así fuese. Y era una tarea demasiado costosa en todos sus detalles.

La miré y pensé: «Bien, va para los

cincuenta y cinco y seré yo quien se lo haga ver». Y de repente me sentí viejo y los treinta y cinco años que había vivido parecieron extenderse de pronto hacia atrás para siempre.

Siguió mirándome, con ese modo tan suyo que siempre decía: «Tienes algo que quiero, algo que necesito y que tengo que tener».

Y a la vez: «Tengo algo que es para ti; no te lo diré aún; pero es algo para ti también». Ese hundimiento de las mejillas. Los ojos relucientes: algo apremiante; algo prometedor. Pero todo era una artimaña.

Sostuve el vaso en la mano después de haber apurado el último sorbo.

Alargó el brazo y lo tomó, sin dejar de mirarme, y luego lo puso sobre la mesita.

—Oh, hijo, pareces cansado —dijo.

—No lo estoy —aseguré, y advertí la terquedad que había en mí.

—Sí —dijo. Me tomó de la manga y me atrajo hacia ella. Al principio no me acerqué, limitándome a dejar que me tirase del brazo, pero ella se mantuvo con la mirada fija en mí.

Me dejé llevar, volviéndome hacia ella. Permanecí tendido boca arriba, con la cabeza sobre su regazo, como yo sabía que haría. Dejó caer su mano izquierda sobre mi pecho, apoyados el pulgar y el índice, dando vuelta de un

lado para otro a un botón de mi camisa, y con la mano derecha sobre mi frente. Siempre estaban frescas sus manos y eso constituía uno de mis primeros recuerdos.

Nada dijo durante un buen rato. Limitose a mover la mano por encima de mis ojos y de mi frente. Ya sabía que así sería y supe cómo había sido antes y cómo iba a ser después. Pero era suya esa habilidad de formar una islita en el medio del tiempo —y de nuestro conocimiento— que es lo que el tiempo obra en nosotros.

—Estás cansado, hijo —repitió.

Bien; no lo estaba; pero tampoco lo contrario; y el cansancio nada tenía que

ver con el modo como estaban las cosas.

—¿Trabajas mucho? —preguntó al cabo de un tiempo.

—Más o menos, según mi parecer.

Nuevamente, al cabo de un rato:

—Ese hombre…, ese hombre para quien trabajas…

—¿Qué hay con eso? —pregunté.

La mano se detuvo sobre mi frente y supe que esa detención era causada por mi voz.

—Nada. Solo que no debieras trabajar para él. Theodore podrá conseguirte un…

—No quiero nada que venga de Theodore —dije.

Traté de incorporarme. ¿Pero has

tratado, lector, de incorporarte cuando te encuentras tendido de espaldas sobre un lecho mullido y alguien tiene una mano sobre tu frente?

Siempre con la mano apoyada sobre la frente se inclinó y dijo:

—Vamos, vamos, Theodore es mi marido, tu padrastro. No hables de ese modo. Le agradaría…

—Bueno, fíjate. Ya te he dicho…

Pero ella me interrumpió:

—Calla, hijo mío —y puso la mano sobre mis ojos y después comenzó a moverla pasándomela por la frente.

No dijo nada más. Pero lo dicho dicho estaba, y tuvo que comenzar de nuevo la artimaña de la isla. Quizás lo

hubiese dicho para comenzarla de nuevo, simplemente para probar que era capaz de hacerlo. De todos modos lo hizo y dio resultado.

Hasta que la puerta de entrada resonó y oí pasos en el vestíbulo. Supe que eran los de Theodore Murrell y comencé a incorporarme otra vez. Pero aun entonces, justamente en el postrer instante, me oprimió la frente con las manos y no las retiró hasta que el ruido de las pisadas de Theodore resonó en el interior de la habitación.

Me puse de pie, sintiendo que la americana me subía por la espalda y la corbata bajaba de una oreja, y miré a Theodore, poseedor de un bigote rubio y

hermoso, mejillas como una manzana y cabellos de color pálido colocados como melaza alrededor del cráneo redondo y un amago de dignidad en el vientre (dóblate, bastardo, dóblate una y cien veces por la mañana, hasta tocar el suelo, o la señora Murrell no te querrá; y entonces, ¿qué será de ti?), y una leve pronunciación gutural, como si tuviese la boca llena de sopa caliente, cuando abría esta incisión existente debajo del hermoso bigote.

Mi madre se le acercó con su paso vivo y los hombros bien echados hacia atrás, y se mantuvo justamente frente al joven ejecutivo, que le pasó el brazo derecho alrededor del hombro y le

aplicó un beso con aquella incisión debajo del bigote rubio; luego ella lo tomó de la manga y lo arrojó hacia mí, y él dijo:

—Bien, bien, querido muchacho, me alegro de verte. ¿Cómo andan esos líos? ¿Qué tal el viejo político?

—Muy bien. Pero no soy político, sino empleado a sueldo.

—Oh, vamos, no trates de engañarme. Dicen que el gobernador y tú sois así. —Y levantó dos dedos nada delgados, muy limpios y con una manicura perfecta, para que los admirase.

—No conoce al gobernador —contesté—, pues si algo hay que es así

—levanté dos dedos no muy limpios y absolutamente descuidados— es el gobernador mismo y de cuando en cuando el Dios Todopoderoso, cuando necesita que alguien le sujete el cerdo mientras le raja la garganta.

—Bueno, del modo que va —comenzó a decir Theodore.

—Siéntense los dos —dijo mi madre. Obedecimos, y nos alargó un vaso a cada uno. Después encendió la luz.

Me recliné en mi asiento y dije:

—Sí y no.

Observé a lo largo del amplio aposento, que me era más conocido que cualquier otro del mundo y al cual

volvía siempre, no importa qué dijese. Observé la presencia de un nuevo mueble, un escritorio Sheraton alto, con el frente abierto, en lugar del otro más chico y cerrado. Este se hallaría de seguro en el desván, en el museo de cosas usadas, mientras nosotros nos hallábamos sentados en el de cosas más valiosas y en tanto Bowman and Heatherford Ltd., de Londres, anotaba una fuerte cantidad en su libro mayor. Observábase siempre un cambio en el lugar. Cuando llegaba a casa siempre miraba en todas direcciones para ver en qué consistía, pues en ese aposento había habido un largo desfile de piezas escogidas, tales como mesas, sillas,

clavicordios, escritorios, cada uno más selecto que el anterior, y siguiendo a su vez el camino del desván con objeto de dejar pasar a su sucesor, una nueva perfección. Bueno, el aposento había variado mucho de la manera como lo recordaba primero, en marcha hacia alguna perfección ideal que estaba dentro de la cabeza de mi madre, o en la de algún traficante de Nueva York, Nueva Orleáns o Londres; y acaso, justamente en el instante antes de morir, el lugar alcanzaría su perfección ideal y ella permanecería sentada allí, una anciana muy peripuesta, con el cabello albo bien recogido en lo alto, la piel suave y colgando de una hermosa

mandíbula, los ojos azules que pestañeaban con viveza y tomando una taza de té para conmemorar el ideal alcanzado.

Los muebles cambiaban, así como las personas. Algún tiempo atrás había habido un hombre fuerte y gordito, no muy alto, con abundancia de cabellos negros y gafas de armazón de acero, que solía abrocharse mal la americana por la parte de arriba y llevaba un hermoso reloj de oro, con cadena, de la que me agradaba tirar. Después no volví a verlo en casa, y mi madre me oprimió un día la frente con la mano y dijo:

—Hijo mío, tu papá no volverá ya al hogar.

—¿Se ha muerto? —pregunté—. ¿Habrá un funeral?

—No. No está muerto. Se ha ido, pero tendrás que pensar en él como si hubiese fallecido.

—¿Por qué se ha ido?

—Porque no amaba a mamita. Por eso se ha ido.

—Pero yo te quiero, mamá. Y te querré siempre.

—Sí, hijo, ya sé que quieres a mamá —dijo, y me estrechó contra su pecho.

Y así había desaparecido el procurador universitario. Por entonces mi edad era de unos seis años.

Después vino Tycoon, alto, flaco y calvo, y que ascendía majestuosamente

la escalera.

—¿Por qué jadea papá Ross cuando sube la escalera?

—Calla, hijo mío, calla.

—¿Por qué, mamá?

—Porque papá Ross no se encuentra muy bien.

Tycoon falleció. Había durado poco.

Mamá me hizo entrar entonces en un colegio de Connecticut y me dejó para cruzar el Océano. A su regreso había otro hombre alto, delgado, que usaba trajes blancos y fumaba cigarros delgados y largos y tenía un bigotito negro. Era el conde y mi madre una condesa. El conde sentábase en el aposento en compañía de otras personas,

sonriente y sin decir mucho. La gente lo miraba de reojo, pero él lo hacía de frente y sonreía, luciendo los dientes más blancos del orbe bajo el bigote negro, fino y bien cuidado. Cuando no había nadie en la casa tocaba el piano todo el día y después se iba, ataviado con sus botas negras y el pantalón blanco y estrecho, jinete sobre un hermoso caballo al que hacía saltar por encima de las empalizadas y galopar a lo largo de la playa hasta que los flancos del bruto cubríanse de espuma y jadeaba como si fuese a morir. Entonces el conde regresaba a la casa para tomar un whisky y acariciar sobre sus rodillas a un gato de Angora, con mano que no era

grande pero sí tan fuerte que hacía fruncir el ceño a los hombres cuando se la estrechaba. Una vez observé cuatro moretones paralelos en la parte superior del brazo derecho de mi madre y pregunté:

—Mira, mamá, ¿qué ha sucedido?

—Nada —contestó—, me ha lastimado, simplemente. —Y se echó el chal sobre el brazo.

El conde se llamaba Covelli. La gente decía que era un hijo de perra, pero capaz de andar toda la vida a caballo.

Después desapareció. Lo lamenté, pues me había caído simpático y me gustaba verlo montar a caballo.

Durante un tiempo bastante largo no hubo ningún otro.

Posteriormente vino el joven ejecutivo, que lo fue desde que su madre le dio el último empujoncito y lo sería hasta el instante en que le extrajeran la sangre y le introdujeran el fluido destinado a su embalsamamiento. Pero para ello transcurriría mucho tiempo, pues no contaba sino cuarenta y cuatro años, y pasarse la vida sentado ante la mesa de la compañía petrolera, donde ganaba un sueldo reducido con el que completaba su pensión, no era cosa que lo consumiese aprisa.

Bien; me había sentado en ese aposento con todos ellos, el procurador,

Tycoon, el conde y el joven ejecutivo, y había visto cómo cambiaba el mobiliario. De modo que ahora me encontraba allí, en compañía de Theodore y lo contemplaba a la vez que miraba el escritorio Sheraton con el frente abierto y me preguntaba acerca de lo permanentes que serían.

Había regresado al hogar. Era lo que siempre regresaba.

Aquella noche transcurrió lloviendo. Y yo la pasé en un hermoso y amplio lecho familiar, procedente de otra familia (mucho tiempo atrás había existido en mi dormitorio una cama de hierro, blanca, con el suelo cubierto de esteras; y el gran lecho familiar de los

Burden, de caoba, que ya no era suficientemente fino y estaba relegado al desván, había estado en la alcoba de mi madre) y escuché el ruido de la lluvia al golpear contra las hojas de los magnolios y de las encinas. Por la mañana lucía un sol espléndido. Salí y contemplé los pequeños charcos de agua, resplandecientes entre el terreno oscuro, como hojas de cola de pescado. Alrededor de las japónicas flotaban sobre los charquitos oscuros y relucientes los pétalos blancos y rojos de coral, arrancados de las flores. Algunos de ellos lo hacían con los bordes curvados hacia arriba, cual si fuesen barcos, y a su alrededor otros

pétalos lo hacían volcados hacia abajo y otros habíanse anegado, constituyendo una vistosa catástrofe, como si un acorazado hubiese disparado un par de salvas contra una flotilla de canoas y de góndolas de carnaval, en alguna tierra dichosa y lejana.

Junto a la escalinata se veía un gran ejemplar de japónica. Me incliné para tomar algunos pétalos. El agua estaba muy fría. Con los pétalos en la mano me dirigí a lo largo del sendero en curva hacia la puerta, donde permanecí de pie, apretándolos con la mano y contemplando la bahía, muy reluciente detrás de la faja de arena blancuzca rociada de desechos arrojados por el

oleaje.

Pero antes del mediodía comenzó a llover otra vez; fue una prolongada llovizna, con alguno que otro chaparrón, que duró dos días. Esa tarde, a la mañana siguiente y otra vez por la tarde, me puse el impermeable perteneciente al joven ejecutivo y paseé bajo la llovizna. No es que yo sea un andarín cuyos pulmones hayan de llenarse simplemente de ozono. Pero caminar parecía ser lo que correspondía. La primera tarde fui hasta la playa, pasé por la casa de los Stanton, que parecía fría y vacía detrás de las hojas que chorreaban, y llegué hasta la del juez Irwin, donde este me ofreció un sillón con los talones hacia el

fuego, de manera que pudiese secarme, y abrió una botella de viejo whisky Maryland, invitándome para que lo acompañase a cenar a la noche siguiente. Pero partí después de haber bebido y me dirigí adonde ya no había más casas, sino matorrales y robles con alguno que otro pino y en ocasiones una extensión de tierra abierta y con una casucha gris.

Al día siguiente paseé hasta la bahía, a través de las calles de la localidad, y avancé aún más, hasta la pequeña caleta en forma de media luna, más allá de la bahía, donde el pinar llegaba hasta cerca de la arena blanca. Anduve al abrigo de los pinos con los pies hundidos entre las

hojas caídas y después salí a la arena. Había un lugar en el que se veía un tronco medio quemado, muy negro a causa de la humedad, y a su alrededor las cenizas empapadas y los trozos negros de madera arrojados por el oleaje, más negros aún en contraste con la arena blanca. La gente venía allí de *picnic* todavía. Bien, yo también lo había hecho en mis tiempos y estaba bien al tanto de lo que eran los *picnics*.

Ya lo creo que lo sabía bien.

Anne, Adam y yo habíamos ido hasta allí, años atrás, cuando éramos pequeños, pero aquella vez no llovía. No hasta el final.

Fue una jornada muy serena y muy

calurosa. Se observaba a lo largo de la bahía, más allá de la caleta, hacia el golfo, y veíase cómo el agua se elevaba hacia la luz, como si el horizonte hubiese dejado de existir. Nadamos, comimos nuestro almuerzo, tendidos sobre la arena, y luego pescamos, si bien no tuvimos suerte. Para entonces las nubes habían comenzado a encapotarse, cubriendo todo el firmamento, salvo hacia el Oeste, más allá de los pinos, donde penetraba la luz a través del claro. El agua se veía aún muy serena, pero de pronto se oscureció con el reflejo de las nubes del cielo y a lo lejos el boscaje pareció ya negro, no verde, por encima de lo blanco que

ahora era la playa allá enfrente. Una embarcación veíase completamente inmóvil en tal dirección, casi a una milla de distancia, y bajo el cielo, contra el agua oscura y el fondo negro de los bosques jamás he contemplado nada tan desgarradoramente blanco como la afilada vela.

—Mejor sería que nos fuésemos. Va a levantarse viento —dijo Adam.

—No tan pronto. Nademos otro poco —contestó Anne.

—Creo que será mejor no hacerlo —alegó Adam, en duda y contemplando el cielo.

—Sí —insistió la muchacha, y le tiró del brazo.

Él no contestó, pues seguía observando el cielo. De pronto Anne le soltó el brazo y se encaminó corriendo hacia el agua. No directamente hacia esta sino a lo largo de la playa, hacia una pequeña lengua de tierra, con la cabellera al viento. La contemplé mientras corría. Iba con los brazos no extendidos del todo, sino doblados en los codos, con un movimiento de piernas libre y gracioso, si bien algo torpe a la vez, como si no hubiese olvidado por completo una manera de correr, la de los chicos, y no hubiese aprendido del todo otro modo de hacerlo, el de la mujer. Las piernas parecían colgar demasiado sueltas, con cierta incertidumbre, de las

caderas aún no del todo redondas. Advertí que tenía las piernas largas, cosa que se me había escapado antes.

No fue ningún ruido, empero, sino la calma lo que me hizo volverme hacia Adam, cuyos ojos se hallaban fijos en mí. Al cruzarse nuestras miradas él se sonrojó y después desvió la suya, como si se hallase turbado. Después dijo que apostaba a quién corría más y salió detrás de ella. Lo seguí y la arena que arrojaban sus pies me daba de lleno en la cara.

Anne se había lanzado ya al agua y estaba nadando. Adam la imitó y fue tras ella directa e incesantemente, distanciándose cada vez más de mí. Era

un nadador maravilloso. Su idea no había sido nadar, pero ahora se alejaba vigorosamente.

Me llegué junto a Anne, disminuí la marcha y dije: «¡Hola!», y ella sonrió, después de haber levantado la cabeza con un movimiento tan gracioso como el de la anguila. Luego se zambulló con un movimiento completamente limpio. Sus pequeños talones, juntos, vacilaron un instante sobre la superficie del agua y luego desaparecieron. Me puse a la par de ella, que volvió a hacer lo mismo. Cada vez que la alcanzaba, levantaba la cabeza, sonreía y desaparecía bajo el agua. Pero no lo hizo a la quinta vez. Entonces se sostuvo, haciendo la

plancha, con la mirada fija en lo alto. Y yo hice lo mismo, separado de ella unos cinco o seis pies.

El cielo era entonces más oscuro aún, con un tinte purpúreo y verdoso. Era el color de una uva en maduración. Pero aún parecía muy alto, con un mundo de aire bajo él. Una gaviota cruzó a gran altura/precisamente por encima de mí. Contra el fondo que era el cielo parecía más blanca que nunca y resaltaba claramente a lo largo de cuanto cielo me era posible contemplar. Me pregunté si Anne la habría visto. Sus brazos se veían extendidos, el cabello flotaba libremente sobre la superficie de las aguas y sus ojos se hallaban

cerrados. La cabeza estaba bastante echada hacia atrás y la barbilla levantada. Su semblante parecía muy suave, como si se hallase dormida. Tendido en el agua observaba su perfil, agudo y recortado contra los árboles, negros y lejanos.

De repente se volvió desde lejos, como si yo no hubiese estado allí, y comenzó a regresar nadando. Ahora lo hacía con movimientos lentos, al parecer retardados, si bien sin esfuerzo. Sus delgados brazos se levantaban y se hundían con exactitud lánguida, divertida y fastidiosa, como nuestros movimientos sin esfuerzo durante un sueño.

Antes de que llegásemos a la orilla había comenzado la lluvia, con sus gotas grandes, separadas, pesadas e independientes que pinchaban la superficie del agua, todavía reluciente como un cristal. Luego siguió un fuerte chubasco y desapareció la superficie del agua.

Abandonamos el agua y permanecimos de pie en la playa, golpeados por la lluvia, y mirando a Adam, que regresaba. Todavía le quedaba un buen trecho que recorrer. Allá al fondo de la bahía, detrás de él, los rayos y los relámpagos y los truenos eran vomitados sin cesar por aquel cielo tan negro. De tanto en tanto Adam

parecía extraviarse por un momento en medio de una cortina de lluvia que barría las aguas. Sin dejar de observarlo, Anne permaneció allí con la cabeza algo inclinada hacia delante, casi pensativa, los hombros encogidos y los brazos cruzados sobre sus senos pequeños, abrazándose a sí misma cual si se hallase a punto de temblar, con las rodillas juntas ligeramente dobladas.

Volvió Adam, recogimos nuestros avíos, nos pusimos los zapatos empapados y atravesamos el pinar, donde las masas negras se elevaban por encima de nosotros y las ramas producían un estridor, audible entre los truenos. Alcanzamos el automóvil y nos

dirigimos a casa. Aquel verano yo contaba diecisiete años, Adam era más o menos de mi edad y Anne aproximadamente cuatro años más joven. Eso fue antes de la guerra mundial; mejor dicho, antes de que nos viésemos envueltos en ella.

Fue un *picnic* que jamás olvidé.

Supongo que fue aquel día cuando vi a Anne y a Adam como individuos separados, cuyas maneras de actuar eran especiales, misteriosas e importantes. Y quizás ese mismo día me contemplé a mí mismo como persona. Pero no es de eso de lo que estoy hablando. Veamos cómo aconteció: una imagen se me metió en la cabeza que jamás salió de allí. Vemos

muchas cosas y las recordamos, pero eso es diferente. En nuestras cabezas se nos meten muy pocas imágenes verdaderas de la especie de que estoy hablando, de esa clase que se hace cada vez más vívida, como si el pasar de los años no oscureciese su realidad sino que, año tras año, se descorre un velo que deja al descubierto un significado que al principio solamente sospecháramos de una manera apagada. Es muy probable que el último velo jamás llegue a descorrerse, pues no hay años suficientes, pero la brillantez de la imagen aumenta, lo mismo que nuestra convicción de que ese brillo tiene un significado, o la leyenda del significado,

y sin la imagen nuestras vidas no serían tales sino un trozo viejo de película arrollada en un carrete y abandonada en un cajón, entre las cartas que no han sido contestadas.

La imagen que aquel día se me grabó en el cerebro fue la de su rostro sobre la superficie del agua, muy lisa, con los ojos cerrados, bajo el cielo oscuro, púrpura verdoso y con la blanca gaviota que pasaba por encima.

No quiere decir esto que aquel día me enamorase de Anne. Era una chiquilla entonces. Eso aconteció después. Pero la imagen habría permanecido lo mismo allí; aunque no hubiese llegado a enamorarme, no la

hubiese vuelto a ver o hubiese llegado a detestarla. Hubo épocas después en que no estuve enamorado de ella. Anne me dijo que no se casaría conmigo, y al cabo de un tiempo me casé con Lois, que era mejor parecida que Anne, de aquellas que uno se vuelve en la calle para mirar y de la que me enamoré. Pero la imagen nunca se apartó de allí, cada vez más brillante a medida que los velos eran descorridos y prometiendo mayor brillantez.

De tal modo, cuando abandoné el pinar, aquella tarde lluviosa de una temprana primavera, bastante tiempo después, y contemplé el tronco chamuscado sobre la arena blanca donde

había tenido lugar un *picnic* recordé aquel otro del verano de 1915, el último que celebramos antes de que yo abandonase el hogar para ir a la Universidad.

—No habría de recorrer gran camino para llegar a ella, pues fui a la Universidad del Estado. Oh, hijo —habló mi madre—, ¿por qué no eres sensato y vas a Harvard o a Princeton? —Por ser una mujer oriunda de la región de Arkansas, mi madre había aprendido suficiente por entonces acerca de nuestras instituciones educacionales—. O aunque no sea más que a Williams —dijo—. Es un lugar bastante refinado.

—Ya fui a la escuela donde tú

quisiste y seguro que fue refinada.

—O siquiera a Virginia —insistió, mirándome a la cara y sin oír una sola palabra de mi respuesta—. Tu padre fue a Virginia.

—Eso no debería suponer una gran recomendación para ti —contesté, pensando lo inteligente que era al hacerlo así. A fuerza de discutir con ella había adquirido la costumbre de hacer referencias a su marcha del hogar.

Pero tampoco oyó y prosiguió:

—Si te dirigieses al Este te resultaría más fácil venir a verme en verano.

—Allí hay guerra ahora —aseguré.

—No durará mucho. Después será

más fácil.

—Sí, y sería más fácil para ti decir a alguien que estuve en Harvard que en otro lugar del que nadie haya oído. Ni siquiera habrán oído el nombre del Estado a que pertenezca.

—No deseo sino que vayas a un lugar refinado, hijo, donde adquieras buenas amistades. Y, como ya te he dicho, será más fácil para ti venir a verme en verano.

(Estaba hablando otra vez de ir a Europa y se sentía molesta a causa de la guerra. Hacía tiempo que el conde se había ausentado desde antes que comenzara la contienda, y ella pensaba cruzar otra vez el Océano. Lo hizo

nuevamente, terminada la guerra, pero no pescó más títulos. A lo mejor se imaginó que era demasiado costoso casarse con ellos. No volvió a contraer matrimonio hasta que le llegó el turno al joven ejecutivo).

Bien; le dije que no deseaba ir a ningún lugar refinado ni tener amigos elegantes y que no iría a Europa ni recibiría ningún dinero de ella. Esta última parte acerca del dinero se me escapó con lo acalorado del momento. Parecía algo muy grande y muy varonil expresarlo, pero el efecto fue tan superior a cuanto pude haber esperado, que me fue imposible echarme atrás y estropear el drama. La dejé sin aliento.

Casi se vino al suelo. Supongo que no estaba acostumbrada a lenguaje semejante de nadie que llevara pantalones. No es que no tratase de disuadirme, pero yo seguí en mis trece y me mostré obstinado. Un millar de veces durante los cuatro años próximos maldije la necedad de aquel momento. Anduve trabajando a disgusto, escribiendo a máquina y hasta trabajando a ratos —durante el último año—, para un periódico, y pensaba en la manera tan estúpida de perder cinco mil dólares, nada más que por haber leído en algún libro algo relativo a lo viril que representaba costearse los gastos de estudio. No es que mi madre

no me enviase dinero. Lo hacía para Navidad y en mi cumpleaños. Yo lo recibía y hacía vida regalada durante algún tiempo, luego del cual retornaba a mi tarea. En el Ejército no me aceptaron debido al mal estado de mis pies.

Irwin, gran amigo de mi madre, a su regreso de la guerra lo hizo lleno de relatos sobre la misma. Fue coronel de Artillería y disfrutó en grande. Llegó bastante a tiempo para arrojar montones de hierro contra los alemanes y esquivar gran cantidad del mismo, lanzados por los otros en retribución. Durante la guerra hispanoamericana su avance no fue mayor que el de un resfriado en Florida, pero ahora su felicidad era

completa. Experimentaba que durante todos aquellos años había estado trazando los mapas de la campaña de César y haciendo útiles modelos de catapultas, ballestas, escorpiones y arietes basados en los antiguos diseños, que no habían sido desperdiciados. Bien, no lo fueron en cuanto a mí, que solía ayudarle en su construcción cuando muchacho y el resultado eran unos juguetes muy bonitos. Para un chico sobre todo.

Y la guerra tampoco había sido en vano, pues hizo una visita a Alise-Ste-Reine, donde César venció a Vercingetórix; y cuando regresó a fines de verano, trajo en su cerebro una

verdadera mezcolanza acerca de Foch y de César, de Pershing y de Haig, de Vercingetórix y de Critognatus, de Vercassivellaunus y de Ludendorff y Edith Cavell. Y sacó a relucir cuanta ballesta y escorpión hubimos hecho y les quitó el polvo. Pero había sido un buen oficial, según dijeron, y un valiente. Para probar lo cual llevaba una medalla.

Supongo que durante algún tiempo hablé en tono burlón henchido acerca del juez como héroe, pues por entonces estaba de moda y creí en ese medio. O quizá porque mis pies defectuosos impidieron mi entrada en el Ejército y aun en los cuerpos de entrenamiento en el colegio, y por tanto guardaba cierto

resquemor. Acaso hubiese sido todo diferente si hubiese estado en el Ejército. Pero el juez era valiente y hasta llevaba su medalla para demostrarlo, aunque ya lo había hecho antes de obtener la medalla. Hubo una vez, por ejemplo, cuando un individuo a quien había sentenciado lo detuvo en plena calle de Landing y le dijo que iba a matarlo. El magistrado se echó a reír, le volvió la espalda y se retiró. El otro extrajo una pistola y gritó al juez dos o tres veces. Finalmente este se volvió y cuando advirtió que el hombre tenía la pistola en la mano se fue directamente hacia él, sin pronunciar una palabra, y llegando junto al expresidiario, le

arrancó el arma. No sé qué hizo durante la guerra.

Aquella noche mi madre, el joven ejecutivo y yo nos dirigimos a su casa para cenar, casi quince años después del episodio. Y hablamos sobre el tema otra vez. Allá estaban los Patton, un matrimonio que residía en el Row, y una joven llamada Dumonde, cuya presencia consideré como un tributo hacia mí, el juez Irwin y nosotros. La exhumación de la ballesta también la consideré un tributo hacia mí, a pesar de que siempre había mostrado tendencia a instruir a sus invitados en el arte de la guerra anterior a la invención de la pólvora. Durante la comida no se habló sino de los tiempos

idos, un tributo más en mi obsequio, pues cuando regresamos al lugar en que hemos estado siempre, se comienza a roer ese hueso: los tiempos pasados. Y al hablar de esos viejos tiempos, justamente antes de los postres, la conversación giró sobre cómo solía fabricar modelos con él. Se levantó, fue hasta la biblioteca y vino con una ballesta, de unas veinte pulgadas de longitud, que puso sobre la mesa, luego de haber hecho a un lado su postre. Después la arqueó, valiéndose de una pequeña manivela sobre el cilindro, para echar hacia atrás el soporte, tal como si no hubiese estado en condiciones de ejecutar la operación

con uno o dos dedos a la vez. No disponía de ningún proyectil, por lo cual se llegó hasta donde estaba el sirviente negro para obtener un panecillo que abrió y del cual extrajo un trozo de miga y probó a fabricar una bolita. No se prestaba muy bien el material y lo sumergió en agua para hacerlo compacto. Finalmente lo colocó en el depósito y dijo:

—Fíjense cómo funciona.

Tocó el disparador con la punta del dedo, y funcionó. La bolita habíase vuelto dura con el líquido y el impulso del arma no había disminuido con el paso de los años; y así lo primero que advertí fue una explosión en la araña, y

un grito de la señora Patton que escupió helado de menta encima de su vestido de terciopelo negro. Llovían trozos de vidrio sobre el mantel y el gran jarrón lleno de japónicas. El juez había hecho blanco en una bombilla, e igualmente se vino abajo uno de los colgantes de cristal de la lámpara.

El dueño de la casa dijo a la señora Patton que lamentaba mucho lo sucedido. Agregó que era un viejo estúpido en su segunda infancia, al jugar con tales cosas y luego tomó asiento, muy erguido y con el pecho fuera para demostrar que aún lo tenía, junto con un buen par de hombros. La señora Patton dio fin al resto del helado, señalando

sus actividades con miradas de desconfianza hacia el desgraciado ballestero. Más tarde nos dirigimos todos a la biblioteca del juez para esperar el café y la botella de brandy.

Pero permanecí un momento rezagado en el comedor. He manifestado que el impulso no había desaparecido del arma con el paso del tiempo. Ha sido una mala manera de exponer los hechos. Me dirigí a examinar el arma con un motivo más sentimental que científico. Entonces advertí las partes retorcidas, que era lo que le proporcionaba el impulso. Hay dos de esas partes que están hechas de fibra en las ballestas, en algunos tipos de

catapulta y demás, a través de cada una de las cuales se ajusta la culata del proyectil para formar, como si dijésemos, la mitad del arco de una especie de superarco. Teníamos la costumbre de engañar mezclando *catgut* y cable delgado de acero en nuestros modelos, para proporcionarles más fuerza. Pero al observar ahora descubrí que esas partes retorcidas no eran las antiguas colocadas por mí en aquellos alegres días pasados. Ni por asomo. Era algo completamente nuevo.

En el acto me imaginé al viejo Irwin sentado en la biblioteca noche tras noche, armado de *catgut*, de cable de acero fino, alicates y tijeras, con la

cabeza de crespo cabello rojo inclinada y los ojos clavados como leznas en la tarea. Y al imaginarme este cuadro me sentí triste y turbado. Nunca había experimentado ninguna clase de sentimiento, años atrás, al ver que lo primero para el juez era la fabricación de esos juguetes. Cuando era muchacho no me parecía sino natural que todos los que tuviesen uso de razón deseasen hacerlos y leer libros referentes a ese arte y trazar planos y confeccionar modelos. Y había seguido pareciendo natural que el juez continuase, con su distracción favorita. Pero el cuadro que se me representaba en mi imaginación ahora era distinto. Me sentí triste y

turbado y, en cierto modo, defraudado.

De manera que me reuní con los demás invitados en la biblioteca y dejé una parte de Jack Burden en el comedor, con la ballesta, de una vez por todas.

Estaban tomando café. Todos menos el juez, que abría una botella de brandy. Me miró al entrar y dijo:

—Has estado observando nuestro viejo tirachinas, ¿verdad?

Puso el menor énfasis posible sobre el vocablo «nuestro».

—Sí —contesté.

Los ojos amarillos me taladraron un instante y supe que sabía mi descubrimiento.

—Yo lo preparé —dijo, y luego rio

con la risa más ingenua y que más desarmaba en este mundo—. Hace poco. Ya sabes; un viejo no tiene nada en que ocuparse ni nadie con quien charlar. No es posible pasarse la vida entera leyendo a Dickens o libros de historia o paseando.

Hice una mueca que hasta cierto punto me sentí obligado a hacer a modo de tributo hacia algo no especificado en mi imaginación. Pero conocí que tal gesto era tan convincente como el caldo de pollo frío que sirven en las casas de huéspedes.

Después me dirigí al otro lado de la habitación y tomé asiento a la vera de la señorita Dumonde, que había sido

invitada para mi deleite. Era una muchacha bastante linda, morena, bien vestida, pero a la cual faltaba algo. Era demasiado frágil y vivaz, con cierta habilidad para atraer con sus ojos ansiosos y oscuros y su incesante parpadear. También tenía una manera de decir, como le enseñara su madre diez años antes. «¡Oh, señor Burden, dicen que anda usted metido en política! ¡Debe ser algo fascinante!». No había duda de que su madre le había enseñado eso. Bien, frisaba en los treinta y aún no había surtido efecto. Pero los párpados seguían manteniéndose activos.

—No, no estoy metido en política. Simplemente trabajo —contesté.

—Hábleme de su trabajo, señor Burden.

—Soy empleado de oficina.

—Oh, señor Burden, dicen que es usted un personaje importante. Y que goza de gran influencia. ¡Debe ser fascinante eso de gozar de gran influencia, señor Burden!

—Es una novedad para mí —dije.

Descubrí que todos me observaban como si acabasen de advertir que me hallaba sentado a solas con la señorita Dumonde en el sofá, con una tacita en las rodillas. Es el destino humano. Cada vez que una damisela como la señorita junto a mí nos atrapa y es preciso que comencemos a hablar de la manera que

debemos hacerlo con jóvenes como la señorita Dumonde, todos los demás comienzan a escuchar. Vi al juez Irwin, que sonreía con lo que a mi parecer era el placer de la venganza. Luego dijo:

—Señorita Dumonde, no permita que la engañe. Es un personaje muy influyente.

—Ya lo sabía —contestó la joven—. Debe ser fascinante.

—Muy bien —dije—. Disfrutó de gran influencia. ¿Tiene algunos amigos presos cuyo perdón desea conseguir? —Luego pensé: «¡Qué modales maravillosos has adquirido, Jack! Al menos podrías sonreír si tienes que decir eso». De manera que sonreí.

—Bueno, alguien tendrá que ir a parar a la prisión —terció el viejo señor Patton— con las cosas que están aconteciendo allá en la ciudad. Todos esos…

—George… —le musitó su mujer, sin que de nada valiese, pues el señor Patton era uno de esos individuos jactanciosos y corpulentos, con mucho dinero y un candor varonil.

—… sí, señor, con todos esos actos que se están llevando a cabo. Como que ese hombre está arruinando al Estado. Libre esto, gratis aquello y lo de más allá. Cualquier asno con sombrero de lana cree que el mundo es libre. ¿Quién pagará todo eso? Eso es lo que deseo

saber. ¿Qué dice él de todo eso, Jack?

—Jamás le pregunto nada.

—Bueno, pregúntele —dijo el señor Patton—. Y hágalo también de paso acerca de las coimas. Hay mucho dinero circulando y no vaya a decirme que no procede del soborno. Y pregúntele también qué piensa hacer cuando se le forme juicio político y salga inhabilitado. Dígale que tenemos una Constitución en este Estado; o que la teníamos antes de que la hicieran saltar en pedazos. Dígale todo eso.

—Lo haré —dije, y reí. Y volví a reírme al pensar en la cara que Willie pondría cuando le dijese todo eso.

—George —terció el juez Irwin—,

es usted de los que piensan a la antigua. El Gobierno se ve obligado a procurarnos servicios en los cuales ni pensábamos en nuestra juventud. El mundo cambia.

—Sí, ha cambiado tanto, que un individuo puede entrar y apoderarse de todo el Estado. Denle otros diez años y no habrá quien lo haga volar. La mitad de los habitantes figurarán en la nómina de la administración. Y la otra mitad tendrá miedo de votar. El brazo fuerte, el chantaje y Dios sabe cuántas cosas más…

—Es un hombre duro —dijo el juez —. Ha trabajado de firme y sin descanso. Y hay un principio que no ha

descuidado. No se puede hacer una tortilla si no hay huevos que romper. Y precedentes. Ha roto muchos huevos y puede hacer su propia tortilla. Y no olvide que la Corte Suprema ha aprobado hasta la fecha todas sus medidas.

—Sí, como que es «su» Corte. Desde que atrajo a Armstrong y Talbott. Por eso ha aprobado los problemas que se presentaron. ¿Qué me dice de los otros; los que el pueblo aún no ha suscitado?

—La gente habla mucho; pero en realidad no se sabe gran cosa.

—Sé que va a imponer contribuciones hasta asfixiar a los

contribuyentes —dijo el señor Patton, que cambió de posición sus piernas y miró echando chispas por los ojos—. Y las empresas comerciales abandonarán el Estado. Habrá derechos sobre las tierras del carbón y sobre la explotación del petróleo. Sobre…

—Sí, George —rio el juez—, y nos ha impuesto una tasa a usted y a mí también.

—Hablando de la cuestión petrolífera —comenzó el joven ejecutivo, pues había sido mencionada la palabra sagrada «petróleo»— tal como veo la situación…

Bien; la señorita Dumonde había abierto en realidad la puerta del corral

al mencionar la palabra política y a partir de entonces no hubo sino ruido de pezuñas y torbellinos de polvo; y yo me hallaba sentado en el desnudo suelo en medio de ello. Durante un rato no se me pasó por la imaginación que hubiese algo de peculiar en la escena. Pero sí más tarde. Después de todo, trabajaba para el individuo poseedor de la cola y de la pezuña hendida y esta era, o había comenzado a ser, una reunión social. De repente recordé esa circunstancia y decidí que los acontecimientos eran algo peculiar, mas luego pensé que después de todo no eran tan peculiares ni el señor Patton, ni su esposa ni el joven ejecutivo, pues la dama había echado su

cuarto a espadas; y hasta el juez y todos presumieron que, si bien trabajaba para Willie, mi corazón estaba junto a ellos. Yo estaba ganando algo, o quizá mucho, con Willie, pero mi corazón estaba en Burden’s Landing y ellos no tenían secretos para mí y sabían que no les era posible herir mis sentimientos. Acaso tuviesen razón. Es posible que mi corazón estuviese en Burden’s Landing. Quizá no hiriese mis sentimientos. Pero hice mi entrada, al cabo de una hora de permanecer tranquilo en mi asiento, aspirando el sutil perfume de la señorita Dumonde, y dije algo. No recuerdo qué interrumpí, pero de todos modos era igual.

Dije:

—¿Pero no se reduce todo a esto? Si el Gobierno de este Estado hubiese estado desde tiempo atrás haciendo algo en favor de sus habitantes, ¿le habría sido posible a Stark entrar allí con las manos vacías y expulsar a los muchachos del poder? ¿Y tendría que andar por tantos atajos para hacer las cosas y recuperar tanto tiempo perdido en que nada se hizo? Me agradaría exponer la cuestión aunque no fuese más que con vista a la discusión.

No se oyó nada durante un segundo. El rostro de granito del señor Patton pareció inclinarse hacia mí a la manera de un monumento a punto de

derrumbarse. Y la bolsa existente bajo la barbilla de la señora Patton se estremeció cómo bolsa de arpillera llena de gatitos. Fue perfectamente audible un ruido gutural del joven ejecutivo y el juez Irwin permaneció sentado, escrutando coa sus ojos amarillos al grupo. Y las manos de mi madre, vueltas sobre su regazo. Después dijo ella:

—¡Hijo, yo no sabía que tú pensabas de esa manera!

—Este… no… —masculló el señor Patton—; yo tampoco advertí que…

—No he dicho que piense de ninguna manera. Simplemente ofrecí una proposición con miras a la discusión.

—¡Discusión! ¡Discusión! —estalló nuevamente el señor Patton—. No interesa la clase de Gobierno que el Estado haya tenido en otro tiempo. Nunca lo ha tenido como el de ahora. Nadie ha tratado jamás de adueñarse de todo el maldito Estado. Ninguno…

—Es una proposición muy interesante —alegó el juez, que bebió un sorbo de brandy.

Y se enzarzaron nuevamente en discusión, con excepción de mi madre, cuyas manos no cesaban de dar vueltas sobre su regazo, en tanto el fuego de la chimenea arrancaba grandes destellos del hermoso diamante que nunca procedió del procurador universitario.

La conversación no disminuyó en intensidad hasta que llegó la hora de retirarse.

—¿Quién es esa señorita Dumonde? —pregunté a mi madre, a hora avanzada de la mañana siguiente, cuando me hallaba sentado frente a ella.

—Es hija de la hermana del señor Orton y su única heredera —contestó.

—Bueno, alguien tendrá que esperar hasta que herede la plata para casarse entonces con ella y ahogarla en la bañera.

—No te expreses de ese modo —dijo mi madre.

—No te preocupes. Me agradaría ahogarla, pero no deseo su dinero. No me interesa. Si quisiese no tendría que hacer sino alargar la mano y conseguir diez o veinte mil dólares en cualquier momento.

—Oh, hijo mío… como dijo la señora Patton… esa gente con quién andas. Querido, no te mezcles en ningún lío…

—Sobornos, es como él lo llama cuando se trata de individuos que lo hacen y no saben qué camino seguir.

—Es lo mismo, hijo. Es gente…

—Ignoro lo que hace esa gente, como tú la llamas. Pongo especial cuidado en no enterarme jamás de lo que

hacen los otros.

—Bueno, hijo, de todos modos haz el favor de no…

—¿No qué?

—De no mezclarte en nada.

—Todo lo que he dicho es que puedo alargar la mano y conseguir diez o veinte mil dólares. Nada de soborno. Información. Y esta es dinero. Pero ya te he dicho que no tengo el menor interés por el dinero. Tampoco Willie.

—¿Willie? —preguntó ella.

—Sí, el jefe. No tiene ningún interés en el dinero.

—¿Qué le interesa entonces?

—Le interesa lisa y llanamente Willie. Y cuando alguien se interesa por

sí mismo del modo tan simple y tan directo en que Willie lo está por su persona, eso se llama genio. Únicamente los individuos como el señor Patton son los que se interesan por el dinero. Ni siquiera los grandes personajes que ganan mucho dinero están interesados en él. Henry Ford no se siente atraído por el dinero. Su único afán es Henry Ford, y de ahí que sea un genio.

Me tomó la mano y me habló llena de ansiedad.

—Hijo, no hables de ese modo.

—¿Qué modo?

—Cuando hablas así no sé qué pensar. Simplemente no lo sé. —Me miró suplicante, con la mejilla

iluminada por el resplandor de la chimenea, que la hacía más hundida. Colocó su mano libre sobre la mía, ya retenida por la otra, y cuando una mujer forma semejante emparedado con una de nuestras manos, ello constituye el preludio de algo. Y en este caso fue—: Hijo mío… ¿por qué no te estabilizas? ¿Por qué no te casas con alguna chica, y…?

—Ya he probado —expliqué—. Y si estás tratando de llegar a algún arreglo con esa chica Dumonde, pierdes el tiempo.

Me miró con esa expresión de sus ojos que se agrandaban y me taladraban, con su gran resplandor, como alguien

que trata de desentrañar algo a distancia. Luego dijo:

—Hijo, anoche te condujiste en forma algo extraña; no profundizaste en los asuntos… Luego, ese tono que asumiste…

—Muy bien —dije.

—No eras el mismo; no el que solías ser.

—Si alguna vez llegase a agradarme lo que solía ser, me pegaría un tiro. Y si he sido causa de turbación para ti delante de esos mentecatos de Patton y de esa tonta Dumonde, lo siento.

—El juez Irwin… —comenzó.

—Dejémoslo a un lado. Ese es diferente.

—¡Oh, hijo mío! ¿Qué te hace ser tan distinto? No fuiste causa de ninguna turbación para mí, ¿pero qué te hace conducirte de ese modo? Es esa gente. ¿Cómo no tratas de asentarte, de conseguir una ocupación decente? El juez Irwin, Theodore, podrían conseguirte un…

Aparté violentamente la mano del emparedado que ella había formado y dije:

—No quiero lo más mínimo de ellos. Ni de nadie. Tampoco deseo asentarme ni contraer matrimonio, ni conseguir ninguna otra ocupación. En cuanto al dinero…

—Hijo… Hijo mío —dijo, y volvió

a colocar ambas manos sobre su regazo.

—En lo tocante al dinero no deseo más del que he ganado. Por otra parte, no tengo por qué preocuparme. Tú ya tienes suficiente —me levanté del sofá y encendí un cigarrillo, después de lo cual arrojé el resto del fósforo al fuego— para vivir con Theodore y dejarnos a ambos bien provistos.

No se movió ni dijo una palabra. Se limitó a mirarme y observé que sus ojos se inundaban de lágrimas, y que me quería, pues era su hijo. Y que el tiempo no significaba nada, aunque el rostro levantado con aquellos ojos brillantes y demasiado grandes era un semblante viejo. La piel caía en arruga desde las

mejillas, hundidas bajo los brillantes ojos.

—No es que quiera tu dinero —dije.

Alargó el brazo, de una manera humilde y como sondeando, y me tomó la mano derecha no por la mano misma, sino por los dedos, que oprimió.

—Hijo, ya sabes que todo lo que tengo es tuyo. ¿No es verdad? —No contesté—. ¿Verdad que sí? —inquirió otra vez y se aferró a mis dedos como si se tratase de una soga arrojada por alguien para que se salvase del agua.

—Muy bien —oí que decía mi voz, y sentí que mis dedos se retorcían para abandonar su posición, aunque al mismo tiempo mi corazón se ablandó de repente

y pareció licuarse dentro de mi pecho como una bola de nieve que aplastamos con la mano—. Lamento haber hablado de ese modo, pero ¡diablos! ¿Por qué no podemos dejar de hablar? ¿Por qué no regresamos a casa para pasar un día o dos y permanecemos con la boca cerrada?

Prosiguió reteniéndome por los dedos sin decir nada. Fui yo entonces quien se soltó.

—Subiré para bañarme antes de la cena —dije y me dirigí hacia la puerta. Me di cuenta que no había vuelto la cabeza para verme abandonar la habitación y al atravesarla experimenté como si se hubiese olvidado de bajar la

cortina al final de algo y millares de ojos se hallasen clavados en mí y los aplausos no hubiesen comenzado. Acaso los bastardos no advirtiesen que había tocado a su fin. Quizá no comprendiesen que era el momento de aplaudir.

Una vez arriba me sumergí en la bañera con el agua caliente hasta el cuello y advertí que aquello había terminado. Una vez más. Subiría a mi automóvil tan pronto hubiese terminado de cenar, y partiría a una velocidad de mil diablos hacia la ciudad, a lo largo del camino de cemento, por entre los campos oscuros y cubiertos de niebla. Arribaría hacia la medianoche y volvería a ocupar mi cuarto en el hotel,

donde nada era mío y nadie conocía mi nombre y nadie tendría que decirme ni un ápice acerca de cosas que hubieran acontecido.

Metido en la bañera oí detenerse un automóvil y supe que se trataba del joven ejecutivo, que penetraría por la puerta del frente y que la mujer del sofá se levantaría para ofrecerle como un presente su gastado semblante sobre los hombros derechos y enérgicos, con aquel paso tan suyo, vivo y menudo.

Y, ¡por Dios!, mejor sería que él se mostrase agradecido.

Dos horas después me hallaba en el

interior del automóvil y Burden's Landing quedaba detrás de mí, lo mismo que la bahía. Los pequeños limpiaparabrisas no cesaban en su tarea y producían ese «clic» como si se tratase de algo en nuestro interior que es mejor que no dejase de funcionar. Estaba lloviendo otra vez. Las gotas caían y se desviaban desde la oscuridad contra mis faros, cual si fuesen esas bolas resplandecientes de las camas de bronce, en tanto el vehículo avanzaba durante la noche.

No existe nada más solitario que encontrarse en un automóvil durante la noche, bajo la lluvia. Yo estaba dentro del vehículo y muy contento de ello.

Entre dos puntos del mapa quedaba el estar solo dentro del automóvil y bajo la lluvia. Dicen que no hay tal cosa sino en relación con los demás. Si no fuese por los demás, no existiríamos, pues lo que hacemos, que es lo que somos, no tiene significado sino en relación con los demás. Ese pensamiento nos consuela mucho cuando nos hallamos solos dentro de un automóvil, de noche y en medio de la lluvia; pues entonces no somos nosotros y no siendo nosotros ni ninguna otra cosa, es cuando realmente podemos tendernos y obtener algún descanso, lo que constituye una vacación, una liberación momentánea de ser lo que somos. No existe sino ese girar del

motor, que hila ese delgado hilo de sonido con su hebra de metal, como una araña, ese filamento, ese nexo, que en realidad no está allí entre nosotros y lo que acabamos de abandonar en un lugar y lo que seremos una vez que hayamos arribado al nuevo.

Debiéramos invitar a nuestros dos «yo» a la misma reunión alguna vez. O celebrar una reunión familiar con todos los «yo» e invitarlos con asado bajo los árboles. No hay duda que resultaría divertido lo que se dijesen unos a otros.

Pero entretanto no hay ninguno de ellos y yo permanezco solo en el vehículo, durante la noche y bajo la lluvia.

Veamos por qué estoy en mi automóvil: Treinta y siete años atrás, hacia el año 1896, el hombre robusto, sobrio, cuarentón, de traje azul y gafas de armazón de acero que era procurador universitario, habíase dirigido a una localidad maderera del sur de Arkansas, para entrevistarse con algunos testigos y realizar una investigación relativa a un gran litigio sobre tierras destinadas a la explotación de madera. Creo que no era gran cosa como localidad. Casuchas, una casa de huéspedes para los patronos y los ingenieros, una oficina de Correos, una delegación de la compañía —todo ello erigido entre la arcilla roja—, alrededor de ellos troncos y más

troncos, a lo lejos una vaca entre los tocones y el ruido de las sierras como un nervio violado en el centro de nuestro cerebro, y en la atmósfera y en nuestra nariz el olor húmedo y fatigante de la madera aserrada.

No he visto la ciudad. Jamás puse mis pies dentro de los límites del Estado de Arkansas. Pero he visto la localidad en mi imaginación. Y de pie sobre la escalera de la delegación se ve una joven con el cabello colgando en dos trenzas rubias y gruesas, de grandes ojos azules y con un amago de hundimiento en las mejillas. Digamos que va ataviada con un vestido de algodón de color verde lechuga, pues ese es un color muy

hermoso para ser usado por una jovencita rubia que se ve a la luz del sol matinal sobre la escalera de la delegación, escuchando el canto de las sierras y observando cómo un hombre robusto y de traje azul marino va abriéndose camino por entre el barro dejado por la última lluvia de primavera.

La muchacha se halla sobre la escalera de la delegación porque su padre es empleado de la compañía. Eso es cuanto sé acerca de su padre.

El hombre de traje azul permanece durante dos meses en la localidad, dedicado a su asunto legal. Por la tarde, hacia el ocaso, él y la muchacha van por

la calle del pueblo, ya invadido por el polvo, y se dirigen detrás de las casas, donde se ven los tocones. Los veo de pie en medio del terreno desolado, con el fondo formado por el ocaso veraniego de Arkansas, de color rojizo broncíneo. Lo que no puedo saber es lo que se dicen mutuamente.

Cuando el hombre ha terminado su misión y abandona la ciudad, lleva consigo a la muchacha. Es un hombre amable, inocente y tímido y mientras se hallaba sentado junto a ella en el compartimiento tapizado de felpa colorada del tren, retiene entre sus manos la de ella, tensa y cuidadosamente, como si pudiera

dejarlas caer y romper algo valioso.

La instala en una casona blanca, que fuera edificada por su abuelo. Frente a la morada se extiende el mar. Eso constituye algo nuevo para ella, y pasa gran parte del día contemplándolo. Algunas veces desciende hasta la playa y allá permanece de pie, sola y contemplando el horizonte.

Sé que es cierto lo de contemplar el mar, pues mi madre me dijo en una oportunidad, años después, cuando yo era mayor: «Cuando llegué aquí solía pasarme largo tiempo junto a la puerta contemplando el agua. Horas enteras, sin saber por qué. Pero luego perdí esa costumbre. Mucho antes de que nacieras,

hijo».

El procurador universitario fue a Arkansas y la muchacha estaba en la escalera de la delegación, y por eso yo me hallaba esa noche dentro del automóvil y bajo la lluvia.

Penetré en el vestíbulo del hotel a eso de la medianoche. El empleado me vio entrar, me hizo señas con la cabeza y me dio un número telefónico al que llamar.

—Han tenido loco al telefonista con tanto llamar —dijo.

No reconocí el número.

—Dejaron dicho que pregunte por la señorita Burke —agregó el empleado.

No me molesté en subir la escalera

antes de limpiar, sino que penetré en una de las cabinas telefónicas de la planta baja.

—Hotel Markhein —contestó una voz quebradiza.

Pedí comunicación con la señorita Burke, y Sadie se hizo presente al otro extremo.

—¡Gracias a Dios! Ya era hora de que estuviese aquí. He llamado a Burden's Landing, Dios sabe cuánto, y me dijeron que ya había salido. ¿Cómo ha venido, andando?

—No soy Sugar-Boy —le contesté.

—Bueno, lléguese hasta aquí. Habitación 905. La cosa está que arde.

Colgué el receptor bien a conciencia

de lo que hacía, me llegué hasta el empleado a quien dije que enviara el equipaje a mi habitación con un botones; tomé algo fresco de la nevera del vestíbulo, adquirí dos paquetes de cigarrillos de la joven adormilada que los vendía, abrí uno de ellos y encendí un cigarrillo del que aspiré una gran bocanada mientras contemplaba como a distancia el vestíbulo, igual que si no tuviese ningún lugar adonde dirigirme en este mundo.

Pero sí lo había. Y a él me encaminé. Bien aprisa, una vez que me puse en movimiento.

Sadie se hallaba sentada en la antesala de la habitación 905, junto a la

mesita del teléfono, con una bandeja llena de colillas frente a ella y una guirnalda de humo que giraba lentamente alrededor de su negra y recortada cabellera.

—Bueno —dijo con el tono de la dueña de un hogar para jóvenes extraviadas, desde el interior de la guirnalda de humo.

No contesté. Me fui derecho hacia ella, pasé junto a Sugar-Boy, que roncaba en un sillón, y así un puñado de esos cabellos irlandeses para alzarle la cabeza, dándole un fuerte beso en la frente antes de que me mandase al diablo.

Lo cual hizo.

—No tiene idea de por qué hice eso —dije.

—No me interesa, con tal de que no lo tome por costumbre.

—No se trata de nada personal —expliqué—, sino simplemente porque usted no se llama Dumonde.

—Su nombre será revolcado en el fango si no entra usted ahí —dijo mientras volvía la cabeza en dirección a una puerta.

—Quizá presentaré mi dimisión —dije en medio de mi desvarío.

Después, durante una fracción de segundo, y con un relámpago sorprendente en el interior de mi cabeza, como el de una fotografía al magnesio,

pensé que no sería muy difícil que lo hiciera.

Sadie se hallaba a punto de decir algo cuando sonó el teléfono y saltó hacia el mismo cual si quisiera estrangularlo con sus manos. Descolgó el auricular. Mientras atravesaba la puerta oí que decía:

—De manera que ha dado con él. Muy bien, tráigalo a la ciudad… Al diablo con la esposa. Dígale que será mejor para ella si él no viene a la ciudad… Sí, dígale así…

Luego llamé a la puerta, oí una voz y entré.

Vi al jefe, retrepado en un sillón, con los zapatos quitados y los pies apoyados

en una silla frente a él, en mangas de camisa, torcida corbata, los ojos saltones y el índice en el aire como si fuese el palo de un látigo. Entonces advertí de dónde habría estado espantando las moscas el restallarle el látigo, en caso de que el índice del jefe hubiese sido tal palo de látigo: tratábase del señor Byram B. White, contador del Estado, cuyo rostro, grande y huesudo y del color de parafina, rezumaba algunas dolorosas gotas de sudor y cuyos ojos se clavaron en mí como última esperanza.

Comprendí que estaba entrometiéndome.

—Discúlpeme —dije, y comencé a retroceder en dirección a la puerta.

—Cierre la puerta y tome asiento —dijo el jefe, cuya voz se expresó sin la más mínima puntuación con relación a lo que estuvieran tratando antes de mi entrada, y cuyo dedo sonó en el aire—… y usted tenga bien presente en la memoria que no se supone que ha de ser rico. Una persona como usted, con cincuenta años en sus costillas, con los intestinos perforados de un balazo, sin dientes y que nunca ha dispuesto de un céntimo, si el Todopoderoso hubiese pensado que lo sería, tiempo ha que se hubieran cumplido sus designios. ¡Contémplese a sí mismo, caramba! Que usted mismo se crea que va a enriquecerse no es más que una

blasfemia. Mírese bien en el espejo. ¿No es cierto? —Y levantó el dedo índice en dirección al señor Byram B. White.

El hombre no contestó, limitándose a permanecer allí de pie, contemplando el dedo acusador y con una expresión de desaliento en el rostro.

—¡Pero qué diablos; parece como si el gato le hubiese comido la lengua! ¿Es que no puede contestar a una pregunta cortés?

—Sí —pudo contestar el señor White, cuyos labios pálidos apenas alcanzaron a moverse.

—Hable, pues. No masculle. Es un hecho verdaderamente escandaloso —

insistió el jefe, sin dejar de apuntar con el dedo índice.

Los labios del señor White se volvieron más pálidos aún y su voz lo que menos tenía era intensidad, pero confesó palabra por palabra.

—Muy bien. Es mejor así —dijo el jefe—. Ahora ya sabe lo que se espera que haga usted. Se supone que seguirá siendo pobre y recibirá órdenes. No me importa un comino su castidad que, a juzgar por su aspecto, no le costará gran trabajo mantenerla; pero me refiero a la pobreza y a la obediencia, y no se olvide de ello. Sobre todo de la última. De tanto en tanto le llegará algo por vía de endulzamiento, pero Duffy se

encargará de eso. Que no se le ocurra volver a decidir por su propia cuenta. Estoy resuelto a que no vuelva a haber aquí más operaciones lucrativas en provecho de nadie. ¿Ha comprendido? ¡Conteste!

—Sí —dijo el señor White.

—¡Más fuerte! Y diga que ha comprendido.

Lo dijo tal como le había sido indicado.

—Muy bien —continuó el gobernador—. Haré que suspendan ese sumario en contra suya. —Señaló la mesita con el soporte para el lápiz y el teléfono—. Saque una hoja de papel del cajón y tome la pluma. —Esperó hasta

que el señor White se hubo deslizado como un espectro a través del aposento y tomado asiento delante de la mesa, encogiéndose notablemente, como el genio a punto de introducirse otra vez en la botella, convirtiéndose en un montón cual si tratase de asumir su condición prenatal y mantenerse insignificante, cálido y seguro en la oscuridad. Pero el jefe dijo que escribiese lo que iba a dictarle: «Estimado gobernador Stark… Debido a mi precario estado de salud… que hace difícil que atienda con la debida conciencia…». —El jefe se interrumpió y dijo—: Asegúrese de que ha escrito así: «con la debida conciencia» y no otra cosa; —luego

prosiguió con voz rutinaria—: «las obligaciones impuestas a mi cargo de contador… me permito presentarle mi renuncia, que tendrá validez después de la fecha arriba expresada, tan pronto como le sea posible relevarme». —Después de echar un vistazo a la figura encorvada, agregó—: «Respetuosamente suyo».

Se hizo un silencio; la pluma rasgueó sobre el papel y luego se detuvo. Pero la cabeza alta, calva y estrecha del señor White continuó inclinada sobre el papel, bastante próxima, como si fuese miope, o estuviese rogando o hubiese perdido algo que tenemos en la nuca y nos hace mantener el cuello erguido.

El jefe estudió esa cabeza inclinada y luego preguntó si había firmado.

—No —contestó la voz.

—Bueno, ¿qué espera para hacerlo? —Y luego, cuando la pluma hubo dejado de rasguear sobre el papel—: No le ponga ninguna fecha. Ya lo haré cuando sea necesario.

La cabeza del señor White no se levantó. Desde mi asiento pude ver que aún sostenía el lápiz con la punta apoyada sobre la última letra de su apellido.

—Démelo —ordenó el jefe.

El señor White se levantó y giró, y yo miré su semblante aún inclinado para observar lo que pudiera ver. En sus ojos

no se reflejaba ninguna súplica cuando pasó por mi lado. Eran inexpresivos y apagados como un puñado de ostras grises despojadas de la mitad de su concha.

Extendió el papel al jefe, que lo tomó, lo leyó, y lo arrojó sobre la cama cerca de la cual se hallaba sentado, y luego de haberlo plegado dijo:

—Sí, yo me encargaré de ponerle fecha cuando sea necesario —aseguró —. Si es que llega a serlo. Todo depende de usted. Lo que no me explico, Byram, es por qué no le saqué una de esas renuncias sin fecha al principio. Las solicité a montones. Simplemente lo juzgué mal. Lo vi y me dije: «¡Caramba!

Este viejo oficinista es incapaz de hacer ningún mal». Me imaginé que estaba tan decaído que advertía que no era la intención del Señor que se enriqueciese. Creí que no me jugaría ninguna mala pasada. Es más, estaba convencido de que no tendría más iniciativa que un pedazo de bayeta caída en el cuarto de baño de una de esas pensiones para solteronas. Me equivoqué, Byram, y soy muy dueño de confesarlo. Cincuenta años y todo ese tiempo esperando que se le presentase la gran oportunidad. Que se produjese la entrada de su barco. Y ahora se le presentaba y creyó que todo sería diferente. Pero —y apuntó con el dedo otra vez al señor Byram— se

equivocó, Byram. No era esta su oportunidad. Jamás se presentará ni para usted ni para sus compinches. Ahora puede retirarse.

El señor White obedeció. No tardó un segundo en desaparecer y no produjo el menor ruido al hacerlo. Quedaba justamente el espacio vacío que había estado ocupado por el espacio vacío que respondía al nombre de Byram B, White.

—Bien —dije al jefe—, parece que se ha divertido.

—Al diablo. Hay algo en los ojos de esa gente, que hace sospechar. Pero este individuo es capaz de escupir limpio y uno lo ve y no tiene más remedio que proceder.

—Sí —dije—, parece como si fuese un gusano grande sin vueltas.

—Le he dado toda clase de oportunidades —dijo el jefe con voz sombría—. Eso es, toda clase de oportunidades. Ni siquiera hubiese tenido que decir lo que le hice decir. No tenía por qué escucharme. Pudo haber abandonado esta habitación. Pudo ponerle fecha a la renuncia y entregármela. Una docena de cosas pudo hacer. Pero no, no hizo nada. Se limitó a permanecer ahí de pie y a pestañear fuertemente como un perro cuando se inclina contra nuestra pierna antes de que le apliquemos un puntapié y ¡por Dios! experimentamos la sensación de

que si no lo hacemos no cumplimos con la voluntad del Señor. Uno lo hace porque ayuda a Byram a cumplir con su naturaleza.

—No es cosa que me incumba, pero ¿a qué viene toda esa alharaca?

—¿No ha leído el diario?

—No. Estaba de vacaciones.

—¿Y no le ha referido nada Sadie?

—Acabo de llegar —contesté.

—Bien. Byram ideó un lindo plan para enriquecerse. Se puso en combinación con gente práctica en cuestiones de derechos reales, en complicidad con Hamill, de la Oficina de impuestos territoriales. Bastante bien el proyecto. Lástima que lo querían todo

para ellos y alguien no estuvo conforme con que no le diesen una parte y lo puso en conocimiento de los muchachos de MacMurfee, en el Congreso. Y si llego a poner la mano encima del causante…

—¿Qué causante?

—El que fue con el cuento a los de MacMurfee. Debió haberlo comunicado a Duffy. Todos saben que este es el encargado de investigar las quejas. Y ahora nos encontramos con la acusación.

—¿Contra quién?

—Byram.

—¿Qué ha ocurrido con Hamill?

—Se ausentó. Marchó a Cuba. Ya sabe. Aquel es mejor clima. Y según los informes ha viajado bastante aprisa.

Duffy anduvo indagando esta mañana y Hamill tomó el tren. Pero tenemos que ocuparnos de esta acusación.

—No creo que puedan llevarlo a buen fin.

—Ni siquiera lo intentarán. Cuando una cosa como esta se pone en marcha, nadie sabe lo que resultará. Este es el momento de detener el asunto. He hecho que algunos vayan a buscar a determinados individuos y los traigan a la ciudad. Sadie ha estado todo el día pegada al teléfono recibiendo información. Algunos de los pajarracos están escondidos, pero los nuestros los están sacando de sus nidos. No hay duda que la noticia se ha esparcido. Esta

tarde trajeron tres y les hemos cantado las cuarenta. Todo estaba preparado para recibirlos. Hubiera visto la cara de Jeff Hopkins cuando descubrió que sabíamos que su padre vendía licor en aquella farmacia de mala muerte que tiene en Talmadge y falsificaba recetas para justificar la salida en los libros. O la de Manten, cuando supo que era de nuestro conocimiento que el Banco de Oklahoma le tiene hipotecada su propiedad y que el vencimiento será dentro de cinco semanas. Bueno… —movió los dedos para sentirse más cómodo con los calcetines— les aplaqué los nervios. El tónico es viejo pero aún aplaca.

—¿Qué cree que debo hacer?

—Llegarse mañana hasta Harmonville y ver si es posible meterle un poco de sentido común en la mollera a Sim Harmon.

—¿Nada más?

Antes de que pudiese contestar, Sadie asomó la cabeza y dijo que los muchachos habían traído a Witherspoon, representante del extremo Norte del Estado.

—Déjenlo en otra habitación hasta que esté bien ansioso —dijo el jefe. Después de haberse retirado Sadie, Willie se volvió hacia mí y contestó a mi pregunta—: Nada más, salvo que deje en mis manos todo cuanto sepa

acerca de Al Coyle, antes de abandonar la ciudad. Los muchachos están tratando de acorralarlo y quiero tener algo con que recibirlo cuando llegue a mi presencia.

—Muy bien —dije y me levanté.

Me miró como si fuese a decirme algo. Durante un segundo tuve la impresión de que estaba disponiéndose a ello y permanecí de pie frente a mi asiento, esperando. Pero Sadie volvió a asomar la cabeza.

—El señor Miller desea verle —dijo al jefe sin que su expresión revelase nada parecida a la buena nueva.

—Que pase —ordenó el jefe.

Yo podía asegurar, en ese instante, que no importa lo que tuviese pensado decirme un segundo antes; ahora tenía algo más en su imaginación. Hugh Miller, de la Facultad de Derecho de Harvard, de la Escuadrilla Lafayette, *Croix de Guerre*, manos limpias, corazón puro y Procurador General del estado.

—No le agradará —dije.

—No, no le agradará —contestó.

En el umbral se hallaba el hombre, alto, algo encorvado, de rostro curtido, el cabello desordenado y los ojos tristes bajo las negras cejas, vestido con traje de sarga azul y algo descuidado. Allá estuvo durante un segundo, con sus ojos

melancólicos, como si hubiese salido de pronto de la oscuridad a la luz o hubiese penetrado en una habitación equivocada. De todos modos, parecía como si se hubiese equivocado al franquear la entrada.

El jefe se había puesto de pie y atravesado la habitación sin ponerse los zapatos, para recibirlo, y saludó:

—¡Hola, Hugh!

Este le estrechó la mano y penetró en la habitación y yo comencé mi marcha hacia la puerta. En ese momento, mi mirada se cruzó con la del jefe, que con un movimiento rápido me indicó mi asiento. En consecuencia, yo también le estreché la mano a Miller y tomé asiento

nuevamente.

—Siéntese —dijo el jefe a Miller.

—No, Willie, muchas gracias. Hágalo usted —contestó el otro con voz lenta y grave.

El jefe volvió a su lugar, puso los pies en la silla de enfrente y preguntó qué lo traía por allí.

—Me parece que lo sabe —dijo Hugh Miller.

—Creo que sí —contestó el jefe.

—Está salvando el pellejo de White, ¿verdad?

—No doy un céntimo por el pellejo de ese hombre —aseguró el jefe—. Tiro a salvar algo más.

—Es culpable.

—Como el mismo infierno —convino el jefe alegremente—. Si puede decirse que la categoría de la culpa o la inocencia puede tener alguna relación con alguien como Byram B. White.

—Es culpable —repitió Hugh Miller.

—¡Dios mío, habla como si Byram fuese humano! No se persigue a una máquina de sumar si un resorte se rompe y comete un error. Se arregla. Eso es lo que he hecho con Byram. Lo he hecho de manera que sus futuros bisnietos se mojen los pantalones en semejante aniversario y desconozcan la causa. ¡Caramba, Byram es algo que podemos utilizar y le aseguro que en adelante nos

será útil!

—Estas son palabras hermosas, Willie; pero lo cierto es que está salvando el pellejo de White.

—¡Al diablo con ese pellejo! —dijo el jefe—. Estoy salvando algo más. Permitamos a los muchachos de MacMurfee en el Congreso que adquieran la noción de que pueden hacer eso y nadie será capaz de decir dónde pararán. ¿Cree que les agrada nada de lo que está sucediendo: el impuesto a la extracción, la tarifa de los porcentajes sobre las tierras fiscales, el impuesto sobre la renta, el programa de carreteras o la ley de salud pública?

—No, ya sé que no. O mejor dicho,

no le agrada a la gente que sigue a MacMurfee.

—¿Ya usted le agrada?

—Sí —contestó Hugh Miller—. Me gusta. Pero no puedo decir lo mismo de ciertas cosas que lo rodean.

—Hugh —dijo el jefe—, lo malo es que usted es abogado. Y condenadamente hábil, además.

—También lo es usted —afirmó Miller.

—No —corrigió el jefe—, no lo soy. Sé algo de leyes. En realidad conozco bastante el Derecho. Y he ganado dinero con ello. Pero no soy abogado. Por eso comprendo lo que es la ley. Es lo mismo que una frazada de

una sola plaza en una cama de matrimonio y tres personas en esta, durante una noche fría. La frazada no alcanza a cubrir la cama por mucho que se estire y se recoja, y alguien estará siempre a punto de pescar una pulmonía. Caramba, la ley es como los pantalones que hemos comprado el año pasado para un muchacho en crecimiento; pero ya ha transcurrido un año y las costuras se hallan reventadas y se ven al descubierto las canillas. La ley es siempre demasiado corta y estrecha para la humanidad creciente. Lo mejor que podemos hacer es llevar a cabo algo y después redactar alguna ley que venga bien al caso y cuando esa ley llega a los

libros ya habremos hecho algo diferente. ¿Cree que la mitad de las cosas que he hecho figuraban con claridad y sencillez en la Constitución de este Estado?

—La Corte Suprema lo ha aprobado —comenzó a decir Hugh Miller.

—Sí. Y sus miembros lo hicieron porque yo los puse en ese lugar para que lo hicieran y vieron lo que había que hacer. La mitad de las cosas «no estaban» en la Constitución, pero lo están ahora, ¡por Dios! ¿Y cómo llegaron allí? Porque alguien las hizo.

La sangre comenzó a fluir a las mejillas de Hugh Miller y movió la cabeza, apenas, como lo hace un animal pesado cuando una mosca pasa

rozándolo. Luego dijo:

—En la Constitución no figura nada que diga que Byram B. White puede cometer una felonía con impunidad.

—Hugh —comenzó a decir el jefe nuevamente—, ¿no ve que Byram no representa nada? No es esta situación. Lo que ellos buscan es destrozar la administración. No les interesa un pito Byram, salvo en cuanto a que es humano aborrecer la idea de que otro está adquiriendo lo que uno no puede conseguir. Lo que ellos se preocupan por deshacer es lo que esta administración ha realizado. Y ahora es el momento de contenerlos. Y cuando se comienza a hacer algo —irguiose en su

asiento, apoyadas las manos en los brazos rellenos y la cabeza inclinada hacia Hugh Miller— hay que valerse de lo que se tiene. Es necesario utilizar a individuos como Byram y Tiny Duffy y toda esa escoria en la legislatura. No es posible fabricar ladrillos sin paja y la parte de las veces esa paja que conseguimos es de segunda mano y del establo. Y si creemos que las cosas son de otra manera somos tan chiflados como una lechuza.

El visitante enderezó un poco sus hombros. No miró al jefe sino a la pared situada detrás de él.

—Le ofrezco mi renuncia como Procurador General —dijo—. Se la

enviará con un mensajero por la mañana.

—Ha tardado mucho en hacerlo, Hugh —dijo el jefe sin alterarse—. ¿Qué lo ha hecho demorar tanto?

Hugh Miller no contestó, pero desvió su mirada de la pared para fijarla en el semblante de su interlocutor.

—Yo se lo diré, Hugh —manifestó el jefe—. Ha ocupado su sillón en la oficina legal durante quince años y ha visto cómo esos hijos de perra han calentado los asientos y no han realizado nada y los ricos se han enriquecido más y los pobres se han vuelto más miserables. Luego he llegado, le he puesto en la mano un Loisville Slugger y le he susurrado: «¿Usted quiere ejercitar

sus facultades y hacer que las cosas marchen a su gusto?». Usted lo hizo y disfrutó grandemente. Metió en chirona a nueve individuos que se dedicaban al soborno. Pero nunca tocó lo que había detrás de ellos. La ley no ha sido escrita para eso. Todo lo que se puede es retirar el gobierno de las manos de esos individuos que andan entre los telones y mantenerlos alejados del mismo. Por todos los medios, posibles. Eso bien lo sabe. Quiere mantener limpias las manos, pero en su corazón experimenta que digo la verdad. Por eso ha esperado tanto tiempo —concluyó en tono más bajo todavía, inclinado hacia Miller y con la cabeza fija en él.

Durante medio minuto Miller contempló aquel semblante carnoso hacia arriba y con los ojos cada vez más salientes. Su semblante reflejaba una expresión confusa, una especie de sombra, como si tratase de leer con ayuda de una luz mortecina y en un idioma extraño que no conociera muy bien. Luego dijo:

—Estoy resuelto.

—Ya lo sé —dijo el jefe—. Ya sé que no podría hacerle cambiar de opinión, Hugh. —Se puso de pie frente al sillón, se levantó los pantalones a la manera del individuo que se los arregla la mitad de la barriga y avanzó descalzo hacia Miller—. Lo siento mucho. Los

dos formamos una gran pareja. Usted con su cerebro y yo con mi fuerza.

Miller esbozó lo que quiso parecer una sonrisa.

—¿Siempre tan buenos amigos? —preguntó el jefe, a la vez que le tendía la mano.

Hugh la estrechó.

—Si no abandona el licor —dijo el jefe— podría venir a verme de tanto en tanto y echaríamos un traguito. Y no hablaríamos de política.

—Muy bien —contestó el otro, que se volvió y dirigiose hacia la puerta.

Se hallaba a punto de alcanzarla cuando el jefe dijo:

—Hugh. —Este se detuvo y miró

hacia atrás—. Me deja solo con esos hijos de perra —dijo el jefe con dolor casi cómico—. A mí y a los otros muchachos.

Hugh Miller sonrió de una manera torpe y embarazosa, meneó la cabeza y dijo:

—¡Qué diablos, Willie…! —Su voz fue apagándose sin que jamás dijera lo que había comenzado a expresar y después no volvimos a ver a la Facultad de Derecho de Harvard, escuadrilla Lafayette, Croix de Guerre, manos limpias y pureza de corazón.

El jefe se hundió a los pies de la cama, levantó el tobillo izquierdo sobre la rodilla derecha; y mientras se rascaba

pensativo el pie izquierdo, como hace el granjero cuando se despoja de los zapatos por la noche, miró fijamente a la puerta cerrada.

—Con esos hijos de perra —dijo y dejó que el pie se escurriese de la rodilla y fuese a golpear contra el suelo, sin dejar de mirar la puerta cerrada.

Me puse otra vez de pie. Era mi tercer intento de abandonar el lugar y retornar a mi hotel en busca de algún descanso. El jefe podía pasar toda la noche sentado, hora tras hora, sin que jamás se le notase, y seguro que eso era una desgracia para sus compañeros. Me encaminé hacia la puerta, pero el jefe desvió su mirada hacia mí y advertí la

proximidad de algo. De ahí que me detuviera y esperase, mientras la mirada escudriñaba mi semblante y trataba de penetrar en la materia gris que había dentro de mi cabeza, cual si se tratase de un par de fórceps.

Después dijo:

—¿Cree que debo arrojar a White a los lobos?

—Es una pregunta bastante difícil de responder.

—¿Cree que debo hacerlo?

—*Deber*, es una palabra singular. Si quiere decir triunfar, el tiempo se encargará de decirlo. Si se refiere a obrar en justicia, nadie será capaz de decírselo.

—¿Qué piensa usted?

—El pensar no es mi lado fuerte y le aconsejaría que dejara de pensar en ello, porque sabe perfectamente lo que va a hacer. Va a hacer lo que está haciendo.

—Lucy piensa abandonarme —dijo tranquilamente, como si eso respondiese a algo dicho por mí.

—Bueno, entonces que me aspen —dije, con verdadera sorpresa, pues me había imaginado a Lucy como mujer de ese tipo muy sufrido sobre cuyo pecho siempre caen eventualmente las lágrimas del arrepentimiento. Muy de tarde en tarde, desde luego.

Después desvié la mirada hacia la

puerta cerrada, detrás de la cual Sadie Burke permanecía sentada frente al teléfono, con un par de ojos negros y bituminosos en aquel semblante picado de viruelas y el humo del cigarrillo enredado en aquella cabellera irlandesa, negra y recortada, como la niebla de la mañana en una espesura de pinos.

El jefe me vio observando la puerta.

—No, no es eso —dijo.

—Sería suficiente, de acuerdo con los cánones ordinarios —contesté.

—Ella no lo sabía. Al menos según creo.

—Es mujer y por ello capaz de pescarlo al vuelo.

—No, no es por eso. Me dijo que si

protegía a Byram White me abandonaría.

—Parece como si todos estuviesen tratando de manejar las cosas en lugar suyo.

—¡Maldito sea! —exclamó.

Abandonó la cama, dio cuatro pasos enérgicos encima de la alfombra, giró, deshizo lo andado en la misma forma. Al ver lo pesado de su movimiento de cabeza al volverse, me vino a la memoria aquellos pasos oídos en los hoteluchos durante nuestro recorrido por el Estado, cuando el jefe no era sino Willie Stark, un inexperto con el discurso lleno de cifras y verdades y una especie de cataplasma para su auditorio.

—¡Maldito sea! —aseguró—. No

saben ni jota del asunto, ni cómo manejarlo y no es posible decirles nada. —Anduvo de arriba para abajo un par de veces más y luego repitió—: No saben nada. ¿Sabe lo que voy a hacer tan pronto como deshaga a esa cuadrilla? —inquirió después de haber vuelto a girar y dar algunos pasos más con energía, inclinada la cabeza hacia mí.

—No, no lo sé.

—Haré construir el hospital más grande, más lleno de artefactos cromados y que más apeste a formaldehído; un hospital gratis y un centro de salud como jamás nadie haya ideado. Muchacho, le aseguro que en cada cuarto colgaré una jaula de

canarios capaces de cantar ópera en italiano, y no habrá enfermera que no haya ganado un concurso de belleza en Atlantic City, y cada bacín será de oro de dieciocho quilates. ¡Y, por Dios!, cada uno de esos recipientes llevará adherido un gramófono suizo para tocar *Turkey in the Straw* o el sexteto de *Lucía*, según el gusto de cada cual.

—Sería una gran cosa —dije.

—Lo haré. No lo creerá, pero vaya si lo haré.

—Lo creo al pie de la letra.

Me caía de sueño. Allá estaba de pie, vacilando sobre mis talones y a través de mis ojos nublados lo veía andar, girar y mover su cabeza grande,

con el cabello caído sobre los ojos.

Entonces pensé que era extraño que Lucy no hubiese preparado sus maletas mucho antes. No vi cómo no se hallaba enterada de lo que apenas podía calificarse de secreto. Ignoro cuándo comenzó, pero al llegar a mi conocimiento, ya se hallaba en pleno apogeo. El jefe se dirigió a Chicago por un asuntillo personal, unos seis u ocho meses después de haberse instalado en su despacho de gobernador y me llevó con él. Allí nos atendió un individuo llamado Josh Conklin, y nadie más indicado que él, individuo alto y

fornido, con el cabello prematuramente blanco, rojo el semblante, cejas pronunciadas y un traje de etiqueta ajustado como un corsé y un precioso piso que parecía cosa de película y una libreta de direcciones de una pulgada de espesor. No era de clase, pero sí una buena imitación, lo que es con frecuencia mejor, pues el individuo de clase puede relajarse, no así la imitación, que por ello tiene que pasarse todo el tiempo siendo un poco más real que el verdadero, sin que interese el dinero. Nos condujo a un club nocturno donde extendieron una capa de hielo auténtico sobre el piso y un ejército de «Ninfas Nórdicas» ataviadas con

lentejuelas y plateados justillos salieron a lucir sus habilidades sobre auténticos patines, para dar vueltas y bailar y hacer piruetas a los acordes de la orquesta bajo una aurora boreal que entusiasmó al auditorio, mientras los patines lanzaban destellos, a la vez que las blancas rodillas y los albos brazos giraban como serpentinas en la luz azul y las reducidas columnas semiduras de carne y de músculo más arriba de la espina dorsal que lucía sus espaldas desnudas se balanceaban y trabajaban con un movimiento recíproco pleno de hermosura y las prominencias bajo los justillos vibraban en medio de la música y las largas y sueltas matas de inocentes

y plateados cabellos suecos se arrastraban, notaban y batían la atmósfera.

El espectáculo entusiasmó al muchacho de Mason City que jamás viera otro hielo que el que a veces depositaba en el bebedero de los caballos. «Jesús», exclamó el muchacho, sin ocultar su admiración. Y volvió a exclamar: «Jesús» y se le hizo una y otra vez un nudo en la garganta, como si se le hubiese introducido en la misma un trozo apreciable de pan de maíz bastante seco.

Había tocado a su fin el espectáculo y Josh Conklin preguntó:

—¿Qué le ha parecido, gobernador?

—Patinan muy bien —contestó el interpelado.

Entonces, una de las ninfas de cabellos suecos salió del vestuario con los patines en la mano y una capa plateada echada sobre sus hombros desnudos y se aproximó a nuestra mesa. Era amiga de Josh Conklin y muy linda amiga, aunque su cabellera no procediese de Suecia sino de la droguería. Bueno, ella tenía una amiga que tomaba parte también en el espectáculo y fue a buscarla. Esta pronto se hizo amiga del gobernador, que durante su permanencia en Chicago prácticamente desapareció de mi vista, a no ser durante ese período, cada noche,

en que se celebraba la exhibición de patinaje. Entonces permanecía sentado contemplando las evoluciones y tragando el trozo de pan de maíz seco introducido en su garganta. Terminado el último número, decía:

—Buenas noches, Jack.

Y él y la amiga de la amiga de Josh Conklin perdíanse en la noche.

No sé si Lucy llegó a saber algo de la patinadora, pero Sadie sí. Porque Sadie contaba con medios de información muy parecidos a los de los constructores. Cuando el jefe y yo regresamos y la ninfa nórdica no era sino un dulce recuerdo, un agradable lugarcito en el corazón, como un leve

golpe en un melón, fue Sadie quien sacó a relucir las siete variedades del averno hiberniano. La misma mañana que arribamos a la ciudad oí murmullos que partían del interior de la oficina del jefe, mientras me hallaba en la antesala conversando con la joven encargada de recibir a los visitantes y poniéndome al tanto de las murmuraciones. Oí ruido adentro, así como si alguien golpease un libro contra una mesa, y una voz: la de Sadie.

—¿Qué sucede? —pregunté a la joven.

—Vamos, ¿qué me dice de lo que sucedió en Chicago? —inquirió a su vez la muchacha.

—¡Oh! —exclamé en mi inocencia —, conque es eso.

—¡Oh! —remedó ella—, eso mismo. ¿Le parece poco?

Me retiré hacia la puerta de mi oficina, que daba a la habitación exterior. Estaba de pie, precisamente junto al umbral, con la puerta abierta de par en par, cuando Sadie salió del despacho del jefe, seguramente del modo como las fieras abandonan su guarida al extremo del circo y avanzan hacia los mártires cristianos. Su cabellera flotaba vivamente al viento y a su semblante blanco como el yeso las viruelas lo hacían parecer como lleno de agujeritos; tal como una mascarilla de

Medusa, tomada en yeso y que algún chiquitín hubiese estado utilizando para ejercitarse en el blanco con municiones BB. Pero en medio de esa mascarilla de yeso había algo que nada tenía que hacer con este: sus ojos, que constituían un desastre gemelo, una explosión negra, una conflagración. Iba conduciendo una válvula de vapor para hacer saltar los remaches y por su manera de atravesar el local oíase cómo estallaban las costuras de su falda.

En ese instante advirtió mi presencia y sin disminuir el paso vino como una flecha, penetró en mi oficina y dio un portazo.

—Valiente hijo de perra —dijo, y

permaneció de pie, jadeando y con la mirada fija en mí.

—No tiene por qué echarme la culpa —dije.

—Es un hijo de perra —repitió, echando llamas por los ojos—. ¡Lo mataré! ¡Como hay Dios que lo mataré!

—Parece que ha tomado algo muy a pecho —dije.

—Lo arruinaré. Juro por Dios que lo haré expulsar del Estado. ¡Engañarme después de todo lo que hice por él! Escuche… —dijo y me tomó de las solapas y me sacudió. (Sus manos eran algo cuadradas, duras y robustas como las de un hombre)—. Escuche —repitió.

—No es necesario que me asfixie —

alegué de mal humor—, y no quiero escuchar. Ya sé demasiado. Y no lo decía en broma. El mundo estaba lleno de cosas que no deseaba saber.

—Escuche —me zamarreó—, ¿a quién le debe ese hijo de perra lo que es hoy? ¿Quién lo hizo gobernador? ¿Quién lo tomó cuando era un don nadie y lo elevó a semejante posición? ¿Quién lo condujo paso a paso, para que no pudiese perder?

—Me parece que espera que diga que fue usted quien lo hizo.

—Y es la pura verdad —dijo—. Y todavía va y me engaña el hijo…

—No —aseguré, tratando de liberarme de sus garras, que no soltaban

las solapas—, estaba engañando a Lucy. De modo que tiene necesidad de hacer otra clase de cálculo para saber lo que le estaba haciendo a usted. Aunque en este caso no sé si multiplica o divide.

—¡Lucy! —estallaron aquellos labios que se plegaban y se retorcían—. Lucy es una idiota. Ella se salió con la suya y ahora estaría en Mason City preparando la comida para los cerdos y él bien lo sabe. Él sabe lo que haría ella por él si la escuchase. Esa mujer ha tenido su oportunidad, ella… —Se detenía simplemente para tomar aliento, pero veíase que sus palabras le quemaban el cerebro mientras boqueaba para tomar aire.

—Veo que parece creer que Lucy está de capa caída —dije.

—¡Lucy! —dijo, y se detuvo; pero la inflexión de su voz expresó todo cuanto, había que decir acerca de Lucy, que era una muchacha del campo y se había educado en un colegio baptista donde creían en Dios, había impartido enseñanza a los chiquitines de rubios cabellos en una escuela de Mason County y se había casado con Willie Stark, al que dio un hijo, y había dejado pasar su oportunidad. Luego agregó, repentinamente tranquilizada, con sombrío positivismo—: Si se le da tiempo la enterrará, ese hijo de perra.

—Eso lo sabrá usted —dije

simplemente, porque no me fue posible resistir la lógica de la proposición, pero no pude escapar sino después de que me diera una bofetada. Que a eso es a lo que uno, se expone cuando se entromete en asuntos, públicos o privados.

—Siempre hay un villano —aseguré, mientras me tocaba la mejilla con los dedos y retrocedía un paso del calor, pues Sadie estaba a punto de inflamarse —. No soy el héroe de la obra.

Después vi que no estaba a punto de inflamarse en lo más mínimo.

Permaneció de pie, en una especie de sopor pesado, dentro del vestido que le colgaba. Vi cómo asomaba una lágrima al extremo de cada ojo, de una

manera muy lenta e hinchándose poco a poco para correr luego por sus mejillas con la precisión de un pequeño juguete mecánico, una a cada lado de la nariz picada de viruelas, hasta que llegaron simultáneamente a la pintura oscura de los labios y se esparcieron. Observé cómo la lengua salía fastidiosamente hasta tocar el labio superior, como para probar la sal.

No dejó de mirarme fijamente durante todo ese tiempo, como si al hacerlo con suficiente firmeza pudiese ver la respuesta a algo.

Luego pasó a mi vera hacia la pared, de la que colgaba un gran espejo, en el que se miró, colocando el rostro muy

junto a él y moviéndolo lentamente, de lado a lado. No pude ver lo que el espejo reflejaba, sino simplemente su nuca.

—¿Cómo era? —inquirió de lejos y desapasionadamente.

—¿Quién? —pregunté con toda honestidad.

—La de Chicago —contestó.

—Era un bomboncito, con una cabellera sueca falsificada y unos patines en los pies, y prácticamente nada entre ambas cosas.

—¿Guapa? —inquirió la voz lejana y sin pasión.

—¡Caramba! —aseguré—, si volviese a encontrarla mañana en la

calle no la reconocería.

—¿Era guapa? —insistió la voz.

—¿Cómo he de saberlo? —respondí a mi vez de mal humor—. La manera como se ganaba la vida no era como para fijarse en su cara.

—¿Era guapa?

—¡Por vida de Cristo, no se acuerde más del asunto!

Se olvidó y vino hacia mí, levantadas las manos a la altura de la barbilla, una a cada lado, juntos los dedos y ligeramente inclinados, sin que le tocasen el rostro. Se detuvo junto a mí.

—¿Olvidarlo? —preguntó, como si acabase de oír mis palabras.

Después levantó las manos y tocó la blanca y agujereada mascarilla, de ambos lados, tocando simplemente la superficie como si estuviese hinchada y dolorida.

—Fíjese —ordenó. La sostuvo allí para que yo mirase—. Fíjese —repitió en tono vengativo y oprimió con violencia los dedos contra la carne. Porque tal era y no mascarilla de yeso en modo alguno—. Sí, mire —dijo—; estuvimos tendidos en aquella casucha, olvidados de Dios, tanto mi hermano como yo. Éramos muchachitos y nos atacó la viruela. Mi padre era un bebedor inservible y se pasaba la vida lamentándose y bebiendo en la taberna

en cuanto conseguía un céntimo, para después llorar y referir cómo los chiquillos, esos chiquillos angelicales, se hallaban enfermos… oh, era un hombrecillo irlandés, piojoso, gritón y muy afecto a apalear a los chicos… y mi hermano murió, cuando tendría que haber vivido. No le hubiera importado un comino, ni a ningún hombre, sino a mí. Yo sané y mi padre no dejaba de mirarme y besarme por todo el rostro cubriendo todos los hoyos de viruelas, baboseando, gritando y hediendo a whisky cuando no me miraba y decía: «Jeez»; y siempre, siempre era lo mismo, pues no fui yo quien murió sino…

Todo eso había sido dicho de una manera cómoda, casi sin aliento, y de repente se cortó. Había llegado hasta mí, asido la tela de mi americana con las manos, e inclinado la cabeza sobre mi pecho. De tal modo permanecí de pie, con el brazo derecho alrededor de su hombro, acariciándola y haciendo una especie de movimiento apaciguador con la mano sobre su espalda, que se estremecía sin producir ruido alguno con lo que a mi entender eran sollozos.

Luego, sin levantar la cabeza, dijo:

—Siempre será lo mismo… lo ha sido siempre y seguirá siéndolo…

Me imaginé que se refería a su rostro picado de viruelas.

Pero estaba equivocado porque continuó diciendo:

—… Seguirá lo mismo… lo besarán y lo babosearán… luego nos abofetearán, no importa lo que hagamos por ellos ni la posición a que los llevemos… aunque los saquemos de la calle y los convirtamos en algo… nos darán una bofetada en la primera oportunidad… porque una tiene viruelas… verán cualquier suripanta sobre patines y nos harán un desaire y nos echarán tierra a la cara…

Continué apaciguándola y haciendo ese movimiento tranquilizador, pues no quedaba otra cosa que hacer.

—Mire —le dije, sin dejar de

acariciarla—, déjelo en paz. ¿Qué le importa lo que él haga?

Irguió la cabeza.

—¿Qué es lo que sabe, qué diablos sabe? —inquirió mientras clavaba los dedos en mi americana y me zamarreaba.

—Si todo ello es causa de este pesar, déjelo que se vaya —dije.

—¡Que lo deje ir! ¡Que lo deje ir! ¡Le juro que antes lo mataré! —dijo, clavando en mí sus ojos, que ahora estaban inyectados en sangre—. ¿Dejarlo ir? Escuche, esto —volvió a zamarrearme—. Si alguna vez va detrás de una cualquiera, ya volverá. Tiene que volver, ¿me oye? Tiene que hacerlo.

Porque no puede pasarse sin mí. Y él lo sabe bien. Puede pasarse sin cualquiera de esas suripantas, pero no sin mí. No sin Sadie Burke. Bien le consta.

Y levantó su rostro, bien alto, como si tratase de arrojármelo, como si fuese su deseo mostrarme algo de cuya contemplación hubiere de sentirme orgulloso.

—Siempre retornará —aseguró sombríamente.

Y estaba en lo cierto. Siempre volvió. El mundo estaba lleno de muchachas alocadas sobre patines y aun de muchas sin patines. Unas llevaban faldas de paja, otras eran dactilógrafas o encargadas de guardarropas y algunas

estaban casadas con legisladores, pero siempre retornaba, aunque no necesariamente para ser recibido con los brazos abiertos y con tierna sonrisa, empero. Unas veces el silencio era glacial, como la noche del Ártico. Otras, delirio para todos los sismógrafos del continente. Y en ocasiones un solo y bien elegido epíteto. Como en aquella oportunidad en que el jefe y yo tuvimos que realizar una corta excursión al Norte del Estado. La tarde de nuestro regreso penetramos en el Capitolio y allí, en el majestuoso vestíbulo, bajo la gran cúpula de bronce, se hallaba Sadie. Nos aproximamos, esperó que estuviésemos junto a ella y entonces dijo de una

manera bien simple y sin gastarse en preliminares:

—¡Pedazo de bastardo!

—Vamos, Sadie —dijo el jefe, que hizo esa mueca tan característica del muchacho atractivo—, ni siquiera esperas hasta que averigües algo.

—No es capaz de mantenerse sin descarrilarse. ¡Valiente sinvergüenza! —se limitó a decir y en seguida se retiró.

—Caramba —exclamó el jefe tristemente, dirigiéndose a mí—. No he hecho absolutamente nada esta vez, y ya ve lo que sucede.

¿Qué sabía Lucy Stark? Lo ignoro. Por las señas no sabía nada. Hasta cuando le dijo que pensaba irse fue,

según él, por no haber echado a los lobos a Byram B. White.

Pero ni aun entonces se fue.

No lo hizo porque era demasiado honorable, demasiado generosa o demasiado algo más para dejarlo solo cuando lo creyó en desgracia. No arrojaría el peso de su dedo sobre lo que ya tenía el aspecto de un hermoso paquete de desastre sobre la balanza, con la sangre rezumante a través del envoltorio de papel oscuro. Porque la acusación e inhabilitación de Byram B. White se había convertido en *pecata minuta*. Había sido destapado el verdadero asunto: el juicio político contra Willie Stark.

No sé si los otros lo proyectaron así o no. O si se vieron forzados a ello antes de haber proyectado lo que fuera cuando se imaginaron que el jefe iba dando demasiado vapor y aquella era su única oportunidad para mantenerse en la ofensiva. O si creyeron que el Señor había puesto al enemigo en sus manos y que podrían hundirlo sin remedio acusándole de intento de corrupción, coerción y chantaje de la legislatura, a más de otros insignificantes cargos de desaguisados o de inacción. Acaso contasen con algunos héroes entresacados de sus filas para atestiguar que habían sido víctimas del gobernador. Y se habría necesitado para

ello un héroe, además, pues solamente un tonto habría creído, a la luz de los antecedentes, que el jefe iba a andar con baladronadas. Aparentemente creyeron haber encontrado, o comprado, algunos héroes.

De todos modos, probaron fortuna, y durante un breve intervalo la vida no fue otra cosa que un continuo y veloz movimiento. Dudo que el jefe pudiera dormir en esas dos semanas. Me refiero en el lecho, pues no hay duda que pudo dormitar a ratos en el automóvil mientras recorría a toda velocidad las carreteras, o sobre una silla en el tiempo que mediaba entre la salida de un individuo por la puerta y la entrada del

siguiente. Pasó como una bala por los caminos del Estado, a ciento veinte kilómetros por hora, haciendo sonar la bocina a cada instante, yendo de ciudad en ciudad, de encrucijada en encrucijada, pronunciando entre cinco y ocho discursos diarios. Asomaba sobre la plataforma, casi agachado, saliendo fuera de la misma, como si todo el tiempo del mundo estuviese delante de él y todo fuese suyo. Comenzaba a hablar con tranquilidad:

—Amigos —decía—, va a haber algunas dificultades en la ciudad. Entre mí y esta legislatura de hijos de loba hambrienta, con cabezas de hiena, cara de falderillo y barrigones. Espero que

entiendan lo que digo. Bien, hace mucho que los observo, lo mismo que a los de su calaña; tanto que pensé que convenía realizar una breve excursión para ver qué parecían los seres humanos, antes de que me olvidase por completo. Y bien, todos parecéis humanos. Más o menos. Y sensibles. A pesar de lo que han dicho de vosotros allá en la legislatura, no obstante recibir cinco dólares por día del dinero procedente de vuestros impuestos para poder hablar allí. Dijeron que tuvisteis menos seso que un mosquito cuando emitisteis vuestro sagrado voto para elegirme gobernador de este Estado. Quizá no tuvieseis tan poco juicio. No me preguntéis, yo

experimento algún prejuicio. Pero —en ese momento inclinó la cabeza hacia delante, a la vez que un poquito hacia un costado, contemplándolos con los párpados entrecerrados, pues ya había impulsado la cabeza hacia delante y se le salían los ojos, rojos a causa de la falta de descanso— os formularé una pregunta. Y quiero que me contestéis. Necesito la respuesta ante Dios y bajo la mano terrible del Sumo Hacedor. Contestadme: ¿os he desilusionado? —Inclinándose violentamente en el aire mientras la pregunta sonaba todavía en sus oídos, dijo—: ¡Esperad! No me contestéis hasta que hayáis examinado en lo más recóndito de vuestro corazón

para saber la verdad. Porque ahí es donde la verdad se encuentra. No entre las páginas de un libro. No en un libro de Derecho ni en ningún pedazo de papel. En vuestros corazones. —Hizo una larga pausa mientras deslizaba la mirada lentamente, examinando los semblantes de la multitud. Después dijo —: ¡Contestad!

Yo esperaba el rugir del auditorio. No se puede remediar. Sabía que iba a producirse, pero esperaba y cada vez parecía una espera intolerable, hasta que la muchedumbre estallaba. Era como una zambullida profunda. Se comienza a ascender hacia la luz, a sabiendas de que todavía no se puede respirar; no,

aún no; y nos percatamos entretanto de que la sangre nos golpea en, la cabeza intolerablemente a destiempo. Luego se producía el rugido y yo experimentaba la misma sensación que cuando se emerge del agua después de tan profunda inmersión, y el aire es expulsado por nuestros pulmones y todo gira en la claridad. No hay nada semejante a la exclamación del auditorio cuando estalla de pronto y va en aumento, y parte de aquello que es cada hombre de los que integran la multitud, pero que no es él mismo. El tumulto aumentaba y disminuía y volvía a aumentar, mientras el jefe permanecía con el brazo derecho extendido en dirección al cielo y los

ojos inyectados en sangre.

Una vez que se apagaba el tumulto el jefe decía:

—¡He contemplado vuestros semblantes!

Y se repetían las aclamaciones.

Y continuaba:

—Y he visto una señal, ¡oh. Dios!

El tumulto iba en aumento.

—Y he observado gotas de rocío en las vedijas de lana y en el terreno seco. Y sangre en la luna. ¡Baldes llenos de sangre, muchachos! Y sé a quién pertenece esa sangre. —Y después, inclinándose en el aire y con la mano derecha como en actitud de asir algo que hubiese en la atmósfera, delante de él—:

¡Dadme ese hacha de carnicero!

Siempre ocurría de ese modo, o bastante parecido. Y recorriendo a gran velocidad el Estado, haciendo resonar Sugar-Boy incesantemente la bocina y casi rozando al pasar el tanque de gasolina y escupiendo mientras sus labios se movían silenciosamente y las palabras se le amontonaban en la cabeza antes de que pudiese pronunciar aunque más no fuese: «El b-a-s-t-a-r-d-o». Y el jefe, de pie sobre algo y con el brazo extendido (lo mismo lloviese que tronase, ya luciera el sol o fuera de noche y se valiera del rojo resplandor del farol que indicaba el surtidor de gasolina instalado en el parque de algún

establecimiento público). Y la multitud gritando entusiasmada. Y yo con la cabeza tan liviana por la falta de descanso que la sentía como si fuese tan grande como el cielo y cuando caminaba parecía hacerlo de puntillas sobre nubes de copos de algodón.

Así pasamos aquella temporada.

Pero había algo más: el jefe, sentado en el Cadillac, con todas las luces apagadas, parado junto a una casa en una callejuela, bastante después de medianoche. O en el campo, junto a una puerta. El jefe inclinado hacia un hombre, Sugar-Boy, o alguno de sus amigotes, como Heavy Harris o Al Perkins, y diciendo en voz baja y aprisa:

«Dile que venga. Sé que está ahí. Que será mejor que venga a hablar conmigo. Si no accede dile que eres amigo de Ella Lou y no se resistirá». O «Pregúntale si ha oído hablar alguna vez de Slick Wilson». O algo por el estilo. Después de eso se veía a alguno con la chaqueta del pijama embutida en los pantalones, tembloroso y con el semblante blanco en la oscuridad.

Y cuando no, el jefe sentado en un aposento lleno de humo y con una taza de café en el suelo o una botella y diciendo:

—Traigan al bastardo. Tráiganlo a mi presencia.

Una vez presente el individuo, lo

examinaba lentamente, de pies a cabeza, antes de decir:

—Esta es la única oportunidad.

Se expresaba lenta y fácilmente. Luego se inclinaba de pronto hacia el hombre y decía, todo lo contrario que antes:

—Maldito seas, ¿sabes lo que puedo hacer contigo?

Y podía hacerlo, pues tenía los medios para ello.

La tarde del 4 de abril de 1933, las calles que conducían al Capitolio se veían llenas de gente y no de la misma que por lo común se observa por estas

calles. Al menos no en tanta cantidad. El *Chronicle* se refirió aquella noche a los rumores acerca de una marcha sobre el Capitolio, sí bien afirmaba que la justicia no sería intimidada. Antes del mediodía del cinco de abril había bastantes más sombreros de fieltro y cuellos rojos y mujeres de edad con faldas amplias y vestidos de *crepé* de China llenos de polvo colorado alrededor del pespunte del borde desigual de la falda, gentes que no eran del campo sino de las cabeceras del distrito y acomodados habitantes de otras localidades. La multitud se encaminó hacia el Capitolio, sin cánticos ni gritos, y se diseminó por el

césped donde se hallaban emplazadas las estatuas.

Hombres provistos de trípodes y de cámaras iban apresuradamente por los costados de la multitud e instalaban sus equipos en las gradas del edificio o trepaban a lo alto de las estatuas para obtener fotografías. De tanto en tanto, a los flancos de la muchedumbre, divisábase el uniforme azul de un vigilante a caballo, y en el espacio abierto entre el público y el Capitolio se hallaban otros vigilantes, de pie, y algunos policías muy apuestos y desplegando gran actividad con sus uniformes verdes y sus botas negras y sus correajes de igual color, de cuyo

cinturón colgaba la funda con la pistola.

La muchedumbre comenzaba a gritar:

—¡Willie, Willie, que salga Willie!

Contemplé el espectáculo desde una ventana del segundo piso y me pregunté si el rumor llegaría hasta la Cámara de Diputados, donde estos se hallaban entregados a sus discursos, sus discusiones y sus dimes y diretes. Allí afuera, sobre el verde césped y a la luz del sol, todo era muy sencillo, sin discusiones de ninguna especie: «¡Willie, Willie, que salga Willie!». Eso era lo que se oía con ritmo prolongado, en tono bajo y áspero, lo mismo que la marea.

Luego observé que un Cadillac negro y grande se detuvo en el sendero delante del Capitolio. Un hombre descendió del vehículo, saludó con un movimiento de la mano a los vigilantes y se encaminó hacia la tribuna erigida para la banda de música, a un costado del césped. Era un individuo grueso: Tiny Duffy.

En seguida se dirigió a la multitud. Era imposible a esa distancia oír sus palabras, pero sabía lo que les estaba diciendo. Que Willie Stark les rogaba se dirigiesen pacíficamente a la ciudad y que esperasen con calma y estuviesen nuevamente allí a eso de las ocho, cuando tuviera algo que comunicarles.

Bien sabía yo lo que les diría. De pie ante la multitud les aseguraría que él era el gobernador del Estado.

Me contaba eso porque la noche anterior, a eso de las siete y media, me había llamado para entregarme un sobre grande de papel oscuro, y me había dicho:

—Lowdan está en el Hotel Haskell. Me consta que se halla en su habitación en este momento. Lléguese allá y permítale que dé un vistazo a esos papeles, pero no deje que les ponga la mano encima. Y dígale que aconseje a sus perros que se larguen. No es que interese mucho que lo hagan o dejen de hacerlo, porque ya han cambiado de

parecer.

Lowdan era el dirigente del grupo de los muchachos de MacMurfee en la Cámara.

Me presenté en el hotel y en la habitación del señor Lowdan sin anunciarme. Llamé a la puerta y al escuchar su voz, grité:

—Mensaje.

Se presentó a abrir un individuo grandote, de aspecto jovial, de finos modales y envuelto en un batín floreado. Al principio no me reconoció, no advirtiendo sino un sobre grande y oscuro y alguna especie de semblante por encima del mismo. Pero retiré el sobre precisamente en el instante en que

iba a tocarlo con la mano y franqueé el umbral. En aquel momento debió reconocerme.

—¿Cómo le va, señor Burden? —dijo—: Me han dicho que en estos últimos tiempos se ha visto muy atareado.

—Holgazaneando, nada más que holgazaneando. En eso andaba y se me ocurrió pasar a visitarlo y mostrarle algo que un individuo me entregó. —Extraje un papel grande del sobre y lo dispuse de modo que pudiese verlo—. No lo toque, que quema —le advertí.

No lo tocó, pero lo observó fijamente, y vi cómo la nuez le subía y le bajaba un par de veces; más tarde retiró

el cigarro de sus labios (un buen cigarro sin lugar a dudas, a juzgar por el aroma) y dijo que era falsificado.

—Se considera que las firmas son auténticas —dije—, pero si no está seguro puede telefonear a cualquiera de los muchachos cuyo nombre figura al pie, y asegurarse de hombre a hombre.

Meditó un momento y la nuez volvió a moverse, esta vez de una manera más activa, si bien ahora estaba aceptándolo como un soldado. O quizá seguía pensando que era falsificado.

Luego dijo:

—Aceptaré su sugerencia. —Se dirigió al teléfono. Mientras esperaba la comunicación levantó la mirada—. Haga

el favor de sentarse —indicó.

—No, muchas gracias —contesté, pues no consideraba el acontecimiento como social, precisamente.

Finalmente se estableció la comunicación.

—Monty. Aquí me han traído un manifiesto en el que se hace constar que los abajo firmantes sostienen que el juicio es injustificado y que emitirán su voto en contra, a pesar de la presión. Así, textualmente «de la presión». Su nombre figura entre los de la lista. ¿Qué dice de eso? —Hubo una larga espera y finalmente el señor Lowdan exclamó—: ¡Por amor de Dios, déjese de musitar y de hablar entre dientes y explique de una

vez! —Otra espera, y el señor Lowdan gritó—: Pedazo de… —Pero las palabras le fallaron y dejó caer de golpe el auricular, volviendo hacia mí su semblante, hasta poco antes jovial. Sus labios efectuaron un amplio movimiento, sin llegar a emitir ningún sonido.

—Bueno, ¿desea probar con alguien más? —inquirí.

—Es un chantaje —dijo tranquilamente, pero con voz bronca, como si no le restase más aliento. Luego, como si lo hubiese recuperado, prosiguió—: Es un chantaje, una coerción. Soborno, eso es, soborno. Le digo que han sobornado a esos individuos y que…

—Ignoro la causa de que hayan firmado ese documento —dije—, pero si por casualidad fuese cierto lo que asegura, se me ocurre esta moraleja: «MacMurfee no debe elegir representantes que puedan ser sobornados y que hagan cosas capaces de hacerlos caer en las redes del chantaje».

—MacMurfee… —comenzó a decir. Luego se sumió en el silencio, mientras su cuerpo envuelto en la tela floreada sobresalía delante de la repisa del teléfono. Sin duda tendría sus dificultades con el señor MacMurfee.

—Se me ocurre un pequeño detalle —dije—. Probablemente sería menos

embarazoso para ustedes, y sobre todo para los firmantes del documento, si los trámites para el juicio político se suspendieran antes de llegar a una votación. Podría tratar de que así se resolviese a última hora de mañana. Ello le dará tiempo para hacer sus arreglos y desligarse de la manera más elegante posible. Por supuesto, desde un punto de vista político sería más eficaz para el gobernador que el asunto se sometiese a votación, pero él desea facilitar la cuestión en lo posible, máxime cuando reina cierta intranquilidad al respecto en la ciudad.

No podía afirmar que me estuviese prestando la menor atención. Abrí la

puerta y miré hacia atrás.

—En definitiva —aclaré— es indiferente para el gobernador la forma en que se resuelva el asunto.

Cerré la puerta y me encaminé a la planta baja.

Eso había acontecido la noche del cuatro de abril. Al día siguiente, cuando vi a través de la ventana del segundo piso la cantidad de público que llenaba las calles y el césped ubicado más allá de las estatuas, frente al Capitolio, lamenté saber lo que sabía. De no haberlo sabido, habría podido permanecer allí lleno de excitación ante las posibilidades del momento. Pero estaba al tanto del desenlace de la obra.

Era como un ensayo general después de terminada la función. Allí, de pie, sentíame como el Altísimo cavilando sobre la Historia.

Esta debe haber sido una tarea tediosa para el Altísimo. Porque, ¿quién sabe cómo resultará? ¿Quién sabría, en verdad, cómo iba a ser la cosa antes de que Él mismo supiese que iba a haber tal Historia? Lo cual no deja de ser una verdadera paparrucha, pues eso comprende el Tiempo, y Él se halla fuera del mismo, porque Dios es la Plenitud del Ser y en Él el Fin es el Principio. Y eso es lo que puede leerse en los pequeños opúsculos escritos y repartidos en las esquinas por el hombre

grueso desaliñado, con la americana salpicada de caspa y los anteojos de armazón de acero, que supo ser procurador universitario y se casó con la muchacha de trenzas doradas y mejillas frescas y algo hundidas, allá en Arkansas. Pero esos opúsculos no eran sino pamplinas, opiné entonces, y pensé que Dios no puede ser la Plenitud del Ser. Porque la Vida es Movimiento.

Uso las mayúsculas, los mismo que el hombrecillo en sus escritos. Había estado sentado ante la mesa, frente a él, con los platos sucios aún apilados a un extremo y los libros y papeles en el otro, en su cuartucho al otro lado de las vías del ferrocarril, y él me había hablado y

escuchaba las letras mayúsculas en su voz «Dios es la Plenitud del Ser». Y yo le había contestado: «Parte de un punto equivocado, porque la Vida es Movimiento. Por… Porque la Vida es Movimiento hacia el Saber. Si Dios es la Sabiduría Perfecta, entonces es la Pasividad Perfecta, lo cual no es Vida, sino Muerte. En consecuencia, si existe semejante Dios de Plenitud del Ser, deberíamos adorar a la Muerte, el Padre». Eso fue lo que dije al hombre maduro, que me había contemplado por encima de los papeles y de los platos sucios y cuyos ojos enrojecidos habían pestañeado por encima de sus gafas de armazón de acero, colgados al extremo

de la nariz. Al sacudir la cabeza, una o dos chispitas de caspa habían descendido de los extremos del escaso cabello que bordeaba el cráneo dentro del cual habían tomado forma sus palabras en medio de las sacudidas eléctricas, en aquella oscuridad enmarañada y esponjosa y empapada de sangre. «Soy la Resurrección y la Vida», contestó, ante lo cual volví a repetirle que había tomado el rábano por las hojas.

«Porque la Vida es fuego que arde a lo largo de un trozo de cordón —¿o de un fusible unido a un barrilito de pólvora llamado Dios?— y el cordón es lo que no conocemos, nuestra

Ignorancia, y el sendero de cenizas que mantiene la estructura del corazón, si no sopla una racha de viento, es la Historia, el Conocimiento del hombre; pero está muerto, y cuando el fuego haya consumido todo el cordón, el Conocimiento del hombre igualará al de Dios y ya no existirá más fuego, que es Vida. O si el cordón conduce hasta el barrilito de pólvora se producirá una violenta explosión y hasta el sendero de cenizas volará por completo. Eso fue lo que dije al hombre de edad madura.

»Pero él me había contestado: "Usted piensa en términos finitos". A lo cual repuse: "No he pensado en nada de lo que he manifestado. Solamente trazo

un cuadro”. Se limitó a exclamar: “¡Ah!” de la manera que tantas veces le había oído, cuando jugaba al ajedrez con el juez Irwin en el amplio aposento de la casa blanca que daba sobre el mar. “Le trazaré otro cuadro —proseguí—, el de un hombre que trata de pintar una puesta de sol. Pero antes de que pueda mojar sus pinceles el color varía, lo mismo que la forma. Asignemos un nombre al cuadro que trata de pintar: *Conocimiento*. En consecuencia, si el objeto que el hombre contempla cambia continuamente, de manera que el Conocimiento de ello es continuamente incierto y por ende no hay sino No-Conocimiento, es posible entonces el

Movimiento Continuo. Y la Vida Eterna. De ahí que podamos creer en la Vida Eterna nada más que negando a Dios, que es la Sabiduría perfecta”.

»La respuesta del viejo fue que rogaría por mi alma.

Pero aunque no creyese en el Dios del viejo, esa mañana, mientras me hallaba ante la ventana del segundo piso del Capitolio, sentíame como Dios, puesto que estaba al tanto de lo que iba a acontecer. Sentíame como Dios cavilando sobre la Historia, pues desde el lugar de observación podía vislumbrar un trocito de Historia justamente enfrente. Allí estaban las estatuas de bronce sobre sus pedestales,

con sus personajes de levita o de casaca, la mano derecha introducida debajo de la prenda, a la altura misma del corazón; los que llevaban uniforme militar ostentando la mano derecha sobre la empuñadura de la espada. Y hasta había uno de los personajes ataviado con pieles de gamo y asido con la mano derecha del cañón de un rifle caído. Ya constituía Historia y el césped alrededor de sus pedestales se hallaba bien recortado y las flores adoptaban en sus lechos forma de estrellas, de círculos o de media luna. Luego, más allá de las estatuas, veíase al pueblo, que aún no constituía la Historia. No, de ningún modo. Pero a mí sí me lo

parecía, porque estaba al tanto del final del acontecimiento de que formaba parte. O al menos pensaba que lo sabía.

También sabía cómo considerarían a esa multitud los periódicos, tan pronto fuesen puestos en conocimiento del final de los sucesos. La considerarían como causa. «Un vergonzoso despliegue de cobardía por parte de la legislatura… dejarse intimidar por… deplorable falta de dirección…». Podía mirarse a la multitud allí congregada y oír los tonos bajos entre sus gritos, roncos como la marea, y pensar que esa multitud sería la causa del acontecimiento. Pero no, podía decirse que Willie Stark era el causante, al corromper a la legislatura y

hacerla víctima de un chantaje. Por otra parte, era posible contestar que Willie Stark simplemente había dado a la Cámara una oportunidad para conducirse de acuerdo con su naturaleza y que MacMurfee, que apoyara la elección de esos hombres pensando valerse del temor y de la voracidad de los mismos para sus propios fines, era el verdadero responsable. Es claro que a eso podría replicarse que la responsabilidad correspondía, después de todo, a esa aglomeración, indirectamente en cuanto había permitido que MacMurfee eligiese tales representantes; y directamente puesto que había elegido a Willie Stark, pese a

MacMurfee. ¿Pero por qué había elegido a Willie Stark? ¿A causa de un complejo de fuerzas que los convirtió en lo que eran, o porque Willie había sido capaz de inclinarse hacia ellos, con los ojos que parecían salirse de las órbitas y con el brazo derecho levantado hacia el cielo?

Una cosa era cierta: el ruido de esos gritos que subía y bajaba de un modo áspero no sería la causa de nada. Absolutamente de nada. Permanecí en la ventana del Capitolio y acaricié ese conocimiento como algo precioso, secreto y lleno de espinas, y no pensé en nada.

Observé al hombre grueso que

abandonaba el Cadillac negro y ascendía al quiosco de la banda, y a la muchedumbre que se movía, se disgregaba y desaparecía. Desvié la mirada hacia los ahora solitarios y desocupados policías, más allá de las estatuas —levitas, uniformes, pieles de gamo—, hacia el verde prado, ahora vacío y resplandeciente bajo el sol de primavera. Después de haber arrojado la última bocanada de humo, arrojé la colilla por la ventana y observé cómo daba vueltas y más vueltas hasta llegar a los escalones de la entrada.

En ellos se hallaría Willie Stark esa noche a las ocho, inundado de luz, pareciendo insignificante en lo alto de la

escalinata y frente a la enorme mole del edificio situado a su espalda.

Esa noche el pueblo se aglomeraría para llegar hasta los mismos escalones, invadiendo todas las sombras existentes más allá del área iluminada y agudamente definida. (Dos reflectores habían sido montados: uno sobre el pedestal de una estatua de levita y el otro sobre el de la estatua de piel de gamo).

Gritaron sin cesar el nombre de Willie, haciendo presión contra el cordón policial al pie de la escalinata. Más tarde, al cabo de un rato de espera, hizo su aparición por la puerta grande del Capitolio. Mientras se hallaba allí,

pestañeando ante la inmensa claridad, dejó de oírse su nombre; hubo un momento de calma, y después no se oyó sino un rugido. Parecía como si hubiera transcurrido mucho tiempo antes de que levantara la mano para acallarlo. Entonces el rumor pareció irse apagando lentamente, bajo la presión de su mano.

Estuve entre la multitud, junto con Adam y Anne Stanton, y lo vi aparecer sobre las gradas del Capitolio. Cuando el acto tocó a su fin, cuando dijo al auditorio lo que tuvo que decirle y volvió a penetrar en el interior del edificio dejando tras sí el nuevo e

incontenido tumulto, me despedí de mis dos amigos y fui a reunirme con el jefe.

Después lo acompañé hasta su palacio. Cuando me reuní con él en el vehículo, no había dicho una palabra. Sugar-Boy condujo a lo largo de las calles menos importantes, en tanto oíamos detrás de nosotros el rugido y el griterío y el sonido sostenido de las bocinas de los automóviles. Sugar-Boy se introdujo por una calle estrecha y tranquila donde las casas se hallaban edificadas retiradas del pavimento, iluminadas por entonces y con gente dentro en las habitaciones claras y donde las ramas llenas de capullos se entrelazaban por encima de nuestras

cabezas. En las esquinas en donde se hallaban los faroles del alumbrado público vislumbrábase el verde de las ramas.

Sugar-Boy detuvo el vehículo en la parte trasera del palacio. El jefe abandonó el vehículo y franqueó la entrada, seguido por mí. Atravesó el vestíbulo del fondo, donde no encontramos a nadie y después pasamos al vestíbulo principal. Caminó directamente, bajo las arañas y los espejos, más allá de la curva de la escalera, miró el salón, cruzó nuevamente el vestíbulo para echar una ojeada al saloncito de atrás, y más tarde a la biblioteca. Comprendí lo que

buscaba y dejé de seguirlo, limitándome a esperar en el centro del vestíbulo principal. No había dicho que me necesitaba, pero tampoco lo contrario. En realidad, no había dicho absolutamente nada. Ni una palabra.

Al regresar al vestíbulo desde la biblioteca, salía del comedor un negro con chaquetilla blanca.

—Muchacho, ¿has visto a la señora Stark? —preguntó el jefe.

—Sí, señor.

—¿Dónde, demonios? —gruñó el jefe—. ¿Crees que te estoy preguntando por mi salud?

—No, señor; no creía nada. Yo…

—¿Dónde? —inquirió el jefe esta

vez con una voz que hizo estremecer la araña.

Después de la primera parálisis los labios comenzaron a moverse en el oscuro rostro. Al principio sin resultado. Después pudo descubrirse algún sonido.

—Arriba…, ha ido arriba…, creo que se ha retirado a descansar.

El jefe subió la escalera.

Volvió casi en el acto, pasó junto a mí sin decir palabra y se introdujo otra vez en la biblioteca. Lo seguí. Se arrojó sobre el gran sofá de cuero, puso los pies sobre el mismo y dijo:

—¡Cierre esa maldita puerta!

Obedecí. Se recostó contra los

almohadones, a unos treinta grados sobre la línea horizontal y se examinó los nudillos.

—Era de imaginarse que me esperaría esta noche —dijo finalmente, sin desviar la mirada de los nudillos. Luego me miró—. Se ha retirado a dormir. Y ha cerrado la puerta. Dijo que le dolía la cabeza. Subí y allí estaba Tom, en la habitación de enfrente, haciendo sus deberes escolares. Antes de que hubiese tenido tiempo de tocar el picaporte salió y me dijo: «No desea que la molesten». Como si yo fuese un mensajero: «No la molestaré —le dije —. Solamente le referiré lo acontecido». «Le duele la cabeza y no

desea que la molesten», repitió. —El jefe vaciló, observó de nuevo los nudillos, volvió a mirarme y dijo con un leve tono de defensa en su voz—: Todo lo que deseaba era decirle cómo había terminado el asunto esta noche.

—Quiso que arrojara a Byram a los lobos —manifesté—. ¿No desearía que se tirase usted mismo a los lobos?

—Ignoro qué diablos es lo que quiere. No sé qué demonios quiere ninguno de ellos. Ningún hombre es capaz de decirlo. Pero lo que sí puede decir un hombre es esto: Si alguien tratase de gobernar las cosas de la manera que ellos desean que lo hagan, la mitad del tiempo, uno terminaría por

dormir en el suelo. ¿Y qué le parecería eso a ella?

—Me imagino que a Lucy no le haría ni pizca de gracia —aventuré.

—¡Lucy! —dijo, y pareció algo sorprendido, como si hubiese introducido un nuevo tópico en la conversación.

Luego recordé que el nombre de Lucy no había sido mencionado. Seguro que había estado hablando de Lucy Stark, él lo sabía y yo también. Pero tan pronto como hubo sido mencionado el nombre Lucy, en lugar del pronombre ella, hubo alguna diferencia. Como si la mujer hubiese penetrado en la habitación y nos hubiese mirado.

—Lucy —repitió. Y luego—: Muy bien, Lucy sería capaz de sufrirlo. Dormiría sobre el desnudo suelo y comería fríjoles; pero con eso no se cambiaría el mundo ni un ápice. ¿Pero será capaz de comprenderlo así Lucy? No, no puede. —Aparentemente le producía satisfacción pronunciar entonces ese nombre, decir *Lucy*, en vez de *ella*, como si probase algo acerca de alguna cosa, sobre ella o sobre mí mismo, al poder decirlo—. Lucy podría dormir sobre el duro suelo y sus esfuerzos se encaminarían a educar a Tom en sus mismos principios si se la dejara hacer su voluntad. Haría de tal modo que el muchacho se dejaría llenar

el cuerpo de perdigones por los chicos de seis años, sin tomarse la molestia de echar a correr para evitarlo. Es un muchacho fuerte; juega muy bien al fútbol y apuesto a que integrará el equipo cuando vaya al colegio, pero Lucy lo arruinará. Hará de él un alfeñique. Parece como si cuándo le digo una sola palabra al muchacho a ella se le hiele la cara. Esta noche llamé para que enviara a Tom con objeto de que contemplase la multitud reunida frente al Capitolio. ¿Cree que lo dejó ir? No, señor. Sugar-Boy vendría a buscarlo, pues a mí no me alcanzaba el tiempo para ello. Dijo que tenía que quedarse en casa para estudiar.

¡Estudiar! Lo que ocurre es que no le agradaba la idea de que fuese allá para vernos a mí y a la multitud.

—Tómelo con calma —dije—. Así es como tratan a sus hijos las mujeres. Además, si queremos ser personajes no tenemos más remedio que tragarnos los libros.

—Es vivo, bastante despierto y nada blando —aseguró—. Saca buenas notas en la escuela y progresa. Por supuesto que quiero que estudie. Y adelanta. Pero lo que no comprendo es…

Se oyeron unas voces en el vestíbulo y luego llamaron a la puerta.

—Vea quién es —dijo el jefe.

Abrí la puerta, irrumpieron los

rostros familiares, algo excitados, con el de Tiny Duffy a la cabeza. Rodearon al jefe, sonrientes y zalameros.

—Los hemos contenido. ¡Vaya si les hemos parado los pies!

—¡Es verdad, hemos parado ese reloj! ¡Y pasará mucho tiempo antes de que vuelva a sonar la hora!

Tales eran los comentarios de los recién llegados. En tanto el jefe yacía tendido y recostado contra los almohadones, a un ángulo de treinta grados, con los pies apoyados sobre el cuero del sofá y los ojos pestañeando y yendo de rostro en rostro, bajo los párpados entornados, uno experimentaba la impresión de que espiaba a través de

una tronera. No había dicho una palabra.

—¡Champaña! —reclamaba uno de los visitantes—, ¡champaña auténtico! Un cajón y que sea auténtico. De la misma Francia. Allá en la cocina lo está helando Sambo, jefe. ¡Hay que celebrarlo!

El jefe no dijo una palabra.

—¡Hay que festejarlo, jefe, ha sido un triunfo! ¿No va a celebrarlo?

El jefe no dijo una palabra.

—Duffy —dijo el jefe en voz baja —, si no está demasiado borracho, podrá advertir que no quiero que se haga el burro de esta manera aquí. Llévese a su gentuza al otro lado de la casa y no anden por donde pueda pisotearlos. —

Después hubo una pausa durante la cual sus ojos observaron los semblantes de los otros antes de volver a mirar a Duffy —. Creo que habrá comprendido la idea, ¿no?

Tiny Duffy había comprendido, lo mismo que los otros, y creí advertir una leve competencia entre los componentes de la logia para salir el primero.

El jefe observó unos instantes los hermosos paneles de la puerta cerrada y luego preguntó si yo sabía lo que había dicho Lincoln.

—¿Qué dijo? —pregunté.

—Que una Cámara dividida en contra de sí misma no podrá subsistir. Y estaba equivocado.

—¿De veras?

—Sí —aseguró el jefe—, porque este Gobierno es mitad esclavo y mitad hijo de perra, y subsiste.

—¿Cuáles son cuáles? —quise saber.

—Esclavos allá en la legislatura e hijos de perra aquí —dijo. Y a continuación agregó—: Solo que a veces se sobreponen entre sí.

Pero Lucy Stark no abandonó al jefe después de la solución de las dificultades propias del juicio político. Ni siquiera después de la elección siguiente, cuando el jefe fue reelegido en

1934. (El gobernador puede sucederse a sí mismo en nuestro Estado y el jefe lo hizo con venganza. Jamás hubo votación semejante). Creo que la causa de que ella no se separase fue Tom. Y cuando se fue de su lado no hubo el menor alboroto. Razones de salud. Se dirigió a Florida en busca de un largo descanso. Y a su regreso fue a residir a una pequeña propiedad que su hermana poseía fuera de la ciudad. Era una granja y criadero de aves. Tom solía pasar bastante tiempo a su lado, pero me imagino que para entonces ya se figuraría Lucy que no era más el nene de mamita. Por aquella época era un muchacho rollizo, presumido y ágil de

piernas, zaguero de fútbol nato, que ya había descubierto que en las botellas viene algo más que leche pasteurizada y que aproximadamente la mitad de la especie humana pertenecía a un sexo interesante y distinto del suyo propio. Lucy es posible que se imaginara capaz de hacer algo para retener a Tom y de ahí que no fuese completo su rompimiento con Willie. De tanto en tanto, si bien no muy a menudo, aparecía en público con el jefe. Por ejemplo, durante la excursión a Mason City —cuando el jefe y yo hicimos aquella visita de medianoche al juez Irwin—, Lucy hizo el viaje con nosotros. Ello aconteció el año 1936, y para entonces

nuestra dama llevaba un año en la granja de su hermana.

El mismo jefe solía acudir en ocasiones a la granja para salvar las apariencias. Dos o tres veces los periódicos —los afectos a la administración— publicaron fotografías de los tres componentes de la familia ante un gallinero o una incubadora. Las aves no hacían mal alguno sino que impartían una simpática atmósfera, un toque hogareño. Inspiraban confianza.

IV

Esa noche en que el jefe y yo visitamos al juez Irwin y cuando devorábamos el camino de regreso a Mason City, en medio de la oscuridad, me dijo:

—Siempre hay un algo.

—Quizá no en el caso del juez —aventuré.

—El hombre es concebido en el pecado y nace en la corrupción y pasa del mal olor de los pañales el hedor del sudario —recitó—. Siempre hay algo.

Y me dijo que investigase, que ahondase y sacase ese gato muerto con

trozos de piel todavía aferrados al cuero hinchado, tirante y enrojecido. Era una labor adecuada para mí, pues como ya he manifestado, fui otrora estudiante de Historia. Y al estudiante de Historia no le preocupa lo que extraiga de entre el montón de cenizas, del estercolero, de ese montón de basura sublunar que es el pasado de la humanidad. No le interesa que sea gato muerto o el diamante Kohinoor. De manera que era labor adecuada para mí esa excursión al pasado.

Sería mi segunda incursión de esa clase, más interesante y sensacional que la primera. En verdad habría de ser coronada por un éxito completo, lo cual

no había acontecido con la anterior. No, porque en mitad del proceso traté de descubrir la verdad y no los hechos. Luego, cuando la verdad no habría de ser descubierta, o cuando descubierta no estaba al alcance de mi comprensión, érame imposible vivir ante el frío reproche de los hechos. De ahí que abandonase la habitación, un aposento grande donde los hechos habitaban una gran caja de fichas de tres pulgadas por cinco, y anduviera caminando hasta que me fue asignada mi segunda labor de investigación histórica, que vino a ser conocida como «El caso del juez honorable».

Pero es necesario que refiera algo

acerca de mi primera excursión a los encantamientos del pasado. No es que tenga ninguna relación directa con la historia de Willie Stark, pero sí mucha con la de Jack Burden.

Y las historias de ambos personajes son, en cierto sentido, una sola.

Largo tiempo ha, Jack Burden era un estudiante graduado, dedicado a la preparación de su tesis acerca de Historia Americana, en la Universidad del Estado nativo. Ese Jack Burden (de quien el actual Jack Burden, «yo», no es sino el continuador legal, biológico y aun quizá metafísico) residía en un piso desaliñado, en unión de otros dos estudiantes graduados; uno trabajador,

estúpido, desafortunado y bebedor; y otro indolente, inteligente, afortunado y bebedor. Al menos eran bebedores durante un período posterior al primero del mes, en que recibían un cheque insignificante por su miserable labor en la Universidad, como profesores ayudantes. La actividad y la mala fortuna de uno se compensaba con la indolencia y la suerte del otro, con lo que ambos venían a quedar a igual altura y bebían cuando podían. Y eran bebedores porque era nulo su interés en lo que estaban haciendo por entonces y no tenían la menor esperanza en el futuro. Ni siquiera eran capaces de soportar el pensamiento de tener que seguir tirando

hasta obtener sus diplomas, ya que ello significaría abandonar la Universidad (dejar la bebida de los primeros del mes, las charlas acerca de «trabajo» y de «ideas» en habitaciones cargadas de humo, las muchachas que vacilaban ligeramente y reían indiscretas en las oscuras escaleras que conducían al piso), para ir a alguna escuela normal en un camino bañado por el sol o a un colegio menor donde habría mucho Jesús y poco dinero, para ir a hacer frente a la triste realidad de la rutina y la podredumbre y los ojos que no dejan de espiarnos y el lento marchitar de la ramita verde que es el sueño que, lo mismo que alguna planta en la ventana

del cuarto de un inválido, ha brotado de una botella. Solo que esa botella no contenía agua, sino algo que lo parecía, que olía a petróleo y sabía a ácido fénico; whisky de maíz destilado una sola vez.

Jack Burden vivía con ellos, en el piso desaliñado, entre los platos sin lavar en la pileta y sobre la mesa, entre el olor a tabaco viejo y las camisas y la ropa interior sucia amontonada en los rincones. Hasta disfrutaba en cierto modo con la suciedad, con el privilegio de dejar caer un último trozo de tostada al suelo, donde permanecería sin inconveniente hasta que cualquier tacón lo desmenuzase y lo incrustase en la

alfombra color barro; y con el espectáculo de la cucaracha grande que se arrastraba por entre el linóleo agrietado del cuarto de baño, mientras él se hallaba metido en la bañera. En una oportunidad había llevado a su madre al piso a la hora del té, y ella había permanecido sentada al borde del mullido sillón, con una taza rajada en la mano y hablando con una gracia frágil y calculada, indudablemente conformada por un profundo ejercicio de la voluntad. Vio que una cucaracha se aventuraba a salir de la puerta de la cocina y también que uno de los compañeros de Jack Burden aplastaba una hormiga sobre el borde interior del

azucarero y hacía saltar de un manotazo el cadáver de su dedo, cuya uña no estaba tampoco muy aseada. Pero ella no dejó de ser encantadora, a pesar de su semblante rígido. Tenía que reconocerlo en honor a ella.

Pero luego, mientras iba por la calle, inquirió por qué vivía de ese modo.

—Creo que estoy hecho para esa vida —contestó Jack Burden.

—Con esa gente… —dijo ella.

—No tienen nada de extraño —alegó él, que se preguntó si lo tendrían. Lo mismo que él.

Su madre permaneció en silencio un instante. Sus tacones resonaban vivamente sobre el pavimento, mientras

caminaba llevando los hombros menudos algo echados hacia atrás, las mejillas algo delgadas y los ojos azules y completamente inocentes apenas levantados hacia el vibrante ocaso de esa tarde de abril, tal como un presente muy costoso con cuya contemplación el mundo debiera mostrarse satisfecho.

Mientras iba junto a él, dijo pensativa:

—Ese muchacho de cabello oscuro no resultaría feo si se asease un poco.

—Eso es lo que dicen otras mujeres —contestó Jack Burden, que de repente experimentó odio hacia el del cabello oscuro, que había matado la hormiga sobre el azucarero y llevaba las uñas

sucias. Pero tuvo que seguir la conversación; algo en su interior le hizo proseguir—: Sí, y muchas de ellas ni siquiera se preocupan por su aseo. Lo toman tal cual es. Es el gran amante del piso. Y quien tiene la culpa de que estén hundidos los resortes de ese diván que hemos adquirido.

—No seas vulgar —dijo ella, pues en modo alguno le agradaba lo que se conoce como vulgaridad en la conversación.

—Te digo la verdad.

No contestó, y sus tacones siguieron repiqueteando. Luego comentó:

—Si tirase esas ropas tan espantosas y se pusiese algo decente…

—Sí —comentó Jack Burden— con sus setenta y cinco dólares al mes.

La madre observó también en ese instante sus ropas.

—Las tuyas no son mucho mejores —dijo.

—¿De veras? —preguntó Jack Burden.

—Te enviaré dinero para que te compres ropas decentes —ofreció.

Un par de días más tarde arribó el cheque, junto con una nota en la que le decía que adquiriese trajes decentes y demás accesorios. El importe subía a doscientos cincuenta dólares. Ni siquiera compró una corbata. Pero él y sus compañeros de pensión pasaron una

espléndida temporada que duró cinco días, de resultas de la cual el activo y desafortunado perdió el empleo y el indolente y afortunado se hizo demasiado sociable y, no obstante su suerte, contrajo una enfermedad social. Pero nada aconteció a Jack Burden, a quien jamás ocurría nada, por ser invulnerable. Quizá fuese aquella la maldición de Jack: ser invulnerable.

Y así, Jack Burden vivió en el desaliñado departamento con los otros dos estudiantes graduados, pues, aun después de haber sido despedido, el activo y desafortunado continuó viviendo allí. Simplemente dejó de participar en los pagos, pero allí se

quedó. Pedía prestado dinero para comprar cigarrillos, ingería de un modo áspero y malhumorado los alimentos que los otros compraban y traían para cocinarlos, y holgazaneaba durante el día, desaparecida la razón de ser industrioso. Una noche Jack Burden se despertó y creyó haber oído sollozos que partían del *living*, donde el industrioso y desafortunado dormía en una cama que se embutía en la pared. Y un buen día observaron su desaparición, sin que jamás volviesen a saber una palabra de él, ni a verlo jamás.

Pero antes de eso convivían en el piso en una atmósfera de camaradería y de comprensión mutua. Tenían esto en

común: todos se ocultaban. La diferencia estribaba en aquello de que se ocultaban. Los otros dos se escondían del futuro, del momento en que recibirían sus diplomas y abandonarían la Universidad. Jack Burden, empero, ocultábase del presente; y en este se refugiaban los otros dos, en tanto Burden lo hacía en el pasado. Los otros dos se sentaban en el *living*, bebían y discutían o jugaban a los naipes o leían, pero Jack Burden permanecía sentado en su habitación, ante una mesita de pino, con notas y papeles y libros delante de él sin escuchar apenas las voces. Alguna vez iba a tomar un trago, a echar una partida o a tomar parte en la discusión; pero lo

que era real estaba allá en su dormitorio, sobre la mesita de pino.

¿Y qué había sobre la mesita de pino del dormitorio?

Un gran paquete de cartas, ocho libros de contabilidad, ajados y encuadernados en negro, atados con una cinta descolorida, una fotografía de unos doce por dieciocho centímetros montada sobre cartón, manchada en la parte inferior por el agua, y un anillo de oro, de hombre, con algo grabado y un alamar hecho de cordón. El pasado. O esa parte del pasado conocida por Cass Mastern.

Cass Mastern fue uno de los dos tíos maternos de Ellis Burden, procurador

universitario, hermano de su madre, Lavinia Mastern. El otro tío se llamaba Gilbert Mastern y pasó a mejor vida en el año 1914, a los noventa y cuatro años de edad. Rico, constructor de ferrocarriles, miembro del directorio de una empresa, dejó a su sobrino (no Jack Burden) el paquete de cartas, los ocho libros de contabilidad, la fotografía y un buen montón de dinero. Unos diez años más tarde pasó por la imaginación del heredero el recuerdo de Jack Burden a quien no conocía personalmente como estudiante de Historia o algo parecido, y le envió las cartas, los libros y la fotografía. A la vez le preguntaba si creía que esos adjuntos eran de algún

«interés financiero» puesto que había oído decir que las librerías pagaban a veces una suma regular por documentos antiguos y *antebellum*, «reliquias y recuerdos». Jack Burden contestó que, puesto que Cass Mastern no era de importancia histórica como individuo, resultaba dudoso que ninguna librería pagase más de unos dólares, en caso de interesarse por el material, y solicitó instrucciones en cuanto al destino del paquete. La respuesta del heredero fue que; en vista de las circunstancias, Jack Burden podía conservarlo «por motivos sentimentales».

Y de este modo trabó conocimiento con Cass Mastern, fallecido en 1864 en

el hospital militar de Atlanta, que fue un nombre oído y olvidado por él y constituía el par de ojos ardientes y profundos que relumbraban en esa fotografía, al cabo de más de cincuenta años y a través del polvo y de la suciedad. Los ojos que eran Cass Mastern miraban fijamente desde el semblante largo y huesudo, pero juvenil, con labios gruesos que sobresalían de la barba algo delgada, negra y rizada. Esos labios no parecían pertenecer a semejante rostro ni a aquellos ojos tan ardientes.

El joven del retrato, de pie, visible de cintura para arriba, llevaba una prenda amplia e informe, con cuello

demasiado grande, corta de mangas, que dejaba al descubierto las muñecas robustas y las manos huesudas entrelazadas en la cintura. El cabello negro y espeso, peinado hacia atrás desde la frente alta, era largo y recortado en forma cuadrada, a la usanza de la época, del lugar y de la clase, casi hasta tocar el cuello de la dura y amplia casaca —que tal era la prenda— del soldado de Infantería del Ejército de la Confederación.

Pero el resto de la fotografía parecía accidental en contraste con los ojos negros y ardientes. Aunque no la casaca, llevada como resultado del cálculo y de la angustia, con orgullo o humillación,

con la convicción de que sería llevada hasta la muerte. Pero esa muerte no habría de producirse fácil y rápidamente, sino lenta y difícil en un hediondo hospital de Atlanta. La última misiva del paquete no llevaba la caligrafía de Cass Mastern. Postrado en el hospital a causa de su herida gangrenada, dictó la carta de despedida a su hermano Gilbert. La epístola, junto con el último de los libros de contabilidad en que Cass llevaba su Diario, fueron enviados eventualmente a su hogar, en Mississippi. Y el hombre recibió sepultura en algún lugar de Atlanta sin que nadie descubriese jamás dónde.

Hasta cierto punto era adecuado que Cass Mastern —con su casaca gris de cuello tieso y que pinchaba como si fuese un cilicio, lo que en verdad era para él, al mismo tiempo, la insignia de una gloria denegada— hubiera retornado a Georgia para pudrirse lentamente. Porque había nacido en Georgia, lo mismo que Gilbert y Lavinia, entre las rojas colinas del Norte hacia Tennessee. «Nací —explicaba la primera página del Diario— en una cabaña de troncos de Georgia del Norte, rodeado de pobreza; y si en mis últimos años he dormido en mullido lecho y utilizado vajilla de plata, no permita el Señor que muera en mi corazón el conocimiento

del frío y de la frugalidad. Porque todos los hombres venimos al mundo desnudos y en la prosperidad el individuo se inclina hacia el mal del mismo modo que las chispas vuelan hacia arriba». Esas líneas fueron redactadas mientras Cass era estudiante en el Transylvania College, allá en Kentucky, luego de que lo que él llamaba «su oscuridad y sus dificultades» cedieran paso a la paz de Dios. Porque el Diario comienza con un relato de esa «oscuridad y dificultades», y estas lo eran en realidad, con un hombre muerto y una mujer con vida y grandes arañazos en el semblante huesudo. «Hago constar esto en mi Diario —expresó— con toda la

sinceridad de que sea capaz un pecador, para que si alguna vez el orgullo me domina, ya sea en carne o en espíritu, pueda repasar estas páginas y conocer con vergüenza lo malo que en mí hubo, o pueda haber; porque ¿quién sabe qué brisa puede soplar sobre los troncos apagados y levantar de nuevo la llama?».

El impulso para escribir el Diario brotó de «la oscuridad y las dificultades», pero Cass Mastern al parecer era dueño de un cerebro sistemático y de ahí que comenzara por el principio: la cabaña de troncos de Georgia. Fue el hermano mayor, Gilbert, unos quince años mayor que él, quien

sacó a la familia de tal cabaña. De muchacho abandonó el hogar rumbo al Oeste, a Mississippi, e iba en camino de hacer fortuna con el algodón allá por los treinta años, es decir, en 1850. El muchacho pobre y sin duda hambriento que caminaba descalzo por el oscuro suelo de Mississippi habría de convertirse, diez o doce años después, en el amo que montaba el brioso caballo roano (su nombre era *Powhatan*, según el Diario) frente a la blanca terraza. ¿Cómo obtuvo Gilbert su primer dólar? ¿Asesinó a algún viajero en un cañaveral? ¿Lustró zapatos en alguna posada? No figura en los registros. Pero amasó una fortuna y disfrutó del fresco

en la terraza y votó por los conservadores. Terminada la guerra, cuando la terraza era un montón de cenizas y la fortuna se hubo hecho humo, no es de extrañar que Gilbert, que la obtuvo del aire mismo, a mano limpia, pudiera ahora, con toda su experiencia, su astucia y resistencia (esta última mayor aún al cabo de cuatro años de andar a caballo, de raciones reducidas y de desilusiones) obtener otra más grande, mucho más que la anterior. Si en sus últimos años se acordó alguna vez de su hermano Cass y sacó la última carta, la dictada en el hospital de Atlanta, debió meditar sobre ello con tolerante ironía. Porque he aquí lo que

aquel le dijo: «Recuérdame, pero sin pesar. Si alguno de nosotros es dichoso, soy yo. Gozaré de descanso y tengo esperanza en la misericordia del Eterno y en Su bendita elección. Pero tú, mi querido hermano, estás condenado a comer el pan lleno de amargura y a edificar en el lugar en que no hay sino cenizas y troncos chamuscados y a hacer ladrillos sin paja y a sufrir la ruina y la culpa de nuestra querida tierra y la culpa común del hombre. En el lecho contiguo al mío hay un joven de Ohio. Agoniza. Sus gemidos, sus maldiciones y sus preces no son distintos de los otros que se escuchan en el tabernáculo del dolor. Él se arrastró hasta allí en su culpa

como yo en la mía. Y en la de esta Tierra. Ojalá que la Salvación común nos levante del polvo. Y, querido hermano, ruego a Dios que nos conceda fuerzas para lo que ha de venir». Gilbert tendrá que haber sonreído al mirar hacia atrás, pues poco había sido el pan que comiera con amargura. Contaba con su clase de fuerza peculiar. Por el año 1870 estaba de nuevo en posición acomodada. Cinco o seis años más tarde era nuevamente rico. En 1880 su fortuna era inmensa, residía en Nueva York, su nombre era conocidísimo y su humanidad robusta, de movimientos lentos, con una cabeza como un bloque de granito en bruto. Había salido de un

mundo para vivir en otro. Acaso se encontrase más a gusto en el nuevo que en el viejo. O quizá los Gilbert Mastern se encuentren a gusto en cualquier mundo. Así como los Cass Mastern jamás lo están en ninguno.

Pero volvamos al tema; Jack Burden tomó posesión de los documentos del nieto de Gilbert Mastern. Y cuando llegó el momento de elegir tema para su disertación con miras al doctorado en Filosofía, su profesor le sugirió que editase el Diario y las cartas de Cass Mastern y escribiese un ensayo bibliográfico, un estudio social basado en ese y otros materiales. De ahí que Jack Burden diera comienzo a su

incursión primera en el pasado.

Parecía cosa fácil al principio. Era fácil reconstruir la vida de la cabaña de troncos en las colinas rojas. Allí estaban las primeras cartas de Gilbert luego que hubo comenzado a levantarse (Jack Burden se las ingenió para tomar posesión de los otros documentos de Gilbert Mastern relativos al período anterior a la guerra civil). También los consabidos cánones de vida, gradualmente modificados hacia el bienestar a medida que la anuencia de Gilbert era conocida a la distancia. Más tarde, en la misma temporada, fallecieron los padres, y Gilbert regresó para aparecer sin duda ante Cass y

Lavinia como una visión increíble, un espléndido impostor con su traje de buen paño, los zapatos relucientes, su ropa blanca y el grueso anillo de oro. Puso a Lavinia en una escuela de Atlanta, le compró baúles llenos de vestidos y se despidió con un beso. («¿No podrías haberme llevado contigo, querido hermano Gilbert? Habría sido una hermana tan diligente y cariñosa». De ahí que le escribiera con esa caligrafía tan de cuaderno, con tinta negra, en un lenguaje no suyo sino tan apropiado para la clase. «¿No puedo ir a tu lado ahora? No hay tarea insignificante que yo…». Pero Gilbert tenía otros proyectos. Llegado el

momento de que ella hiciese su aparición en el hogar, estaría preparada). Pero llevó consigo a Cass, que era ya un adolescente, vestido de negro y montado en una yegua briosa.

Tres años más tarde Cass ya no era tal adolescente. Había pasado tres años de rigor monástico en Valhalla, el hogar de Gilbert, bajo la dirección de un tal Lawson y del propio Gilbert, del que aprendió la rutina de la administración y el manejo de una plantación. Del señor Lawson, joven delicado de salud, tuberculoso, de Princeton, Nueva Jersey, un poco de geometría y de latín y mucho de teología presbiteriana. Le gustaban los libros y en una oportunidad (según el

Diario), Gilbert observó desde el umbral y al verlo inclinado sobre los mismos, dijo: «Al menos puede que sirvas para eso».

Pero sirvió para algo más. Cuando Gilbert le entregó una plantación reducida, la dirigió con tal astucia durante dos años (y con tanta suerte, además, pues tanto la estación como el mercado conspiraron en favor suyo) que al cabo de aquel plazo pudo entregar a Gilbert una parte considerable del precio de compra. Luego fue, o lo enviaron, a Transylvania. La idea pertenecía a Gilbert. Una noche se presentó en la plantación de Cass y lo encontró dedicado al estudio. Se llegó

hasta la mesa en que el hermano estudiaba, estiró el brazo y tocó el libro abierto con el látigo. «Podrías sacar algún provecho de eso», le dijo. El Diario decía eso, pero no qué clase de libro fue el tocado con el látigo. Pero no interesa. Aunque quizá sí, pues hay algo en nuestro cerebro o en nuestra imaginación que nos hace desear saberlo. Vemos la mano roja, cuadrada y robusta («mi hermano es fornido y sanguíneo»), que sobresale del puño blanco, blandiendo el látigo de montar que parece entonces frágil como una ramita. También advertimos el roce de la presilla del cuero contra la página del libro abierto, vivo, nada despreciable;

pero lo que no podemos discernir es la página.

De todos modos probablemente no se trate de un tomo de teología, pues parece dudoso que en tal caso Gilbert hubiese utilizado la frase: «podrías sacar algún provecho de eso». Pero pudo haber sido de poesía latina, empero, pues Gilbert había descubierto que, en pequeñas dosis, iba bien con la política y con el Derecho. De ahí que se decidiese la ida a Transylvania —después trascendió que por obra y gracia del amigo y vecino de Gilbert, el señor Jefferson Davis, que en su época fue estudiante de griego en ese establecimiento.

En Transylvania, en Lexington, Cass vino a descubrir los placeres. «He descubierto que existe una educación para el vicio, lo mismo que para la virtud, y conocí que ella había de aprenderse en la mesa de juego, en la botella, en las carreras y en las dulzuras ilícitas de la carne». Había salido de la pobreza de la cabaña y de la vida monástica de Valhalla y de las responsabilidades de su reducida plantación; y era alto y robusto y, a juzgar por el retrato, bien favorecido y de ojos ardientes. No era de maravillarse que descubriese el placer —o este a él—, pues aunque el Diario no lo dice, en los acontecimientos que

desembocaron en «oscuridad y en dificultades», Cass parece haber sido el perseguido más bien que el perseguidor. Al menos al principio.

El perseguidor es mencionado en el Diario como «ella» y «de ella». Pero Jack Burden supo su nombre, Annabelle Trice, señora de Duncan Trice, joven y próspero banquero de Lexington, Kentucky, íntimo de Cass Mastern y al parecer uno de los que lo iniciaron por los senderos del placer. Jack descubrió el nombre al revisar los archivos de los periódicos de Lexington, de mediados de 1850, con objeto de localizar la historia de una muerte. La víctima, el señor Duncan Trice; un accidente, según

los periódicos. El señor Trice se había disparado accidentalmente un balazo —según la versión periodística— mientras limpiaba un par de pistolas. Una de ellas, ya limpia, reposaba sobre el sofá en que tomara asiento, en su biblioteca, en el momento del accidente. El otro instrumento letal había caído al suelo. Jack Burden supo por los detalles del diario la naturaleza del caso; y una vez localizadas las circunstancias especiales del mismo, vino a saber la identidad de «ella». La viuda del señor Trice era una tal Annabelle Puckett, de Washington DC.

Annabelle Trice había conocido a Cass poco después de su llegada a

Lexington. Duncan Trice lo había llevado a su casa, pues había recibido una carta del señor Davis en la que recomendaba al hermano de su buen amigo y vecino, el señor Gilbert Mastern. (Duncan Trice había llegado a Lexington desde el sur de Kentucky, donde su padre fuera amigo de Samuel Davis, padre de Jefferson, cuando Samuel vivía en Fairview y criaba caballos de carreras). De ahí que Duncan Trice trajera a su casa al muchacho alto, que ya no era adolescente, le ofreciera un asiento en el sofá, le pusiese un vaso en la mano y llamase a su esposa, linda y de voz gruesa, para que conociese al forastero.

«Cuando ella hizo su entrada en la habitación, que iba sumiéndose en la penumbra, aunque la hora de encender las velas apenas había llegado, creí que sus ojos eran negros y el efecto fue de lo más notable, dado lo rubio de sus cabellos. Advertí también qué leve era su pisada y una especie de movimiento como si se deslizara, lo que, aunque su estatura era acaso poco más que moderada, daba impresión de gran dignidad…

et avertens rosea cervice refulsit
Ambrosiaque comae divinum vertice odorem

Spiravere; pedes vestis defluxit ad imos,
Et verra incessu patuit dea[5].

»Tal dijo el mantuano cuando hizo Venus su aparición y la verdadera diosa revelose por su parte. Hizo su entrada en la habitación y fue una verdadera diosa, tal como se reveló en sus movimientos. Y fue, pese a la Divina Gracia (si tal se concede a un haz de corrupción como yo) mi verdadera condenación. Me tendió la mano y me habló con una vocecita gruesa que me hacía pensar en el roce de mi mano sobre un género como de espeso terciopelo, o una piel. No habría sido calificada como voz

musical en el sentido en que generalmente se la considera, bien lo sé, pero no puedo sino dejar establecido el efecto que causó en mis órganos auditivos.»

Cass procedió a efectuar una descripción muy consciente de cada una de sus facciones y proporciones, una especie de inventario lleno de tortura, como si en medio de la «oscuridad y las dificultades», en el mismo momento de su agonía y de su repudio, hubiese de echar una última ojeada hacia atrás, aun a riesgo de ser convertido en estatua de sal. «Su rostro no era grande, aunque sí algo dado a la plenitud, la boca enérgica y los labios rojos y húmedos y

ligeramente separados o a punto de separarse. La barbilla reducida y firmemente moldeada; y el cutis de gran blancura (así parecía antes de que las velas fueran encendidas aunque después se vio que tenía algo de color). Su cabellera, de una abundancia notable y muy rubia, iba peinada hacia atrás desde la frente y terminaba en grandes trenzas anudadas en la nuca. La cintura era muy reducida y los senos, al parecer por naturaleza altos, llenos y redondos, eran más altos aún a causa del corsé. Su vestido, que recuerdo que era de seda azul oscura, estaba escotado hasta la curva misma de los hombros y por el frente dejaba ver cómo los pechos se

elevaban como si fuesen dos globos gemelos».

Cass la describía de ese modo y admitía que su semblante no era hermoso, «pero de proporciones agradables». El cabello, en cambio, era hermoso «y de una suavidad asombrosa, y en la mano parecía más fino y más suave que la mejor seda que pudiésemos concebir». De tal modo, «en medio de la oscuridad y las dificultades», surge en el Diario con cuánta abundancia se ha deslizado por entre sus dedos esa rubia cabellera. Según él, «la belleza radicaba en sus ojos».

Cuando hizo su entrada en el aposento, él había observado que sus

ojos parecían negros. Pero descubrió que estaba equivocado, y esa equivocación fue el primer paso hacia su ruina. Después del saludo («ella me saludó con gran sencillez y cortesía y me dijo que tomase asiento»), habló de lo oscura que estaba la habitación y de que el otoño siempre nos coge desprevenidos. Tiró entonces del cordón de una campanilla y se presentó un muchacho negro. Le ordenó que trajese luz y reanimase el fuego, ya apagado o a punto de estarlo. El sirviente regresó al instante con un candelabro de siete brazos y lo dejó sobre la mesita situada detrás del sofá en que me hallaba sentado. Encendió un fósforo, pero ella

le dijo que le permitiera encender las velas. Lo recuerdo como si solo hubiese sido ayer cuando estuve sentado en aquel sofá. Había vuelto la cabeza descuidadamente para observarla mientras arrimaba el fósforo a los pabilos. La mesita se interponía entre ambos. Inclinada sobre el candelabro, aplicaba fuego a los pabilos, uno tras otro. Inclinábase del todo y vi que el corsé levantaba los dos senos a la par, pero la misma inclinación era causa de que los párpados ocultasen de mi vista sus ojos. Después levantó un poco la cabeza, me miró a través de las velas recién encendidas y advertí en el acto que sus ojos no eran negros, sino azules,

de un azul tan oscuro que no puedo compararlo sino con el del cielo de las noches otoñales, cuando el tiempo es claro y no hay luna, y las estrellas acaban de salir. No había visto lo grandes que eran. Recuerdo haberme dicho a mí mismo con perfecta claridad: «No había sabido qué grandes eran», varias veces, lentamente, como hombre que se maravilla. Luego supe que me subía la sangre a las mejillas y sentí la lengua seca como ceniza en mi boca y toda mi virilidad despierta.

Aun ahora me es posible ver perfectamente claro la expresión de su semblante, aunque no sea capaz de interpretarla. A veces he pensado en ello

como si ocultase algo sonriente, pero no estoy seguro. (No lo estoy sino de esto: el hombre jamás se encuentra seguro y la condenación está siempre a mano. ¡Oh, Dios y Redentor mío!). Permanecí en mi asiento, con una mano sobre la rodilla y el vaso vacío en la otra, incapaz de alentar. Después dijo a su marido, que se hallaba detrás de mí: «Duncan, ¿no ves que al señor Mastern le hace falta un refresco?».

Transcurrió un año. Cass, bastante más joven que Duncan Trice y varios años menor que Annabelle, se convirtió en amigo íntimo de Duncan de quien aprendió mucho, pues el hombre era rico, elegante, hábil y de espíritu alegre

(«muy dado a la risa y lleno de vida»). El banquero lo inició en las carreras, en la botella y en el juego, pero no en las «ilícitas dulzuras de la carne». Duncan Trice era fiel y apasionado y para él no existía sino su mujer. («Cuando esta penetraba en la habitación los ojos del esposo posábanse en ella sin vergüenza y le he visto desviar su rostro y sonrojarse ante lo intenso de su mirada cuando había alguien presente. Mi opinión es que él lo hacía sin advertirlo; tan grande era su afecto hacia ella»). No, los demás componentes del círculo de Trice, los jóvenes, fueron quienes llevaron a Cass hacia la «ilícita dulzura». Pero no obstante los nuevos

intereses y placeres, Cass pudo dedicarse a sus libros. Había tiempo también para el estudio, pues hallábase dotado de gran vigor y resistencia.

Y así transcurrió el año. Había frecuentado mucho la casa de Duncan, pero entre él y Annabelle no se habían cruzado sino palabras de «cortesía y de jovialidad». En junio tuvo lugar un baile en casa de uno de los amigos de Duncan. En cierto momento del mismo el matrimonio Duncan y Cass fueron casualmente al jardín, donde tomaron asiento en una reducida glorieta cubierta por una enredadera de jazmines. Duncan regresó a la casa en busca de alguna bebida para los tres y la mujer y el

amigo quedaron sentados uno junto al otro en la glorieta. Cass hizo un comentario acerca de la dulzura del aroma del jazmín. En el acto ella dijo (su voz era baja y grave, pero su vehemencia me sorprendió): «Sí, sí, demasiado dulce. ¡Es sofocante! Creo que voy a ahogarme». Dicho lo cual colocó su mano derecha con los dedos extendidos, a través del escote de su pecho, bien por encima de la presión del corsé.

«Creyéndola indispuesta de repente (expresa Cass en su Diario) le pregunté si iba a desmayarse. Me contestó que no, en voz muy baja, casi ronca. No obstante, me levanté con la sana

intención de procurarle un vaso de agua. De pronto dijo de un modo áspero, con la sorpresa consiguiente para mí, toda vez que siempre se comportaba de manera tan educada: “¡Siéntese, no quiero agua!”. De manera que obedecí algo apesadumbrado, no fuese que sin querer la hubiese ofendido. Observé hacia el otro lado del jardín donde varias parejas paseaban a la claridad de la luna, a lo largo del sendero y entre los cercos bajos. Junto a mí oía su respiración, irregular y fatigosa. En seguida me preguntó por mi edad y le contesté que tenía veintidós años. Me dijo que los suyos eran veintinueve y musité algo, sorprendido. Rio a causa de

mi turbación y habló: “Sí, señor Mastern, le llevo siete años y parece que le sorprende”. Al contestarle que así era, continuó: “Sí, siete años es un largo plazo. Siete años atrás, señor Mastern, era usted un chiquillo”. Después rio con repentina agudeza, si bien se detuvo para agregar: “Pero yo no lo era, no, señor Mastern”. No contesté nada, pues no estaba mi cabeza como para pensar. A pesar de mi confusión, allí sentado, trataba de imaginármela siete años atrás, sin que me fuera posible representarme ninguna imagen. Entretanto regresó su marido de la casa».

Algunos días después Cass se ausentó a Mississippi para dedicar

varios meses a su plantación y, bajo los consejos de Gilbert, hacer una visita a Jackson, la capital, y otra a Vicksburg. Fue un verano muy atareado. A Cass le era posible entonces vislumbrar las intenciones de Gilbert: enriquecerlo y dedicarlo a la política. La perspectiva era lisonjera y brillante y nada fuera del alcance de una razonable expectación para un joven cuyo hermano fuera Gilbert Mastern. («Mi hermano es hombre muy taciturno y de gran imaginación, y cuando habla, aunque no practica ni la gracia ni la simpatía, todos los hombres, sobre todo esos tan sabios que han adquirido responsabilidad y poder, miden sus palabras con

respeto»). Y así transcurrió el verano, bajo la mano robusta y la mirada fría de Gilbert. Pero hacia el fin de la estación, cuando Cass comenzaba a pensar en su retorno a Transylvania, le llegó un sobre desde Lexington, cuya letra no le era familiar. Cuando desplegó la única hoja de papel, una flor chica y prensada, o lo que descubrió ser tal, se deslizó del sobre. Durante un segundo le fue imposible pensar qué era o por qué se hallaba en sus manos. Después la acercó a la nariz. El perfume, débil y empolvado, era de jazmín.

La hoja de papel estaba doblada dos veces, de manera que formase cuatro porciones idénticas. En una de ellas,

escrita con letra clara, enérgica y no muy grande, leyó. «¡Oh, Cass!». Y nada más.

Pero fue suficiente.

Una tarde lluviosa de otoño, justamente después de haber regresado de Lexington, Cass se presentó a saludar a los Trice. Duncan no se hallaba allí y había enviado un mensaje diciendo que se veía retenido en la ciudad por un asunto urgente y llegaría tarde para la comida. Cass escribió en su Diario referente a esta tarde. «Me encontré solo con ella en la habitación. Invadían la ya sombras como aquella primera vez, cuando pensé que sus ojos eran negros. Me saludó con gran cortesía y retrocedí

después de haberle estrechado la mano. Entonces advertí que ella me contemplaba fijamente, lo mismo que yo a ella. De pronto sus labios se separaron levemente y emitieron algo así como un suspiro contenido o un gemido. Como de común acuerdo nos estrechamos en un largo abrazo, sin que cambiásemos palabra durante el mismo. Así estuvimos mucho tiempo, o al menos lo pareció. La mantuve fuertemente contra mí, sin que cambiásemos un solo beso, cosa que cada vez que la recuerdo me parece bien extraña. ¿Pero lo fue? ¿Fue extraño que algún resto de pudor nos impidiese mirarnos a la cara? Sentía y oía la violencia de los latidos de mi corazón

dentro del pecho, que saltaba como si se hubiese desprendido de su gran cavidad, pero al mismo tiempo apenas acepté la verdad de mi situación. Hasta cierto punto sentíame poseído por la incredulidad, hasta en cuanto a mi identidad, mientras me hallaba allí de pie con la fragancia de sus cabellos que se me entraba por la nariz. No habría de creerse que yo fuera Cass Mastern, conduciéndome de tal manera en la casa de un amigo y bienhechor. No existía horror o remordimiento ante la torpeza del acto, sino la incredulidad a que acabo de referirme. (Experimentamos incredulidad ante la primera transgresión de una costumbre, pero

horror ante la violación de un principio. En consecuencia, lo que de virtud y honor hubiera conocido en el pasado, era un accidente de costumbre y no fruto de la voluntad. ¿O es que la virtud puede ser fruto de la voluntad humana? El pensamiento es orgullo).

»Como he manifestado, estuvimos largo tiempo juntos en estrecho abrazo, con su rostro hundido en mi pecho y mis ojos fijos al otro lado de la habitación, a través de cuya ventana contemplaba la creciente oscuridad de la tarde. Cuando finalmente levantó el semblante, observé que había estado llorando en silencio. ¿Por qué? Yo mismo me lo he preguntado. ¿Fue porque a punto de

cometer un mal irremediable pudo llorar por las consecuencias de un acto que se sentía imposibilitada de evitar? ¿O porque el hombre que la abrazaba era más joven que ella y ese abrazo le ofrecía el reproche de su juventud y de sus siete años de diferencia? ¿O porque su llegada se producía siete años demasiado tarde y lo era de manera inocente? No importa cuál fuese la causa. Si era lo primero, las lágrimas no pueden probar sino que el sentimiento no reemplaza al deber, si lo segundo, no prueba sino que la compasión de sí mismo no reemplaza a la sabiduría. Pero ella derramó lágrimas y finalmente levantó su rostro hacia el mío, con sus

grandes ojos brillantes con las lágrimas y aun ahora, aunque tales lágrimas constituyeron mi ruina, no puedo desear que no hubiesen sido vertidas, pues son una prueba de lo cálido de su corazón y de que cualquiera que fuese su pecado (y el mío) no cayó en el mismo con paso alegre y los ojos endurecidos por el deseo y la avaricia de la carne.

»Las lágrimas fueron mi ruina, porque cuando levantó su rostro hacia el mío, una veta de ternura se había mezclado en mis sentimientos y mi corazón pareció desbordarse dentro de mi pecho para llenar la gran cavidad dentro de la cual había estado saltando.

»Ella dijo:

»—Cass —por primera vez pronunció mi nombre de pila.

»—Sí —contesté.

»—Bésame, ya puedes hacerlo —dijo sin más preámbulo.

»Obedecí. Luego, en la ceguera de nuestra sangre mortal y con el apetito de nuestros corazones, fue ejecutado el acto. Allí en la misma habitación, mientras los sirvientes iban con pasos apagados de un lado a otro de la casa, con la puerta abierta, el marido por llegar y el aposento sin cubrir aún por la oscuridad de la noche. Pero estábamos seguros en nuestra propia temeridad, como si el corazón deseoso fuese capaz de producir una nube en que

envolvernos, tal como Venus una vez ocultó a Eneas de modo que pasara sin ser visto por entre los hombres, para aproximarse a la ciudad de Dido. En casos como el nuestro, la misma temeridad proporciona seguridad tal como la fuerza del deseo parece prestar la sanción de justicia y de rectitud.

»A pesar de que ella había llorado y pareció tomar parte en el acto llena de tristeza y de desesperación, inmediatamente después me habló con gran animación. Se hallaba de pie en el centro del aposento, disponiendo el cabello de manera que quedase en su lugar, y aventuré una observación acerca de nuestro futuro, bastante vaga, pues

aún me hallaba confuso, pero contestó así:

»—Oh, no pensemos en ello ahora —como si hubiese abordado algún tema sin consecuencias.

»Pronto llamó a un criado para que trajese luces, a la claridad de las cuales examiné su semblante, que encontré fresco y sin señales. Cuando llegó su marido, lo saludó de un modo familiar y cariñoso, al observar lo cual se me desgarró el corazón, si bien debo confesar que no de arrepentimiento. Más bien se trataba de celos violentos. Cuando él me habló y me tendió la mano, era tan grande mi confusión que me hallaba seguro de que mi semblante

no podía menos que delatarme.

Así comenzaba la segunda fase de la historia de Cass Mastern. Durante todo ese año, como antes, visitó con frecuencia la casa de Duncan Trice; y lo mismo que antes lo acompañó a los deportes, al juego, a beber y a las carreras. Aprendió, dice «a no arrugar la frente, a aceptar el estado de cosas». En cuanto a Annabelle Trice, asegura que, al mirar retrospectivamente las cosas, apenas creía que hubiera derramado lágrimas. Según él era «de naturaleza cálida, atrevida y de disposición cariñosa y aborrecía toda mención del futuro (jamás me permitía mencionar el porvenir); ágil, llena de

recursos, animosa y dispuesta a la satisfacción de nuestros apetitos, pero con una ternura femenina tal como cualquier hombre apreciaría en un hogar santificado». En verdad, debe de haber sido ágil y de grandes recursos, pues llevar adelante esas relaciones en semejante lugar y época sin ser descubierta tiene que haber sido todo un problema. Existía una especie de cenador al pie del jardín de Trice, al que podía entrarse sin ser observado desde la callejuela. Algunos de sus encuentros tenían lugar en el mismo. Una hermanastra de Annabelle, domiciliada en Lexington, aparentemente ayudaba a los amantes o hacía la vista gorda, si

bien parece que después de cierta presión por parte de Annabelle, pues Cass menciona una «escena tumultuosa». De modo que algunos de los encuentros tenían lugar allá, Pero de tanto en tanto Duncan Trice se veía obligado a abandonar la ciudad a causa de negocios, en cuyas oportunidades Cass era admitido en la casa avanzada la noche, incluso mientras los padres de Annabelle habían vivido con ella; de modo que yació en el mismo lecho que pertenece a Duncan Trice.

Hubo, empero, otros encuentros impremeditados. Momentos tomados al azar, y en que se hallaban a solas. «No hubo apenas rincón o hueco del

domicilio de mi amigo que no profanásemos en una u otra ocasión y hasta de manera descarada a la plena luz del día», escribió Cass en el Diario. Y cuando Jack Burden, el estudiante de Historia, fue a Lexington para conocer la antigua casa de los Trice, recordó la frase. La ciudad habíase desarrollado alrededor de aquella, habiendo desaparecido los jardines, con excepción de un trozo de prado, pero el edificio se hallaba bien conservado (cierta familia Miller lo habitaba y había respetado el lugar) y el visitante obtuvo permiso para visitar la propiedad. Escudriñó la habitación en donde por vez primera se encontraron y

donde ella levantó los ojos hacia Cass Mastern por encima de las velas recién encendidas y en la que, un año más tarde, había lanzado aquel suspiro, o gemido ahogado, y se había arrojado en sus brazos; y el vestíbulo, de bellas proporciones y con una hermosa escalera; y la biblioteca, oscura y reducida; y, finalmente, una especie de vestíbulo trasero, que era un «ángulo o rincón bien protegido» y provisto de muebles adecuados para la ocasión. Jack Burden estuvo en el vestíbulo principal, fresco y sumido en la penumbra, con el piso de un lustre apagado. En el silencio de la casa recordó aquel período, unos setenta

años atrás; las miradas encubiertas, los murmullos ahogados, el repentino crujir de las sedas (los vestidos de la época no habían sido diseñados ciertamente para estimular el vicio casual), la respiración entrecortada y los suspiros atrevidos. Bien, todo eso había acontecido mucho tiempo atrás, y Annabelle Trice y Cass Mastern estaban más muertos que la caballa, y la señora Miller, que ofrecía a Jack Burden una taza de té (era una lisonja para ella el interés «histórico» demostrado por su casa, aunque no sospechaba la naturaleza exacta del caso), no era en verdad «ágil» ni parecía «llena de recursos» y probablemente habría consumido toda su

energía en beneficio de la Iglesia episcopal de San Lucas.

El período de intriga, la segunda fase de la historia de Cass Mastern, duró todo el curso académico, parte del verano (pues fue obligado a regresar a su plantación del Mississippi y a asistir al matrimonio de su hermana Lavinia, cuyo marido era un joven bien relacionado y conocido como Willis Burden), y buena parte del invierno, cuando Cass estuvo de regreso en Lexington. Duncan Trice falleció el 19 de marzo de 1854 en su biblioteca (ángulo o rincón protegido de su casa) a causa de una bala de plomo, del tamaño aproximado del pulgar de un hombre, en

el pecho. Evidentemente, se trataba de un accidente.

La viuda asistió al funeral, erguida e inmóvil. Cuando una vez se levantó el velo para tocarse los ojos con un pañuelo, Cass Mastern advirtió que sus mejillas estaban pálidas como el mármol, a no ser por un toque de color, como si fuese el arrebato de la fiebre. Pero una vez en su posición el velo, descubrió los ojos fijos y relampagueantes «dentro de aquella sombra artificial».

El féretro fue conducido por Cass Mastern, junto con otros cinco jóvenes de Lexington, camaradas y compañeros de jarana de Trice. «El ataúd que yo

llevaba parecía no tener peso, aunque mi amigo había sido de cuerpo grande y tendente a la robustez. Mientras avanzábamos con el cadáver, maravillábame de lo liviano y, en una oportunidad, hasta llegué a imaginarme que iba vacío y que todo ello era una mascarada o parodia al extremo ridículo y blasfemo, sin ninguna finalidad y durante un sueño. O esa ilusión vino a mi cerebro para engañarme. Yo era el destinado a la burla, y todos los demás estaban unidos en la conspiración contra mí. Pero al atacarme ese pensamiento, experimenté de pronto un sentimiento de gran astucia y de salvaje alegría. Había sido demasiado despierto para caer en

la trampa. Me había percatado del engaño. Sentí impulsos de arrojar el féretro al suelo y reír en triunfo al ver su vaciedad expuesta a la luz al reventar el mismo. Pero no lo hice y contemplé cómo el ataúd descendía sobre la tierra que se hallaba a nuestros pies y cómo caían sobre él los primeros terrones.

»Tan pronto llegó a mis oídos el ruido producido por esos terrones experimenté gran alivio y luego un deseo superior a mis fuerzas. La miré, Arrodillada al pie de la tumba, ignoraba qué sentimientos la invadían. La cabeza veíase ligeramente inclinada y el velo le caía sobre el rostro. El sol resplandeciente inundaba su figura

vestida de negro, y érame imposible desviar la mirada de ella. Su postura parecía acentuar los encantos de su persona y sugerir a mis sentidos inflamados la flexibilidad de sus miembros. Hasta el tono fúnebre de su vestido parecía aumentar la provocación. El sol apretaba con fuerza y me daba en la nuca y penetraba en mis espaldas a través de mis ropas. Era extraordinariamente brillante, por lo que sentíame deslumbrado y mis sentidos sobrenadaban. Pero entretanto oía, como desde larga distancia, el ruido de las palas sobre la tierra amontonada y el sonido apagado de esta al caer dentro de la fosa.»

Aquella noche Cass fue al cenador del jardín. No estaban citados. Acudió simplemente movido por un impulso. Esperó mucho tiempo, y finalmente apareció ella, «vestida de negro, apenas más oscura que la noche». No habló ni hizo ninguna señal mientras ella avanzaba «deslizándose como una sombra entre las sombras», sino que permaneció de pie en el mismo lugar, en lo más oscuro del cenador. Ni siquiera cuando ella hizo su entrada delató su presencia. «No puedo tener la seguridad de que hubiese cualquier premeditación en mi silencio, causado por un impulso abrumador que se apoderó de mi ser, sellando mi garganta y paralizando mis

miembros. Antes de ese instante, y después, supe que no era honorable espiar a nadie, pero por entonces no me vinieron a la mente tales consideraciones. Tenía que mantener clavados en ella los ojos mientras la veía allí, de pie, pensando a solas en la oscuridad del cenador. Hacíame la ilusión de que, puesto que ella creíase a solas me sería posible penetrar en su ser y conocer qué cambio o qué efecto podía haber sido producido por la muerte del esposo. La pasión que me invadiera esa tarde, a punto de convertirse en paroxismo, al borde mismo de la fosa del amigo, había desaparecido. Estaba perfectamente frío.

Pero tenía que saber; o tratar de saber. Era como si pudiese conocerme a mí mismo conociéndola a ella. (Es defecto humano tratar de conocerse conociendo a los demás). (No podemos conocernos sino en Dios y en Su vida Omnipotente).

»Penetró en el cenador y tomó asiento en uno de los bancos, a poca distancia de donde me encontraba. Durante largo rato la observé, perfectamente rígida y erguida. Finalmente susurré su nombre todo lo bajo que pude. Si lo oyó no dio la menor señal de ello. De manera que volví a hacerlo, del mismo modo. Y luego por tercera vez. Entonces contestó: “Sí”, aunque sin cambiar de posición ni

volver la cabeza. Entonces proferí su nombre en voz más alta y al instante, con un movimiento de gran alarma, se levantó, ahogando un grito y con las manos levantadas hacia el rostro. Retrocedió y parecía que se hallaba a punto de desvanecerse, pero se repuso y me miró fijamente. Le pedí disculpas, diciéndole que no había sido mi ánimo asustarla, sino que esperaba que hubiese contestado "sí" a mi susurro antes de que hablase y le pregunté si lo había hecho. Contestó que sí.

»—Entonces, ¿por qué te mostraste nerviosa cuando volví a hablar? —le pregunté.

»—Porque ignoraba tu presencia

aquí.

»—Pero dijiste que habías escuchado mi susurro y respondido al mismo, y ahora aseguras que ignorabas mi presencia aquí.

»—No sabía que estuvieses aquí —repitió en voz baja y la importancia de sus palabras se me vino a la mente.

»—Escucha —dije—, ¿cuando oíste mi murmullo conociste que era mi voz?

»Me miró fijamente, sin responder.

»—Contesta —insistí, pues necesitaba saberlo.

»Continuó mirándome fijamente y al fin contestó como en duda:

»—No lo sé.

»—Creíste que era… —comencé,

pero antes de que pudiera proferir otras palabras, se arrojó sobre mí, asiéndome con desesperación, como una persona que está a punto de ahogarse y exclamando:

»—¡No, no importa lo que pensara! ¡Estás aquí! ¡Estás a mi lado! —Dicho lo cual atrajo mi cara hacia la suya y oprimió sus labios contra los míos para ahogar mis palabras. Los suyos estaban fríos pero no se separaban de los míos.

»Yo también estaba frío, como invadido de un frío mortal. Y la frialdad fue el horror final del acto que ejecutamos, como si dos muñecos pudiesen parodiar la vergüenza y la inmundicia del hombre para hacerlo

doblemente vergonzoso.

»Después dijo:

»—Si no te hubiese hallado aquí esta noche, no podría haber vuelto a existir nada entre nosotros.

»—¿Por qué? —pregunté.

»—Era una señal.

»—¿Una señal?

»—Una señal de que no podemos huir, de que… —se interrumpió para seguir murmurando ferozmente en la oscuridad— no deseo huir. Es una señal… de que, sea lo que quiera lo que hice, hecho está. —Permaneció tranquila un momento, y luego me pidió la mano —. ¡La otra, la izquierda! —exclamó después de haber asido y dejado caer la

derecha.

»La alargué a través de mi propio cuerpo, pues me hallaba sentado a su izquierda. Ella la tomó con su siniestra y la llevó hacia arriba, hasta dejarla aplastada contra su pecho. Luego, a tientas, me colocó un anillo en el dedo anular.

»—¿Qué es eso? —pregunté.

»—Un anillo, el suyo —contestó al cabo de una pausa.

«Entonces me vino a la memoria que él, mi amigo, siempre había llevado un anillo de matrimonio y sentí el metal frío sobre mi carne.

»—¿Se lo arrancaste de la mano? —inquirí, estremecido por el pensamiento.

»—No —contestó.

»—¿No? —pregunté.

»—No; se lo quitó él mismo. Fue la única vez que lo hizo.

»Permanecí sentado junto a ella a la espera de algo, no sabía qué, mientras ella retenía mi mano contra su pecho, que subía y bajaba. No me era posible pronunciar palabra.

»Entonces dijo ella:

»—¿Quieres saber cómo… cómo se lo quitó?

»—Sí —contesté en la oscuridad.

»Mientras esperaba su confidencia me humedecí con la punta de la lengua los labios resecos.

»—Escucha —ordenó con un

murmullo imperativo—, aquella noche, después… después que sucedió aquello… cuando la casa se hallaba tranquila otra vez, estaba sentada en mi cuarto, en la sillita junto al tocador, que siempre ocupo para que Phebe me arregle los cabellos. Creo que tomé asiento allí por la fuerza de la costumbre, pues me hallaba como entumecida. Vi cómo Phebe preparaba la cama para que me acostase (Phebe era su sirvienta, una muchacha fea y cetrina, dada a los accesos de mal humor). Vi cómo retiraba el almohadón y después observaba un lugar donde él mismo había reposado, del lado mío del lecho. Vino hacia mí con algo que recogió, me

miró fijamente, sus ojos son amarillos y cuando se los mira no es posible ver qué hay en ellos, y luego extendió la mano, cerrada, que fue abriendo poco a poco, y en la palma de la misma vi el anillo; supe que era su anillo, pero todo lo que pensé es que era de oro y se hallaba en una mano de oro. Porque la mano de Phebe es de oro —nunca había observado cómo el color de su mano es como el oro puro—. Levanté los ojos y vi que seguía mirándome fijamente y que sus ojos también eran de oro, duros y brillantes como el mismo metal. Y me percaté de que ella sabía.

»—¿Sabía? —repetí, como si fuese una pregunta.

»Pero entonces yo también supe. Mi amigo había sabido la verdad, por la frialdad de su mujer y las murmuraciones de los sirvientes, y se había quitado el anillo del dedo y lo había llevado al lecho, al lugar en que había estado junto a ella y lo había dejado debajo del almohadón, antes de bajar para suicidarse en la biblioteca. De acuerdo con las circunstancias nadie sino su mujer advertiría jamás que la cosa no era un mero accidente. Pero él había cometido un error de cálculo. La sirvienta cetrina había encontrado el anillo.

»—Ella lo sabe —murmuró mientras oprimía mi mano contra su pecho, que

subía y bajaba con gran agitación—. Lo sabe y siempre me mira y no dejará de mirarme. —De repente disminuyó su voz y un nuevo tono de lamentación se advirtió en ella—: ¡Lo contará! Todos lo sabrán. ¡Todos los de la casa me mirarán y lo sabrán, cuando me alcance un plato, cuando entre en mi habitación sin que sus pies hagan el menor ruido! —De pronto se levantó y dejó caer mi mano. Permanecí sentado y ella, de pie, junto a mí, vuelta de espaldas, oculta la blancura de su rostro y de sus manos; y ante mi vista, la negrura de su vestido se confundió con la noche, a pesar de la proximidad. Súbitamente, con una voz que no reconocí por su dureza, dijo en la

oscuridad por encima de mí—: ¡No lo resistiré nunca!

»Luego giró y se agachó para besarme en los labios. Después escuché sus pasos que corrían a lo largo del sendero de casquijo.

»Durante largo rato permanecí sentado en la oscuridad, dando vueltas al anillo que llevaba puesto.»

Luego del encuentro en el cenador, Cass Mastern no vio a Annabelle Trice varios días. Supo de su viaje a Louisville, donde, según sus recuerdos, contaba con algunos amigos. Como era natural, llevó consigo a Phebe. Enterado de su regreso acudió aquella misma noche, bien tarde, al cenador del jardín.

Allí estaba ella, sentada en la oscuridad. Lo saludó. «Parecía —escribió él más tarde— singularmente esquiva, remota, de maneras vagas, como persona sonámbula o aburrida. Le pregunté acerca de su excursión por Louisville. La respuesta fue breve y durante la misma explicó su viaje río abajo hasta Paducah». Él observó que no sabía que tuviese amigos en dicho lugar y ella dijo que no los tenía. De repente se volvió hacia él, desaparecida la vaguedad para dar paso a la violencia, y exclamó: «¡Estás entrometiéndote en mis asuntos, espiándome, y no lo toleraré!».

Cass masculló algunas palabras en defensa propia antes de que ella lo

interrumpiera:

—Sin embargo, si quieres saberlo, te lo diré. La llevé conmigo allá.

Durante un momento Cass mostrose realmente confundido.

—¿A quién? —indagó.

—A Phebe —fue la respuesta—. La llevé a Paducah y ha desaparecido.

—¿Dónde ha ido?

—Río abajo, río abajo —contestó. Luego rio bruscamente y dijo—: Y ya no volverá a mirarme de aquel modo.

—¿La vendiste? —inquirí.

—Sí, la vendí a un hombre que estaba preparando una remesa de negros para Nueva Orleáns. Y nadie me conoce en Paducah, nadie supo que me hallaba

allí y todos ignoran que la vendí, pues diré que huyó hacia Illinois. Pero la he vendido. Por mil trescientos dólares.

—Has conseguido un buen precio —aseguré—, hasta para una muchacha tan ágil como Phebe. —(Y, según expresa en el Diario, «rio con cierta amargura y rudeza» si bien no aclara el porqué).

—Sí, obtuve buen precio. Le hice pagar hasta el último centavo de su valor. ¿Pero sabes lo que hice después con el dinero?

—No.

—Cuando abandoné el vapor de Louisville había un anciano negro, sentado en el embarcadero, tocando la guitarra y cantando *Old Dan Tucker*. Me

llegué hasta él y le dejé el dinero en el interior de su viejo sombrero.

—Si ibas a abandonar el dinero, si sabía que estaba corrompido, ¿por qué no la liberaste? —preguntó Cass.

—Porque se quedaría aquí, no se iría; permanecería aquí para mirarme. Oh, no, no partiría, porque es la mujer de un cochero que tienen los Motley. Sí, permanecería aquí, mirándome y diciendo a todos lo que sabe. ¡Y eso no he de tolerarlo!

A lo cual respondió Cass:

—Si me lo hubieras dicho, yo habría libertado también al marido, pagando por él al señor Motley.

—No lo habría vendido. Los Motley

no venden a ningún sirviente.

—¿Ni siquiera para liberarlos? —continuó Cass.

Pero ella lo interrumpió:

—No permitiré que te inmiscuyas en mis asuntos, ¿comprendes?

—Se levantó de su lado y fue a situarse en el centro del cenador, donde él advirtió la blancura de su semblante en la oscuridad y oyó su respiración agitada.

—Creí que le tenías cierto afecto —dijo Cass.

—Así era —contestó ella— hasta que me miró de aquel modo.

—¿Sabes por qué obtuviste ese precio de ella? —inquirió Cass, que

prosiguió antes de que ella contestara—. Porque es amarilla y de buen ver y bien formada. Oh, los negreros no la llevarán encadenada con los otros. No la hostigarán. Más bien la llevarán con cuidado río abajo. ¿No se te alcanza el motivo?

—Sí, comprendo —dijo—; ¿y qué te va en esto? ¿Te ha flechado de tal modo?

—Eres injusta —dijo Cass.

—Oh, ya veo, señor Mastern —contestó—, ya veo que se muestra interesado por la honra de un cochero negro. Es un delicado sentimiento, señor Mastern. ¿Por qué —se aproximó a él, que seguía sentado en el banco—, por qué no demostró tan delicado interés en

el caso de su amigo? Que ahora ha pasado a mejor vida.

De acuerdo con el Diario se produjo en ese instante «una tempestad de sentimientos» en el pecho del señor Cass, que escribió: «De tal modo escuché por vez primera la acusación que en todos los climas ha sido calculada como capaz de hacer pestañear a todo hombre de buena crianza o de rectitud natural. Lo que el hombre endurecido es capaz de sufrir, cuando es pronunciado en su interior por una vocecilla, puede ser, cuando sale de una lengua extraña, una acusación lo suficientemente terrible para hacer que la misma sangre se agolpe a sus

mejillas. Pero no fue solo esa acusación en sí, pues ya me había hartado de semejante horror y me era largamente familiar. Ni simplemente la traición a mi amigo. Ni la muerte del mismo, contra cuyo pecho yo había apuntado el arma. Podría haberme manejado en cierto modo para vivir con tales hechos. Pero experimenté que el mundo a mi alrededor estaba cambiando, y la sustancia de las cosas, y que no había hecho sino comenzar un proceso de desintegración del que yo era el centro. En ese momento de perturbación, cuando el sudor frío brotó de mis sienes, no fui capaz de formar ninguna frase claramente en mi imaginación. Pero he

mirado atrás y luchado para arrancar la verdad. No fue el hecho de que una mujer esclava fuera vendida y arrojada de la casa en que contaba con protección y bondad y se la apartase de los brazos del marido para sumergirla en el vicio. Sabía de la comisión de esos hechos y ya no era ningún chiquillo, pues después de mi llegada a Lexington y de mi conocimiento con amigos más libertinos, con jugadores y asiduos a las carreras, yo mismo había disfrutado de tales diversiones. No fue solamente el hecho de que la mujer por quien hube sacrificado la vida y el honor de mi amigo pudiese, en su propio sufrimiento, volverse contra mí fríamente furiosa y

llena de insultos, al extremo de no reconocerla. Fue, por el contrario, el hecho de que todas esas cosas —la muerte de mi amigo, la traición para con Phebe, el sufrimiento y el furor y el gran cambio habido en la mujer que amara—, todo eso fue el resultado de mi simple acto de pecado y de perfidia, como las ramas salen del tronco y las hojas de las ramas. O para imaginárnoslo de manera diferente, como si la vibración producida en la estructura de este mundo se hubiese extendido infinitamente y con fuerza cada vez mayor y nadie supiese el fin. No lo expresé con palabras de esa manera, sino que permanecí allí, sacudido por una tempestad de

pensamientos».

Cuando Cass hubo dominado en cierto modo su agitación, preguntó a quién había sido vendida la mujer.

—¿Que, te interesa? —fue la respuesta.

—¿A quién vendiste la mujer? —repitió él.

—No te lo diré —aseguró ella.

—Lo averiguaré. Iré a Paducah y lo sabré.

Ella lo asió del brazo. Sus dedos introdujéronse en la carne «como garras» y preguntó:

—¿Para qué deseas ir?

—Para encontrarla —dijo él—. Para encontrarla, rescatarla y dejarla en

libertad. —No lo había premeditado. Oyó las palabras (escribió en su Diario) y supo cuáles eran sus intenciones. «Encontrarla, rescatarla y dejarla en libertad», dijo y sintió cómo se aliviaba la presión sobre su brazo y de repente, en la oscuridad, cómo le clavaban las uñas en el rostro y oyó una voz, una especie de silbido ronco que decía:

—¡Oh, si lo haces, si llegas a hacerlo…! No lo consentiré. ¡De ninguna manera!

Apartose de su lado y se arrojó sobre el banco. En la oyó gemir y sollozar. Era un sollozo «seco y duro como el de un hombre». Él no se movió. Luego oyó nuevamente su voz.

—Si lo haces, si llegas a irte y lo consigues… me mirará de aquel modo y no podré sufrirlo. —Luego, al cabo de una pausa, agregó muy tranquila—. Si lo haces, no volverás a verme.

Cass no contestó. Permaneció allí algunos minutos, no supo cuántos, antes de abandonar el cenador, en cuyo banco seguía sentada ella, y seguir a lo largo de la calleja.

A la mañana siguiente partió hacia Paducah. Averiguó el nombre del comprador, así como también que este había vendido a Phebe (una muchacha que respondía a su descripción) a un «particular» que se hallaba casualmente en la localidad por entonces, y cuyo

nombre era desconocido allí. Era de presumir que el mercader se había deshecho de la mujer para encontrarse en libertad de ponerse en camino con la caravana de negros tan pronto como estuviese formada. Se decía que había partido hacia el sur de Kentucky con algunos jóvenes de ambos sexos, en busca de más. Según lo predicho por Cass, no deseaba que la mujer desmejorase al integrar con ella la caravana y de ahí que la vendiese en Paducah con bastante provecho. Cass fue hasta Bowling Green, donde perdió la pista del hombre. Fue así como, más bien desesperanzado, escribió una carta al mercader, al cuidado del mercado de

Nueva Orleáns, preguntándole el nombre del comprador y cuanta información pudiera proporcionarle sobre el mismo. Hecho lo cual regresó de nuevo hacia el Norte y a Lexington.

Una vez allí dirigiose a West Short Street, a la barraca de Lewis C. Robards, establecida por este algunos años antes en el edificio del viejo «Teatro Lexington». Tenía idea de que el señor Robards, comerciante principal de la zona, podría localizar a Phebe, a través de sus relaciones río abajo, ante la perspectiva de una buena comisión. En la barraca no se hallaba sino un empleado que dijo que el señor Robards había ido río abajo, pero que el señor

Simms dirigía los negocios y se encontraba inspeccionando la casa de al lado. De ahí que Cass fue hacia la misma. (Cuando Jack Burden estuvo en Lexington investigando la vida de Cass Mastern, vio la casa aún en pie; un edificio de dos pisos, de ladrillo, del tipo tradicional de residencia, con el techo a todo lo largo, la puerta en el centro de la fachada, una ventana a cada lado, una chimenea en cada extremo y el cobertizo al fondo. Robards había guardado su «mercadería seleccionada» allí y no en los cajones, en espera de que fuese «inspeccionada»).

Cass encontró la puerta principal sin cerrar, penetró en el vestíbulo y no vio a

nadie, aunque oyó risas que venían de lo alto. Una vez subida la escalera, descubrió al extremo el vestíbulo un reducido grupo de hombres ante una puerta abierta. Reconoció a un par de ellos, jóvenes paseantes vistos por él en las calles de la ciudad y en las carreras. Al preguntar a uno si el señor Simms andaba por allá, le contestó que «dentro, mostrando la mercadería». Por encima de las cabezas de los del grupo Cass echó una ojeada hacia el interior. En primer lugar divisó un hombre bajo, de fuerte constitución, de aspecto pulcro, con el cabello negro, lo mismo que la corbata y la levita, los ojos relucientes, y con un látigo en la mano. Cass advirtió

en el acto que se trataba de un especulador francés, comprador de géneros de fantasía para Louisiana. El hombre miraba fijamente algo fuera del alcance de la vista de Cass, quien avanzó para ver también.

Allí vio al nombre a quien tomó por el señor Simms, individuo estrambótico, con chistera, y detrás de él una mujer joven, quizá de unos veinte años, algo esbelta, de tez apenas más oscura que el marfil, probablemente cuarentona, el cabello crespo y los ojos oscuros y húmedos, ligeramente enrojecidos, que observaba con atención un lugar por encima y más allá del francés. No lucía el acostumbrado vestido ordinario y el

pañuelo de la esclava en venta, sino un vestido blanco y cortado con amplitud, con mangas hasta el codo y falda hasta el suelo, y en vez de pañuelo una tira de cinta alrededor de sus cabellos. Detrás de ella, en habitación hermosamente amueblada («completamente amable», especificaba el Diario, si bien hacía notar la ventana con reja), Cass divisó una mecedora y una mesita; sobre esta, un canastillo de costura y un trozo de *crochet* con la aguja aún incrustada en él, «como si alguna dueña de casa respetable o alguna joven la hubiese dejado caer allí para levantarse y saludar a algún visitante». Cass hizo constar en el Diario que de pronto

hallose contemplando fijamente el *crochet*.

—Sí —decía el señor Simms—, sí. —Y tomó a la muchacha por el hombro y la hizo girar para que se la contemplase bien. Después tomole una de las muñecas y levantó el brazo a la altura del hombro, luego de lo cual lo elevó hacia delante y hacia atrás un par de veces para demostrar lo flexible de su articulación. Hecho esto tiró del brazo delante, en dirección al francés, colgando la mano de manera lacia desde la muñeca por él sostenida. (Según el Diario la mano era «bien formada y con dedos alargados» —). Sí, observe esta mano— decía el señor Simms—. No hay

dama que la tenga más chica ni más bonita. Y redonda y suave, ¿verdad?

—¿Acaso no tiene algo más suave y redondo? —gritó uno de los hombres de la puerta, y los otros rieron.

—Sí —aseguró el señor Simms, que se inclinó para tomar el borde del vestido y lo levantó, con movimiento delicado y veloz hasta más arriba de la cintura, mientras alargaba la otra mano para recoger la ropa contra una especie de tontillo, sujeto alrededor de la cintura. Sin dejar de sostener la ropa, anduvo alrededor de ella, obligándola a girar (ella «daba vuelta sin resistirse, como hipnotizada») hasta que sus reducidas nalgas halláronse frente a la

puerta—. Redondo y suave, muchachos —afirmó el señor Simms, que le aplicó una buena cachetada en la nalga más próxima, para hacer que se estremeciese —. ¿Habéis puesto alguna vez vuestra mano sobre algo más redondo ni suave, muchachos? —inquirió—. Declaro que es un almohadón. Y que se mueve como si fuese dulce jalea.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó uno de los hombres—. Y nada menos que con medias.

Mientras los otros reían, el francés se aproximó a la joven, estiró el brazo de manera que la punta del látigo quedase justamente por encima de la depresión existente antes del comienzo

de la saliente de las nalgas. Allí mantuvo con delicadeza la punta del látigo un instante, después lo aplastó a lo largo de la espalda y lo fue moviendo lentamente, de modo uniforme a través de cada nalga, como para demostrar la amplitud de la curva.

—Hágala dar vuelta —ordenó en lengua extranjera.

El señor Simms llevó obediente el vestido alrededor y el cuerpo siguió una media vuelta. Uno de los hombre de la puerta silbó. El francés colocó el látigo a través del vientre de la muchacha cual si fuese «un carpintero que midiese algo, o como para demostrar su poca saliente» y lo movió hacia abajo como antes,

delineando la estructura, hasta que llegó a descansar sobre los muslos, más abajo del triángulo. Entonces dejó caer la mano a un lado, junto con el látigo.

—Abre la boca —indicó a la muchacha.

La joven obedeció y él examinó atentamente su dentadura. Luego se inclinó y le tomó el aliento.

—Debo reconocer que tiene buen aliento —dijo, como a regañadientes.

—Sí, —aseguró el señor Simms—, le aseguro que no encontrará otro más perfumado.

—¿Tiene alguna otra a mano? —inquirió el francés.

—Sí, hay algunas.

—Muéstremelas —dijo el francés, que se dirigió hacia la puerta, al parecer con «la insolente pretensión» de que el grupo se disolviese ante él.

Salió al vestíbulo, seguido del señor Simms. Mientras este cerraba la puerta, Cass le dijo:

—Si es usted el señor Simms, deseo hablarle.

—¿Cómo? —dijo el señor Simms («gruñó», según el Diario); pero al mirar a Cass se volvió súbitamente cortés, pues el porte y los modales le decían bien a las claras que no se trataba de uno de esos mirones holgazanes. De modo que el individuo introdujo al francés en la habitación

próxima para que examinase a su ocupante y regresó juntó a Cass. El Diario hace constar que se habría evitado alguna molestia, de haber hablado en privado, pero por entonces el asunto pesaba tanto en su imaginación que los hombres que lo rodeaban eran como sombras para él.

Explicó sus deseos al señor Simms, describió a Phebe de la mejor manera a su alcance, dio el nombre del mercader de Paducah e hizo ofrecimiento de una comisión liberal. El hombre pareció dudar, prometió hacer cuanto estuviese a su alcance y luego dijo:

—Pero hay nueve posibilidades contra diez de que no se salga con la

suya, señor. Y aquí tenemos algo mejor. Ya ha visto a Delphy, es casi blanca y de aspecto mucho más sabroso y la mujer de quien me había no es sino mestiza. En cambio, Delphy…

—Pero al joven caballero le gustan las mestizas —dijo uno de los curiosos, que rio. Y los demás lo imitaron.

Cass le atizó una bofetada. Le dio en la boca, con el filo del puño, con fuerza como para hacerle brotar sangre, según escribió. «Le golpeé sin pensar, y recuerdo mi sorpresa al ver sangre sobre su barbilla. Advertí que extraía un cuchillo de monte de la cintura e hice un movimiento para evitar el primer golpe, que recibí sobre el hombro izquierdo.

Antes de que pudiera retirarme lo tomé de la muñeca con la mano derecha, le obligué a bajarla de forma que pudiese utilizar el brazo izquierdo, que hasta entonces conservaba alguna fuerza, y con un movimiento giratorio del cuerpo le quebré el brazo apoyándolo en mi cadera derecha, luego de lo cual lo dejé en tierra. Me apoderé del cuchillo, que también había ido a dar al suelo, y con el arma hice frente al hombre que parecía amigo del postrado y que igualmente llevaba un cuchillo en la mano. Pero pareció pensarlo mejor y no sentirse inclinado a proseguir la discusión».

Cass declinó el ofrecimiento de

ayuda del señor Simms y abandonó el edificio apretándose un pañuelo contra la herida. En West Short Street se desmayó y fue conducido a su casa, donde al día siguiente se halló mejor. Supo del abandono por la señora Trice de la ciudad, se presumía que para Washington. Dos días después su herida se infectó y durante algún tiempo estuvo delirando, entre la vida y la muerte. Su restablecimiento fue lento, acaso retardado por lo que él denomina en su Diario su «voluntad de ir hacia la oscuridad»; pero su constitución se impuso a su voluntad y recuperó la salud para conocerse a sí mismo como «el más grande de los pecadores y una plaga

sobre el cuerpo de la humanidad». Habría llegado al suicidio a no ser por su temor a la condenación por semejante acto, pues si bien estaba desesperado en cuanto a la Piedad, seguía aferrándose a la misma. Pero algunas veces el mismo hecho de la condenación a consecuencia del suicidio parecía ser la razón misma para cometerlo; había llevado a suicidarse al amigo y este se hallaba eternamente condenado por ello; en consecuencia, él, Cass Mastern, debería asegurar en justicia su propia condenación por el mismo acto. «Pero el Señor evitó que yo mismo me quitase la vida por medios que son suyos y se hallaban más allá de mi conocimiento».

La señora Trice no regresó a Lexington.

Él lo hizo a Mississippi. Durante dos años dirigió la plantación, leyó la Biblia, oró y, cosa bastante extraña, fue grande su prosperidad, casi contra su voluntad. Finalmente saldó su deuda con Gilbert y liberó a sus esclavos. Tenía alguna noción acerca de la explotación de su hacienda con el mismo provecho, sobre la base del salario.

—Necio —le dijo Gilbert—, puedes ser tonto en privado, si tal te place, pero ¡en nombre de Dios!, no lo seas en público. ¿Crees que podrás hacerlos trabajar si están en libertad? Lo harán un día y holgazanearán al otro. ¿Crees

posible tener una cuadrilla de esos negros libertos al lado de una plantación donde haya esclavos? Si querías liberarlos no tienes por qué pasar el resto de tu existencia alimentándolos. Hazlos salir de esta región y dedícate al Derecho o a la Medicina. O predica el Evangelio y por lo menos gánate el sustento con su prédica.

Cass trató de manejar su plantación con los libertos durante más de un año, pero se vio forzado a confesar que su proyecto fue un fracaso absoluto.

—Hazlos salir del país —le dijo Gilbert—. ¿Y por qué no te vas con ellos? Al Norte, por ejemplo.

—Mi lugar está aquí —contestó

Cass.

—Bueno, en ese caso, ¿por qué no te dedicas a bregar por la abolición aquí mismo? —inquirió Gilbert—. Haz algo, cualquier cosa, pero deja de hacer el tonto tratando de recolectar algodón con negros libertos.

—Puede ser que predique la abolición algún día —dijo Cass—. Y aun aquí, pero no por el momento. No valgo lo suficiente para instruir a los demás. No por ahora. Pero ahí está mi ejemplo. Si de algo sirve, nada se habrá perdido. Jamás se pierde nada.

—Excepto tu imaginación —dijo Gilbert, que abandonó pesadamente la habitación.

Había una sensación de tormenta en el aire. Únicamente la gran riqueza y el prestigio y el humorístico desprecio apenas oculto hacia Cass salvó a este del ostracismo, o aun de algo peor. («Su desprecio hacia mí es un velo —escribió Cass—. Me trata como a un niño tonto y caprichoso a quien hay que enseñar mejor y que no debe ser tomado en serio»). Pero no se produjeron dificultades. Uno de los negros de Cass tenía una mujer grandota en una plantación próxima. Después que ella hubo tenido algún disgusto de poca importancia con el capataz, su marido la robó y huyó con ella. La pareja fue alcanzada hacia la frontera con

Tennessee y traída de nuevo la mujer, pues el marido, al resistirse a la autoridad, fue muerto a balazos. «Mira todo lo que has conseguido —dijo Gilbert a su hermano—: un negro muerto y una negra apaleada. Te felicito». En consecuencia, Cass embarcó a sus libertos en un barco que iba río arriba y jamás volvió a saber de ellos.

«Observé cómo penetraba el barco en el canal y las ruedas batían contra la corriente y mi espíritu turbose. Sabía que los negros pasaban de un dolor a otro y que las esperanzas que alimentaban disiparíanse. Me besaron las manos y lloraron de alegría, pero no pude participar de su júbilo. No me

engañé creyendo haber hecho algo por ellos. Lo que hice fue por mí, para aliviar mi espíritu de una carga: la de su dolor y sus ojos clavados en mí. La mujer de mi querido amigo había visto los ojos de la sirvienta Phebe fijos en ella y se había excitado grandemente, dejó de ser quien era y vendió a la muchacha, arrojándola a la miseria.

»Y yo vi los ojos de los otros y los liberté para que se sumiesen en otro dolor, no sea que hiciese algo peor. Porque hay muchos que no pueden sufrir los ojos de ellos clavados en su persona y su desesperación los induce al mal y a los tratos crueles. Durante una década o más, antes de mi estancia en Lexington,

hubo un rico abogado llamado Fielding L. Turner, que contrajo matrimonio con una dama de buena posición de Boston. Esta dama, Caroline Turner, jamás había tenido negros a su alrededor y había sido educada en sentimientos contrarios a la esclavitud humana; pero pronto se hizo famosa por sus abominables crueldades llevadas a efecto durante accesos de pasión. Todas las personas de la comunidad reprobaron sus azotainas; realizadas con sus propias manos, a la vez que profería chillidos, según las informaciones. En una ocasión, mientras se dedicaba a azotar a un sirviente en un aposento del segundo piso de su residencia señorial,

un negrito hizo su entrada en el lugar y comenzó a gimotear. Lo tomó y lo arrojó con violencia a través de la ventana; la criatura fue a estrellarse contra el suelo, se quebró la columna vertebral y quedó inválido por el resto de su vida. Para protegerla contra la ley y la cólera de la Humanidad, el juez Turner la recluyó en un manicomio. Pero más tarde los médicos la declararon sana y la pusieron en libertad. En su testamento, el marido no le legó esclavos, pues de hacerlo —decía el testamento mismo— sería condenarlos a una muerte segura y pronta. Pero ella se los procuró, entre ellos un cochero amarillo llamado Richard, de modales suaves, sensible y

de disposición plausible. Un día lo hizo encadenar y le dio una paliza. Pero se desligó de las cadenas que lo sujetaban, se abalanzó sobre la mujer y la estranguló. Posteriormente fue capturado y ahorcado por asesino, si bien muchos hubieran deseado que su fuga se viese coronada por el éxito. Esa historia me fue referida en Lexington.

»Una señora me dijo:

»—La señora Turner no comprendía a los negros.

»Y otra:

»—La señora Turner hizo eso porque era de Boston, donde son abolicionistas.

»Pero no comprendí. Luego, mucho

más tarde, comencé a hacerlo. Comprendí que la señora Turner azotara a los negros por la misma razón que la esposa de mi amigo vendiera a Phebe y la enviara río abajo; no le era posible sufrir sus ojos clavados en ella. Comprendo, porque tampoco puedo sufrirlos yo. Quizá solo un hombre como mi hermano Gilbert puede retener, en medio de tanto mal, inocencia y fuerza suficiente para resistir las miradas fijas en él y hacer un poco de justicia en términos de gran injusticia.»

Y de ese modo Cass, dueño de una plantación y sin nadie que en ella trabajase, fue a Jackson, capital del Estado, y se dedicó al Derecho. Antes

de su partida, Gilbert vino a visitarlo y se ofreció para hacerse cargo de la plantación y trabajarla con su gente, mediante una participación en la cosecha. Pero Cass rehusó y Gilbert dijo:

—Pones reparos a que la trabaje con esclavos, ¿verdad? Permíteme decirte esto: si la vendes será trabajada por ellos. Es tierra negra y será regada con sudor negro. ¿Hay alguna diferencia, pues, según el sudor negro que caiga sobre ella?

Cass contestó que no la vendería, ante lo cual vociferó Gilbert, rojo de ira:

—¡Dios mío, es tierra, tierra!

¿Comprendes? Y la tierra clama por el brazo del hombre.

Pero Cass no vendió. Instaló un cuidador en la casa y arrendó una parcela de terreno a un vecino, para pastoreo.

Fue a Jackson, estudió hasta hora avanzada de la noche y vio cómo las dificultades se cernían sobre el país. Porque fue durante el otoño de 1858 cuando se dirigió a la capital. El 9 de enero de 1861 Mississippi votó la ley de secesión. Gilbert era contrario a la misma y escribió así a Cass: «¡Qué necios, no existe ninguna fábrica de armas en el Estado! ¡Son unos tontos al no haberse preparado para la defensa, si

es que han previsto las dificultades! Y si no las han previsto, son más que necios al conducirse de ese modo frente a los hechos. Es una majadería no contemporizar y, si es preciso, irse preparando para la defensa. ¡Todos son unos idiotas!». A lo que Cass respondió: «Ruego mucho por la paz». Pero algo más tarde escribió: «He conversado con el señor French, que como sabes es el jefe de armamentos, y dice que no dispone sino de algunos mosquetes antiguos para la tropa; y esos, de pedernal. Los agentes han registrado el Estado en busca de escopetas, a petición del gobernador Pettus. ¿Escopetas?, exclamó el señor French, que hizo un

mohín de desprecio con los labios. ¡Y qué escopetas! —agregó—. Luego me habló de un arma con la cual se había contribuido para la causa, un viejo cañón de mosquete sujeto con correas a un trozo de madera de ciprés, doblado a un extremo. Un esclavo viejo lo donó para la causa y uno no sabe si reír o llorar». Cuando Jefferson Davis hubo regresado a Mississippi, después de su renuncia al Senado, y tomado el mando de las tropas con el rango de Mayor General, Cass le hizo una visita, a petición de Gilbert. Luego escribió a su hermano lo que sigue: «El general dice que se han puesto a su disposición diez mil hombres, pero que ni siquiera un

puñado de rifles modernos. Pero también agregó el jefe que le había sido entregada una hermosa casaca con catorce botones de bronce al frente y un cuello de terciopelo negro. Quizás utilizaremos los botones en nuestras escopetas —dijo—, y sonrió».

Cass vio una vez más al señor Davis, pues se hallaba con Gilbert en el vapor *Natchez*, que condujo al nuevo presidente de la Confederación durante la primera etapa de su viaje desde su plantación, Brierfield, hasta Montgomery. «Estábamos en el viejo barco del señor Tom Leather —expresa el Diario—, que se supuso recogía al presidente algunas millas más allá de

Brierfield. Pero el señor Davis demoró la partida de su casa y fue llevado a remo hasta nosotros. Inclinado sobre la barandilla observé al pequeño esquife oscuro que avanzaba hacia nosotros en medio de las aguas coloradas. Un hombre nos saludó con el brazo, desde la embarcación. El capitán del *Natchez* observó la señal e hizo sonar estrepitosamente la sirena de su nave, que sacudió nuestros oídos y se esparció sobre la superficie de las aguas. El buque detuvo su marcha y el esquife se acercó. El señor Davis fue recibido a bordo. Mientras el buque de vapor avanzaba, el señor Davis miró hacia atrás y levantó la mano a guisa de saludo

al criado negro (Isaías Montgomery, a quien yo había conocido en Brierfield) que se hallaba de pie en el esquife, mecido por la estela de la embarcación mayor, y le decía adiós con la mano. Más tarde, mientras íbamos río arriba en busca de los acantilados de Vicksburg, se aproximó a mi hermano, que se hallaba de pie conmigo en cubierta. Una vez más, y ahora de manera más íntima, mi hermano felicitó al señor Davis, quien contestó que no podía derivar ningún placer de ese honor, y dijo:

»—Siempre he considerado la Unión con supersticiosa reverencia y he arriesgado voluntariamente la vida por su querida bandera en más de un campo

de batalla y ustedes, caballeros, podrán concebir mi manera actual de sentir, pues el objeto de mi devoción durante tantos años me ha sido arrebatado de las manos. —Y prosiguió—: Por el momento no cuento sino con el placer melancólico de una conciencia tranquila. Dicho lo cual sonrió, cosa que hacía con poca frecuencia, solicitó nuestra venia y se retiró al interior.

»Había observado la expresión de fatiga de su rostro, a causa de la enfermedad y de las preocupaciones, y lo delgado de la piel sobre sus huesos…

»Al hacer notar a mi hermano que el señor Davis no parecía hallarse muy bien, contestó:

»—Es un problema tener a un hombre enfermo como presidente.

»Alegué que a lo mejor no habría guerra, que el señor Davis confiaba en la paz, pero mi hermano dijo:

»—No te llames a engaño. Los yanquis pelearán con denuedo y el señor Davis es tonto si cree en la paz.

»—Todos los hombres buenos confían en la paz —contesté.

»Mi hermano profirió una exclamación inaudible y prosiguió:

»—Lo que deseamos, ahora que nos hemos embarcado en este asunto, es un hombre capaz de ganar, no solamente que sea bueno. Y no me interesa la tranquilidad de conciencia del señor

Davis.

»Mi hermano y yo proseguimos nuestro paseo por cubierta en silencio y reflexioné que el señor Davis era un buen hombre. Pero el mundo está lleno de hombres buenos. Medito ahora mientras escribo estas líneas y el mundo sigue encaminándose hacia la oscuridad y la ceguera de la sangre, aun a esta hora avanzada de la noche en que me hallo sentado en la habitación del hotel en Vicksburg y me siento movido a preguntar cuál será el significado de nuestra virtud. ¡Ojalá Dios escuche nuestros ruegos!»

Gilbert recibió el nombramiento de coronel de un regimiento de Caballería y

Cass se alistó como soldado en los fusileros del Mississippi. «Podrías ser capitán —dijo Gilbert— o comandante. Tienes bastante seso para ello y bien pocos son los que lo tienen». Cass contestó que prefería ser soldado y «marchar a la par de los demás hombres». Pero no pudo decirle la razón ni tampoco que, aunque marchase con los demás hombres y llevase un arma en la mano, jamás quitaría la vida a ningún enemigo. «Tengo que marchar a la par de los otros», escribió en su Diario, «pues son de los míos y con ellos debo compartir toda la amargura y aun en mayor medida. Pero no puedo quitar la vida a ningún hombre. ¿Cómo puedo

arrancársela a ningún adversario, yo, que he privado de la suya a mi amigo y con ello he hecho uso de mi derecho a la sangre?». Y así Cass partió para la guerra, portando consigo su mosquete, carga que para él no suponía nada, y colgado de un cordón; junto a la carne del pecho, debajo de su casaca gris, el anillo que otrora fuera el de casamiento de Duncan Trice y que una noche Annabelle le había colocado en el dedo en tanto él tenía la mano colocada sobre su pecho.

Cass marchó hacia Shiloh, por entre los verdes campos, pues era a principios de abril, y luego por entre los bosques que ocultaban el río. (El cornejo y el

ciclamor estarían florecidos por entonces). Atravesó los bosques, oyó el silbido del plomo sobre su cabeza, vio los caídos sobre el terreno y al día siguiente salió de entre la espesura y tomó parte en la difícil retirada hacia Corinth. Estaba seguro de que no sobreviviría a la batalla. Pero salió con vida y avanzó por el «camino lleno de gente, como en un sueño». Y escribió: «Experimenté que en adelante viviría en ese sueño». El sueño lo llevó nuevamente a Tennessee: Chickamauga, Knoxville, Chattanooga y otras innumerables escaramuzas y la bala que esperaba no vino en su busca. En Chickamauga, cuando su compañía

vaciló ante el fuego enemigo y pareció a punto de destrozarse en el ataque, ascendió rápidamente la colina y no pudo comprender su propia inviolabilidad. Y los hombres se rehicieron y continuaron. «Parecía extraño que yo, que en la voluntad de Dios buscaba la muerte sin hallarla, pudiera durante mi búsqueda conducir a ella a quienes no la deseaban». Ante las felicitaciones del coronel Hickman no pudo «encontrar palabras con que responder».

Pero si hubo de vestir la casaca gris con el espíritu irritado y con esperanza de expiación, la llevaba con orgullo, pues era una prenda igual a la de los

demás hombres junto a quienes marchaba. «He visto hombres que llevaron a cabo hazañas heroicas sin perder nada por ello». Y agregó: «No es difícil amar a los hombres por las cosas que aguantan y por las palabras que no pronuncian». Cada vez más tuvieron entrada en el Diario los comentarios del soldado de profesión entre las oraciones y los escrúpulos —críticas sobre el mando— (de Bragg después de Chickamauga), satisfacción y orgullo impersonal en el manejo de la artillería («la batería de Marlowe es excelente»), y finalmente la admiración por las fintas y las demoras llevadas a efecto por la virtuosidad de Johnston en su

aproximación a Atlanta, en, Buzzard's Roost, Snake Creek Gap, New Hope Church, Kenesaw Mountain («siempre existe alguna especie de gloria, no importa cuán maculada u oscurecida, en las manos de cualquier hombre que se conduzca bien, y el general Johnston se conduce así»).

Luego, más allá de Atlanta, la bala lo encontró. Yació en el hospital, donde fue pudriéndose lentamente hacia la muerte. Pero antes de que se produjese la infección, cuando la herida de la pierna ni siquiera parecía grave, supo que se acercaba su fin: «Moriré —escribió en el Diario—, y con ello se me evitará el final y la última amargura de

la guerra. He vivido sin hacer bien a ningún hombre, he visto sufrir a otros por mi pecado y no pongo en duda la justicia de Dios, que otros han sufrido por mi culpa, pues es posible que solo a través del sufrimiento del inocente afirme Dios que los hombres son hermanos, hermanos en Su Santo Nombre. Y en esta sala y conmigo en este instante, hay hombres que sufren por los pecados propios y extraños a la vez. Es un consuelo saber que solo sufro por los míos». No solo supo que iba a morir sino que la guerra había terminado. «Ha tocado a su fin; todo ha terminado menos la muerte, que seguirá avanzando todavía. Aunque la llaga ha alcanzado el

punto máximo y ha reventado, el pus seguirá manando. Los hombres se reunirán y morirán con el pecado común del hombre y con la culpa que los envió hasta aquí desde lugares lejanos y desde fuegos lejanos. Pero Dios, en Su Misericordia, me ha ahorrado el fin. Bendito sea Su nombre».

No había nada más en el Diario, a no ser la carta para Gilbert, escrita con letra extraña, dictada por Cass luego de haberse debilitado demasiado para manejar la pluma. «Recuérdame, pero sin pena. Si alguno de nosotros es feliz, ese soy yo…».

Cayó Atlanta. En la confusión, la tumba de Cass Mastern quedó sin

señalar. Alguien en el hospital, un cierto Albert Calloway, guardó los papeles de Cass y el anillo sujeto al cordón alrededor de su cuello; y mucho después, por supuesto después de la guerra, lo remitió a Gilbert con una esquela muy cortés. El destinatario conservó el Diario, las cartas de Cass, su retrato y el anillo con el cordón. Luego de su fallecimiento, el heredero de Gilbert envió el paquete a Jack Burden, estudiante de Historia. Tal la causa de que viniesen a descansar sobre la mesita de pino del dormitorio de Jack en la desaliñada pensión que ocupaba con otros dos estudiantes graduados: el desafortunado, industrioso y bebedor, y

el afortunado, perezoso y bebedor.

Jack Burden vivió con los documentos de Cass Mastern durante un año y medio. Quiso conocer todos los hechos del mundo en que vivieron Cass y Gilbert y conoció muchos de ellos. Y experimentó la sensación de que conocía a Gilbert. Este no había escrito ningún Diario, pero Jack Burden experimentaba que conocía ya a ese hombre, con la cabeza como bloque de granito desnudo, que había salido de un mundo para vivir en otro y se halló a gusto en los dos. Pero vino el día en que Jack se hallaba sentado ante la mesita de pino y adquirió su desconocimiento de Cass Mastern. No era necesario llegar a conocerlo

para recibir su diploma; sino solamente saber los hechos del mundo en que actuó el personaje. Pero sin conocer a Cass Mastern no le era posible establecer los hechos sobre el mundo en que viviera. Eso no se lo dijo a sí mismo Jack Burden. Simplemente estuvo sentado ante la mesita de pino, noche tras noche, mirando fijamente la fotografía y no escribiendo nada. Luego se levantaba para beber un vaso de agua y esperaba un rato en la cocina, con un vaso en la mano, hasta que el agua del grifo saliese fresca.

He dicho que Jack Burden no podía establecer los hechos relativos al mundo en que vivió Cass Mastern al no conocer

a este. Jack no se dijo definitivamente a sí mismo por qué no lo conocía. Pero yo (que soy lo que vino a ser Jack Burden) miro ahora hacia atrás, años después, y voy a tratar de decir el porqué.

Cass Mastern vivió pocos años y en este tiempo aprendió que el mundo es todo de una pieza. Que es como una enorme tela de araña, y que si se toca, por muy levemente que sea, en cualquier punto, la vibración alcanza el punto más remoto del perímetro y la araña somnolienta siente la sacudida, abandona la somnolencia y salta para arrojar los pliegues de gasa que hemos tocado a nuestro alrededor e inyectar el negro y entumecedor veneno bajo

nuestra piel. No importa que queramos o no rozar el tejido de las cosas. Nuestro pie dichoso o nuestra ala alegre puede resultar rozado, aunque sea muy levemente, pero lo que sucede, sucede, y siempre existe una araña, negra y peluda, con ojos grandes y facetados que relucen como espejos al sol o como los ojos de Dios y con el veneno chorreando.

Pero, siendo como era Jack Burden, ¿cómo iba a comprenderlo? Leía las palabras escritas por Cass Mastern muchos años antes en la solitaria casa de la plantación, luego de haber puesto en libertad a sus esclavos, o en el estudio de abogado en Jackson,

Mississippi, o a la luz de la vela en su habitación del hotel de Vicksburg, después de su conversación con Jefferson Davis, o al fuego mortecino de algún vivac, mientras los hombres veíanse tendidos en el suelo en la oscuridad de la noche, y esta se hallaba llena de un rumor apagado, triste y como un susurro, como el viento que se filtrase por las hojas de los pinos, que no era, empero, tal viento por entre los pinos, sino la respiración de millares de hombres que dormían. Jack Burden leía esas palabras, ¿pero cómo podía esperarse que las comprendiese? No eran sino palabras para él, ya que el mundo no se le presentaba por entonces

sino como simple acumulación de hechos, partes de cosas como esas rotas, en desuso y cubiertas de polvo abandonadas en la buhardilla. O bien se trataba de una multitud de cosas delante (o detrás) de sus ojos y una de ellas no tenía en definitiva ninguna relación con ninguna otra.

O acaso dejase a un lado el Diario de Cass Mastern, no porque le fuese imposible comprenderlo, sino por temor a comprender ante la perspectiva de que en lo comprendido existiese algún reproche hacia él.

De todos modos, dejó de lado el Diario y se sumió en uno de esos períodos del Gran Sueño. Llegado a

casa por la noche y sabedor de que no podía trabajar, dábase a dormir inmediatamente durante doce, catorce y hasta quince horas, experimentando mientras dormía que cada vez se hundía más y más en el sueño, como el buzo que va a tientas hacia abajo en el agua oscura, sabedor de que en ella puede haber algo y que reluciría de haber alguna luz en lo profundo; pero esa luz no existe. Luego, por la mañana, yacía en el lecho sin desear nada, sin siquiera experimentar hambre, oyendo los pequeños ruidos del mundo que penetraban en la habitación, por debajo de la puerta, a través de los vidrios, por entre las grietas de la pared y los

mismos poros de la madera y del estuco. Después pensaba: «Si no me levanto no podré volver a acostarme». Y se levantaba y salía a un mundo que le parecía muy desconocido, pero de una manera nada familiar y que era como un suplicio de Tántalo, tal como el mundo de la infancia al que un anciano retorna.

Luego, una mañana salió a ese mundo y no regresó a la habitación de la mesa de pino. Los libros negros en que se hallaba redactado el Diario, el anillo, la fotografía, el paquete de cartas, todo fue dejado a un lado, junto al inmenso montón de hojas manuscritas, la labor de Jack Burden, que ya comenzaba a rizarse por los bordes bajo el peso del

pisapapeles.

Algunas semanas después, la dueña de la pensión le envió un gran paquete, a portes debidos, con todas las cosas dejadas por él sobre la mesita de pino. El paquete, sin abrir, viajó en su compañía, de habitación amueblada en habitación amueblada, hasta el piso que habitó durante algún tiempo con su bella esposa Lois, y cuando llegó el momento en que salió para no volver, para otras habitaciones amuebladas y cuartos de hoteles. Era un paquete grande y algo cuadrado cuya envoltura de papel madera iba volviéndose amarilla y las cuerdas cada vez más flojas y en el que el nombre Mr. Jack Burden iba

marchitándose lentamente.

V

Tal fue el final de mi primera excursión por los encantos del ayer, mi primera tarea de investigación histórica. Como ya he indicado, no constituyó un éxito. Pero mi segunda tarea lo fue; y sensacional. Se trata del caso del «juez honorable» y tuve toda la razón del mundo para felicitarme a mí mismo por lo bien llevado del asunto. Resultó un perfecto trabajo de investigación con un solo defecto: tuvo algún significado.

Como se ha dicho, todo ello comenzó cuando el jefe, sentado en el Cadillac negro que devoraba kilómetros

y más kilómetros durante la noche, me dijo (a mí, que era lo que había llegado a ser Jack Burden, el estudiante de Historia):

—Siempre hay algo.

—Quizá no, tratándose del juez —contesté.

—El hombre es concebido en el pecado y nacido en la corrupción y pasa del mal olor de los pañales al hedor del sudario. Siempre hay algo —indicó a su vez.

El Cadillac negro zumbaba a lo largo del camino de cemento, los neumáticos rechinaban en la oscuridad y los campos con jirones de niebla desfilaban raudos a los costados. Sugar-

Boy iba inclinado sobre el volante, que parecía demasiado grande para él, y el jefe erguido en el asiento delantero. Veía la masa negra que era su cabeza recortada contra el túnel de luz a lo largo del cual nos deslizábamos. Después, me adormecí.

La detención del vehículo me despertó. Advertí que nos hallábamos de regreso en la casa de los Stark y me deslicé fuera del automóvil. El jefe me había precedido y se hallaba de pie en el patio, justamente detrás de la entrada y a la luz de las estrellas; Sugar-Boy cerraba las portezuelas del vehículo.

Una vez en el patio, el jefe dijo:

—Sugar-Boy dormirá en la cama de

la planta baja, pero hay otra preparada para usted arriba, la segunda puerta a la izquierda de la terminación de la escalera. Será mejor que descanse lo que pueda, pues mañana comenzará su labor con respecto al juez.

—Será algo larga —contesté.

—Óigame bien lo que voy a decirle. Si no quiere hacerlo no tiene que violentarse. Siempre puedo pagar a otro. ¿O es que necesita que le aumente el sueldo?

—No hay tal cosa.

—Pues le aumentaré cien por mes, quiera o no.

—Déjelo a la Iglesia —contesté—. Si quisiera dinero lo obtendría por otros

medios más fáciles del que se lo saco a usted.

—De manera que trabaja por afecto hacia mí —dijo el jefe.

—Todavía no me he percatado del motivo por el cual trabajo para usted. Pero seguro que no es por afecto hacia su persona ni por dinero.

—No —contestó, de pie en la oscuridad—, no sabe por qué trabaja para mí. Pero yo sí lo sé —rio.

Sugar-Boy entró en el patio, dio las buenas noches y se retiró a descansar.

—¿Por qué? —inquirí.

—Muchacho, trabaja para mí porque yo soy como soy y usted es como es. Es un arreglo basado en la naturaleza de las

cosas.

—Al diablo con tal hermosa explicación.

—No es tal explicación —dijo, y rio de nuevo—. No hay ninguna explicación de nada. Todo cuanto podemos hacer es señalar la naturaleza de las cosas. Si somos lo suficientemente listos para ello.

—No lo soy.

—Es lo suficiente para escarbar cualquier cosa referente al juez.

—Quizá no haya nada.

—Tonterías. Váyase a dormir.

—¿Y usted no se acostará?

—No —dijo.

Lo dejé recorriendo el patio, en la

oscuridad, algo inclinada la cabeza, enlazadas las manos por detrás, andando casualmente como si hubiese salido a dar un paseo por el parque un domingo por la tarde. Solo que no había tal tarde. Eran las tres y cuarto de la mañana.

Me tendí en la cama de arriba, pero no quedé dormido en seguida. Me puse a pensar en el juez Irwin. Acerca del modo que miró aquella noche, cómo sus ojos amarillos habían relumbrado y curvado el labio sobre los dientes viejos y amarillos mientras decía: «Esta semana iré a cenar con tu madre. ¿Le diré que te sigue gustando tu trabajo?». Pero eso duró mucho y lo vi sentado en aquella habitación de la casa blanca,

junto al mar, inclinado sobre el tablero de ajedrez, frente al procurador universitario; y no era un viejo, sino joven, con su perfil colorado y aguileño, pensativo sobre el tablero. Lo cual tampoco duró mucho y se inclinó hacia mí por entre los tallos de las altas hierbas grises del marjal un amanecer húmedo de invierno y me dijo: «Tendrías que haberle metido bala a ese pato, Jack. Hay que meterle bala, hijo. Pero haré de ti un cazador de patos». Y sonrió. Yo quería hablar y preguntar: «¿Hay algo, juez? ¿Descubriré algo?». Pero el rostro no hacía sino sonreír y me quedé dormido, antes de que pudiera decir nada, en medio de su sonrisa.

Amaneció el nuevo día y comencé a desenterrar el gato muerto, a sacar el gusano del queso, a localizar la enfermedad de la rosa y a descubrir la mosca muerta entre las pasas del budín.

Y lo conseguí.

Pero no en seguida. No encontramos en el acto aquello que buscamos. Está enterrado bajo el triste detrito del tiempo, a que sin duda pertenece. Y no es nuestro afán encontrarlo inmediatamente; no si se es estudiante de Historia. Porque de hacerlo tan pronto no hay oportunidad de utilizar nuestra técnica y yo tuve oportunidad de utilizarla.

Di el primer paso la tarde siguiente,

mientras me hallaba sentado en una cervecería, rodeado de una barricada de botellas vacías. Encendí un cigarrillo con la colilla de otro y me formulé la siguiente pregunta: «¿Por qué razón, descartado el pecado original, puede el hombre separarse de su camino?».

«Por amor, por ambición, por miedo o por dinero», me contesté.

«¿Es ambicioso el juez?» —inquirí nuevamente.

«No. El hombre ambicioso es el que desea que los demás lo consideren ilustre. Y el juez sabe que lo es, pero no le importa lo que los demás piensen.»

Estaba perfectamente seguro de que el juez tenía sus cosillas, pero a la vez

muy seguro de que nadie en el Landing estaba en condiciones de achacarle nada sobre el particular. Porque si en una localidad chica alguien tiene algún motivo sobre alguno, no pasa mucho tiempo sin que todo el mundo lo sepa.

«¿Es el juez persona fácil de amedrentar?»

«No es hombre que se intimide con facilidad.»

No quedaba sino un punto: el dinero.

De ahí que me preguntase si el juez era afecto al dinero.

«Todo el dinero que el juez ansia es justamente el necesario para estar contento.»

Y me pregunté si habría habido

alguna época en que el juez no tuviese dinero suficiente para ser feliz. Pero, naturalmente, eso no sería tan fácil de contestar.

Encendí otro cigarrillo y volví a meditar una y otra vez acerca de mi pregunta, sin que atinase con la respuesta. Alguna voz de allá de la infancia susurraba sin que pudiese captar lo que decía. Experimentaba una vaga idea, que surgía de lo profundo del tiempo, y de mi ser, de ser una criatura y penetrar en una habitación donde se hallaban personas mayores y saber que en ese mismo momento se había suspendido una conversación a causa de mi entrada, ya que se suponía que no

debiera enterarme de lo que se hablaba. ¿Habría yo oído lo que estuvieron hablando? Escuché la voz que susurra desde mi infancia; pero esa voz se hallaba muy alejada, sin poder darme la respuesta. De ahí que me levantara de la mesa, abandonase las botellas vacías y las colillas de los cigarrillos y me dirigiese a la calle, de la cual se elevaba un vapor como de baño turco a causa del aguacero caído a última hora de la tarde y donde los neumáticos de los automóviles silbaban fuertemente sobre la capa de humedad del asfalto. Con un poco de suerte tendríamos después un poco de brisa del golfo. Pero solo si tuviésemos un poco de suerte.

Finalmente me metí en un taxi y ordené que me condujese a la esquina de las calles South Fifth y Saint-Etienne. Retrepado en el asiento escuché cómo silbaban los neumáticos sobre el pavimento húmedo cual si fuese algo puesto a freír en una sartén. Iba en marcha hacia la respuesta acerca del juez. Si el hombre que la poseía quería dármela.

Aquel hombre había sido íntimo amigo del juez durante muchos años, su otro yo, su Damon, su Jonatan, su hermano. El hombre que había sido procurador universitario. Él tendría que saberlo.

Permanecí sobre el pavimento,

frente al restaurante mejicano, donde vibraba la atmósfera, que más parecía jalea por lo espesa, pagué el taxímetro y me volví para mirar hacia el tercer piso. Los letreros seguían allí, colgados con alambre del balconcito de hierro, clavados en la pared, tablas pintadas de diversos colores, blancas, rojas, negras, verdes, con leyendas de un color que contrastase con el fondo. El letrero grande que colgaba del balcón decía: «Nadie se burla de Dios». Y otro: «Ahora es el Día de la Salvación».

«Sí —me dije—, todavía vive aquí». Vivía en lo alto de un restaurante barato y los chiquillos negros jugaban desnudos en la manzana siguiente, entre

los gatos famélicos y las negras que se sentaban en los escalones de las puertas cuando el sol se hallaba bajo y se abanicaban despacio con abanicos hechos de hojas de palmera. Busqué un cigarrillo en tanto me preparaba para franquear la puerta de la escalera, sin hallar ninguno. De ahí que penetrase en el restaurante.

—¿Tiene cigarrillos? —pregunté a la mujer vieja que se hallaba detrás del mostrador de la cerveza, agachada como un barrilito cuyas cejas resaltaban blancas e hirsutas contra la tez mejicana y el negro *rebozo*.

—*¿Qué tipo?* —preguntó.

—Lucky —dije. Y mientras los

dejaba ante mí señalé hacia arriba y pregunté si el viejo estaría allí. Pero como ella me mirase con aspecto de no haber comprendido, repetí la pregunta en español. Y me sentí complacido conmigo mismo por haber podido hacerlo.

—*¡Quién sabe!* —contestó ella—. *Va y viene*.

Conque iba y venía. Sería por asuntos del Señor.

Entonces una voz desde las sombras del extremo del bar expresó en un inglés tolerable:

—El viejo ha salido.

—Muchas gracias —contesté al hombre, un mejicano de bastante edad,

apoyado en una silla. Luego me volví hacia la mujer, señalé el grifo y le pedí que me sirviese una cerveza.

Mientras la bebía levanté la mirada por encima del mostrador y vi otro de los letreros, pintado sobre un gran trozo de madera terciada, o algo parecido, colgado de un clavo. El fondo era de color rojo brillante, con flores azules en relieve en las esquinas superiores, y la inscripción en negro, con filetes blancos: «Arrepiéntete, porque el Reino de los Cielos se halla próximo». Mateo, III, 2.

Señalé el letrero.

—*¿De él?* —pregunté—. ¿Es del viejo, no?

—*Sí, señor* —contestó la mujer. Luego agregó como si no viniese a cuento—. *Es como un santito*.

—Puede ser un santo —convine—, pero también está mal de la cabeza.

—¿Mal?

—*Está loco*, eso es lo que quiero decir.

No contestó nada y continué dando fin a la cerveza hasta que el hombre del extremo del mostrador exclamó:

—¡Mire, ahí llega el viejo!

Al volverme, divisé la figura vestida de negro a través de los vidrios empañados de la puerta; luego se abrió esta y entró, más envejecido de lo que lo recordaba, con los blancos mechones de

cabello colgando lacios por debajo del sombrero panamá, las gafas de armazón de acero peligrosamente sueltos sobre el extremo de la nariz y los ojos pálidos detrás, los hombros agachados y juntos como por efecto del peso del vientre, saliente, obsceno y equilibrado, como bandeja pesada utilizada en la calle por mercader ambulante. La americana negra no iba abrochada sobre la panza.

Allí se quedó, pestañeando seriamente ante mí, al parecer sin reconocerme, pues había abandonado la claridad del sol para sumergirse en la penumbra del restaurante.

—Buenas tardes, señor —dijo el mejicano al procurador universitario.

—Buenas tardes —saludó la mujer.

El recién llegado se despojó de su panamá y se volvió hacia la mujer, a quien hizo una ligera reverencia con un movimiento de cabeza que agitó en mi mente el cuadro del aposento de la casa blanca junto al mar, el cuadro del mismo hombre, si bien más joven y con los cabellos aún no grises.

—Buenas tardes —dijo a la mujer. Luego, vuelto hacia el viejo mejicano, repitió—: Buenas tardes, señor.

El viejo mejicano me señaló y le dijo que lo estaba esperando.

Al oír eso, el procurador universitario me observó por primera vez, aunque sin reconocerme,

pestañeando fuertemente en la penumbra. Desde luego, no tenía motivos para esperar encontrarme allí.

—Hola, ¿no me conoce? —pregunté.

—Sí —dijo sin dejar de observarme. Me tendió la mano y la estreché. Al asirla me pareció viscosa.

—Salgamos de aquí —le dije.

—¿Desea el pan? —preguntó el viejo mejicano.

—Sí, muchas gracias. Si no tiene inconveniente —contestó el procurador universitario.

El viejo mejicano abandonó su asiento, fue al extremo del mostrador, extrajo una bolsa de papel oscuro llena de algo e hizo entrega de la misma al

otro.

—Muchas gracias, muchísimas gracias —dijo el procurador.

—De nada —contestó el otro, a la vez que se inclinaba.

—Que pasen muy buenas noches —expresó el procurador, que hizo una reverencia ante el mejicano y luego ante la mujer, con una inclinación de cabeza que volvió a traer a mi imaginación el antiguo recuerdo de mi presencia en la habitación de la casa blanca junto al mar.

Lo seguí hasta la calle. Al otro lado de la misma se veía el reducido parque de césped oscuro y pisoteado, resplandeciente con la humedad, donde

los holgazanes permanecían sentados en los bancos y las palomas se arrullaban tranquilamente, como una conciencia limpia, y salpicaban con pequeñas manchas de excremento el cemento qué cercaba la fuente. Después de haber mirado a las palomas hice lo mismo con la bolsa abierta y llena de cortezas de pan y pregunté si iba a darles de comer.

—No, es para George —dijo, mientras se dirigía hacia la puerta que llevaba arriba.

—¿Tiene algún perro?

—No —contestó, mientras seguía la marcha a lo largo del vestíbulo y de la escalera.

—¿Quién es George, entonces?

¿Algún loro?

—No —contestó trabajosamente, pues la escalera resultaba empinada—. Es un desgraciado.

Entonces recordé que eso quería decir un holgazán. Un desgraciado es un haragán lo suficientemente afortunado para obtener su alimento detrás de la puerta de alguien, hablando de corazón y permanecer allí. Si consigue un buen lecho es ascendido de haragán a desgraciado. En ocasiones anteriores el procurador universitario había recogido a desgraciados. Uno de ellos había asaltado al organista de la misión donde el viejo actuaba. Otro le sustrajo el reloj y la llave.

De modo que George era otro desgraciado. Miré el pan y le dije:

—Bueno, debe ser bastante desgraciado si eso es todo lo que tiene que comer.

—Come algo de ello —contestó—, pero es casi accidental. Lo utiliza en su trabajo. Pero algo se le va por la garganta, estoy seguro, y por eso jamás tiene hambre. A no ser de dulces —agregó.

—¿Pero cómo, en nombre de Dios, se vale de cortezas para su trabajo y se le escurren por la garganta?

—No se valga del nombre de Dios en vano —aconsejó—. Tal es el trabajo de George; es muy hábil. Y artístico. Ya

lo verá.

Y lo vi. Llegamos a lo alto del segundo tramo, doblamos el estrecho vestíbulo bajo la claraboya rajada y atravesamos una puerta. Allá estaba lo que tomé por George en un ángulo del amplio y escasamente amueblado aposento, sentado a la manera del sastre sobre un trozo de frazada vieja, con un par de cazos grandes para mezcla frente a él y un gran trozo de madera terciada, de unos dos pies por cuatro, en el suelo, junto a su persona.

George alzó la mirada cuando entramos y dijo que no le quedaba más pan.

—Aquí lo tiene —contestó el

procurador universitario, que le entregó la bolsa de papel oscuro.

El otro vació las cortezas en uno de los cazos, luego introdujo un trozo en la boca y comenzó a mascarlo de manera sobria y decidida. Era un hombre de regular estatura, musculoso, con el cuello de apariencia robusta y con tendones que se movían activamente mientras masticaba. Su cabello amarillo casi había desaparecido y el semblante era suave, aplastado y con ojos azules. Mientras masticaba observaba fijamente de un lugar a otro de la habitación.

—¿Para qué hace eso? —pregunté.

—Está haciendo un ángel.

—Bien —dije.

En ese instante, George inclinose hacia delante, sobre uno de los cazos en el que dejó caer el pan completamente masticado. Luego volvió a colocar otra porción de corteza en la boca.

—Ahí está el que acaba de terminar —dijo el procurador universitario, que señaló al otro extremo de la habitación, donde se veía apoyada otra pieza de madera terciada. Me acerqué para examinarla. En un extremo había sido ejecutada la figura de un ángel, con alas y ropas sutiles, en bajorrelieve y con algo que parecía masilla.

—Se está secando —explicó el procurador universitario—. Una vez seco le dará color. Y más tarde, barniz.

Finalmente, se pinta la tabla y alguna inscripción sobre la misma.

—Muy bonito —dije.

—También hace estatuas de ángeles. Vea. —Fue hasta un armario de cocina, lo abrió y dejó al descubierto una serie de platos y potes y otros cacharros con un despliegue de ángeles llamativos.

Los examiné. Entretanto, el procurador universitario tomó un jarro con sopa, un trozo de pan y alguna manteca del armario de la cocina y lo colocó en la mesa del centro de la habitación, encendiendo uno de los mecheros que estaban en un rincón.

—¿Quiere cenar conmigo? —inquirió.

—No, muchas gracias —contesté y seguí examinando los ángeles.

—Algunas veces los vende por la calle —explicó, mientras vertía la sopa en una cacerolita—, pero no le es posible sufrir la venta de los mejores.

—¿Son estos los mejores? —pregunté.

—Sí —contestó el procurador universitario, que agregó—: Son bastante bonitos, ¿no?

Dije que sí, pues no había otra cosa que decir. Luego, mirando al artista, inquirí si no hacía otra cosa que ángeles y por qué no muñecas «Kewpie» y «bulldogs».

—Hace ángeles a causa de lo que

sucedió.

—¿Qué fue?

—Su esposa —contestó el procurador, sin dejar de remover la sopa en la cacerola—. Por su causa hace ángeles. Trabajaban en un circo, ¿sabe?

—No, lo ignoraba.

—Bueno, era eso que ustedes llaman equilibrista. Hacía de ángel y, según George, llevaba alas grandes y blancas.

—Alas blancas —repitió el artista a través del pan mascado, si bien el sonido que profirió no era como de blancas alas. Agitó las manos para imitar el batir de las mismas y sonrió.

—Caía desde gran altura, agitando las alas como si estuviese en pleno

vuelo —prosiguió el procurador universitario, que explicaba con gran paciencia.

—Y un buen día se rompió la soga —afirmé.

—Algo anduvo mal con el aparato y afectó a George de manera profunda.

—¿Y qué me dice de cómo le afectó a ella?

El viejo hizo caso omiso de mi salida ingeniosa y contestó:

—A George ya no le fue posible representar su número.

—¿En qué consistía?

—Era el hombre a quien se ahorcaba.

—Oh —dije, y miré a George. Eso

explica, sin duda, su robusto cuello. Después agregué—: ¿Funcionó mal el aparato y lo apretó hasta casi asfixiarlo o algo parecido?

—No —aclaró el procurador universitario—, simplemente el número se le hizo desagradable.

—¿Desagradable?

—Sí, eso es. Las cosas se sucedieron en tal forma que no pudo actuar felizmente en su profesión elegida. Cada vez que iba a dormir soñaba que se caía. Y mojaba la cama como un chiquilín.

—Caía, caía —murmuraba George a través de la masa, con un sonido oscuro, pero sin dejar de sonreír brillantemente

en tanto mascaba.

—Un día, cuando salió a la plataforma con el nudo alrededor del cuello no pudo saltar, En verdad ni siquiera pudo moverse. Se hundió sobre la misma y se puso a llorar. Tuvieron que sacarlo a la fuerza y llevárselo. Durante algún tiempo quedó completamente paralizado.

—Parece como si el acto de ahorcarse le resultara bastante antipático. Al menos así se deduce de la forma singular como acaba de exponerlo.

—Quedó absolutamente paralizado —prosiguió, ignorando mi salida— sin que fuese en razón de ninguna causa

física… si… —hizo una pausa— es que alguna vez acontece algo por alguna causa física. Porque el mundo físico, si bien existe y esa existencia no puede negarse sin blasfemia, no es jamás causa, sino resultado, simplemente síntoma; es la arcilla bajo el dedo del alfarero y nosotros… —Se detuvo; el brillo que había comenzado a modo de acceso en sus ojos pálidos se extinguió y se vinieron abajo las manos que alzara para gesticular. Inclinado sobre el quemador de gas removió la sopa. Luego prosiguió—: La dificultad radicaba aquí —se puso el dedo en la frente—, en su espíritu. El espíritu es siempre la causa, se lo aseguro. —Se

detuvo, meneó la cabeza y me miró antes de concluir con cierta tristeza—: Pero veo que usted no lo comprende.

—Creo que no —convine.

—Se repuso de la parálisis. Pero George no se encuentra bien. No puede subir a lugares altos. No es capaz de mirar a través de la ventana. Se cubre los ojos con las manos cuando lo conduzco a lo largo de la escalera para que salga a la calle a vender su trabajo artístico. Por eso es rara la vez que lo llevo ahora. No sé sienta en una silla ni duerme en ningún lecho. Siempre tiene que estar en el suelo. No le agrada estar de pie, Sus piernas simplemente se le doblan y comienza a llorar. Es una

suerte que siempre haya sentido esa inclinación artística, pues le ayuda a olvidar. Y ora mucho. Le he enseñado a hacerlo. Eso es un gran alivio. Me levanto y rezo, y él hace lo mismo cuando se despierta durante la noche y no puede conciliar el sueño.

—¿Sigue humedeciendo la cama?

—A veces —contestó gravemente el procurador universitario.

Miré a George, que lloraba en silencio. Las lágrimas corrían por sus mejillas aplastadas y suaves, pero la mandíbula no cesaba su tarea con el pan.

—Obsérvelo —dije.

El procurador universitario lo miró.

—¡Qué estupidez! —musitó,

intranquilo, meneando la cabeza, de manera que uno o dos copos más de caspa cayeron sobre el cuello de sarga negra—; ¡qué estupidez la mía al hablar así en presencia suya! Soy un viejo estúpido que se olvida… —Y cloqueando, musitando y meneando la cabeza siempre del mismo modo nervioso, vertió un poco de sopa en un tazón, tomó una cuchara y se dirigió a George—: Mira, mira, es buena sopa, muy buena sopa; toma un poco —dijo, inclinándose y con una cuchara llena de sopa apuntando hacia el rostro de George.

Pero las lágrimas continuaron afluyendo a los ojos de George, que no

abrió la boca. Y las mandíbulas no trabajaban ya la masa, manteniéndose en cambio bien apretadas.

El viejo colocó el tazón de sopa en el suelo y, mientras con una mano seguía llevando a la boca de George la cucharada de sopa, con la otra le acariciaba la espalda, sin dejar de emitir con la garganta aquel ruidito a modo de cloqueo, cual si fuese una gallina madre. De repente me miró, con las gafas peligrosamente colgadas de la nariz, y dijo gruñonamente, como si en verdad fuese una madre:

—No sé qué hacer. Simplemente le da por no comer sopa ni nada que no sea dulce y chocolate sobre todo. No sé, en

verdad, no sé qué hacer… —Su voz se fue apagando.

—A lo mejor lo mima demasiado —dije.

Dejó la cuchara nuevamente en el tazón, que seguía en el suelo a su lado, y comenzó a rebuscar en los bolsillos. Finalmente, extrajo una barra de chocolate, algo blanda a consecuencia del calor, y comenzó a retirar el papel de estaño, pegajoso. Las últimas lágrimas se deslizaban, con la boca abierta y llena de humedad y de expectación. Pero no se apoderaba de la golosina con sus dedos regordetes.

Después, el viejo partió un trozo de chocolate, lo colocó entre los labios

expectantes y observó su semblante mientras sin duda el sentido del gusto relucía incandescente en la oscuridad interior y las glándulas daban rienda suelta a sus jugos con un suspiro suave y feliz y el semblante de George reflejaba una expresión de gloria, profunda, interna y suave, como un bienaventurado.

«Bien —casi dije al anciano—, usted dijo que lo físico jamás era causa; pero una barra de chocolate es algo físico y observe lo que está causando, pues al contemplar ese rostro se creería que se trata de un bocado de Jesús lo que lo ha ocasionado y no un trozo de Hershey. ¿Y cómo va a explicar esa

diferencia, eh?»

Pero no dije nada, pues estaba contemplando al anciano, inclinado y con las gafas colgando lo mismo que su chaqueta y su vientre, sosteniendo otro trozo de chocolate y cloqueando suavemente. Su propio rostro reflejaba felicidad, pues este es el término que cuadraba ahora a su semblante, y al mirarlo advertí de repente al hombre del aposento de la casita blanca junto al mar, el mismo aunque diferente; y la lluvia del chubasco que llegaba desde el mar en la temprana oscuridad y azotaba los vidrios de la ventana. Pero era un sonido alegre y denotaba seguridad, pues el fuego danzaba en la chimenea y

en los vidrios donde la lluvia golpeaba y se deslizaba por ellos hasta formar hilos de plata sobre su oscuridad y mezclarlos con las llamas en ellos reflejadas también, y el hombre se inclinaba y extendía algo y decía: «Esto es lo que papito trajo esta noche; pero solo un pedacito ahora —y el hombre cortaba un troncho y lo alargaba— un troncho nada más porque la comida está casi lista… pero después de la cena…».

Miré al viejo situado frente a mí y experimenté cierto calor en los intestinos y un gran nudo pareció disolverse en mi pecho, como si lo hubiese llevado por todas partes y me hubiese acostumbrado a él de tal manera

que no hubiera observado su existencia hasta que de pronto desapareció y respiré con mayor facilidad.

—Padre —dije—, padre…

El viejo levantó sus ojos hacia mí y dijo con voz quejumbrosa:

—¿Qué dijiste?

Oh, padre, padre, pero ya no estaba más, ni volvería a estar, en la habitación de la blanca casa junto al mar, pues había salido de allí… ¿por qué?, ¿por qué? Porque no era lo suficientemente hombre para gobernar su casa, porque era un necio, porque… y se había alejado mucho y había ascendido los escalones hasta esta habitación donde un viejo se inclinaba con la barra de

chocolate en la mano, con la felicidad —si tal era la palabra aplicable— reflejada por un momento en el semblante. Solo que ahora no se veía en su semblante. Era sencillamente la débil displicencia de un anciano que no ha comprendido bien algo que se le acaba de decir.

Pero yo también había recorrido una larga distancia desde aquella blanca habitación junto al mar, había subido hasta esa alfombra delante del fuego, donde había estado sentado con mi circo de hojalata y mis lápices de colores y el papel, escuchando aquella lluvia impulsada por el viento contra los vidrios, y donde Daddy se había

inclinado para decir: «Esto es lo que Daddy te ha traído esta noche», y también a este aposento donde Jack Burden se recostaba contra la pared, con un cigarrillo en la boca. Nadie se inclinaba sobre él para darle chocolate.

De manera que, mirando al viejo en la cara y contestando a su quejumbrosa pregunta, le dije:

—Oh, nada.

Y esa era la verdad. Cualquiera que hubiera sido la cosa, ya no era nada. Porque lo que ha sido ya no es más, y lo que quiera que sea no volverá a ser, y la espuma de aspecto tan brillante a la claridad del sol cuando el viento azota las rompientes, yace extendida sobre la

dura arena después de haberse retirado la marea y no parece sino desechos arrojados por el agua.

Pero había algo: desechos arrojados sobre la dura arena, y por eso dije:

—Sí, hubo algo.

—¿Qué?

—Hábleme acerca del juez Irwin.

Enderezó su semblante hacia mí, pestañeando levemente detrás de las gafas, del modo que había hecho cuando abandonó la claridad de la calle y se sumergió en la penumbra del restaurante mejicano de la planta baja.

—El juez Irwin, ya sabe, aquel íntimo amigo suyo.

—Eso fue en otro tiempo —contestó

con voz ronca, sin dejar de mirarme y con la barra de chocolate partida en la mano.

—Por supuesto que sí —dije. Y mirándolo pensé que seguramente lo había oído y agregué—: Claro, pero algo recordará.

—Aquel tiempo ha muerto —contestó.

—Sí, pero usted no.

—El pecador que fui y que quiso gozar de la vanidad y de la corrupción está muerto. Si peco ahora será por débil y no a sabiendas. He dejado a un lado toda inmundicia.

—Escuche —dije—, una pregunta. Nada más que una pregunta.

—Esa época la he apartado de mi memoria —contestó a la vez que hacía un ademán como si apartase algo con las manos.

—Una sola pregunta —insistí.

Me miró sin decir una palabra.

—Escuche, ¿estuvo alguna vez Irwin en mala situación; necesitado realmente de dinero?

Me observó como de lejos, detrás del tazón de sopa sobre el suelo, por encima de la barra de chocolate que tenía en la mano, a través del tiempo. Luego inquirió el motivo por el cual deseaba saberlo.

—A decir verdad —estallé sin querer—, no me interesa. Pero hay

alguien que quiere saber, alguien que me paga todos los primeros de mes. El gobernador Stark.

—Inmundicia —dijo, mirándome a través de cuanto se interponía entre ambos—. Corrupción.

—¿Estuvo Irwin alguna vez en quiebra? —insistí.

—¡Cuánta porquería! —exclamó.

—Escuche. No sé si el gobernador Stark se encomienda alguna vez a Dios en sus oraciones; pero ¿se ha detenido alguna vez a pensar en qué situación han dejado al Estado sus buenos y malditos amigos, que van a la iglesia con sombrero de copa y citan a Horacio, tal como Irwin y Stanton? Al menos el jefe

hace algo, pero ellos…, ellos se duermen sobre sus laureles, y…

—Todo eso es una asquerosidad —dijo el viejo, que ejecutó un amplio ademán con el brazo ante él, oprimiendo la barra de chocolate lo suficiente para deshacerla. Un trozo cayó al suelo y el «bebé» lo recogió.

—Si trata de implicar que la política, incluyendo la de los que en otro tiempo fueron sus camaradas, no es exactamente como la semana Santa en un convento, tiene razón. Pero esta vez lo llevaré a una conclusión metafísica. La política significa acción y toda acción no es sino una mácula en la perfección de la inactividad, que es la paz, tal como

todo lo que es no es sino una mácula en la perfección del no ser. Lo cual es Dios. Porque si Dios es la perfección y la única perfección radica en no ser, entonces Dios no es. Por lo cual Dios es nada. Nada puede proporcionarnos la base para la crítica de la cosa en su existencia. Entonces, ¿en qué nos basamos para decir algo? ¿De dónde arrancamos?

—¡Pamplinas! —dijo—. ¡Tonterías y necedades!

—Creo que tiene razón. Todo eso no es más que tontería. Pero no mucho más que toda esa clase de conversación. Pura palabrería.

—No dice sino necedades.

—No hay tal cosa. Simples palabras. Y todas las palabras son iguales.

—A Dios no se le engaña —dijo, y vi que la cabeza se le estremecía.

Me acerqué presto y me detuve frente a él.

—¿Se vio alguna vez Irwin en aprietos económicos? —pregunté.

Pareció estar a punto de decir algo; sus labios casi se entreabrieron.

Pero luego se cerraron con mayor firmeza.

—No volveré a tocar el mundo de la corrupción —dijo, mientras sus ojos pálidos se elevaban hacia mí— cuyo olor putrefacto impregnaría los dedos de

mi mano.

Tuve deseos de asirlo y darle una buena sacudida hasta que le castañeteasen los dientes. Quise vapulearlo hasta que largase cuanto sabía. Pero no es posible hacer tal cosa con un hombre anciano. Me había conducido completamente equivocado desde el principio del asunto. Debí haber tratado de engatusarlo. Pero cada vez que me aproximaba a él me ponía tan nervioso y tan fuera de mí que me era imposible pensar en otra cosa que no fuera retirarme de su lado. Y al apartarme experimentaba aún algo peor, hasta que conseguía borrarlo de mi imaginación. Me había conducido con

absoluta torpeza.

Eso fue cuanto obtuve. Al retirarme miré hacia atrás para ver al «bebé», que ya había dado fin a la barra de chocolate traída por el viejo y que movía pensativo la mano por el suelo para localizar cualquier partícula extraviada de las migajas. Luego, el viejo volvió a inclinarse sobre él, de manera lenta y pesada.

Mientras bajaba las escaleras resolví que aunque hubiera tratado de engatusar al viejo, probablemente tampoco habría conseguido nada. No es que me hubiera equivocado ni que hubiese mencionado al gobernador Stark. ¿Qué sabía él ni qué le interesaba

en cuanto al gobernador? Es que mi pregunta referíase al mundo del pasado, del que se había apartado. Ese mundo y todo el mundo no era sino corrupción, algo que daba asco, según él, y no lo tocaría. No iba a hablar sobre el mismo y no sería yo quien le hiciese cambiar de manera de pensar.

Pero conseguí algo. Obtuve la certeza de que él había sabido algo. Lo cual significaba que existía alguna cosa factible de conocer. Bueno, la averiguaría, más pronto o más tarde. De manera que abandoné al procurador universitario y su mundo del pasado y volví al del presente.

Que era así:

Un campo oblongo donde las líneas formaban como un enrejado de modo matemático sobre el césped, de un verde arsénico, bajo la claridad impartida por la batería de lámparas de gran potencia colocadas a cierta altura sobre el parapeto de la cancha. Por encima de esta la masa vibrante de luz se deshilachaba y perdía en la cálida oscuridad, pero los treinta mil pares de ojos existentes en las estribaciones inferiores del local no se fijaban en la oscuridad, sino que contemplaban con la mayor atención el pozo de luz, donde los hombres ataviados con pantalones cortos de color rojo y relucientes como seda y cascos dorados, se arrojaban

contra otros ataviados del mismo modo, pero con el pantalón de color celeste, y rodaban y se tropezaban sobre el césped brillante, cual si fuesen muñecos derribados, y un silbato cortaba la atmósfera espesa como si fuese una cimitarra a través del almohadón de un sofá.

Que era así:

La banda atronando el espacio, un rugido como el del mar, gritos como de agonía, silencio, un grito de mujer, una voz de soprano, argentina, que atravesaba el silencio como grito de alma perdida y nuevamente el rugido, como si el aire cálido se elevase. Porque del resplandor del césped un

fragmento rojo había explotado y salido, arrojado de la masa a modo de tangente para ir girando a través del césped, y girar y dar media vuelta más y correr, si bien lentamente en lo inoportuno del momento, bajo la terrible responsabilidad del rugido.

Y que era así:

Un hombre que me golpeaba en la espalda, sin dejar de gritar —un individuo de semblante lleno y de cabello oscuro caído sobre la frente— que no cesaba en sus exclamaciones: «¡Ese es mi hijo! ¡Ese es Tom, Tom, Tom! Ahí lo tiene. Y ha ganado… ya no tendrán tiempo para un *touch down*… ha ganado… es su primer partido en la

Universidad y el triunfo se debe a Tom… ¡Es mi hijo!». Y el hombre me golpeaba en la espalda y me asía con ambos brazos, unos brazos robustos, y me abrazaba como si fuese su hermano, su verdadero amor, su hijo, mientras las lágrimas afluían a sus ojos y juntas con la transpiración rodaban por sus gruesas mejillas y gritaba: «¡Es mi hijo… y no hay otro como él… será *All American*[6] y Lucy quiere que no lo deje jugar… eso es lo que quiere mi mujer… dice que lo estoy arruinando… arruinándolo… qué demonios…! será *All American*… muchacho, ¿lo vio cómo corría…? Es ligero, veloz, el hijo de perra. ¿Verdad que sí?».

—Sí —contesté. Y era cierto.

Era veloz y un hijo de perra. Al menos, si no lo era todavía, ya había mostrado alguna cualidad muy convincente sobre el particular. No podría censurarse mucho a Lucy por su deseo de que no jugase al fútbol… su nombre siempre en primera página —las fotografías, el estudiante de primer año Whiz, el de segundo Thunderbolt—, los vítores —las manazas que siempre le palmeaban la espalda—, Tiny Duffy nunca dejaba de hacerlo —sí, jefe, de tal palo, tal astilla—, las hosterías —las chiquillas de piernas delgadas y pechos erguidos gritando: «Oh, Tom, oh, Tom»—, las botellas y las cabañas para

turistas, el rumor de la multitud cual si fuese el Océano y siempre el grito de una mujer rasgando el silencio como una condenación.

Pero Lucy no tuvo ninguna oportunidad, pues el muchacho iba a ser *All American*. Zaguero y dispuesto contra cualquier otro equipo. Si la botella y la cama no se las componían para amortiguar demasiado pronto algo en el interior de esos noventa quilos de hermoso y preciso mecanismo que era Tom Stark, el hijo del jefe, el Rayo, el mimado de papá; que esa noche se hallaba en el centro de la habitación del hotel con un trozo de tira emplástica a través de la nariz y una expresión de

perdonavidas en su semblante hermoso, limpio e infantil —porque era hermoso, limpio e infantil— mientras todas las manos de los camaradas de papá lo acariciaban y lo palmoteaban y Tiny Duffy lo halagaba y Sadie Burke, que se hallaba algo aislada del bullicio general en la niebla formada por el humo de su propio cigarrillo y los vapores del whisky, con expresión no del todo falta de ambigüedad en el rostro, decía:

—Sí, Tom, alguien me dijo que esta noche tomabas parte en el partido de fútbol.

Pero la ironía de la muchacha no era de la clase que Tom fuese capaz de escuchar o comprender, pues se hallaba

allí de pie en medio de su propia niebla, reluciente y dorada, de ser simplemente Tom Stark, que había tomado parte en un partido de fútbol.

Hasta que el jefe dijo:

—Ahora vete a dormir, hijo. Descansa para que puedas tenerlos en jaque el próximo domingo. —Y puso su brazo alrededor del hombro del hijo y agregó—: Todos estamos muy orgullosos de ti, muchacho.

Y yo me dije para mi capota: «Si vuelven a llenársele los ojos de lágrimas, me revolverá el estómago».

—Vete a dormir, hijo —insistió el jefe.

Tom Stark dijo:

—Seguro —casi por la comisura de los labios y abandonó el aposento.

Y allí estaba yo, en lo que era el presente.

Pero existía el pasado. Esa era la cuestión. Estaba el gatito muerto y enterrado bajo el montón de cenizas.

Por eso me hallaba algún tiempo después en el hueco de un ventanal observando mientras la luz dejaba de relucir en las hojas metálicas de los magnolios y la espuma cremosa del mar allá a lo lejos, en la creciente oscuridad. Detrás de mí existía una habitación, no muy diferente del otro aposento grande y blanco junto al mar —donde ahora, quizás en este momento, mi madre

estaría levantando hacia el joven ejecutivo aquel rostro que aún era como un presente condenadamente costoso y que él haría mucho mejor en admirar. Pero en el cuarto existente detrás de mí, alumbrado tan solo por un cabo de vela colgado en el estante alto, los muebles veíanse cubiertos con lienzo blanco y el reloj grande y dispuesto sobre una base con columnas, en el rincón, hallábase tan severamente mudo como un abuelo. Pero sabía también que cuando me volviese habría en medio de esas fundas sepulcrales de los muebles y del silencio a destiempo una mujer arrodillada en la oscuridad de la amplia chimenea, colocando pinas y trozos de

leña menuda debajo de los troncos. Me había dicho: «No, deja que lo haga yo. Es mi casa, ya sabes, y cuando vuelvo tengo que encender el fuego de esta manera. Ya sabes que es un ritual. Y quiero hacerlo, Adam siempre me lo permite cuando volvemos acá».

Porque la mujer era Anne Stanton y la casa la del gobernador Stanton, cuyo semblante marmóreo, imperturbable y elevado, por encima de su barba negra y cuadrada y su levita negra, nos contemplaba a la luz de la vela desde el marco macizo y dorado de encima de la chimenea donde su hija se hallaba inclinada, como a sus pies, frotando un fósforo para encender el fuego. Bien, yo

había estado en el mismo aposento cuando el gobernador no había sido esa frente marmórea en el macizo y dorado marco, sino un hombre alto y sentado, apoyados los pies en la alfombra y con una niñita sobre un almohadón a sus pies, inclinada la cabeza sobre sus rodillas y fija la mirada en el fuego en tanto su mano grande jugaba deliciosamente con el cabello suelto y sedoso. Pero ahora me hallaba allí porque Anne Stanton, que ya no era ninguna chiquilla, me había dicho: «Vamos al Landing; no pasaremos allí más que la noche del sábado y el domingo, simplemente para encender la chimenea, comer algo que llevaremos en

conserva y dormir una vez más bajo el viejo techo. Es todo el tiempo de que Adam dispone. Y ahora no suele tenerlo libre». Y de ahí que fuera, llevando conmigo mi pregunta.

Había oído cómo raspaba el fósforo y giré, con lo que el mar quedó a mi espalda, ya envuelto en la oscuridad. La llama había prendido en la leña menuda y tomaba cuerpo despidiendo estrellitas como las luces de bengala que quemamos en Navidad; la luz bailaba alegremente en el rostro inclinado de Anne Stanton. Luego hizo lo mismo en su garganta y en sus mejillas cuando, todavía agachada, alzó sus ojos hacia mí al acercarme. Sus ojos brillaban como

los de una criatura cuando le proporcionamos una sorpresa agradable y rio de un modo gutural y alegre. Es la manera como la mujer ríe cuando es feliz. Jamás lo hace así cuando se conduce con urbanidad o está de broma. La mujer solo ríe de ese modo en pocas oportunidades durante su existencia. Solo lo hace así cuando algo la ha tocado en lo más vivo de su ser y la felicidad brota simplemente con tanta naturalidad como el aliento y los primeros junquillos y los arroyos montañeros. Y cuando una mujer ríe de ese modo siempre nos produce algo. Y no nos importa cuál es su cara. Oímos esa risa y experimentamos que hemos

asido una verdad, hermosa y pura. Y lo experimentamos porque esa risa es toda una revelación, una gran sinceridad impersonal. Es un ramillete de flores llenas de rocío del tallo grande y central del Gran Ser y el nombre y la dirección de la mujer no tiene nada que ver en ello. En consecuencia, la risa no puede ser falsificada. Si una mujer fuese capaz de ello podría hacer que Nell Gwyn y la Pompadour pareciesen un par de esas muchachas que vemos al lado de las fogatas de los campamentos usando gafas bifocales y zapatos especiales para no resbalarse, y de ganchos en la dentadura. Podría conseguir lo que quisiese de nuestra sociedad. Porque

todo lo que el hombre desea es oír semejante risa.

Y así Anne alzo la mirada hacia mí y rio de esa manera, mientras el resplandor del fuego le daba en las mejillas. Reí también, al contemplarla. Me alargó la mano y la tomé para ayudarla a levantarse, lo cual hizo con facilidad de movimiento —oh, Dios, cómo aborrezco a la mujer que tiene que aferrarse a las cosas para hacerlo— y la sostuve la mano en el instante en que vacilaba al erguirse del todo. Se hallaba muy cerca de mí, risueño aún el semblante —despertando en mi ser algún recuerdo del pasado— y yo la sostenía de la mano como hiciera

bastante tiempo atrás, quince o veinte años antes, para ayudarle a conservar el equilibrio mientras vacilaba un momento frente a mí, antes de que pudiera rodearla con el brazo y sentir cómo su cintura se me rendía dulcemente. Así había sucedido. Y así ahora debo haberme inclinado hacia ella y por un momento la risa debió permanecer en su semblante y la cabeza seguir algo echada hacia atrás, de la manera que sucede con la cabeza de una mujer cuando espera que le rodeemos la cintura con el brazo y no le preocupa que lo hagamos.

Pero de repente cesó su risa. Era como si alguien hubiese bajado una

cortina delante de su cara. Experimenté lo mismo que cuando uno pasa por una calle oscura, levanta los ojos y divisa una ventana iluminada, y en la habitación resplandeciente, gente que habla y canta y ríe mientras el fuego de la chimenea los inunda con su claridad y el ruido de la música trasciende hasta la calle mientras miramos; y después una mano, que jamás sabremos a quién pertenece, baja la persiana. Y allí quedamos, afuera.

Acaso hubiera debido hacerlo de cualquier manera: digo, rodearla con mi brazo. Pero no lo hice. Me había mirado y había reído de ese modo. Pero no por mí. Sino porque se sentía feliz al estar

de nuevo en esa habitación que contenía el pasado —del cual yo fui una parte, en verdad, pero que ya no lo era— y arrodillada delante de la chimenea con el nuevo calor del fuego sobre su semblante como si fuese una mano aplicada al mismo.

Esa risa no había sido por causa mía. Por eso dejé caer la mano que estaba reteniendo y retrocedí para preguntar:

—¿Estuvo alguna vez el juez Irwin necesitado, muy necesitado de dinero?

Pregunté de repente y con gran rapidez, pues si se formula una pregunta así de ese modo, como si fuese un rayo salido de un cielo límpido y sereno,

puede obtenerse una respuesta que no será posible conseguir de otra manera. Si la persona que recibe la pregunta ha olvidado el tópico, su forma repentina podrá hacer que surja del barro profundo; y si no lo ha olvidado y no es su deseo hablar de ello, podrá arrancarle la respuesta por sorpresa incluso antes de que lo advierta.

Pero en este caso no produjo resultado. O no sabía o no deseaba ser tomada por sorpresa. Debí haber adivinado que una persona como ella —a una persona de quien podría decirse que era poseedora de una profunda seguridad interior de sí misma, que proviene de ser toda de una pieza, no de

trozos y remiendos y viejos engranajes armados con pedazos de alambre de púa oxidado y de escupitajos y trozos de cuerda, como la mayoría de nosotros— no podría ser tomada por sorpresa para que contestase a una pregunta que no deseaba contestar. Aun en el caso de que conociese la respuesta, que creo no conocía.

Pero se sorprendió un poco.

—¿Qué? —preguntó.

Por lo cual la repetí una vez más.

Me volvió la espalda y fue a sentarse en el sofá, desde donde me miró serenamente, luego de haber encendido un cigarrillo.

—¿Por qué quieres saberlo?

La miré fijamente y dije:

—No soy yo quien desea saberlo, sino un compañero. El mejor que tengo. El que me paga todos los primeros de mes.

—¡Oh, Jack! —exclamó. Luego arrojó el cigarrillo recién encendido al ruego y se puso de pie—. ¡Oh!, ¿por qué tienes que echarlo todo a perder? Lo hemos pasado tan bien aquí. Pero ahora quieres estropearlo. Nosotros…

—¿Nosotros? —inquirí a mi vez.

—… tuvimos algo entonces y ahora quieres utilizarlo, quieres ayudar a ese hombre a echarlo a perder… ese hombre…

—¿Nosotros? —insistí.

—… quiere hacer algo malo…

—Nosotros —dije—; si lo pasamos tan bien aquí, entonces, ¿por qué me hiciste a un lado?

—Eso no tiene nada que ver con ello; lo que quiero decir es que…

—Lo que quieres decir es que entonces fue una época hermosa y alegre; pero lo que digo yo es que si fue un tiempo tan bello, ¿por qué vino a convertirse en este otro, que no es hermoso ni tan bello, si no hubo en aquel otro algo que no reunía esas dos cualidades? Contéstame.

—¡Cállate, Jack, cállate!

—Sí, contesta. Porque no irás a decirme que esta época es bella y

hermosa. Esta época es resultado de aquella, y ahora estás cerca de los treinta y cinco años y te vienes hasta aquí como para procurarte un regalo especial y sentarte en medio de un lote de muebles envueltos en una serie de fundas que no hacen sino llenarse de polvo, en una casa donde ha sido cortada la electricidad, y Adam… lleva una vida de perros pasando el día entero cortando a la gente hasta que no puede tenerse más de pie y…

—Deja en paz a Adam; él no tiene nada que ver con esto —dijo, y estiró las manos, con las palmas hacia fuera, como si tratase de alejarse; pero me hallaba a diez pies de ella—; de todos

modos él hace algo, sí, algo…

—Irwin está allá abajo entreteniéndose con sus juguetes, y mi madre allá con ese Theodore y yo…

—Sí —dijo ella— sí, tú.

—Muy bien —contesté yo, ¿qué?

—Tú con ese hombre.

—Ese hombre, ese hombre —remedé—; así es como lo llaman todos aquí, inclusive Patton, todos los que han sido alejados del queso. Bien, él también hace algo. Tanto como Adam. O más. Va a hacer construir un centro médico que cuide de la salud de todo el Estado. El…

—Ya sé —dijo pesadamente, sin mirarme esta vez y dejándose caer en el

sofá, que se hallaba cubierto con una funda.

—Lo sabes, pero adoptas la misma actitud desdeñosa de los demás. Eres como ellos.

—Muy bien —dijo, sin mirarme todavía—. Soy de esa misma manera de pensar. Tanto, que la semana pasada estuve almorzando con él.

—Bueno, si el reloj grande del rincón no hubiese estado parado habríase detenido entonces. Porque a mí me dejó parado. Oí el ruido de las llamas que iban comiendo los troncos. Luego hasta ese ruido cesó y no hubo nada. Entonces dije: Por amor de Cristo.

Y el silencio absorbió las palabras

como si fuese papel secante.

—Muy bien —dijo ella—. Sea por amor de Cristo.

—Vaya, vaya. Lo que es la fotografía de la hija del gobernador Stanton almorzando con el gobernador Stark sería cosa que volvería loco al editor de sociales del *Chronicle*. Tu vestido, querida, ¿qué vestido llevaste puesto? ¿Y qué flores? ¿Bebiste cóctel de champaña?

—Bebí «Coca-Cola» y tomé un *sandwich* de queso. En la cafetería de la planta baja del Capitolio.

—Perdona mi curiosidad, pero…

—¿Quieres saber cómo conseguí entrar hasta allí? Te lo diré. Necesito

ver al gobernador Stark para solicitar dinero del Estado con destino al Hogar para Niños. Y…

—¿Lo sabe Adam? —inquirí.

—No interesa que lo sepa o no. Llevaré de nuevo el informe a…

—Me imagino qué diría Adam —observé fríamente.

—Creo que puedo manejar mis propios asuntos —contestó ella con cierto acaloramiento.

—Vamos —dije. Observé que la sangre había afluido en cierto modo a sus mejillas—. Creí que tú y Adam erais siempre así. —Y levanté la mano con dos dedos bien derechos.

—Lo somos —aseguró—, pero no

me interesa lo que…

—… y no te importa lo que «él» —enderecé el pulgar hacia el rostro elevado, marmóreo e imperturbable que nos contemplaba dentro del grueso y dorado marco entre las sombras— diría sobre el particular tampoco, ¿no?

—Oh, Jack —se levantó agitada del sofá, cosa desusada en ella—, ¿qué te hace hablar de ese modo? ¿Es que no comprendes? No estoy sino tratando de obtener dinero para el Hogar. Es cosa de negocios. Simplemente negocios. —Levantó la barbilla de un tirón mirándome a la vez de una forma que trataba de calmar el asunto cuando no hizo sino ponerme intranquilo.

—Escucha —dije, y experimenté que el cuello me oprimía fuertemente—, negocio o no negocio, ¿merece la pena arruinar tu reputación dejándote ver por ahí con…?

—¡Dejándome ver, dejándome ver! —exclamó—. No seas necio. Almorcé con él y no fue sino por asuntos de negocios.

—Sea o no por negocio, tu reputación anda en juego, y…

—¡Mi reputación! —exclamó—. Soy bastante grandecita para cuidar de la mía. Acabas de decirme que era casi vieja.

—No; dije que andabas por los treinta y cinco.

—Oh, Jack, es cierto y no he hecho nada, nada que merezca la pena. —Levantó las manos y, como si estuviese distraída, se las llevó luego hasta los cabellos—. No, nada, no quiero pasarme la vida jugando al *bridge*. Y qué poco hago. Ese Hogar, el terreno para juegos…

—Siempre está la Junior League —dije—. Pero ello ni lo oyó.

—… eso no es suficiente. ¿Por qué no hice algo…, estudiar por ejemplo? Ser médico, enfermera. Pude haberme convertido en ayudante de Adam. O haber estudiado jardinería. O quizá…

—Podrías hacer pantallas para lámparas —dije.

—Cualquier cosa. Basta con que hiciese algo.

—Podrías haberte casado. Conmigo.

—Oh, no quiero decir simplemente casarme. Me refiero…

—Tú misma no sabes lo que quieres.

—Oh, Jack —dijo y me tomó la mano—, es posible que tengas razón. No sé qué me ocurre esta noche. Algunas veces cuando vengo aquí… soy dichosa cuando llego, lo soy de veras, pero después…

Por el momento no dijo nada más. A esa altura había hundido la cabeza en mi pecho y yo le había palmeado cariñosamente el hombro mientras le decía:

—Sí, claro.

Había aspirado varías veces el perfume de su cabellera, que siempre tenía ese olor a limpio, bien lavado, como el de las chiquillas preparadas para asistir a una fiesta. Pero ni era una chiquilla ni había tal reunión. No con helado de frutilla y tortas y cornetas para hacer barullo y donde todos jugábamos palmeándonos las manos y luego las del compañero y cantábamos aquello de que el rey William era hijo del rey James, y donde habíamos de arrodillarnos sobre la alfombra, tan cierto como la hierba crece en el campo, y elegíamos la que nos agradaba.

Durante un minuto o dos permaneció

con la cabeza recostada sobre mi pecho y podría haberse visto la luz del día entre ella y su amigo, si hubiese existido aquella, en tanto su amigo dábale golpecitos impersonales y consoladores en el hombro. Luego se apartó de él y permaneció junto a la chimenea, observando el fuego, ya que estaba bien prendido entonces y convertía el ambiente en verdaderamente hogareño.

Después se abrió la puerta y el viento fresco del mar azotó la habitación como si fuese un gran perro que se sacudiese, y avivó el fuego. Era Adam Stanton que penetraba en aquella atmósfera hogareña, portando una cantidad de paquetes, pues había estado

en Landing para hacer algunas provisiones.

—¡Hola! —exclamó detrás de los paquetes, sonriendo con esa boca amplia, firme y delgada, que en reposo parecía como una herida limpia, bien curada, pero que bajo la sonrisa, si sonreía, nos sorprendía y nos hacía experimentar cierto dolor.

—Oye —le dije en tono vivo—, tiempo atrás, en cualquier época, ¿estuvo el juez Irwin en mala situación económica? ¿Bastante mala?

—Hombre, que yo sepa, no —comentó, mientras su semblante se oscurecía.

Anne giró para mirarlo y después

clavó sus ojos en mí. Por un instante pensé que iba a decir algo, pero no lo hizo.

—Ah, sí —contestó Adam, de pie y sin abandonar sus paquetes.

Había desenterrado algo del barro.

—Sí, sí —repitió con esa satisfacción en el semblante que se refleja cuando se ha extraído algo perdido en el pasado—, déjame pensar… yo era nada más que un muchachito… allá por el 1913 o 1914… Recuerdo que papá habló de ello al tío John o a alguien más, sin acordarse de que yo me hallaba en la habitación… luego el juez Irwin estaba allí, y él y papá… creí que iban a armar una

trifulca… de tanto como gritaban… hablaban acerca de dinero.

—Muchas gracias —dije.

Se dirigió hacia el sofá para dejar caer los paquetes sobre el mismo. Su sonrisa denotaba entonces cierta confusión.

—Bueno, al menos podías tener la gentileza de decirle por qué le has formulado la pregunta —dijo Anne, mirándome fijamente.

—Naturalmente, Adam; necesitaba averiguarlo para el gobernador Stark.

—¡La política! —exclamó, y sus mandíbulas quedaron firmemente apretadas como una trampa.

—Sí, la política —comentó Anne

con una sonrisa algo agria.

—Bueno, gracias a Dios, no tengo que mezclarme en ella. Al menos por ahora. —Pero lo dijo con cierta ligereza, cosa que me sorprendió. Luego agregó—: ¡Qué diablos importará que el gobernador Stark sepa acerca de la mala situación financiera del juez Irwin! Sucedió hace más de veinte años. Y no hay ley que castigue el hallarse sin fondos. ¡Qué diablos!

—Sí, ¡qué diablos! —repitió Anne, que entonces me miró sin aquella sonrisa agria.

—¿Y qué demonios estás tú haciendo —inquirió, asiéndola del brazo y sacudiéndola—, aquí parada

cuando los alimentos necesitan prepararse? Vamos, ¡en marcha, cara de vinagre! —dijo, y le dio un empujoncito hacia el sofá, donde se hallaban amontonados los paquetes.

Anne se inclinó para recoger algunos y Adam le dio un azote en las nalgas y dijo:

—¡Vamos, pronto! —Luego rio. Y ella contestó a su risa alegremente, y todo quedó en el olvido, pues no era frecuente que Adam riese, se expansionase y se mostrase alegre y jovial, en cuyas ocasiones sabíamos que lo pasaríamos maravillosamente.

Y así lo pasamos. Anne cocinó, yo dispuse las bebidas y la mesa, Adam

quitó la funda al piano (que no era tan malo todavía y permanecía afinado) y empezó a tocar hasta que la casa se estremeció de tanta música. Hasta bebió sus tres buenos vasos, en lugar de uno, antes de la comida. Luego cenamos y volvió a tocar el piano, ejecutando canciones como *Las rosas de Picardía* y *Las tres de la mañana*; entretanto, Anne y yo bailábamos y saltábamos; o él las tarareaba y Anne musitaba la letra en mi oído y nos movíamos lenta y suavemente como los álamos jóvenes bajo una leve brisa. Luego abandonó el taburete de un salto y se puso a silbar *Hermosa dama*, arrancó a Anne de mis brazos y la hizo valsar vertiginosamente, mientras iba

inclinada hacia atrás, apoyada en su brazo, con los ojos cerrados por temor a marearse y con el brazo derecho tieso y sosteniendo delicadamente el borde del vestido, que revoloteaba.

Adam era un buen bailarín, aunque estuviese de broma. Era una cualidad innata en él, pues jamás había vuelto a practicar, y nunca se había dado a la diversión sino a su trabajo. Y pudo haber tenido a las mujeres de rodillas a sus pies. Una vez, al cabo de cinco años le daba por mostrarse alegre, por estallar en una especie de alegría libre, exuberante y salvaje, como el rebalsar de un dique cuya corriente saliese para arrancar los árboles y las hierbas. Y los

que se hallaban a su alrededor eran los árboles y las hierbas. Los ojos le relumbraban vivamente y efectuaba amplios ademanes con el exceso de energía que estallaba desde lo profundo. Uno se imaginaba una gran turbina o una dinamo a un millón de revoluciones por minuto, produciendo energía y pronta a saltar de sus fijaciones. Cuando hacía ademanes con sus manos, amplias, fuertes, flexibles y blancas, era una mezcla de Svengali y de máquina que disgregase los átomos. Se esperaba ver saltar chispas azules. Una vez llegado a ese extremo, no sería posible que las mujeres dejasen de arrastrarse a sus pies e implorarle.

Pero esto no ocurría con frecuencia ni duraba mucho tiempo.

Adam no se hallaba en ese estado aquella noche. Simplemente estaba dispuesto a reír y bromear y tocar el piano y bailar un vals con su hermana, mientras el fuego saltaba en la chimenea espaciosa y el rostro marmóreo nos miraba desde el marco macizo y dorado y el viento llegaba del mar y en la oscuridad de afuera chocaba contra las hojas de los magnolios.

No es que en aquella habitación, donde se oía la música y el chisporrotear del fuego, se escuchase el ruido del viento contra las hojas de magnolia. Lo oí más tarde, arriba, en el

lecho y a oscuras, a través de la ventana abierta. Y pensé: «¿Fuimos felices esta noche porque lo fuimos o porque lo hemos sido largo tiempo atrás? ¿Fue nuestra felicidad de esta noche como la claridad de la Luna, que no viene de esta, pues es fría y carece de luz propia, sino que viene reflejada desde muy lejos?». Semejante pensamiento dio vueltas y más vueltas en mi cerebro y traté de deducir alguna linda metáfora del mismo; lo que dio resultado, pues habría sido necesario ser la Luna fría, errante y apagada, a la vez que el Sol, también tan lejano, ¿y cómo diablos puede uno ser a la vez la Luna y el Sol? «Al infierno con todo», pensé mientras

escuchaba el rumor de las hojas.

Luego me vino otro pensamiento a la memoria: «Bueno, de todos modos ahora ya sé que Irwin estuvo en mala situación económica».

Todo eso había desenterrado del pasado y al día siguiente abandonaría Burden's Landing y el pasado, y volvería al presente. Como así fue.

Y el presente era:

Tiny Duffy, sentado sobre un amplio y mullido sillón de cuero, con sus grandes jamones nadando sobre el cuero y su panza, grande y blanda, flotando sobre sus grandes y blandos jamones y una boquilla larga con una colilla de cigarrillo sobresaliendo gallardamente

de un lado de la boca (la boquilla era una innovación reciente, copiada de un caballero, el miembro más importante del partido político al que Tiny Duffy acordara su fidelidad) y su cara grande y blanda colgando sobre el cuello, y un anillo con su diamante grande como una nuez —pues todo eso era Tiny Duffy, lo cual no podrá creerse, pero es cierto—, como además que sin duda había consultado los dibujos del *Harper's Weekly*, en los archivos de la última década del siglo anterior, para descubrir exactamente lo que el político triunfante debía ser, hacer y usar.

Tiny Duffy decía:

—¡Jesús! El jefe va a invertir nada

menos que seis millones en un hospital… ¡Seis millones! —Retrepado en el sillón, con los ojos clavados como en sueños en el macizo artesonado, envuelta la cabeza en el débil humo del cigarrillo, murmuraba como en un sueño —: ¡Seis millones de dólares!

Y Sadie Burke respondía:

—Sí, seis millones, y tiene planes para que usted no ponga la mano sobre un solo céntimo.

—Eso le vendría bien si lo construyera en el cuarto distrito. MacMurfee todavía domina en este. Él y Gummy Larson. Pero dele ese contrato a Gummy y…

—Y este compraría de esa manera a

MacMurfee, ¿verdad?

—Vamos, vamos, yo no me expresaría de tal modo. Podría decir que Gummy convencería con razones a MacMurfee.

—Y usted se llevaría alguna tajada. ¿No es eso, Duffy?

—No estoy hablando de mí, sino de Gummy. Se encargaría de MacMurfee en beneficio del jefe.

—Él no necesita a nadie para arreglárselas con MacMurfee. Ya lo hará cuando llegue el momento y el arreglo será permanente. Por amor de Dios, Tiny. No conoce al jefe a pesar del tiempo transcurrido desde que lo vio por vez primera. ¿No sabe que es capaz

de reventar a un hombre antes que comprarlo? ¿No es cierto, Jack?

—¿Cómo he de saberlo? —contesté. Pero vaya si lo sabía.

Por lo menos sabía que el jefe estaba dispuesto a reventar a un hombre llamado juez Irwin. Y que yo había sido el elegido para cavar la sepultura.

De manera que proseguí con mi tarea.

Pero al día siguiente, antes de poner de nuevo las manos a la obra, recibí una llamada telefónica de Anne Stanton.

—Listo, listo —dijo—. ¿Tú eras el que te creías tan inteligente?

La oí reír al extremo del aparato, pero el sonido de su risa parecía como

si hiciera estremecer el cable, y pensé en su rostro animado por esa risa.

—¡Sí, listo! Sonsacaste a Adam que el juez Irwin anduvo en situación apurada hace mucho tiempo. ¡Pero yo también he descubierto algo!

—¿De veras?

—¡Sí, listo! Fui a ver a mi vieja prima Matilde, que sabe vida y milagros de todo el mundo desde hace unos cien años. Saqué la conversación sobre el juez y comenzó a hablar. Es suficiente que menciones algo para que resulte como si colocases una moneda en una máquina parlante. Sí, el juez estuvo sin un cuarto, o casi sin ninguno entonces, pero… ahora se te ha dado vuelta la

tortilla, muchacho. ¡Tú, tan despierto! ¡Lo mismo que a tu jefe! —Y volví a escuchar aquella risa, tan lejana que salía por el auricular.

—¿De veras? —dije.

—Entonces se casó —fue la respuesta.

—¿Quién? —inquirí.

—¿De quién estamos hablando, lumbrera? El juez Irwin.

—Es claro, se casó. Todo el mundo sabe que lo hizo. Pero ¿qué demonios tiene que ver eso…?

—Se casó con el dinero. Así dice la prima Matilde y ella conoce bien la historia. Estaba arruinado, pero se casó con el dinero. Ahora, fenómeno, ¡pon

eso en la pipa y fúmatelo!

—Gracias —dije, y antes de que lo advirtiese oí cómo colgaba el receptor al otro extremo.

Encendí un cigarrillo y me senté en el sillón giratorio, con los pies apoyados sobre el escritorio. Es claro, todos lo saben o lo habían sabido, que el juez Irwin se había casado. En verdad, contrajo matrimonio dos veces. La primera, mientras yo era un chiquillo, lo hizo con una mujer que fue arrojada del caballo y no pudo hacer otra cosa que permanecer en el lecho y contemplar el techo o, en los días buenos, mirar a través de la ventana. Pero falleció cuando yo era chico, y apenas la

recordaba. La segunda mujer también cayó casi en el olvido. Era de muy lejos; traté de recordar su aspecto. La había visto varias veces, es cierto. Pero un muchacho de quince años, más o menos, no presta mucha atención a una mujer ya mayor. Suscité la imagen de una mujer morena, delgada, con ojos grandes y negros, con vestido largo y blanco y alba sombrilla. Acaso no fue la verdadera imagen en modo alguno. Quizá fuese alguna otra que contrajera matrimonio con el juez Irwin y se instalase en Burden’s Landing y recibiese a las damas, sonrientes y curiosas, en la casa blanca del juez, y se hubiese percatado de las miradas y del

repentino silencio para prestar atención y de los nuevos bisbiseos mientras avanzaba por la nave de St. Matthew, precisamente antes del comienzo de la función religiosa, y había caído enferma y habitado un aposento del piso alto, atendida por una criada negra, tanto tiempo que la gente llegó a olvidar su misma existencia y quedó sorprendida ante la noticia del funeral, que vino a recordarles que la mujer había existido. Pero terminado el funeral nada hubo que la recordase, pues el cadáver fue enviado al lugar de donde procedía la mujer y ni siquiera una lápida quedó en el sitio reservado en el cementerio para los Irwin, bajo los robles y los tristes y

poéticos festones de musgo negro, colgados como guirnaldas entre las ramas, como si se preparasen para las festividades de los espectros.

El juez había tenido mala fortuna con sus mujeres y la gente lo compadecía. Ambas estuvieron enfermas y fallecieron en sus brazos. Mucho fue lo que los demás lo compadecieron por su desgracia.

Pero, según me dijeron, su segunda mujer fue más rica. Eso explicaba que la imagen por mí suscitada no fuera hermosa —no cuando menos la clase de cara que uno esperaría encontrar en la mujer del juez—, sino un rostro delgado, cetrino, ni siquiera joven, tan solo con

los ojos grandes y oscuros como único atractivo.

De manera que había sido rica y eso fue suficiente para contrapesar mi noción de que allá por el 1913 o el 1914, el juez había estado arruinado y luego había aparecido próspero. Y ello hacía feliz a Anne Stanton. Sí, feliz porque Adam no había hecho el juego, ni siquiera involuntariamente, al gobernador Stark. Bueno, consideré que eso la hacía feliz; también a mí. Y acaso ella lo fuese, además, al pensar que el juez era inocente. Bien, igualmente me alegraba a mí. Todo cuanto yo estaba haciendo era tratar de probar la inocencia del juez Irwin. Más pronto o

más tarde me llegaría al jefe para decirle:

—No hay nada que hacer, jefe. Tiene la sangre limpia.

—Ese hijo de perra está lavado y purificado —contestaría.

Pero mi palabra sería aceptada, pues le constaba que yo era recto. Era un estudiante concienzudo y bien preparado para las investigaciones. Y era la verdad lo que yo buscaba sin miedo y sin parcialidad. Y que saltasen las chispas.

De todos modos, podía tachar el año 1913. Anne Stanton había resuelto ese punto.

¿Sería verdad?

Cuando nos encontramos en la

antigua mansión, en busca del testamento perdido, vamos golpeando palmo a palmo el artesonado de caoba o a lo largo de los macizos muros del sótano escuchando si se produce algún ruido a hueco. Una vez que lo oímos nos damos a la búsqueda del botón secreto o introducimos una barra. Yo había golpeado y oído algo hueco. El juez Irwin estuvo arruinado. «Pero, oh, no» había dicho Anne Stanton, «ahí no hay ningún lugar secreto; no es sino donde va el montaplatos».

Pero volví a golpear. Simplemente para escuchar ese sonido a hueco, aunque no fuese sino el lugar donde va el montaplatos.

Me pregunté: Si un hombre necesita dinero, ¿de dónde lo consigue?

Y la respuesta vino con gran facilidad: Lo pide prestado. Y para obtenerlo tiene que ofrecer alguna garantía. ¿Qué pudo dar el juez Irwin como tal? Lo más probable, su casa de Burden's Landing o su plantación río arriba.

La suma que necesitaba era grande. De ahí que fuese la plantación. Por eso subí al automóvil y fui a lo largo del río hasta Mortonville, capital del distrito de La Salle, buena parte del cual lo constituye la plantación del juez, donde el algodón crece blanco como la nieve esponjosa y los negros contentos cantan

todo el día como Al Jolson.

En las oficinas de Mortonville di con un expediente relativo a la propiedad de Irwin. Databa desde la concesión española del siglo XVIII y se hallaba al día. El año 1907 se había registrado lo siguiente: «Hipoteca, Montague Irwin al Mercantile Bank, dólares 42.000, vencimiento primero de enero de 1910». A fines de enero de 1910 había sido pagado un buen pellizco, unos 12.000 dólares, y renovado la hipoteca. Hacia mediados de 1912 habíanse debitado intereses sobre los pagos. En marzo de 1914 se había ordenado la ejecución. Pero el juez se había salvado. A principios de

mayo se había efectuado un pago en cancelación total de la hipoteca. Posteriormente no se había hecho ninguna otra anotación en el expediente.

Había vuelto a golpear y allí estaba el sonido a hueco. Cuando un hombre está arruinado siempre existe ese sonido hueco, como la tumba.

Pero se había casado con una mujer rica.

¿Lo sería de verdad?

En cuanto a eso no contaba sino con la palabra de la vieja prima Matilde. Y la evidencia del rostro cetrino de la señora Irwin. Decidí hacer penetrar la barra.

Confrontaría la fecha del matrimonio

con la del expediente. Quizás ello indicase algo. Cualquiera que fuese la respuesta, metería la barra.

Nada sabía de la señora Irwin, ni la fecha de su matrimonio, ni siquiera su nombre ni su procedencia. Pero era cosa fácil. Una hora en la parte de la Biblioteca Pública destinada al archivo de los diarios, revisando las notas de sociedad, que al cabo de veinte años eran amarillos y casi ajados, nada alegres ni interesantes, y salí de nuevo a la calle con el cuello arrugado y las manos sucias pero con algo escrito al dorso de un sobre que llevaba en el bolsillo interior: Mabel Carruthers, hija única de Le Moyne Carruthers, Georgia.

Casada el 12 de enero de 1914.

La fecha del matrimonio no me aclaraba gran cosa. Cierto que los procedimientos para la ejecución habían sido iniciados después de contraído el enlace, pero ello no probaba que Mabel no fuese rica; podría haber tardado el juez todo el tiempo que durase su luna de miel para tocar el ingrato asunto de la gran plantación. El magistrado no querría conducirse con crudeza. De manera que ella habría sido rica como grasa de ganso. No obstante, esa noche partí en tren para Savannah.

Veinticinco años no es un plazo largo ante los ojos de Dios, pero se requiere casi su vista para averiguar

algo sobre la vida de un ciudadano, aun tan prominente como Le Moyne Carruthers, fallecido dos décadas y media atrás. Y yo no tenía los ojos de Dios. Tuve que revolver y revolver archivos de periódicos y sonsacar al pajarraco encargado de las noticias de la ciudad y cultivar la amistad de un individuo a quien conociera otrora y que dedicaba su actividad —y su manga ancha— al ramo de seguros y a soportar la compañía de sus amigos. Comí pato asado y relleno con ostras y ñames y esa salsa tan rica que saben hacer en Savannah, de sabor tan exquisito incluso para él hombre que, como yo, aborrece los alimentos, y bebí whisky de centeno

y recorrí las hermosas calles proyectadas por el general Oglethorpe y contemplé las bellas y severas fachadas de las casas, ahora más severas que nunca, ya que los árboles entrelazados se hallaban sin hojas y era la estación en que el viento arrastra grandes jirones de cielo gris desde el Atlántico, los cuales vienen arrastrando con tanta lentitud y tan bajos, que sus panzas rozan los mástiles y las chimeneas, cual cerdas grávidas que atravesaran un campo de rastrojos.

Vi la casa de Le Moyne Carruthers. El hombre debió haber sido rico, sí señor. Y también cuando ocurrió su fallecimiento, en el año 1904, de

acuerdo con el testamento. Pero entre esa fecha y el año 1913 transcurrieron nueve años, en cuyo plazo pueden suceder muchas cosas. Mabel Carruthers había vivido a lo grande. Y según mis averiguaciones, no existía razón para creer que el albacea testamentario de Nueva York no había sabido cumplir con su obligación en cuanto al manejo de las inversiones de Mabel.

Todo parecía absolutamente normal; pero hay algo que jamás debe olvidarse: el registro de causas y sus fallos.

No lo olvidé. Y allí encontré el nombre de Mabel Carruthers. Algunos tropezaron con dificultades para ser pagados por ella. Pero eso no significa

nada. Muchos ricos lo son tanto que se creen por encima de tener la obligación de pagar sus cuentas, y es necesario apretarlos para que las liquiden. Pero observé un detalle. Mabel no adquirió tan fea costumbre sino en 1911. En otras palabras, que sus cuentas fueron saldadas durante los siete años que los fondos estuvieron en su poder. Pero entonces medité si el amistoso fracaso fue resultado del temperamento y no de la necesidad, ¿por qué se hizo visible de repente? Porque llegó de repente y en montón. No es que Mabel tuviera que discutir solamente con el comerciante de la esquina. Al contrario, este tuvo pronta compañía, pues a la dama no le gustó

pagar a Le Clerc, de Nueva York, por una gargantilla, ni a la modista, ni a un comerciante de la localidad, cosechero de vinos, por cierta partida bastante importante de su bodega. Mabel había vivido a lo grande, muy bien.

El último fallo referíase al Seaboard Bank en relación con un préstamo de 750 dólares. Poco dinero para Mabel. Ahora no existía tal Banco en Savannah, según la guía telefónica. Pero un hombre de edad, que ocupaba un sillón con el asiento roto en las oficinas, me informó que la institución bancaria había sido adquirida por la Georgia Fidelity, allá en 1920. En la Georgia Fidelity me lo confirmaron. ¿Quién era presidente del

Seaboard entonces? Un minuto, que ya lo averiguaremos. El señor Percy Pointdexter. ¿Se hallaba en Savannah? No podría asegurarlo. Los tiempos cambian de tal modo… Pero el señor Pettus lo sabría, pues ese señor, Charles Pettus, era su yerno. Oh, mucho gusto, mucho gusto en servirle de algo.

El señor Percy Pointdexter no se hallaba en Savannah ni apenas en este mundo, pues al terminar de exhalar cada bocanada de aliento uno esperaba y esperaba que aquella menuda y delicada pila de madera de fósforos y pergamino transparente y filigrana de venas azules, reuniese fuerzas suficientes para el último esfuerzo. El señor Pointdexter,

reclinado en su sillón de ruedas, con las manos transparentes apoyadas en la seda color vino de su batín, y los ojos de azul claro fijos en la distancia metafísica, respiraba con dificultad y decía de este modo:

—Sí, joven, me ha mentido, por supuesto… pero no me importa… el motivo de que desee saber… ahora ya no le interesa a nadie…, pues todos han fallecido… Le Moyne Carruthers fue mi amigo…, mi mejor amigo…, pero eso fue hace mucho tiempo y no recuerdo muy bien su rostro…, y su hija Mabel… hice lo que pude por ella… hasta después de su revés financiero habría tenido para vivir decentemente… aun

con un lujo modesto…, pero no, disipó el dinero…, cada vez más…, le hice bastantes préstamos en el Banco…, parte de ellos le hice pagar por vergüenza… dos o tres pagarés fueron levantados por mí… en recuerdo de su padre… y enviados para que se avergonzase y fuese mayor su discreción…, pero no, regresaba nuevamente junto a mí sin experimentar vergüenza y me miraba con sus ojos grandes…, que eran negros, duros, ardientes como la fiebre y decía: «necesito dinero»… y finalmente presenté un pagaré a la justicia para avergonzarla…, para intimidarla… por su propio bien…, pues gastaba dinero

como agua…, lo derrochaba en una fiebre de bailes y de reuniones…, para acicalarse y era fea… para conseguir marido…, pero los hombres no pasaban de mostrarse galantes con ella…, pero consiguió marido… de algún lugar del Oeste, un hombre rico, según dijeron…, que se casó en seguida y se la llevó… murió y la trajeron otra vez…; el entierro… tuvo lugar con mal tiempo y pocos lo presenciaron…, ni siquiera en recuerdo de Le Moyne…, ni siquiera sus amigos…, algunos de ellos desaparecidos ya para doce años… que lo habían olvidado…; la gente es olvidadiza.

El aliento cesó unos instantes y creí

que no volvería a recobrarlo. Sin embargo, se repuso y dijo:

—Pero… eso… tampoco… tiene importancia.

Le di las gracias, estreché su mano, que estaba como la cera, fría, y dejó helada la mía. Salí, me metí en mi automóvil de alquiler y retorné a la ciudad, donde bebí algo, no para festejar nada sino para sacarme el frío de la médula, metido allí no por causa del tiempo, sino del viejo.

Había averiguado que Mabel Carruthers se hallaba sin un cuarto y se había casado con un hombre rico del Oeste. O más bien, de lo que en Savannah llamaban «el Oeste». Bueno,

valiente broma. No hay duda que el hombre rico del Oeste se había casado igualmente con ella por su dinero. Al descubrirse la verdad debieron sucederse ratos bien alegres. Abandoné Savannah al día siguiente, pero no sin haberme llegado hasta el cementerio para dar un vistazo al panteón de Carruthers, donde el musgo cubría el ilustre nombre y al ángel que le faltaba un brazo. Pero ello no importaba, pues todos los Carruthers se hallaban allí dentro ya.

Había golpeado y había sonado muy a hueco, muchísimo. Introduje la barra más aún. El juez Irwin no había levantado la hipoteca el año 1914 con

dinero de su mujer. ¿Qué había estado haciendo ese año para obtener fondos? Había dirigido su plantación, y actuado como Procurador General del Estado bajo el mandato del gobernador Stanton. Bien, no se obtienen 44.000 dólares en un solo año de una plantación de algodón (tal suma fue pagada, pues los 12.000 abonados en 1910 provinieron de una hipoteca sobre la casa de Landing, según averigüé, que levantó al mismo tiempo que la de la plantación). Y su sueldo importó 3.400. Nadie se hace rico con ese cargo en un Estado del Sur. Por lo menos tal es lo que se supone generalmente.

Pero en marzo de 1915 el juez había

conseguido un puesto excelente. Había renunciado a su cargo para convertirse en Consejero y Vicepresidente de la American Electric Power Company, con un sueldo de 20. 000 dólares anuales. No existía razón para que no hubiesen contratado los servicios de Irwin, que era muy buen abogado. Aunque habrían podido obtenerse los de muchos buenos abogados por bastante menos de 20. 000. Ahora bien: un empleo en 1915 no puede levantar una obligación un año antes. Cuando golpeé, seguía sonando a hueco.

De ahí que me zambullera en el mercado de títulos. Una acción de la citada compañía de electricidad era tan

barata como un puñado de tierra en plena depresión. Pero resultó ser un trozo de papel muy caro para mucha gente.

Yo cobraba por entonces algunos cupones y deseaba saber cómo iba a cuidar de mi inversión. De ahí que aprovechase el derecho del tenedor de acciones. Me llegué para examinar los registros de acciones de la American Electric Power Company. Del polvo del tiempo desenterré ciertos hechos. En mayo de 1914 Montague Irwin había vendido quinientas acciones comunes a la par, a Wilbur Satterfield y Alex Cantor que eran, según descubrí posteriormente, empleados de la

Compañía. Lo cual significaba que para fines de mayo Irwin tenía en su poder dinero suficiente para levantar las hipotecas y quedarse con algún sobrante. Pero ¿cuándo llegó a sus manos ese puñado de acciones? Era cosa fácil de saber. En marzo de 1914 fue reconocida la compañía y_ una buena parte de las nuevas acciones lanzada a la circulación. Las de Irwin formaban parte de esa tanda. Los muchachos se las habían pasado a Irwin (¿o las había comprado este?) y algunos de los otros muchachos volvieron a comprarlas (Irwin debió de haberse pateado a sí mismo por la venta, pues comenzaron a subir rápidamente y así siguieron

durante bastante tiempo). ¿Los señores Satterfield y Cantor habrían engañado a Irwin? Eran perros viejos en el asunto. Pero el hombre había tenido que vender y presto. Allí estaban las hipotecas.

Irwin había tenido las acciones, que vendiera a los señores Satterfield y Cantor. Hasta ahí, santo y bueno. ¿Pero cómo habían llegado a manos del juez? ¿Le habían caído del cielo? No es lo más probable. ¿Pero por qué la gente regala grandes partidas de acciones recientemente emitidas con sello de oro? La respuesta es bien sencilla. Porque nos portamos bien con ella.

El problema radicaba, pues, en ver si el juez Irwin se hallaba en esa

situación con respecto a la American Electric Power Company (por entonces era Procurador General del Estado) y ello implicaba una larga búsqueda. Sin que existiera nada en el fondo del pozo. Durante el período en que el juez actuó como Procurador General, la American Electric se condujo como ciudadano ejemplar.

Bien: ¿cómo había pasado el tiempo nuestro hombre durante su actuación oficial?

Según las investigaciones, como se acostumbra en tales cargos. Pero casi llegó a haber un caso. El pleito para recuperarlos derechos de la Southern Belle Fuel Company, concesionaria bajo

contrato de la explotación de los terrenos carboníferos del Estado. Había habido ciertos rumores sobre el particular, un poco de agitación en la legislatura, algunos en los periódicos, no faltaron los discursos, pero en definitiva el espectro de un rumor. Y yo probablemente era la única persona del Estado que lo conocía ahora.

A menos que el juez Irwin lo supiese, despertase durante la noche y permaneciese desvelado en la oscuridad.

Todo radicaba en la interpretación del contrato acerca de los porcentajes entre el Estado y la Compañía. La redacción era muy ambigua y quizá

hubiese sido redactada con toda intención. De todos modos, de una simple lectura deducíase que el Estado obtendría alrededor de 150.000 dólares de derechos atrasados y Dios sabe cuánto más antes de finalizar el período del contrato, como hemos dicho muy ambiguo. Tanto que cuando estaba a punto de comenzar el tiroteo, el Procurador decidió que no había lugar. «Experimentamos, empero —dijo en su informe—, que es de lo más reprobable que los responsables de este convenio hayan sido tan descuidados en la protección de los derechos públicos como para aceptar las cifras estipuladas en este contrato, mediante el cual el

Gobierno ha vendido por un plato de lentejas uno de sus más ricos activos. Pero al mismo tiempo es nuestra opinión que, puesto que el contrato existe y es susceptible tan solo de una interpretación razonable, este Estado, que desea estimular el trabajo y la industria dentro de sus fronteras, no puede hacer sino inclinarse ante lo pactado que, si bien es injusto en cuanto a rendimiento, obliga ante la ley. Y debemos recordar, aun en circunstancias como la presente, que la justicia no vive sino por la ley».

Tal fue lo que leí en el *Time-Chronicle* del 26 de febrero de 1914, fecha anterior en unas dos semanas a la

iniciación del procedimiento de ejecución contra la plantación de Irwin. Y unas tres semanas antes de la reorganización definitiva de la American Electric Power Company y la emisión de la nueva serie de acciones. Claro es que la relación no era sino de tiempo.

¿Pero acaso alguna relación de tiempo lo es solamente como tal? Me como un níspero y le da dentera a un hojalatero del Tibet. Es la teoría de la flor en la pared agrietada. Tenemos que aceptarla porque con gran frecuencia padecemos dentera a consecuencia de nísperos que nos comemos. De ahí que arrancase la flor de la grieta y

descubriese un hecho botánico asombroso. Que su raicilla delicada, con tantas vueltas y ramales, se extendía hasta la ciudad de Nueva York, donde penetraba en ese rico montón de estiércol que se llama Madison Corporation. La flor en la grieta era la Southern Belle Fuel Company. De ahí que recogiese otra florecilla, la American Electric Power Company, y descubriese que su delicada raicilla también brotaba del mismo montón de estiércol.

No estaba preparado para decir que sabía lo que Dios y el hombre son, pero iba aprestándome para hacer un cálculo atrevido acerca de un hombre en

particular. Pero solamente un cálculo.

Así fue durante largo tiempo. Porque había llegado a esa altura del problema en que no quedaba sino orar. Es un momento que siempre llega. Todo lo que se puede hacer es rezar hasta que esto también se vuelva imposible e irse entonces a dormir con la esperanza de verlo todo en sueños, por la gracia de Dios. *Kubla Kahn*, la canción de Caedmon, vino también en un sueño.

Lo mismo me sucedió a mí. Precisamente una noche mientras dormía. No fue sino un nombrecillo singular. «Mortimer L. Littlepaugh». El nombre daba vueltas en mi cabeza y pensé lo raro que era y me fui a dormir.

Al despertar por la mañana, mi primer pensamiento fue: «Mortimer L. Littlepaugh». Más tarde, mientras iba por la calle ese mismo día, compré un periódico y vi el nombre al mirarlo. Solo que no fue en el que acababa de adquirir, sino en una hoja amarilla, casi deshecha, con olor a queso rancio, que divisé de repente con el ojo de mi imaginación. «Muerte de Mortimer L. Littlepaugh a causa de accidente. El jurado decide». Eso era. Después, ascendiendo de manera vacilante, como trozo de madera empapada que se desprende de la superficie, apareció la frase: «El abogado de la American Electric Power Company». Eso era.

Retorné a los archivos y encontré el relato. Mortimer había caído desde la ventana en un hotel; mejor dicho, desde el balconcito con barandilla de hierro existente fuera de la ventana. La caída se había producido desde un quinto piso y había sido el final de Mortimer. Durante la investigación, su hermana, que vivía con él, había declarado que últimamente no andaba bien de salud y se quejaba de mareos. Habíase adelantado alguna teoría acerca del suicidio, pues vino a descubrirse que los asuntos del finado se hallaban bastante enredados y la barandilla era demasiado elevada para un accidente casual. Y también rodeaba cierto misterio a una carta que un

botones había jurado recibir de Mortimer la tarde anterior a su fallecimiento, acompañada de una propina y de instrucciones de depositarla inmediatamente en el correo. El muchacho había jurado que iba dirigida a la señorita Littlepaugh. Y esta había jurado no haber recibido semejante carta. Bien, Mortimer había estado mareado.

También había sido abogado de la American Electric. Y descubrí que había sido despedido no mucho antes de la provisión del cargo por Irwin. Eso no parecía muy promisorio, pero un nuevo cabo suelto no importaría. Ya habían abundado durante los seis u ocho meses

que duraba mi investigación.

Pero el cabo suelto no era sino la señorita Lily Mae Littlepaugh, a quien descubrí al cabo de cinco semanas en una guarida oscura, inmunda y hedionda, que tal era la casa de habitaciones amuebladas, situada al borde mismo de las casas de vecindad, en Memphis. Era una mujer entrada en años, alta y delgada, vestida de negro, llena de lunares y de lamparones, casi más allá de toda pretensión de gracia, pestañeando lentamente ante mí con sus ojos débiles y enrojecidos en un semblante arrugado por el tiempo, sentada en la habitación casi a oscuras, exudando un hedor a zorro viejo que se

mezclaba con el del incienso y las velas. Toda la pared veíase cubierta con cuadros de santos y en un ángulo del aposento se hallaba sobre una mesita una especie de altar, con una cortina de terciopelo color vino y en el interior, no una virgen o un crucifijo como era de esperar de acuerdo con los cuadros, sino una imagen grande de fieltro, montada sobre una tabla que al principio tomé por un girasol enorme, pero después advertí que se trataba de una representación del sol y de sus rayos. El que da la vida. Y nada menos en ese aposento. Delante de él, sobre la mesa, ardía una vela con una llama grande, como si estuviese alimentada no solo

con la cera, sino con la sustancia del aire pringoso.

En el centro del cuarto, veíase una mesa cubierta con tapete de terciopelo color vino y sobre él un plato con caramelos de vivos colores, un vaso de agua y un par de cornetas o trompetas, largas y estrechas, al parecer construidas con peltre. Me senté a buena distancia de la mesa y la señorita Littlepaugh me observó bien desde el otro lado con sus ojos colorados. Después dijo con voz sorprendentemente robusta:

—¿Comenzamos?

Continuó estudiándome y luego habló como consigo misma:

—Si la señora Dalzell lo ha enviado aquí, supongo…

—Sí, ella me ha enviado. —Era cierto y la cosa me había costado veinticinco dólares.

—Creo que todo estará bien.

—Está bien.

Se levantó y fue hasta la vela de la mesita, sin dejar de observarme, como si ante la última vacilación de la luz, antes de que la apagase, pudiese resultar claramente que yo no estaba bien. Después apagó la vela antes de retomar a su asiento.

Luego hubo respiraciones entrecortadas y gemidos durante un tiempo, el ruido de un metal que supuse

fue la corneta, algo de conversación, no muy aclaratoria ni edificante, de la princesa Spotted Deer, que regía a la señorita Littlepaugh, además de otras observaciones, igualmente nada aclaratorias y proferidas en voz bronca, de alguien del otro mundo, que alegaba llamarse Jimmy y haber sido amigo de mi juventud. Entretanto, el radiador giraba contra la pared a mi espalda, pero no en silencio, y yo inhalaba la profunda oscuridad y transpiraba. Jimmy decía que yo iba a emprender un viaje.

Inclinado hacia delante, dije:

—Llame a Mortimer. Quiero formularle una pregunta.

Una de las trompetas sonó

suavemente otra vez y la princesa hizo alguna observación que no comprendí.

—Es a Mortimer a quien necesito —dije.

Hubo algunos ruidos en el interior de la trompeta, nada claros, desde luego.

—Está tratando de comparecer —dijo la señorita Littlepaugh—. Pero la vibración es mala.

—Quiero hacerle una pregunta —dije—. Que venga Mortimer. Ya sabe, Mortimer L. La L es de Lonzo.

Las vibraciones seguían siendo malas.

—Quiero preguntarle sobre el suicidio.

Las vibraciones debían de ser

malísimas, pues no se oyó el menor ruido.

—Consígame a Mortimer. Quiero preguntarle acerca del seguro. Deseo que me diga algo sobre la última carta que escribió.

Las vibraciones debieron de ser terribles, pues una de las trompetas dio un golpe sobre la mesa y un salto hacia el suelo y hubo un ruido y un murmullo al otro lado de la mesa, y cuando se volvió a encender la luz de repente, vi a la señorita Littlepaugh de pie y con la mano en el interruptor fijos en mí sus ojos enrojecidos, mientras el aliento le salía silbando fuertemente por entre la vieja dentadura.

—¡Me ha mentido! —vociferó—. ¡Me ha engañado!

—No, no le he mentido —dije—. Me llamo Jack Burden y he sido enviado por la señora Dalzell.

—Es una idiota —silbó entre dientes—; ha sido una imbécil al enviarlo hasta aquí.

—Creyó que no habría inconveniente. Y no fue tan idiota al pedirme veinticinco dólares.

Extraje la cartera, saqué de ella algunos billetes y los retuve en la mano.

—Es posible que yo no esté bien —dije—, pero esto siempre lo está.

—¿Qué desea? —inquirió. Sus ojos iban ávidamente de mi rostro al fajo

verde y viceversa.

—Lo que ha oído. Deseo hablar con Mortimer Lonzo Littlepaugh, si es capaz de ponerse en comunicación con él.

—¿Qué necesita de él?

—Lo que le he dicho. Quiero preguntarle algo acerca del suicidio.

—Fue un accidente —contestó ella con voz sombría.

Separé un billete y lo mantuve en alto.

—Fíjese en esto. Es de cien. —Lo dejé sobre la mesa, a su lado—. Mírelo bien. Es suyo. Puede tomarlo.

Lo miró con expresión temerosa.

—Aquí tiene otros dos iguales. Son trescientos dólares. Si puede ponerme

en comunicación con Mortimer, el dinero será suyo.

—Las vibraciones —musitó la mujer —… algunas veces las vibraciones…

—Sí, las vibraciones. Pero cien dólares son capaces de conseguir mucho. Recoja ese billete. Es suyo.

—No —contestó de repente y con voz bronca—. No.

Coloqué uno de los billetes que tenía en la mano encima del que estaba sobre la mesa.

—Recójalo y al diablo con las vibraciones. ¿No le agrada el dinero? ¿Cuándo fue la última vez que hizo una comida en forma? Tómelo y dele a la lengua.

—No —dijo, y se encogió contra la pared, con la mano puesta en el pasador de la puerta, como si estuviese pronta a huir, pero con la mirada fija en el dinero. Luego la desvió hacia mí, estiró de pronto la cabeza y exclamó—: ¡Ya sé, lo conozco, trata de engañarme! ¡Es de la compañía de seguros!

—Se ha equivocado. Pero sé algo acerca de la póliza del seguro de Mortimer. Hay una cláusula referente al suicidio. Por eso usted…

Las palabras de la señorita Littlepaugh fueron como un silbido entre los dientes. Su rostro delgado se contrajo, con lo que podía ser lo mismo rabia que dolor o desesperación; era

cosa imposible de asegurar.

—Obtuvo un préstamo a cuenta del seguro, casi todo su importe… y no me dijo nada… él…

—De manera que usted mintió por una miseria —interrumpí—. Cobró el seguro, claro, pero no había gran cosa que cobrar.

—No, no había. Me dejó así… no me dejó nada… me dejó sin nada… y esto… esto… —observó a su alrededor los muebles destrozados, la suciedad y pareció estremecerse y retroceder como si acabase de penetrar en el lugar y advirtió—. Esto… esto… —repetía.

—Trescientos dólares serán una buena ayuda —insinué, señalando con la

mirada los dos billetes sobre el tapete.

—Esto… esto… es lo que me dejó… era un cobarde… oh, era fácil para él… fácil… todo lo que tenía que hacer era…

—Dar un salto —concluí.

Eso la apaciguó. Me miró pesadamente un momento y luego dijo:

—No saltó.

—Mi querida señorita Littlepaugh —contesté en tono que generalmente se describe como «no áspero»—, ¿por qué no lo admite? Su hermano murió hace tiempo, y ello no le hará ningún daño. La compañía de seguros ha echado el asunto en olvido. Nadie la censurará por haber mentido. Usted tenía que vivir.

Y…

—No fue el dinero —aseguró—. Sino la desgracia. Quería enterrarlo por la Iglesia. Quería… —Se detuvo de repente:

—Ah —dije y miré las imágenes sagradas de los cuadros colgados de la pared.

—Era creyente entonces —dijo, se detuvo y corrigió—: Ahora también creo en Dios, pero de forma diferente.

—Sí, sí —dije de manera tranquilizadora. Observé una de las trompetas sobre la mesa—. Y, por supuesto, es estúpido pensar en ello como una desgracia. Cuando su hermano hizo eso…

—Fue un accidente —dijo la mujer.

—Vamos, señorita Littlepaugh, acaba de admitirlo hace un segundo.

—Fue un accidente —insistió, replegándose sobre sí misma.

—No, lo hizo, pero no fue culpa suya. Se vio obligado a hacerlo. —Observé su rostro—. Había servido durante años a la compañía y luego lo pusieron de patitas en la calle. Para colocar a un hombre que cometió una acción malvada. Ello condujo a su hermano hacia la muerte. ¿No es cierto? —Me levanté y di un paso hacia ella—. ¿No es cierto?

Me miró fijamente y luego se rindió:

—¡Sí! Eso lo impulsó al suicidio,

fue la causa de su muerte. Lo emplearon porque se trataba de un soborno. Mi hermano lo sabía y les dijo que estaba enterado, pero igual lo despidieron; dijeron que no podía probarlo y lo echaron a la calle.

—¿Podía probarlo?

—Oh, estaba muy bien enterado. Sabía todo lo referente al negocio del carbón desde mucho tiempo atrás; pero no sabía lo que iban a hacerle. Lo trataron muy bien y le constaba que lo iban a echar. Pero fue a hablar con el gobernador…

—¿Qué? ¿Qué acaba de decir? —Avancé hacia ella.

—Al gobernador, él…

—¿A quién?

—Al gobernador Stanton, que lo escuchó y…

La así del brazo fuertemente.

—Escuche, ¿está diciéndome que su hermano fue a hablar con el gobernador Stanton y se lo contó todo?

—Sí. Y el gobernador no quiso escucharlo. No quiso. Le dijo que no podía probar nada, que no investigaría y que…

—¿No me está mintiendo? —pregunté mientras le sacudía fuertemente el brazo, que parecía madera.

—¡Es cierto; juro por Dios que es cierto! —exclamó, temblorosa bajo la presión de mi mano—. Y eso lo mató. El

gobernador lo mató. Fue al hotel, me escribió la carta refiriéndomelo y esa noche…

—La carta —interrumpí—, ¿qué sucedió con esa carta?

—… esa noche… justamente antes del alba… pero esperando toda la noche en esa habitación… y justamente antes de la aurora…

—La carta —insistí—. ¿Qué fue de esa carta?

Volví a sacudirla y repitió, como un murmullo:

—Justamente antes del amanecer… —Pero volvió en sí, me miró y dijo—: La tengo en mi poder.

Aflojé la presión, arrojé un billete

en su mano viscosa e hice que lo apretase con los dedos.

—Son cien dólares. Deme la carta y tendrá el resto… ¡trescientos dólares!

—No, no, usted quiere hacer desaparecer la carta. Porque dice la verdad. Usted es amigo de ese hombre. —Me miró fijamente, escrutándome, pestañeando, como persona de edad que trataba de abrir una caja con sus dedos débiles. Después abandonó y preguntó casi sin fuerzas—: ¿Es usted amigo de ese hombre?

—Si me viese en este instante, no creo que supusiera tal cosa.

—¿No es usted su amigo?

—No —dije, y la mujer me observó

como dudando—. No, no lo soy. Entrégueme la carta. Si alguna vez se utiliza para algo será en contra suya. Se lo juro.

—Tengo miedo —dijo. Pero yo veía cómo los dedos acariciaban el billete que había introducido en su mano.

—No tenga miedo de la compañía de seguros. Eso ocurrió hace mucho tiempo.

—Cuando fui a ver al gobernador… —comenzó.

—¿Usted también fue a verlo?

—Luego de haber ocurrido aquello…, después de haber terminado todo…, quise lastimar a aquel hombre…, fui a ver al gobernador…

—¡Dios mío! —exclamé.

—… y le pedí que lo castigase… porque había aceptado un soborno…, porque había matado a mi hermano… pero dijo que no tenía pruebas, que ese hombre era su amigo y no tenía pruebas.

—Pero esa carta…, ¿llegó a mostrársela?

—Sí, tenía la carta.

—¿Se la mostró al gobernador Stanton?

—Sí, sí. Y él permaneció de pie y me dijo: «Señorita Littlepaugh: ha jurado que no recibió tal carta, ha mentido a sabiendas y ello constituye un perjurio y el castigo del mismo es severo y si esa carta llega a conocerse,

caerá sobre su cabeza todo el rigor de la ley».

—¿Qué hizo usted?

La cabeza —cabellos grises y piel amarilla pegada a los huesos— vaciló sobre el tallo delgado del cuello, ligera y secamente, como tocada por la brisa.

—Hacer, hacer —repitió, moviendo la cabeza—. Yo era una mujer pobre y sola. Mi hermano había muerto. ¿Qué podía hacer?

—Guardó la carta —aseguré.

Ella asintió.

—Vaya a buscarla. Tráigala. Le juro que nadie la molestará ya.

La trajo. Hundió los dedos en aquella masa de papeles amarillentos y

con olor a ácido, cintas viejas y trapos arrugados en el cofre de hojalata del rincón, mientras yo permanecía inclinado sobre ella, nervioso por la poca agilidad de sus dedos, ya medio paralizados. Finalmente, la sacó.

Le arranqué el sobre de la mano y extraje el papel. Era una hoja con membrete del Hotel Moncastello, fechada el 3 de agosto de 1915, y decía:

> Querida hermana:
>
> Esta tarde estuve a ver al gobernador Stanton y le referí la manera cómo he sido arrojado de mi empleo como un perro, al cabo de muchos años, porque

ese hombre, Irwin, fue sobornado para que fallase favorablemente el pleito contra los de la Southern Belle Fuel, y cómo ocupa ahora mi puesto con un sueldo que jamás me pagaron, a pesar de haberles dado mi sangre durante tanto tiempo. Hasta lo llaman vicepresidente. Me han mentido y engañado y lo han hecho vicepresidente por haber aceptado el soborno. Pero el gobernador Stanton no quiso escucharme. Me pidió la prueba y le informé que el señor Satterfield me dijo meses atrás la forma en que había sido

arreglado el asunto y cómo nuestra compañía se ocuparía de Irwin. Ahora Satterfield lo niega. Niega que jamás me haya dicho nada. De manera que no poseo ninguna prueba y el gobernador Stanton no realizará ninguna investigación.

No puedo hacer nada más. Fui a ver a los políticos opuestos al gobernador Stanton y tampoco quisieron escucharme. Porque ese chantajista McCall, que es el principal, se halla ligado a la Southern Belle. Al principio mostraron interés, pero ahora se ríen de mí. ¿Qué puedo hacer?

Soy viejo y no me siento muy bien. Nunca volveré a servir para nada. Seré una carga para ti en vez de una ayuda. ¿Qué puedo hacer, hermana?

Has sido muy buena para mí. Te lo agradezco. Perdóname por lo que voy a hacer, pero me reuniré con nuestra santa madre y nuestro querido padre, que fueron tan buenos para con nosotros y que me recibirán en la otra vida. No llores.

Adiós, hasta el dichoso día en que volvamos a reunirnos en el cielo.

MORTIMER.

P. S. He pedido un buen préstamo a cuenta del seguro, a causa de las malas inversiones. Pero queda algo y si se enteran de lo que voy a hacer no te entregarán un centavo.

P. S. Entrega mi reloj, que fue de papá, a Julián, que lo conservará a pesar de no ser sino nuestro primo.

P. S. Podría hacer con mayor facilidad lo que he decidido, si no estuviese tratando de conseguir que te paguen el seguro. He pagado la prima y debes obtenerlo.

De manera que el pobre hombre se había encaminado hacia la otra orilla, donde sus padres le enjugarían las lágrimas, inmediatamente después de haber aleccionado a su hermana sobre la manera de defraudar a la compañía de seguros. Allí estaba todo —en cuanto a Mortimer Lonzo—: la confusión, la debilidad, la piedad, la compasión de sí mismo, la venganza, todo en aquella caligrafía pulcra, primorosa, a la mañera de los antiguos libros de contabilidad, algo más temblorosa que de ordinario, quizá, con todos los puntos sobre las íes.

Volví a colocarla en el sobre y este en mi bolsillo.

—Voy a hacer que saquen una fotocopia y se la devolveré. La haré certificar. Y usted tendrá que declarar ante un notario acerca de su visita al gobernador Stanton. —Me llegué al otro lado de la mesa y le entregué los dos billetes que estaban sobre la misma—. Recibirá otro papelito igual que estos una vez hecha esa declaración. Póngase el sombrero.

Y así lo tuve al cabo de varios meses. Porque nunca se pierde nada. Jamás. Siempre existe la huella, el cheque cancelado, el carmín de labios, la huella del pie en el cañaveral, el preservativo en el sendero del parque, los zapatos del nene y la mancha de

sangre. Y todos los tiempos son uno y los muertos en el pasado jamás vivieron antes de que nuestra definición les dé vida y sus ojos nos imploran desde la oscuridad.

Eso es lo que creemos nosotros, los investigadores de la Historia.

Y amamos la verdad.

VI

A fines de marzo del año 1937 fue cuando visité a la señorita Littlepaugh, en la guarida sucia y con el olor a zorro viejo de Memphis, y llegué al final de mi investigación. La tarea había durado casi siete meses. Pero otros acontecimientos se habían producido durante ese lapso además de mis investigaciones. Tom Stark, estudiante de segundo año, había conquistado un triunfo sobre el formidable equipo Al Southern Eleven. Para celebrarlo, volcó un costoso automóvil amarillo sobre una alcantarilla de uno de los numerosos

caminos construidos por su padre. Por fortuna, unos policías de tráfico —en vez de algún ciudadano charlatán— descubrieron el accidente; y la media botella que evidenciaba el estado del conductor fue sin duda arrojada a las aguas del pantano en la oscuridad de la noche. Junto al cuerpo inconsciente del "Rayo" —que tal era su sobrenombre deportivo— yacía otra forma, consciente pero bastante maltrecha, pues en el costoso modelo deportivo amarillo Tom conducía una algo menos costosa cabeza amarilla que resultó llamarse Caresse Jones. De ahí que la chica fuese a dar con sus huesos en la mesa de operaciones del hospital y no al pantano.

Tuvo la gentileza de no morir, si bien en lo futuro no constituiría un gran adorno en un turismo. Pero el padre de la joven ya no se mostró tan gentil. Pataleó y juró que correría sangre, vomitó insultos, habló de juicio, de cárcel, de publicidad y de pleitos. Sus fuegos, empero, pronto se apagaron. Claro que costó un buen pellizco, pero, en definitiva, se llegó a un arreglo sin alborotos. El señor Jones se dedicaba al transporte en camiones y alguien hizo notar que esos vehículos corrían por las carreteras del Estado y que los camioneros tenían bastante contacto con determinadas oficinas estatales.

Tom no resultó herido, si bien

permaneció sin recobrar el conocimiento durante tres horas en la cama del hospital, mientras el jefe, blanco como sábana almidonada, el cabello colgando revuelto sobre los ojos extraviados y el sudor resbalando sobre sus mejillas, iba de un lado a otro de la sala de espera y hundía el puño en la palma de la otra mano mientras su respiración emitía una especie de ruido entrecortado como la del hijo en la habitación contigua. Luego llegó Lucy Stark —eran ya casi las cuatro de la mañana— con los ojos enrojecidos, aunque sin lágrimas, y una expresión de atontamiento en el semblante. Tuvieron su buena pelea. Pero aconteció luego de

haberse sabido que Tom se hallaba bien. Hasta aquel momento el jefe había estado recorriendo la habitación de arriba abajo, respirando trabajosamente, y ella sentada y bien erguida mirando al vacío. Pero una vez llegada la buena nueva, se levantó y fue a plantarse delante de él.

—¡Es necesario que pongas fin a esto! —exclamó.

En la miró fijamente, sin comprenderla. Luego avanzó una mano para tocarla, a la manera del oso que toca algo con una garra torpe y como explorando, y dijo a través de sus labios secos:

—El muchacho está bien, Lucy…, no

le ha ocurrido nada.

La mujer meneó la cabeza.

—No, no está bien.

—El médico —indicó Willie, avanzado vacilante hacia ella—, el médico dijo…

—No, no está bien. Ni lo estará. Al menos que le obligues…

La sangre afluyó de repente a las mejillas del jefe.

—Bueno, mira, si te refieres a obligarlo a que no juegue al fútbol…, si crees… —Era una vieja historia entre ambos.

—Oh, no se trata solamente del fútbol. Ya es bastante desgracia. Lo peor son las consecuencias… Se ha vuelto

salvaje, egoísta, holgazán y…

—Ningún hijo mío será un pobre holgazán. ¡Eso es lo que persigues!

—Más quisiera verlo muerto a mis pies que convertido en lo que tu vanidad hará de él.

—¡No seas necia!

—Lo arruinarás. —La voz de Lucy era entonces tranquila.

—Diablo, déjalo que sea hombre. Jamás me divertí mientras crecía. ¡Que disfrute algo! Yo veía divertirse a los demás sin poder hacer lo mismo. Quiero que el…

—Lo arruinarás —insistió ella con su voz tan tranquila pero tan profética.

—¡Que se vaya todo al diablo…!

Mira… —comenzó. Pero a esa altura yo había abandonado la habitación y cerrado la puerta suavemente detrás de mí.

El accidente de Tom no fue lo único que aconteció durante aquel invierno.

Existía el proyecto de Anne Stanton para conseguir dinero del Estado con destino al Hogar para Niños. Obtuvo un buen pellizco y mostrose satisfecha consigo misma. Aseguraba que estaba a punto de conseguir una subvención por dos años, cosa que era bastante necesario según ella, y posiblemente tuviese razón, pues las fuentes de la caridad privada se habían secado hacia 1929 y siete años más tarde apenas si

corría como un arroyuelo. Hubo cierta agitación en el cuarto distrito, donde MacMurfee seguía teniendo la sartén por el mango. Su representante se levantó en el Congreso de Washington, que estaba lejos, pero no tanto como la luna, y expuso sus puntos de vista sobre el jefe, que dieron lugar a titulares en los diarios del país. Para contrarrestarlos, el jefe pagó un buen espacio en la radio y esparció por el éter sus puntos de vista sobre el diputado Petit y regaló a la nación, en varías entregas, una biografía detallada de dicho diputado, resultando —según la investigación ordenada por el jefe— que había arrojado una granada a un edificio público. El jefe no contestó

nada de lo mencionado por Petit, limitándose a ocuparse del orador. Estaba bien al tanto de la llamada falacia del *argumentum ad hominem*. «Es posible que constituya una falacia —dijo—, pero es útil como hay Dios. Si nos valemos del *argumentum* adecuado, siempre será posible intimidar al *hominem*, que se esconderá donde menos lo espera».

Petit no salió muy airoso, pero hubo que caer en manos de MacMurfee, que jamás dejaba de probar. Lo mismo que Tiny Duffy, empeñado en convencer al jefe de su idea de conceder el contrato básico para el hospital a Gummy Larson, una potencia en el cuarto distrito y que

sin duda persuadiría a MacMurfee o, para hablar con más claridad, lo compraría. El jefe lo escuchaba con la misma atención que si fuese la lluvia golpeando contra el techo y decía:

—Sí, seguro, Tiny. Ya hablaremos de ello en alguna oportunidad.

O bien:

—¡Por Dios, Tiny, cambie el disco!

A veces no contestaba nada, sino que contemplaba a Tiny como especulando, como si estuviese aquilatándolo en algún sentido, en silencio, hasta que la voz de Duffy iba apagándose, llegando a tal silencio que podía oírse perfectamente la respiración de los dos hombres. La del jefe sostenida y

profunda, y la del otro sibilante, agitada y apenas audible, a pesar de su humanidad.

Entretanto, el jefe iba haciendo de ese hospital su pensamiento andante. Hizo viajes al Este para ver los más grandes y mejores edificios similares, el Massachusetts General, el Presbyterian, de Nueva York, el Philadelphia General y muchos más.

—Por Dios —decía—, no me interesa lo hermosos que sean; el mío lo será más, y cualquier pobre y desamparado del Estado podrá ir y conseguir el mejor servicio médico sin que le cueste un centavo.

Cuando celebraba esas excursiones

pasaba el tiempo con médicos, arquitectos y superintendentes de hospitales, pero jamás con gente alegre y jugadora. Y una vez de regreso, su despacho no era sino un montón de planos y de cuadernos de notas de su puño y letra, y de libros sobre arquitectura, sistemas de calefacción, dietética y administración de hospitales. Uno entraba y él lo miraba y se ponía a hablar apresuradamente, como si la entrada se hubiese producido un rato antes:

—Allí, en el Massachusetts General tienen…

Muy bien, era su proyecto favorito. Pero Tiny no cedía.

Una noche, al llegar a la mansión, vi a Sugar-Boy holgazaneando en el amplio y sencillo vestíbulo discretamente distribuido, con una hoja de diario sobre sus rodillas, un 38 desarmado en la mano y una aceitera en el suelo; le pregunté por el paradero del jefe y lo observé mientras torturaba sus labios y escupía saliva. El movimiento de cabeza me indicó que aquel se hallaba en la biblioteca, a la que me dirigí y a cuya puerta llamé. Tan pronto como la gran puerta se abrió, vi que los ojos del jefe parecían dirigirse hacia una escopeta de dos cañones, calibre 10, a tres pasos de mí, y me detuve.

—¡Mire! —ordenó, en tanto se

enderezaba sobre el sofá de cuero en que había estado apoyado—. ¡Mire!

Y desvió el arma con la que cubrió a Tiny, de pie sobre la alfombra delante de él y al parecer derritiendo sebo con mayor rapidez de lo que el fuego de troncos sobre la chimenea justificaba.

—¡Mire! Ese bastardo ha tratado de hacerme una mala pasada. Trató de hacer pasar de contrabando a Gummy Larson para que se entrevistase conmigo. Lo trajo desde Duboisville y todavía creyó que me conduciría cortésmente. Pero ¡por qué demonios iba a hacerlo!

Se volvió de nuevo hacia Tiny y preguntó:

—¿Acaso lo hice?

El interpelado no produjo el menor sonido.

—¿Lo hice o no? —insistió el jefe.

—No —fue la respuesta, como si saliese del fondo de un pozo bien profundo.

—No, no lo hice —dijo el jefe—. No le permití ni siquiera atravesar el umbral de esa puerta. —Señaló la que se hallaba cerrada detrás de mí—. Le hice saber que si alguna vez lo necesitaba enviaría en su busca y que se fuese al diablo. Pero usted… —señaló con el dedo a Duffy—, usted…

—Creí que…

—Creyó que podría engañarme. Eso

es, engañarme y comprarlo. Bien, no lo compraré, lo reventaré. Ya he comprado demasiados hijos de perra. Si los hago pedazos así quedarán, pero si se los compra nadie sabrá cuánto tiempo responderán. Ya he comprado demasiados. El error ha sido no haberlo reventado a usted. Pero me imaginé que permanecería vendido a mi servicio. Está asustado como para abandonarme.

—Vamos, jefe —dijo Tiny—, no es eso. Le consta cómo lo apreciamos todos. No es que esté asustado. Es…

—Será mejor que tenga miedo —dijo el jefe, cuya voz se había vuelto de repente dulce y baja. Como una madre que susurra al hijo en la cuna.

Pero Tiny comenzó a sudar nuevamente.

—¡Ahora, retírese! —ordenó el jefe con tono más positivo.

Miré hacia la puerta después que se hubo cerrado detrás del que se retiraba y dije:

—No hay duda que se atrae a sus electores.

—Cristo —dijo, y se hundió de nuevo en el sofá de cuero y echó a un lado un montón de planos.

Levantó la mano en su intento de desabrocharse el cuello, erró, se impacientó, arrancó el botón y la corbata quedó floja de un tirón. Luego desvió la cabeza a uno y otro lado, como

si el cuello lo hubiese estado ahogando.

—Cristo —repitió, casi gruñendo—, ¿es que no es capaz de entender que no deseo que se entrometa en esto? —Y volvió a empujar los planos.

—¿Qué espera? —pregunté—. Se trata nada menos que de seis millones. ¿Ha visto alguna vez que las moscas permanezcan alejadas de la batidora a la hora de batir?

—Será mejor que permanezca a distancia esta vez.

—Pero si es lógico. Evidentemente, Larson está a punto de hacerle una mala pasada a MacMurfee. Por un contrato. Es buen constructor.

Se enderezó de repente en su asiento

y preguntó, mirándome fijamente:

—¿También tiene usted algún interés en esto?

—A mí ni me va ni me viene —dije, y me encogí de hombros—. Lo que es por mí puede construirlo con las manos vacías. Solamente le he dicho que, de acuerdo con sus: premisas, Tiny está procediendo con lógica.

—¿Pero es que usted no comprende? ¿Es posible que usted tampoco comprenda? —inquirió sin dejar de mirarme fijamente.

—Comprendo lo que comprendo.

—¿Es capaz de comprender? —repitió. Se levantó del sofá y al instante mismo del haberse levantado

comprendí, por lo poco firme de su postura, que había estado bebiendo. Avanzó hacia mí, me tomó de la solapa y me sacudió un poco, con los ojos fijos en mi semblante, ahora junto al suyo, por lo que observé que se hallaban enrojecidos, y dijo—: ¿Es que tampoco lo comprende? Estoy construyendo ese lugar, el mejor del mundo, y un pordiosero como Tiny no se interpondrá en mi camino. Lo llamaré Willie Stark Hospital y ahí estará aún mucho tiempo después de mi muerte, lo mismo que de la suya y de todos esos hijos de perra, y todo el mundo, aunque no tenga un céntimo, podrá ir a atenderse gratis…

—Y lo votarán —dije.

—Estaré muerto —contestó— lo mismo que usted, y no me importa por quién votarán, pero podrán ir allá y…

—Bendecir su nombre.

—¡Al diablo! —Me dio una violenta sacudida, arrugando la solapa con su mano grande—. Está ahí haciendo cada mueca con esa cara… Deje de hacerlas… o…

—Escuche bien. No soy como esa escoria que lo rodea, y sí muy dueño de hacer cuantos visajes quiera.

—Jack… Jack. Diablo…, ya sabe que no quiero decir eso. Pero es que se queda ahí de pie y hace cada mueca… ¡Maldito sea! ¿Es que no es capaz de comprender? ¿No es posible? —Sin

soltar la solapa avanzó su rostro hacia mí, como si quisiera comerme con los ojos, y dijo—: ¿No es posible? ¿No ve que no pienso dejar que esos bastardos lo ensucien todo? Willie Stark Hospital. ¿No comprende? Pondré al frente del mismo al hombre que reúna mejores condiciones en todo el mundo. El mejor, sí, señor. Allá en Nueva York me dijeron que lo contratase, que aquel era el hombre. Y usted, Jack…

—¿Sí?

—Usted será quien vaya y lo convenza.

Me libré de su asidero, enderecé la solapa y caí en un sillón.

—¿Quién, yo? ¿Convencer a quién?

—pregunté.

—Al doctor Stanton —dijo—. Adam Stanton.

Casi salté de la silla. La ceniza del cigarrillo me cayó sobre la pechera de la camisa.

—¿Desde cuándo padece esos síntomas? ¿Ha visto algún elefante rojo? —pregunté.

—Usted convencerá a Stanton —dijo.

—Me parece que no anda muy bien —contesté.

—He dicho que lo convencerá. —Su voz era algo agria.

—Jefe —dije—, Adam es un viejo amigo mío. Lo conozco como si fuera mi

hermano y me consta que lo aborrece de pies a cabeza.

—No le pido que me aprecie, sino que dirija mi hospital. No pido a nadie que me tenga afecto. Ni siquiera a usted.

—Todos lo apreciamos —remedé a Tiny Duffy—; ya sabe cómo lo apreciamos todos.

—Consígamelo —ordenó.

Me puse de pie, me desperecé, bostecé y me dirigí hacia la puerta.

—Me retiro —dije—. Mañana, cuando se encuentre en posesión de todas sus facultades, escucharé lo que tenga que decirme.

Y cerré la puerta detrás de mí.

Pero al día siguiente, en posesión de

sus facultades, escuché lo que quiso decir. Que no fue sino una repetición de lo anterior:

—Consiga a Stanton.

Y así me encaminé al desaliñado y monástico piso donde el magnífico piano relucía como una burla en medio de la casi suciedad y de los libros y periódicos amontonados sobre las sillas y la taza de café vieja, con sus posos, que la sirvienta negra había olvidado retirar, y donde el amigo de mi juventud me recibió como si no creyese que él era un Éxito y yo un Fracaso (así, ambos con mayúsculas), puso la mano en mi hombro, pronunció mi nombre, me miró con aquellos ojos azules, fríos y

abstractos que constituían un reproche a cuanto fuese incierto, oscuro o desviado, y tan firmes como la conciencia. Pero su sonrisa, que abría casi como explorando la firme sutura de la boca, infundía calor, un calor tímido como el que descubrimos con sorpresa en el sol de fines de febrero. Esa sonrisa era su disculpa por ser lo que era, por mirarnos de ese modo, por ver lo que veía. No era tanto para perdonarnos, sino como para pedirnos perdón por el crimen de mirar fijamente lo que estuviese delante de él, que podríamos ser nosotros. Pero no sonreía con frecuencia. No lo hacía conmigo por ser yo, sino porque era el amigo de su

juventud.

El amigo de nuestra juventud es el único que tendremos, porque realmente no nos ve. En su imaginación contempla un semblante que ya no existe, pronuncia un nombre —Spike, Bud, Snip, Red, Rusty, Jack, Dave—, que corresponde a ese rostro ahora inexistente, pero que por alguna confusión se aplica por el momento a un extraño que nos aburre y cuyo encuentro no es precisamente una alegría para nosotros.

Pero él sigue la broma humorística y la confusión, y prosigue dirigiéndose cortésmente al extraño con el nombre que en puridad pertenece al semblante del muchacho y a la época en que la voz

de este sonaba débilmente a través del agua a última hora de la tarde o murmuraba junto a una fogata por la noche. El amigo de nuestra juventud lo es porque jamás vuelve a contemplar nuestro semblante. Y acaso jamás nos haya visto. Lo que fue simplemente parte de las bellezas de un mundo maravilloso que se abría. El amigo de nuestra juventud es el único que tendremos, pues no realizará el más mínimo cálculo sobre su interés o nuestra virtud.

Así es que tomé asiento en uno de los desvencijados sillones, en cuanto Adam lo hubo desembarazado de los libros, bebí whisky y esperé el momento en que comenzaría a decirle: «Ahora,

escúchame. Voy a decirte algo y no comiences a gritar hasta que haya terminado».

Y no gritó hasta que hube dado fin a lo que tenía que decirle. No tardé mucho en llegar al final.

—El gobernador Stark desea que seas director del nuevo hospital y centro médico.

Para ser exacto, no fue precisamente un alarido lo que escuché. No produjo ningún sonido. Me miró casi un minuto, con ojo clínico y severo, como si mis síntomas fuesen merecedores de atención especial. Luego meneó lentamente la cabeza.

—Será mejor que lo pienses bien —

dije—. Puede que no sea tan malo como parece. A lo mejor hay ciertos ángulos… —Pero dejé que mi voz se fuera apagando, observándolo mientras movía nuevamente la cabeza y sonreía con esa sonrisa que no me perdonaba, sino que suplicaba humildemente perdón por no ser como yo, como todos los demás, por ser distinto del mundo.

Si no hubiese sonreído. Si su sonrisa hubiese sido, en caso de sonreír, confidente, satírica, de esas que significan: vete al diablo; o siquiera una sonrisa de perdón. Si no hubiese mostrado esa sonrisa que de manera humilde, aunque con dignidad, suplicaba mi perdón, la cosa podría haber sido

diferente. Pero esa sonrisa salió de lo profundo de lo que quiera que él tuviese, de lo profundo de la idea por la cual vivía y las cosas salieron de modo que salieron. Al mostrar esa sonrisa era como el que se detiene un momento para entregar un dólar a un pordiosero y deja su cartera y permite que el desamparado contemple el montón de billetes. Si el otro no hubiera visto los billetes, no lo habría seguido calle abajo en espera de arribar a la manzana donde no hay farol del alumbrado público. No tanto porque necesite el fajo de billetes, sino porque no le es posible sufrir al hombre que lo posee y le dio un dólar.

Porque mientras sonreía y decía:

«Pero no estoy interesado en los ángulos», no experimenté aquel cálido sol invernal que siempre había experimentado cuando él sonreía, sino que de repente experimenté algo más, para lo cual no contaba con ningún nombre todavía, pero que era como el invierno mismo; y no su sol, sino como si me hubiesen introducido un carámbano en el corazón. Y entonces pensé: «Muy bien. Sonríe…, sonríe así…».

De manera que mientras el pensamiento se desvanecía, si puede decirse que tal cosa sucede, pues surge en nosotros y en nosotros vuelve a hundirse, contesté:

—Pero no sabes cuáles son esos ángulos. Por ejemplo, el jefe espera que tú mismo estipules condiciones.

—El jefe —repitió, y al pronunciar esa palabra el labio superior se curvó algo más de lo acostumbrado para dejar al descubierto los dientes, y el silbido pareció más pronunciado— no tiene por qué esperar que me venda. —Observó el aposento, con todo cuanto en él se hallaba desparramado y sucio—. Tengo cuanto necesito.

—El jefe no es tonto. No habrás pensado que está tratando de comprarte.

—No le sería posible.

—¿Qué crees que trata de hacer?

—Amenazarme. Ese sería el primer

paso.

—No, no; de ninguna manera. No podría intimidarte.

—Parece que es el arma en que descansa. Cuando no en el soborno.

—Piénsalo otra vez.

Abandonó el asiento, dio algunos pasos nerviosamente a través de la alfombra verde y deshilachada y luego se volvió hacia mí.

—No tiene necesidad de pensar que puede lisonjearme —dijo con fiereza.

—Nadie podría hacerlo contigo —dije suavemente—. Nadie. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Escucha, amigo. Hubo un hombre

llamado Dante que dijo que el hombre verdaderamente altivo y conocedor de su propio valer jamás cometería el pecado de la envidia, pues creería que no existiría nadie a quien pudiese envidiar. También podría haber dicho que el hombre altivo y conocedor de su valer no sería susceptible de adulación, pues creería que no existe nadie más capaz de decirle algo acerca de su propio valor que él no conozca. ¡No! ¡A ti no se te puede adular!

—De todo modos, no por parte de él —contestó sombríamente.

—Ni nadie. Y él lo sabe bien.

—¿Por qué lo prueba entonces? ¿Acaso cree que…?

—Piensa otra vez.

De pie sobre la verde y deshilachada alfombra me miró fijamente, con la cabeza un poco inclinada y con una leve sombra —si bien no de duda ni de turbación— sobre el azul abstracto de sus ojos. Era ni más ni menos la sombra de la curiosidad, de la confusión.

Que ya era algo. No mucho, pero algo. No el puñetazo en la mandíbula que deja al que lo recibe tambaleándose sobre sus talones. Nada que haga perder la respiración. Simplemente un golpecito en la nariz, el roce con el extremo del guante. Nada letal, sino una pausa momentánea. Que es una ventaja.

Adelante. Hay que aprovecharla.

Por lo cual insistí:

—Piensa otra vez.

No contestó ni dejó de mirarme, esta vez con una sombra más oscura, como si una nube pasase de repente sobre las aguas azules.

—Muy bien —dije—, hablaré yo. Sabe que eres el mejor y que no te haces el interesante por ello. De ahí, evidentemente, que no quieres dinero, pues de lo contrario cobrarías a los pacientes como tus colegas de profesión o te quedarías con lo que pudieses obtener. No te diviertes y podrías hacerlo, pues eres famoso, relativamente joven y nada impedido. No deseas

confort o dejarías de trabajar como negro y no vivirías en este cuchitril. Pero él sabe lo que quieres.

—No deseo nada que él pueda procurarme.

—¿Estás seguro, Adam? ¿Estás seguro?

—¡Que vaya al diablo…! —comenzó, y la sangre se agolpó en sus mejillas.

—Él sabe lo que quieres —interrumpí— y puedo decirlo en pocas palabras, Adam.

—¿Qué es?

—Quieres hacer el bien.

Eso lo contuvo. Su boca quedó abierta como la del pescado en demanda

de aire.

—Seguro que es eso. Y él conoce tu secreto.

—No veo la causa… —comenzó otra vez fieramente.

—Vamos, un poco de calma —volví a interrumpir—. No es ninguna desgracia, sino algo excéntrico. No puedes ver sufrir a nadie sin ponerle la mano encima. No eres capaz de ver a nadie en desgracia sin sentirte inclinado a remediarla. Ni a alguien con algo podrido en su organismo sin que se te vaya la mano al bisturí y le hagas algún corte con tus dedos robustos, blancos y condenadamente expertos. Es algo simplemente excéntrico, amigo. O a lo

mejor alguna especie de superenfermedad que se ha apoderado de ti.

—Hay una enorme cantidad de gente enferma —dijo sombríamente—, pero no veo…

—El dolor es malo —dije lleno de ánimo.

—El dolor es un mal —corrigió—, pero no es malo, no lo es en sí.

—Avanzó un paso hacia mí, mirándome cual si fuese un enemigo.

—Esa es la clase de tema sobre el cual no discuto una vez que me aqueja el dolor de muelas —contesté—, pero queda el hecho de que eres como eres. Y el jefe —recalqué delicadamente la

última palabra— lo sabe. Sabe lo que quieres. Conoce tu debilidad, amigo. Quieres hacer el bien y él te dejará hacerlo sin limitaciones.

—Bien —dijo ferozmente y el labio superior y delgado se le curvó de una manera pronunciada—, bien… es una palabra condenada para ser usada en su ambiente.

—¿Lo es? —pregunté.

—Nada crece sino en un clima adecuado y te consta la clase de clima que ese hombre crea. O debe constarte.

Me encogí de hombros.

—Una cosa es buena de por sí, si es buena. A un individuo le invade un cosquilleo por todo el cuerpo y escribe

un soneto. ¿Es el soneto menos bueno, si es bueno, lo que dudo, porque la dama por quien suspira está casada con otro, con lo cual su pasión según se dice, es ilícita? ¿Acaso la rosa es menos rosa porque…?

—Te estás saliendo completamente de la vaina —me interrumpió.

—¿Conque sí, eh? —dije, y me levanté de mi asiento—. Eso es lo que siempre solías decir cuando te arrinconaba durante alguna discusión, mil años atrás, cuando éramos muchachos y discutíamos toda la santa noche… ¿Podía un boxeador de primera línea vencer a un luchador también de primera? ¿Podía vencer un tigre a un

león? ¿Es Keats mejor que Shelley? El bien, la pureza, la hermosura. ¿Hay Dios? Discutíamos toda la noche y yo ganaba siempre, pero tú…, tú, bastardo… —lo palmee en el hombro—, siempre decías que me salía por la tangente… Pero el pequeño Jack no hace tal cosa. Ni tampoco es inmaterial y… —observé a mi alrededor, tomé el sombrero y el abrigo—, y te dejaré con tus pensamientos y…

—Menudo regalo es ese pensamiento —dijo; pero ahora estaba gesticulando; ya era mi compañero, el amigo de mi juventud.

Hice como si no lo viera y proseguí:

—No podrás decir que no pongo las

cartas sobre el tapete, lo mismo que el jefe, pero me largo porque tengo que tomar el tren a medianoche para Memphis con objeto de consultar una médium.

—¿Una médium? —repitió.

—Una médium acabada, llamada señorita Littlepaugh, que me transmitirá la palabra de la otra orilla cuyo mensaje dirá que el hospital del jefe tendrá un director moreno, buen mozo, famoso e hijo de perra que es el doctor Stanton. —Dicho esto cerré de un portazo y bajé corriendo y saltando las oscuras escaleras, pues era aquel tipo de casas donde se quema una lámpara y nadie se ocupa en reemplazarla y donde siempre

existe un cochecito abandonado en el rellano y la alfombra se ha gastado hasta convertirse en tiras y la atmósfera se encuentra cargada de olor a perros, pañales, repollos, viejas, grasa quemada y el destino eterno del hombre.

Una vez en la calle me volví para contemplar el edificio. La cortina de una ventana se veía levantada y observé el interior de un aposento donde un hombre calvo y pesado, en mangas de camisa, estaba sentado ante una mesa, en lo que se llama un *dinette*, inclinado sobre un plato, como una bolsa apoyada sobre una silla, en tanto un chiquillo se hallaba a su lado dándole tirones, y una mujer con un vestido amplio y descolorido y

con el cabello colgando traía la comida de la cocina, pues papá había llegado tarde, como de costumbre, con el juanete que lo tenía a mal traer, y el alquiler estaba vencido y el nene necesitaba zapatos, y las notas de Susie no eran nada buenas y la chiquilla también se hallaba a un lado y le daba débiles tirones, mirándolo con sus ojos de imbécil y respirando trabajosamente a causa de las amígdalas, y el cuadro de Laxfield Parrish veíase torcido en la pared y sus tonos azules tenían el salvaje tinte del sulfato de cobre a la fuerte luz de la bombilla desprovista de pantalla que colgaba del techo. En otra parte del edificio un peno ladraba y en

otra lloraba una criatura al parecer de manera automática. Y eso era la vida y Adam Stanton vivía en medio de ella, lo más cerca posible; se acurrucaba en la vida, respirando ese olor a repollo, tropezando contra el cochecito, haciendo una reverencia a los recién casados, que mascaban goma y se tomaban de las manos, en el vestíbulo, escuchando a través del delgado tabique el ruido producido por la anciana que dejaría este mundo antes del verano (según me dijo Adam era un cáncer), recorriendo la verde y deshilachada alfombra entre los librotes y las sillas desvencijadas. Se arrimaba así a la vida, acaso para mantenerse en calor, pues no contaba

con su vida propia, salvo el bisturí, el consultorio y su habitación monástica. O quizá no lo hiciese para mantener el calor. Acaso se inclinase sobre ella tomando el pulso con la mano, atento con sus ojos clínicos, hundidos, abstractos y azules, ligeramente empañados, listo para introducir la píldora, derramar la poción o meter el bisturí. Quizá tuviese que permanecer cerca con objeto de tener algún motivo para las cosas que hacía. Acaso hacer las cosas que hacía fuera la vida. Y no simplemente un ejercicio encantador de habilidad técnica que el hombre pudo llegar a poseer porque él, de entre todos los animales, contaba con un hermoso

pulgar.

Lo cual no deja de ser una paparruchada porque la vida es todo lo que vivamos. Eso es lo que debemos recordar cuando nos encontremos con el viejo condiscípulo que dice: «Bien, durante nuestra última expedición Congo arriba»; o este otro: «¡Tengo la mujercita más dulce y los tres chiquillos más lindos del Universo!». Eso es lo que debemos recordar mientras permanecemos sentados en el vestíbulo del hotel o nos inclinamos sobre los mostradores para decir algo al encargado del bar o nos hallamos en una calle oscura durante una noche de principios de marzo, y miramos

fijamente una ventana iluminada. Y recordamos que la pequeña Susie que está allí dentro sufre de amígdalas y que el pan probablemente esté quemado y que hay que doblar la esquina, porque debo tomar el tren de medianoche, y me han sido perdonados todos mis pecados. Porque cualquier cosa que se viva es la vida.

A tiempo que me volvía se oyó desde el edificio una música más fuerte que el llanto de la criatura, que hizo estremecer la casa, como si los ladrillos fuesen a saltar de la argamasa. Era el piano de Adam.

Tomé el tren para Memphis, donde permanecí tres días, celebré mi sesión

con la señorita Littlepaugh y regresé con algunas fotocopias y una declaración jurada ante notario en mi cartera.

A mi regreso encontré una llamada en el casillero. Era el número de Anne. Escuché la voz de la muchacha y hubo, como siempre, ese sobresalto en mi corazón, como la rana que se sumerge en el charquito y los círculos que se extienden por doquier.

Era su voz que me decía que tenía necesidad de verme. Le contesté que era cosa fácil, que podría verme por el resto de su vida. Pero hizo como si no hubiese oído la broma, lo que sin duda merecía, y me dijo que fuera a reunirme con ella en seguida. Aceptó mi sugerencia acerca

del lugar: Crescent Cove, que no era otra cosa que el establecimiento de Slade.

Llegué antes que ella y bebí con el propio Slade en medio de las luces suaves, la dulce música y el resplandor del cromo, y contemplé la cabeza como la bola de marfil del propietario y el costoso traje, y la rubia que reinaba en la caja registradora, y vino a mi memoria aquella lejana mañana de los tiempos de la prohibición cuando en la habitación trasera de su bar clandestino, Slade, todavía con su hermosa cabellera y sin un centavo en el bolsillo, había dejado de ayudar a Duffy en su intento para hacer beber cerveza por la fuerza

al primo Willie del campo, que resultó ser Willie Stark y deseaba beber gaseosa de naranja. Eso había definido para siempre a Slade. Y mientras bebía no dejaba de observarlo y meditar qué poco se necesita para que un hombre se salve o se pierda.

Levanté los ojos hacia uno de los espejos del bar y vi que Anne Stanton penetraba en el mismo. O más bien, su imagen atravesaba la imagen de la puerta. Por el momento no volví mi rostro hacia la realidad. En vez de ello, miré la imagen que colgaba del espejo, como un recuerdo tomado en el hielo de la imaginación —sin duda habrás visto, lector, en el hielo transparente del

arroyo helado alguna hoja limpia, resplandeciente, roja y dorada, incrustada en el hielo y que hace pensar de repente en la época en que todas las hojas rojas y doradas se hallaban colgadas de los árboles como parte de ellos y el sol las bañaba como si jamás fuese a dejar de hacerlo—. Pero no se trataba de ningún recuerdo, sino de Anne Stanton en persona, que estaba allí en el frío espacio del espejo, por encima de la barricada del bar formada por las brillantes botellas y sifones, al otro lado y a cierta distancia de la alfombra azul. Una muchacha: bueno, no exactamente una muchacha ya, sino una joven, de un metro sesenta y dos de alto, con el más

primoroso par de ágiles tobillos, con unas caderas más bien reducidas que, sin embargo, parecían tan redondas como si hubiesen sido conformadas en un torno, y una cintura tan estrecha que nos hacía pensar si podríamos abarcarla con la mano, todo ello contenido en una envoltura de franela gris con pretensiones de ser un traje sastre, pero que en realidad no hacía sino llamar poderosamente la atención sobre las perfecciones nada varoniles que encubría.

Allí estaba de pie, no muy resuelta a comenzar a hollar la alfombra azul con sus pies impacientes, volviendo de un lado a otro su semblante reluciente y

fresco (bajo un sombrero de fieltro azul claro) lentamente, como para examinar el local. Mientras observaba de un lado para otro advertí el fulgor de sus ojos azules.

Después divisó mi espalda en el bar y vino hasta allí. No miré a mi alrededor ni me encontré con su mirada en el espejo. Cuando estuvo justamente detrás de mí dijo:

—Jack.

No me giré.

—¡Jack Burden! —exclamó—, si no…

—Slade —dije—, esta mujer desconocida no deja de perseguirme y creí que usted dirigía un establecimiento

respetable. ¿Qué diablos piensa hacer ahora?

El interpelado se había vuelto para mirar a la dama, cuyo semblante se puso blanco como la leche y cuyos ojos despedían chispas cual dos arcos voltaicos.

—Señora —dijo—, vea, señora…

Pero a esa altura la dama dominó la parálisis que había congelado su lengua y la sangre afluyó a sus mejillas.

—¡Pero si conoce su nombre! —dijo Slade.

Me volví para contemplar la realidad, que ya no era algo como el recuerdo tomado en el hielo de la imaginación, sino algo excitado, felino,

letal y eléctrico y a punto de hacer saltar un fusible.

—¡Bueno! ¡Pero si es mi prometida! Oiga, Slade, tengo el gusto de presentarle a mi prometida, Anne Stanton. Vamos a casarnos.

—Vaya —dijo Slade con la imaginación paralizada—, me alegro mucho…

—Nos casaremos el año dos mil cincuenta. Será un casamiento en junio y…

—Y un asesinato en marzo —dijo Anne—, ahora mismo. —Luego sonrió. Sus mejillas palidecieron un poco y tendió la mano a Slade.

—Celebro mucho conocerla —dijo

Slade. Y aunque su semblante en ese momento bien pudiera pertenecer a un indio de madera, los ojos no dejaron de observar ninguno de los detalles sugeridos por la chaqueta del vestido—. ¿Bebemos algo? —inquirió.

—Muchas gracias —contestó Anne, que se decidió por un martini.

Después de beber me dijo que teníamos que retirarnos. Dio las gracias a Slade nuevamente y salimos a la calle invadida por luces de neón, vapores de nafta, olor a café tostado y el estruendo de las bobinas de los automóviles.

—Tienes un maravilloso sentido del humor —dijo.

—¿Adónde vamos? —pregunté

dejando a un lado su observación.

—Eres un muchacho tan despierto…

—¿Adónde vamos? —repetí.

—¿Es que nunca te conducirás como una persona mayor?

—¿Adónde vamos?

Caminamos por la calle sin rumbo determinado, por delante de las puertas batientes de los bares, de las tiendas de ostras, de los puestos de periódicos y de las viejas que vendían flores. Compré algunas gardenias, se las di y dije:

—Ya me he percatado de que soy bastante ingenioso, pero se trata simplemente de una manera de pasar el tiempo.

Anduvimos otra media manzana,

abriéndonos paso por entre la multitud que entraba y salía por las puertas batientes.

—¿Adónde vamos?

—No iría contigo a ninguna parte si no tuviese necesidad de hablarte.

En ese instante pasábamos delante de una mujer que vendía flores.

Le compré otro ramo de gardenias a Anne Stanton.

—Si no eres capaz de conducirte con urbanidad —dije—, te ahogaré con estas malditas flores.

—Muy bien, muy bien; seré buena. —Me tomó del brazo y acompasó su paso con el mío, sosteniendo las flores con la mano libre y llevando la cartera

bajo el brazo.

Marcamos el paso sin decir una palabra durante otra media manzana. Miré hacia el suelo y observé la uniformidad de sus pisadas, casi marciales, marcando el compás, un-dos, un-dos. Llevaba zapatos negros de gamuza, muy sobrios y varoniles, que resonaban sobre el pavimento con firmeza; pero eran chicos y los tobillos delgados se estremecían, un-dos, como hipnotizados.

—¿Adónde vamos? —pregunté después.

—A dar un paseo. Simplemente a caminar. Estoy demasiado nerviosa para permanecer quieta.

Continuamos nuestra marcha, yendo hacia el río.

—Tenía que hablarte —dijo.

—Bien, canta entonces. Charla, haz que lluevan tus palabras.

—No ahora —dijo seriamente.

Levantó sus ojos hacia mí y observé, a la claridad de la lámpara, que su rostro era grave y hasta preocupado. La carne parecía haberse contraído y estar dolorosamente tirante sobre la maravillosa perfección de la estructura ósea de su semblante. No había ningún desperdicio de material en esa cara y sí una huella de excitación contenida, tal como si estuviese reprimida bajo la superficie tranquila y serena, como la

llama detrás del cristal. Pero advertí que la excitación era mayor que de costumbre. Y experimenté la sensación de que si levantaba el pabilo aunque solo fuese una reducidísima fracción, el vidrio podría agrietarse.

No contesté; avanzamos unos pasos más y me dijo:

—Más tarde. Ahora limitémonos a caminar.

Y así lo hicimos. Habíamos dejado atrás las calles donde están situados los bares y restaurantes y el estruendo o el rumor de la música de aquellas puertas batientes. Pasamos a lo largo de las casas. Las ventanas se hallaban cerradas dejando ver de cuando en cuando alguna

débil luz por las rendijas y acaso oír el apagado rumor de voces. Más tarde, durante la primavera, cuando el tiempo cambiase, la gente estaría sentada en las escalinatas que daban sobre la acera por la noche y conversarían a más y mejor y de tanto en tanto, si pasaba un hombre, alguna mujer diría en tono de conversación: «Hola, amigo, ¿quiere venir?». Porque ese era el límite de la zona de casas de mala nota y algunas de esas moradas eran *non sanctas*. Pero en esta época, durante la noche, cualquiera que fuese la vida que se llevase en esas casas —la buena y la mala—, hallábanse bastante retiradas al interior de esas paredes de ladrillos, húmedas y

ruinosas, o de los tabiques de madera medio destrozados. Un mes más tarde, a principios de abril, en la época en que fuera de la ciudad los jacintos de agua cubrirían cada pulgada de bajío, laguna, riacho, y agua estancada con una masa —desde malva espiritual a rojo obsceno — sólida, violenta, carnosa, vulgar y asfixiante sobre la oscura superficie, y el primer verde de los cipreses, encantador y sutil como sueño de jovencita, se hubiese convertido en hoja y nada más, y las serpientes gruesas como el brazo, relucientes como fango y del color del barro, abandonasen el pantano y tratasen de cruzar la carretera y nuestro neumático delantero, al

alcanzar alguna, experimentase un pequeño topetazo y produjese un ruido cuando el animal se estrellara contra el lado inferior del guardabarros y los insectos saliesen a miríadas de la ciénaga y día y noche toda la atmósfera vibrase a causa de ellos con un ruido como el del ventilador eléctrico y de noche los búhos del pantano estuviesen emitiendo sus gritos y sus lamentos como el amor y la muerte y la condenación, o alguien saliese de la oscuridad para caer en los haces de luz de nuestros faros y estrellarse contra el radiador y explotar como una almohada de plumas que revienta y los campos se hallasen sumergidos en aquellas hierbas

altas, oscuras y lozanas, lisas o peludas, con las que el ganado se harta y jamás engorda, porque esas plantas crecen en la tierra negra y no importa a qué profundidad lleguen. Si Dios quisiera que penetrasen hasta bien hondo, no habría sino esa tierra negra y apelotonada como grasa sin ninguna piedra que le proporcionase calcio para las plantas…; bien, de allí a un mes, a principios de abril, cuando todas esas cosas estuviesen aconteciendo más allá de los suburbios, la parte exterior de los edificios de esa calle donde Anne Stanton y yo nos hallábamos en ese instante, cuando fuese oscuro arrojaría a las gradas de la entrada y a la calle toda

esa vida que ahora se encontraba encerrada en ellos.

Pero ahora la calle se hallaba vacía, oscura, con un poste de alumbrado torcido en la esquina y los guijarros resplandecientes como si hubiesen sido untados con aceite. Las casas estaban cerradas y el conjunto parecía un decorado dispuesto para una obra. Uno esperaba ver aparecer a la heroína calle arriba, recostarse contra el poste del alumbrado y encender un cigarrillo. Sin embargo, no apareció, y Anne Stanton y yo nos dirigimos directamente hacia los decorados, que sabíamos de cartón, hasta que los tocamos con la mano y resultaron de ladrillo húmedo y cubierto

de musgo o de estuco esponjoso. Seguimos nuestro camino en silencio. Quizá por la razón de que si uno está en semejante lugar, que parece un escenario con decorados de cartón y es tan condenadamente extraño, cualquier cosa que se diga parecerá escrita por alguno de esos individuos de melena recortada y caderas oscilantes que viven en una de esas casas de cartón, en el piso de arriba (y que mira al patio… Oh, Jesús, sí, que da al patio), y que escriben una obra de teatro infantil que comienza con la aparición de una heroína calle arriba envuelta en la penumbra y entre hileras de casas de cartón, y que se detiene para recostarse contra un farol ladeado para

encender un cigarrillo. Pero Anne no era tal heroína, por lo que no se recostó contra ningún farol ni dijimos una palabra, y proseguimos nuestro camino.

Llegamos al río, donde se hallaban los tinglados y los muelles se internaban como dedos en el agua. Los techos metálicos de los tinglados relucían mortecinos a la claridad del alumbrado. Por encima del montón de construcciones se elevaba un grueso jirón de niebla, que se movía a la deriva, roto aquí y allá para dejar ver el agua inmóvil, reluciente y aterciopelada, con su resplandor oscuro como los techos de los tinglados o como una piel de foca negra y pulida por el agua. Unos

cuantos muelles más allá los gruesos mástiles de los cargueros se recortaban apenas contra el cielo oscuro. Allá, corriente abajo, una sirena sonaba y gemía. Avanzamos junto a los muelles, contemplando el río, cuya oscuridad se hallaba surcada y cubierta por la niebla que parecía cirros delgados formados de algodón. Pero la niebla permanecía estacionada junto a la superficie del río y al mirar por encima parecía que se estuviera en una montaña durante la noche mirando a distancia, algunas millas más lejos, por sobre las nubes situadas más abajo. Sobre la orilla lejana divisábanse algunas luces.

Llegamos a un malecón abierto que

recordé como el lugar donde los barcos de excursión cargaban multitud de pasajeros en verano, por la tarde, para viajar a la luz de la luna; eran multitudes bullangueras, que llevaban criaturas, se empujaban, sudaban y bebían gaseosas. Pero en aquel instante no se veía ninguno de estos barcos de ruedas gigantes a los costados, blanco como tarta de boda, con filetes dorados, lleno de grietas. Ningún calíope[7] ejecutaba *Dixie* y no sonaba ningún silbato. El lugar permanecía tan callado como una tumba y tan vacío como el desierto de Gobi en noche sin luna. Seguimos hasta el extremo del muelle, nos inclinamos sobre la barandilla y miramos a través

del río.

—Muy bien —dije.

No contestó.

—Muy bien —repetí—. Creí que querías conversar.

—Se trata de Adam —dijo.

—¿Qué le sucede a Adam? —pregunté tranquilamente.

—Ya lo sabes, lo sabes perfectamente… Estuviste allí y…

—Escucha. —Sentí que me iba subiendo la sangre y que mi voz se volvía áspera—. Estuve allí a hacerle una proposición. Ya es mayorcito y si no le conviene no tiene más que rechazarla. De nada servirá censurarme y…

—No te censuro —dijo ella.

—Empiezas a saltar sobre mí. Pero si Adam no es capaz de cuidar de sí mismo ni de tomar una determinación, no hay razón para censurarme.

—Nadie te censura, Jack. Eres tan quisquilloso y tan nervioso…

—Puso la mano sobre mi brazo, apoyado en la barandilla, y me acarició, tras de lo cual sentí que el calor de mi cabeza disminuía su presión.

—Si él no es capaz de cuidar de sí mismo, entonces tú… —comencé.

Pero me interrumpió de manera aguda y rápida:

—No, no puede, esa es la dificultad.

—Bueno, bueno. Todo lo que hice fue ofrecerle algo.

La mano que había apoyado en mi brazo para aplacarme se clavó de repente en mí, penetrando los dedos casi hasta el hueso. Di un salto y le oí decir en voz baja, tensa, casi como un murmullo:

—Tú puedes hacer que acepte.

—Ya es un hombre y… —dije.

Pero volvió a interrumpirme:

—¡Puedes hacer que acepte! ¡Tienes que convencerlo!

—¡Por amor de Dios! —exclamé.

—Tienes que hacerlo —insistió y tuve la impresión de que los dedos clavados en mi carne estaban haciendo brotar sangre.

—Hace un instante estabas enojada

por el solo hecho de mi ofrecimiento, y ahora dices que tengo que convencerlo —dije.

—Quiero que lo acepte —dijo.

Sus dedos aflojaron la presión.

—Bueno, ¡que me lleve el demonio! —exclamé. Observé la intensa oscuridad del firmamento y luego contemplé su semblante. No había mucha claridad. Pude ver su rostro, de una blancura poco natural, como si fuese yeso, y los ojos como dos destellos, pero advertí que hablaba en serio—. ¿De manera que quieres que lo acepte? —Luego agregué con lentitud—: ¿Y eres la hija del gobernador Stanton y hermana de Adam Stanton y quieres que acepte?

—Tiene que aceptarlo —contestó. Advertí cómo sus manos pequeñas y enguantadas oprimían la barandilla. Luego dirigió su mirada por encima de la niebla del río, como si estuviese en una montaña y lo hiciese por sobre las nubes que ocultaban el mundo.

—¿Por qué? —inquirí.

—Fui allá —dijo sin dejar de mirar por encima del río—, para hablar con él del asunto. Entonces no estaba segura de que lo desease, pero me convencí de que sí cuando lo vi.

Algo de lo que decía me conturbaba, algo así como un ruido que llega de afuera del escenario o que contemplamos con el rabillo del ojo o

una picazón que nos acomete cuando tenemos las manos llenas y no podemos rascarnos. Escuchaba lo que decía y no era sino algo más. Pero no podía aceptarlo. De ahí que dejara a un lado mis pensamientos y me dispusiera a escuchar lo que decía.

—Cuando lo vi, lo supe al instante. ¡Oh, Jack, se hallaba completamente agitado, su estado no era natural, simplemente porque se le había solicitado! Se ha alejado de todo…, de todos…, hasta de mí. No del todo, pero no es como solía ser.

—Está demasiado atareado —dije, sin convicción.

—Atareado —repitió ella—,

atareado… sí, es cierto. Desde que ingresó en la Facultad de Medicina ha trabajado como esclavo. Hay algo que lo empuja… sí, eso es. Pero no se trata de dinero ni de reputación ni de… Simplemente ignoro lo que es…

Su voz fue apagándose.

—Es muy sencillo. Quiere hacer el bien —dije.

—Bien —repitió. Luego agregó—: Yo solía pensar de ese modo… Hacer el bien… pero…

—¿Pero qué?

—Oh, no sé… y no lo diría… no… pero casi estoy por creer que el trabajo… el hacer bien… Todo ello no es sino un medio de alejarse. Hasta de

mí… sí. Hasta de mí. —Hubo una pequeña pausa y prosiguió—: Oh, Jack, hemos tenido una discusión muy violenta. Volví a casa y estuve llorando toda la noche. Ya sabes cómo hemos sido siempre, ¿verdad?

—Insistió y oprimió mi brazo, como para hacerme asentir, para obligarme a decirle cómo habían sido los dos.

—Sí, lo sé. —La miré y durante un segundo tuve miedo de que fuese a llorar otra vez. Pero no fue así y yo tendría que haberlo sabido, pues era de esas mujeres que no lloran sino sobre la almohada; si es que alguna vez derraman lágrimas.

—Le dije que si deseaba hacer

realmente algún bien, esta era la oportunidad. Y la manera de hacerlo. Conseguir que el Centro Médico fuese dirigido en debida forma. Y hasta ampliado. Me extendí en consideraciones. Pero él permaneció frío y llegó a decir que no pondría ni siquiera un dedo sobre la obra. Entonces lo acusé de egoísmo, de ser egoísta y orgulloso, de colocar su orgullo ante todo. Antes del bien y de su deber. Al oírlo me miró con fuerza, me apretó la muñeca y dijo que yo no era capaz de comprender que el hombre se debe algo a sí mismo. Repetí que era su orgullo, nada más que su orgullo, y dijo que se mostraba orgulloso de no tocar la

inmundicia y que si yo quería que hiciese eso no tenía sino… —Se detuvo, tomó aliento y, a mi parecer, templó sus nervios para no decir lo que estaba a punto de decir—. Bien. Quería decirme que podía retirarme. Pero no lo hizo y me alegré. —Se detuvo de nuevo—. Me alegro de que no lo dijera. Al menos no lo dijo, aunque lo pensó.

—No sería esa su intención.

—No sé, no sé. Si hubieses visto sus ojos relampagueantes y su semblante blanco y tenso. Oh, Jack —me asió nuevamente del brazo y me sacudió como si estuviese conteniendo la respuesta—, ¿por qué no acepta? ¿Por qué es de esa manera? ¿No comprende

que tiene que hacerlo? ¿Por qué, Jack, por qué?

—Seré perfectamente brutal —dije—. Es porque se llama Adam Stanton, es hijo del gobernador Stanton, nieto del juez Peyton Stanton y bisnieto del general Morgan Stanton y ha vivido siempre con la idea de que hubo un tiempo en que todo era gobernado por hombres generosos y de elevado espíritu, que llevaban calzones y hebillas de plata o la casaca azul de los continentales, o levita, y hasta zamarra de piel de gamo y gorros de piel de coatí, según el caso —porque Adam Stanton no es ningún sujeto vulgar—, y que permanecían sentados alrededor de

una mesa y discutían ingenuamente sobre el bien público. Porque es un romántico, y ha concebido en su imaginación un cuadro del mundo y cuando este no se conforma en manera alguna con aquel, sientes deseos de echar a un lado el asunto. Aunque ello suponga tirar también al nene con la bañera. Que —agregué— siempre supone eso.

Se contuvo un instante. Luego desvió su mirada de mí y la dirigió sobre la niebla del río.

—Tiene que aceptarlo —murmuró finalmente.

—Bueno, si quieres que lo haga, tienes que cambiar el cuadro del mundo que lleva pintado en su cerebro. Sí,

conozco a Adam Stanton.

Y bien que lo conocía. En ese momento podía verle con la piel del semblante bien estirada sobre los huesos, la boca firme como una herida perfectamente curada y los ojos hundidos y azules que brillaban como el hielo pálido.

No me había contestado.

—Es la única manera —dije—, y tendrás que decidirte a hacerlo.

—Tiene que aceptarlo —murmuró, sin desviar la mirada del río.

—¿Tienes mucho interés en ello?

Se volvió hacia mí y escudriñé su semblante. Luego, dijo:

—Muchísimo. Más que por

cualquier otra cosa.

—¿Lo dices de veras?

—Completamente de veras. Tiene que aceptarlo. Para salvarse.

—Comenzó a apretarme el brazo. Por él mismo y por los demás. Pero más que nada por él mismo.

—¿Estás segura?

—Muy segura —afirmó con vehemencia.

—Quiero decir si estás segura de que quieres que lo acepte. Por encima de todo.

—Sí —contestó.

Estudié su semblante. Era hermoso; más que hermoso; sus facciones eran tensas, suaves, poco modeladas,

acabadas; y relucían blancas como el yeso en la oscuridad y los ojos eran negros y relucientes. Estudié su rostro y por el momento dejé que todas las preguntas fuesen al olvido, que se deslizasen como algo que cayera en la niebla y en el agua debajo de nosotros, que desapareciese en el silencio aceitoso de la corriente.

—Sí —repitió en un murmullo.

Pero seguí contemplando su faz, realmente por primera vez después de tantos años, pues la mirada verdadera y de cerca a una cosa no puede ser sino una en la que no intervengan el tiempo ni las preguntas.

—Sí —murmuró, apoyó la mano en

mi brazo lentamente esta vez.

—Muy bien —contesté, zafándome —, pero no sabes lo que pides.

—No importa. ¿Puedes convencerlo?

—Sí.

—Bueno, entonces, ¿cómo no lo hiciste…? ¿Por qué esperaste…? ¿Cómo…?

—No creo —dije lentamente—, no creo que jamás lo hubiese hecho… al menos de esta manera si no me lo hubieses pedido tú… tú misma…

—¿Cómo podrás hacerlo? —preguntó, y sus dedos volvieron a clavarse en mí lentamente.

—Es fácil si consigo alterar el

cuadro del mundo que lleva concebido dentro de la cabeza.

—¿De qué modo?

—Puedo darle una lección de Historia.

—¿Una lección de Historia?

—Sí, ¿no recuerdas que fui estudiante de Historia? Y lo que nosotros, los estudiantes de Historia, aprendemos, es que el ser humano es un aparato muy complicado y que no es bueno ni malo sino bueno o malo y que el bien sale del malo y el mal del bueno y el diablo se lleva al último. Pero Adam es científico y todo es bueno para él, y una molécula de oxígeno se conduce siempre de igual modo cuando

se mezcla con dos de hidrógeno, y una cosa en siempre lo que es. Y así, cuando Adam, el romántico, concibe una pintura del mundo en su imaginación es exactamente como el cuadro en que se desenvuelve Adam el científico. Todo dispuesto y ordenado. La molécula del bien se conduce del mismo modo. Lo mismo que la del mal. Son…

—Basta —ordenó—, basta y dime. Estás tratando de no decírmelo. Hablas para no decírmelo, ¡Pues bueno, al grano!

—Muy bien. ¿Recuerdas que una vez te pregunté acerca de si el juez Irwin había estado en mala situación financiera? Pues lo estuvo. Y su mujer

tampoco era rica. Él creyó lo contrario. Y aceptó ser sobornado.

—¿El juez Irwin? —repitió como un eco—. ¿Sobornado?

—Sí. Y puedo probarlo.

—Era amigo de papá. Era… —Se detuvo, se enderezó, desvió su mirada de mí y la dirigió hacia el río. Luego, al cabo de un momento, con voz fuerte, como si no hablarse conmigo, sino con el mundo situado detrás de aquella niebla, dijo—: Bien, eso no prueba nada. El juez Irwin…

No contesté. Seguí con la mirada fija más allá de la niebla sobre el río.

A pesar de no mirar advertí el instante en que se volvió otra vez hacia

mí.

—Bueno, di algo —habló, y advertí la tensión de su voz.

Pero no dije nada; continué de pie esperando y esperando, y pude oír en el silencio el lamer y el batir del agua contra los pilotes allá entre la niebla.

Luego me dijo:

—Jack…, fue mi amigo…, también de mi padre…, fue…

Seguí callado.

—Eres un cobarde. Sí, lo eres, no quieres decírmelo.

—Sí —contesté.

—¿Aceptó el soborno? Dime, ¿lo aceptó? —Me había asido del brazo y me zamarreaba fuertemente esta vez.

—¡No tan fuerte, no tan fuerte! —dije.

—¡No tan fuerte, no tan fuerte! —remedó y comenzó a reír, sin soltarme el brazo. Luego lo soltó de pronto, lo apartó de sí como si se tratase de algo asqueroso y retrocedió—. No lo creo —anunció.

—Es cierto. Supe algo acerca de Irwin y me lo guardé. Puedo probarlo, tengo documentos. Lo lamento, pero es verdad.

—¡Oh, lo lamentas! Lo lamentas y fuiste quien desenterró toda esta inmundicia, todas esas falsedades para beneficiar a ese hombre…, a ese Stark… y lo lamentas. —Comenzó a reír

otra vez, se apartó de mi lado y corrió a lo largo del muelle, riendo y tropezando mientras corría.

La seguí.

Estaba a punto de asirla, al extremo del muelle, cuando el vigilante salió de entre las sombras de tinglado y dijo:

—¡Eh, amigo!

Justamente en ese instante Anne tropezó y la tomé del brazo. La muchacha vaciló.

El vigilante se aproximó.

—¿De qué se trata? —preguntó—. ¿Por qué corre detrás de esta dama?

—Es histérica —contesté rápidamente—. Estoy tratando de cuidar de ella. Ha bebido algo, un par de copas

y está histérica; ha sufrido una conmoción, una pena…

El vigilante, individuo fornido, algo caído de hombros, peludo, dio una zancada hacia nosotros, se inclinó y le tomó el aliento.

—… ha sufrido una conmoción, se ha alterado, ha tomado un par de copas y está histérica. Trato de conducirla a su casa.

Su rostro, grueso y de mentón oscuro se volvió hacia mí.

—Yo la llevaré a su casa —advirtió — en el coche celular, si no se conduce como debe.

No hacía más que hablar. Supe que no hacía más que hablar para escucharse

a sí mismo, pues era tarde y se hallaba aburrido y cansado. Lo supe y podría haber contestado, respetuosamente, que tendría cuidado; o haber dicho, riendo y acaso guiñando un ojo: «seguro, capitán, la conduciré a su casa». Pero no dije nada. Estaba nervioso y ella vacilaba bajo la presión de mi mano. Su respiración era entrecortada y difícil, y el rostro maldito, grueso y de mentón oscuro se hallaba frente a mí. Y por eso dije:

—¡Qué va a llevar!

Sus ojos se abrieron al oírlo. Las mejillas se le oscurecieron y avanzó un paso más, con la mano en el bastón y diciendo:

—¡Conque no, eh! ¡Ahora mismo! ¡Y a los dos, como hay Dios! —Luego agregó—: Vamos, adelante —mientras me empujaba con la varita y repetía—: Adelante, vamos. —Y me conducía el extremo del muelle, donde sin duda estaría el teléfono que utilizaría para llamar.

Avancé dos o tres pasos, sintiendo la presión de la varita atrás, arrastrando a Anne, que no había dicho una palabra. Luego, reaccioné.

—Oiga —dije—, si desea continuar en su puesto mañana será mejor que me escuche.

—¡Maldito si lo escucharé! —exclamó y aumentó la presión de la

varita contra mis riñones.

—Si no fuese por la dama —dije— lo dejaría seguir adelante y estrellarse. No me importa nada ir hasta la jefatura. Pero le daré una oportunidad.

—Oportunidad —repitió, escupió por un colmillo y volvió a oprimir con la varita.

—Meteré la mano en el bolsillo —indiqué—, no para buscar un arma, sino mi cartera, y enseñarle algo. ¿Ha oído hablar alguna vez de Willie Stark?

—Por supuesto —contestó, y dio un empujón con la varita.

—¿Y de Jack Burden, el periodista que es una especie de secretario de Willie?

Reflexionó un momento, sin dejar de aguijonearme.

—Sí —contestó a disgusto.

—Entonces es posible que quiera ver mi tarjeta —dije, y alargué la mano para sacar la cartera.

—Vamos, no se moleste, yo la buscaré —dijo, y cargó el peso de la varita sobre mi brazo—. No se mueva.

Una vez que extrajo la cartera comenzó a abrirla.

—Ábrala y le reventaré, tanto si llama al coche celular como si no. Deme eso.

Obedeció. Le entregué una tarjeta que saqué de la cartera.

La examinó a la poca luz. Lanzó una

exclamación sibilante, como el aire que escapa de la pelota de goma de un chiquillo.

—¿Cómo iba a saber que era empleado del Gobierno?

—Será mejor que ande con más cuidado la próxima vez. Ahora llámeme un taxi.

—Sí, señor —contestó. Sus ojillos reflejaban bien su desprecio, por encima de su semblante hinchado—. En seguida. —Y se dirigió hacia la casilla del teléfono.

De repente Anne se desasió de mí y creí que iba a echar a correr, por lo que la sujeté de nuevo.

—Oh, eres tan maravilloso… —dijo

apenas en un murmullo—; eres una maravilla…, eres algo grande…, dominas a los fanfarrones… haces que te obedezcan los vigilantes…

Seguí sujetándola, sin oírla, no advirtiendo sino un peso sobre mí cual si fuese una piedra fría.

—… eres tan maravilloso y tan bueno… todo es tan maravilloso y tan bueno…

No dije nada.

—… eres un héroe.

—Lamento haberme conducido como un hijo de perra.

—No puedo imaginarme a qué te refieres en particular —murmuró con burlona suavidad, recalcando el término

«particular» e introduciéndolo meticulosamente en mi piel como una banderilla.

Luego desvió su semblante y no quiso mirarme. El brazo que sostenía podía ser el de un maniquí y la piedra fría sobre mi estómago era como una piedra fría en el fondo de un pozo profundo y cubierto de fango. Los ojillos de cerdo en el rostro hinchado y oscuro volvieron a mirarme en la noche apagada y cubierta de niebla y una sirena emitió su lamento río abajo. En el taxi Anne Stanton hallábase sentada en un rincón, muy erguida y todo lo lejos posible de mí. Su rostro blanco se iluminaba fugazmente por los faroles del

alumbrado público junto a los que pasábamos. No me habló sino al llegar a una calle donde existía una parada de taxis. Entonces dijo:

—Retírate. Puedes conseguir un vehículo aquí. No deseo que me lleves a casa.

Y abandoné, pues, el automóvil y su compañía.

Cinco noches más tarde oí en el teléfono la voz de Anne Stanton que me decía:

—Esas cosas…, esos documentos de que hablaste…, envíamelos.

—Los llevaré —fue la respuesta.

—No, envíamelos.

—Muy bien. De uno de ellos obtuve

varias fotocopias. Mañana haré sacar otra del resto y te los enviaré todos juntos.

—Una fotocopia. Eso quiere decir que no te fías de mí.

—Los enviaré mañana —aseguré.

Sonó entonces un «click» en el pequeño tubo negro. Luego aquel zumbido tan débil, como una leve vibración del viento, que es el sonido del espacio que se aparta de nosotros y de lo infinito, del vacío absoluto.

Cada noche, cuando regresaba a mi cuarto, miraba al teléfono y me decía: «Va a sonar». Una vez hasta estuve

seguro de que había sonado, pues el sonido y su impresión teníalos metidos en los nervios. Pero no era así. Simplemente había caído dormido. Una vez levanté el maldito receptor, lo apliqué al oído y escuché el leve ruido que es el sonido de las diversas cosas que ya he mencionado.

Cada noche, en el despacho del vestíbulo preguntaba si alguien había llamado. Sí, algunas veces habían dejado algún número. Pero nunca el que esperaba.

Entonces subía a mi habitación donde estaba el teléfono y la cartera con la fotocopia y la declaración jurada de Memphis. Aún no lo había entregado al

jefe. No es que pensara no entregárselo. Ya lo haría. Así lo decían las cartas. Pero todavía no. Después de que hubiese sonado el teléfono.

Que no sonó.

En lugar de ello, alrededor de una semana más tarde, una noche, cuando doblaba el extremo del corredor, divisé una mujer sentada en el banco más allá de mi puerta. Revolví el bolsillo en busca de la llave, la introduje en la cerradura y estaba a punto de entrar cuando advertí que la mujer se hallaba a mi lado. Me volví hacia ella. Anne Stanton.

Con su paso ligero no había producido ningún ruido sobre la espesa

alfombra.

—Me has dado un susto —dije, y abrí la puerta de par en par—. Entra —agregué.

—Creí que te preocupabas mucho de mi reputación —dijo—. Al menos en otro tiempo así decías.

—Sí, lo recuerdo. Pero de todos modos entra.

Obedeció, permaneciendo en el centro del piso, de espaldas a mí, mientras cerraba la puerta. Advertí que llevaba en la mano un sobre de papel oscuro, junto con la cartera.

Sin volverse hacia mí se aproximó a la mesita junto a la pared y arrojó el sobre.

—Ahí están las copias. Te las devuelvo. Pero habría hecho lo mismo con los originales si me los hubieses confiado.

—Ya lo sé —dije.

—Es horrible —aseguró, sin volverse todavía hacia mí.

Me aproximé a ella y le toqué el hombro.

—Lo siento —dije.

—Es horrible. No lo sabes bien.

No lo sabía y por eso me limité a permanecer simplemente de pie tras ella, sin atreverme a tocarla ni siquiera con la punta del dedo.

—No te lo imaginas —dijo.

—No, no me lo imagino.

—Fue algo terrible. —Se volvió hacia mí, con los ojos muy abiertos y experimenté la sensación de que tropezaba y caía a un pozo—. Fue espantoso. Le entregué esos papeles, los leyó, y luego permaneció de pie, sin hacer el menor ruido, inmóvil, con el rostro blanco como el papel. Podía escuchar su respiración. Entonces lo toqué y me miró durante largo tiempo antes de decir, sin apartar los ojos de mí: «Tú». Eso fue lo que me repitió, siempre sin dejar de mirarme: «Tú».

—¡Maldito sea! —exclamé—. ¿Por qué te censura? ¿Por qué no echa la culpa al gobernador Stanton?

—Eso es lo que hace. Vaya si lo

censura. Y eso es lo terrible. La manera cómo lo inculpa. A su mismo padre. ¿Recuerdas, Jack —apoyó una mano en mi antebrazo—, recuerdas cómo era nuestro padre, cómo solía leer para nosotros, cómo nos adoraba y cómo enseñó a Adam, qué orgulloso estaba de él y cuánto tiempo dedicó a enseñarle…? ¡Oh, Jack…!, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo bien.

—Sí. Mamá había fallecido y papá hizo cuanto pudo y se mostró tan orgulloso de Adam… Y ahora este…, ahora… —Soltó mi brazo y retrocedió, con las manos en alto, llevándose los dedos a la frente—. ¡Oh, Jack!, ¿qué he hecho? —murmuró.

—Hiciste lo que creíste que debías hacer —dije firmemente.

—Sí, sí, eso fue —musitó.

—Ya está hecho —agregué.

—Sí, ya está hecho —aseguró en voz alta y sus mandíbulas se cerraron con una expresión que de repente la hizo parecerse a Adam, la boca firme y cerrada, la piel tensa sobre los huesos, la cabeza erguida para mirar fijamente el mundo a sus pies. Y yo sentí como si fuese a estallar en lágrimas, si tal hubiera sido mi costumbre.

—Sí, ya está hecho —dije.

—Lo hará —aseguró.

Casi pregunté qué haría. Por el momento olvidé la razón de haberle

comunicado los hechos, de haberle entregado las fotografías, la causa por la que ella las había mostrado a su hermano. Había olvidado la existencia de una causa. Pero al cabo de un instante recordé y pregunté si lo había persuadido.

—No —meneó la cabeza lentamente —, no. No le dije una palabra. Le entregué todo eso y se enteró.

—¿Y qué sucedió? —inquirí.

—Lo que te he dicho. Me miró duramente y dijo: «¡Tú!». Así, de esa manera. Entonces le indiqué que no lo dijese de tal modo, y me preguntó por qué. Le contesté que porque lo quería lo mismo que a mi padre. Sin dejar de

mirarme, exclamó: «¡Lo quieres y condenas su alma a los infiernos!». «¡Adam, Adam!», exclamé entonces, pero me volvió la espalda, se fue para dentro y cerró la puerta. Salí a caminar sola, en la oscuridad, durante largo rato. Y así me cansé y pude dormir. Durante tres días no tuve noticias suyas. Al cabo de este tiempo me pidió que fuera a verlo y me devolvió el sobre con las copias. Y me indicó que te dijera que aceptaba, que lo dispusieras todo. Nada más.

—La cosa ha estado muy bien hecha —dije.

—Sí —contestó y dio un paso hacia la puerta. Puso la mano sobre el

picaporte y la abrió—. Ha estado muy bien hecha —aseguró, después de haberse vuelto para mirarme.

Abandonó el aposento.

Pero una vez afuera permaneció con la mano apoyada sobre el picaporte y dijo:

—Una cosa.

—¿Qué? —pregunté.

—Tengo que pedirte un favor. Hazlo por mí. Antes de que te sirvas de esas cosas, me refiero a esos papeles, muéstralos al juez Irwin. Dale una oportunidad. Sí, al menos una oportunidad.

Prometí hacerlo.

El Cadillac grande y negro, con la capota reluciente bajo los faroles del alumbrado público disminuyó la marcha calle abajo, lanzando su potente murmullo bajo las ramas dotadas de nuevas hojas, pues ya estábamos en los comienzos de abril. Luego desembocamos en una calle en donde no se veían árboles que se entrelazaran entre sí.

—Ahí, en esa casa a la derecha, justamente después del almacén.

Sugar-Boy arrimó el Cadillac al borde de la acera, como una madre que abandonara a su preciosa criatura en la cama con un beso. Luego bajó para abrir

la puerta al jefe, que ya se hallaba fuera. Me levanté del asiento y me situé a su lado.

—Esta es la casa —observé, y emprendí la marcha, íbamos a ver a Adam Stanton.

Cuando le comuniqué que Adam aceptaba y que me había enviado un mensaje diciendo que dispusiera las cosas, el jefe dijo:

—Bien. —Luego me observó de pies a cabeza y agregó—: Usted debe ser Svengali.

—Sí, efectivamente, lo soy.

—Quiero verlo —comentó.

—Trataré de que se llegue hasta aquí.

—¿Qué venga aquí? —preguntó el jefe—. No, yo seré quien vaya. ¡Diablo, me está haciendo un favor!

—Bueno, pero usted es el gobernador, ¿verdad?

—Que el diablo me lleve si no lo soy. Pero él es el doctor Stanton.

—¿Cuándo iremos?

Le indiqué que tendríamos que ir de noche, pues a otra hora no lo encontraríamos en la casa.

Y por eso nos hallábamos allí, de noche, atravesando la puerta de la modesta casa, ascendiendo las oscuras escaleras, tropezando con los cochecitos para bebés, aspirando el olor a repollo y a pañales.

—Buen lugar ha elegido para vivir —comentó el jefe.

—Sí. Y hay muchos que no se explican la razón —convine.

—Pues yo creo que me la explico.

Mientras yo pensaba si sería o no así, llegamos a la puerta y llamé. Entré y me encontré con la mirada serena de Adam Stanton.

Durante un momento, mientras Sugar-Boy entraba despacio y yo cerraba la puerta, el jefe y Adam se observaban mutuamente, sin decir una palabra. Luego me volví y dije.

—Gobernador Stark, este es el doctor Stanton.

El jefe avanzó un paso y le tendió la

mano. Es posible que fuese imaginación mía, pero creí advertir una sombra de duda antes de que Adam la estrechase. Y el jefe debió advertirla también, pues en medio del saludo, antes de que se hubiese pronunciado otra palabra, gesticuló de repente y dijo:

—Vaya, muchacho; no es tan malo como se había imaginado. Eso no va a matarlo.

Entonces, ¡por Dios!, Adam sonrió a su vez. Luego dije:

—Este es el señor O'Sheen —y Sugar-Boy se inclinó hacia delante y tendió uno de sus brazos regordetes, de cuyo extremo colgaba una mano que era como un guante relleno. Hizo un visaje,

como si torciese el rostro, y comenzó a decir—: Mu-mumucho…

—Me alegro de conocerlo —dijo Adam; y vi que observaba el bulto bajo la axila izquierda de Sugar-Boy. Se volvió hacia el jefe—. ¿Con que este es uno de sus pistoleros de los que he oído hablar? —dijo resueltamente, sin hacer ningún gesto.

—¡Al diablo! —exclamó el jefe—. Sugar-Boy lo lleva por placer. Es un buen muchacho. Y no hay quien maneje un coche como Sugar-Boy.

Sugar-Boy lo contemplaba como un perro a quien rascamos la cabeza.

Adam permaneció de pie sin contestar. Durante un momento creí que

la cosa iba a empeorar, pero después Adam dijo seriamente:

—¿No desean los caballeros tomar asiento?

Lo hicimos.

Sugar-Boy extrajo un terrón de azúcar de un bolsillo y comenzó a chuparlo, hundidas sus delgadas mejillas y los ojos empañados de deleite.

Adam esperaba, sentado, muy erguido en su silla.

Retrepado en uno de los mullidos y desvencijados sillones, el jefe no parecía tener ninguna prisa. Finalmente preguntó:

—Bien doctor, ¿qué opina del asunto?

—¿De cuál?

—De mi hospital.

—Creo que hará algún bien a la gente del Estado —contestó. Luego agregó—: Y que le proporcionará algunos votos.

—Olvidemos la parte electoral del asunto. Hay muchas maneras de obtener votos, muchacho.

—Así lo entiendo. —Hizo una larga pausa para que el jefe tuviese tiempo de meditar.

Al cabo de un rato este contestó:

—Sí, no hay duda que hará algún bien. Pero no mucho, a menos que usted se ponga al frente de él.

—No permitiré ninguna interferencia

—dijo Adam de manera terminante.

—No se preocupe, muchacho. Podría despedirlo, pero nunca me entrometeré.

—Si eso es una amenaza —dijo Adam, cuyos ojos pálidos refulgieron— ha perdido su tiempo al venir aquí. Ya conoce mi opinión acerca de su administración. No he hecho secreto de ello. Ni lo haré en el futuro. ¿Comprende?

—Doctor —dijo el jefe—, usted no comprende la política. Le seré sincero. Me sería fácil gobernar este Estado y diez más como él aunque anduviese usted gritando en cada esquina como un sabueso al que le pisan el rabo. No hay

ofensa en ello. Pero usted no sabe nada de política.

—Comprendo ciertas cosas —dijo Adam con tono sombrío, apretando las mandíbulas.

—Y otras no, lo mismo que me sucede a mí. Pero una cosa que yo comprendo y usted no, es lo que hace que la yegua ande. Puedo hacer que ande. Y otra cosa: ahora estamos poniendo nuestras cartas boca arriba… —El jefe se detuvo de repente, ladeó la cabeza, miró de soslayo a Adam y preguntó—: ¿No es así?

—Dijo que sabía otra cosa —indicó Adam, sin darse por enterado de la pregunta y sentándose erguido en su

silla.

—Sí, otra cosa. Pero oiga, doctor, ¿conoce a Hugh Miller?

—Sí, lo conozco.

—Bueno, estaba cooperando conmigo… Sí, como Procurador General. Y renunció. ¿Sabe, por qué? —Prosiguió sin esperar respuesta—: Porqué deseaba tener las manos libres. Quería los ladrillos sin saber que alguien tiene que remover el barro para fabricarlos. Era como esos que tienen mucha afición a los filetes, pero no pueden sufrir llegarse al matadero porque allí hay algunos hombres rudos y perversos nada amantes de los animales y que deben denunciarse a la Sociedad

Protectora de Animales. Bueno, dimitió.

Observé el semblante de Adam, blanco y pétreo, como tallado en alguna piedra reluciente. Era como un hombre que toma ánimos para oír lo que dirá el presidente del jurado. O el médico. Adam debió de haber visto gran número de caras por el estilo. Seguramente tuvo que verlas y decir lo que tenía que decir.

—Sí —prosiguió el jefe—, renunció. Era uno de esos individuos que lo quieren todo y de dos maneras a la vez. ¿Conoce esa clase de gente, doctor?

Lanzó una mirada a Adam, como el hombre que arroja una mosca por encima de los sauces en el arroyo, para

pescar truchas. Pero sin ningún resultado.

—Sí, el viejo Hugh… nunca pudo llegar a saber que no es posible tenerlo todo. Que hay que conformarse con muy poco. Y que nunca tendremos lo que no hayamos producido. Justamente por haber heredado un poco de dinero y el apellido Miller se creyó capaz de poseerlo todo. Y deseaba tener la última condenada cosa que no se puede heredar. ¿Sabe cuál es? —Miró fijamente a Adam en la cara.

—¿Cuál? —inquirió el médico al cabo de una larga pausa.

—La bondad. Sí, la bondad pura y simple. Eso no puede heredarse de

nadie. Tenemos que producirla, doctor, si la queremos. Y es necesario extraerla del mal. Es claro, del mal. ¿Y sabe cómo, doctor? —Se enderezó en el desvencijado sillón en que se hallaba, con las manos apoyadas en las rodillas, salidos los codos, adelante la cabeza y el cabello caído sobre los ojos, y miró a Adam cara a cara—. De la maldad. ¿Y por qué? Porque no hay otra cosa de donde poder sacarla. ¿Lo sabía, doctor? —inquirió finalmente, hundiéndose de nuevo en el sillón.

Adam no dijo una palabra.

Entonces el jefe repitió la pregunta, con voz más suave, casi un murmullo:

—¿Lo sabía, doctor?

Esta vez Adam se humedeció los labios y dijo:

—Hay una pregunta que me agradaría formularle y es esta: Si, como usted dice, no existe sino el mal para empezar y el bien debe extraerse del mal, ¿cómo sabe jamás lo que es el bien? ¿Cómo reconoce siquiera el bien? Asumiendo que lo hayamos formado del mal. Vaya, contésteme.

—Calma, doctor, tranquilícese.

—Bien, contésteme a eso.

—Simplemente, lo hace sobre la marcha.

—¿Qué es lo que hago?

—El bien —contestó el jefe—. ¿De qué otra cosa estamos hablando? Del

Bien, con mayúscula.

—De modo que lo hacemos sobre la marcha —repitió Adam, amablemente.

—¿Qué demonios cree que ha estado haciendo la gente durante un millón de años, doctor? Cuando nuestros requeteantepasados descendieron de los árboles no poseían más noción del bien y del mal o de lo justo o lo injusto que el búho que gritaba entre las ramas. Bueno, descendieron y comenzaron a hacer bien sobre la marcha. Se hizo lo necesario para realizar negocios. Y lo que se hizo para que todo el mundo lo considerase como bueno y justo, quedaba siempre un par de saltos atrás de lo que era necesario para efectuar negocio. Las

cosas cambian por esto, doctor. Porque lo que la gente clama como justo no queda sino un par de saltos detrás de lo que necesita para hacer negocio. Pero un individuo, un ser humano, dejará de hacer negocio porque ha adquirido la noción de lo que es justo y es un héroe. Ahora bien, la gente, doctor, que es la sociedad, no hará eso; se dedicará a crear una nueva noción de lo que es justo. Seguro que la sociedad jamás llegará a cometer suicidio. Por lo menos como tal y con determinado propósito. ¿No es cierto, doctor?

—No sé —dijo Adam.

—Puede estar completamente seguro de ello, doctor. Y el bien es una tapa que

colocamos sobre algo; y algunas de las cosas cubiertas por ella parecen exactamente como otras que no se hallan debajo de la tapa y jamás existiría noción de lo que es el bien si no se hubiesen impuesto normas a la sociedad en general, de manera que parte de ella hubiera comenzado a protestar al no poder efectuar ninguna especie de negocio humano bajo esa clase de normas. Diablo, observe cuando la gente no podía obtener el divorcio. Fíjese en todas esas mujeres que reciben una paliza y los buenos hombres que siempre encuentran regañinas en su camino y no pueden hacer maldita la cosa para remediarlo. De repente, el

divorcio vino a constituir un bien. Lo que sucederá después ni usted ni yo lo sabemos. Pero sé esto. —Se inclinó de nuevo, con los codos hacia fuera.

—¿Qué? —preguntó Adam.

—Ahí va. No he de negar que existirá una noción de lo bueno aplicable a la manera de hacer las cosas, pero ¡por Dios!, cualquier noción particular de cualquier época determinada llegará a ser más tarde o más temprano como el tapón bien introducido en la botella de agua que es arrojada a la estufa, como solían hacer los chicos en la escuela para oír el estampido. El vapor que hace saltar la botella y asusta a la maestra es ni más ni

menos que el negocio humano que está a punto de efectuarse y hará volar cuanto se ponga encima de manera apretada; pero póngaselo en su debido lugar, hágaselo salir en debida forma y moverá la locomotora de un tren de carga. —Hundiose otra vez en el sillón, caídos los párpados pero vigilante la mirada, y el cabello sobre la frente, como en una emboscada.

Adam se levantó de repente y cruzó la habitación. Se detuvo frente a la chimenea, todavía con las cenizas viejas y algún papel a medio quemar, aunque ya estaba bien avanzada la primavera y hacía tiempo que no se encendía fuego alguno. La ventana se hallaba abierta y

penetraba el aire de la noche en la habitación, con un olor distinto al de repollo y pañales, el olor de las hierbas húmedas y de las hojas de los árboles que se entrelazaban en la oscuridad, un olor que no encuadraba en aquella habitación. Y de pronto vino a mi memoria cómo una vez, mientras me hallaba sentado en una habitación una noche, entró una mariposa grande, color verde manzana pálido, grande como un murciélago y suave y silenciosa como un sueño —mariposa luna es su nombre, muy bonita, por cierto—. Alguien había dejado abierta la puerta de tejido metálico y la mariposa revoloteó por entre las sillas y las mesas como hoja

grande, de color verde pálido, sedosa y viva, yendo de un lado para otro y danzando sin que hubiese ningún viento, bajo la luz eléctrica que no era ciertamente el lugar que corresponde a las mariposas de esa especie. El aire de la noche que ahora penetraba en la habitación era como aquel.

Adam apoyó el codo sobre la repisa de madera de la chimenea donde podía escribirse el nombre en el polvo, donde se hallaban apilados los libros y se veía la taza con el café viejo y endurecido. Y allí estuvo como si se hallase solo.

El jefe lo observaba.

—Sí —decía entretanto— moverá una locomotora de un tren de carga y…

Pero Adam lo interrumpió:

—¿De qué quiere convencerme? No tiene necesidad de convencerme de nada. Ya le he dicho que aceptaré el puesto. ¡Eso es todo! —Observó al hombre fornido en el gran sillón—. ¡Eso es todo! Y tengo mis propios motivos —concluyó.

El jefe, lentamente, cambió de postura en su asiento y dijo:

—Sí, tendrá sus motivos, doctor. Pero pensé simplemente que le agradaría conocer algo sobre los míos, puesto que haremos la obra juntos…

—Yo seré quien dirija el hospital —dijo Adam, que prosiguió curvando el labio—: Si a eso llama hacer la obra

juntos…

El jefe rio fuertemente y luego se levantó del sillón.

—Doctor, no se preocupe. Me ocuparé de todos los detalles. Tendrá el camino perfectamente limpio. Lo instalaré en ese hospital hermoso, antiséptico, esterilizado, que costará seis millones de dólares, y lo envolveré en celofán, no tocado por las manos de nadie. —Avanzó hacia Adam y le dio unas palmadas en el hombro—. No se preocupe, doctor —aconsejó.

—Puedo cuidar de mí mismo —afirmó Adam, que no quitaba el ojo de la mano colocada sobre su hombro.

—Naturalmente que sí, doctor —

dijo el jefe, retirando la mano. Luego cambió de tono, sereno y como quien va al grano—. Sin duda querrá ver todos los planos trazados al respecto. Están sujetos a su revisión después de haber consultado con los arquitectos. El señor Todd, de la firma Todd y Watters, vendrá a verle. Ya puede seleccionar su personal. Todo lo dejo en sus manos.

Se volvió y recogió el sombrero de la tapa del piano. Luego, vuelto hacia Adam, le miró de arriba abajo.

—Es usted un gran muchacho, doctor, y no permita que digan lo contrario.

Se volvió hacia la puerta y salió antes de que Adam pudiese decir una

palabra. Si es que había alguna que decir.

Sugar-Boy y yo lo seguimos sin detenernos para despedirnos y agradecer la hospitalidad, cosa que no parecía estar indicada. Una vez en la puerta me volví, sin embargo, y dije:

—Hasta pronto, muchacho. —Pero Adam no contestó.

Una vez en la acera, el jefe vaciló junto al automóvil, y después dijo:

—Váyanse. Quiero ir a pie.

Enfiló calle arriba, hacia la ciudad, pasando por delante de las modestas casas de pisos, los pequeños negocios, las casas de pensión y las reducidas torrecitas.

En el preciso instante en que tomaba asiento junto a Sugar-Boy en el lugar acostumbrado por el jefe, se oyó música en la casa vecina. Una ventana se hallaba abierta y la música sonaba fuertemente. Era Adam que ejecutaba con violencia en su costoso piano y llenaba el aire de la noche con un ruido como si fuesen las cataratas del Niágara.

Nos pusimos en marcha y pasamos por delante del jefe que, con la cabeza agachada, no nos prestó ninguna atención. Nos introdujimos por una de las calles con árboles que se entrelazaban y cuyas hojas nuevas parecían oscuras contra el cielo o pálidas, casi blancuzcas, cuando eran

alcanzadas por las luces de la calle. Ya no se oía la música de Adam.

Me recosté en el asiento y me mecí con los movimientos del coche, blandos y suaves, y pensé en el jefe y Adam frente a frente en aquella habitación. Nunca esperé haber visto eso, pero ya había acontecido.

Había encontrado la verdad, la había sacado del montón de cenizas, del cubo de la basura, de entre los desperdicios de la cocina, del montón de huesos y la había enviado a Adam Stanton. No me había sido posible cortarla de manera que se conformase con sus ideas. Bueno, él tendría que hacer que sus ideas se adaptasen a la verdad. Eso es lo que

nosotros, los investigadores históricos, creemos. La verdad nos hará libres.

De ahí que me retrepase y pensara en Adam y en la verdad. Y en el jefe, y en lo que dijo que era la verdad. Lo era el bien. Y lo justo. Y reclinado allá, mecido por el Cadillac, preguntábame si él mismo creía lo que dijera. Había dicho que teníamos que extraer el bien del mal porque es lo único de donde podemos extraerlo. Bueno, había extraído algún bien del mal. El hospital. Ese Willie Stark Hospital que quedaría allí años después de que hubiese pasado al otro mundo, según él mismo expresara. Pero si Willie Stark creía que siempre tenemos que extraer el bien del

mal, ¿por qué se excitaba de ese modo cuando Tiny Duffy no deseaba sino hacer un pequeño y lógico negocio en cuanto al contrato del hospital? ¿Por qué se acaloraba tanto cuando la rama del mal de Tiny pudiera mezclarse con las materias primas de las cuales pensaba derivar algún bien? «¿No es capaz de comprender?», me había preguntado el jefe. «Voy a construir ese edificio, el mejor del país y del mundo, y no permitiré que un cualquiera como Tiny se interponga, y lo llamaré Willie Stark Hospital y permanecerá allí mucho tiempo después que hayamos desaparecido, usted y yo y todos esos hijos de perra…». Eso apenas tenía

consistencia. En verdad no tenía ninguna. En alguna oportunidad preguntaría al jefe acerca de ello.

Ya había preguntado algo más al jefe en una oportunidad. La noche después en que el intento de juicio político quedó en la nada. Aquella noche en que la multitud que se volcó en la ciudad invadió los jardines del Capitolio, pisoteando los jardines y los arriates bajo las estatuas de bronce representativas de individuos de levita, de uniforme y ataviados con piel de gamo, que constituían la historia. Cuando Willie Stark hizo su salida por la gran puerta del edificio, bajo el fuerte resplandor azul de los focos, y se situó

en lo alto de las gradas, con su aspecto lento y pesado, pestañeando en la luz. Estuvo de pie allí, él solo entre aquella amplia extensión de piedra, aparentemente solitario y perdido contra aquella masa pétrea que se elevaba detrás de él. Los gritos de la muchedumbre: «¡Willie! ¡Willie! ¡Que salga Willie!», cesaron al hacer su aparición. Durante un momento, mientras esperaba, no se oyó ningún sonido. Luego, de repente, se elevó un rugido de entre la muchedumbre, pero ni una palabra. Pasó bastante tiempo antes de que levantase la mano para aplacarlo. Luego, el rumor se fue apagando como bajo la presión de su mano, que

descendía lentamente.

«Han tratado de arruinarme, pero son ellos quienes se han arruinado», dijo después.

Y el rugido se elevó de nuevo y se apagó bajo la mano.

«Trataron de arruinarme porque no les agrada lo que he hecho. Y a vosotros, ¿os agrada lo que he hecho?»

Otra vez se produjo el rugido y se apagó.

Entonces dijo: «Os diré lo que pienso hacer. Haré construir un hospital. El más grande y hermoso que se pueda lograr con dinero. Será vuestro. Cualquier hombre, mujer o niño que se encuentre enfermo o padezca algún

dolor franqueará su puerta, seguro de que se hará todo lo que humanamente sea posible para curarle el mal, para aliviarle el dolor. Y gratis. No como una limosna sino como un derecho. Tenéis derecho a ello. ¿Lo oís? ¡Es vuestro derecho!».

Nuevos rugidos del auditorio. Y prosiguió: «Y también tenéis derecho a que todos los niños reciban una educación completa. Que ninguna persona de edad y enferma pase necesidad y tenga que mendigar su pan. Que el hombre que produce pueda llevarlo al mercado sin meter el vehículo en el barro hasta el eje y sin tener que pagar ningún derecho. Que

ninguna tierra o casa del pobre sea gravada con impuestos. Que los ricos y las grandes compañías que extraen su riqueza del Estado contribuyan con buena parte de la misma, y que no os encontréis privados de esperanza».

Al extinguirse el rugido ocasionado por esas manifestaciones, Anne Stanton, que me tenía asido del brazo y se hallaba junto a mí, empujada por la multitud, preguntó:

—¿Será esa en verdad su intención, Jack? ¿Lo dirá de corazón?

—Ya ha llevado a cabo buena parte de ello —contesté.

—Sí —dijo Adam, cuyos labios se curvaron al pronunciar las partes—. Sí,

con eso los sujeta.

No contesté, y no sé cuál habría sido mi respuesta, pues Willie se hallaba allá arriba y decía: «Todo eso haré. De manera que Dios me ayude. Viviré de acuerdo con vuestra voluntad y por vuestro derecho. Y si alguien trata de impedir que se cumpla esa voluntad y ese derecho, lo aplastaré. ¡Lo aplastaré así! —Había separado bien los brazos, a la altura del hombro y golpeado con el puño derecho la palma de la mano izquierda—. ¡Así lo golpearé! Por todo el cuerpo, sin ningún miramiento. Y sin que me importe con qué o dónde lo golpeo».

Después, en medio del rugido de la

multitud, me incliné sobre Anne y le dije al oído:

—Ya lo creo que habla en serio.

No sabía si Anne me había oído o no. Contemplaba al hombre de lo alto de la escalinata que se hallaba inclinado hacia la muchedumbre, con los ojos como si se le saliesen y gritando: «¡Sí, lo atacaré! ¡Le daré con un hacha de carnicero!».

De pronto levantó los brazos por encima de la cabeza, tirantes; las mangas de la chaqueta dejaban al descubierto las de la camisa. Extendidas las manos como en ademán de asir algo, gritó:

«¡Dadme un hacha de carnicero!»

Y la muchedumbre rugió.

Bajó ambas manos en demanda de silencio y luego continuó: «¡Vuestra voluntad es mi fuerza!». Al cabo de un instante agregó: «Vuestras necesidades son mi justicia». Y finalmente concluyó: «He dicho».

Se volvió de espaldas al auditorio y atravesó nuevamente la elevada puerta del Capitolio, tras la oscuridad de la cual desapareció. El rugido de la muchedumbre era ahora más fuerte que nunca, vibraba en la atmósfera y yo lo experimenté en mi interior, a la vez, con más violencia, como una mezcla de sangre y de victoria. Contemplé la puerta del Capitolio y la oscuridad en la que había desaparecido.

Anne Stanton me tiraba del brazo y preguntaba:

—¿Sentirá lo que dice, Jack?

—Demonio —dije, y advertí el tono salvaje de mi voz—. Demonio, ¿cómo he de saberlo?

Adam Stanton frunció el labio y dijo:

—¡Justicia! Ha utilizado esta palabra.

De repente, durante una fracción de segundo, aborrecí a Adam Stanton.

Le dije entonces que tenía que irme, cosa que era cierta, y me abrí camino por un costado de la multitud, hacia el cordón policial. Desde allí me encaminé a la parte de atrás del Capitolio, donde

me reuní con el jefe.

A hora avanzada de la noche, de regreso a la mansión, luego que hubo arrojado del estudio a Tiny Duffy y a su gentuza le formulé la pregunta:

—¿Dijo todo aquello de corazón?

—¿Qué? —inquirió a su vez, apoyado sobre el gran sofá de cuero y mirándome fijamente.

—Lo que ha dicho esta noche. Que su fuerza era la voluntad de ellos. Que su justicia eran sus necesidades. Todo eso.

Siguió mirándome fijamente, con los ojos saltones, con una mirada que me envolvía y me taladraba a la vez.

—Usted lo ha dicho esta noche —

insistí.

—¡Maldito sea! —exclamó violentamente, sin dejar de mirarme—. ¡Maldito sea! —Con el puño derecho se golpeó dos veces en el pecho—. ¡Maldito sea! ¡Usted está pensando en algo…! Sí, está pensando en algo…

No dijo nada más y abandoné mi curiosidad, pues dejó de mirarme fijamente y desvió la mirada hacia el fuego.

Bien, eso había sucedido cuando le formulé la pregunta, tiempo atrás. Ahora tenía que hacerle otra: Si creía que había que extraer el bien del mal porque no había otra cosa de donde sacarlo, ¿por qué armaba tal alboroto para que

Tiny apartase las manos del asunto del Willie Stark Hospital?

Y había otra preguntita que tendría que hacérsela a Anne Stanton. Se me había ocurrido aquella noche en el muelle del río cubierto por jirones de niebla, cuando me dijo que había estado en el piso de Adam Stanton para «hablarle de ello» —acerca del ofrecimiento del cargo de director del hospital—. Me lo dijo y en ese mismo instante experimenté como esa comezón que nos ataca cuando tenemos las manos ocupadas y no nos es posible rascarnos. Bajo la presión del momento no pude advertir lo que me turbó, cuál era la cuestión. Había empujado simplemente

la olla a la parte trasera del hogar donde quedó hirviendo lentamente durante algunas semanas. Pero un día bulló de repente, y entonces supe que la pregunta era: «¿Cómo había sabido Anne Stanton lo del ofrecimiento del hospital?».

Había algo extraño. Yo no se lo había referido.

Acaso lo hubiese hecho Adam y de ahí que ella hubiese ido para «hablar acerca de ello». Por eso fui a visitar al doctor, profundamente embebido en su tarea; como siempre, práctica y enseñanza, y, por si era poco, los planos del hospital. Tanta era su labor que, según dijo, no había podido tocar el piano durante casi un mes. Su semblante

notábase ya más delgado a consecuencia de la falta de descanso. Sus ojos se posaron en mí glacialmente y me trató con una cortesía demasiado elaborada para ser dedicada al amigo de la juventud. Por mi parte llevó bastante esfuerzo, frente a semejante cortesía, disponer de los nervios para formularle la pregunta, lo que hice finalmente.

—Adam, la primera vez que vine para hablarte del asunto del hospital dijiste…

Me contestó con una voz que era como un escalpelo:

—No quiero discutir ese asunto.

Pero yo tenía que saberlo.

—¿Le dijiste algo a ella del asunto?

—No —dijo— y es mi deseo no discutir la cuestión.

—Muy bien —se me escapó en una voz que no parecía mía—. Está bien.

Me miró agudamente y luego se levantó y dio un paso hacia mí.

—Lo siento, Jack, lo siento mucho. Estoy muy nervioso. —Meneó la cabeza como el hombre que trata de ahuyentar el sueño—. No duermo lo necesario —aclaró. Dio otro paso hacia mí (yo me hallaba recostado sobre la repisa de la chimenea) y me miró a la cara a la vez que ponía la mano sobre mi hombro—. Lo siento de veras, Jack, lamento haber hablado así, pero no le dije nada a Anne. Discúlpame.

—Olvídalo —contesté.

—Lo olvidaré si así lo deseas —convino, sonriendo fríamente y tocándome el brazo.

—Naturalmente. Claro que lo deseo. Sí, no tiene la menor importancia. ¿Quién se lo habrá contado? Creo que he sido yo mismo. Simplemente se me ocurrió que…

—He querido decir que olvides mi manera de proceder —corrigió—. Que haya contestado de la manera que lo hecho.

—Oh, no tiene importancia. Démoslo al olvido.

Luego vi cómo escudriñaba mi semblante con una duda en sus ojos.

Durante un momento permaneció callado y luego dijo:

—¿Para qué querías saberlo?

—Bah, para nada —contesté—. Simplemente por curiosidad. Pero ya me acuerdo. Yo mismo le referí y creo que no debí haberlo hecho. No fue mi intención que ella lo supiese. Pero se me escapó. No tenía intención de producir ningún alboroto. No pensé. —Y durante todo ese tiempo, esa parte fría y desagradable de la imaginación, esa tía solterona, ese espejo borroso en que el borracho se contempla, esa vocecilla serena, ese gusano en el queso de nuestra propia estima, el comentarista de la pesadilla del éter, esa cabeza de

muerte y sin labios del raciocinio en cada una de nuestras hazañas, esa parte de la imaginación no hacía sino decirme: «Lo estás empeorando, tu mentira está poniendo la cosa peor; ¿es que no puedes callarte, pedazo de charlatán?».

Y Adam, cuyo semblante iba palideciendo, aseguró:

—No hubo ningún alboroto, como tú lo llamas.

Pero no me fue posible detenerme, como cuando nuestro automóvil se desliza sobre el hielo resplandeciente del borde de la colina antes de que podamos echar mano al freno y sentimos lo hermoso que resulta deslizarse y

girar; hermoso y alegre, como nuestra infancia. Y dije:

—No, no digo exactamente un alboroto, pero lamento haberla preocupado por causa tuya…, no fui mi deseo ocasionar ninguna dificultad…; fue simplemente que…

—No deseo discutirlo más —dijo, y sus mandíbulas quedaron firmemente cerradas.

Se apartó de mi lado y se dirigió al otro extremo de la habitación, muy erguido, con paso casi militar.

De modo que me despedí y su saludo demasiado cortés y frío: «Hasta la vista, muchacho», se me atravesó en la garganta como el pan de maíz viejo.

Pero él no le había dicho nada a Anne Stanton ni yo tampoco. ¿Quién se lo habría referido? Al pensar en ello no pude menos de advertir que habría habido alguna conversación al descuido, alguna palabra suelta, una filtración, en virtud de la cual la noticia se habría difundido. Creo que acepté esa respuesta —si en realidad lo hice— porque era la más fácil a mi alcance. Pero me constaba, en lo hondo de mi corazón, que el jefe no era afecto a hablar así, excepto cuando era su deseo hacerlo, y estaría muy seguro que la manera de arruinar su propósito de obtener los servicios de Adam Stanton era dejar que los rumores comenzasen a

machacar sobre el tópico. Me constaba perfectamente, pero mi imaginación se cerraba como la almeja cuando la sombra venía flotando. Y una almeja tiene que vivir, ¿no es cierto?

Pero descubrí quién se lo había dicho a Anne Stanton.

Era una hermosa mañana de mediados de mayo y justamente aquella mañana y a tal hora, alrededor de las nueve y media, flotaba en la atmósfera un último toque de primavera —a esa altura casi habíamos olvidado que la hubiese habido—, una especie de lechosidad en el aire y, allá a lo lejos, desde mi ventana, podía observar una niebla blanca, igualmente lechosa, sobre

el río. La estación era como la hermosa chica, bien dotada de senos, de un pobre y escrofuloso colono, una chiquilla a la que el vestido le quedase muy ajustado pero con una linda cintura, mejillas sonrosadas y ojos brillantes y un poco de transpiración al borde de su rubia cabellera (que en algunos círculos sería de un rubio platinado), pero a la que vemos y estamos seguros de que antes de mucho será un montón de carne y huesos, con una cara de bruja como el gancho enmohecido para colgar el cepillo. Pero en este instante tiene un aspecto suficientemente bueno como para impresionarnos, si realmente la contemplamos, y esa mañana la estación

conservaba aún ese aspecto, aunque uno supiese que para fines de junio todo ya sería hueso y carne y cara de bruja y una capa de sudor pegajoso al despertar con un sabor en nuestra boca como latón viejo. Pero por el momento las hojas de los árboles eran abundantes y carnosas, y no habían comenzado a rizarse todavía. Desde la ventana de mi oficina podía contemplar los grandes bodoques, penachos y globos hinchados de verdor que eran los árboles que rodeaban el Capitolio vistos de aquella altura, y pensaba en el laberinto interior y de un verde más profundo que constituía uno de los grandes árboles y en los huecos umbrosos junto al tronco donde algún

papagayo parlanchín se encaramaría por un instante cual bárbaro potentado, contemplando con sus ojillos negros como abalorios el conjunto verdoso. Luego lanzaríase silenciosamente a la atmósfera y enfilaría hacia el sol resplandeciente donde de pronto chillaría hasta perder la cabeza. Observaba hacia abajo y pensaba en mí, sumido en esa cámara umbrosa y profunda, en la claridad verde acuosa, dentro del gran globo que era el árbol y sin siquiera un papagayo junto a mí, pues ya había volado, y sin ninguna posibilidad de ver nada más allá de las hojas verdes, tan espesas eran, y sin ningún sonido, como no fuese allá a lo

lejos el débil rumor del tránsito, como si el Océano estuviese masticando goma.

Era un pensamiento bello, sereno, aunque desvié mis ojos del verdor y me mantuve recostado sobre el sillón giratorio, con los pies encima del escritorio. Cerré los ojos y me imaginé mi zambullida a través del verde hasta la quietud y la soledad de allá abajo. Permanecí con los ojos cerrados, escuchando el rumor del ventilador eléctrico, cuyo zumbido era como un sueño y casi sentía al maravilloso descenso. Era una idea hermosa si se contase con alas.

Luego oí ruido en la sala de recepción y abrí los ojos. Alguien había

cerrado con fuerza una puerta. Entonces escuché el rumor de pasos y Sadie Burke penetró en mi cubil, describiendo una gran curva a través de mi puerta abierta y, todo en un solo movimiento, cerrándola tras sí y avanzando a paso vivo hacia mí. Permaneció de pie, frente a mi escritorio, en búsqueda del aliento suficiente para largar lo que tenía que decir.

Era como en los tiempos pasados. Hacía mucho que no la había visto tan alterada como aquella mañana en que descubrió lo de la ninfa nórdica, aquella que se abrió paso hasta el jefe a fuerza de patines durante la visita a Chicago. Aquella mañana había salido como una

bala por la puerta del jefe y descrito una parábola para ir a caer en mi oficina, revuelto el cabello negro y recortado, y el semblante como una mascarilla agujereada de Medusa, hecha en yeso, salvo sus ojos bituminosos, que ardían como si algún fuelle aventase la llama.

Bien; no hay duda que desde aquel día había habido muchas ocasiones en que el jefe y Sadie no habían visto las cosas del mismo modo. Al jefe le habían sacado a relucir en las columnas del *Chronicle* todo cuanto había habido en su vida, desde la niña nórdica hasta los chismes de su hogar, y Sadie no había perdonado nada, a decir verdad —pues no era de las que perdonan—, pero

habíase llegado a un arreglo, un acomodo peculiar.

—Maldito sea —me había dicho Sadie—. Que se vaya con sus rameras, no importa. Siempre volverá a mí. Sabe que no le es posible pasarse sin mí. Lo sabe bien.

Y agregó, furiosa:

—Y será mejor que no lo intente.

Y así, con su furia y sus maldiciones, con su sátira y mordacidad (tenía una lengua como un gato de nueve colas) y hasta con sus raros estallidos de dolor sin lágrimas, parecía experimentar una suerte de placer, astuto y Dios sabe cuán tortuoso, en la observación del desarrollo del modelo en cada caso, en

observar cómo la suripanta era dejada a un lado cada vez y el jefe regresaba para permanecer ante ella, gesticulando, lleno de seguridad y de paciencia, para recibir sus invectivas. Probablemente mucho tiempo atrás, Sadie habría dejado de mostrarse mordaz, perdida su creencia en la efectividad de sus epítetos, y aun dejado de pensar en los que fuese a decir. Los fuertes epítetos habían perdido así su gran sabor, y una cualidad mecánica y estridente había entrado a formar parte de la escena. Lo mismo que un disco que se raya o un predicador, hambriento de pollos, dedicado a la doxología. Las palabras eran pronunciadas, pero sin que la

imaginación anduviese puesta en ellas.

Pero aquella hermosa mañana de mayo fue diferente. Era como en los viejos tiempos, muy bien, con el pecho agitado y la aguja del manómetro bien metida en lo rojo del dial. Entonces saltó la chispa.

—Otra vez, ha vuelto otra vez a las andadas —dijo—, y juro…

—¿Qué ha sucedido? —pregunté, aunque estaba perfectamente al tanto de la cosa. Tenía otra mujer.

—Me está relegando a un papel secundario —dijo.

Reclinado en el sillón giratorio la miré fijamente. La brillante luz de la mañana le daba en el rostro

directamente y sin piedad, pero los ojos eran magníficos.

—¡Ese bastardo! —exclamó—, ¡me está dejando de lado por otra!

—Vamos, Sadie —dije, sin abandonar mi posición y observándola por encima de las punteras de mis zapatos, cruzados sobre el escritorio—, ya hemos considerado esa situación hace algún tiempo. No está obrando en desmerecimiento suyo sino de Lucy. Podrá engañarla otra vez, o tal vez cuatro. Pero no la está despreciando. —Observé el efecto de mis palabras en su semblante. Y más aún en sus ojos, experimentando la curiosidad de ver si sería posible infundir algo más de furor

en ellos. Y lo conseguí. Porque Sadie bramó:

—Usted, so… —Las palabras le fallaron.

—¿Yo, qué? —dije, defendiéndome.

—Usted, usted y sus amigos, que no tienen sino palabras altisonantes… ¿qué sabe…? ¿Qué saben de nada…? Y se han metido nada menos que en esto.

—¿De qué está hablando?

—Es posible que mis palabras no sean tan sonoras y que haya vivido en una casucha, pero si no hubiera sido por mí no sería gobernador en este instante; pero él lo sabe bien y será mejor que ella no se muestre tan contenta, porque, rimbombante o no, yo le enseñaré.

¡Como hay Dios que le enseñaré!

—Pero ¿de qué demonios está hablando?

—Ya sabe bien a qué me refiero —aseguró, y se inclinó sobre el escritorio hacia mí, señalándome con el dedo—. Y se queda sentado tan tranquilo, sonriendo de ese modo y creyéndose muy superior. Si fuese hombre de verdad se levantaría, entraría y lo golpearía hasta cansarse. Creí que la dama era suya. O quizás él lo haya «arreglado», como hizo con el doctor. —Se inclinó más hacia mí—. Sí, acaso lo nombrará director de un hospital. Es claro, ¿de qué lo está haciendo director?

Bajo ese diluvio de palabras y el

dedo salvaje y el chispear de los ojos, me enderecé cuanto puede, puse los pies en el suelo de golpe y me incliné con violencia hacia ella hasta ponerme de pie, mientras la sangre se me subía a la cabeza y me mareaba, como sucede cuando nos levantamos rápidamente. Delante de mí lo veía todo rojo y las palabras me ahogaban. Por fin pude contenerme.

—Está diciendo —comencé con calma— que…, que… —Estuve a punto de pronunciar el nombre de Anne Stanton, pues el mismo había brotado claramente en mi imaginación, como escrito sobre un tablero, pero inmediatamente quedó atravesado en mi

garganta y no me fue posible pronunciarlo. Por eso proseguí—: que ella…, que ella…

Pero Sadie Burke leía directamente en mi imaginación (por lo menos así me pareció) y rápida como un boxeador me arrojó el nombre:

—¡Sí, esa chica Stanton, Anne Stanton!

Miré un instante en la cara a Sadie Burke y experimenté tanta lástima de ella que estuve a punto de llorar. Eso fue lo que me sorprendió. Que sintiera semejante pena por ella. Y luego no experimenté nada. Ni siquiera lo lamenté por mí. Me pareció ser tan insensible como un indio tallado en

madera, y recuerdo mi sorpresa al advertir que mis piernas se movían perfectamente, aunque fuese de madera, y que se encaminaban directamente hacia la percha donde se encontraba el sombrero, a cuya altura se levantó mi brazo derecho, aunque fuese de madera, se apoderó del viejo panamá allí colgado y lo encasquetó sobre mi cabeza. Mis piernas se encaminaron entonces a lo largo del salón de recepción, sobre la alfombra, que era gruesa, suave como el césped recién cortado en primavera, y franqueé la salida haciendo resonar mis pasos sobre las losas de mármol.

Y me encontré afuera, en un mundo

aparentemente más grande que lo fuera antes. Parecía extenderse de manera interminable por esa faja de cemento reluciente que se doblaba y hundía entre las estatuas de bronce y los brillantes parterres de flores dispuestos en forma de estrellas y de medias lunas y más allá aún, a través del césped y de los grandes bulbos de verdor que eran los árboles y más allá todavía, hasta el cielo, donde el sol derramaba montañas y montañas de calor, como lava cristalina que nos envolvía, pues el último aliento de la primavera había desaparecido para bien, lo mismo que la chica con el vestido de algodón y los senos salientes y las mejillas como una mezcla de crema

y de melocotón y las gotitas de sudor junto al borde de su cabellera anudada en trenza, y todo en adelante sería carne y huesos y la cara de bruja como un gancho herrumbrado para colgar cepillos y espuma verde sobre la superficie del charco desecado que la tierra desnuda agrieta y llena de escamas como una costra gris.

Era fuente de eterna sorpresa ver lo bien que las piernas me conducían a lo largo del blanco sendero de cemento y cómo, si bien iba continuamente atravesando por entre el sendero y los árboles, los dejé por último atrás y seguí calle abajo como sostenido en un riachuelo de lava cristalina. Contemplé

con gran curiosidad las caras que encontraba, sin ver en ellas nada hermoso o digno de observar y sin estar muy seguro de su belleza. Porque se requiere el mayor de los esfuerzos para creer en su realidad; y para creer en su realidad tenemos que hacerlo en la propia y para esto hay que creer en la de ellas, por lo cual tenemos que creer en la nuestra y así siempre, uno-dos, uno-dos, como pies en movimiento. Como si no se tuviese pies para marchar. O fuesen de madera. Observé los míos y vi cómo iban marchando, uno-dos, uno-dos.

Y así prosiguieron durante largo rato, al cabo del cual me llevaron ante

una puerta. Esta se abrió y allí, en la habitación fresca y medio en la penumbra, vestida con un traje de lino, fresco, crujiente, de color azul pálido, los brazos largos y desnudos colgando a los costados y apoyados sobre el vestido, estaba Anne Stanton. Supe que era ella, aunque no le había mirado la cara. Había contemplado las otras, todas las que viera durante mi camino, con la mayor franqueza y curiosidad. Pero ahora no miré la suya.

Lo hice después. Sostuvo la mirada con firmeza. No dije nada, pues no fue necesario. Porque, al mirarme, asintió lentamente.

VII

Después de mi visita al piso de Anne Stanton, aquella mañana de fines de mayo, permanecí fuera de la ciudad durante unos ocho días. Desde su piso fui al Banco, saqué algunos fondos, hice lo mismo con el automóvil del garaje, llené una maleta y emprendí la marcha a lo largo de una carretera larga y blanca como hueso, lisa como vidrio reluciente, sinuosa bajo el sol y zumbando bajo los neumáticos como un nervio extirpado. Iba a ciento veinte kilómetros, pero nunca parecía capaz de alcanzar aquel charco al parecer más allá del camino,

de este lado del horizonte. Al cabo de un rato el sol me dio en los ojos, pues me dirigía hacia el Oeste. De manera que bajé la pantalla, guiñé un ojo y apreté el acelerador, continuando la marcha hacia el horizonte. Porque a ese punto cardinal es adonde todos proyectamos dirigirnos algún día. Es donde se va cuando las tierras tocan a su fin y comienzan los viejos pinares. Nuestro destino cuando recibimos la carta en que nos dicen: «Huye; todo se ha descubierto». Cuando contemplamos la hoja en nuestra mano y la vemos cubierta de sangre. Cuando se nos dice que somos una burbuja en la marea del imperio. Donde nos dirigimos al oír que hay oro en aquellas montañas

de atrás. Donde vamos a pasar nuestra vejez. O simplemente donde nos encaminamos.

Y fue simplemente donde me dirigí.

Al segundo día estaba en Texas. Viajaba a través de esa parte donde habitan los baptistas, de color amarillento, de pies planos, de andar vacilante y comedores de bizcochos. Más tarde pasé por entre los curtidos hijos de las serranías, patizambos, de altas botas, portadores de armas y grandes tiradores, que pueblan la región, llenan los almacenes los sábados por la noche y luego se llegan a la vuelta de la esquina para ver el episodio número tres de *Venganza en el Vinegar Creek*, cuyas

estrellas son Gene Autry y Borax Pete. Sobre ambas regiones el cielo era alto y como latón caliente durante el día y negro aterciopelado por la noche y la Coca-cola todo cuanto el hombre necesita para vivir. Después crucé Nuevo México, que constituye una zona total y magníficamente vacía, con alguna estación de servicio blanca, arrojada en medio de la arena, como el esqueleto de una vaca blanqueado por el sol en el sendero, y bastante al Norte un resto valiente de los héroes de la batalla de Montmartre llevando plata forjada y tratando de entablar conversación con hopis en las esquinas de las calles. Vino después Arizona, que es grandeza, y la

lenta e incrédula mirada de los ovinos, hasta que se llega al Mojave. Cruzárnoslo durante la noche y aun a esa hora nuestro aliento nos raspa la garganta, como si fuésemos uno de aquellos que tragan sables y por error lo hubiésemos sustituido por la hoja de un serrucho. En la oscuridad, las rocas sobresalientes y los cactos asoman ante nosotros con las formas de una pesadilla, visceral y freudiana.

Más tarde le sucedió California.

Luego Long Beach, que es la esencia de California. Lo sé porque no he visto nada de California, salvo Long Beach, y por eso no me veo distraído por los alegatos de la competencia. Estuve allí

treinta y seis horas, y pasé casi todo el tiempo en la habitación del hotel, con excepción de cuarenta minutos en la peluquería, más allá de la galería del establecimiento.

Había sufrido un pinchazo en el neumático durante la mañana y de ahí que no llegase a Long Beach hasta la noche. Bebí un poco de leche, compré una botella de whisky y me dirigí a mi habitación. Durante todo el viaje no había probado una gota. No quise, como no quise nada, salvo el zumbido del motor y el vaivén del vehículo. Pero ahora sabía que si no tomaba algo de aquella bebida, tan pronto cerrase los ojos para dormir todo el calor saldría de

la oscuridad para atacarme. Por eso bebí un poco, tomé un baño y me tendí en el lecho, apagada la luz, viendo cómo el resplandor del letrero luminoso aumentaba o disminuía en la calle, a la par que los latidos de mi corazón, y tomando un trago de tanto en tanto de la misma botella que descansaba en el suelo, junto a la cama, en los intervalos.

De ese modo dormí profundamente y no desperté hasta el mediodía siguiente. Hice que me subieran el desayuno y un montón de periódicos, pues era domingo. Los leí, lo que me demostró que California era un lugar como cualquier otro o deseaba pensar iguales cosas sobre sí misma. Después escuché

la radio hasta que el letrero luminoso comenzó a resplandecer nuevamente a la par de los latidos de mi corazón. Más tarde ingerí la comida que pedí y volví a acostarme.

A la mañana siguiente emprendí el regreso.

Recorrí el mismo camino y no recordé ya ninguna de las cosas que vinieran a mi memoria durante el viaje de ida.

Por ejemplo. Pero no puedo dar un ejemplo. No era tanto un ejemplo, o un acontecimiento, lo que recordase como importante, sino la corriente, la contextura de los acontecimientos, pues el significado no radica jamás en el

evento sino en el movimiento a través del mismo. De otro modo nos aislaríamos un instante en el evento y diríamos que este es el acontecimiento mismo, el significado. Lo que no podemos hacer. Porque es el movimiento lo importante. Y yo me movía. Hacia el Oeste, a ciento diez kilómetros por hora, a través de un paisaje de un millón de dólares y de historia épica y regresaba a través del tiempo a mis recuerdos. Dicen que el que se ahoga revive su existencia en ese instante. Bien, yo no me ahogaba en el agua, pero sí en el Oeste. Me sumergí en el Oeste a través de los días calurosos y las noches oscuras y aterciopeladas. Me

llevó setenta y ocho horas ahogarme. Eso tardó mi cuerpo en sumergirse hasta el fondo del Oeste y yacer en el inmóvil rezumar de la historia, desnudo sobre el lecho de un hotel de Long Beach, California.

Ante el rugido del motor y el movimiento del automóvil, el pasado desenrollose en mi imaginación cual si fuera una película. Era como si se pasara una película familiar, de aquellas que la propaganda recomienda filmar para que contemos con algún recuerdo del día en que Susie dio el primer pasito, Johnny fue por primera vez al jardín de infancia, nosotros subimos por vez primera al monte Pike, se celebró la

primera merienda campestre en la vieja granja de la familia o se nos nombró jefe principal de ventas y adquirimos nuestro primer Buick. La foto del anuncio siempre muestra un caballero digno y grave, de cabellos grises, de aspecto bondadoso, igual que el del anuncio del whisky (cuando no es una dama bondadosa, sonriente y de cabellos canos), que contempla la película familiar y sueña amablemente con los tiempos pasados. Bien, yo no era canoso ni digno de semblante bondadoso, pero pasó mi película familiar y soñé amablemente con los años idos. En consecuencia, si el lector conserva alguna película familiar, mi leal consejo

es que la queme y nazca y se bautice de nuevo.

Soñé amablemente con esos sueños. El hombre entrado en carnes, de gafas y levita, se inclinaba sobre mí, mientras me hallaba sentado sobre la alfombra, con los lápices de colores, delante de la chimenea, y me alargaba el caramelo diciéndome: «Muerde solo un poquito, porque la comida está casi lista». Y la mujer de cabellos pálidos, ojos azules y mejillas delgadas, inclinábase sobre mí y me daba un beso de despedida al dejarme solo para dormir, y quedaba su suave perfume en la oscuridad una vez que se apagaba la luz. Y el juez Irwin se inclinaba sobre mí, aquel amanecer, y

me decía: «Tendrían que haber perseguido más a ese pato, Jack. Es necesario meterle bala, hijo». Y el conde Covelli aparecía sentado, bien erguido, en un costoso sillón del gran aposento blanco, y sonreía bajo su bigote, negro y recortado, mientras con una mano —esa mano pequeña y fuerte capaz de hacer estremecer a cualquiera al estrecharla— sostenía el vaso, y con la otra acariciaba al gato sobre sus rodillas. Y allí estaba el joven ejecutivo, con el cabello pegado como melaza sobre su cráneo redondo. Y Adam Stanton y yo navegábamos en la yola, hasta bastante distancia, en tanto las blancas velas colgaban flojas de los

palos ante la falta de aire y el mar era como vidrio caliente y el sol ardía como si fuese un pajar en el horizonte de Occidente. Y siempre estaba allí la imagen de Anne Stanton.

Las chiquillas llevan vestidos blancos con faldas que revolotean y dejan al descubierto sus lindas rodillas. Llevan también zapatos de charol, de punta redonda, sostenidos tan solo por una tira que se sujeta con un botón, y los calcetines blancos se mantienen tiesos. La cabellera les cuelga sobre la espalda formando una trenza atada con una cinta azul. Tal era Anne Stanton. Era un domingo e iba a la iglesia, donde permanecía sentada e inmóvil como un

ratón y se rozaba con la punta de la lengua, pensativa, en el lugar en que acababa de perder el diente. Y las chiquillas toman asiento sobre almohadones y recuestan pensativas sus mejillas contra las rodillas del padre, mientras su mano juega con las guedejas sedosas y su voz lee hermosas palabras. Así era Anne Stanton.

Y las chiquillas son asustadizas como gatos y tantean el agua del mar con el dedo del pie el primer día de primavera y si la ola salta de repente y les moja las piernas con aquel frío y aquel cosquilleo, chillan y saltan de un lado para otro con sus piernecillas que semejan zancos. Así era Anne Stanton.

Las chiquillas salen con un tizón en la punta de la nariz cuando preparan salchichas en el fuego y uno —que ya es un muchachote y no se tizna la nariz— señala con el dedo y canta: «Cara sucia, cara sucia, estás tan sucia que eres un horror». Y luego, un día, la niñita no dice nada cuando le cantamos, sino que vuelve los ojos hacia nosotros, esos ojos grandes que lucen en su semblante fino y reluciente, y sus labios tiemblan un instante de tal modo que creemos que va a prorrumpir en llanto, aunque ya es bastante crecida para ello, y mientras sus ojos permanecen clavados en nosotros, desaparece el gesto de nuestra cara, nos volvemos rápidamente y

hacemos como que buscamos más leña. Así era Anne Stanton.

Todos los días alegres pasados junto al agua, mientras las gaviotas volaban raudas, eran Anne Stanton. Pero yo no lo sabía. Y todos los días no brillantes, cuando los aleros chorreaban o la borrasca llegaba desde el mar y el fuego ardía en la chimenea, eran también Anne Stanton. Pero tampoco lo sabía. Llegó luego una época en que las noches eran Anne Stanton. Y eso sí lo supe.

Ello tuvo lugar aquel verano en que yo tenía veintiún años y Anne diecisiete. Vine de la Universidad a pasar mis vacaciones, y era un hombre que había andado por ahí. Regresé tarde de la

Universidad, di apenas un par de zambullidas, cené y partí en seguida para la casa de los Stanton con el fin de ver a Adam. Estaba sentado en la galería leyendo un libro (recuerdo que de Gibbon), a la luz del crepúsculo. Y vi a Anne. Me hallaba sentado en la mecedora cuando atravesó la puerta, la miré y supe que habían transcurrido mil años desde que la viera, por Navidad, cuando llegó de la escuela de la señorita Pound para pasar sus vacaciones en el Landing. Ciertamente no era ya una chiquilla calzada con zapatos de charol de punta redonda y sujetos con una tira abrochada con un botón, con tacón bajo y calcetines tiesos. Ahora llevaba un

vestido de hilo blanco, de corte recto, y lo recto del corte y la tiesura del tejido no hacían sino sugerir, con una especie de molesta paradoja, las curvas y las morbideces ocultas por la ropa. Llevaba el cabello anudado en la nuca y una cinta blanca alrededor de la cabeza. Me sonrió del mismo modo que hiciera durante toda su vida, pero que para mí era algo nuevo, sí, enteramente nuevo, y dijo: «Hola, Jack», mientras yo retenía su mano estrecha y vigorosa en la mía y advertía que había llegado el verano.

Y había llegado el verano. Que no fue como ninguno de los anteriores ni de los que después vendrían. Durante la jornada yo estaba junto con Adam, como

siempre, y durante bastante tiempo ella iba con nosotros, pues así había sido también siempre, porque los dos hermanos estaban siempre muy unidos. Aquel verano Adam y yo jugábamos al tenis por la mañana temprano, antes de que el sol estuviese alto y fuerte, y ella se llegaba hasta la cancha con nosotros y tomaba asiento a la sombra de las mimosas y los mirtos y observaba los partidos ganados por Adam, cosa que siempre sucedía, y reía con una risa que era como el canto del pájaro y del arroyo de la montaña, cuando me enredaba los pies en mi propia raqueta. Luego jugaba otro partido conmigo, fácilmente, pues era muy buena y yo muy

malo. Era bastante buena, sí, para ser una muchacha de constitución liviana, y tenía bastante poder en aquellos brazos pequeños y redondos que se agitaban como alas al sol de la mañana. Era ligera de pies también; la falda le revoloteaba cual si fuera una bailarina y los zapatos blancos relucían. Pero la recuerdo principalmente cuando se hallaba al otro lado de la red, lista para servir la pelota, de puntillas, con la raqueta detrás de la cinta de la cabeza, con el seno derecho levantado a consecuencia del esfuerzo del brazo y la mano izquierda, de la que acababa de salir la pelota, todavía en alto como para arrancar algo del aire, el semblante

levantado, grave e intensamente a la brillante luz, y el amplio firmamento y la pelota, pequeñísima, colgada allí cual si fuese el mundo dando vueltas en pleno sol. Bien, tal es la postura clásica y es una lástima que los griegos no jugaran al tenis, pues de haberlo hecho, habrían puesto a Anne Stanton en un jarrón griego. Aunque pensándolo mejor, creo que no lo habrían hecho. Porque ese es el momento que a pesar de todo su equilibrio es demasiado etéreo, demasiado ansioso y agitado. Es el momento preciso que precede al golpe, a la explosión, que no era la clase de momento que los helenos captaban en sus jarrones. De ahí que tal momento no

figure en ningún museo sino dentro de mi cabeza, donde no pueda observarlo sino yo. Porque era el instante que precede a la explosión y explotó. La raqueta golpeó y las cuerdas resonaron y la pelota blanca vino hasta mí como una flecha y no atiné a pararla, y terminó el partido y el juego, y todos regresamos a casa, en pleno calor, pues el rocío había desaparecido de las plantas y habíase extinguido la brisa matutina que soplaba desde tierra.

Pero por aquella época siempre teníamos la tarde. Durante ella íbamos a nadar o primero a navegar en el bote de vela y después a nadar, los tres juntos; y a veces algunos muchachos y muchachas

cuyas familias residían a lo largo del Row, en el Landing, o se hallaban de visita. Después de la cena íbamos a tomar asiento en la galería de ellos o en la mía, al cine o andar a la luz de la luna. Pero una noche, cuando llegué, Adam no se hallaba allí —había tenido que llevar a su padre en el coche a alguna parte— y por eso pedí a Anne que fuésemos a ver una película. Al regreso detuvimos el automóvil —llevaba el turismo, pues mi madre había ido con sus amigos en el coche grande— y contemplamos la luna en la bahía, más allá de Hardin Point. La claridad se posaba sobre el agua, levemente rizada en la superficie como una capa de fuego

blanco, reluciente y frío. Uno esperaba que ese fuego blanco comenzase a invadir las aguas del Océano de modo como si un incendio se extendiese sobre un campo de salvia. Pero allí permaneció, reluciente y vacilante en una amplia y nerviosa capa que se extendía muy allá, hasta la mancha brillante que era el horizonte.

Permanecimos sentados en el automóvil, discutiendo acerca de la película que acabábamos de ver y contemplando esa capa de luz. Luego se apagó la conversación. Anne se había recostado un poco en el asiento, con la cabeza en lo alto del respaldo, de manera que ya no miraba hacia el

horizonte sino hacia arriba, al cielo, pues el coche estaba descapotado, mientras la claridad de la luna iluminaba su semblante, tan liso entonces como el mármol. Me recosté un poco también y contemplé el cielo a mi vez y la luz de la luna me iluminó el rostro. Estuve pensando que al cabo de un minuto estiraría los brazos y la estrecharía. Observé de soslayo y advertí que su semblante parecía tan liso como el mármol a la luz de la luna. Y que sus manos reposaban, con las palmas hacia arriba y los dedos un poco encorvados como quien va a recibir un regalo. Sería muy fácil alargar el brazo y tomarle las manos y ver cómo terminaría todo ello.

Porque yo estaba pensando en el antiguo e impersonal lenguaje del muchachote del colegio que se cree que ya es un hombre hecho y derecho.

Pero no estiré los brazos. Parecía haber miles y miles de kilómetros hasta el trozo de cuero sobre el que se encontraba ella con la cabeza reclinada, las manos sobre el regazo y el semblante bañado por la luz de la luna. No sé por qué no lo hice. Me aseguré a mí mismo una y otra vez que no era tímido, que ella, diablo, no era sino una chiquilla y que todo lo más podría enojarse, en cuyo caso yo me detendría. Caramba, de todos modos no se enojaría, pues sabía lo que iba a suceder y que una no se

hallaba sentada así en un automóvil estacionado con un muchacho para jugar al ajedrez a la luz de la luna, y probablemente ya le habría sucedido más de una vez que alguien hubiera ensayado las escalas en su piano. Jugué con ese pensamiento durante un segundo y en seguida me sentí indignado y colérico a la vez.

—Anne —dije—, Anne —y no supe qué agregar.

Volvió su rostro hacia mí, sin apartar la cabeza de la parte alta del respaldo, simplemente girando sobre el almohadón de cuero. Se llevó el dedo a los labios para imponer silencio, después de lo cual sonrió simplemente y

llanamente a través de los miles de kilómetros de cuero existentes entre ambos.

Volví a hundirme en mi asiento y así permanecimos un buen rato, con aquel espacio entre nosotros, contemplando el cielo empapado por la luna y escuchando el débil murmullo del agua que lamían las arenas a lo largo del Point. Cuanto más tiempo llevábamos allí, más grande parecía el cielo. Al cabo de un tiempo eché otra mirada de soslayo a Anne, cuyos ojos estaban cerrados. Eso me hizo pensar que no miraba ya aquel cielo cada vez más anchuroso porque de pronto me sentí solo y abandonado. Pero Anne abrió los

ojos —la estaba espiando y vi lo que sucedió— y contempló de nuevo el firmamento. Me quedé en mi lugar, miré hacia lo alto y no vi absolutamente nada.

Por aquel entonces había un tren que pasaba por el cruce existente a la salida de Burden's Landing a las once y cuarenta y cinco de la noche. La locomotora siempre silbaba al pasar ante la barrera. Esa noche pitó y por eso supe la hora que era. Tiempo de retirarse. De ahí que me enderecé en mi asiento, apreté el arranque, hice dar vuelta al automóvil y emprendimos la marcha de regreso. No habíamos pronunciado una palabra ni lo hicimos hasta que nos detuvimos ante la casa de

los Stanton. Entonces Anne abandonó el vehículo, rápida como un gamo, se detuvo un instante sobre el sendero de casquillo y dijo:

—Buenas noches, Jack —en voz baja, y lució el último vestigio de aquella sonrisa que me había dedicado a través de los miles de kilómetros de cuero dos horas atrás y subió los escalones de su casa, ligera como un pájaro. Todo ello antes de que hubiese tenido la oportunidad de empezar a reponerme.

Me quedé boquiabierto ante la negrura del hueco de la puerta al fondo de la galería —no había encendido ninguna luz al entrar— y escuché

atentamente como si esperase una señal. Pero no se produjo el menor ruido que no fuese ese indecible rumor de la noche que sentimos aun cuando no haya nada de viento y nos hallemos demasiado lejos de la costa para oír el murmullo y la agitación que siempre existe en la misma, incluso cuando el mar se halla completamente en calma.

Luego, al cabo de algunos minutos volví a poner en marcha el motor y salí como una bala de la propiedad de los Stanton con un rechinar de neumáticos que debió esparcir las piedras del sendero cual si fuese espuma. A lo largo del Row apreté el acelerador a fondo y dejé que todos los bastardos soñolientos

que habitaban aquellas casitas blancas sufriesen sus efectos. Hice que las explosiones del motor los hiciera enderezarse sobre sus lechos como si fuesen cañonazos. Seguí así durante unos diez kilómetros hasta llegar a los pinares donde no había nadie a quien alborotar, como no fuesen los búhos y algún atacado de malaria extraviado que estaría allá al fondo como regalo de Dios para los anofeles, en su casucha al borde de las marismas. De allí emprendí el regreso de la manera más lenta posible, deslizándome sencillamente en el turismo recostado sobre el respaldo del asiento, como un bote que se desliza sobre una suave corriente.

Tan pronto como me tendí en la cama recordé —mejor dicho, vi— el semblante de Anne, recostada, con los ojos cerrados y el rostro bañado por la luna, y vino a mi memoria aquella vez lejana que fuimos a nadar en la bahía, bajo la tormenta, y ella flotó sobre las aguas, vuelto el rostro hacia el cielo color verde púrpura y amenazante, cerrados los ojos, y las gaviotas revoloteaban bien por lo alto. Creo que no había pensado en ello desde que aconteció o que, si llegué a pensarlo, no significó nada; pero de repente, al recordarlo tendido allí experimenté el sentimiento de hallarme al borde del más tremendo descubrimiento. Vi que el

memento de esa noche no era sino la prolongación de aquel otro. Que ese momento de esa noche había existido en aquel otro durante todo el tiempo y que yo lo había sabido, lo había dejado a un lado o desechado, pero había resultado como una semilla que se arroja y nos encontramos al volver por el mismo camino que se ha convertido en una planta alta y florecida o como si hubiésemos arrojado al fuego un palito del color de la tierra, que era nada menos que un trozo de dinamita y ha ocasionado una terrible explosión.

Hubo una explosión terrible. Me enderecé en la cama como aquellos bastardos a quienes hice estremecer con

las explosiones del motor.

Pero esto era más grande aún. Permanecí en la cama entusiasmado. No se parecía a nada de lo que hasta entonces había experimentado. Mi aliento se contuvo y las venas se me hincharon como acontece cuando nos lanzamos a nuestra más profunda zambullida y creemos no salir más a flote. Experimenté como si estuviese al borde mismo de conocer la verdad absoluta acerca de todo. Un solo instante más y la sabría. Luego recobré el aliento. «Jesús —dije en voz alta—, Jesús». Extendí los brazos cuanto pude, como si pudiese abarcar toda la atmósfera vacía.

Luego pensé en la imagen de la cara sobre las aguas, bajo el cielo amenazador, púrpura verde, y la gaviota revoloteando bien en lo alto. Fue casi un *shock* semejante recuerdo, tener presente otra vez la imagen, porque lo que al parecer había provocado el encanto se había perdido y olvidado en el entusiasmo que hizo explosión en todo el Universo. De todos modos volví a contemplar la imagen y el encanto desapareció, suplantado por una gran ternura, una ternura infinita no exenta de tristeza, como si la ternura fuese la carne de mi propio cuerpo y la tristeza las venas y los nervios del mismo. Eso era absurdo, pero es lo que experimenté. Y

de manera positiva.

Luego pensé, de modo totalmente objetivo, como si estuviese observando los síntomas de alguien completamente extraño: «Estás enamorado».

Durante un momento me sentí alegre ante ese pensamiento. Estaba enamorado. Y no era en modo alguno de la manera como me lo había imaginado. Me hallaba sorprendido y algo intimidado por el hecho, como persona que inesperadamente sabe que ha heredado un millón de dólares, a su disposición en el Banco y sobre los cuales no tiene sino que girar, o que se entera de que la pequeña punzada que siente en un costado es un cáncer y que

lleva consigo por doquier esa cosa misteriosa, apocalíptica, que se ramifica, que es al mismo tiempo parte y no parte de su ser, sino su enemigo. Abandoné la cama con suma precaución, manejándome con cuidadoso temor, como si fuese un canasto de huevos, y me llegué hasta la ventana a contemplar la noche empapada de luna.

Y así el muchachote del colegio, que creyera que era todo un hombre que todo lo sabía y que esa noche había mirado a través del reducido espacio de cuero del asiento y creído que esos pensamientos viejos e impersonales eran casi una especie de deber en cuanto a la definición de lo que él mismo

consideraba ser, no había extendido la mano a través de tal reducido espacio y ahora, en virtud de ello, hallábase desnudo ante una ventana oscura y abierta, contemplando la noche bañada por la claridad de la luna y refulgente de estrellas, mientras allá a lo lejos, sobre los mirtos del seto, un sinsonte comentaba de manera histérica la belleza total y la justicia del Universo.

Y así fue como las noches se convirtieron también en Anne Stanton. Porque aquella noche, en el coche, Anne había hecho su jugarreta muy bien. Había sido una jugarreta en la que no intervinieron ni las manos ni las palabras, pero no fue necesario ninguna

de ambas cosas. Había reclinado su cabeza sobre el respaldo del asiento; había llevado un dedo a los labios para imponer silencio y había sonreído. Y había hundido su arpón con más fuerza que nunca. Y bien hasta lo vivo, a través de cuatro palmos de grasa de ballena, aunque no lo supe realmente hasta que la línea experimentó un tirón y el gancho tiró de la carne roja que era yo, dentro de toda la esperma que creí que era. Y podía continuar creyendo que era.

Muy bien, Anne Stanton se convirtió en las noches. Lo mismo que en los días, si bien en estos no era la total ausencia, sino más bien el aroma, el extracto, el aire, la atmósfera sin lo cual lo demás

no tendría el menor valor. Y Adam se hallaba a menudo con nosotros, lo mismo que otras gentes, con libros, emparedados y una manta en los pinares, en la costa, en la cancha de tenis, en la sombreada galería donde se oía un tocadiscos, en el bote o en cine. Pero algunas veces dejaba deslizar el libro sobre su frazada y recostaba la cabeza para mirar hacia arriba, al arco elevado y las ramas de los pinos entrelazadas, y yo comenzaba a observarla hasta que en seguida era como si Adam no se hallase allí. O en la galería ella reía y charlaba con los demás, mientras sonaba el tocadiscos y de repente la sorprendía pensativa y tranquila, apenas un instante,

con los ojos fijos más allá de la galería y del patio, y entonces, también por un instante, era como si Adam y los otros no estuviesen allí.

O nos llegábamos al hotel, donde existía un elevado trampolín para zambullirse, bastante elevado porque el hotel era elegante y se celebraban carreras de natación y exhibiciones de saltos de tanto en tanto. A Anne le dio por las zambullidas aquel verano. Subía bastante —cada día más— y permanecía parada a la luz del sol, al borde mismo del trampolín. Luego, al levantar los brazos, experimentaba como si algo fuera a rajarse dentro de mí. Y hacia abajo se lanzaba, en una zambullida

hermosa cual un cisne, con los brazos bien extendidos para hacer resaltar sus lindos senos, la espalda estrecha y arqueada y las piernas largas, juntas. Descendía volando en pleno sol y yo la contemplaba como si no hubiese nadie más allí, conteniendo el aliento hasta que estallase lo que hubiera de estallar dentro de mí. Después hendía el agua como un cuchillo y los talones juntos desaparecían por entre la cortina de agua y de espuma. Adam se enojaba algunas veces al verla subir tan arriba. «¡Oh, Adam! Todo saldrá bien… Y ¡es tan maravilloso!», alegaba ella. Y trepaba la escalera. Arriba y a sumergirse, a zambullirse. Y vuelta a

subir y a hacer lo mismo, una y otra vez. Solía preguntarme cómo sería su semblante en el momento de penetrar en el agua, cuál sería la expresión del mismo.

Pero algunas veces durante el día nos hallábamos completamente solos. En ocasiones nos deslizábamos juntos hacia el pinar y caminábamos cogidos de la mano sobre las alfombras formadas por las hojas de los pinos, que amortiguaban el rumor de nuestros pasos. Había una pequeña balsa flotante destinada a las zambullidas, a unos cien metros de la costa, cerca del embarcadero de Stanton. No era sino una simple tabla. Algunas veces íbamos nadando hasta

allí, mientras los demás se dedicaban a sus saltos en la orilla o cuando no había nadie, y nos tumbábamos de espaldas en la balsa, con los ojos cerrados y tocándonos simplemente con las puntas de los dedos, que nos hacían como cosquillas, como si estuviesen despojadas de la piel y con los nervios al descubierto, de modo que cada porción de mi cuerpo, por insignificante que fuera, se encontrase concentrada allí.

Por la noche también solíamos estar bastante solos. Siempre había sido costumbre de Adam y mía, con Anne a la zaga, y de repente fue de Anne y mía, con Adam a la rastra o, más

frecuentemente, allá en la casa leyendo a Gibbon o a Tácito, pues se hallaba por entonces muy entusiasmado con Roma. El cambio se había producido con más facilidad de lo esperado. El día siguiente a la noche del coche jugué al tenis con ellos durante la mañana, como de costumbre, y por la tarde los acompañé a nadar. Me encontré observando a Anne todo el tiempo, pero eso fue la única diferencia. No advertí ningún cambio en ella. Comencé a dudar de que hubiese sucedido algo, de que ni siquiera la hubiese llevado al cine la noche anterior. Pero aquella noche tuve que verla.

Acudí a su casa al atardecer. Estaba

en la galería, en la mecedora. Resultó que Adam se hallaba arriba escribiendo una carta que tenía que mandar. Bajaría en seguida, según ella. No me senté, aunque me invitó para que lo hiciese. Permanecí de pie junto al comienzo de la escalera, muy nervioso, justamente detrás de la puerta de tejido metálico, pensando qué diría. Mejor dicho, tratando de pensar algo que decir. Luego murmuré.

—Vayamos hasta el embarcadero, demos un paseo. —Y agregué como sin ganas—: Hasta que baje Adam.

Sin decir una palabra se levantó, vino hacia mí y me dio la mano —fue por su propia voluntad y la causa de que

hiciera resonar todos los timbres y los sistemas de alarma existentes en mi organismo— y descendió conmigo la escalera. Fuimos a lo largo del sendero y del camino hacia el embarcadero, en el que permanecimos un buen rato. Adam podría haber escrito una docena de cartas para entonces. Pero nada aconteció en el lugar, excepto que estuvimos sentados un buen rato en el extremo, con los pies colgando sobre el agua, juntas las manos y contemplando la bahía.

Al lado del camino de la bahía, precisamente frente a la casa de los Stanton, veíase un espeso matorral de mirtos. Cuando llegamos al mismo

tomados de la mano, de regreso a la casa, me detuve al amparo de su sombra, la atraje hacia mí, de manera torpe y repentina, según mi parecer, pues hube de hacer de tripas corazón para ello, pensándolo durante nuestra marcha a lo largo del embarcadero, y la besé. No formuló ninguna protesta, limitándose a dejar caer los brazos, sin devolver el beso, aceptándolo sumisa como chiquilla obediente que hace lo que se le ordena. Observé su semblante después del beso y reflejaba una expresión interna y pensativa, la que algunas veces contemplamos en un chico que trata de decidir si le gusta o no el alimento que prueba por primera vez. Y pensé: «Dios

mío, nunca ha sido besada, a pesar de tener ya diecisiete años, o de andar cerca de ellos». Y casi estallé en risa, pues la expresión de su semblante era muy graciosa y yo estaba contento. Y por eso volví a besarla. Aquella vez me devolvió el beso. De manera tímida, sí, pero me lo devolvió.

—Anne —dije, con el corazón henchido y la cabeza que me daba vueltas—, Anne, te quiero. Estoy loco por ti.

Ella me tenía asido de la chaqueta, una mano a cada lado de mi pecho, justamente debajo del hombro, colgada de la prenda y arrugándola, con la cabeza apenas a un lado e inclinada,

débilmente apretada contra mí, como si estuviese pidiendo perdón por haber hecho alguna travesura. No contestó a lo que le dije y cuando traté de levantarle la cabeza la apretó más contra mí y se aferró más a mi chaqueta. Por eso permanecí de pie acariciándole los cabellos y aspirando el aroma que despedían.

Luego, al cabo de un rato, que lo mismo pudo haber sido corto que largo, se separó de mí y retrocedió un paso.

—Adam está esperándonos —dijo —. Tenemos que regresar.

La seguí a lo largo del camino, y a través de la puerta del jardín de los Stanton. Al cabo de algunos pasos por el

sendero vaciló entre si debía ir delante de ella o no. Entonces me tomó de la mano y de ese modo continuamos hasta la galería, donde Adam estaría sentado en la penumbra.

Sí, así era, pues vislumbré la luz de un cigarrillo, su repentina intensificación mientras el fumador da una larga chupada, y luego su amortiguamiento.

Reteniéndome aún la mano, más fuerte ahora, como con repentina decisión, subió los escalones de la galería, abrió la puerta con la mano que le quedaba libre y entró, arrastrándome tras ella. Durante un momento permanecimos tomados de la mano.

Luego dijo:

—¡Hola, Adam!

Yo hice lo mismo.

—¡Hola! —contestó él.

Continuamos de pie allí, como a la espera de algo. Después soltó mi mano y anunció:

—Buenas noches a todos. Me voy arriba.

Y desapareció con paso rápido y silencioso, recorriendo con sus zapatos de suela de goma el piso de tablas de la galería para desaparecer por el vestíbulo.

Seguí allí de pie, hasta que Adam dijo:

—¿Por qué diablos no te sientas?

Me senté al otro lado del sofá. Él sacó un paquete de cigarrillos, tomé uno y revolví en mi bolsillo en busca de fósforos, sin encontrar ninguno. Adam se inclinó hacia mí, encendió uno y lo sostuvo para que yo prendiese el cigarrillo. Mientras la llama ardía frente a mí, en tanto prendía el cigarrillo, tuve la idea de que había puesto el fósforo allí con intención, para espiar mi semblante, en tanto el suyo estaba estirado, fuera del alcance de los rayos de luz. Sentí un violento impulso de echarme hacia atrás y pasarme la mano por los labios para ver si había en ellos algún vestigio de carmín.

Pero encendí el cigarrillo, aparté mi

rostro de la luz y le di las gracias.

—No hay de qué —contestó, y eso fue casi toda nuestra conversación aquella noche.

Podría formularme la pregunta que bullía en su imaginación. O yo contestarla sin que él me preguntase. Pero ninguno de los dos dijo lo que había que decir. Yo temía que preguntase, pues con mi manera de pensar que se fuera al infierno, que eso era cosa que no le interesaba, experimentaba cierta sensación de culpa. Como si lo hubiese despojado de algo. Pero al mismo tiempo permanecía sentado allí, preparado y deseando su pregunta, pues quería decir a todo el

mundo que Anne Stanton era maravillosa y que yo estaba enamorado. Era como si estar enamorado no fuese cosa completa sino después de haber proclamado ante todo el mundo: «Vean, estoy enamorado, que me aspen si no lo estoy». Por el momento parecía necesario para su plenitud pregonarlo, como más tarde sería forzoso el contacto húmedo y cálido de los cuerpos. De ahí que permaneciera sentado en la penumbra, embebido en el hecho de que estaba enamorado, deseando pregonarlo a los cuatro vientos para que fuese completo y no, por el momento, echando de menos a Anne, que fue escaleras arriba para retirarse a su habitación. Más tarde

llegué a la conclusión de que lo hizo porque, habiéndolo puesto en conocimiento de Adam, al estar de pie allí, teniéndome de la mano, deseaba dejarlo a solas con el hecho, permitir que se acostumbrase a la nueva estructura de nuestro reducido, de nuestro pequeño mundo.

Pero es posible, decidí mucho más tarde, años después, cuando no parecía que ello importase nada ya, que se hubiera ausentado porque deseaba estar a solas, sentarse junto a la ventana con la habitación a oscuras, contemplando la noche negra y misteriosa, o yacer en la cama, con la vista fija en el techo oscuro, acostumbrarse a su nuevo ser,

ver si era capaz de respirar el nuevo aire, sostenerse en el nuevo elemento o zambullirse y dejarse llevar por la nueva marea de sentimientos. Acaso subiera para permanecer sola, absorta consigo misma al modo de un chico que contempla cómo un capullo va abriéndose gradualmente en la oscuridad para dejar al descubierto la bella mariposa —otra vez la mariposa luna, con su matiz verde y delicado, y su plateado oscuro, arrugada pero extendiéndose poco a poco en la oscuridad—, definiéndose, aleteando lentamente para producir una brisa tan leve que la sentiríamos en el globo del ojo si nos aproximásemos tanto para

observarla. Por eso quizás estuviese allá arriba en su aposento, tratando de descubrir cuál era su nueva personalidad, pues cuando nos enamoramos cambiamos por completo. La persona amada nos ha elegido de esa gran masa de barro no creado que es la humanidad para formar algo, y el pobre montón informe que somos desea saber en qué ha sido convertido. Pero al mismo tiempo, nosotros, por el hecho de amar a alguien, nos convertimos en algo real, dejamos de ser parte del continuo barro inanimado y obtenemos el aliento de la vida y nos levantamos. De tal modo nos creamos al crear a otro, que, sin embargo, nos ha creado también al

entresacar de la masa el puñado de barro que somos. De tal manera somos ahora dos, el que hemos creado al amar y el que el amado crea al amarnos. Cuanto más se separen nuestros dos «yo», más el mundo rechinará y girará a regañadientes sobre su eje. Pero si amásemos y fuésemos amados a la perfección no habría ninguna diferencia entre nuestras dos personalidades. Coincidirían de manera perfecta, se produciría un foco perfecto, lo mismo que cuando un estereoscopio produce ambas imágenes sobre el cartón, de manera ajustada y precisa.

De todos modos, Anne Stanton, con sus diecisiete años, probablemente se

había retirado a su aposento de arriba porque estaba enamorada. Y eso de repente, de un muchacho alto, algo gangoso, ligeramente encorvado, de veintiún años, con una cara huesuda como la de un caballo, una nariz grande, casi ganchuda y torcida, el cabello oscuro y desgreñado, ojos oscuros (no hundidos y ardientes como los de Cass Mastern, sino frecuentemente vagos o velados, inyectados en sangre por la mañana y abrillantados solo mediante alguna excitación), manos grandes que se retorcían lentamente sobre su regazo, tirando una de la otra, y pies grandes y retorcidos e inclinados a hacer que su dueño caminase bamboleándose, un

joven no tan hermoso ni tan distinguido ni bueno ni generoso ni trabajador ni siquiera ambicioso, dado al exceso y a la confusión, colocado entre la melancolía y la súbita violencia, sin ton ni son, entre el frío fango y la cálida llama, entre la curiosidad y la apatía, entre la humildad y el orgullo, entre el ayer y el mañana. Lo que ella hubiese conseguido crear de ese montón de barro poco prometedor arrancado del depósito general, nadie lo sabría jamás.

Pero en cualquier caso, con su amor ella volvía a crearse otra vez y había subido para permanecer en la oscuridad de su aposento y tratar de saber cómo era su nuevo ser. En tanto Adam y yo

quedábamos abajo, sin cambiar una sola palabra. Pero esa fue la velada en que Adam quedó excluido para siempre.

Lo mismo aconteció con todos los demás, pues aun en esas veladas en que un grupo numeroso de jóvenes se reunía en la galería de la casa de los Stanton, o en la de mi madre, para escuchar discos y bailar con las chicas (ocasiones en que algunos de los muchachos —recién regresados del frente de Francia— se escurrían para echar un trago de la botella escondida en la horqueta de un roble), Anne y yo los considerábamos excluidos. Porque el organdí y la sirsaca eran materiales bastante delgados y la única persona del mundo con quien yo

bailaba siempre era con Anne Stanton y no era mucho más alto que Anne como para no poder aspirar todo el perfume de sus cabellos, en tanto nuestros miembros comprimidos por la música recorrían el contorno tejido por nuestra hipnosis, y nuestro aliento iba al unísono hasta que, al cabo de un tiempo, luego de haber advertido plenamente lo despierto de mi cuerpo, pasaba a experimentar una sensación de hallarme condenadamente casi sin él, de flotar tan leve como una pluma o como un gran globo cautivo, hueco y retenido por una sola amarra, a la espera de que soplase alguna brisa.

O bien subíamos al coche y

abandonábamos el Landing, abierto el escape, yendo a gran velocidad o al menos a toda la posible por aquellos caminos y con los motores de la época, más allá de las casas, entre los pinos y las marismas, ella con la cabeza recostada sobre mi hombro, los cabellos flotando al viento y las aletas de su nariz vibrando sobre mi mejilla. Se inclinaba y reía, exclamando:

—¡Oh, Jackie, Jackie! Es una noche maravillosa. ¡Sí, maravillosa! ¡Di que lo es!

Y lo repetía hasta que me veía obligado a obedecer como quien recita una lección que le hacen aprender. Otras veces tarareaba alguna de esas

canciones que oíamos en el tocadiscos —oh, Dios, he olvidado cómo se llamaba— y a lo mejor dejaba extinguirse el sonsonete y quedaba perfectamente tranquila, con los ojos cerrados, hasta que detenía el vehículo en algún lugar donde la brisa del golfo era suficiente para ahuyentar los mosquitos. (En las noches en que no soplaba brisa no nos deteníamos en absoluto). En ocasiones, una vez detenido el automóvil, no abría los ojos sino luego de haberme inclinado y besarla, y entonces los abría de repente y exclamaba:

—¡Buu! —y reía.

En seguida se volvía todo codos y

rodillas y risas y más risas y evasiones, como si fuese una anguila y con estrategia digna de un experto en *jiu-jitsu* cuando intentaba capturarla para darle un beso. Era notable entonces cómo el reducido asiento del coche proporcionaba tanto espacio para despliegues y maniobras como si fuesen las clásicas llanuras de Flandes y cómo una cintura capaz de descansar en nuestro abrazo tan flexible como un sauce, tan suave como la seda y tan encogida como un gatito, podía presentar tan de pronto aquellos codos punzantes como agujas y rodillas tan astutas. Mientras detrás de esos codos y rodillas los ojos refulgían a la luz de la

luna o de las estrellas, a través de los cabellos caídos sobre la cara y los labios entreabiertos emitían esos estallidos de leves risitas entre las palabras encantadas: «No, no te quiero, Jackie. Nadie quiere a Jackie». Hasta que, agotada, dejaba de reír y caía en mis brazos y recibía el beso y suspiraba y murmuraba. Luego decía: «Amo a Jackie-Boy, a pesar de su nariz ganchuda y fea», palabras que iban acompañadas de un papirotazo en la nariz. Y yo me acariciaba la monstruosidad cartilaginosa, torcida y ganchuda, simulando que me había dolido, pero orgulloso como Punch simplemente porque ella había puesto los dedos allí.

Jamás era posible adivinar si resultaría un beso prolongado o ese furioso torbellino de codos, rodillas y risitas. Y no era cosa que importase mucho, puesto que al final todo paraba en la misma cosa, cuando ella reclinaba la cabeza en mi hombro y contemplaba el firmamento. Entre besos no hablábamos una palabra o yo le recitaba poesía —pues en aquella época solía leerla y meditarla y me gustaba— o conversábamos acerca de lo que haríamos después de habernos casado. Nunca le había propuesto semejante cosa. Pero asumíamos que contraeríamos matrimonio y estaríamos siempre juntos en un mundo formado de

playas soleadas y pinares bañados por la luna, junto al mar, y excursiones a Europa (donde ninguno habíamos estado) y en una casa en el robledal, sobre los almohadones de un coche, y en algún lugar un puñado de chiquillos encantadores que permanecían como algo muy vago en mi imaginación, si bien muy vívidos en la de ella, y cuyos nombres, a falta de otros tópicos de conversación, decidíamos gravemente luego de largos debates. Todos ellos llevarían en el medio el nombre Stanton. Y uno de los muchachos se llamaría Joel Stanton, en recuerdo del gobernador. Por supuesto, el primogénito se llamaría Jack, lo mismo que yo. «Porque eres lo

más viejo que existe en el mundo, Jackie-Boy», decía Anne.

«El mayor se llamará Jackie, como tú, porque eres lo más viejo que existe en el mundo, más que el Océano y que el cielo, más antiguo que la tierra y los árboles y siempre te he querido y te he tirado de la nariz porque eres un viejito, Jackie, Jackie-Boy». Y me tiraba fuertemente de la nariz.

Solo una vez, hacia fines del verano, me preguntó qué pensaba hacer para ganarme el sustento. Reposaba tranquilamente en mi brazo cuando de pronto dijo:

—Jack, ¿a qué piensas dedicarte?

No sé qué diablos estaba hablando,

por lo que le contesté, sorprendido:

—¿A qué pienso dedicarme? A soplarte al oído. —Y lo hice.

—¿Qué piensas hacer? ¿Cómo vas a ganarte la vida? —inquirió de nuevo.

—Te soplaré al oído —repetí.

No sonrió esta vez.

—Hablo en serio —dijo.

No contesté durante un minuto y luego lo hice así:

—He estado pensando que podría estudiar Derecho.

Acababa de decidirlo. El asunto de mi porvenir era positivamente algo en lo que jamás me había detenido a pensar. No me interesaba. Pensaba que conseguiría ocupación, cualquiera que

fuere y recibiría mi paga y la gastaría y volvería a la tarea el lunes por la mañana y nada más. Ni chispa de ambición. Pero no podía permanecer allí sentado y decir a Anne: «Oh, simplemente conseguiré cualquier empleo». Tendría que dar la impresión de ser previsor, resuelto y competente.

Pero al diablo si fui capaz de producir semejante impresión.

Había visto bien claro a través de mí, como si se tratase de un trozo de cristal, y no quedaba nada por responder, excepto decirle que estaba muy equivocada, que en verdad iba a estudiar Derecho y que qué había visto de malo en eso, si no le era molesto

aclarármelo.

—Ahora mismo lo has pensado —repitió, obstinada.

—¡Caramba! No te dejaré morir de hambre. Tendrás de todo, como hasta ahora. Si no cuentas con una casa grande y muchos vestidos, bueno, entonces yo…

Pero no pude terminar la frase.

—Te consta muy bien, Jack Burden —interrumpió—, que no necesito nada de eso. Estás conduciéndote con mezquindad. Estás tratando de hacerme una injusticia. No necesito nada de eso y bien lo sabes. Sabes que te quiero y que viviré en una casucha y comeré fríjoles si tú tienes que vivir de esa manera en caso de que lo que quieras hacer no te

produzca dinero. Pero si no deseas hacer nada, aun cuando no hagas sino conseguir un empleo y tener dinero en abundancia…, bueno, ya sabes lo que quiero decir…, ya sabes cómo son algunas personas. —Se irguió todo lo posible en su asiento del coche y allí, a la claridad de las estrellas, sus ojos reflejaron todo el desprecio de sus diecisiete años. Luego fijó su mirada en mí de una manera intensa y dijo con cierta seriedad que hacía de ella una graciosa mezcla de mujer realmente crecida y chiquilla a la vez que representase una comedia, probablemente con los tacones altos y repiqueteadores de la madre y un boa de

plumas, un modo serio que la hacía a la vez más joven y más vieja de lo que en realidad era—: Ya sabes cuánto te quiero, Jack Burden, y que creo en ti y pienso que no serás como esas personas, Jack.

Reí, pues me resultaba gracioso, y traté de besarla, cosa que no me permitió. De repente se volvió todo codos y rodillas que accionaban como una máquina de segar que trabajase activamente y yo fuese el heno. No me fue posible apaciguarla, ni siquiera ponerle un dedo encima. Me hizo conducirla de nuevo a su casa y ni me dio el beso de despedida.

Eso fue cuanto oí sobre el particular,

salvo una frase. Al día siguiente, mientras nos hallábamos en la balsita flotante, dijo de repente, luego de un largo silencio durante el cual estuvimos tomando sol:

—¿Recuerdas lo de anoche?

Dije que sí.

—Bueno, hablé en serio, completamente en serio. —Retiró su mano de la mía, abandonó la balsa y se alejó nadando para que no pudiese contestarle.

No volví a oír nada más del asunto y no pensé tampoco más en él. Anne volvió a ser la misma de antes y me lancé de lleno a disfrutar del verano, a sumergirme en la marea de sentimientos

en que íbamos a la deriva, en una especie de suave felicidad, al modo de una corriente firme, grande y profunda que no sé apresuraba pero arrastraba un peso considerable de agua detrás de ella y sobre la que los días y las noches transcurrían como breve sucesión de luz y de sombras. Iban a la deriva, sí, pero no en ninguna dirección sucia y corruptora, como el viejo esquife anegado que va de un lado para otro en el estanque o la pastilla de jabón sobre el agua sucia de la bañera antes de que tiremos del tapón del desagüe. No, era una entrega hermosa, consciente, que constituía una participación de la inundación del verano y una apreciación

del mismo, sin ser un rendimiento en absoluto sino una afirmación, como la postración del místico ante Dios que no es tanto rendimiento ante Dios sino una creación de Él, porque si ama a Dios ha amado a Su ser. Bien, en mi propio rendimiento amé y dominé la gran corriente sobre la que iba a la deriva y sobre la que pasaban los días y las noches en leve sucesión, en la que no era necesario que levantase una mano para apresurarme, pues la corriente conocía su propio paso y su propio tiempo y me llevaría consigo.

Jamás traté de apresurar nada durante aquel verano. Ni en la mecedora del porche, ni en los pinares, ni en la

balsita aquella noche que fuimos a nadar, ni en el coche. Todo sucedió de manera natural, y poco a poco, gradualmente, del mismo modo que llega una estación o se desarrolla una planta o se despierta un gato. Y existía una especie de lujuria en eso de no dejar correr las cosas, en no apresurarse hacia las disputas y las miradas irónicas y las burlas de los muchachos cuando uno regresaba al dormitorio, una nueva sensualidad en espera de que la amplia corriente nos llevase adonde debía, destino que alcanzaríamos finalmente. Ella era joven —parecíame más joven entonces que cuando posteriormente rememoraba tiempos pasados, pues

aquel verano estoy seguro de haber parecido viejo y cansado—, tímida, sensible y apocada, si bien su timidez no era de esas que se traducen en grititos, en remilgos, en chanzas y en pellizcos, en «¡oh, eso no está bien y nunca he permitido que nadie lo hiciese!». Acaso timidez es un término inapropiado para expresar mi idea, después de todo. Sí, lo es si detrás de semejante palabra existe cualquier implicación, color, vergüenza, temor o deseo de ser «agradable». Porque en un sentido parecía apartada de su cuerpo, compacto, de piernas musculosas, de carnes suaves y hombros torneados, cual si se tratase de un complicado y astuto mecanismo en el

que ambos tuviésemos parte, que de pronto nos hubiese caído del cielo y que, en nuestra ignorancia, hubiésemos de estudiar con la mayor paciencia y la más reverente atención, no fuera que perdiésemos algún detalle insignificante y sin cuyo conocimiento todo lo demás sería desperdiciado. Y por ello fue un período de las más delicadas discriminaciones y sutiles investigaciones, con esa seriedad suya mezclada con una graciosa alegría («Oh, Jackie-Boy, es una noche maravillosa, ¿verdad? Tus ojos no son feos, pero la nariz es espantosa»), alegría en la que las palabras no significan mucho, aunque el tono de las mismas lo era todo, un

tono que parecía llegar del aire mismo, como si estuviese lleno de cordones invisibles y simplemente tirase de cualquiera en la oscuridad para recogerlo con dedo indolente y familiar. Y detrás de esas investigaciones graves existía una especie de afecto sereno, tan natural y tan simple como el aire que respiramos y que en ocasiones no parecía muy de acuerdo con nuestras actividades de labios ardientes y respiración contenida, al parecer cosa que siempre hubo poseído y no algo relacionado con el nuevo y misterioso ser que ahora nos fascinaba tanto. Se sentaba y tomaba mi cabeza entre sus manos y la apretaba contra su pecho y

cantaba, con palabras que eran un susurro, canciones que iba inventando mientras cantaba. (Pobre Jackie-Bird, es una peste, pero lo arrullaré para que duerma en suave y abrigado nido, con el canto más dulce que jamás haya oído, pobre Jackie-Bird, pobre Jackie-Bird). Al cabo de un rato las palabras se extinguían hasta que no quedaba sino el débil sonido del tararear y un susurro de tanto en tanto. (Pobre Jackie-Boy, nunca dejaré que nada lo lastime). Pasado algún tiempo me volvía hacia ella y la besaba en su cuerpo a través de las delgadas ropas de verano y le echaba el aliento sobre él.

Nos quisimos mucho aquel verano y

estoy seguro de que hubo ocasiones en que habríamos podido ir mucho más adelante. Hasta el límite. Porque ese mecanismo compacto, fino, esbelto, de carnes suaves y hombros redondos que fascinaba tanto a Anne como a mí, que nos había caído del cielo, era un aparato muy sensible y puesto bien a punto. Aunque es posible que yo sea injusto en tal sospecha y acaso no debiera de haber apresurado la firme deliberación de la corriente en que habíamos sido tomados y estábamos suspendidos, o haber activado la asimilación por parte de Anne de cada insignificante variación que habría de ser lentamente absorbida en el cuerpo de nuestra experiencia

antes de ser permitida cualquier otra. Era como si ella hubiese advertido un ritmo, un son, una compulsión fuera de sí misma y la siguiese devotamente en su sutil y sinuosa progresión. Pero equivocado o no, no puse a prueba mi sospecha, pues si yo mismo no estaba al tanto realmente de ese ritmo y esa compulsión que la alegraban, estábalo de su devoción hacia ello y todos los momentos a su lado me parecían suficientemente plenos. Cosa paradójica, cuando me hallaba alejado de ella, cuando no tenía su cuerpo junto al mío, de regreso a mi habitación por la noche o durante las primeras y calurosas horas de la tarde, era cuando me

mostraba salvajemente impaciente ante las demoras y las discriminaciones. Y eso era especialmente cierto en aquellas ocasiones en que no la veía durante una jornada, oportunidades que parecieran señalar, según vine a comprender, alguna etapa, algún mojón que hubiésemos pasado. Simplemente se apartaba de mí y me abandonaba, como aquella noche en que la besé por vez primera, al principio confusa y sintiéndose culpable, pero después, según colegí del estudio de las circunstancias, simplemente llena de impaciencia, esperando el día siguiente, cuando haría su aparición en la cancha de tenis, manejando la raqueta, el

semblante tan fresco, tan joven, y lozano y aparentemente desinteresada, si bien con tal camaradería, que no me era posible compararlo con el que yo recordaba con los párpados entornados y los labios húmedos, relucientes a la claridad de la luna o las estrellas, y entreabiertos para respirar agitadamente o para suspirar suavemente.

Pero en una oportunidad, hacia fines del verano, no la vi durante dos días. La noche anterior, que no había viento, pero sí luna llena y una atmósfera que apenas refrescó con la llegada de la oscuridad, Anne y yo estuvimos zambulléndonos desde el trampolín del hotel hasta tan tarde que ya no quedaba nadie en el

agua. Permanecimos un buen rato sobre el flotador grande, sin hablar ni tocarnos las manos ni hacer nada, simplemente boca arriba y contemplando el cielo. Al cabo de un tiempo se levantó y comenzó el ascenso del trampolín. Me volví de costado para observarla. Subida en la tabla situada a veinte palmos de altura hizo una hermosa zambullida de cisne. Luego subió a la tabla siguiente. Ignoro cuántas veces se lanzó al agua, pero fueron muchas. La contemplaba soñoliento, viendo cómo ascendía muy lentamente, peldaño tras peldaño, con su traje de baño oscuro que, mojado, parecía como de laca o de metal a la luz de la luna. Veía cómo se colocaba al

borde, levantaba los brazos hasta tocarse en lo alto, se ponía de puntillas, abandonaba la tabla y parecía como si colgase allí durante un instante, una figura sombríamente reluciente, tan esbelta y tan arriba, justamente un segundo antes de que el descenso de cabeza y el golpe limpiamente ejecutado hendiesen el agua como si hubiese penetrado a través de uno de esos grandes aros del circo, cubierto de seda negra salpicada de plata.

Sucedió mientras se lanzaba del punto más alto que en su vida hubiera hecho, quizás el más elevado del que hubiera de lanzarse después durante su existencia. La vi ascender lentamente,

dejar atrás la tabla que había venido utilizando y continuar la ascensión. La llamé y ni siquiera me miró, aunque estaba seguro de que me había oído. Y también de que seguiría hasta donde era su propósito, sin importarle lo que dijese, una vez que había comenzado su camino. No volví a llamarla.

Se zambulló. Supe que había sido perfecto hasta el último detalle desde el instante en que abandonó la tabla, pero me puse de pie de un salto y permanecí al borde del flotador, con el aliento contenido y la vista fija en su trayectoria. En el preciso instante en que ella penetraba en el agua, lo mismo que un silbido, me zambullí a mi vez,

nadando fuertemente hacia el fondo. Vi el montón de plata y el reguero de burbujas y el relucir de sus brazos y sus piernas en las oscuras aguas cuando se volvió. Había caído a bastante profundidad. No es que se hubiera ido al fondo, pues podría ascender en seguida si lo deseaba. Pero en esa oportunidad —lo mismo que en otras— fue bien abajo, como para proseguir el vuelo todo lo posible a través del medio más denso. Me hundí bastante y llegué junto a ella cuando comenzaba a subir. La tomé por la cintura, la atraje hacia mí y nos besamos. Dejó caer los brazos a un costado, flojos, sin tratar de efectuar ningún movimiento, mientras yo sostenía

su cuerpo apretado contra el mío y le oprimía la cara hacia atrás y nuestras piernas permanecían juntas en tanto ascendíamos a través de las aguas oscuras y del reguero de burbujas plateadas. Subimos lentamente, o al menos así lo parecía, y contuve tanto el aliento que experimenté un dolor en el pecho y como un mareo en la cabeza, si bien ambas cosas convirtiéronse en un enajenamiento como el que experimentara en mi habitación la noche en que por vez primera la había llevado al cine y nos habíamos detenido durante el regreso. Ascendíamos con tal lentitud que creí que jamás alcanzaríamos la superficie.

Al fin llegamos arriba, con la luz de la luna frágil y quebradiza sobre la superficie a nuestro alrededor. Permanecimos un instante inmóviles, sin respirar aún; y luego la solté y nos separamos para nadar de espaldas, aspirar grandes bocanadas de aire y contemplar el cielo tachonado de estrellas, tan alto, que daba vueltas.

Poco después observé que se alejaba nadando. Creí que iba a dar algunas brazadas en dirección hacia el flotador, pero cuando me volví y nadé en dirección a este, Anne ya se hallaba en la playa. Vi que cogía su albornoz, se lo ponía y se agachaba para calzarse las sandalias. La llamé. Me contestó

agitando la mano, y luego, después de haber sacudido sus cabellos, ya libres de la gorra, emprendió una carrera hacia su casa. Nadé, pero cuando llegué a la orilla Anne se hallaba cerca de la casa. Sabía la imposibilidad de alcanzarla, por lo que continué tranquilamente a lo largo de la playa.

Después no la vi durante dos días. Luego hizo su aparición en la cancha de tenis, manejando la raqueta, fresca y lozana, compañera como siempre, dispuesta a darme un soberana paliza después que Adam no me hubiese dejado mucho mejor.

Ya estábamos en setiembre. Anne partiría hacia el Este, otra vez al colegio

de *Miss* Pound, al cabo de pocos días. Su padre iba a llevarla algunos días antes y se detendrían en Washington y en Nueva York, antes de enviarla a Boston, donde la señorita Pound se encargaría de ella. Anne no se mostró especialmente excitada con motivo del viaje ni ante la perspectiva de su regreso a manos de la señorita Pound. Me dijo que le gustaba bastante la escuela, pero no me sentí abrumado por relatos de piscolabis a medianoche ni por libros de memorias ni de aquella encantadora profesora de francés, y su vocabulario no estaba estropeado con vestigios ofensivos de la jerigonza escolar. En agosto había hecho mención

de los proyectos, de la fecha de partida, pero sin alegría ni desagrado, como si se tratara de algo que no nos concerniese, del modo como un joven habla de la muerte. Cuando lo mencionó por primera vez experimenté como un vuelco en el corazón, si bien luego me las arreglé para echar el pensamiento a un lado, pues aunque el almanaque rezaba que estábamos en agosto no pude llegar a creer que el verano, y el mundo, tocarían a su fin. Pero aquella mañana en que Anne reapareció en la cancha de tenis mi primer pensamiento fue que pronto se ausentaría. En realidad, me invadió esa idea. Llegué hasta ella y sin decirle ni siquiera ¡hola! la tomé de la

mano, experimentando una especie de desesperación muda y de urgencia.

Me miró con expresión de suave sorpresa.

—¿Me quieres? —pregunté, irritado.

Estalló su risa y fijó en mí sus ojos, en cuyos extremos se formaron arrugas inocentes y burlonas.

—Naturalmente —dijo, riendo, mientras blandía la raqueta con la mano libre—. Claro que te quiero, Jackie-Boy. ¿Quién te ha dicho que no te quiero, Jackie-Bird?

—No seas tonta —contesté, pues de repente ese lenguaje nocturno de nuestras entrevistas en el porche y el coche me pareció, ahora, a la luz del sol

y en mi desesperación, completamente tonto y aborrecible—. No seas tonta —repetí— y no vuelvas a llamarme Jackie-Bird.

—Pero si eres Jackie-Bird —contestó seriamente, sin que hubiesen desaparecido las arrugas de los extremos de sus ojos.

—¿No me quieres? —insistí, haciendo caso omiso de sus palabras.

—Quiero a Jackie-Bird, al pobrecito Jackie-Bird.

—Déjate de tonterías; ¿no me quieres?

Me observó un instante y sus arrugas desaparecieron por completo.

—Sí, te quiero —contestó. Retiró su

mano de la mía y atravesó la cancha con una especie de decisión en su paso como si hubiese resuelto dirigirse a alguna parte que se hallase lejos y fuese mejor comenzar a andar. No hizo sino atravesar la cancha y sentarse a la sombra de las mimosas, pero la vi como si la extensión fuese tan grande como el Sahara y ella fuese disminuyendo con la distancia.

Después vino Adam y jugamos al tenis.

Regresó aquella mañana, pero no fue como había sido hasta entonces. Sí, había vuelto, pero no era la misma. Pasaba conmigo tanto tiempo como antes, pero parecía envuelta en sus

propios pensamientos y cuando la acariciaba era como si se sometiese a un sentido del deber, o, en el mejor de los casos, lo hiciera a causa de una generosidad que no era del todo despectiva. Así fue durante la última semana, en tanto los días continuaron calurosos y sin viento y las nubes se amontonaban a última hora de la tarde, como anunciando un chubasco, que no descargaba, y las noches se volvían pesadas como uva grande y negra y rociada de plata, a punto de reventar.

Dos noches antes de la fecha proyectada para su partida fuimos al Landing para ver una película. A la salida estaba lloviendo. Nuestro

proyecto había sido ir a nadar después del cine, pero no lo hicimos. Habíamos nadado mucho con lluvia aquel verano y el anterior, cuando Adam fue con nosotros. Aquella noche también habríamos ido, sin duda, si la lluvia hubiese sido distinta, si se hubiera tratado de una lluvia ligera que descendiese de un cielo alto, lluvia que apenas susurra suavemente sobre la superficie del agua en que nadamos. O si hubiese sido uno de esos aguaceros violentos, fríos, punzantes como agujas, que nos hacen desear correr por la playa y proferir alaridos antes de buscar refugio en el mar. O aunque hubiese sido un torrente de los que sufrimos en el

golfo y que no se traduce en nada, lo mismo que sucede cuando se rompe el fondo de una gran bolsa de papel llena de agua. Pero la lluvia no era así. Era como si el cielo hubiese descendido todo lo posible y hubiera un agrietamiento universal del firmamento a través de la atmósfera, oscura, pegajosa y desalentadora.

De manera que levantamos la capota del coche, operación durante la cual nos empapamos y emprendimos el regreso hacia la casa. Las luces brillaban en casa de mi madre y en la galería, por lo que decidimos entrar a tomar un poco de café y unos bocadillos. Era temprano aún, alrededor de las nueve y media.

Recuerdo que mi madre había ido al Row para jugar al *bridge* con los Patton y alguno que los visitaba y experimentaba gran simpatía por ella. Penetramos por el sendero y nos detuvimos haciendo crujir las piedras y salpicando la lluvia. Subimos por el tramo derecho de las escaleras gemelas que llevaban a la galería y una vez seguros bajo el techo de la misma comenzamos a patear y a sacudirnos el agua como si fuésemos perros. El correr, el patear y la humedad hicieron que los cabellos de Anne quedasen sueltos. Le colgaban por la espalda, con algunos mechones húmedos y extraviados sobre la frente y uno sobre la mejilla, que le

hacía parecer una chiquilla que saliera del baño. Rio y echó la cabeza hacia un costado, como hacen las chiquillas para sacudirse el cabello y dejarlo suelto. Luego pasó los dedos abiertos por la cabellera, a modo de peine grande, para recoger las horquillas extraviadas, un par de las cuales cayeron al suelo de la galería.

—Estoy hecha un adefesio, debo parecer un espantajo —dijo, y prosiguió, inclinando la cabeza hacia un costado, riendo y mirándome de soslayo con los ojos muy brillantes. En ese momento había vuelto a ser otra vez Anne, más de lo que lo fuera en los tiempos pasados.

Dije que sí, que era un espantajo y penetramos en la casa.

Apagué las luces del vestíbulo principal, pero dejé encendidas las de la galería. Luego abrí la marcha en dirección a la cocina, pasando por el comedor y la despensa, a la derecha del vestíbulo. Me puse a preparar el café y saqué comida de la nevera (era mucho antes de la época de los refrigeradores eléctricos y de que mi madre tuviera alguno de ellos, grandes como cabañas y rodeados a medianoche por damas de hombros desnudos y caballeros bebedores vestidos con smoking, tal como en los anuncios). Mientras me dedicaba a las tareas culinarias Anne

estaba haciendo trenzas con sus cabellos. Al parecer, pensaba formar una a cada lado, pues una de ellas ya estaba bien adelantada cuando coloqué los alimentos en la mesa de la cocina.

—¿Por qué no te preparas los emparedados y dejas de acicalarte? —le pregunté.

—Muy bien. Pero tú tendrás que arreglarme los cabellos —dijo.

Y así, mientras preparaba los emparedados, sentada a la mesa, terminé la primera trenza.

—Tendría que haber una cinta o algo para atarla —dije, mientras sostenía el extremo entre los dedos para evitar que se deshiciese. Mis ojos descubrieron

entonces un trapo de cocina. Me llegué hasta él y le arranqué dos tiras, valiéndome de un cortaplumas. El trapo era blanco con los bordes colorados. Volví, rehíce la punta de la trenza y la até con la tira del trapo, haciendo con ella un moño—. Ahora pareces una chiquilla —dije. Sonrió y siguió untando la manteca.

Vi que el café estaba a punto y apagué el gas. Luego comencé mi labor con la segunda trenza. Inclinado, recorrí sus sedosos cabellos, con los dedos, que eran gruesos y ásperos como papel de lija, y los separé en tres ramales; luego, mientras los iba plegando cada uno en su lugar, uno tras otro, aspiré el olor a heno

fresco de la cabellera, que estaba húmeda, y mientras me hallaba así ocupado sonó el teléfono.

—Toma esto —le dije— o se desenredará. —Le arrojé el extremo de la trenza y salí al vestíbulo.

Era mi madre. Ella, los Patton, el visitante tan afecto a ella y quién sabe cuántos más iban a amontonarse en el automóvil para dirigirse hasta La Grande, establecimiento a casi ochenta kilómetros en el condado vecino, en el camino de la ciudad, que contaba con algunas mesas para jugar a dados y con un par de ruletas y donde la mejor gente se rozaba con la peor e inhalaba una nube general de humo de tabaco que

destrozaba la garganta, y de vapores de alcohol de contrabando. Dijo que no sabía cuándo iba a regresar y que dejase la puerta abierta, pues había olvidado la llave. No era necesario tal advertencia, pues de todos modos nadie cerraba la puerta en el Landing. También indicó que no me preocupase, pues se sentía contenta; rio y colgó el aparato. Bueno, tampoco tendría que haberme dicho que no me preocupase. No en cuanto a su alegría. Era feliz de todas maneras. Tenía todo lo que deseaba.

Colgado el receptor miré hacia arriba. A la luz que penetraba en el vestíbulo por la puerta que daba al corredor del fondo, vi a Anne de pie, a

pocos pasos de mí, atando el moño al extremo de la segunda trenza larga.

—Era mi madre —dije—. Ella y los Patton se van a «La Grande». No regresarán hasta tarde.

Al decir esto me percaté de repente de lo vacío de la casa, de las habitaciones oscuras que nos rodeaban, del beso de las tinieblas amontonadas sobre nosotros, que invadían las habitaciones y el ático, que se derramaban de una manera espesa pero no pesada por la escalera, así como de la oscuridad exterior. Al contemplar el semblante de Anne advertí que no había el menor rumor en la casa. Fuera oíase el gotear de las hojas, cada vez menor.

Entonces mi corazón latió con violencia y sentí que una nueva sangre recorría mis venas, como si alguien hubiese abierto una compuerta.

Miraba fijamente la cara de Anne y, al hacerlo, advertí que ella sabía que aquel era el momento hacia el que la gran corriente del verano había ido dirigiéndose sin cesar, constantemente. Me volví y atravesé despacio el vestíbulo hacia el pie de la escalera. Al principio no pude decir si me seguía o no. Luego supe que sí. Ascendí la escalera y advertí que iba tres o cuatro escalones detrás de mí.

En lo alto de la escalera, en el vestíbulo superior, ni siquiera me detuve

para observar a mi alrededor. Lo atravesé, oscuro como estaba, camino de mi habitación. Mi mano tocó el picaporte de la puerta, que abrí de un empujón. Entré. Había una reducida claridad en el interior, pues al parecer la noche había aclarado por el momento y el resplandor de la luz de la galería era reflejado por las hojas húmedas. Permanecí a un lado, sin apartar la mano del picaporte mientras ella penetraba en el aposento. Ni siquiera me miró al entrar. Dio unos tres pasos y se detuvo. Cerrada la puerta fui hacia la figura estrecha y vestida de blanco, que no se movió. Quedé detrás mientras atraía sus hombros hacia mí, plegaba mis brazos

sobre su busto y aplicaba mis labios resecos sobre sus cabellos. Entretanto sus brazos colgaban flojos a los costados. Así estuvimos unos dos minutos, como esos amantes que aparecen en los anuncios, contemplando la puesta del sol en las cataratas del Niágara. Pero no contemplábamos nada. Nos hallábamos en el centro de un aposento desnudo (cama de hierro, cómoda vieja, mesa de pino, libros y baúles y cosas de uso masculino, pues no permití que mi madre convirtiese la habitación en museo), mirando fijamente a través de la ventana las oscuras copas de los árboles, que en seguida comenzaron a ser agitados por la

creciente lluvia.

Luego Anne levantó los brazos y los dobló de modo que cada una de sus manos se hallaba sobre una de las mías y dijo:

—Jackie, Jackie-Bird, he subido hasta aquí… —su voz era apenas un murmullo.

Sí, había subido detrás de mí.

Comencé a desabrochar los botones y los corchetes de la espalda del vestido. Permaneció completamente inmóvil, como una chica buena y obediente, con una trenza colgando de cada hombro. El hecho de que la tela liviana estuviese mojada y pegajosa no facilitaba la tarea. Continué a tientas con

los malditos botones y corchetes. Luego llegué al cinturón. Recuerdo que estaba atado con un nudo, del lado izquierdo. Una vez suelto, cayó al suelo y proseguí mi tarea con el vestido. Mostrábase paciente, de pie, y con los brazos caídos a los costados, como si yo fuese un modista y estuviese haciéndole alguna prueba, muda, salvo cuando, en mi torpeza y en mi confusión, traté de sacarle el vestido de un tirón por encima de las caderas.

—No —dijo entonces, con la misma voz apagada de antes—, no, así.

—Y levantó los brazos desnudos por encima de la cabeza.

Aun en este momento observé que no

dejó caer los dedos sueltos, como es natural, sino que los mantuvo juntos en cada mano, casi rectos, como si estuviese levantando los brazos para efectuar una zambullida y se detuviera justamente antes de completar la posición preliminar. Le saqué el vestido por la cabeza y estuve torpe allí de pie, con la prenda en la mano, antes de que se me ocurriese tenderlo doblado sobre una silla.

Ella seguía con los brazos en alto. Yo lo tomé como señal de que la enagua saldría del mismo modo que el vestido y así la saqué, la deposité sobre la silla con la misma torpeza y meticulosidad de antes, como si pudiera romperse. La

muchacha dejó caer los brazos a los costados y permaneció con igual pasividad mientras daba fin a mi tarea. Mientras desabrochaba el sostén y lo levantaba hacia delante de modo que cayese a lo largo de los brazos inmóviles, soltaba los pantalones, tiraba de ellos y los sacaba por los pies, arrodillado en el suelo delante de ella, tuve bastante cuidado para que mis dedos ni siquiera rozaran su piel. Mi respiración era agitada y la opresión de mi garganta y de mi pecho formaba como un nudo, en tanto mi imaginación volaba hacia cosas singulares: un libro que dejé sin terminar, preguntarme si regresaría al dormitorio aquel invierno

o si tomaría una habitación afuera, una fórmula algebraica que vino a mi memoria y se hizo presente un buen rato, o una escena, un rincón de un campo con una valla rota, que traté de localizar en mi pasado de manera desesperada. Mi imaginación efectuaba simplemente uno de esos saltos alocados o algunas de las inmersiones centrífugas como un animal con una pata en la trampa o una chinche sobre un cordón.

Mientras me hallaba agachado junto a ella, precisamente cuando había dejado caer la prenda de batista a sus plantas, sacó un pie de su zapato —ya se sabe cómo lo hacen las chicas: apretándose un poco los talones de

manera que salgan los pies— y luego el otro. Me enderecé junto a ella y me sacudió una especie de sorpresa al ver lo pequeña que era desprovista de los tacones. Ya la había contemplado de esa manera una y mil veces, en traje de baño, descalza sobre la arena o sobre el trampolín. Pero ahora me llamó la atención.

Allá estaba mientras yo me ponía de pie, con los brazos caídos y lacios, como antes. Luego los dobló sobre el pecho, encogió un poco los hombros y se estremeció ligeramente. Al llevar los hombros hacia delante, los omóplatos parecieron de repente frágiles y afilados, con las trenzas colgando una a

cada lado.

Me percaté de que en ese instante llovía, con fuerza y soplaba el viento.

Su cabeza se hallaba ligeramente inclinada hacia delante y al parecer vio o recordó que aún llevaba puestas las medias. Volviéndose un poco se dobló hacia delante y, sosteniéndose primero sobre un pie y luego sobre otro, se las quitó y las dejó caer donde estaban el cinturón y el montón de ropas tan livianas. Después quedó de pie como antes, encorvada un poco hacia delante, quizá temblorosa, con las rodillas algo dobladas y juntas.

Mientras me las entendía a ciegas con los botones de mi camisa, uno de los

cuales arranqué, pues al parecer no pude pasarlo a través del ojal (durante una calma momentánea del viento y de la lluvia produjo un pequeño ruido al caer al suelo desprovisto de alfombra), y mientras mi imaginación efectuaba una de sus locas inmersiones y saltos absurdos, ella fue a sentarse sobre el bordé de la cama de hierro, coma tanteando, juntos los pies y las rodillas, los brazos todavía plegados y los hombros ligeramente encorvados, como antes. Me miraba con una interrogación o una súplica en los ojos. No pude leerlos claramente en la penumbra.

Luego, apoyando una mano sobre la cama para sostenerse, inclinose un poco

hacia un costado, levantó los pies del suelo, todavía juntos, y, con un movimiento suave se tendió de espaldas sobre la colcha blanca; se estiró y cerró los ojos, después de haber vuelto a cruzar las manos sobre el pecho.

En el mismo instante en que cerraba los ojos y yo la contemplaba fijamente, mi imaginación ejecutó uno de esos saltos dislocados y la vi flotando sobre las aguas, aquel día, tres años atrás, con los ojos cerrados, el cielo tormentoso y las blancas gaviotas revoloteando a bastante altura; y aquella cara y esta cara, aquella escena y esta escena; parecieron fundirse, como fotografías superpuestas, conservando su identidad

cada una. Y en aquel instante, cuando la opresión de la garganta me hacía formar un nudo en la misma y cuando todo mi ser estaba túmido, la contemplé tendida en la cama. Luego miré de repente el aposento grande, desnudo y envuelto en tinieblas; oí el viento y la lluvia y supe que todo estaba mal, completamente mal; cómo, no lo sé ni traté de saberlo. Supe que esto era aquello hacia lo que el verano había ido dirigiéndose.

Y que no iba a hacer semejante cosa.

—Anne… —dije con voz ronca—. Anne…

No contestó, pero abrió los ojos y me miró.

—No debemos… —comencé—, no

debemos…, eso no sería… correcto…

Y así vine a emplear el término *correcto*, que salió como una persona a mis labios, pues jamás había pensado en nada que hubiese hecho con Anne Stanton o con cualquier otra muchacha como si fuera bueno o malo, sino simplemente como algo que había sucedido y nunca llegué a pensar demasiado en lo correcto o lo incorrecto en relación con nada, sino que hice lo que los demás hacían. Que es lo que la gente hace y no hace. Y ahora recuerdo mi sorpresa al escuchar esa palabra en el aire, cual eco de otra pronunciada por alguien más. Dios sabe cuántos años antes y ya congelada como una palabra

de los cuentos del barón Münchausen. Ahora no me habría propasado con ella, considerándola como si hubiese sido mi hermanita.

No contestó nada, pero siguió mirándome, con expresión que me fue imposible adivinar; y al mirarla me sentí dominado por una gran y cálida piedad, como si invadiese mi pecho, y exclamé:

—Anne…, oh, Anne… —mientras me sentía inclinado a caer de rodillas ante el lecho y tomarle la mano.

Si lo hubiese hecho, las cosas podrían haberse desarrollado de modo diferente y más en consonancia con lo que sucede normalmente, pues es probable que cuando un joven medio

vestido y sano se encuentra arrodillado junto al lecho de una muchacha enteramente desvestida y hermosa y le toma la mano, las cosas siguen su curso normal más pronto o más tarde.

Y si la hubiese tocado, aunque solo fuese una vez durante el proceso de despojarla de sus ropas, y ella me hubiese hablado para decirme cualquier cosa, para llamarme Jackie-Boy o decirme que me amaba o se hubiese reído o mostrado alegre o me hubiese contestado o dicho cualquier cosa mientras la contemplaba tendida en la cama y pronunciaba por primera vez su nombre, si algo de eso hubiera acontecido, las cosas podrían haber sido

diferentes entonces y en lo sucesivo. Pero nada de eso aconteció y yo no seguiría el salvaje impulso de arrojarme de rodillas junto al lecho y causar el primero y leve contacto entre nuestras carnes, que habría sido suficiente, sin duda. Porque precisamente cuando yo prorrumpí en un:

—Anne…, oh, Anne… —se oyó el ruido de los neumáticos en el jardín y el rechinar de los frenos.

—¡Han vuelto, han vuelto! —exclamé, y Anne se sentó de pronto en la cama y se quedó mirándome.

—¡Toma tus cosas! —dije—; tómalas y métete en el baño. ¡Podrías haber estado en el cuarto de baño! —

Traté de meterme el faldón de la camisa en su lugar y de abrocharme el cinturón todo al mismo tiempo mientras iba hacia la puerta—. ¡Estaré en la cocina preparando algo para comer!

Luego salí apresuradamente de la habitación, atravesé corriendo el vestíbulo tratando de hacerlo de puntillas, y descendí por la escalera del fondo hasta el corredor trasero y de allí a la cocina, donde apliqué un fósforo al gas, después de haber colocado la cafetera con mano temblorosa, en el preciso instante en que entraban los demás en el vestíbulo. Me senté a la mesa y comencé a preparar bocadillos, esperando que mi corazón cesara de

latir de manera tan violenta antes de verme frente a mi madre, a los Patton y a cuantos bastardos estuviesen con ellos.

Cuando mi madre penetró en la cocina seguida de su grupo, ya estaba yo con una hermosa pila de sabrosos emparedados. No habían ido a «La Grange» a consecuencia del temporal y comenzaron a gastarme bromas acerca de mi clarividencia al tener emparedados y el café preparado para ellos, con quienes me mostré gracioso y encantador. Luego bajó Anne (después de haber llenado dos veces el baño con el fin de hacer notar su paradero) y le gastaron bromas acerca de sus trenzas y de las cintitas infantiles de sus cabellos,

sin que ella dijese nada, aunque sonrió tímidamente del modo que corresponde a una chiquilla bien educada cuando los mayores le hacen alguna observación amistosa, después de lo cual tomó asiento tranquilamente e ingirió un emparedado sin que su semblante me dejase traslucir lo más mínimo.

Bien, así fue como tocó a su fin aquel verano. En verdad me quedaba el resto de la noche, tendido en la cama de hierro escuchando cómo las hojas goteaban y maldiciéndome por idiota y tratando de imaginarme lo que Anne habría pensado e intentando trazar algún plan para poderla ver a solas al otro día, el último ya.

Poco después pensaba en lo mal que me habría ido en caso de seguir adelante, con la llegada de mi madre y sus amigas (como había sucedido) y Anne y yo atrapados en mi cuarto. Y como semejante pensamiento tuviese la virtud de inundarme de un sudor frío, de repente tuve una idea inteligente: había obrado recta y cuerdamente y en consecuencia nos habíamos salvado. Y mi fortuna se convirtió en inteligencia (tal como la suerte de la condenada raza humana se convierte en la suya y figura en los libros y se enseña en las escuelas), y posteriormente tal inteligencia llegó a convertirse en nobleza, porque mucho tiempo después

se me antojó que había obrado con nobleza. No es que utilizase ese vocablo para mí mismo, pero anduve por sus orillas. Con frecuencia, sobre todo en horas avanzadas de la noche o luego de algunas copas, pensaba mejor de mi persona al recordar mi conducta en aquella oportunidad.

Y mientras mi película iba desplegándose a medida que avanzaba hacia el Oeste, no pude menos que reflexionar que si no hubiera sido tan noble —en caso de tratarse de nobleza — todo habría resultado diferente. Porque seguro que si Anne y yo hubiéramos sido atrapados en mi habitación por mi madre, esta y el

gobernador Stanton habrían liquidado la situación mediante matrimonio, aunque fuese de manera sombría y a regañadientes. Y cualquier cosa que se hubiese producido después, sin duda no sería lo que me hiciera partir hacia el Oeste. De manera, observé, que mi nobleza, o como se la quiera llamar, había tenido en mi mundo consecuencias casi tan terribles como el pecado de Cass Mastern en el suyo. Lo cual puede decirnos algo respecto de dos mundos.

Como he dicho, quedaba el resto de la noche después que Anne Stanton se hubo retirado a su casa. Y también el día siguiente. Ella, empero, estuvo muy atareada preparando sus efectos y

haciendo diligencias en el Landing durante el día. Anduve por las cercanías de la casa y traté de caminar con ella, pero no pudimos sino cruzar palabras, excepto cuando la conduje en el automóvil a la ciudad e hice lo posible para convencerla de que se casara conmigo inmediatamente, que sacara una maleta de su casa y nos fuésemos. Era menor y sin duda habría que vencer obstáculos que ya imaginaba vencidos, de la manera como me lo figuraba todo. Una vez consumado el hecho, que mi madre y el gobernador armaran cuanto escándalo quisieran. Pero ella se limitó a decir:

—Jackie-Boy, bien sabes que me

casaré contigo. Claro que me casaré contigo para siempre. Pero no hoy. —Y como continuase insistiendo, me contestó—: Vuelve al State para terminar tus estudios y me casaré contigo. Incluso antes de que recibas tu diploma de Derecho.

Cuando dijo «diploma de Derecho» no recordé en el acto de qué hablaba, si bien lo hice a tiempo como para no experimentar ninguna sorpresa; y hube de conformarme con ello.

La ayudé a efectuar algunas diligencias, la llevé a su casa, y volví a la mía para comer, terminado lo cual fui a visitarla temprano, en el coche, con la esperanza de poder dar un paseo, a

pesar del tiempo encapotado y ventoso. Pero no hubo ocasión. Varios de los jóvenes con quienes habíamos jugado durante el verano acudieron para despedirse de Anne; también algunos parientes y dos matrimonios, para visitar al gobernador (que ya no lo era, pero para los del Landing siempre sería «el gobernador») y ofrecerle un regalo. Los jóvenes escuchaban música en la galería y los que no lo eran —que nos parecían viejos— estaban sentados dentro bebiendo ginebra y aperitivos; todo cuanto pude hacer fue bailar con Anne, que se mostró muy dulce conmigo, pero cuando le pedí que saliese, me dijo que no, a causa de las visitas y demás,

aunque trataría de hacerlo más tarde. Pero se levantó una nueva tormenta, pues estaba empezando el otoño, y los mayores vinieron a decir que sería mejor retirarse a casa, recalcando a sus hijos especialmente que dejaran a Anne en paz para que fuese a descansar en vista del viaje.

Me quedé por allá sin que me sirviera de nada. El gobernador Stanton permaneció sentado en el *living*, se sirvió otro vaso y examinó el periódico de la noche. Nosotros permanecimos juntos en el porche, escuchamos el ruido del periódico al doblar la página y nos susurramos al oído que nos queríamos. Luego nos pegamos simplemente uno al

otro, pues las palabras comenzaban a perder significado, y escuchamos el golpear de la lluvia contra los árboles.

Cuando el agua amainó un poco entré, estreché la mano del gobernador, salí, di a Anne un beso de despedida y me retiré. Fue un beso frío, con labios duros, como si el verano no hubiese existido en absoluto o no hubiera sido lo que fuera.

Regresé al State. Sentí que me sería imposible esperar hasta Navidad, época en que ella regresaría al Landing. Nos escribíamos a diario, pero las cartas comenzaron a parecer cheques librados contra el capital del verano. Había habido mucho en el banco, pero nunca

resulta buena costumbre en los negocios vivir del capital, y yo experimentaba la sensación de vivir del mismo y ver que existía alguna merma. Al mismo tiempo sentía unos deseos locos de verla.

La vi durante Navidad, diez días. No fue como el verano. Me dijo que me quería y que se casaría conmigo y consintió bastante mis caricias. Pero no quiso casarse conmigo ni llegar a otros extremos, y por ello tuvimos una discusión justamente antes de su partida. Había estado dispuesta a ello en septiembre, y ahora no. Parecía en cierto modo qué estaba quebrantando una promesa y enloquecí. Le dije que no me amaba y aseguró que sí. Entonces quise

saber el motivo de que no siguiese adelante.

—No es porque no te quiera ni porqué tenga miedo. Te quiero, ¡oh, Jackie!, te quiero —dijo—, y no es que sea como esas solteronas remilgadas. Es por tu manera de ser, Jackie.

—Sí —contesté en son de burla—, quieres decir que no me tienes confianza. Crees que no me casaría contigo y que serías una doncella perdida.

—Bien sé que te casarías conmigo. Te repito que es por tu manera de ser.

Y no hubo quien le sacara una palabra más. Volví al State con los nervios destrozados.

No me escribió durante un mes. Me mantuve en mis trece alrededor de un par de semanas y después comencé a pedirle disculpas. Y así las cartas comenzaron a circular nuevamente y en el gran sistema de contabilidad del universo alguien oprimía algunos botones rojos cada día y algunas cifras del mismo color quedaban marcadas en la hoja del libro mayor.

En junio estuvo de regreso en el Landing por unos días. Pero el gobernador no se encontraba muy bien y los doctores lo enviaron a Maine para apartarlo del calor. Anne lo acompañó. Antes de su partida fue exactamente como en Navidad, pero nunca como el

verano anterior. Aún peor que en Navidad, pues ya estaba en posesión de mi diploma de bachiller en artes y era la época oportuna para ingresar en la Facultad de Derecho. Discutimos sobre ello. ¿Sería por eso? Ella dijo algo acerca de leyes y me enojé. Nos arreglamos, por carta, después que llevaba seis semanas en Maine, y las cartas comenzaron de nuevo y las cifras coloradas cayeron como pequeñas marcas sangrientas en aquella hoja del mayor que llevaba mi nombre en el cielo. Rondé la casa del juez Irwin y estudié historia americana, no por mi carrera ni porque tuviera que hacerlo, sino porque accidentalmente había

introducido el pie en la débil y quebradiza corteza del presente y sentí el primer tirón de las arenas movedizas alrededor de mis tobillos. Cuando regresó en otoño con su padre y se quedó una semana antes de partir para algún elegante colegio de señoritas de Virginia, pasamos bastante tiempo juntos en la bahía y el coche e hicimos como antes. Se lanzó desde lo alto del trampolín al agua como si fuese un pájaro. Reposó en mis brazos a la luz de la luna, cuando la había. Pero ya no era como había sido.

Entre otras cosas hubo el incidente de un nuevo beso. Más o menos la segunda o tercera vez que estuvimos

juntos aquel otoño, me besó de una manera como jamás hiciera antes. Y no fue de esa manera discriminatoria y experimental como hiciera las cosas aquel verano. Lo hizo en el calor del momento, podría decirse. Pero al instante advertí que lo habría aprendido de algún hombre allá en Maine durante el verano, de alguno de aquellos bastardos con pantalón blanco de franela, con vocales que al pronunciarlas repiquetean como dóminos. Le dije que sabía que había estado tonteando con algunos individuos allá en Maine y no negó ni por cumplir. Limitose a decir: «Sí» con toda la frialdad posible y me preguntó cómo lo

sabía. Se lo expliqué. «Oh, por supuesto», contestó. Ante esto me encolericé y me aparté de ella. Durante todo el tiempo su brazo se había mantenido alrededor de mi cuello.

Siguió mirándome, aún con frialdad y dijo:

—Jack, besé a un hombre en Maine. Era un muchacho atractivo, Jackie. Me gustaba mucho y era divertido estar a su lado. Pero no le quería. Y si nosotros no hubiésemos tenido aquella discusión y yo no hubiera experimentado como si el mundo tocara a su fin y no pudiera volver a estar a tu lado, no lo habría hecho. Quizá necesitaba enamorarme de él, llenar el lugar que dejaste vacío,

Jackie… Oh, Jackie, era un vacío grande y terrible… —Y con un sencillo ademán, espontáneo, se llevó la mano al corazón—. Pero no pude quererlo y dejé de besarlo. Aun antes de que reanudásemos nuestra correspondencia. —Colocó una de sus manos en la mía y se inclinó hacia mí—. Porque tú y yo reanudamos nuestras relaciones, ¿verdad, Jackie-Bird? —Una risa alegre brotó de su garganta—. ¿No es cierto, Jackie-Boy? Y hora me siento de nuevo feliz.

—Sí, es cierto —contesté.

—¿No estás contento tú también? —preguntó, inclinándose más sobre mí.

—Claro —dije.

Y lo estaba, supongo que de la manera que lo merecía. Pero la cuestión estaba allí, de manera permanente, en la oscuridad de mi imaginación, lista para saltar. Aunque la había olvidado estaba allí. Luego, a la noche siguiente, cuando no me besó de aquel nuevo modo sentí agitarse mi ser. Y otra vez a la siguiente. Porque cuando no me besaba de aquel nuevo modo experimentaba aún mayor enojo que cuando lo hiciera. De ahí que la besara en la forma del hombre de Maine. En el acto se apartó de mí y me dijo completamente serena que sabía por qué la había besado así.

—Te gustó mucho allá en Maine —contesté.

—Oh, Jackie, no hay ni ha habido jamás ningún lugar llamado Maine, no ha habido sino tú y yo y los cuarenta y ocho Estados juntos y te he querido siempre. ¿Serás bueno ahora? ¿Y me besarás como antes?

Así lo hice, pero el mundo es una gran bola de nieve que rueda cuesta abajo y nunca cuesta arriba para volver a convertirse en nada y como si nada hubiese acontecido.

Aunque el verano que acababa de transcurrir no había sido de ningún modo como el anterior, regresé al State y volví a mi ocupación. Trabajé en el periódico, ingresé en la Facultad de Derecho y la aborrecí. Entretanto escribí

cartas a Anne, al muy refinado colegio de señoritas de Virginia, y el capital contra el cual se libraban aquellos cheques mermaba cada vez más. Hasta Navidad, cuando Anne y yo retornamos al lugar. Le dije lisa y llanamente que odiaba la carrera de leyes y esperé (y en cierto modo, deseé) que se armase una tremolina. Pero no se armó. Simplemente alargó una mano y me acarició la mía (estábamos sentados en el sofá del *living* de los Stanton, donde permanecimos abrazados hasta que finalmente nos separamos, ella con una especie de melancolía y yo presa de fatiga ante el deseo tanto tiempo diferido y frustrado). Me acarició la mano:

—Bueno, no estudies Derecho. No tienes por qué estudiarlo.

—¿Qué quieres que haga, entonces?

—Jackie, jamás quise que estudiases leyes. Fue una idea tuya.

—¿De veras? —inquirí.

—Sí, Jackie —aseguró, sin dejar de acariciarme la mano—. Haz lo que te plazca. Quiero que hagas lo que te guste. Y no te preocupes si no ganas dinero. Ya te dije hace tiempo que a tu lado me conformaría con fríjoles.

Me levanté del sofá por una razón. No podía sufrir que me acariciase la mano como lo hace la enfermera con la mano del paciente: una especie de caricia impersonal, destinada a

apaciguar. Bien apartado de ella dije firmemente:

—Muy bien, comerás fríjoles. Casémonos mañana mismo. Ya hemos tonteado bastante. Dices que me quieres. Pues bien, yo también te quiero.

En lugar de responder permaneció sentada en el sofá, con las manos separadas sobre el regazo y el rostro levantado, que de repente se volvió como cansado y estirado y me miró con ojos que gradualmente resplandecieron por las lágrimas que no llegaron a derramarse.

—¿Me quieres? —pregunté.

Asintió lentamente.

—Muy bien, ¿entonces?

—Jack —dijo, y se detuvo un instante—. Jackie, te quiero. Algunas veces siento como si pudiese darte un beso y estrecharte contra mí y cerrar los ojos y dar un salto sobre un precipicio. O como aquella vez que te zambulliste y nos besamos bajo el agua y parecía como si jamás pudiésemos volver a la superficie. ¿Recuerdas, Jack?

—Sí —dije.

—Entonces te quería así, Jack.

—¿Y ahora? ¿Qué sucede ahora?

—Ahora también, Jack. Creo que también lo haría. Pero al mismo tiempo es diferente.

—¿Diferente?

—¡Oh, Jack! —exclamó, y por vez

primera, al menos que yo recordase, hizo ademán de llevarse las manos a las sienes, ese gesto para dominar la distracción que nunca llegaría a ser característico pero habría de volver a ver—. Oh, Jack, han ocurrido muchas cosas desde entonces.

—¿Qué ha ocurrido?

—Oh, es que casarse no es lo mismo que saltar por un precipicio. Y el amor tampoco es como eso ni como ahogarse… Es… es…, ¡oh!, no sé cómo expresarlo…; es tratar de vivir, tener algún modo de vida.

—Dinero —dije—. Si es dinero lo que…

—No, no es dinero —interrumpió—.

No me refiero al dinero… ¡Oh, Jack! ¡Si al menos pudieses comprender lo que quiero decir!

—Bien, no pienso obtener empleo con Patton ni con ninguno de por aquí. Ni dejar que me proporcionen trabajo. Ni siquiera Irwin. Ya trabajaré; no me importa dónde, pero no con ellos.

—Querido —dijo pesadamente—. No trato de convencerte para que te vengas aquí. Ni de que consigas trabajo con Patton ni con nadie más. Quiero que hagas tu voluntad. Que ya es algo. Aunque no te rinda dinero. Ya te he dicho que viviría contigo en una casucha.

De manera que retorné al State y a

fuerza de persistencia conseguí que me expulsaran antes de terminar el curso. Buen trabajo me costó, pues no es posible conseguirlo en el State por los medios ordinarios. Naturalmente, podría haber renunciado, pero si uno se limita a presentar la dimisión puede volver. De ahí que me expulsaran. Luego, mientras estaba celebrando el acontecimiento, seguro de que Anne lo lamentaría y me mandaría a paseo, me vi envuelto en un lío con uno de mis compañeros y dos muchachas y el asunto trascendió en los periódicos. Era entonces exestudiante y la Universidad se hallaba imposibilitada de intervenir en mi favor. Y Anne tampoco lo hizo, pues creo que para

entonces ya era bastante un ex Jackye-Bird.

Y así Anne siguió su camino y yo el mío. Que era trabajar para un diario, andar por la parte baja de la ciudad y leer libros sobre historia americana. Finalmente me vi siguiendo cursos nuevamente en la Universidad, solo a ratos libres al principio y con más seriedad después. Penetraba en los encantamientos del pasado. Hubo un tiempo en que pareció como si Anne y yo; volviéramos a hacer las paces, pero de alguna manera se deslizó algún engranaje y todo quedó igual. No terminé mis estudios y retorné al *Chronicle*, del que era reportero, y de

los buenos. Hasta me casé. Con Lois, muy bonita, bastante más, supongo, que Anne, y bien llenita, en tanto que la otra inclinábase a ser hueso y músculo bajo la carne. Lois parecía apetitosa y se sabía que era completamente tierna, una especie de mística combinación de *filet mignon* y de melocotón de Georgia, ávido de que se le metiese el diente para sangrar el dorado jugo. Lois se casó conmigo por razones mejor conocidas de ella. Pero una fue, estoy seguro, que mi nombre era Burden. Me vi forzado a semejante conclusión por el proceso de eliminación. No pudo ser mi belleza, mi gracia, mis encantos, mi ingenio o mi saber, porque en primer lugar ninguna de

las tres primeras cosas era grande y en segundo porque Lois maldito el interés que tenía en ninguna de las otras. Suponiendo que las hubiese poseído. Tampoco fue motivo el capital de mi madre, pues la progenitora viuda de Lois contaba con sus buenos dólares, obtenidos por el marido a consecuencia de un buen contrato sobre arena hecho durante la guerra, algo tarde, para proporcionar a su hija esas cosas llamadas ventajas en su edad más impresionable. De ahí que hubiese de ser mi apellido: Burden.

A menos que Lois estuviese enamorada de mí. Pongo esta posibilidad en la lista, simplemente para

que se encuentre completa de manera lógica y esquemática, pues tengo la seguridad de que lo único que Lois conocía relativo al amor era la forma de pronunciar la palabra y cómo efectuar los ajustes fisiológicos tradicionalmente asociados con la idea. No pronunciaba muy bien pero llevaba a efecto los ajustes con gran pericia y placer. El placer era natural pero la habilidad era arte y *ars longa est*. Lo comprendí a pesar de las muy expertas y continuas representaciones de que Lois era capaz. Lo supe y conseguí enterrarlo allá en la parte trasera de mi emancipación, como rata que ha sido atrapada en la despensa royendo el queso. Supongo que en

realidad no me importaba, en tanto no me viese precisado a enfrentar los hechos. Y una vez en mis brazos, la señora Burden era muy fiel o muy discreta, pues nada llegó a suceder. Y el arreglo fue perfecto.

«Jack y yo nos entendemos perfectamente en el terreno sexual», pues estaba muy adelantada en lo que en ella pasaba por pensamiento, y era muy sofisticada en su lenguaje. Observaba a su alrededor los rostros de los invitados en el muy pulido y moderno piso (su gusto inclinábase hacia ese lado y no a los balcones que daban a esos patios antiguos tan encantadores, y pagaba el alquiler con su dinero), y les decía lo

perfectamente que nos ajustábamos y al decirlo agregaba dos sílabas extra de crema batida con chocolate al vocablo «sexualidad». Durante algún tiempo no me importó que refiriese a nuestros invitados lo bien que nos comprendíamos en ese terreno. Hasta me sentí lisonjeado, pues a nadie le hubiese molestado ver su nombre acoplado al de Lois o tener una fotografía con ella tomada en un lugar público. De ahí que sonriese modestamente ante el reducido grupo, mientras Lois hablaba de nuestro perfecto ajuste. Pero después comenzó a fastidiarme todo este asunto.

Mientras me dio por contemplar a Lois como máquina hermosa, sabrosa,

vibrante, dulcemente perfumada y de suave aliento para provocar y satisfacer el apetito (y esa era la Lois con quien me había casado), todo fue bien. Pero las dificultades comenzaron tan pronto me di a considerarla como persona. Todo habría estado bien, quizá, si Lois hubiese perdido el habla al llegar a la pubertad, pues ningún hombre la habría sufrido. Pero podía hablar; y cuando algo habla comenzamos a escuchar más pronto o más tarde el sonido que produce y empezamos, aun frente a toda otra evidencia, a considerarlo como persona. Y empezamos a aplicarle los cánones humanos y el elemento humano infecta nuestro inocente placer de edén

en la máquina sabrosa y de aliento perfumado. Yo había amado a Lois, la máquina, de la manera que nos gusta el *filet mignon* o el melocotón de Sengra, pero decididamente no estaba enamorado de Lois como persona. En verdad, a medida que creció la certidumbre de que la Lois máquina pertenecía a, y era el instrumento de la Lois persona (o cuando menos a la cosa capaz de hablar), la Lois máquina a quien inocente amara comenzó a parecerme una hermosa y suculenta bivalva abierta y vibrante en la reluciente profundidad y yo un ente insignificante de la vida marina, arrastrado sin remordimiento. O el tonel

de vino dentro del cual se ahogara el duque, tan cierto como había Dios, el duque de Clarence. También me parecía un tremedal ávido, voraz, delicioso, que se tragaría al extraviado y bendito viajero, con un último suspiro cansado. Sí, en ese voraz y delicioso tremedal los templos solemnes, los palacios maravillosos, las torres, las almenas, las bibliotecas y museos, las chozas, los hospitales, las casas y las ciudades y todas las obras del hombre podrían ser sepultadas con aquel último y lujuriante suspiro. Recuerdo que al menos así me parecía. Pero la paradoja consistía en que mientras Lois era Lois la máquina y nada más, en tanto era simplemente un

animal bien vestido, cuando en realidad era parte de una naturaleza inocente y no humana, mientras no hube comenzado a advertir que los ruidos producidos por ella eran palabras, no existió daño en ella ni en el placer realmente extraordinario capaz de procurarme. Solo cuando observé todo eso, que esta Lois se hallaba mezclada con la otra, con ciertos rasgos humanos, fue cuando comencé a sentir que todas las obras del hombre podían ser tragadas por el tremedal. Lo cual es una delicada paradoja.

No me decidí a no ser engullido. El instinto de conservación se halla arraigado más profundamente que la

decisión. El hombre no resuelve nada cuando cae en el riachuelo, sino que comienza a patear. Simplemente comencé a serpentear, a retorcerme y a patear. En primer lugar, recuerdo, estaban las amistades de Lois (ningún amigo mío puso jamás su planta en el reluciente piso, si es que pueden llamarse mis amigos aquellos a quienes conocí en el café, en el círculo y demás lugares). Comencé a experimentar cierto disgusto por los amigos de Lois, en los que nada existía particularmente malo. Eran simplemente la variedad de jardín del desecho humano. Algunos tenían lo que Lois, no muy bien informada sobre el tema, consideraba como «posición»,

pero no contaban con mucho dinero y sí con buena afición al licor abundante y gratis de Lois. Otros carecían de «posición», tenían más dinero que Lois y sabían qué tenedor usar. Y no faltaban los carentes de dinero y de posición, si bien poseían algún crédito en los mejores comercios y podían sentirse intimidados en presencia de Lois. Todos leían *Vanity Fair* o *Harper's Bazaar* (según el sexo; y algunos leían ambas) y *Smart Set* y citaban a Dorothy Parker, y los que no habían pasado de Chicago copiaban a quienes llegaran hasta Nueva York y estos a su vez a los que habían tenido la suerte de conocer París. Como he dicho no había nada especialmente

malo en esos individuos. Muchos de ellos eran incluso agradables y atractivos. Lo único malo en ellos, lo confieso ahora al mirar retrospectivamente, era que fuesen amigos de Lois. En primer lugar rodeé de cierta reserva mi trato con ellos y luego empleé una actitud que Lois calificó como despectiva. Después de una de aquellas exhibiciones Lois trató de castigarme con retirarme de los encantos de su género.

Bien, dejemos la cuestión de los amigos de Lois. En segundo término estaba su piso. Comencé a sentir aversión hacia el mismo. Dije que no deseaba vivir más allí y que

buscaríamos otro que yo pudiera pagar con mi salario. Tuvimos buenas discusiones sobre el tema, de las que nunca pensé salir vencedor. Entonces también fueron retiradas las dulzuras femeninas.

Dejemos el asunto del piso. La tercera cuestión eran mis ropas y lo que Lois calificaba como mi «acicalamiento». Estaba acostumbrado a mis trajes de treinta dólares, a las camisas usadas dos días seguidos, a dos visitas a la peluquería por mes, a los zapatos sin lustrar, al sombrero con las alas arrugadas y a las uñas siempre rotas y en ocasiones sucias. Y consideraba la costumbre de planchar los pantalones

como algo inestable. En los primeros tiempos, cuando había considerado a Lois simplemente como mecanismo suculento, consentí que se efectuasen en mi apariencia ciertos cambios imperceptibles. Pero una vez percatado de que los ruidos producidos por su boca eran palabras y demandas más rudimentarias —o expresiones de gratificación— de alimentos o de cópula, comenzó en mí cierta resistencia que fue aumentando en igual medida que la presión ejercida con relación a mi acicalamiento. Más y más a menudo fueron desapareciendo efectos de mi guardarropa para ser reemplazados por regalos, confesados o subrepticios.

Originalmente vine a interpretar semejantes obsequios como procedentes de un intento, mal dirigido pero inspirado por amor, de procurarme algún placer. A la larga comprendí que tal placer era lo último que había tenido en cuenta. La crisis se presentó al lustrarme un zapato con una corbata nueva. Tuvo lugar una buena gresca, la primera de la dilatada serie ocasionada por nuestra disparidad de gustos en cuanto a vestimenta masculina. Y los encantos siguieron siendo retirados.

Por muchos otros motivos también. Pero no durante largos períodos cada vez. En ocasiones yo mismo capitulaba y presentaba mis excusas. Excusas que

fueron tristes al principio y, por el momento, sinceras si bien a veces tal sinceridad no estaba exenta de lástima de mí mismo. Más tarde volviéronse piezas maestras de ironía, dobles sentidos y comedia. Yacía en el lecho profiriéndolas, percatado de que mi rostro en la oscuridad habíase retorcido hasta convertirse en máscara de astuta amargura, aborrecimiento y felicitación de mí mismo. Pero no era siempre el primero en ceder, pues en ocasiones la sabrosa Lois máquina se sobreponía a la seca y frágil Lois persona. Ofrecía alguna invitación en voz baja, tensa por el odio, y en el proceso subsiguiente desviaba el semblante o, si me miraba,

sus ojos refulgían como los del animal acorralado. A falta de tal invitación, derrumbábase en el acaloramiento de una lucha emprendida contra mí con toda seriedad pero que probaba ser demasiado para la seca y frágil Lois persona y en virtud de lo cual sobreponíase la otra. De cualquier modo, cediese cualquiera de los dos, demostrábamos en pleno revoltijo de ropas, del odio no expresado y de las ruinas de la propia estima, que estábamos, como Lois afirmara ante sus invitados, perfectamente ajustados en el terreno sexual. Lo cual era cierto.

El hecho de que la justeza fuera tan perfecta significó meramente que a la

larga, con el instinto de conservación tan profundamente arraigado, yo estaba asociándome con vulgares rameras. Por esa época mis tareas correspondían a la edición vespertina y terminaban a eso de las dos de la tarde. Luego de un par de bebidas y de un almuerzo tarde en algún bar clandestino, tomaba otro par de bebidas y jugaba una partida de billar en el círculo de periodistas, tras de lo cual visitaba a algún amigo. Más tarde, durante la cena, si mi llegada a casa coincidía con la misma, estudiaba a Lois, lo mismo que durante la velada, con ojo más clínico y con un sentimiento de mística regeneración. Hasta el extremo de que era capaz de producir

una ilusión óptica casi a voluntad. Miraba a Lois de cierto modo y veía que parecía estar retirándose en forma sostenida, alargándose con ella toda la habitación hasta que llegaba el momento como si estuviese mirándola de modo fijo desde el lado ancho de unos gemelos. Mediante esta práctica conseguí refrescarme espiritualmente y en buena medida. Tanto me adapté que me era posible oír su voz, si era una de esas veladas de vituperios y no de hosquedad, cual si llegase desde gran distancia y hasta como si no fuese dirigida a mí.

Luego llegó la fase final, la del Gran Sueño. Inmediatamente después de haber

cenado encaminábame al dormitorio y dormía de manera profunda, con la dulce sensación de estar cayendo siempre hacia el centro de una deliciosa oscuridad, hasta el último instante posible de la mañana siguiente. Algunas veces ni esperaba la cena ni el placer de contemplar a Lois. Iba directamente a acostarme. Recuerdo que esto se convirtió en hábito a fines de la primavera. Regresaba de mi ocupación por la tarde, bajaba la persiana de mi cuarto y me acostaba, mientras la luz suave penetraba a través de ella y los pájaros trinaban y piaban en los árboles del pequeño parque próximo a nuestra casa y los chicos gritaban musicalmente

en el terreno de juegos del mismo. Acostarse por la tarde a fines de primavera, o simplemente al comienzo del crepúsculo, con tales sonidos en nuestro oído, nos proporciona un maravilloso sentimiento de paz, que debe parecerse a la de la senectud después de una vida bien llevada.

Pero, por supuesto, allí estaba Lois. A veces llegaba hasta mi habitación —a esa altura me había trasladado al cuarto de huéspedes para dormir cómodamente —, se sentaba al borde del lecho y me recitaba una extensa descripción de mi persona, más bien monótona, por cierto, pues no tenía precisamente el don de la palabra y érale forzoso incurrir en los

tres o cuatro términos clásicos. Otras veces me golpeaba con los puños, valiéndose de su manera peculiar de utilizarlos, débil y femenina. Yo dormía lo mismo durante cualquiera de las descripciones y de los puñetazos en la espalda o en un costado. A veces Lois gritaba y daba rienda suelta a sus lamentos. En una o dos oportunidades hasta se acurrucó en la cama, junto a mí. Otras abría la puerta de mi aposento y ponía el tocadiscos en el de al lado hasta que la casa se venía abajo. Pero como si nada. Yo era capaz de dormir casi siempre.

Luego llegó una mañana en que al despertar sentí los dedos del destino

sobre mí; supe que había llegado el momento. Me levanté, preparé mi maleta y salí para no volver. Ni al lindo piso ni junto a Lois, tan hermosa y con la que ajustaba de manera tan perfecta.

Nunca volví a verla, pero sé lo que parece ahora, cuando los cócteles, los bombones, el acostarse tarde y casi cuarenta años han hecho sentir su peso en las aterciopeladas mejillas, en el maduro pero firme busto, en el vientre flexible, en los ojos negros, pensativos, aterciopelados y relucientes, en los labios dulces y en los espléndidos muslos. Estará sentada en un diván en cualquier parte, más o menos conservada gracias al vigor del

masajista y las fajas de caucho que secretamente la envuelven como a una momia, pero hinchada con el entero universo que ha ingerido con largo y delicioso suspiro. Y ahora, con una mano cuyas uñas son rojas como si acabara de valerse de ellas para hendir ávidamente las tripas de algún ave destinada al sacrificio y todavía viva, alcanza un chocolatín de una bandeja de plata. Y mientras la golosina está en el aire, se abre el labio inferior y más allá del tinte purpúreo de la microscópica capa de *rouge* que lo recubre, observamos las membranas del paladar, húmedas, de un rojo pálido, expectantes, y el leve fulgor del oro que cubre algún

orificio cálido y oscuro.

Adiós, Lois, y perdóname lo que te hice.

En cuanto al camino seguido por Anne Stanton, entretanto, el relato es muy breve. Después de haber pasado dos años en el elegante colegio para señoritas de Virginia, regresó al hogar. Por esa época Adam se hallaba estudiando Medicina en el Este. Anne pasó un año yendo a las reuniones de la ciudad y se comprometió. Pero sin pasar la cosa a mayores. El muchacho era decente, trabajador, próspero e inteligente además. Al cabo de un

tiempo tuvo otro novio, pero algo volvió a suceder otra vez. El gobernador Stanton enfermó, era ya casi un inválido y Adam estaba estudiando en el extranjero, por lo que Anne dejó de frecuentar las reuniones, salvo alguna que otra en el Landing, durante el verano. Permanecía en casa junto al padre, le administraba los remedios, le arreglaba la almohada, ayudaba a la enfermera, leíale hora tras hora, reteniéndole la mano durante el crepúsculo en verano o las noches en invierno cuando la casa se estremecía bajo las violentas ráfagas procedentes del mar. Siete años transcurrieron antes de su muerte. Luego de haber fallecido

el gobernador en su lecho con dosel, con gran cantidad de talentos médicos inclinados sobre él, Anne habitó la casa frente al mar, sin otra compañía que la de la tía Sophonisba, una negra vieja, débil, gruñona, parlanchina e incompetente, que combinaba la benevolencia con la tiranía vengativa de esa manera ambigua conocida tan solo de las negras viejas que han pasado su existencia sirviendo afectuosamente, espiando, dedicadas a las zalemas bajo breves accesos de rebelión y mucha ironía y vistiéndose de segunda mano. Luego murió también la tía Sophonisba y Adam regresó del extranjero, cargado de distinciones académicas y fanáticamente

dedicado a su labor. Poco después de su retorno, Anne se trasladó a la ciudad para vivir cerca de él. Por entonces frisaba los treinta.

Vivía sola en un reducido piso de la ciudad. En ocasiones almorzaba con otra mujer, que fuera compañera de su infancia pero que ahora habitaba un mundo diferente. Algunas veces asistía a alguna reunión en casa de alguna de las mujeres o en el club de campo. Entabló relaciones por tercera vez, ahora con un hombre diecisiete o dieciocho años mayor que ella, viudo con varios hijos, abogado y rico, uno de los pilares de la sociedad. Era un buen hombre aún vigoroso y algo apuesto. Hasta con

algún sentido del humor. Pero no se casaron. Cuanto más pasaban los años más se dedicaba esporádicamente a la lectura —de biografías (Daniel Boone o María Antonieta), de lo que se conoce como «buena ficción», u obras sobre mejoras sociales— o a trabajar gratis en favor de algún asilo u orfanato. Cuidaba de su aspecto y continuó prestando atención a sus vestidos, de estilo más bien severo. Ahora había momentos en que su risa sonaba un poco hueca y quebradiza, la risa de nervios y no del gozo o del buen humor. De tanto en tanto, durante una conversación, parecía perder el hilo y absorberse para terminar estremeciéndose a causa del

embarazo y del mudo remordimiento. Y a veces solía practicar también aquel gesto suyo de llevarse las manos a la frente, una en cada lado, tocando ligeramente la piel con los dedos o echándose hacia atrás el cabello, gesto de delicada distracción. Ya andaba por los treinta y cinco y aún resultaba buena compañía.

Esa era la Anne Stanton elegida por Willie Stark, la que finalmente me traicionó o, mejor dicho, hizo traición a una idea mía que había tenido para mí más importancia de lo que yo jamás advirtiera.

Y por eso subí al automóvil y me dirigí hacia el Oeste; porque siempre

que no nos agrada donde estamos nos encaminamos hacia aquel lado. Siempre lo hemos hecho en aquella dirección.

Y por eso me hundí en el Oeste y reviví mi vida como una película familiar.

Y por eso me hallé tendido sobre una cama en un hotel de Long Beach, California, al extremo de la costa y entre las grandezas de la naturaleza. Pues allí es adonde se llega después de haber cruzado océanos y comido bizcochos rancios mientras se ha estado prisionero durante cuarenta días y cuarenta noches en una trampa sacudida por la tempestad, luego de haber sudado entre las hierbas y haber escuchado el grito

salvaje, después de haber construido cabañas y ciudades y tendido puentes sobre los ríos, de haber yacido con mujeres y esparcido hijos cual si fuese semilla de mijo arrojada al viento, tras haber compuesto documentos resonantes, pronunciado hermosos discursos, sumergidos los brazos hasta que la sangre nos llega al codo, tras haber sido sacudidos por la malaria en los pantanos y por el cierzo helado que sopla a través de las altas llanuras. Ahí es donde se llega, para yacer solo en una cama, en un hotel de Long Beach, California. Donde yo estaba tendido mientras afuera un letrero luminoso se encendía y se apagaba, al compás de mi

corazón, diástole y sístole, inundando una y otra vez la niebla marina grisácea con un tinte como de sangre.

Allá estaba tendido, habiéndome ahogado en el Oeste, llevado mi cuerpo a la deriva para yacer en el reconfortante y subconsciente rezumar sobre el lecho del mar de la Historia. Tendido allí observé lo que entonces creí que era una hermosa perspectiva de mi propia historia y vi que la muchacha que conociera aquel verano, años atrás, no había sido hermosa y encantadora sino simplemente saludable y de mejillas frescas; que aunque había entonado algunas canciones a Jackie-Bird mientras este descansaba la cabeza

sobre el busto de ella, no lo había amado sino que había experimentado cierta comezón en la sangre y él se hallaba a mano y la palabra «amor» había sido término aplicado a esa misteriosa comezón, por la cual había sido atormentada y desgarrada entre su impulso y su temor. Y que todo su aislamiento y sus vacilaciones no fueron debidos a un sueño cuyo objeto fuese hacer «que el amor significase algo» y hacerme comprender tal sueño, sino producto de todos los temores que las caras viejas y agrias, inclinadas y sibilantes, de la sociedad convencional murmuraron en su oído mientras ella yacía en su lecho; y que esos

aislamientos y vacilaciones no eran mejor ni peor que la entrega más apasionada ni los aislamientos puestos en práctica por Lois con otros fines. En definitiva, no podía decir que Anne Stanton fuese distinta de Lois Seager, puesto que eran iguales; y aunque el poeta loco William Blake escribió un poema para decir al Enemigo que es el Príncipe de Este Mundo que Él no era capaz de convertir a Kate en Nan, el poeta loco estaba equivocado, pues cualquiera puede convertir a Kate en Nan; o si en realidad el Príncipe no pudo efectuar ese cambio se debe únicamente a que esos personajes eran exactamente iguales en primer lugar y

eran, en verdad, los mismos, con la diferencia ilusoria del nombre, lo que no significa nada, pues los nombres no significan lo más mínimo, como tampoco las palabras que hablamos y no había sino el latir de la sangre y las sacudidas en los nervios, como la pata de la rana durante el experimento, cuando se le aplica la corriente eléctrica. Por eso cuando estaba tendido en el lecho del hotel de Long Beach, con los ojos cerrados, vi en la oscuridad interior como si fuese un fangal, la vasta elevación y contorsión de innumerables cuerpos, y miembros desgarrados de los mismos, sudando y acaso sangrando por heridas inagotables.

Pero finalmente este espectáculo, que podía conjurar nada más que con cerrar los ojos, me pareció divertido. Por lo cual lo aparté de mi imaginación riendo fuertemente.

Eso hice y, después de haber contemplado durante algún tiempo cómo el letrero luminoso inundaba el mar de niebla, me dormí. Al despertar me dispuse a volver nuevamente al lugar y a las cosas de donde viniera.

Años atrás una joven había estado tendida sobre mi cama de hierro, completamente desnuda y con las manos cruzadas sobre el pecho y yo habíame visto tan impresionado por la melancolía de su sumisión y de su

confianza en mí, que en el momento en que la habría sumergido en la plena y oscura corriente del mundo vacilé en poner mis manos sobre ella y pronuncié su nombre, sin comprenderme a mí mismo. En aquel momento no encontré palabras para calificar lo que sentí, y ahora tampoco es nada fácil. Pero tendido allí me pareció que ella había vuelto a ser la chiquilla de antes, la que un día flotaba sobre las aguas de la bahía, con los ojos cerrados, bajo el cielo purpúreo y con las blancas gaviotas revoloteando a gran altura. Mientras permanecía allí esa imagen se me vino a la memoria y quise pronunciar su nombre, decirle algo, aunque no sé

qué. Ella confiaba en mí, pero quizá por aquel momento de vacilación no confié en mí mismo y contemplé el pasado como algo valioso que está a punto de sernos arrancado y tuve miedo del futuro. Entonces no había comprendido lo que ahora creo haber llegado a comprender: que no podemos conservar el pasado sino teniendo el futuro, pues ambos se hallaban estrechamente ligados para siempre. Por tanto carecía de una confianza esencial en el mundo y en mí mismo. Al pasar el tiempo ella llegó a sospechar eso de mí. Ignoro si tendría palabras para describirse el hecho a sí misma. O si tuvo simplemente esas palabras fáciles que la gente le

enseñó: el deseo de que tuviera un empleo, estudiara Derecho, fuera algo.

Seguimos por caminos distintos en el mundo, como ya he dicho, pero siempre me acompañó la imagen de la chiquilla sobre las aguas de la bahía, toda inocencia y confianza, bajo el cielo tormentoso. Luego llegó el día en que esa imagen fue arrancada de mi lado. Supe que Anne Stanton habíase convertido en amante de Willie Stark y que, en cierto modo, por una lógica oscura y necesaria, yo se la había entregado. El hecho era demasiado horrible para enfrentarlo, ya que me despojaba de algo del pasado por lo cual había vivido, inconsciente hasta

aquel instante.

Y por eso hui hacia el Oeste, para apartarme del hecho; y en el Oeste, al extremo de la Historia, siendo el último hombre sobre la última costa, sobre el lecho del hotel, descubrí el sueño. Ese sueño que no es sino el sueño de que la vida se compone de la subida de la sangre y de las sacudidas de los nervios. Cuando nos alejamos todo lo posible, siempre encontramos ese sueño, que es el de nuestra época. Al principio es siempre una horrible pesadilla, si bien al final puede ser más bien tónico y vigorizador. Al menos eso fue para mí durante algún tiempo. Tónico porque después de mi sueño comprobé que, en

cierto modo, Anne Stanton no existía. Aquel nombre y apellido eran tan solo un nombre para un mecanismo singularmente complicado, sin el menor significado para Jack Burden quien, a su vez, no era sino otra pieza mecánica algo complicada. En aquel momento, cuando descubrí por vez primera este punto de vista sobre las cosas —descubierto en verdad por mis propios medios y no a través de ningún libro—, sentí que había dado con la verdadera fuente de la fuerza y de la resistencia. El sueño resuelve todos los problemas.

Como ya he manifestado, al principio fue más bien tónico y vigorizador. Porque después del sueño

no existe razón para que no vayamos a hacer frente al hecho del que nos hemos alejado (aunque ese hecho parezca ser que uno, a fuerza de desenterrar la verdad del pasado, ha entregado a Anne Stanton a Willie Stark), porque cualquier punto al que se huya será entonces como aquel del que se ha huido y podrá volverse después de todo al lugar que nos corresponde, ya que nada fue culpa nuestra ni de nadie porque las cosas son como son. Y podremos regresar con buen espíritu al haber aprendido dos grandes verdades. La primera, que no puede perderse lo que nunca se ha tenido. La segunda, que jamás seremos culpables de un crimen

que no hayamos cometido. De manera que, después de todo, siempre habrá inocencia y un nuevo punto de partida en el Oeste.

Si creemos lo que soñamos cuando llegamos allí.

VIII

Después de haber estado acostado en la cama del cuarto del hotel de Long Beach y de haber visto lo que vi, me levanté muy sereno y emprendí el viaje de regreso con el sol de la mañana en la cara, que arrojaba hacia mí las sombras de los *bungalows* estucados de rojo claro (estilo misionero español, morisco o colonial), de las estaciones de servicio (que semejaban la casa construida con pan de especies pertenecientes a los cuentos de hadas o la casita de Atine Hathaway o una choza esquimal), de los palacios

resplandecientes sobre las colinas, entre los arrogantes encajes de los eucaliptos, de las montañas que parecían leones encorvados, de un vagón de hacienda olvidado en algún solitario apartadero y de un hombre que venía hacia mí en un camino blanco, que a distancia era reluciente como el cuarzo. Arrojaba la sombra hermosa y púrpura del mundo entero hacia mí, en tanto yo viajaba de regreso, sin que por ello dejase de avanzar, a gran velocidad, pues si hemos estado en realidad en Long Beach y tenido nuestro sueño en la cama del hotel, no hay razón para no retornar con una nueva confianza adondequiera que hubiésemos partido; porque entonces ya

sabemos y el conocimiento es poder.

Vi cómo la gente caminaba por las plazas de las pequeñas localidades en el desierto. Cómo la camarera protestaba agitando débilmente su brazo contra las moscas mientras el ventilador eléctrico removía el aire, débil y cálido como el respiradero de un gran horno. Vi al viajante de comercio que se hallaba precisamente delante de mí en el escritorio del hotel y decía: «Amigo, usted dice que esto es un hotel y le he telegrafiado para que me reserve una habitación con baño, y como si tal cosa. Lo que es extraño es que tengan habitaciones y baños en este poblacho». Vi al pastor solo en una extensa meseta y

a la india con ojos color de melaza observándome por encima de una pila de cacharros ornados con los dibujos característicos de su tribu, relativos a la vida y a la fertilidad y evidentemente destinados a los almacenes de cinco y diez centavos. Mientras observaba a toda esa gente experimenté gran poder en mi conocimiento secreto.

Recordé cómo una vez mientras Willie Stark no era sino un pelele y un tonto, en la época en que no era sino el primo Willie del campo y se presentaba candidato a gobernador por vez primera, yo había ido a la parte Oeste del Estado, cubierta de pulgas, para informar acerca del asado y de los discursos en Upton.

Hice el viaje en el tren de cercanías que jadeó horas y horas a través de los algodonales, y luego, de los campos de salvia. En una pequeña ciudad donde se detuvo miré por la ventanilla y pensé en lo inadecuados que resultaban los alambres y las tablas que servían de cerco a las reducidas casas de madera para mantener afuera la amplitud de los campos cubiertos en las elevaciones, y en los surcos de matas de salvia, y que parecían dispuestos a deslizarse hacia delante y engullir las casas. Pensé que las casas no estaban allí en su elemento, sino improvisadas, arrojadas como al tuntún, listas para ser abandonadas con algunas ropas colgadas todavía de la

soga, pues no habría tiempo de descolgarlas cuando los moradores advirtiesen que era hora de retirarse, y bien aprisa por cierto. Había pensado de ese modo, pero precisamente en el momento en que el tren se alejaba, una mujer salió por la puerta trasera de una de las casas para vaciar un recipiente de agua. Arrojó el contenido, miró un instante al convoy en movimiento y entró otra vez decididamente en la casa. No se alejaría. Penetraría en la morada hasta algún secreto que existía en ella, algún conocimiento. Y en tanto el tren se alejaba fui yo quien tuvo la noción de ser quien corría y de que era necesario hacerlo aprisa, pues pronto iba a ser de

noche. Había pensado que la mujer era dueña de algún conocimiento secreto y la envidiaba. Con frecuencia he envidiado a otros. Gentes a quienes he visto fugazmente, otras a quienes he conocido largo tiempo, a un hombre que abría un surco, negro, extenso y derecho a lo largo de un campo, en el mes de abril, o a Adam Stanton. Y en algunos momentos he sentido envidia de gente dueña, al parecer, de algún conocimiento secreto.

Pero ahora, mientras avanzaba hacia el Este, sobre el desierto, a la sombra de las montañas, a través de mesetas y llanuras, y veía la gente en esos campos magníficamente vacíos, no creía tener

que volver a envidiar a nadie, pues estaba seguro de la posesión del conocimiento y con este se puede hacer frente a todo, ya que el conocimiento es fuerza.

En un establecimiento llamado «Don Juan», en Nuevo México, conversé con un hombre apoyado a la sombra de la estación de servicio, disfrutando del único parche de sombra existente en cien kilómetros hacia el Este. Era un hombre viejo, de setenta y cinco años cuando menos, con un cutis como el cuero, curtido por el sol, y ojos de color azul pálido bajo el ala de un sombrero, antaño de color negro. Lo único notable en el hombre era que mientras uno

observaba su cutis como cuero reseco y curtido por el sol, que parecía tan duro y falto de vitalidad como las mandíbulas de una momia, advertíase de repente como un tic en la mejilla izquierda, arriba, hacia el ojo azul pálido. Creeríase que iba a hacer un guiño pero no era así. Era ni más ni menos que un fenómeno independiente, sin relación alguna con el semblante o lo que detrás de él hubiere ni con el conjunto de fenómenos que constituyen el planeta en que nos hallamos perdidos. En semejante rostro era notable aquel tic que vivía una vida propia tan insignificante. Me situé en cuclillas junto a él, que se hallaba sentado sobre

un montón de harapos del que sobresalía el mango de una sartén, y escuché su conversación. Pero su palabra no era animada. Sí lo era en cambio el tic, del que ya ni se percataba.

Después que hubieron llenado mi tanque continué observándolo, lanzándole miradas desde la carretera en tanto nos acomodábamos en el automóvil y apresurábamos nuestra marcha hacia el Este. Él también iba de regreso en aquella dirección. Eso sucedía por la época en que las tormentas de tierra hacían desaparecer la mitad del territorio y la gente se dirigía hacia el Oeste para quedarse estancada y morirse de hambre

lentamente en California. Pero aquel viejo no lo hizo. Regresaba al Norte de Arkansas para morirse de hambre en el lugar de donde procediera.

—California —dijo—, es como el resto del mundo. Solo que está de moda.

Contesté:

—Sí, es cierto.

Preguntó:

—¿Ha estado allí?

Le dije que sí.

—Entonces, ¿usted regresa a su tierra?

Le contesté afirmativamente.

Atravesamos Texas hasta Shreveport, Louisiana, donde me abandonó para tratar de dirigirse al

Norte de Arkansas. Su semblante había aprendido, de todos modos, y bajo el ojo izquierdo advertíase la sabiduría definitiva. Aquel rostro sabía que el tic era la cosa viva. Nada más, pero al dejar a aquel hombre, por lo demás sin nada de particular, se me ocurrió, al reflexionar en lo que lo hacía notable, que si el tic lo era todo, ¿qué es lo que sería capaz de comprender que ello era así? ¿Acaso lo sabía la pata de la rana cuando se le aplicaba la corriente eléctrica en el laboratorio? ¿Conocía algo el semblante del hombre acerca del tic y cómo lo era todo? Y si yo era todo tic, ¿cómo sabía el tic que era yo que lo era todo? Ah —decidí—: he ahí el

misterio, el conocimiento secreto. Por eso hay que ir a California y tener una visión mística para descubrirlo. Y así el tic podrá saber que lo es todo. Así, al haberlo descubierto en la mística, uno se siente puro y libre.

Seguí mi viaje hacia el Oeste y al cabo de un buen tiempo arribé a casa.

Llegué a hora avanzada de la noche y me acosté. A la mañana siguiente me presenté en la oficina, bien descansado y afeitado y entré a saludar al jefe, a quien tenía grandes deseos de saludar, de ver de cerca, ya que era el hombre que ahora lo tenía todo y yo nada. O más bien, me corregí; él lo tenía todo excepto lo que yo tenía, la gran cosa: el

secreto. De manera que me corregí y con algo del modo benigno como el sacerdote mira al que trabaja y se esfuerza y se halla cubierto de sudor, penetré en las oficinas del gobernador, dejé atrás la sala del encargado de recibir las visitas y sin llamar apenas me introduje en el despacho.

Allá estaba sin haber cambiado lo más mínimo.

—¡Hola, Jack! —exclamó. Apartó los cabellos de su frente sacó los pies de encima del escritorio y vino hacia mí, tendiéndome la mano—. ¿Dónde diablos se ha metido, hombre?

—En el Oeste —dije con mucha tranquilidad, mientras estrechaba la

mano que se me tendiera—. Simplemente fui a dar un paseo en automóvil por el Oeste. Me cansé un poco de esto, por lo que tomé unas cortas vacaciones.

—¿Lo ha pasado bien?

—Maravillosamente.

—Me alegro.

—Y usted, ¿qué tal anduvo?

—Muy bien, todo ha salido bien.

Y así llegué al lugar en donde todo estaba bien. Todo estaba perfectamente, lo mismo que cuando partí, salvo que ahora estaba en posesión del secreto. Y mi conocimiento secreto hacíame aislarme. Cuando se posee el secreto no puede uno comunicarse realmente con

quien no lo posee, del mismo modo que no es posible hacerlo con el rapazuelo que revienta de tantas vitaminas con que lo han embutido y se halla muy atareado en jugar con sus bloques para edificar o con el tambor de hojalata. Y no es posible que nos llevemos a nadie a un lado para comunicarle el secreto. Si se hace, entonces, el hombre o mujer a quien tratamos de decirle la verdad cree que nos hallamos bajo algún pesar y necesitamos de simpatía, cuando la verdad es que no buscamos tal cosa sino felicitaciones. Por eso cumplí mi diaria tarea y comí el pan cotidiano y vi las antiguas caras familiares y sonreí benignamente como el sacerdote.

Era junio y hacía calor. Todas las noches, menos aquellas en que acudía a algún cine con aire acondicionado, subía a mi habitación para tenderme desnudo sobre la cama, con el ventilador eléctrico en marcha, resonando y penetrándome el cerebro, y leer un libro hasta advertir el momento en que el ruido de la ciudad habíase convertido en nada que no fuese la bocina de alguno que otro taxi o la campana y el rechinar de un tranvía que pasaba. Entonces apagaba la luz, me ponía de lado, y a dormir se ha dicho, mientras el ventilador continuaba girando y horadando mi cerebro.

En junio vi a Adam varias veces. Se

hallaba más que nunca embebido en las tareas del centro médico y cada vez más frío y más sombrío. Por supuesto, disponía de más tiempo por haber acabado las clases en la Universidad, pero cualquier alivio que ello supusiera quedaba más que desplazado por el aumento de su clientela y por su labor en la clínica. Dijo que se alegraba de verme cuando fui a su departamento y quizá se alegrase, pero no habló mucho y mientras estuve sentado allí observé que parecía sumirse cada vez más en sí mismo, hasta que experimenté la idea de que estaba tratando de hablar con alguien metido en un pozo profundo y que sería mejor que gritase si deseaba

hacerme comprender. La única vez que lo vi animado fue una noche en que luego de haber dicho que al día siguiente haría una operación, inquirí sobre el caso.

Me dijo que se trataba de esquizofrenia catatónica.

—¿Quieres decir que es un desequilibrado?

Adam hizo un ademán indicativo de que no andaba muy alejado.

—No sabía que operabas a las personas que estaban en semejante estado —dije—. Creí que les gastabas bromas y luego les recetabas baños fríos y dejabas que hicieran canastos de rafia y que refiriesen sus sueños.

—No, se les puede operar —dijo. Luego agregó casi a manera de disculpa —: Puede hacérseles una lobectomía prefrontal.

—¿Qué es eso?

—Se les quita un trozo de lóbulo frontal del cerebro, de cada lado.

Pregunté si el paciente viviría y contestó que nunca podía asegurarse, pero que en caso de vivir sería distinto.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tendrá una personalidad diferente.

—¿Como cuando uno se convierte y lo bautizan?

—Eso no imparte una personalidad diferente —dijo—. Cuando uno se

convierte no cambia de personalidad, sino simplemente se la ejercita en términos de un distinto juego de valores.

—¿Pero este individuo tendrá una personalidad distinta?

—Sí. En la forma en que se halla ahora simplemente se sienta en un sillón o se tiende de espaldas sobre la cama y contempla el vacío. La frente se le frunce. En ocasiones emite un gemido o una exclamación. Algunas veces descubrimos la presencia de síntomas de manía persecutoria. Pero siempre el paciente sufre un dolor intenso y entumecedor. Cuando lo hayamos sometido al tratamiento será diferente. Se volverá animoso, tranquilo y amable.

La frente se desarrugará. Comerá y dormirá bien y le agradará recostarse en la valla y cumplimentar al vecino por el estado de sus flores y de sus hortalizas. Será completamente dichoso.

—Si puedes garantizar resultado semejante, ganarás más dinero que una oficina de compraventa de tierras, en cuanto la noticia cunda por ahí.

—Nunca se puede garantizar nada —aseguró Adam.

—¿Qué sucede si el asunto no sale de acuerdo con Hoyle?

—Bien, ha habido casos —dijo—, no míos, gracias a Dios, en que el enfermo no salió alegremente extravertido sino completa y

animosamente amoral.

—¿Quieres decir que atropellaba a las enfermeras a la luz del día?

—Más o menos —contestó Adam—, si se le dejaba. Todas las inhibiciones ordinarias desaparecían.

—Bueno, si tu enfermo sale así mañana, ciertamente será un regalo para la sociedad.

Adam gesticuló de manera sombría y dijo:

—No será mucho peor que muchos que no han caído bajo el bisturí.

—¿Puedo presenciar la operación? —pregunté.

De pronto experimenté que tenía que hacerlo. Nunca había presenciado

ninguna intervención quirúrgica. Siendo periodista fui testigo de tres ejecuciones en la horca y una en la silla eléctrica, que es diferente. En la horca no se cambia la personalidad de nadie, sino simplemente el largo de su cuello y se le imparte una impresión singular; y en la electrocución tan solo se cocina un lote grande de carne que salta. Pero esta operación será aún más radical que lo experimentado por Pablo en el camino de Damasco. Por eso pregunté si podría presenciarla.

—¿Por qué? —inquirió Adam, estudiando mi semblante.

Le contesté que por mera curiosidad.

Dijo que sí, pero que no iba a ser

nada agradable.

—Supongo que será tan atractiva como una ejecución en la horca —comenté.

Luego comenzó a hablarme del caso. Me trazó dibujos y me mostró libros. Se animó considerablemente y habló hasta dejarme casi sordo. Estuvo tan interesante que olvidé formularle una pregunta que bullía en mi imaginación al principio de nuestra charla. Había dicho que la personalidad no cambia en el caso de la conversión religiosa, sino que simplemente es ejercida en términos de un distinto juego de valores. Bien, había sido mi intención preguntarle de qué manera —si no se producía cambio de

personalidad— la persona conseguía un juego diferente de valores en relación con los cuales ejercitarla. Pero se me había ido de la imaginación en aquel instante. De todos modos, presencié la operación.

Adam me vistió de forma que pudiera acompañarlo al anfiteatro. Traído el paciente fue colocado sobre la mesa de operaciones. Era un individuo alto y flaco, de nariz acaballada y expresión agria que me recordaba vagamente a Andrew Jackson o a un evangelista de regiones apartadas; no obstante el turbante estaba echado bastante atrás y la parte delantera de la cabeza había sido dejada al descubierto,

afeitada. Le pusieron la máscara y perdió el conocimiento. Después Adam sacó el escalpelo y realizó un corte limpio a través de la parte alta de la cabeza y hacia abajo en cada sien, luego de lo cual peló simplemente la piel tirándola hacia delante. Su labor habría hecho parecer bisoño a cualquier comanche veterano en arrancar cabelleras. Entretanto estaban limpiándole la sangre que manaba en abundancia.

Más tarde Adam dedicose a la verdadera tarea. Utilizaba un aparato que era como un taladro con su mecha y con él abrió cinco o seis agujeros a cada lado del cráneo. Luego tocó el turno a la

que previamente me había indicado como sierra Gigli, algo que parecía un cable ordinario, con el que aserró el hueso hasta dejar una aleta suelta a cada lado del frente de la cabeza para poder doblarlo y llegar al verdadero mecanismo del interior. O poder hacerlo tan pronto cortase la membranita pálida conocida como meninges.

Por entonces había transcurrido más de una hora, o al menos me lo pareció, y me dolían los pies. El ambiente era muy caluroso además, pero no me mostré excitado, ni aun a causa de la sangre. Para empezar, aquel hombre tendido sobre la mesa de operaciones no parecía real. Olvidé por completo que fuese un

hombre y proseguí observando el fino trabajo de carpintería que estaba efectuando, sin prestar demasiada atención a las características del proceso, indicadoras de que lo que se hallaba sobre la mesa era un ser humano. Por ejemplo, la enfermera continuó tomando la presión sanguínea y de tanto en tanto manejaba un aparato para transfusiones, pues estaban continuamente efectuándolas de una botella instalada en lo alto y de la que partía un tubo.

Todo anduvo bien hasta que comenzaron a cauterizar. Para extirpar las partículas del cerebro se valen de un artefacto eléctrico que no es sino una

varillita de metal embutida en un mango con un cordón para electricidad que parte del mismo. En conjunto parece una tenacilla para rizar el cabello. En verdad, durante todo el acto me dio la impresión de que todo el costoso instrumental era muy lógico, sencillo y familiar y me trajo a la memoria los utensilios que se veían en cualquier hogar bien equipado. Despojando de algo la cocina y de un poco a la vez el tocador de nuestra esposa, podremos contar con lo suficiente para instalarnos por cuenta propia.

Bien, en el proceso del termocauterio esta varilla es la que procede a cortar o más bien a quemar.

Se produce un poco de humo y mucho olor. Al menos así me pareció. Al principio no fue del todo malo, pero luego recordé dónde había olido algo igual. Había sido una noche, muchos años antes, cuando el establo había ardido en el Landing y no había sido posible sacar todos los caballos a tiempo. El olor de los caballos que se tostaban invadía la atmósfera, húmeda y pesada, y era imposible no advertirlo a pesar de que ya había dejado de oírse los relinchos de las bestias. Tan pronto advertí que el olor del cerebro chamuscado era como el de los caballos, ya no me sentí bien.

Pero permanecí en el lugar. La

operación duró horas y horas, pues no puede cauterizarse sino un trocito a la vez, y es necesario ahondar cada vez más. Permanecí allí hasta que Adam tiró de las aletas para volver a colocarlas en su lugar, lo mismo que la piel, y todo volvió a quedar como antes.

Luego, los trocitos arrancados del cerebro fueron arrojados a un recipiente para que forjasen sus pequeños pensamientos en algún cubo de basura y lo que quedaba dentro del cráneo abierto del flaco individuo fue cosido y dejado para que pensase, ahora con una nueva personalidad.

Cuando Adam y yo salimos y nos lavamos, mientras estábamos

quitándonos las batas le dije que se había olvidado de bautizarlo.

—¿Bautizarlo? —inquirió mientras se quitaba la bata.

—Sí, porque ha nacido de nuevo y no de ninguna mujer. Yo te bautizo en nombre del Gran Tic, del Pequeño Tic y del Espíritu Santo que sin duda es también Tic.

—¿De qué diablos estás hablando? —preguntó.

—De nada. Estaba tratando de bromear simplemente.

Adam adoptó una sonrisita indulgente pero no pareció creer que la cosa fuese tan divertida. Y al pensar en ella ahora no veo que en verdad lo

fuera, aunque en aquel momento sí me lo pareció. Creí que haría reventar de risa a alguien. Claro que aquel verano, desde lo alto de mi sabiduría olímpica, pensé divertidas muchas cosas que ahora no me lo parecen.

Después de la operación no vi a Adam durante bastante tiempo. Fue hacia el Este, por asuntos de negocios, supongo que en relación con el hospital. Luego, a su regreso, aconteció lo que dejó al jefe casi en situación de tener que dedicarse a la busca de un nuevo director.

Lo que sucedió fue cosa simple y nada difícil de predecir. Una noche, Anne y Adam, que cenaron juntos,

subieron las escaleras de su casa y vieron en el descansillo una figura vestida de blanco y con el panamá puesto. Un hombre alto, delgado, con el cigarro reluciendo en la oscuridad, saliendo del lugar en que tendría que estar la boca y exhalando un exquisito aroma en competencia con el olor a repollo. El individuo se quitó el sombrero, que metió ligeramente bajo el brazo, y preguntó si Adam era el doctor Stanton. Ante la respuesta afirmativa del interesado, el otro dijo que su nombre era Coffee, Hubert Coffee, e inquirió si podría entrar a conversar un instante.

Penetraron todos en el piso y Adam quiso saber el motivo de la visita del

extraño. Allí estaba de pie con su traje blanco y bien planchado, sus zapatos de dos colores, sin duda con intrincadas costuras y agujeros en el cuerpo (pues he descubierto que Coffee es todo un *dandy* —dos trajes blancos por día y calzoncillos de seda, blancos, con monograma rojo, dicen, calcetines de seda rojos, y zapatos muy limpios) y carraspeó y alargó su rostro nudoso, largo y amarillento, tosió discretamente y señaló de manera significativa a Anne — que luego me lo refirió —con aquellos ojos color aceite de automóvil usado. Anne, que fue mi fuente de información en cuanto al acontecimiento, pensó que el hombre se sentiría enfermo,

por lo que se disculpó y fue a la cocina a guardar en la nevera eléctrica un gran vaso de helado que acababa de adquirir en una tienda de la esquina. Sus planes eran pasar la velada tranquilamente en compañía de Adam. (Aunque sus breves visitas a Adam ese verano deben haber sido poco tranquilas para ella. Siempre tendría presente en su imaginación lo que sucedería cuando el hermano averiguase cómo pasaba las veladas. ¿O era capaz de apartar de su pensamiento esa cuestión de la manera que cerramos algunas habitaciones en una casa grande, y sentarse completamente tranquila en el acogedor gabinete, que acaso ya no lo fuese tanto? Y sentada allí, ¿escucharía

siempre el crujir de las tablas del piso o los pasos incesantes en las habitaciones superiores y cerradas?).

Después de haber colocado el helado en la nevera observó que había algunos platos sucios en la pila, por lo cual se puso a lavarlos, a fin de no entrometerse mientras los hombres conversaban en el otro aposento. Apenas había terminado cuando cesó el incomprensible murmullo de las voces. Fue ese silencio repentino lo que ella advirtió. Luego se produjo un golpe seco (así fue cómo lo describió) y la voz del hermano gritó: «¡Váyase!». Después de lo cual se oyó cómo alguien se movía con rapidez y cerraba con fuerza la

puerta del piso.

Anne penetró en el *living* donde Adam se hallaba de pie en el centro, completamente pálido, la mano derecha sobre el estómago y acariciándosela con la izquierda y la mirada fija en la puerta. Cuando la muchacha hizo su entrada, se volvió lentamente hacia ella y dijo:

—Le he atizado un golpe. No fue mi intención hacerlo. Jamás he golpeado a nadie.

El golpe recibido por Hubert debió haber sido fuerte, pues el nudillo se le había rajado y se hinchaba. Adam era delgado aunque con mucho empuje. De todos modos, allí estaba acariciándose la mano, con expresión de incredulidad

en el semblante. Incredulidad al parecer en su propio proceder.

Muy agitada, Anne le preguntó qué sucedía.

Lo cual, como ya he dicho, era bien sencillo y previsible. Gummy Larson había enviado a Hubert Coffee, que debido a sus trajes blancos y sus calzoncillos del mismo color, de seda y con rojo monograma, suponíase dotado de finura y de buenos modales, para que tratase de persuadir al doctor Stanton de que a su vez utilizara su influencia para convencer al jefe de que fuese otorgado el contrato básico para la construcción del centro médico a Larson. Adam no se enteró de todo, pues podemos tener la

seguridad de que Hubert no hizo mención del hombre entre bastidores en la etapa exploratoria de la entrevista. Pero tan pronto como oí el nombre de Coffee supe que se trataba de Larson. El enviado jamás pasó de la etapa exploratoria en esa entrevista, pero, al parecer, se extendió ampliamente durante ella. Al principio Adam no comprendió la finalidad perseguida por el visitante y este pensó que cualquiera de sus sutilezas serían inoperantes para con Stanton y fue derecho al grano. Pero no pasó del punto en que dejó entrever que habría algunos confites para el doctor antes de que finalmente tocara el botón que originó la explosión.

Todavía presa de incredulidad y sin dejar de acariciarse la mano entumecida, Adam relató a Anne con voz distante todo lo ocurrido. Terminado el relato se agachó para recoger la colilla de un cigarro que iba haciendo lentamente un agujero en la alfombra verde y vieja, la cual atravesó, sosteniendo a cierta distancia la hedionda colilla que lanzó al hogar de la chimenea, donde aún se veían (como observara durante mis visitas) las cenizas del último fuego de la primavera y algunos trozos de papel y de cascaras de naranja del verano. Después deshizo el camino y aplastó el lugar que ardía, con una especie de salvajismo

simbólico. Por lo menos fui capaz de imaginarme ese cuadro.

Tomó asiento ante su mesa y se puso a escribir. Una vez terminado se volvió hacia Anne, a quien anunció que había redactado su renuncia. Ella no dijo ni una palabra. Sabía, según me indicó, que era inútil discutir con él acerca del asunto, hacerle ver que no era culpa del gobernador Stark, ni tampoco de su labor el que un sinvergüenza hubiese llegado hasta él con ánimo de sobornarlo. Con mirarlo a la cara sabía que era inútil hablarle. En otras palabras, Adam debía hallarse en las redes de una retirada instintiva que tomó la forma de indignación y de rebeldía

moral pero que sin duda era distinta de cualquiera de ambas, bastante más arraigada también y, finalmente, irracional. Se levantó de su asiento y dio algunas zancadas a través de la habitación, al parecer presa de gran excitación. Hasta parecía contento, dijo Anne como si estuviera a punto de estallar de risa, como contento de que hubiese sucedido. Luego recogió la carta y la cerró.

Anne tuvo miedo de que fuese a depositarla en el buzón inmediatamente, pues permaneció en el centro del aposento, dándole vueltas entre los dedos, como si estuviese debatiendo el asunto. Pero en lugar de salir, la apoyó

sobre la repisa de la chimenea, antes de dar algunas vueltas más por el piso y de arrojarse sobre el taburete del piano, cuyas notas comenzó a arrancar. Así permaneció durante más de dos horas, una cálida y serena noche de julio, con el sudor chorreándole el rostro. Anne se mantuvo sentada, según me dijo, temerosa y sin saber de qué.

Cuando se cansó de tocar y volvió hacia ella el rostro bañado de sudor, Anne fue a buscar el helado y pasaron un rato alegre y familiar. Más tarde abandonó el piso y se dirigió a su casa en automóvil.

Me llamó por teléfono. Nos vimos en un bar abierto, durante la noche, a

través de la mesa del reservado; la vi por vez primera desde aquella mañana de mayo en que había estado en la puerta del piso y leído la pregunta en mi semblante y contestado lenta y afirmativamente con un simple movimiento de cabeza. Cuando oí su voz aquella noche por teléfono, mi corazón dio un pequeño salto, como la rana en el estanque, lo mismo que tiempo atrás. Por el momento, lo ocurrido bien pudo no haber ocurrido. Mas había acontecido, y lo que experimentaba mientras el taxi se deslizaba ciudad abajo en dirección al bar, era la taimada y biliosa satisfacción de haber sido llamado por algún motivo especial al

que otro no podría responder. Pero semejante satisfacción se olvidó hasta de ser taimada y biliosa por el momento, para convertirse en simple satisfacción al instante en que la vi, de pie, detrás de los cristales del establecimiento. Una figura primorosa y esbelta, ataviada con un vestido verde con lunares menudos y una especie de chaqueta blanca colgada del brazo desnudo. Traté de descubrir la expresión de su semblante, pero antes de conseguirlo sonrió al observarme.

Era una sonrisa como de disculpa, apenas esbozada, que decía «por favor» y «muchas gracias» a la vez, junto con la inocente y absoluta confianza de que triunfaría lo mejor de nuestros

sentimientos. Atravesé el cálido pavimento en dirección a la figura del vestido verde con lunares situada detrás de los cristales, como algo que se exhibe en una vitrina para ser admirado pero no tocado. Luego puse la manos sobre el vidrio de la puerta, abrí y abandoné la calle donde el aire era cálido y pesado como el baño turco y donde el olor de gasolina se mezclaba con el nauseabundo y empalagoso del río que invadía la atmósfera de la ciudad durante las noches tranquilas del verano, y penetré en el ambiente fresco, brillante y antiséptico de detrás de los vidrios, donde estaba su sonrisa, pues nada existe más fresco, más brillante ni

más antiséptico que el bar de la esquina en una cálida noche de verano. Sí, Anne Stanton se hallaba detrás de la puerta y el aire acondicionado funcionaba.

Su sonrisa me inundó. Sus ojos se posaron directamente en mí y me tendió la mano. Al tomarla, pensé, como si acabase de descubrir el hecho, cuán fresca, firme y pequeña era.

—Parece que siempre tengo que llamarte, Jack.

—Oh, no tiene importancia —dije, y le solté la mano.

No pudo ser más de un instante lo que estuvimos allí sin hablarnos, pero pareció un período largo y lleno de embarazo, como si ninguno de los dos

tuviese nada que decir, hasta que ella lo interrumpió diciendo que tomásemos asiento.

Comencé a moverme en dirección hacia los reservados. Con el rabillo del ojo advertí que hizo un movimiento, rápidamente reprimido, para colgarse de mi brazo. Al advertir el hecho, la satisfacción que por un instante no fuera sino pura satisfacción volvió a convertirse en la taimada y biliosa con la que me pusiera en viaje para reunirme con Anne.

Y continuó siéndolo en tanto permanecí sentado en el reservado contemplándola, observando su semblante, no sonriente ya, sino

mostrando la tensión y la tirantez de la piel y los huesos delgados y también, según supuse, los años transcurridos desde el verano en que tomamos asiento en el coche y cantó a Jackie-Bird, y prometió no permitir que nadie lastimase al pobrecillo Jackie-Bird. Bueno, sí, había mantenido su promesa, pues Jackie-Bird había emprendido el vuelo aquel verano, antes de la llegada del otoño, hacia algún lugar de mejor clima donde nadie lo lastimaría jamás y del que nunca había regresado. Por lo menos yo no lo había vuelto a ver desde entonces.

Ahora hallábase sentada frente a mí y me refería por encima de nuestros

vasos de «Coca-Cola» lo ocurrido en el piso de Adam.

—¿Qué deseas que haga? —inquirí cuando hubo terminado su relato.

—Ya lo sabes —contestó.

—¿Deseas que lo convenza para que se quede?

—Eso es.

—Será algo difícil.

Asintió con un movimiento de cabeza.

—Será difícil —repetí— porque está procediendo completamente como un loco. Lo único que puedo probarle es que si ese bastardo de Coffee ha tratado de sobornarlo, ello no indica sino que el trabajo se halla sin adjudicar en tanto

Adam desee mantenerlo en esa forma. Y también que alguien ha declinado aceptar un soborno. Y hasta que Tiny Duffy es hombre honesto. O —agregué — que no ha sido capaz de entregar la mercancía.

—¿Tratarás de hacer algo? —preguntó ella.

—Sí, pero no abrigues mucha esperanza. No puedo hacer sino probar a Adam lo que ya sabría si no hubiese estado loco. Posee esa moral que justamente le hace encogerse. No le agrada jugar con individuos bruscos. Tiene miedo de que le ensucien su traje de Lord Fauntleroy.

—Eso no es justo —estalló Anne.

Me encogí de hombros y luego dije:

—Bueno, de todos modos, probaré.

—¿Qué harás?

—No me queda más que un camino. Ir a ver al gobernador Stark y convencerlo de que arreste a Coffee por intento de soborno a un funcionario, cosa que Adam es, y llamar a este para que jure que los cargos son ciertos. Si es que accede a jurarlo. Eso deberá mostrarle cómo andan las cosas, que el jefe lo protegerá y… —hasta ese momento no había pensado sino en la parte referente a Adam, pero ahora me pasaron por la imaginación las posibilidades de la situación— no hará mal el jefe en darle un escarmiento a

Coffee. Sobre todo si ello repercute sobre el que maneja los hilos. Podría reventar a Larson. Y una vez quitado este de en medio, MacMurfee no significaría mucho. También podría cargar la romana sobre Coffee si tú… —Me detuve de golpe.

—¿Si yo qué? —preguntó.

—Nada —dije, y experimenté como cuando uno cruza alegremente el puente colgante y de pronto comienza a levantarse.

—¿Qué? —preguntó.

Miré sus ojos serenos y vi la manera como tenía cerradas las mandíbulas y supe que podría hablar. Anne sería capaz de machacar hasta hacer que

hablara, por lo que dije:

—Si tú fueras testigo.

—Lo haré —aseguró sin vacilar.

Meneé la cabeza.

—No, no servirá de nada.

—Lo haré.

—No; repito que de nada servirá.

—¿Por qué?

—Porque no. Después de todo no presenciaste nada.

—Yo estaba allí.

—Sería testimonio de quien lo ha oído y nada más. De nada serviría.

—No sé, no entiendo de esas cosas. Pero sé esto. Sé que no es la causa de que hayas cambiado de opinión. ¿Qué te hizo cambiar de manera de pensar?

—Nunca has ocupado el banco de los testigos. Ignoras lo que supone tener a tu lado un abogado ladino mientras estás sudando a la vista de todo el mundo.

—Lo haré —insistió.

—No.

—No me importa.

—Escucha —dije, y cerré los ojos y me largué del extremo del puente colgante—, si crees que el abogado de Coffee te va a dejar así estás tan loca como Adam. Será ladino y astuto y no mostrará nada de la caballerosidad de los del Sur.

—¿Quieres decir…? —comenzó, y advertí que había comprendido la idea.

—Exactamente —aseguré—. Puede ser que nadie sepa nada hasta ahora, pero todo el mundo podrá saberlo después de haber comenzado la función.

—No me importa —dijo, y levantó un poco más la barbilla.

Vi las pequeñas arrugas de la piel en su cuello, justamente esas arrugas tan insignificantes, las marquitas dejadas día a día por los infinitesimales tirones de los hilillos de gasa que el tiempo, coloca alrededor de los más lindos cuellos para agarrotarlos. Los hilillos son tan tenues que se quiebran a diario, pero las marcas quedan finalmente y llega el día en que aquellos resisten y es lo suficiente. Observé las marquitas

cuando Arme levantó la barbilla y advertí que antes nunca me había percatado de ellas y que en adelante siempre las vería. De pronto me encontré de una manera espantosa —verdaderamente mal, como si me hubiesen dado un golpe en el estómago o me viera frente a una horrenda traición—. Y luego, antes de que me percatase de ello, me invadió la cólera y hablé:

—Sí, no te importa, pero no olvides una cosa. No has tenido en cuenta que Adam se hallará sentado allí y mirando frente a frente a su hermanita.

Su cara se volvió blanca como el papel.

Luego bajó la cabeza un poquito y se

puso a mirarse las manos, apretadas alrededor del vaso vacío de «Coca-Cola». La cabeza estaba bastante agachada, por lo que no me era posible verle los ojos, sino los párpados que los cubrían.

—Querida, querida —dije. Luego, al tomarle las manos apretadas alrededor del vaso, se me escaparon las palabras —: Anne, Anne, ¿por qué hiciste eso?

Era una pregunta que jamás había pensado formular.

No contestó por el momento. Luego, sin levantar los ojos, dijo:

—No era como los demás. No como los que he conocido. Y lo quiero. Creo que lo quiero y me parece que esa es la

razón.

Consideré que yo mismo había pedido la respuesta.

—Además —continuó— me dijiste algo acerca de mi padre. Después de aquello no existía motivo para que no lo hiciera. Quiere casarse conmigo —aseguró.

—¿Consentirás en ello?

—Por ahora, no. El divorcio iría en perjuicio suyo.

—¿Pero aceptarás?

—Quizá más tarde. Después que sea senador. El año que viene.

Una parte de mi imaginación hallábase atareada repitiendo: «El Senado. El año que viene. Eso quiere

decir que no permitirá la vuelta del viejo Scoggan. Es raro que no me lo haya dicho». Pero la otra parte, que no era el hermoso, fresco y acerado archivo con sus fichas por orden alfabético, hervía como una caldera de brea. Una enorme burbuja se elevó y explotó de esa caldera y fue mi voz que decía:

—Bien, supongo que sabes a lo que te expones.

—No lo conoces —dijo con voz más baja que anteriormente—. Has estado a su lado todos estos años y no lo conoces lo más mínimo. —Luego levantó la cabeza y me miró directamente en los ojos—. No lamento nada de lo sucedido —agregó bien claramente.

Me dirigí a mi hotel a lo largo de la calle bajo un cielo magnífico y vibrante, aspirando los vapores de la gasolina acumulados durante el día y el olor pantanoso del río que estaba muy bajo y que la noche elevaba hasta las calles y pensando, sí, pensando que conocía el motivo.

La respuesta se hallaba en los años anteriores y en las cosas ocurridas y no ocurridas en ellos.

La respuesta estaba en mí, que le había dicho:

«No le dije sino la verdad —hablé salvajemente para mí mismo—, y no

puede censurarme por ello.»

¿Pero había alguna propiedad inherente en la misma naturaleza del mundo y en la mía para que fuese yo quien le dijera la verdad? Tuve que formularme también esa pregunta. Y no pude estar seguro de la respuesta. De ahí que fuese calle abajo, dando vueltas y más vueltas a la pregunta en mi imaginación, sin hallar respuesta, hasta que perdió significado y se desvaneció como algo que se nos va de entre los dedos. Habría hecho frente a la responsabilidad y a la culpa en caso de haberlas conocido. ¿Pero quién es capaz de decirnos…?

Y por eso seguí caminando y al cabo

de un rato recordé que había dicho que nunca había llegado a conocerlo. Nada menos que a Willie Stark, a quien tratara desde hacía años, desde que era el primo Willie del campo, el muchacho de la corbata regalo de Navidad que había penetrado en el aposento del fondo del establecimiento de Slade. Seguro que lo conocía. Como a un libro. Y desde mucho tiempo atrás.

«Demasiado —pensé—, demasiado para conocerlo». Porque quizás el tiempo me había cegado o más bien no me había percatado del transcurso del tiempo y siempre el semblante redondo de Willie Stark habíase interpuesto entre mí y el otro rostro de modo que

realmente nunca le había visto. Excepto quizás en aquellos instantes en que se había inclinado hacia la muchedumbre y los cabellos le habían caído sobre la frente y los ojos casi se le habían saltado y la muchedumbre rugía y yo sentí como una especie de marea en mi interior y que estaba al borde de la verdad. Pero siempre había vuelto a interponerse la cara de Willie Stark con la corbata de Navidad.

Pero no ahora. La vi, enorme, más grande que una mesa de billar. Las guedejas caíanle a modo de melena. El mentón grande, los labios gruesos y juntos, como obra de albañilería, y los ojos ardientes y saltones.

Era extraño que no la hubiese visto antes en toda su realidad.

Aquella noche telefoneé al jefe; le conté lo sucedido tal como Anne me lo refiriera y le sugerí la conveniencia de que Adam firmase una declaración contra Coffee. Dijo que lo hiciese, que hiciese cualquier cosa con tal de retener al doctor. Por eso me fui al hotel y me tendí en la cama hasta que el empleado me llamó a las seis de la mañana, y todo este tiempo estuvo funcionando el ventilador eléctrico. A las siete ya me hallaba en casa de Adam con una simple taza de cacao por todo alimento, recién

afeitado y con los ojos que se cerraban de sueño.

Me di de lleno al asunto. No era nada fácil la tarea que yo mismo me asignara. En primer lugar tenía que alistar a Adam en el lado de la justicia y de la rectitud, convenciéndolo de la necesidad de firmar una declaración contra Coffee. Mi método, por supuesto, era demostrar que estaba deseoso de una oportunidad para ir contra Coffee e indicar la alegría del jefe ante semejante hazaña. Luego hube de dirigirlo hacia el descubrimiento, que sería todo obra suya, de que ello implicaba que Anne habría de aparecer como testigo. Más tarde hacerme el tonto y declarar que

ello jamás me hubiera pasado por la imaginación. El peligro, tratándose de un individuo como Adam, estribaba en que daríase de tal modo a procurar que se hiciera justicia, que permitiría que Anne declarase como testigo, contra viento y marea. Casi lo hizo, pero le tracé un cuadro sombrío de la escena ante un tribunal (aunque no la mitad de lo que hubiera sido en verdad), rehusé tomar parte en la cuestión, le insinué que no era un buen hermano y terminé con una vaga noción de estar yo mismo dispuesto a que el individuo me abordase sobre la cuestión. Yo le tendería un lazo y demás. De manera que Adam abandonó toda idea referente a la

acusación, pero retuvo la noción de que él y el jefe tendrían que trabajar al unísono para mantener expedito el camino en lo concerniente al hospital.

Precisamente cuando nos disponíamos a abandonar el piso se llegó hasta la chimenea, de cuya repisa tomó las cartas selladas, en espera de ser echadas al correo. Yo me había percatado de la de encima, la dirigida al jefe. De manera que mientras daba vuelta a las misivas en su mano se la quité y dije con la mejor de mis sonrisas:

—Demonio, esto no te servirá para nada —la rompí y guardé los pedazos en mi bolsillo.

Subimos en su automóvil, y lo acompañé hasta su oficina. Habría permanecido todo el día junto a él, de ser posible, para no perderlo de vista. De todos modos, no dejé de conversar animadamente durante todo el camino, para mantener su imaginación distraída. Mi charla era tan alegre y animada como el cantar de un pajarillo.

Y así prosiguió el verano, hinchándose lentamente como un gran fruto y todo fue como antes. Iba a la oficina, regresaba al hotel, unas veces comía y otras no, y me tendía bajo el ventilador y leía hasta bien tarde. Vi las

mismas caras, Tiny, el jefe, Sadie Burke, todas las que había conocido durante tanto tiempo y visto tan a menudo que no observé los cambios operados en ellas. Pero no vi a Anne ni a Adam durante un largo período. Ni tampoco a Lucy Stark, que residía ahora en el campo. El jefe seguía visitándola de tanto en tanto por guardar las apariencias y seguía fotografiándose entre las *leghorn* blancas. Algunas veces aparecía también Tom y acaso Lucy, con un cerco de alambre al fondo y las gallinas al frente. «El Gobernador Willie Stark y su familia», expresaba la leyenda.

Sí, esas fotografías eran un crédito para el gobernador. La mitad de los

habitantes del Estado sabían que el jefe había estado de picos pardos durante años, pero las fotografías de las gallinas blancas y la familia daba a los votantes cierta satisfacción, los hacía sentirse firmes, virtuosos, pensar en el pan de especias y en el suero de manteca fresco; y si, no demasiado lejos, había el brillo de un *negligée* de encaje negro y una vaharada de costoso perfume podrían alegar: «Bien, no se le puede censurar esa debilidad. Lo han hecho caer en la trampa». Ello no significa sino que el jefe vivía sus dos vidas, privilegio al parecer de los superiores y los elegidos. Era lo mismo que hacía el votante cuando se quedaba libre y subía

a la ciudad para asistir a la convención de negociantes de muebles y daba un par de dólares al muchacho del hotel para que dejase subir a la chica a su habitación. O si no lo hacía a lo grande, se encaminaba a la ciudad con su camión cargado de cerdos y, por un par de dólares, se hacía el gusto en un burdel. Pero de una u otra manera, el votante sabía lo que significaba y deseaba a la vez el pan de especias de su mujer y el *negligée* de encaje negro y no iba contra el jefe por tener ambas cosas. Lo que habría blandido en contra de él era el divorcio. Anne tenía razón en cuanto a eso. Habría perjudicado al jefe. Entonces habría sido muy distinto y

habría despojado al votante de algo que valoraba mucho: la simpática y cálida sonrisa de la complacencia; la fotografía frente al gallinero que le halagaba a él y a su gruesa o delgada mujer.

Entretanto, si el votante sabía que el jefe había andado de picos pardos durante algunos años y era capaz de nombrar la media docena de damas afectadas, no sabía una palabra acerca de Anne Stanton. Sadie lo había averiguado, pero no era ningún milagro. De acuerdo con mis conocimientos nadie más lo supo, ni siquiera Duffy con su ingenio elefantino, su respiración dificultosa y su mirar de soslayo. Acaso lo supiese Sugar-Boy, pero era digno de

toda confianza. Lo sabía todo. El jefe no se cuidaba de decir nada delante del irlandés o junto a él, nada…, es decir, de lo que quisiera decir. Y en ese terreno posiblemente quedara mucho por decir. En una oportunidad el diputado Randall estaba en la biblioteca con el jefe, Sugar-Boy y yo, yendo de un lado para otro mientras el jefe impartía instrucciones acerca de la manera de proceder cuando la moción Milton-Broderick fuese presentada al Congreso. Las instrucciones eran bien claras y terminantes y el diputado no dejaba de mirar nerviosamente a Sugar-Boy. El jefe lo advirtió y dijo:

—¡Vaya al diablo! ¿Tiene miedo de

que Sugar-Boy descubra algo? Bueno, tiene razón, ha averiguado algo. Vamos, Sugar-Boy ha descubierto mucho. Sabe más acerca de este Estado que usted. Y confío en él muchísimo más que en usted. ¿Verdad que es buen compañero, Sugar-Boy?

El interpelado sonrió mientras el semblante enrojecía de placer y los labios comenzaban a moverse y la saliva a volar en tanto se preparaba para hablar.

—Sí, Sugar-Boy es mi compañero, ¿verdad, Sugar-Boy? —dijo. Le dio unas palmadas en el hombro y luego se volvió hacia el diputado, mientras el otro se las ingeniaba para contestar:

—Sí…, so-so-soy su compañero…, y… no, no, no hablaré nada.

Sí; Sugar-Boy probablemente lo sabría, pero podía contarse con él.

También Sadie era digna de confianza. Me había dicho algo del asunto, pero fue bajo el impulso del primer furor y yo (he pensado en ello con cierto humor sombrío) era de la familia, por así decirlo. Pero ella no lo diría a nadie más. No tenía ningún confidente, pues en nadie confiaba. Ni demandaba simpatía alguna, pues no la había en el mundo en el que había crecido. Y era mucha su paciencia. Estaba convencida de que él iba a volver. Entretanto, dedicábase a ponerlo

furioso, o a tratar de ponerlo, pues la cosa no era tan sencilla, o era ella la que se enfurecía y creeríase que iban a arrojarse uno contra otro en medio del frenesí a que llegaban. Por entonces no era fácil decir si era el frenesí del odio o del amor lo que los había hecho enzarzarse en discusión tan violenta. Y al cabo de tantos años probablemente no importaba lo que fuese. Los ojos de Sadie despedían chispas en el rostro blanco como el yeso marcado de viruelas y el cabello negro era como si se levantase y se pusiese de electricidad y las manos accionaban en ademán de romper y desgarrar. Mientras la inundación de su sangre llovía sobre él,

su cabeza grande movíase pesadamente de un lado para otro y sus ojos seguían todos los movimientos de la muchacha, soñolientos al principio, vivamente después, hasta que se levantaba, latiéndole fuertemente las sienes y con el puño derecho en alto. Luego lo dejaba caer sobre la palma de la otra mano y gritaba:

—¡Calla, Sadie! ¡Maldita seas!

O a lo mejor no había ninguna escaramuza durante algunas semanas. Sadie trataba al jefe con frialdad, no entrevistándose con él sino por asuntos de rutina, permaneciendo tranquilamente de pie mientras hablaba. Y así, de pie ante él, lo estudiaba con aquellos ojos

negros en los que la llama se hallaba adormecida. Bueno, pero Sadie sabía esperar; lo había aprendido bastante tiempo atrás. Había tenido necesidad de esperar para todo lo que consiguiera de este mundo.

Y así prosiguió el verano y todos lo vivimos. Era un modo de vivir y cuando se ha vivido de alguna manera durante un tiempo uno se olvida de que hubo otra manera y de que aún habrá alguna otra. Hasta cuando se produjo el cambio no nos pareció tal cosa sino una extensión y una repetición.

Se produjo a través de Tom Stark.

Era perfectamente previsible. De un lado estaba el jefe y del otro

MacMurfee. Este no tenía dónde elegir. Era necesario que continuase combatiendo al jefe, ya que Willie no quería trato con él y si (parecía más un caso de *sí y cuando*) alguna vez el jefe derrotaba a MacMurfee en la cuarta sesión, Mac tendría que abandonar. De ahí que no tuviese dónde elegir y que se sirviera de todo lo que estuviese al alcance de sus manos.

Y las puso sobre un individuo llamado Marvin Frey, anteriormente ignorado por la fama. El hombre tenía una hija llamada Sibyl, también ignorada por la fama si bien no, al decir del señor Frey, por Tom Stark. La cosa era bien simple, no una nueva vuelta de la

trampa, ni siquiera una nueva línea en el libreto. Un viejo remedio casero. Simple. Simple y sórdido.

El ultrajado padre, con un amigo como testigo y protector sin duda, visitó al gobernador y le expuso el caso. Salió de allí, blanco el semblante y temblando de rabia, pero cuando menos con fuerza para caminar. Recorrió el largo trozo de alfombra desde la puerta del despacho del jefe hasta la del corredor, sin el suficiente apoyo del acompañante, cuyas piernas también parecían haber perdido fuerzas, y se fue.

Luego el timbre que había sobre mi escritorio comenzó a sonar violentamente; la lucecita roja indicaba

que se me llamaba con urgencia y cuando establecí comunicación oí que el jefe llamaba con premura. Una vez en su presencia expuso el caso y me asignó dos toreas; primera: echarle el guante a Tom Stark; segunda: averiguar lo posible acerca del tal Marvin Frey.

Fueron necesarios todo el día y los esfuerzos de la mitad de la patrulla de la Policía de tráfico para localizar a Tom Stark que, según las averiguaciones, se hallaba en una caseta de pesca en Bigger's Bay con varios compinches, algunas muchachas y una cantidad apreciable de vasos húmedos y de aparejos de pescar secos. Eran casi las seis de la tarde cuando lo trajeron y en

aquel instante me encontraba en la sala de recepción.

—Eh, Jack, ¿qué demonios le pasa ahora? —preguntó y señaló con la cabeza en dirección a la puerta del jefe.

—Ya te lo dirá —contesté, y contemplé cómo iba hacia la puerta, un muchachote maravillosamente formado, con su pantalón sucio de dril blanco, sus sandalias, y una camisa de seda azul pálido, de mangas cortas, que se adhería a sus músculos pectorales y casi dejaba al descubierto los curtidos bíceps. La cabeza, cubierta con un gorro de marinero blanco, iba algo echada hacia delante, sin moverse apenas, y los brazos colgaban a los costados

ligeramente encorvados. Al observar aquellos brazos pensábase que eran armas acabadas de aflojar y que iban listas y dispuestas dentro de la vaina. Penetró resueltamente en la oficina del gobernador sin llamar y yo me retiré a la mía para esperar que la polvareda se asentase. Sea como fuere, Tom no se avendría por las buenas, ni siquiera ante el jefe.

Media hora más tarde salió el mocito y el portazo fue tal que los retratos de los anteriores gobernadores, encuadrados en sus pesadas molduras doradas y colgados en las paredes del gran salón de recepción, se estremecieron como las hojas en otoño

ante un vendaval. El jefe me dijo después que Tom lo había negado todo, si bien después lo había admitido mirando al padre con una expresión de esas que indican: «¿y a ti qué diablos te importa?» en los ojos. El jefe estaba como para amarrarlo cuando lo vi unos minutos después de la partida de Tom. No le quedaba sino un leve consuelo —desde el punto de vista legal—. Tom había sido uno de los tantos del pelotón de amigos de Sibyl, de acuerdo con las manipulaciones del inculpado. Pero aparte del punto de vista legal, eso era lo que hacía enloquecer más al jefe. Que Tom fuese uno del montón. Ello sería conveniente en cualquier discusión

relativa a la paternidad del hijo de Sibyl, pero parecía lastimar el orgullo del jefe.

Ya había encontrado a Tom, y este comparecido ante su presencia, en cumplimiento de la primera de las tareas que me fueran encomendadas. La segunda llevó algo más de tiempo. Parece que no había mucho que averiguar acerca del tal Marvin Frey. Era peluquero del único hotel de una ciudad de regular tamaño, Duboisville, en la cuarta sección, jugador, con la raya afilada como un cuchillo en sus bien planchados pantalones, pomada en sus cabellos en decadencia, manos como guantes blancos de goma hinchados, el

programa de las carreras en el bolsillo posterior, la nariz blanda e informe con las venas cortadas como pequeñas enredaderas color púrpura, el aliento suave y perfumado con sensén y los ojos colorados. Era viudo y vivía con sus dos hijas. No es mucho lo que hay que averiguar acerca de individuo semejante como ya se habrá comprendido. Sin duda tiene un alma inmortal que resulta individual y preciosa a los ojos de Dios y constituye esa única aglomeración de energía atómica conocida como Marvin Frey, pero ya se sabe todo cuanto le concierne. Se conocen sus chistes, ese insinuante «je-je» a través de la nariz que le sirve de prefacio —ya sabemos

cómo la lengua gris lame ávidamente los labios a la conclusión, cómo todo son zalemas y gestos cómicos ante la masa inerte cubierta de toallas calientes, que da la casualidad de ser el banquero local o el propietario de la casa de juegos o el diputado por el distrito—, cómo trata de sonsacar con sus bromas a los sirvientes del hotel, cómo se llena de deudas a causa de sus equivocaciones con los caballos y de su mala suerte con los dados y cómo se despierta por la mañana y se sienta al borde de la cama con los pies desnudos sobre el frío suelo y un sabor como a latón en la boca y experimenta una desesperación que no tiene nombre. Ya lo conocemos, con

adición de la pobreza, el temor y la vanidad, como el individuo perfectamente destinado a ser despojado de su último orgullo y de su última vergüenza y ser utilizado por MacMurfee. O por cualquier otro.

Pero dio la casualidad de serlo por MacMurfee, posibilidad que no hizo su aparición en la primera entrevista de Marvin, sino algunos días más tarde. Uno de los muchachos de Murfee, acudió a visitar al jefe. Había oído que un individuo de apellido Frey tenía una hija llamada Sibyl que a su vez tenía algo que ver con Tom Stark. Pero a MacMurfee siempre le había agradado el fútbol y seguramente la manera como

Tom manejaba la pelota y no deseaba que el muchacho se viese envuelto en ningún asunto desagradable. Frey, declaró el visitante, no se mostraba propicio a ser razonable. Iba a obligar a Tom a que se casara con su hija. (Al oírlo el jefe debió poner una cara digna de ser contemplada). Pero Frey residía en el distrito de MacMurfee, que lo conocía algo y quizá pudiera hacer entrar en razón al peluquero. Por supuesto, hacer las cosas de ese modo costaría algo; pero evitábase la publicidad y el muchacho conservaba su condición de célibe.

¿Qué costaría? Bueno, algún dinero para Sibyl. Algunos billetes. Pero ello

significaba que MacMurfee actuaba con magnánimo corazón y por su naturaleza generosa.

¿Qué costaría? Bien, MacMurfee pensaba presentarse a senador.

¡Conque esas teníamos!

Pero el jefe, según me dijera Anne Stanton, también pensaba llegar al Senado. Tenía el cargo asegurado. Lo mismo que tenía en la mano al Estado. Con excepción de MacMurfee. Sí, de MacMurfee y de Frey. Sin embargo, no se sentía inclinado a entrar en negociaciones con el primero. Y en lugar de entrar en negociaciones los ganó de mano.

Había un motivo para que

aprovechara la posibilidad de adelantársele. Si los otros dos hubiesen preparado una encerrona sin salida, capaz de arruinar al jefe, lo habrían hecho sin miramiento de ninguna especie. No se habrían molestado en venir a hacer ninguna componenda. Tenían algunas cartas, era cierto, pero se necesitaba escalera real y arriesgar algo en el juego, además. Tenían que esperar mientras el jefe lo pensaba y esperar que lo que pensara no fuese algo desagradable a su vez.

Mientras el jefe pensaba vi a Lucy Stark. Me escribió pidiéndome que fuese a verla. Supe qué necesitaba. Hablarme acerca de Tom.

Evidentemente, estaba averiguando algo de labios del mismo hijo, o, al menos, lo que ella consideraba la verdad, la verdad completa, y no iba a discutir con el jefe sobre un asunto en el que jamás estuvieran de acuerdo. De manera que iba a formularme preguntas y yo me vería sudando tinta allí, en el tapizado de felpa roja de los muebles de la granja donde ahora residía. Pero así tenía que ser. Mucho tiempo atrás resolví que cuando Lucy Stark me pidiese algo, lo haría. No es precisamente que experimentase que tenía una deuda con ella o que era necesario hacer una restitución ni cumplir una penitencia. Al menos, de existir alguna deuda no era

con Lucy Stark; y de tener que hacer alguna restitución no sería a ella. En el caso de la deuda sería mía y para conmigo mismo. La restitución sería mía y para conmigo. Tratándose de penitencia no había habido crimen que a ella me obligase. Mi único crimen consistía en ser hombre y vivir en el mundo de ellos, lo que no obliga a ninguna penitencia. El crimen y el castigo en ese caso coinciden perfectamente. Son idénticos.

Quien haya ido alguna vez en dirección al Golfo conoce la clase de casa. Un marco blanco, del que el brillo desapareció tiempo atrás. Un piso, una amplia galería al frente, con pilares

delgados como sostén del cobertizo de la misma. Un techo con débiles franjas de moho que lucen rojas en las junturas de las canaletas. Todo ello colocado sobre columnas de ladrillo, formando un claustro fresco y cubierto de telarañas debajo, cubierto a un lado por una cortina de arbustos y de cañas, tras de la cual se congregan las gallinas que escarban la tierra y donde un perro lanudo se tumba y jadea en los días de canícula. Se encuentra bastante alejado del camino, en una extensión de césped que a fines de la temporada se vuelve escaso y amarillento. A cada lado de una anacrónica extensión de camino de cemento, que muere tristemente en la

puerta donde la tierra del lomo del camino se ve gastada, existen dos parterres redondos de flores, formados simplemente al colocar una vieja cubierta de automóvil y rellenarla de tierra. En cada una de ellas se ven algunas cinnias, peludas como un animal, deslumbrantes a la luz del sol. A cada lado de la casa una encina, pero no de las grandes. Detrás del edificio, a los costados, los gallineros y establos, faltos de pintura. Pero la morada misma, pintada de un blanco ya marchito, en medio de una tarde de fines de verano, en la calma absoluta del día y de la temporada, con el césped algo escaso, los cuidados parterres redondos de

flores, la pared de cemento, orgullo de sus propietarios y las encinas a cada lado, no es tanto como una mujer respetable, de edad mediana, con un limpio vestido de algodón gris, con medias blancas y zapatos negros de cabritilla, el cabello salpicado de gris y hecho un rodete sobre la cabeza, sentada en su mecedora con las manos cruzadas sobre el estómago para descansar un poco, ya terminadas las labores del día y con los hombres en el campo, cuando aún no es hora de pensar en la cena ni en ordeñar las vacas.

Avancé cauteloso por el sendero de cemento como si pisase una docena de huevos puestos allí por las blancas

leghorns del gallinero.

Lucy me condujo al gabinete, al mismo lugar que me imaginé, con sus muebles tallados de nogal y tapizados de felpa colorada, con algunas borlas todavía colgando acá y allá, la Biblia, el estereoscopio y el bien arreglado montón de tarjetas para el mismo sobre la mesa de nogal también tallada, una alfombra floreada, con algunas carpetitas de retazos sobre los lugares más gastados, los grandes marcos de nogal y purpurina que encerraban los rostros duros, amarillentos y calvinistas cuyos ojos nos miran con poca simpatía. Las ventanas del aposento se hallaban cerradas y las cortinas bajas producían

claridad acuosa en la cual permanecimos sentados un minuto como en un funeral. La palma de la mano que descansaba sobre la ropa de felpa colorada me pinchaba secamente.

Permanecía sentada allí mismo como si yo no hubiese llegado. No mirándome, pero sí a una de las figuras florales de la alfombra. La abundante mata de cabellos oscuros que, cuando conocí a Lucy en la casa de los Stark, había sido cercenada en la marca y sometida a la ondulación marcel por el artista del salón de belleza de Mason City, había recuperado desde entonces su largo normal. El castaño lustroso es posible que aún se conservase, si bien no me era posible

advertirlo en la penumbra del gabinete. Sin embargo, pude observar los toques de gris cuando la vi en la puerta. Se hallaba sentada frente a mí en una silla alta y tallada, de nogal, con sus tobillos todavía hermosos cruzados frente a ella, y la cintura, ya no tan estrecha, todavía derecha, y el busto lleno, pero no deforme, bajo el vestido de verano. Los contornos suaves y refrescantes de su rostro no eran ya juveniles como aquella primera noche de la casa de los Stark, pues ahora se observaba un leve vestigio, una caída infinitesimal hacia abajo de la carne, la maldición temprana y el fin seguro de aquellos rostros suaves y refrescantes que, sobre todo

cuando jóvenes, apelan a toda nuestra bondad natural y nos hacen pensar en lo sacrosanto de la maternidad. Sí, es la clase de rostro que pondríamos a la Madonna de los Estados Unidos si hubiésemos de pintarla. Pero no la pintaremos y entretanto es la clase de rostro que era tan de poner en los anuncios relativos a las tortas de harina que se mezcla fácilmente y de pañales patentados y de pan de trigo entero —bueno, honesto, saludable, merecedor de confianza, abnegado, tierno y con el brillo de la juventud—. Ese brillo juvenil ya no lucía en el rostro particular que nos ocupa, pero cuando Lucy Stark levantó la cabeza para hablar vi

aquellos ojos grandes, oscuros, que no habían cambiado mucho. El tiempo y los disgustos los habían ensombrecido un poco, pero nada más.

Al fin dijo:

—Se trata de Tom.

—Sí —contesté.

—Sé que ocurre algo.

Asentí.

—Cuénteme —dijo.

Aspiré el aire fresco y el débil olor a barniz para muebles, propio de todo gabinete cerrado, que es olor de la decencia, del cuidado y de las modestas esperanzas, y me revolví en mi asiento mientras la felpa roja me pinchaba como una aguja la palma de la mano oprimida

contra ella.

—Jack —dijo—, dígame la verdad. Tengo que saberla y usted me la dirá, Jack. Siempre ha sido un buen amigo, tanto para Willie como para mí… Años atrás…, cuando… —Su voz se fue apagando.

De manera que le referí la verdad acerca de la visita de Marvin Frey.

Sus manos se retorcieron sobre su regazo mientras me escuchaba y luego se cerraron y permanecieron tranquilas hasta que dijo:

—No le queda sino un camino que seguir.

—Podría haber un arreglo…, ya sabe…, un…

—No hay sino una cosa justa.

Esperé.

—El… se casará con ella —dijo, y sostuvo la cabeza bien derecha.

Me volví un poco en el asiento y luego aventuré:

—Bien…, bien…, ya ve, parece que hubiera habido otros…, algunos amigos de Sibyl…, otros que…

—¡Oh, Dios! —murmuró apenas, de manera que difícilmente puedo decir que fue algo más que un aliento y vi cómo las manos se cerraban y volvían a abrirse sobre su regazo.

—Aparte —proseguí, ya que se había tocado el asunto— de que hay algo más de por medio. Es cosa de

política. Ya sabe, MacMurfee quiere…

—¡Oh, Dios! —volvió a exclamar, y se levantó bruscamente de la silla—. ¡Oh, Dios, la política! —murmuró. Dio dos o tres pasos hacia atrás, se volvió hacia mí nuevamente y exclamó, esta vez en voz alta—: La política. ¿También en esto?

—Sí, como en la mayoría de las cosas.

Se llegó hasta una de las ventanas, donde permaneció de espaldas hacia mí y al gabinete y observó por una de las aberturas entre las cortinas el mundo exterior, cálido, deslumbrante de sol, donde todo acontecía.

—Bueno, siga diciéndome lo que iba

a decirme —ordenó al cabo de un minuto.

De modo que sin mirarla siquiera, mientras ella atisbaba por entre el hueco de las cortinas, la narré la proposición de MacMurfee y el estado de cosas.

Mi voz se detuvo. Hubo otro minuto de silencio al cabo del cual oí la voz junto a la ventana:

—Tenía que ser así. Traté de obrar bien, pero creo que tenía que ser así. ¡Oh, Jack! —Oí el susurro de las ropas en tanto se volvía hacia mí desde la ventana, por lo que miré hacia ella mientras decía—: Oh, Jack, quería a mi hijo y traté de educarlo. Quise a mi marido y traté de cumplir mi deber. Y

ellos me quieren. Creo que me quieren. A pesar de todo. Tengo que pensar, Jack; tengo que hacerlo.

Permanecí sentado sobre el tapizado rojo, sudando, en tanto los ojos grandes y profundos se clavaron en mí con una especie de súplica y de afirmación.

Luego dijo, tranquilamente:

—Ahora tengo que pensarlo. Yo creo que al final todo saldrá bien.

—Escuche —dije—. El jefe se le ha adelantado. Él pensará algo y todo irá bien.

—Oh, no quise decir eso. No fue esa mi intención. Quise decir…

Se detuvo de pronto.

Pero supe lo que había querido decir

aun ahora que su voz era más apagada y más resignada, cuando continuó para decir:

—Sí, creo que pensará algo y que todo saldrá bien.

De nada serviría permanecer allí por más tiempo. Me puse de pie, rescaté el viejo panamá de encima de la mesa de nogal tallada, donde estaba la Biblia y el estereoscopio, me llegué hasta Lucy, le tendí la mano y dije que todo saldría bien.

Observó la mano, como si no comprendiese por qué se hallaba allí y luego aseguró:

—Es una criatura. Es como un chiquillo en la oscuridad. No ha nacido

aún ni sabe lo que ha sucedido. Dinero, política, alguien que desea ser senador. No sabe nada, ni cómo fue lo que sucedió ni lo que la muchacha hizo, ni cómo el padre… —Se detuvo—. Oh, Jack —prosiguió después—, no es más que un chiquillo y no tiene culpa de nada.

Casi estuve a punto de decir que tampoco yo la tenía, pero me contuve a tiempo.

Luego añadió:

—A lo mejor es mi nieto. Podría ser el hijo de mi hijo. —Y al cabo de un instante agregó—: Lo querría.

Sus manos, que habían permanecido cerradas y juntas a la altura del pecho,

se abrieron lentamente al pronunciar esas palabras y se extendieron, con las palmas hacia arriba y ligeramente cerradas, pero con las muñecas aún junto al cuerpo, como si su expectación estuviese llena de humildad o de desesperación.

Las dejó caer al ver que yo las observaba.

—Adiós —dije, y me encaminé hacia la puerta.

—Muchas gracias, Jack —contestó sin acompañarme, lo cual me vino bien, pues en realidad tenía deseos de partir.

Salí al mundo deslumbrante y a lo largo del orgulloso sendero de cemento al final del cual se hallaba mi automóvil,

en el que me introduje para emprender la marcha hacia la ciudad, que sin duda era el ambiente que me correspondía.

El jefe pensó en algo.

En primer lugar, que sería una buena idea ponerse en contacto directo con Marvin Frey y no a través de MacMurfee, para tantear la situación. Pero MacMurfee no tenía un pelo de tonto; desconfiaba tanto del jefe como de Frey y este había sido enviado a alguna parte, desconocida de todos. Aunque más tarde se supo que padre e hija habían sido enviados a Arkansas, que probablemente sería el lugar menos

deseado por ambos, a una granja situada al Norte, donde las únicas cabalgaduras eran mulas y la luz más brillante provenía de una lámpara patentada de gas, colocada sobre la mesa del gabinete, y no se veía ningún coche y la gente se acostaba a las ocho y media y se levantaba con el alba. Por supuesto, no habían ido solos y era posible echar alguna partida de póquer entre tres, pues MacMurfee los hizo acompañar por uno de sus muchachos, según vine a saber. Durante el día guardaba las llaves del automóvil en el bolsillo del pantalón y por la noche bajo la almohada y prácticamente se situaba fuera de la puerta del servicio —cuando uno de

ellos se llegaba hasta allí— con el sombrero inclinado hacia un costado y junto al enrejado de madreselvas, para asegurarse de que no le harían jugarretas tales como salir a campo traviesa para encaminarse a la más cercana estación del ferrocarril, a varios kilómetros de distancia. Era también el encargado de revisar la correspondencia, pues suponíase que ni Frey ni Sibyl debían recibir ninguna carta. Calculábase que nadie conocería su paradero. Y no lo descubrimos sino al cabo de largo tiempo.

En segundo lugar el jefe pensó en el juez Irwin. Si MacMurfee hubiera de escuchar alguna razón, sería de labios

del juez Irwin, a quien debía mucho. No le quedaban tantas piernas al escabel de MacMurfee como para permitirse el lujo de perder una más. De ahí que el jefe pensara en el juez.

Me llamó y me dijo:

—Una vez le encargué que averiguase algo sobre el juez Irwin. ¿Qué descubrió?

—Algo —respondí.

—¿Qué fue?

—Jefe —contesté—, quiero darle una oportunidad a Irwin. Si es capaz de probarme que no es cierto, no lo divulgaré.

—¡Qué diablos! —comenzó—. Le dije…

—Voy a dar una oportunidad a Irwin —repetí—. Se lo he prometido a dos personas.

—¿A quiénes?

—Una de ellas soy yo, para empezar. La otra no tiene importancia.

—¿Conque se lo prometió a sí mismo, eh? —Me observó con dureza.

—Sí, señor.

—Muy bien. Haga como le plazca. Pero ya sabe lo que deseo si el otro no transige.

—Me temo que no.

—¿Ha dicho que teme?

—Así es.

—¿Para quién trabaja? ¿Para él o para mí?

—Por lo menos no tenderé una celada al juez Irwin.

Prosiguió mirándome fijamente.

—Muchacho —dijo—, no le pido que le tienda ninguna trampa ni creo que nunca se lo pedí. ¿No es cierto?

—No me lo pidió.

—¿Y sabe por qué no se lo pedí?

—No.

—Porque nunca ha sido necesario. Jamás habrá que tender una trampa a nadie porque la verdad es suficiente. En todos los casos.

—Seguramente considera la naturaleza humana desde un punto de vista elevado.

—Muchacho, fui a una escuela

presbiteriana dominical allá por el tiempo en que aún tenían algo de teología y gran parte de ella se me pegó. Y —gesticuló de repente— me ha sido muy valiosa.

Así terminó nuestra conversación. Subí a mi automóvil y partí hacia Burden's Landing.

A la mañana siguiente, tan pronto como tomé el desayuno, solo, pues el joven ejecutivo se hallaba en la ciudad y mi madre no se levantaría hasta el mediodía, fui a dar un paseo por la playa. Era una hermosa mañana si bien no tan cálida como de costumbre. La

playa se hallaba desierta a esa hora a no ser por algunos chiquillos que jugaban en el agua brillante y poco profunda, a quinientos metros de distancia, muchachitos de piernas delgadas como gallinetas. Pasé ante ellos y al hacerlo cesaron un momento sus asaltos, sus chapoteos y sus vueltas, para favorecerme con una mirada indiferente de sus rostros, curtidos y lamidos por las aguas. Pero solo un instante, pues yo pertenecía evidentemente a esa raza necia y ciega que lleva zapatos y pantalones, y no se salta en los charcos de agua con pantalones y zapatos. Ni siquiera se camina con zapatos sobre la arena para que esta se introduzca en

aquellos, si puede evitarse. Pero yo estaba haciéndolo y mis zapatos se llenaban cada vez más. No era demasiado viejo para ello. Reflexioné sobre ese punto con satisfacción y proseguí mi marcha hacia el grupo de pinos, el roble grande, las mimosas y los mirtos, justamente detrás de la playa, donde estaban las pistas de tenis. Había algunos bancos a, la sombra y llevaba en la mano el periódico matutino sin leer aún. Después de haberlo leído comenzaba a pensar acerca de lo que pudiese suceder más avanzado el día. Pero no pensaba aún en ello.

Encontré un banco cerca de la pista vacía y encendiendo el cigarrillo di

comienzo a la lectura. Leí la primera página, palabra por palabra, con la devoción mecánica de un cura ante el misal y ni siquiera pensé en todas las noticias que conocía y que no figuraban en la primera página. Iba bien avanzado por la tercera cuando oí las voces de los jugadores, un muchacho y una muchacha que se aproximaban por el otro lado del terreno. Después de lanzarme una mirada indiferente tomaron posesión de la pista más alejada y comenzaron a golpear la pelota, de un lado para otro, simplemente para estirar los músculos.

Al observar los primeros movimientos se adivinaba que conocían el juego. Y era seguro que sus músculos

no necesitaban mucho entrenamiento. Él era de estatura regular, quizás algo bajo, con el pecho amplio, los brazos largos y la cintura delgada. Sus cabellos rojos estaban recortados a lo marinero, y la camiseta que llevaba, en lugar de camisa, para jugar, dejaba ver el pelo de igual color, crespo, sobre el pecho. Su piel era rosada como la de un bebé a no ser por los grandes parches de pecas visibles en la cara y en los hombros. En medio del semblante observan se sus ojos azules y la blanca dentadura dejada al descubierto por sus amplios gestos. Ella era una muchachita morena, viva, de cabello oscuro y corto, de hombros y brazos morenos y piernas del mismo

tono que relucían por encima de los calcetines y los zapatos blancos. Llevaba pantalones cortos de igual color. La pareja era muy joven.

Comenzaron el juego con bastante viveza y los contemplé por encima del periódico. Es posible que el individuo pelirrojo no estuviese ejercitando todo su vigor, pero ella le devolvía la pelota con bastante precisión y le hacía moverse bastante alrededor de la pista. Hasta la joven le iba ganando alguno que otro tanto. La muchacha daba gusto contemplarla, tan ligera y saltarina, con su semblante tan serio y sus piernas relucientes al sol. Pero no era tan linda como había sido Anne Stanton. Hasta

llegué a meditar sobre la belleza superior de una falda blanca, y corta, capaz de revolotear al compás de los movimientos del jugador, en comparación con el pantalón corto. Pero este lucía bien; y era apropiado para las hermosas piernas de la muchacha, morenas y ágiles. Era forzoso reconocerlo.

Y también hube de confesar, mientras contemplaba el juego, que se me hizo un nudo en el estómago al no estar allá en la cancha, con Anne Stanton. Era un injusticia, fundamental y terrible, que no se hallase jugando. ¿Qué hacía aquel individuo pelirrojo y con el cabello cortado tan a ras? ¿Y la chica?

De repente no me agradaron y sentí como deseos de llegarme hasta ellos, suspender el juego y gritarles:

—Ustedes creerán que van a estar aquí jugando siempre, pero están equivocados.

—Claro que no —contestaría la muchacha—, no vamos a estar aquí siempre.

—Diablos, por supuesto que no —terciaría el joven—; esta tarde iremos a nadar y luego por la noche…

—No me comprenden —diría yo—. Seguro que irán a nadar esta tarde y que a la noche irán a algún lugar y al regreso detendrán el automóvil donde les plazca. Pero ¿creen que será lo mismo toda la

vida?

—Claro que no. La semana que viene regresaré al instituto —diría el muchacho.

—Y yo a la escuela. Pero el día de Acción de Gracias veré a Al, ¿verdad? Y me llevará a ver el gran partido. ¿Verdad que me llevarás, Al?

No les aprovecharía un comino. De nada serviría procurarles el beneficio de mi experiencia. Ni siquiera de la gran pieza aprendida durante mi viaje a California. No estaban al tanto del Gran Tic, pero no descubrirían por sí mismos, y era inútil que yo se lo refiriese, pues aunque escuchasen cortésmente no creerían una sola palabra de ello. Y al

ver a la linda jovencita que danzaba y saltaba y corría, sirviéndole de fondo los mirtos y el mar, no estuve muy seguro por el momento de que yo también lo creyese.

Pero lo creí, por supuesto, pues había realizado la excursión a California.

No esperé a que terminase el primer set. El resultado era cinco a dos cuando partí, pero parecía que ella pudiese convertirlo en cinco a tres, pues el joven de cabellos rojos servía bastante la pelota, no demasiado evidentemente, y gesticulaba cuando ella se la devolvía.

Fui a casa, me cambié de ropa y nadé un rato, alejándome bastante,

flotando alrededor de la bahía, que es un rincón del Golfo de México y también de las grandes aguas saladas y agitadas del Universo, y regresé a tiempo para el almuerzo.

Mi madre me acompañó y no dejó de presentarme oportunidades para que le confesase el motivo de mi visita, pero esquivé una y otra vez abordar el tópico hasta la hora de los postres, cuando inquirí si el juez Irwin se hallaba en el Landing. Aún no lo había preguntado. Pude haberlo averiguado la noche antes, pero no quise preguntar, posponiendo el asunto hasta el último instante.

Por suerte se hallaba en la localidad.

Mi madre y yo tomamos café en la

galería exterior y fumamos un cigarrillo. Al cabo de un rato subí para tenderme un rato y hacer la digestión. Permanecí en mi habitación alrededor de una hora y entonces me imaginé que sería mejor poner manos a la obra, por lo que descendí la escalera y atravesé la puerta de entrada.

Pero mi madre se hallaba en el *living* y me llamó. Era raro qué estuviese en semejante lugar a aquella hora del día, pero allí estaba; en mi opinión, al acecho para sorprenderme. Volví a entrar y me recosté en la pared, en espera de que hablase.

—¿Vas a casa del juez? —inquirió.

Dije que sí.

Había levantado la mano derecha, con el dorso hacia ella, para inspeccionar el esmalte rojo de las uñas. Luego preguntó, arrugada la frente, como si el examen no hubiese sido satisfactorio:

—¡Oh, supongo que se tratará de política!

—Algo de eso —contesté.

—¿Por qué no vas un poco más tarde? No le gusta ser molestado a esta hora del día.

—No hay momento, sea del día o de la noche, en que no ha de aborrecer escuchar lo que tengo que decirle.

Me miró agudamente, olvidada en el aire la mano con los dedos extendidos.

—No está muy bien —dijo entonces —. No se siente muy bien. ¿Por qué tienes que molestarlo?

—No puedo remediarlo —contesté, sintiendo un empeño cada vez mayor.

—No está muy bien de salud.

—No puedo hacer otra cosa.

—Al menos podrías esperar un poco más.

—No, no esperaré. Ni un minuto más. —Experimenté la imposibilidad de esperar. Era necesario terminar de una vez por todas. Así me lo confirmaba el obstáculo, la resistencia. Tenía que saber y pronto.

—Desearía que no lo hicieras — dijo, y bajó la mano que durante toda la

conversación había permanecido suspendida y olvidada en el aire.

—No puedo hacer lo contrario.

—Ojalá no te hubieses mezclado en… esas cosas —lamentó.

—No soy yo quien se ve mezclado en esto.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabré cuando haya hablado con Irwin. —Abandoné la habitación y la casa y me dirigí Row arriba hacia la casa del juez. Caminaría, caluroso como estaba el tiempo, y ello proporcionaría al viejo sabandija algún tiempo más antes de que le espetara la cuestión. Consideré que era merecedor de algunos minutos más.

El viejo se hallaba acostado cuando llegué.

Eso fue lo que el sirviente negro de chaquetilla blanca dijo:

—El juez está arriba acostado en la cama, descansando —fueron sus palabras y pareció creer que con eso quedaba zanjado todo.

—Muy bien, esperaré hasta que baje —dije. Y sin esperar ninguna invitación abrí la puerta de tejido metálico y penetré en la magnífica frescura del vestíbulo, como la perfecta profundidad del tiempo, donde los espejos y los grandes ventanales relucían como hielo y mi imagen era captada tan silenciosamente como el terciopelo o

los recuerdos en todas las superficies reflectoras.

—El juez… —comenzó nuevamente el negro, a modo de protesta.

Pasé delante de él mientras decía:

—Tomaré asiento en su despacho hasta que baje.

Y así pasé delante de aquel cuyo blanco de los ojos era como huevos cocidos, duros y pelados, y ante la boca grande que en aquel instante no supo qué decir y permaneció colgando y abierta para mostrar lo rojizo de su interior. Me dirigí al despacho y me introduje en el recinto oscuro y cerrado, de techo alto y paredes llenas de estantes con libros, tan juntos como piedras, y con su gran

alfombra de Esmirna, gruesa y de color rojo oscuro. Tomé asiento en uno de los amplios sillones de cuero, dejé a un lado el sobre de papel oscuro que trajera conmigo y me retrepé. Tuve la sensación de que todos aquellos volúmenes me miraban como si fuesen ojos cerrados de esculturas talladas en piedra. Como en ocasiones anteriores observé que los tomos encuadernados en piel impartían al recinto un débil olor a queso.

Al cabo de un rato se produjo cierto movimiento arriba y se oyó el sonar de una campana al fondo de la casa. Pensé que el juez habría llamado para que acudiese el muchacho. Un momento más

tarde resonaron los pasos apagados del negro en el vestíbulo y calculé que iba escaleras arriba.

Al cabo de unos diez minutos descendió el juez. Su paso firme encaminose hacia la puerta del despacho. Se detuvo un instante en el umbral —la cabeza alta y sobresaliendo de un cuello con corbata negra, y una chaqueta blanca— como para adaptar su vista a la oscuridad, antes de avanzar hacia mí con la mano extendida.

—¡Hola, Jack! —dijo, con la misma voz de siempre—, me alegro de verte por aquí. No sabía que anduvieses por el Landing. ¿Cuándo llegaste?

—Anoche —contesté mientras me

levantaba para estrecharle la mano.

Él lo hizo con fuerza y después me señaló el sillón con la mano.

—Me alegro muchísimo de verte por aquí —repitió, y sonrió en la sombra—. ¿Cuánto tiempo has esperado? ¿Por qué no hiciste que ese haragán subiera a despertarme en lugar de dejar que durmiera toda la tarde? Hace mucho que no nos vemos, Jack.

—Sí, es cierto.

Había transcurrido bastante, en verdad. La última vez que nos vimos había sido a medianoche, cuando fuera con el jefe. Durante el silencio que siguió a mi observación supe que él también recordaba. Sí, pero después que

lo hubo dicho. Luego supe que hizo a un lado el recuerdo, que lo rechazaba:

—Bien, ha transcurrido bastante tiempo, pero no dejes que sea así la próxima vez. ¿Es que nunca vendrás a ver a este viejo? Las personas de edad gustamos de alguna atención.

Sonrió y no pude hacer nada ante esa sonrisa.

—Diablo —dijo, y se levantó de su asiento sin ningún crujido audible de sus articulaciones—, figúrate que me he olvidado de la hospitalidad. Seguro que estarás más seco que la pólvora Andy Jackson. Quizá sea algo temprano para beber, pero un poquito de ginebra y soda nunca hace mal. Por lo menos a

nosotros. ¿Verdad que somos indestructibles?

Iba a tocar ya el cordón de la campanilla cuando alcancé a decirle:

—No, muchas gracias.

Me miró con la más leve expresión de desengaño en su semblante. Luego volvió a sonreír de aquella manera cordial, honesta y varonil y dijo:

—Oh, vamos; toma un poco. Es para celebrar que hayas venido a verme.

Avanzó otro paso hacia el llamador antes de que volviera a repetir:

—No, muchas gracias.

Durante un momento permaneció mirándome, de pie, con el brazo extendido hacia el cordón de la

campanilla, que después dejó caer para volverse hacia su propio asiento, sin que se advirtiese la menor vacilación, así me imaginé, en todo su cuerpo.

—Bien, no beberé solo. Tu conversación me servirá de estimulante. ¿Qué te trae por aquí?

—No mucho.

Lo observé sentado allí enfrente, en la sombra, y advertí que algo mantenía aquellos hombros derechos y erguida la cabeza llena de canas. Me pregunté qué sería, y si lo que yo había excavado seria cierto. Al mirarlo de frente no deseaba que lo fuese. Descubrí que deseaba de todo corazón que fuese mentira. Y de repente me acometió el

pensamiento de aceptar su bebida y de conversar con él y no decirle jamás nada y regresar a la ciudad y decirle al jefe que tenía la seguridad de que no era cierto. El jefe tendría que aceptarlo. Lanzaría sapos y culebras y rugiría como un león, pero sabría que aquella era mi conclusión. Además, para entonces habría destruido la evidencia de la señorita Littlepaugh, cosa que estaba en mis manos hacer.

Pero tenía que saberlo. Aun cuando me vino el pensamiento de retirarme sin saber, me di cuenta de que tenía que conocer la verdad. Porque la verdad es algo terrible. La tocamos con la punta del pie y no pasa nada. Pero avanzamos

algo más y sentimos como una soga de remolque o como un torbellino. Primero es un tirón tan leve y sostenido que apenas lo advertimos, luego viene su aceleración, el torbellino vertiginoso y la zambullida en la oscuridad. Porque existe también la tiniebla en la verdad. Dicen que es algo terrible caer en la gracia de Dios. Estoy dispuesto a creerlo.

Y así miré al juez Irwin y me agradó de un modo como no me había agradado durante años, con esos hombros tan derechos y esa sonrisa tan sincera. Pero supe que tenía que saber la verdad.

Y por eso, mientras me estudiaba —porque en aquellos momentos mi

semblante debió de haber sido algo digno de ser estudiado— me enfrenté con su mirada.

—Dije que no mucho, pero hay algo.

—Venga, pues —contestó.

—Juez —comencé—, ya sabe para quién trabajo.

—Ya lo sé, Jack, pero permanezcamos sentados aquí y olvidémoslo. No puedo decir que apruebo a Stark, pero no soy tampoco como la mayor parte de nuestros amigos del Row. Sé respetar a un hombre y él lo es. Casi estuve a su favor en una oportunidad. Estaba rompiendo los cristales y dejando que entrase un poco de aire fresco. Pero —meneó la cabeza

tristemente y sonrió— comenzó a preocuparme que demoliese el edificio también. Lo mismo que algunos de sus métodos. De ahí que… —no terminó la frase pero sus hombros se encogieron levemente.

—De ahí que se fuese del lado de MacMurfee —concluí por él.

—Jack, la política es siempre cosa de elección y el hombre no establece él mismo lo que ha de elegir. Y siempre se paga un precio por elegir. Bien lo sabes. Tú has elegido y sabes lo que te ha costado. Siempre se paga algo.

—Sí, pero…

—Jack, no te critico. Confío en ti. El tiempo demostrará cuál es el que está

equivocado. Entretanto, Jack, no permitamos que exista un obstáculo entre nosotros. Si aquella noche perdí la paciencia te presento mis excusas. De todo corazón. Me ha costado muchos sinsabores.

—Dice que no le agradan los métodos de Stark. Bien, le referiré algo acerca de los de MacMurfee. Escuche, vea lo que el hombre se propone.

—Me incliné y me puse a hablar como un tranvía que se desliza cuesta abajo con los frenos destrozados. Le referí los proyectos de MacMurfee.

Me escuchó sentado.

Luego le pregunté si le parecía bien.

—No —dijo y meneó la cabeza.

—No está bien. Y usted puede impedirlo.

—¿Yo? —preguntó, asombrado.

—MacMurfee escuchará sus consejos, porque es uno de los pocos amigos que le quedan y sabe que el jefe no le tiene mucha simpatía. Si él tuviese en realidad algo que sirviera para algo más que molestarlo, trataría de caer sobre el jefe y destrozarlo en lugar de ponerse a regatear. Pero sabe que no tiene nada. Además le diré que si se llega a ese extremo, el jefe está decidido a ventilar el asunto ante los tribunales. Esta Sibyl Frey es un pastel de confección casera y estaremos en condiciones de demostrarlo bien.

Tendremos para ello todo un equipo de fútbol, más toda una cuadrilla de encargados de pista y todos los camioneros que transitan por la carretera que pasa por delante de la propiedad de su padre. Si consigue hacer entrar en razón a MacMurfee, podría existir alguna posibilidad de que no pierda la camisa cuando llegue la oportunidad. Pero, entiéndame bien, no puedo prometer nada. Por lo menos en este instante.

Durante unos instantes no hubo sino silencio y sombras y el débil olor a queso impartido por las encuadernaciones en cuero, mientras lo que acababa de decir penetraba en

aquella hermosa y vieja cabeza que luego meneó lentamente antes de decir que no.

—Mire —dije—, también habrá algo para Sibyl. Podemos ocuparnos de ese lado del asunto siempre que no se le hayan metido en la cabeza ideas de grandeza. Por supuesto, tendrá que firmar una corta declaración. Y no he de ocultarle que contaremos con algunas declaraciones juradas de los otros muchachos por si acaso le da por ponerse alegre otra vez. Si le parece que Sibyl no está recibiendo un trato justo, puedo asegurarle ese punto.

—No se trata de eso —dijo.

—Juez —dije, y advertí un tono de

súplica en mi propia voz—, ¿de qué se trata?

—Es cosa de MacMurfee. Podrá cometer un error. Y creo que lo comete. Pero es cosa suya. Y es de esa clase de asuntos en los que no me mezclaré.

—Juez, piénselo bien. Tómese un poco de tiempo para pensarlo.

Meneó la cabeza.

Me levanté.

—Tengo que retirarme. Piénselo más detenidamente. Regresaré mañana para que hablemos nuevamente del asunto. Entonces me dará su respuesta.

Clavó en mí sus ágatas amarillas y volvió a menear la cabeza.

—Vuelve mañana, Jack, o cuando te

agrade. Pero mi respuesta te la he dado ya.

—Juez, se lo pido como un favor hacia mí. Espere hasta mañana para adoptar su decisión.

—Jack, hablas como si yo no supiese lo que pienso. Y es lo único que he aprendido en mis setenta años. Que sé cuándo conozco mi propio modo de pensar. Bien, de todos modos, vuelve mañana. No hablaremos de política. —Hizo un gesto repentino, como si barriese la superficie de una mesa con el brazo—. ¡De todos modos que vaya al diablo la política! —exclamó humorísticamente.

Lo miré, y aun con esa expresión

humorística y astuta de su semblante y con el brazo estirado al tocar a su fin el ademán, supe qué era aquello. No el tocar con la punta del pie en el agua, ni siquiera el sostenido tirar de la soga del remolque ni el arrastrar periférico del remolino. Era la carrera temeraria y el zambullir del vórtice. Tenía que haber sabido que sería así.

Al mirarlo dije, casi como en un murmullo:

—Juez: le he pedido, casi suplicado.

Una leve expresión inquisitiva se reflejó en su semblante.

—He tratado —dije—. Se lo he rogado.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Oyó alguna vez —inquirí, con voz que apenas era un susurro— hablar de un hombre llamado Littlepaugh?

—¿Littlepaugh? —preguntó y su frente se arrugó ante el esfuerzo por recordar.

—Mortimer L. Littlepaugh. ¿Recuerda?

La frente se contrajo más y más hasta formar una marca como el signo de interrogación entre las cejas, pobladas, y del color de la herrumbre.

—No, no recuerdo. —Meneó la cabeza.

Y no lo recordaba. Seguro que no. Ni siquiera al individuo.

—Bien —pregunté—, ¿se acuerda

de la American Electric Power Company?

—Por supuesto, ¿cómo no? Fui asesor letrado de la misma durante diez años. —No vaciló lo más mínimo.

—¿Tiene presente cómo obtuvo ese empleo?

—Veamos —dijo, y conocí que por el momento no lo recordaba, que en realidad estaba sondeando el pasado, tratando de hacer memoria. Luego, enderezándose, dijo—: Sí, por supuesto, por intermedio del señor Satterfield.

Hubo entonces cierto estremecimiento. El anzuelo había encontrado carnada y lo advertí.

Esperé algún tiempo, sin dejar de

observarlo, y él me devolvió la mirada, muy sereno, desde su asiento.

—Juez —pregunté suavemente—, ¿no cambiará de opinión sobre MacMurfee?

—Ya te lo he dicho —contestó.

Entonces advertí su respiración y quise saber por encima de todo qué pasaba por su imaginación, por qué permanecía sentado allí, erguido y mirándome, mientras el anzuelo lo desgarraba.

Me dirigí hacia la silla que antes ocupara, tomé el sobre de papel oscuro que se hallaba en el suelo junto al mismo y lo deposité sobre su regazo.

Lo miró sin tocarlo. Luego dirigió su

mirada hacia mí, una mirada directa e inexpresiva de sus ágatas amarillas. Más tarde, sin decir una palabra, abrió el sobre y leyó los documentos que contenía. La luz era mala, pero no se inclinó para leerlos. Sostuvo los papeles, uno a uno, a la altura de su rostro y los leyó deliberadamente. Y por último, también de una manera deliberada dejó el último papel sobre el regazo.

—Littlepaugh —dijo como musitando, y esperó—. Ya ves —continuó, maravillado—, ni siquiera recordaba su nombre. Juro que ni siquiera lo recordé.

Esperó otra vez.

—¿No te parece que es notable que no me acordara de ese nombre?

—Es posible.

—Fíjate —dijo, aún maravillado—, que durante semanas y meses algunas veces… no recuerdo nada de esto —tocó los papeles ligeramente con el dedo índice, el de la mano derecha, robusto e hinchado.

Esperó, concentrado en sí mismo.

—Hay ocasiones —dijo después— en que durante un largo período seguido es como si nada hubiese sucedido. Al menos para mí. Quizá lo sea también para alguien más. Luego recupero la memoria y lo primero que digo es: «No, no puede haberme sucedido a mí».

Y al cabo de un tiempo agregó:

—Pero sucedió.

—Sí, es cierto —convine.

—Está claro. Pero me resulta difícil creerlo.

—Lo mismo que a mí.

—Muchas gracias por todo esto, Jack —dijo, y sonrió torcidamente.

—Supongo que adivinará cuál será el primer paso.

—Creo que sí. Tu patrón está tratando de hacer presión sobre mí. Intenta hacerme víctima de un chantaje.

—*Presión* es un término más hermoso, juez —aseguré.

—Ya no me preocupo tanto por las palabras bonitas. Se vive durante mucho

tiempo con ellas. Luego, de repente, se ve uno viejo y contemplamos los hechos y las palabras no interesan ya.

Me encogí de hombros.

—Haga como mejor le plazca. Pero ya sabe cuál es la idea —dije.

—¿Es que no sabes, y tu patrón debiera saberlo, ya que alega ser abogado, que estos papeles —y los golpeó con el dedo— no servirán de nada en un tribunal? No valdrían para nada, ni siquiera un minuto. En un tribunal de justicia. Todo sucedió casi veinticinco años atrás. Y no obtendría ningún testimonio de todas maneras, a no ser de esa mujer Littlepaugh. El cual carecería de valor. Todos han fallecido.

—Menos usted, juez.

—No tendrían validez ante un tribunal.

—Pero usted no vive en un tribunal. No está muerto y habita este mundo, y la gente cree que usted es de cierta clase de hombres. Y usted no es de esa clase de hombres capaz de sufrir que ellos lo consideren desde otro punto de vista.

—¡No lo creerían! —estalló, al tiempo que se inclinaba hacia delante—. ¡Por Dios, que no tiene el menor derecho de pensarlo! He procedido bien, he cumplido con mi deber, he…

Desvié la mirada de su rostro y la dirigí a los papeles que estaban sobre su regazo. Él lo advirtió e hizo lo mismo.

Cesaron sus palabras y tocó los documentos con los dedos, tanteando, como si quisiera comprobar su realidad. Muy lentamente elevó de nuevo sus ojos hacia mí.

—Tiene razón, he hecho esto también.

—Sí, lo hizo.

—¿Lo sabe Stark?

Traté de averiguar qué habría detrás de esa pregunta, pero me fue imposible.

—No. Le dije que no le contaría nada hasta después de haber hablado con usted. Juez, ya sabe que tenía que estar seguro.

—Tienes una sensibilidad demasiado tierna —dijo— para

chantajista.

—No empecemos a darnos calificativos. Todo lo que diré es que usted trata de proteger a un chantajista.

—No, Jack —dijo tranquilamente—, no trato de proteger a MacMurfee. En todo caso trato de hacerlo conmigo mismo.

—Ya sabe cómo tiene que hacer. Y jamás diré una sola palabra a Stark.

—De todos modos quizá no tengas que decírselo.

Lo dijo con más tranquilidad aún y por un momento pensé que se hallaría dispuesto a alcanzar un arma —la mesa se hallaba junto a él— o a saltar sobre mí. Aunque de bastante edad, todavía

conservaba cierta agilidad.

Debió adivinarme el pensamiento, porque meneó la cabeza, sonrió y dijo:

—No te preocupes. No tienes por qué tener miedo.

—Mire… —comencé a decir, irritado.

—No sería capaz de lastimarte —aseguró. Luego, como si meditase—: Pero podría detenerte.

—Deteniendo primero a MacMurfee —dije.

—De una manera mucho más fácil.

—¿Cómo?

—De una manera mucho más fácil —repitió.

—Pero ¿cómo?

—Podría… —comenzó— podría decirte algo… —Se detuvo y luego se levantó de repente y los papeles fueron despedidos de sus rodillas—. Pero no, no te lo diré —prosiguió animadamente y sonriéndome con toda sinceridad.

—¿Qué es lo que no me dirá?

—Nada, no es nada —dijo, aún sonriente y con un movimiento alegre de la mano, como si quisiera abandonar el asunto.

Permanecí allí. Las cosas parecían no tener sentido. No podía imaginarme que el hombre estuviese allí, de pie, animoso, lleno de confianza, con los papeles acusadores a sus pies. Pero estaba.

Me agaché para recoger los documentos y me contempló desde lo alto.

—Juez, volveré mañana. Piénselo bien y decida mañana.

—Pero si ya está resuelto.

—Usted lo…

—No, Jack.

—Regresaré mañana —repetí.

—Sí, seguro que volverás, pero mi resolución ya está tomada.

Atravesé el vestíbulo sin decirle adiós. Tenía la mano levantada hacia el pestillo de la puerta de entrada cuando oí su voz que pronunciaba mi nombre. Me volví y retrocedí algunos pasos hacia él, que ya se hallaba en el

vestíbulo.

—Solo deseaba manifestarte —dijo— que he aprendido algo nuevo de estos interesantes documentos. Que mi viejo amigo el gobernador Stanton menoscabó su honra por protegerme. No sé si alegrarme o lamentarlo. Si tener más en cuenta su devoción hacia mí o el dolor que le haya producido no hablarme jamás del asunto.

Musité algo diciendo que creía que lo era.

—No deseaba sino que supieras eso acerca del gobernador. Que su falta fue un defecto de su virtud. La virtud del afecto hacia un amigo.

Ahora no musité nada.

—No quería sino que supieses eso acerca del gobernador —dijo.

—Muy bien —contesté, y me dirigí hacia la puerta de entrada, sintiendo su mirada y su sonrisa sobre mí.

Salí a la claridad deslumbrante del sol.

Estaba aún más caliente que las puertas del infierno cuando fui Row arriba en dirección a mi casa. Luché por decidir entre irme a nadar o meterme en el automóvil y regresar a la ciudad y decir al jefe que el señor Irwin no cedía. Luego decidí que bien podría esperar un día más, esperar la oportunidad de que

el juez cambiase de manera de pensar. Pero no iría a nadar sino más tarde. Hacía demasiado calor. Me daría una ducha y me acostaría hasta que el tiempo refrescase lo suficiente como para volver a salir. Y así lo hice y me dormí.

Al rato me desperté y me erguí sobre la cama. Estaba completamente despierto y el sonido que me sacó del letargo aún sonaba en mis oídos. Lo escuché nuevamente. Era un timbre brillante, hermoso, de soprano.

Salté de la cama y me lancé hacia la puerta, pero al advertir que me hallaba completamente desnudo me puse el albornoz antes de salir corriendo. Al vestíbulo llegaba un sonido, como un

gemido, desde la habitación de mi madre. La puerta estaba abierta y entré.

Sentada al borde del lecho, con la bata puesta y asido el teléfono blanco en una mano, me miraba con ojos extraviados, muy abiertos, gimiendo de manera espaciada y automática. Fui hacia ella. Dejó caer el teléfono que chocó estruendosamente contra el suelo, me señaló con el dedo y exclamó:

—¡Tú fuiste! ¡Has sido tú quien lo mató!

—¿Cómo? —pregunté.

—¡Lo has matado!

—¿Pero a quién?

—¡Lo has matado! —repitió y comenzó a reír de manera histérica.

La tenía sujeta de los hombros y la sacudía, en mi deseo de hacer que cesara esa risa, pero ella prosiguió clavándome las uñas y empujándome. Dejó de reír un instante para tomar aliento y en el intervalo oí el zumbido seco que hacía el teléfono para llamar la atención sobre el hecho de que no se hallase colocado en su soporte. Luego, su risa ahogó el zumbido.

—¡Calla, calla! —grité.

De repente me miró con fijeza, como si acabase de descubrir mi presencia.

Entonces, no muy alto, pero con bastante intensidad, dijo:

—¡Lo has matado, sí, lo has matado!

—¿Pero a quién he matado? —

pregunté, a tiempo que la sacudía.

—A tu padre —contestó—. Era tu padre y, ¡oh, lo has matado!

Así fue cómo lo supe. Por el momento ese descubrimiento me dejó paralizado simplemente. Cuando nos alcanza una bala de grueso calibre podemos dar vueltas pero no sentimos nada al principio. De todos modos, me hallé muy atareado. Mi madre se sintió mal. En ese instante asomaron dos rostros negros por la puerta, la cocinera y la doncella, y yo les grité y maldije para que avisasen al doctor Bland y no estuviesen allí con la boca abierta. Luego levanté el teléfono y lo coloqué en el soporte, de manera que pudiesen

utilizar el de abajo, y abandoné a mi madre el tiempo suficiente para dar un portazo a fin de mantener alejados de los acontecimientos esos ojos que todo lo ven y que todo lo saben.

Mi madre hablaba entrecortadamente, mezclando sus palabras con sus risas y sus lamentos. Decía cómo lo había querido y cómo era la única persona a quien había amado y cómo yo lo había matado, a mi pobre padre, y un montón de cosas por el estilo. En esa situación recibió al doctor Bland, que le aplicó una inyección hipodérmica. Desde el otro lado de la cama, volvió su rostro cubierto de barba gris y dijo:

—Jack, voy a enviar una enfermera digna de toda confianza. Nadie más que ella deberá penetrar en esta habitación. ¿Me comprende?

—Sí —contesté, porque había comprendido. Y comprendido que él había interpretado lo que significaban las palabras vertidas por mi madre en su desvarío.

—Se quedará usted aquí hasta que la enfermera llegue, y no permita la entrada a nadie.

Asentí y lo acompañé hasta la puerta de la habitación.

Después que hubo dicho adiós, lo detuve un momento.

—Doctor, ¿qué sabe del juez? No

pude comprender lo que decía mi madre. ¿Ha sufrido algún ataque?

—No —dijo, y escudriñó mi semblante.

—Bien, ¿qué sucedió?

—Se disparó un tiro esta tarde —contestó, sin apartar sus ojos de mí. Y luego agregó—: Indudablemente, se trata de una cuestión de salud. Esta iba disminuyendo. Era un hombre muy activo…; un deportista… —Su voz se volvió más indiferente ahora—. Es muy frecuente que un hombre así no quiera hacer frente a sus últimos años cuando su actividad resulta bastante limitada. Sí, estoy seguro de que esa ha sido la razón.

No contesté.

—Adiós, Jack —concluyó el doctor, que apartó sus ojos de mí y avanzó por el vestíbulo.

Se hallaba casi al comienzo de la escalera cuando le grité y corrí hacia él. Una vez a su lado le pregunté:

—Doctor, ¿dónde se pegó el tiro? Quiero decir en qué parte del cuerpo. ¿No en la cabeza?

—Directamente en el corazón. Con una automática 38. Fue una herida muy limpia.

Luego descendió la escalera y me quedé pensando en el muerto, en cómo se había disparado un tiro en el corazón, produciendo una herida muy limpia, y no

con el extremo del arma metido en la boca para que se produjera una llamarada que quemarse las delicadas membranas y se levantara la tapa de los sesos, que explotarían como un huevo y harían un ruido espantoso. Lo comprendí bien y me sentí aliviado por la herida limpia y bien hecha.

Regresé al aposento de mi madre después de haberme dirigido al mío para tomar algunas ropas. Cerré la puerta. Vestido, tomé asiento junto al magnífico lecho provisto de dosel en el que la figura cubierta de encajes parecía tan pequeña. Observé cómo el busto parecía lacio y las mejillas grises y hundidas. La boca se mostraba entreabierta y

respiraba trabajosamente. Apenas reconocí su semblante. Desde luego, no era el de la joven del vestido de color verde lechuga que estuviera con su cabellera dorada junto al hombre fornido y de traje negro, en los escalones de las oficinas de una compañía maderera de una localidad de Arkansas, cuarenta años atrás, mientras el ruido de las sierras llenaba la atmósfera y la cabeza como si fuese un nervio violado, y la tierra colorada entre las extensiones salpicadas de tocones cubríase de verde pálido y hervía bajo el sol de primavera. No era el rostro delgado y reluciente que años atrás había mirado ansiosamente y no sin

desesperación al hombre de cabeza alargada y de ojos ardientes en las avenidas de mirtos o en los escondidos pinares o en las habitaciones cerradas. No, ahora era un rostro viejo. Y lo sentí mucho. Alargué el brazo para tomar una de las manos inertes que yacían sobre la sábana.

La retuve y traté de pensar cómo habrían sido las cosas si en lugar del procurador universitario hubiese ido su amigo a la pequeña localidad maderera de Arkansas. No, eso no habría servido de mucho, pensé, al recordar que en aquel tiempo Monty Irwin se hallaba casado con una mujer enferma, su primera esposa, tullida después de haber

sido despedida por un caballo, que pasó varios años postrada en el lecho y después falleció tranquilamente y desapareció de nuestra vista y nuestro pensamiento allá en el Landing. Sin duda, Monty Irwin viose retenido por el sentimiento de obligación para con la enferma y no le fue posible divorciarse y casarse con la otra mujer. No hay duda que por eso no se casó con la joven de las mejillas delgadas ni se llegó hasta su amigo, el procurador universitario, y le dijo: «Amo a tu mujer»; y por eso, luego que el marido supo la verdad y abandonó la casa para pasar todos esos años en casas de huéspedes y en buhardillas, no se había casado con ella.

Todavía contaba con su propia mujer a la que, por hallarse enferma, se sentía obligado con una especie de honor retorcido. Luego, mi madre contrajo enlace nuevamente. Debió existir amargura y terribles querellas junto con las satisfacciones a escondidas y los ardores. Más tarde falleció la inválida. ¿Por qué no se unieron en matrimonio entonces? Acaso mi madre no quisiera, en represalia por sus anteriores negativas. O quizá la vida de ambos se hallaba conformada dentro de cánones que les resultaba imposible romper. De todos modos, se casó con la mujer de Savannah, la que no le trajo nada, ni dinero ni felicidad, pero que también se

fue al otro mundo al cabo de algún tiempo. ¿Por qué no se casaron tampoco entonces?

Abandoné la cuestión finalmente. Quizá la única respuesta, pensé entonces, era que a esa altura en que comprendemos el círculo de vida en que nos desenvolvemos, es demasiado tarde para romper los moldes. No podemos vivir nuestra vida sino en términos de definición, como el prisionero en la jaula que no puede yacer, estar de pie ni sentarse, sino estar colgado en justicia para ser contemplado por el populacho. Empero, la definición que hemos hecho de nosotros mismos somos nosotros y nada más que nosotros. Para salir de

ella tendremos que formar un nuevo ser. Pero ¿cómo es posible eso cuando la esencia del ser reside en el ser mismo y es la única sustancia de que puede formarse el nuevo ser? Al menos tal fue la manera como enfoqué el caso por aquel entonces.

Como he dicho, renuncié a la pregunta y a la respuesta que tratara de darle y me limité a retener la mano inerte en la mía, a escuchar la respiración fatigosa del semblante hundido y a pensar cómo, en el grito que esa tarde me arrancó del sueño, había vibrado la brillante, hermosa y argentina pureza de sentimiento. Decidí que fue el grito sincero del alma enterrada que se

las arregló, luego de tantos años y por un instante, para hacerse oír otra vez. Supuse que había amado a Monty Irwin. Y yo había llegado a pensar que no había sido capaz de querer a nadie en su vida. Y por eso ahora, en tanto retenía su mano en la mía, experimenté no solo piedad hacia ella sino incluso amor porque ella había amado a alguien.

Al cabo de un rato llegó la enfermera y me relevó en la habitación. Más tarde la señora Doniell, vecina del juez Irwin, vino a ver a mi madre. Había sido su llamada telefónica la que pusiera en conocimiento de esta la triste nueva. La señora oyó el estampido durante la tarde, pero sin concederle importancia

hasta que el sirviente negro se puso a dar gritos en el patio. Ella fue con el sirviente a casa y vio al juez sentado, en uno de los amplios sillones del despacho con la pistola sobre sus rodillas, la cabeza inclinada sobre el hombro y la sangre que se desparramaba por la chaqueta blanca. Era mucho lo que tenía que referir e iba a lo largo del Row de manera sistemática. Me relató su historia, hurgó sin resultado respecto a mi visita aquella tarde y a la indisposición de mi madre (por supuesto oyó los gritos por teléfono), y finalmente se despidió para trasladarse con su narración básica, a la que no agregaría mucho más, hasta el primer puerto de

escala.

El joven ejecutivo llegó a eso de las siete, enterado ya del fallecimiento del juez, y tuve que contarle lo ocurrido a mi madre. Le hice comprender lisa y llanamente que tendría que permanecer fuera de su habitación, después de lo cual nos dirigimos a la galería lateral, donde bebimos en silencio y sin que su presencia me preocupara más que una sombra.

Cuarenta y ocho horas después, el juez Irwin recibió sepultura en el cementerio debajo de las encinas cubiertas de guirnaldas de musgo. Antes,

en su domicilio, yo había desfilado junto con los demás ante el féretro y contemplado su rostro inerte. La nariz aguileña parecía ahora de papel, delgada y transparente. El color de la carne, generalmente subido, había desaparecido ya y en las mejillas no se divisaba sino el leve tinte del arte del que pone la mortaja. Pero los cabellos rufos y ásperos, más escasos que nunca, parecían sobresalir tiesos e individualmente del cráneo alto. Los asistentes desfilaban, decíanse algo unos a otros e iban a colocarse de pie al extremo del salón, cerca de las macetas con palmas compradas para la ocasión. El hecho de su muerte fue absorbido sin

esfuerzo en la vida de la comunidad, como gotita de pintura que cayera en un vaso de agua. Extenderíase cada vez más hacia afuera, desde el punto de vista de concentración, vengativo, desliéndose y adelgazando, arrastrando consigo el hecho central, que era la mancha, hasta que nada quedase visible.

Estuve luego ante la tumba, mientras iban cayendo en el agujero donde reposaba el que fuera el juez Irwin, palada tras palada de tierra, una mezcla de arena y de humus negro de la superficie, y pensé cómo había olvidado el nombre de Mortimer L. Littlepaugh y hasta su existencia, si bien el tal Mortimer no había echado en olvido la

de él. Mortimer llevaba en el otro mundo más de una veintena de años, pero jamás había olvidado al juez Irwin. Recordando la carta del baúl de su hermana, había esperado con su gesto desprovisto de carne y su muda sonrisita. El juez había matado a Mortimer L. Littlepaugh que, a la larga, pagó a Irwin con la misma moneda. ¿Pero habría sido Mortimer? Acaso hubiese sido yo. Ese era uno de los puntos de vista. Le di vueltas y más vueltas especulando acerca de mi responsabilidad. Sería perfectamente posible decir que no me alcanzaba ninguna, del mismo modo que a Mortimer. Este había matado al juez

porque Irwin lo había matado a él y yo maté al juez porque me había creado, y mirando las cosas desde ese punto de vista podría afirmarse que Mortimer y yo fuimos instrumentos gemelos de la ineludible y demorada destrucción del juez Irwin por su propia mano. Porque tanto la muerte como la creación pueden ser un crimen castigable con la muerte y esta siempre llega por la propia mano del criminal y el hombre es suicida. Si el hombre supiese cómo vivir jamás moriría.

Rellenaron un agujero y formaron un pequeño montículo en el cementerio, cubierto de hierba artificial, salvajemente verde a la densa sombra

del musgo y de las ramas y bajo la alfombra de hojas pisoteadas donde jamás crece la hierba natural. Después, siguiendo la muchedumbre, abandoné al muerto debajo de aquella capa de hierba verde con la cual la fantasía del empresario de pompas fúnebres evitaba a las tiernas sensibilidades la vista de la tierra cruda y proclamaba que no había sucedido nada en absoluto, y velaba, por así decirlo, el significado de la vida y de la muerte.

De modo que dejé a mi padre y regresé al Row. Por entonces me había acostumbrado ya a pensar en él como padre. Pero ello significaba haberme desacostumbrado a pensar como padre

en el procurador universitario. Existía cierto alivio en pensar que este no lo era. Siempre había experimentado algo de su debilidad en mí o lo que me parecía ser tal. Tuvo una mujer joven y hermosa y otro hombre se la arrebató; y era padre de un hijo y todo cuanto hizo fue abandonarla dejándola en posesión de lo que tenía y arrastrarse a un tabuco y permanecer allí como animal herido, mientras su intelecto sangraba en aquellas ñoñerías religiosas y su fuerza iba agotándose. Y había sido bueno. Pero su bondad no me dijo sino que yo no podía vivir con ella. Mi nuevo padre, empero, no había sido bueno. Le quitó la mujer al amigo, traicionó a una mujer,

aceptó un soborno y condujo a un hombre a la muerte, aunque involuntariamente. Pero había hecho el bien. Fue un juez recto. Y llevó la cabeza bien erguida. Lo mismo que la última tarde de su vida. No había dicho: «Mira, Jack, no puedes hacer eso… no puedes… ya ves… soy tu padre».

Bien, había trocado el padre bondadoso y débil por el fuerte y malo.

Y no me sentí mal por ello. Lo lamenté por el juez mientras iba a lo largo del Row, junto al mar, pero en lo que a mí concernía no experimentaba contrariedad con el cambio. Luego pensé en el otro hombre ya de edad, inclinado sobre el acróbata imbécil en

la humilde habitación, alargándole el trozo de chocolate hacia el rostro bañado en lágrimas, y pensé en el niño sentado sobre la alfombra, delante de la chimenea, y en el hombre fornido y vestido de negro, también inclinado sobre él y diciéndole: «Vamos, hijo, un mordisco nada más antes de la cena». Entonces no estuve muy seguro de lo que sentí.

Por eso abandoné mis tentativas por decidir. Era inútil tratar de sondear mis sentimientos hacia ellos, ya que había perdido a ambos. La mayoría de la gente pierde un solo padre, pero yo me hallaba situado peculiarmente al haber perdido dos a la vez. Había

desenterrado la verdad y esta siempre mata al padre, ya sea al bueno y débil o al malo y fuerte, y uno se queda a solas con la verdad y sin poder preguntar a papá, que de todos modos nada sabía y está más muerto que una caballa.

Al día siguiente, de vuelta a la ciudad, recibí una llamada telefónica del Landing, de un tal señor Pettus, que resultó ser el ejecutor testamentario del juez. De acuerdo con sus manifestaciones, salvo algunas pequeñas mandas para los sirvientes, yo era único heredero. Heredero universal de la hacienda que el juez Irwin salvara años antes con su simple acto de deshonestidad, ese acto por el cual yo,

como intachable instrumento de la justicia, le había puesto la pistola en el corazón.

Todo ello parecía tan disparatado y tan poco lógico que después de haber colgado el teléfono estallé en carcajadas que apenas pude hacer cesar. Antes de conseguirlo, me encontré llorando y diciendo una y otra vez: «Pobre viejo solitario». Era como si el hielo se quebrase después de un largo invierno. Y el invierno había sido largo.

IX

Después de una gran crisis, luego del primer *shock* y de haberse calmado los nervios, uno se acostumbra al nuevo estado de cosas y advierte que se ha consumido toda posibilidad de cambiarlo. Nos adaptamos y estamos seguros de que el nuevo equilibrio es *in eternum*. Cuando volví a la ciudad, después de las exequias del juez Irwin, me sentía de esa manera. Experimenté que una historia había terminado, que el partido que comenzara mucho tiempo atrás ya estaba acabado, que el limón había quedado seco de tanto exprimirlo.

Pero lo cierto es que ninguna historia se termina jamás, pues la que creemos que ha tocado a su término no es sino un capítulo de la que no se terminará; y que no es el juego lo que ha terminado, sino el tiempo, y que aquel tiene bastante más de nueve tiempos. Cuando el juego se detenga será a causa de la oscuridad. Pero es un día muy lejano.

El juego que el jefe estaba haciendo no había terminado. Pero yo lo había olvidado casi por completo. Olvidé que la historia del juez Irwin, al parecer tan completa en sí, no era sino un capítulo de la historia más extensa del jefe, que estaba sin terminar, y que era a su vez parte de otra historia mucho más amplia.

El jefe me miró desde el otro lado de la mesa cuando entré en su despacho y dijo:

—De manera que el bastardo se quitó de en medio.

No contesté.

—No le dije que lo asustara de muerte, sino simplemente que lo asustara.

—No se asustó.

—¿Entonces por qué demonios hizo eso?

—Hace mucho tiempo que le dije, cuando comenzó el baile, que no se asustaría.

—Bueno, ¿por qué lo hizo?

—No deseo discutir sobre esta

cuestión.

—Bueno, ¿por qué lo hizo?

—Diablo, ¿no acabo de decirle que no deseo discutir sobre esta cuestión?

Me miró con cierta sorpresa, se levantó del sillón y dio la vuelta alrededor de la mesa.

—Lo siento —contestó, y puso su mano pesada sobre mi hombro.

Me aparté de ella.

—Lo siento —repitió—. En otro tiempo fue un buen compañero suyo, ¿verdad?

—Sí —contesté.

Volvió a su asiento y levantó una rodilla alrededor de la cual enlazó las manos.

—Aún queda MacMurfee —dijo pensativo.

—Sí, queda MacMurfee. Pero si desea que alguien lo haga víctima de un chantaje ya puede ir buscando a otro. No cuente conmigo.

—¿Ni aun tratándose de MacMurfee? —preguntó, con un asomo de jocosidad, al que no respondí.

—Ni aun así.

—Vamos, no estará abandonándome.

—No, simplemente me aparto de ciertas cosas.

—Bien, ¿era cierto, verdad?

—¿Qué?

—Lo que el juez hizo, sea lo que fuere.

No podía negarlo. Tenía que decir que sí. Hice un movimiento afirmativo de cabeza.

—Sí, lo hizo.

—¿Bien? —inquirió.

—Lo dicho, dicho está.

Me estudiaba como soñoliento, con los ojos entornados.

—Muchacho —dijo seriamente—, hemos estado mucho tiempo juntos. Espero que marchemos bien siempre. Hemos estado metidos en esto hasta las orejas, uno y otro, muchacho.

No contesté.

Después de haberme vuelto a estudiar, agregó:

—No hay que preocuparse. Todo

saldrá bien.

—Sí —contesté agriamente—, usted será senador.

—No me refiero a eso. Sería senador ahora mismo si no hubiese otras cosas.

—¿Qué quiere decir?

No contestó sino al cabo de un momento. Ni siquiera me miró, sino que contempló las manos enlazadas alrededor de la rodilla encorvada.

—Diablo, no he dicho nada —manifestó de repente. De pronto soltó la rodilla, la pierna cayó, el pie golpeó rotundamente contra el suelo y se retiró del escritorio—. Pero nadie haría mejor en olvidar, MacMurfee y nadie más, que

haré lo que debo hacer. ¡Por Dios, lo haré aunque tenga que romperles los huesos con las manos desnudas! —Y mantuvo las manos ante él con los dedos abiertos, doblados y tensos como si fuese a asir algo. Se hundió nuevamente contra el sostén del escritorio y dijo a media voz, como si hablase consigo mismo—: Ese Frey ahora. Ese Frey.

Luego cayó en un silencio meditativo. Si Frey hubiese podido contemplarlo se habría sentido dichoso de encontrarse allá en la granja de Arkansas sin haber dado su dirección para que la correspondencia le fuese reexpedida.

Y así prosiguió la historia del jefe y

de MacMurfee. La del juez Irwin no era sino una parte, sin que en ella interviniera mi mano. Volví a mis pequeños e inocentes quehaceres y permanecí sentado en la oficina, mientras el otoño caía imperceptiblemente y la tierra se inclinaba sobre su eje y situaba el lugar ocupado por mí algo afuera de la llama directa, cristalina y consumidora del enorme sol. Las hojas producían un ruido seco en los árboles cuando se levantaba la brisa por la noche; las espesas junglas de caña de azúcar, más allá de las paredes de cemento y de las líneas de tranvías, eran abatidas ya por el machete, y por la noche los grandes

carromatos de altas ruedas rechinaban a lo largo de los caminos llenos de surcos, con sus grandes cargas de un olor dulce y fétido. Allá a lo lejos, a través de los campos negros dejados al descubierto por el machete, algún negro cantaba tristemente su transacción con Jesús. Allá en la Universidad, en el campo de juego, el pie de algún muchachote de piernas largas y hombros cuadrados, continuaría castigando la pelota, una y otra vez, y más allá el entrevero se produciría en medio de los gritos y de las pitadas perentorias. Los sábados por la noche el estadio se estremecía a la luz de los focos bajo el eco de «¡Tom-Tom-Tom!». Porque Tom Stark llevaba la

pelota, Tom Stark doblaba el extremo, Tom Stark cortaba la línea y era Tom, Tom, Tom.

Los redactores deportivos decían que estaba mejor que nunca. Entretanto, costaba sus buenos sudores a su progenitor. El jefe estaba agrio como un escocés abstemio. Los vigilantes caminaban de puntillas, las chicas, de repente, comenzaban a llorar inclinadas sobre sus máquinas, después de haber entrado para tomar al dictado alguna comunicación, y los funcionarios del Estado que salían de la habitación interior se llevaban el pañuelo a la frente pálida, e iban como tanteando el camino a través del largo salón, bajo las

miradas enmarcadas en amplias y doradas molduras de los gobernadores fallecidos. Sadie era la única que no experimentaba cambio. Recortaba las sílabas del modo como una costurera corta el hilo con los dientes y miraba al jefe con sus ojos negros y nada apagados, como el espíritu del futuro meditando sobre nuestros esperanzados proyectos.

Las únicas oportunidades en que el jefe se despojaba de su mal humor eran los días en que había partido. Lo acompañé un par de veces y, cuando Tom se destapaba, el gobernador era otro hombre. Sus ojos se le saltaban y refulgían y me palmeaba la espalda y me

agarraba como un oso. Podría haber algún leve vestigio también al abrir la página de los deportes el domingo por la mañana, pero no sobrepasaba la semana. Y Tom no hacía nada en recompensa de las dificultades que ocasionaba al viejo. Discutieron una o dos veces porque Tom aflojaba en su entrenamiento, desoyendo a Billie Martin, con quien también sostuvo una disputa.

—¿Qué diablos te interesa? —inquirió Tom, de pie en el centro de la habitación del hotel, separados los pies como si se hallase sobre el puente de un barco, en un mar agitado y la cabeza envuelta en el humo del tabaco que invadía el lugar—. ¿Qué diablos te

interesa, lo mismo que a Martín, mientras pueda derrotarlos? Y todavía soy capaz de hacerlo, no lo olvides. ¿Qué otra cosa deseas? Soy capaz de hacer de ellos lo que quiera y puedes jactarte de ello. Eso es lo que deseas, ¿verdad?

Y después de tales observaciones Tom Stark salió dando un portazo y dejando probablemente paralizado al jefe, a quien la sangre se le habría subido a la cabeza.

—Eso es lo que me dijo —me refirió después el jefe—. ¡Por Dios que es lo que me dijo y tendría que haberlo abofeteado! —Pero estaba conmovido. Se veía a la legua.

Entretanto el jefe había resuelto el asunto Sibyl Frey sin que yo tuviera parte en ello. Lo sucedido fue, empero, simple y previsible. Había dos modos de habérselas con MacMurfee: el juez Irwin y Gummy Larson. El jefe había tratado de intimidar al juez y había fracasado. De manera que ahora tenía que conquistar a Gummy. Podía comprarlo porque este era negociante. Se trataba de un negocio liso y llano. Vendería cualquier cosa por una suma adecuada, ya se tratase de un alma inmortal o de los sacrosantos huesos de la madre, y su viejo amigo MacMurfee no era ninguna de ambas cosas. Si Gummy aconsejaba a Murfee que se

quedase callado, y le decía que no sería gobernador, la cosa era un hecho, porque sin Gummy el otro no era nada.

Al jefe no le quedaba otro camino. Tenía que comprar. Pudo haber tratado directamente con MacMurfee y haberlo dejado llegar al senado con la intención de seguirlo cuando se presentase la oportunidad en la otra elección senatorial, en contra de lo cual había dos argumentos. En primer lugar, habría sido fuera de tiempo. Ahora era el momento en que el jefe debía salir a la palestra. Más tarde sería otro senador, más cerca de los cincuenta. Por el contrario, ahora sería un muchacho, una maravilla respirando actividad por

todos sus poros. Tendría un porvenir. En segundo lugar, si permitía subir a MacMurfee, una buena cantidad de gente sobre cuyas frentes aparecería un sudor frío si, aunque tan solo fuese en la intimidad de la alcoba, se les pasase por la imaginación la idea de hacer una mala pasada al jefe, imaginaríanse que era cosa fácil dar a este un empujón y deshacerse de él. Comenzaría a hacerse amigos y a cambiar cigarros con los de MacMurfee. Y hasta a concebir ideas propias. Pero existía un tercer argumento, además, en contra de una transacción con MacMurfee. Más bien no era un argumento, sino simplemente un hecho. Que el jefe era como era. Si

MacMurfee lo había obligado a llegar a un compromiso no sería él quien se beneficiara con él. De ahí que se las entendiese con Gummy Larson.

La cifra no era una bagatela. Ninguna insignificancia. El contrato general relativo al centro médico. Se arreglarían las cosas de manera que Larson obtuviese el contrato.

Pero no tomé parte en el arreglo. Lo hizo Duffy, que desde tiempo atrás bregaba por ello, y supongo que habrá obtenido algún pellizco de parte de Larson. Bien, no lo lamento ni lo envidio. Había trabajado con tenacidad, se había encogido y sudado bajo la mirada especulativa del jefe durante el

largo silencio después de su intento de que aceptase su idea sobre Gummy Larson. No fue culpa suya si hizo viable la operación un accidente fortuito y no su concienzudo esfuerzo. Por eso no le envidio el provecho.

Todo eso aconteció a espaldas mías o quizás aún bajo mis ojos, pues esos días en que llegó el otoño experimentaba como si estuviese retirándome del mundo que me rodeaba. Este seguía su camino y yo el mío. O habría seguido mi camino, de haber sabido cuál era. Jugaba con la idea de alejarme, de decir al jefe: «Jefe, me voy para no volver». Creo que estaba en condiciones de hacerlo. No tenía

necesidad de levantar un dedo para procurarme el desayuno. Acaso no sería rico, poderosamente rico, pero me imaginaba serlo de manera acomodada, a la usanza del Sur. Nadie allá desea ser rico, porque eso, por supuesto, sería ser ordinario y vulgar. De ahí que fuera a ser moderadamente rico. Tan pronto como liquidaran los bienes del juez. (De hacerlo alguna vez, pues sus asuntos se hallaban tan embrollados que iba a llevar bastante tiempo).

Iba a ser moderadamente rico, pues había heredado el fruto del crimen del juez, lo mismo que alguna vez heredaría

de mi madre el fruto de la debilidad del procurador universitario, el dinero que le dejara cuando supo la verdad y se limitó a emprender la retirada. Con el producto del viejo crimen del juez podría llevar una vida agradable, pura, sin tacha, en alguno de esos lugares donde nos sentamos bajo un toldo a rayas, junto a una mesa de mármol y bebemos vermut con soda y contemplamos el famoso y reluciente azul del Océano. Pero no yo. En verdad, desde la pérdida de ambos padres sentí como si pudiese retirarme flotando sin el menor esfuerzo, como el globo cuando se le suelta la última amarra. Pero tendría que ir con el dinero del

juez Irwin. Y ese dinero particular, que había hecho posible la excursión, era al mismo tiempo, de manera bastante paradójica, un lazo que me sujetaba aquí. Cambiemos la imagen: era un largo cable amarrado a un ancla cuyos garfios cuelgan y muerden y se introducen durante largo tiempo en las algas marinas y en los desechos acumulados en el lecho del mar. Quizá no fuera distinta la herencia recibida por cualquier otro. Acaso el emperador Vespasiano tuvo razón cuando dijo con todo ingenio, mientras hacía sonar en sus bolsillos las monedas procedentes de un tributo sobre los urinarios: *Pecunia non olet*.

No me retiré, pero sí me mantuve alejado del vértigo de los acontecimientos y permanecí sentado en mi oficina o en la biblioteca de la Universidad, leyendo libros y folletos sobre contribuciones, pues ahora se me había encomendado una hermosa tarea: la ley de impuesto. Conocí tan poco lo que ocurría que solo me enteré del hecho cuando ya estaba consumado.

Una noche llegué a la Mansión con mi cartera llena de notas y gráficos y con ánimo de celebrar una conferencia con el jefe, que no estaba solo. En su despacho vi a Tiny Duffy, Sugar-Boy y, con gran sorpresa, a Gummy Larson. Sugar-Boy hallábase sentado en un

sillón en un ángulo del aposento, encorvado y con un vaso entre ambas manos, del modo como lo sostiene un chico. Tomaba sorbitos, levantando la cabeza como él pollo cuando bebe. Sugar-Boy no era bebedor. Según él, tenía miedo de que la bebida lo pusiera «n-n-n-ner-nervioso». Habría sido terrible si Sugar-Boy se hubiese puesto nervioso e imposibilitado con ello de hacer saltar los frascos de jalea cuando se los arrojaban al aire para probar su puntería o de rozar el hocico de una mula con el guardabarros posterior del Cadillac negro. Duffy era bebedor, desde luego, pero esa noche no quiso tomar nada. Evidentemente, no se

hallaba de humor para la bebida, a pesar de que a primera vista se advirtiese en sus ojos una expresión de leve triunfo mezclada con la gran incomodidad que experimentaba mientras se hallaba de pie en el amplio espacio existente delante del gran sofá forrado de cuero. Esa intranquilidad debíase, en parte al menos, al hecho de que el jefe estaba bebiendo definitivamente. Porque cuando bebía de verdad desechaba todas aquellas restricciones que por lo común le trababan la lengua. Y ahora bebía con ganas. Parecía como el hermoso chaparrón después de tres días de soplar el viento y de bajar el termómetro. Hallábase recostado en el sofá de cuero

con una garrafa de agua, una botella y un bol de hielo en el suelo junto a su americana arrugada y a sus zapatos vacíos. Cuando el jefe no estaba sereno se quitaba los zapatos, por lo general. El contenido de la botella había disminuido bastante.

El señor Larson se hallaba detrás del extremo del sofá. Era un hombre de mediana edad y mediana estatura, compacto, de rostro gris, como su traje, y daba la impresión de carecer de imaginación. No bebía. En algún tiempo había estado al frente de un garito y descubrió que no traía ventaja beber. Gummy era todo negocios, y no hacía nada que no produjese algo.

Mientras yo entraba y advertía la disposición general del cuadro, el jefe clavó en mí su mirada. Los ojos tenían un borde colorado, pero no dijo una palabra hasta que me acerqué al espacio libre delante del sofá. En ese instante alargó un brazo en dirección a Tiny, cuyo rostro sebáceo lucía una pálida sonrisa.

—¡Mírelo! —dijo, señalándolo—. Ese era el que iba a arreglar las cosas con Larson, y ¿qué le dije? Le dije que no, que se fuera al infierno. Sí, eso es lo que le dije. ¿Y qué ha sucedido?

Lo tomé como pregunta retórica y no contesté. Vi que la cuestión impuestos quedaba para otra oportunidad y

comencé a desandar lo andado.

—¿Y qué sucedió? —me gritó el jefe.

—¿Cómo he de saberlo? —pregunté; pero con ese elenco presente comencé a tener una buena noción de la naturaleza del drama.

El jefe ordenó, luego de haber vuelto la cabeza hacia Tiny:

—¡Dígaselo, dígaselo y dígale también lo inteligente que se cree ahora!

Pero Tiny no fue capaz de decírmelo. Todo lo que pudo hacer fue lucir esa sonrisa vana, esbozada en aquel semblante colocado encima de tamaña extensión de ropas costosas y el chaleco blanco y el alfiler de diamantes.

—¡Dígaselo!

Tiny se humedeció los labios, miró al impasible Larson tan tímidamente como si fuese una novia, y no dijo nada.

—Bien, se lo referiré yo —habló el jefe—. Gummy Larson construirá mi hospital y Tiny lo ha dispuesto todo en la forma que venía esforzándose por hacerlo, y todos tan contentos.

—Me parece muy bien —dije.

—Sí, todos tan contentos —repitió el jefe—. Menos yo. Sí, menos yo —repitió mientras se golpeaba fuertemente el pecho—. Porque fui yo quien dije a Tiny: «Vaya al diablo, no quiero ningún arreglo con Larson». Porque no quise dejar entrar en esta habitación a Larson

cuando lo trajo Tiny. Porque soy quien debiera de haberlo expulsado de este Estado hace mucho tiempo. ¿Y dónde está ahora? ¿Dónde, dónde está?

Observé a Gummy Larson, cuyo rostro permanecía inexpresivo. Años atrás, cuando tenía la casa de juego, había sido detenido una vez por la Policía, que lo apaleó, probablemente porque se había atrasado en el pago de la suma convenida como «protección». La cara le había quedado como una salchicha sin hervir. Todo eso había pasado. Él sabía bien que todo pasa y había mantenido cerrado el pico a pesar de la paliza, porque siempre da resultado tener cerrado el pico. Y a la

larga le rindió sus frutos. Con el tiempo se convirtió en un constructor adinerado. Y llegó a ser un constructor adinerado porque estableció las conexiones adecuadas con la municipalidad y supo callar. Y ahora estaba allí, recibiendo impávido cuanto el jefe le arrojaba. Porque eso era provechoso. Gummy Larson tenía todas las cualidades del hombre de negocios. No había duda.

—Yo le diré dónde está —prosiguió el jefe—. Mire dónde está. Nada menos que en este aposento. Ahí de pie. Y mírelo. Es una belleza, ¿verdad? ¿Y sabe lo que ha hecho? Vender a su mejor amigo. Acaba de vender a MacMurfee.

Larson podría haber estado en la

iglesia, en espera de la bendición, de acuerdo con lo que su rostro mostraba.

—Oh, pero eso no es nada. Absolutamente nada. Al menos para Gummy.

Este no movió ni un solo músculo.

—Oh, no para Gummy. La única diferencia entre él y Judas Iscariote es que Gummy habría obtenido algún botín con las treinta monedas de plata. ¡Oh!, Gummy vendería cualquier cosa. Vendió a su mejor amigo, y yo…, y yo… —se golpeó salvajemente el pecho, que sonó a hueco, como si fuese un barril—, y yo… tuve que comprar… ¡los hijos de perra me hicieron comprar!

Se sumió en el silencio, miró

furiosamente a Gummy y luego alcanzó la botella, de la que vació buena parte en el vaso y le agregó agua, sin preocuparse para nada del hielo. Iba a lo esencial y no tardaría mucho en terminarse el agua.

Gummy, desde la larga distancia de la sobriedad y del triunfo y la certeza moral que viene del conocimiento exacto de cuántos peniques vale cuanto en el mundo existe, observaba la figura en el sofá y cuando el botellón estuvo en el suelo, dijo:

—Gobernador, si ya hemos arreglado el asunto, creo que debo retirarme.

—Sí, sí —dijo el jefe, que volvió

hacia el suelo el pie cubierto con el calcetín—, sí, ya está arreglado, ¡por Dios!, pero… —Se puso de pie, con el vaso en la mano y se sacudió como un perro grande, de modo que se derramó parte del contenido del vaso—. ¡Escuche! —Se dirigió hacia Larson, pisando fuertemente la alfombra y con la cabeza hacia delante.

Tiny Duffy, aunque no se hallaba exactamente en el camino, no se retiró lo suficiente o quizá no lo hizo con bastante ligereza. De todos modos, el jefe casi lo rozó al pasar, o quizá lo rozó. En ese instante y sin mirar siquiera al blanco, le arrojó el contenido del vaso en la cara, y, con un simple movimiento, limitose a

dejar caer el recipiente sobre la espesa alfombra, donde rebotó sin romperse.

Pude observar el rostro de Duffy en el momento del contacto, ese gran pastel de sorpresa que me recordaba los años anteriores y, sobre todo, aquella oportunidad en que el jefe lo atemorizó desde la tribuna durante el asado en Upton, cuando Duffy había caído al borde de la misma. Ahora, pasada la sorpresa, hubo un relámpago de ira que dejó paso en seguida a la expresión de simple humildad y de dolor y al lamento propiciatorio:

—¿Qué le ha impulsado a hacer eso ahora, jefe? ¿Por qué lo ha hecho?

Y el jefe, que ya había pasado de

largo, se volvió al oírlo, lo miró y dijo:

—Tendría que haberlo hecho hace mucho, muchísimo tiempo.

Luego se dirigió hacia Larson que, imperturbable ante los acontecimientos, había tomado el abrigo y el sombrero y esperaba que la tormenta se aplacara. El jefe se hallaba de pie precisamente frente a él y sus cuerpos casi se tocaban. Tomó a Larson de las solapas y dirigió su rostro enrojecido contra el gris del otro:

—Arreglado —dijo—, sí, está arreglado, pero usted… deje un pestillo sin poner, saque un trozo de hierro de ese cemento, ponga una cucharadita menos de arena, sáquele un trocito a una

pieza de mármol y, ¡por Dios!, que lo destriparé, vaya si lo haré. —Y sin soltar las solapas tiró las manos hacia los costados. Un botón de la americana de Larson, que estaba abrochando, saltó por la habitación y fue a chocar contra la chimenea—. Porque es mío —agregó el jefe—; ya lo oye…, es mi hospital…, ¡mío!

Luego no se oyó otro ruido que la respiración del jefe.

Todavía con el pañuelo en la mano, el mismo con que se había enjugado la frente, Duffy contemplaba horrorizado la escena. En cambio, Sugar-Boy no le prestaba la menor atención.

Entretanto, Larson permanecía de

pie, sin pestañear, mientras las manos del jefe lo sujetaban de la solapa. Ni siquiera se movió. Tenía agua helada en las venas. Nada lo hacía inmutarse, ni el insulto, ni la cólera, ni la violencia, ni siquiera cuando la cara le quedaba convertida en salchicha a fuerza de golpes. Era un verdadero negociante, conocedor del valor de cada cosa de este mundo.

Allí estaba bajo aquel rostro pesado y enrojecido, sintiendo sin duda el aliento áspero y alcohólico en su propia cara y esperando. El jefe lo soltó. Limitose a abrir las manos en el aire, con los dedos extendidos, y a echarse hacia atrás. Luego volvió la espalda y

abandonó el lugar como si estuviese vacío. Sus pies cubiertos con los calcetines no producían ruido y la cabeza apenas iba de un lado a otro mientras caminaba.

Después de haberse sentado otra vez en el sofá, con los codos sobre las rodillas separadas y con los antebrazos colgando hacia delante, miró fijamente las brasas de la chimenea como si se hallase solo.

Sin decir una palabra, Larson se encaminó hacia la puerta, la abrió, y se alejó, dejándola entreabierta. Tiny Duffy, con la impresión de peculiar ligereza —la de un cuerpo ahogado e hinchado que oscila ligeramente

mientras asciende a la superficie al noveno día— de que es capaz un hombre gordo que anda de puntillas, fue también hacia la puerta. Una vez en ella, con la mano sobre el picaporte, miró hacia atrás. Mientras sus ojos descansaron en el jefe, que no lo miraba, la furia se reflejó en sus ojos, y por un momento pensé: «Por Dios, es humano». Luego advirtió mi mirada y desvió hacia mí la suya con una especie de súplica, muda y paciente, en la que pedía perdón por todo, solicitaba mi comprensión y mi simpatía y rogaba que todo el mundo pensara bien del pobre y viejo Tiny Duffy, que había hecho lo que había podido, de acuerdo con sus luces, y a

quien le arrojaran algo a la cara. ¿No tenía también algunos derechos? ¿Acaso no contaba el pobre Tiny con sentimientos?

Luego siguió a Larson, cerrando la puerta sin el menor ruido.

Miré al jefe, que ni se había movido.

—Me alegro de haber estado presente en el último acto —dije—, pero ahora tengo que partir. —Desde luego, no habría ninguna conversación sobre los impuestos.

—Espere —dijo.

Alcanzó la botella y tomó un buen trago.

—Le he dicho —me miró fijamente —, le he dicho que si deja de colocar un

solo pasador o una varilla de hierro en el cemento o…

—Sí, ya lo he oído.

—… si pone una cucharadita menos de arena, si hace algo, cualquier cosa, lo destriparé, ¡vaya si lo destriparé…! Se levantó y vino hacia mí. Su respiración era pesada.

—Así lo dijo —convine.

—Se lo dije y lo haré. Que haga una sola cosa mal y lo comprobará.

—Muy bien.

—De todos modos, lo destrozaré. Igual que a los otros. —Abrió los brazos del todo—. A todo el que ponga sus cochinas manos en ello. Terminarán su trabajo y entonces los destrozaré uno

por uno. Los destrozaré y los arruinaré. ¡Por Dios que lo haré! Y será culpa de ellos por haber metido sus manos asquerosas. Porque me han obligado. Ellos me han obligado a hacerlo.

—Tom Stark tuvo algo de culpa en eso —dije.

Eso lo detuvo por el momento. Me miró de un modo que me hizo pensar que iba a ponerme la mano encima. Pero se volvió y se dirigió de nuevo hacia el sofá, en el que se sentó. Inclinose sobre la botella, hizo algún estrago en su contenido y dijo indistintamente, después de haber vuelto a clavar su mirada en mí:

—No es sino un muchacho. —No

contesté y el líquido de la botella sufrió un nuevo descenso—. No es sino un muchacho —repitió monótonamente.

—Está bien —dije.

—Pero los otros —abrió cuanto pudo los brazos—, los otros… me obligaron a hacerlo… ¡Y los destrozaré los arruinaré!

Siguió por el estilo antes de hundirse en el sofá. Una vez acomodado, prosiguió con sus observaciones sobre el mismo tópico y especialmente sobre cómo Tom no era sino un muchacho. Luego ese monólogo tocó a su fin y no se escuchó sino su respiración fatigada.

Al mirarlo pensé en la primera vez, Dios sabe cuántos años atrás, que se

emborrachó en mi habitación del hotel, en Upton, y cómo había recobrado el conocimiento. Mucho era el tiempo transcurrido y el camino andado. Y no era ya la cara regordeta del primo Willie la que contemplaba. Todo estaba cambiando, tan seguro como hay Dios.

Sugar-Boy, qué había permanecido tranquilamente sentado en su rincón durante los acontecimientos, con las piernas cortas que apenas le llegaban al suelo, abandonó su lugar y se aproximó para observar al jefe.

—Está más muerto que una caballa —le dije.

Asintió sin dejar de observar la figura voluminosa. El jefe yacía tendido

boca arriba; una pierna estaba sobre el sofá y otra arrastraba por el suelo. Sugar-Boy se inclinó para levantarla a la altura de la otra. Luego descubrió la americana caída en el suelo y la echó sobre los pies del jefe. Después explicó, mientras me miraba en son de disculpa:

—A-a-a-a lo me-me-jor se resfría.

Tomé mi cartera y el abrigo y fui hacia la puerta. Miré de nuevo hacia el escenario del destrozo. Sugar-Boy había vuelto a su asiento entre las sombras. Debí preguntarle con los ojos, porque dijo:

—Yo-yo-yo cuidaré de-de-de que nadie lo moleste.

Y así los dejé.

Mientras iba camino de mi casa bajo el cielo de la noche me preguntaba qué pensaría Adam Stanton si supiera la forma cómo el hospital iba a ser construido. Yo sabía, empero, la respuesta del jefe si se le formulaba la pregunta con respecto a Adam: «Diablo —diría—, dije que iba a construirlo y lo estoy haciendo. Eso es lo principal, que se está construyendo. Que se quede en él y tenga a sus enfermos lo mejor cuidados posible».

Que es exactamente lo que me contestó cuando le pregunté.

Y, camino de mi casa esa misma

noche, me pregunté además qué diría Anne Stanton de haber estado en esa habitación y haber contemplado al jefe hecho un guiñapo, tendido en el sofá. Experimenté cierto placer sardónico ante ese pensamiento. Si ella se había enamorado de él porque era tan hombre y tan robusto y conocía su manera de pensar y estaba dispuesto a pagar algún precio por todo, tendría que verlo ahí amontonado como el toro que se ha enredado las patas en la soga del lazo y ha caído al suelo y no puede moverse, ni siquiera levantar la cabeza a consecuencia de la argolla que tiene en la nariz. Tendría que verlo.

Luego pensé que quizá fuera eso lo

que estuviese esperando. Nada hay que la mujer adore tanto como el borracho, el renegado, el pendenciero y el hijo de los infiernos. Lo adoran porque son como las abejas de la parábola de Sansón en la Biblia: les agrada construir su panal en el cuerpo de un león muerto.

De los fuertes brotará la dulzura.

Tom Stark podía haber sido tan solo un muchacho, como dijo el jefe, pero tuvo bastante que ver en el camino que seguían las cosas, aunque supongo que el jefe también lo había tenido para hacer de Tom lo que este era. De manera que el hijo era la mera continuación del

padre, y cuando se contemplaban fijamente era como si un espejo mirase a otro. En realidad parecían igualitos, la misma inclinación de cabeza sobre los hombros, la misma manera de echarla hacia delante, iguales gestos repentinos. Tom era una versión retocada, de semblante reluciente y confiado, de lo que había sido el jefe cuando lo conocí tiempo atrás. La gran diferencia era esta: Por aquellos días el jefe había andado errando y a tientas por su camino hacia el descubrimiento de sí mismo, de su gran don, con sus pantalones de granjero que le caían más o menos hacia la altura del asiento, o el traje de sarga azul marino con los pantalones estrechos y

relucientes, cuidando alguna ciega e indefinida compulsión dentro de sí como el destino o la enfermedad, y, desde luego, no hacia el descubrimiento de sí mismo. Y en cambio Tom no iba errante ni equivocado en dirección a nada, ni siquiera al descubrimiento de sí mismo, sabedor de que era todo un valor. Tom Stark, jugador seleccionado, sin lugar a dudas. Y nunca colgaron pantalones de granjero de sus esbeltas caderas ni de sus rodillas, que eran como martinetes hidráulicos. No, él permanecía en medio del piso con sus zapatos con suela de goma, con la indiferencia del boxeador, la chaqueta de *sport* a rayas grises colgada sobre los hombros,

desabrochado el botón superior de su gruesa camisa blanca, la roja corbata de lana con el nudo tan grande como el puño, y floja debajo del cuello que parecía de bronce, echada hacia un lado, y sus ojos llenos de confianza recorrían el estadio y su mentón reluciente, vigoroso y curtido se movía indolentemente al mascar chicle. Ya sabemos cómo lo mascan los atletas. Oh, era el héroe, sí, y no iba a tientas ni errando su camino. Bien sabía quién era.

Sabía que era bueno y por eso no era necesario ceñirse tanto a las reglas. Ni siquiera a las que gobiernan el entrenamiento. De todas maneras era capaz de dirigir la pelota, como dijera a

su padre; ¿por qué preocuparse entonces? Pero no se comportaba en la debida forma sino que en una oportunidad se descarriló con demasiada frecuencia. Él y Thad Mellon, un suplente, y Gup Lawson, portero titular, se mostraron bastante altivos una noche después del partido en una hospedería. Podrían haber salido bien de no haberse metido con algunos patanes a quienes maldito lo que les interesaba el fútbol y que se resintieron al ver que se molestaba a sus hijas. Gup Lawson recibió una soberana paliza; tuvo que ser hospitalizado y dejar de jugar al fútbol durante varias semanas. Tom y Thad no recibieron más que

algunos puñetazos antes de que terminara la contienda. Pero el quebrantamiento de las reglas fue puesto dramáticamente en conocimiento del entrenador Billie Martin y se publicó en uno de los periódicos. Suspendieron a Tom Stark y Thad Mellon, lo que definitivamente alteró las perspectivas de las apuestas en cuanto al equipo de Georgia para el sábado siguiente, puesto que Georgia iba bien aquel año y Tom Stark era la esperanza de los locales.

El jefe recibió la noticia como hombre. No pateó ni gritó al terminar el primer tiempo con siete a cero a favor del Georgia. Se puso de pie tan pronto como sonó el pito del árbitro.

—Vamos —me dijo, y supe que sería en dirección al vestuario.

Lo seguí y observé el espectáculo, inclinado sobre la jamba de la puerta. La banda de música se hallaba entonces en la parte posterior de la cancha. Desfiló a su alrededor a la luz del sol (pues era el primero de los partidos de la tarde, ahora que el tiempo había refrescado), resplandecientes los instrumentos y bajo la dirección de la dorada batuta. Luego, en algún lugar apartado, se comenzó a decir cómo queríamos al viejo y querido Estado, cómo pelearíamos y pelearíamos por él y cómo moriríamos, pues era padre de los héroes. Entretanto, estos, bastante

sucios y agitados, yacían tendidos por doquier y sometidos al masaje.

El jefe no dijo nada al principio. Limitose a penetrar en el local y a observar los cuerpos tendidos. La atmósfera nos habría recordado más bien un depósito de cadáveres. Se habría oído la caída de un alfiler. No se producía el más leve ruido sino el rascar de una tachuela contra el suelo cuando alguien movía subrepticiamente un pie y una o dos veces un crujido cuando alguno cambiaba de posición. El entrenador Billie Martin, de pie al otro lado del vestuario y con el sombrero encasquetado hasta los ojos, tenía aspecto sombrío y mascaba un cigarro

no encendido. El jefe los recorrió a todos con la mirada, uno a uno, mientras la banda ejecutaba sus promesas y los viejos graduados que ocupaban las tribunas se hallaban de pie, con el sombrero sobre el corazón y sintiéndose elevados y puros.

Los ojos del jefe vinieron a posarse en Jimmy Hardwich, sentado en un banco. Habitualmente ocupaba otro puesto en el equipo, pero aquella vez lo habían pasado a zaguero segundo porque el que se desempeñaba en ese lugar lo había estado haciendo como una matrona viuda y constipada. Iba a constituir la gran oportunidad para Jimmy, y se le presentó. En forma de pase. Y la dejó

pasar. De ahí que cuando el jefe lo miró, el jugador le correspondiese de un modo sombrío. Luego, cuando los ojos del gobernador llevaban unos segundos posados sobre él, estalló:

—¡Maldito sea, dígalo de una vez! ¡Diga lo que tenga que decir!

Pero el jefe no dijo nada. Simplemente se movió despacio y se colocó frente a Jimmy. Luego, con toda deliberación, alargó la mano y la puso sobre el hombro del jugador, sin palmearlo, simplemente dejándola allí, tal como hacen algunos para aplacar a un caballo nervioso.

Ya no miraba a Jimmy sino a los demás que se hallaban en el aposento.

—Muchachos —dijo—, he venido simplemente a decirles que sé que han hecho lo posible.

Continuó inmóvil, con la mano puesta sobre el hombro de Jimmy, dejando que se hundiera en el mismo. El jugador comenzó a llorar.

Luego dijo:

—Y me consta que seguiréis haciendo todo cuanto esté a vuestro alcance, pues sé de qué pasta estáis hechos.

Nueva espera; después retiró la mano del hombro de Jimmy, se volvió lentamente y fue hacia la puerta. Nueva detención y otra mirada alrededor del vestuario.

—Quiero decirles que no me olvidaré de ustedes —dijo, y se retiró hacia la puerta.

Jimmy estaba llorando de veras.

Seguí al jefe al exterior, donde la banda ejecutaba una marcha bastante bullanguera.

Cuando se inició la segunda parte, los muchachos salieron dispuestos a vencer. Hicieron muy buenas jugadas y el jefe se sintió bastante bien, siempre dentro de su estado sombrío. En el último cuarto Georgia llegó hasta la zona peligrosa, fue contenido, pero marcó un gol. Y con él terminó el partido, siete contra diez.

Pero todavía teníamos algo con que

hacernos oír en la conferencia, teniendo en cuenta todo lo acontecido durante la temporada. Al sábado siguiente Tom Stark se hallaba en su puesto. Y fue porque el jefe le apretó las clavijas a Billie Martin. Sí, este fue el motivo, pues el mismo jefe me lo contó.

—¿Cómo lo tomó Martin? —pregunté.

—No lo tomó —dijo el jefe—. Tuve que metérselo por la garganta.

Guardé silencio.

—No se trata de Tom, por Dios, sino del campeonato. No tiene nada que ver con Tom. Si no se tratara más que de él, yo no diría una palabra. Y si vuelve a quebrantar las reglas del entrenamiento

le romperé la cabeza contra el suelo. Lo golpearé con mis propias manos. Lo juro.

—Está bastante crecido —observé.

Volvió a jurar que lo haría.

Y así el sábado siguiente Tom volvió a su puesto llevando la pelota. Fue una mezcla de bailarina y de locomotora y las tribunas aclamaron: «Tom, Tom,. Tom», pues era su favorito; el resultado fue de veinte a cero y State tenía la vida puesta en el campeonato. Hubo dos partidos más. Uno bastante fácil con Tech y luego la final el día del «Thanksgiving[8]».

Con Tech la cosa fue fácil. En el tercer cuarto, cuando State ya iba en la

delantera, el entrenador envió a Tom simplemente para darle un buen trote. Tom se lució un poco para la galería. Estuvo algo descuidado e insolente. No había nada reprensible en ello, en el modo como llevaba a cabo su labor; parecía muy fácil. Pero una vez que hubo traspuesto la línea unos trece metros y fue contenido por el secundario, no se levantó en seguida.

—Ha perdido el aliento —dijo el jefe.

Y Tiny Duffy, que se hallaba con nosotros en el palco, dijo:

—Seguro. Pero eso no hará mella en Tom.

—Por supuesto que no —aseguró el

jefe.

Pero Tom no se levantó. Lo levantaron y fue conducido al vestuario.

—Seguramente le han dado un buen golpe —dijo el jefe, como si estuviese comentando el estado del tiempo—. Fíjese, lo reemplaza Axton. Es bastante bueno. Otra temporada más y ya verán.

—Es bueno, pero no come Tom. Para mí no hay como Tom.

—Apuesto a que pasarán ahora —dijo el jefe, que no dejaba de observar el desfile continuo hacia el vestuario.

«Axton reemplaza a Stark», vociferó el altavoz en lo alto de las tribunas; el entrenador solicitó hurras en honor de Stark, e inmediatamente tuvieron efecto.

El jefe y sus acompañantes casi se volvieron locos de tanto moverse, gritar y agitar los megáfonos.

La pelota se puso en movimiento. Fue un pase, como el jefe había previsto. Ocho metros y el primer «down[9]». «Primer *down*, sobre la línea veintidós metros de Tech», anunció el altavoz, que después agregó: «Tom Stark, que perdió el conocimiento, muestra señales de recobrarlo».

—¿Perdió el conocimiento, eh? —repitió Duffy. Luego dio unas palmadas en el hombro al jefe (era muy aficionado a hacerlo en público para hacer ver lo amigos que eran)—. No pueden poner fuera de combate a nuestro querido Tom,

¿verdad?

El semblante del jefe se ensombreció un momento, pero no dijo nada.

—No por mucho tiempo —aseveró Tiny—. El muchacho es demasiado recio para ellos.

—Sí, es recio —convino el jefe, que entonces dedicó toda su atención al juego.

No fue nada brillante, pero cuanto menos lucido, más atento estaba el jefe, que cada vez mostrábase más ansioso de excitar a los jugadores y animarlos con sus exclamaciones. State se libró del *down* como una máquina de carnicero mientras hace salchicha. Había tanta

probabilidad de deporte durante su proceso como en la apuesta sobre si el agua corre o no cuesta abajo, pero el jefe gritaba cada vez que avanzaba dos metros. Acababa de proferir una exclamación a causa de la jugada que pusiera a State en la línea de cinco metros cuando hizo su aparición un individuo frente a nuestro palco y se quitó el sombrero.

—Gobernador Stark, gobernador Stark.

—¿Qué ocurre? —inquirió el jefe.

—El doctor…, allá en la enfermería…, dice si puede ir un minuto —manifestó el hombre.

—Muchas gracias. Dígale que estaré

allí al instante. Tan pronto como vea que los muchachos ganan esta jugada. —Y prosiguió atento al juego.

—Diablo —dijo Tiny Duffy—. No será nada. No, el viejo Tom…

—¡Cállese! —ordenó el jefe—. ¿No ve que estoy observando el partido?

Y cuando el *touch down* fue ejecutado y pateada la pelota, el gobernador se volvió hacia mí y me dijo:

—Va siendo hora de salir. Que Sugar-Boy lo lleve a la oficina. Espéreme allá. Quiero hablar con usted y con Swinton, si lo encuentra. Pediré un taxi. A lo mejor le doy una paliza allí. —Y saltó por encima de la barandilla

del palco al césped, emprendiendo la marcha hacia la enfermería. Pero se detuvo un momento junto al banco para gastar una broma a los muchachos. Luego, con el sombrero encasquetado en su cabeza, pesada e inclinada hacia delante, siguió en dirección a la enfermería.

Los demás que estábamos en el palco no esperamos a que tocara el pito. Salimos antes de que diera comienzo la desbandada general y nos dirigimos a la ciudad. Duffy quedó en el Athletic Club donde mantenía su estado en condiciones soplando la espuma de la cerveza e inclinándose sobre las mesas de billar, y yo continué hasta el

Capitolio.

Aun antes de haber puesto la llave en la cerradura podía decir que no se veía ninguna luz en la gran sala de recibo. Las muchachas lo habían dejado todo bien cerrado antes de ausentarse para pasar la tarde del sábado en los cines, en sus partidas de *bridge*, con sus galanes, comiendo costillas a la plancha en la hostería Ye Olde Wagon Wheel o bailando en el Sueño de París, donde las luces eran azules y el saxofón producía un ruido lento, dulce, como regurgitar la melaza, todo ello acompañado de las risitas, murmullos, parloteo y demás cosas que se conocen como pasar un buen rato.

Durante un momento, mientras me hallaba de pie en el grande y oscuro recinto y en la desusada calma del mismo, me sentí divertido al pensar en todos aquellos especiales buenos ratos que las chicas estarían pasando, los lugares en donde se hallarían (Ye Olde Wagon Wheel, Sueño de París, Capitolio City Movie Palace, automóviles estacionados, vestíbulos a oscuras), la gente con quienes se encontrarían: el estudiante con su aire de suficiencia y la seguridad apenas disimulada de hallarse de recorrida por los barrios de mala nota; el empleado del bar, dueño de novecientos dólares depositados en el Banco, esperanzado de poder comprar

el negocio al año siguiente y conseguirse una mujercita y establecerse definitivamente; el picaflor de mediana edad con el cabello ralo y aplastado sobre su cráneo grande surcado de venas como ágata y sus manos grandes, húmedas, brutalmente tratadas por la manicura y del color de la grasa de cerdo sin derretir, y su olor a ron y a chile de menta.

Luego, mientras estuve allí, cambié de pensamiento. Pero la idea que me divertía continuó sin embargo, como una llamita que lamiese el borde de un papel mojado. Solo que ahora era por mí mismo. ¿Qué derecho tenía a burlarme de ellos?, me pregunté. Yo también

había pasado mis buenos ratos. Si aquella noche no era así no se debía a que hubiese traspuesto la línea y me hallase en estado de beatitud. Quizá fuese que me faltaba algo. La virtud por defecto. La abstinencia por náuseas. Cuando nos quieren curar de la bebida vierten en nuestro licor algo que nos hace vomitar, y cuando hemos hecho esto con alguna frecuencia comenzamos a aborrecer el licor. Es como el perro de Pavlov, cuya saliva comienza a fluir tan pronto oye la campana. Con la diferencia de que en nosotros el reflejo obra de manera que cada vez que aspiramos una vaharada de licor se nos revuelve el estómago. Y hasta cuando

nos viene a la memoria la bebida. Alguien debía de haber colocado esa droga en mis buenos ratos, porque ya no me atraían. Por lo menos no en aquel instante. Pero podía hacerse desaparecer aquella sonrisa burlona de mi imaginación. No tenía que sentirme orgulloso porque mi estómago no se resistiese al pensar en los buenos ratos.

De manera que entraría en mi despacho y, luego de haber permanecido sentado unos dos minutos en la oscuridad, encendería la luz, sacaría los papeles referentes a los impuestos y me pondría a trabajar con los números, pensando en ellos con una sensación de alivio y de frescura.

Pero mientras pensaba en los números y reanudaba mi camino a través de la gran sala de recibo hacia la puerta de mi despacho, oí, o creí haber oído, un ruido que partía de las oficinas del otro lado. Por debajo de las puertas no asomaba ninguna luz. Volví a escucharlo. Era un ruido perfectamente real. No se suponía que hubiese nadie allí, por lo menos sin una luz. De ahí que atravesara el recinto, pisando con sumo cuidado sobre la espesa alfombra, y abriese la puerta de un empujón.

Era Sadie Burke, sentada en el sillón delante de su escritorio (seguramente el crujido del mismo era lo que había escuchado), con los brazos encima de la

mesa y los antebrazos doblados y juntos. Me di cuenta de que acababa de levantar la cabeza, que estuviera apoyada sobre ellos. No es que Sadie estuviera llorando. Pero había permanecido sentada en la oscuridad, en aquel despacho abandonado, un sábado por la tarde, cuando todos los demás estarían pasando buenos ratos, y con la cabeza apoyada en los brazos.

—Hola, Sadie —dije.

Me miró un instante. Su espalda daba hacia la poca luz que se filtraba por la ventana, cuya persiana se hallaba corrida, por lo que no pude ver la expresión de su semblante, sino el fulgor de sus ojos.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Nada —dije.

—Bueno, entonces no tiene que esperar.

Crucé hasta el otro extremo y la miré después de haber ocupado una silla.

—Ya ha oído lo que dije —comentó.

—Sí, lo he oído.

—Pues volveré a decírselo. No tiene que esperar.

—Me parece que aquí se descansa muy bien —contesté sin efectuar ningún movimiento para levantarme—. Porque usted y yo tenemos mucho en común, Sadie.

—Espero que no se trate de un cumplido.

—No, simplemente una observación científica.

—Bien, con eso no se convierte en ningún Einstein.

—¿Quiere decir porque no es cierto que tenemos mucho en común o porque resulta tan evidente que no se necesita el cerebro de Einstein para imaginárselo?

—Quiero decir que no me importa un ardite —contestó acremente. Y agregó—: Y tampoco tengo el menor interés en que esté aquí dentro.

La estudié sin abandonar mi asiento.

—Es sábado y de noche. ¿Por qué no sale por ahí para adornar la ciudad?

—¡Al diablo con esta ciudad! —Encendió un cigarrillo que extrajo de un

cajón del escritorio. El resplandor de la llama hizo salir el rostro de la oscuridad. Apagó el fósforo con un vivo movimiento del brazo y luego arrojó la primera bocanada de humo por encima del labio inferior, grueso y curvado hacia abajo. Luego me miró y dijo—: Y usted también. —Después paseó su mirada reprobatoria alrededor de todo el recinto, como si se hallase lleno de rostros y de figuras, expulsó de sus pulmones el humo gris y dijo—: ¡Al diablo con todos ellos y hasta con la ciudad! —Sus ojos se posaron en mí y continuó—: Pienso irme de aquí.

—¿De aquí? —pregunté.

—Sí, de aquí, de todo esto, de la

ciudad. —Hizo un amplio ademán con el brazo y la punta del cigarrillo lució más con la rapidez del movimiento.

—Quédese aquí y se hará rica —comenté.

—Hace tiempo que pude haberlo sido manejando esto, si hubiese querido.

Era cierto, pero no lo había hecho. Al menos, según mis noticias.

—Sí —apretó la punta del cigarrillo contra el cenicero, me iré.

—Levantó los ojos hacia mí como si me desafiara a decir algo.

No dije nada, pero meneé la cabeza.

—¿Cree que no? —preguntó.

—Creo que no.

—¡Ya lo verá, maldita sea!

—No, no se irá. Tiene grandes condiciones para esto, lo mismo que el pez en la natación. Y no se puede esperar que el pez deje de nadar.

Comenzó a decir algo, pero se detuvo. Continuamos sentados en la penumbra unos dos minutos más.

—Deje de mirarme —ordenó. Luego dijo—: ¿No me oyó cuando le dije que se retirase? ¿Por qué no se va usted a su casa?

—Estoy esperando al jefe —dije resueltamente—. Está… —Entonces recordé—. ¿No supo lo que ha sucedido?

—¿Qué?

—Tom Stark.

—Alguien tendrá que hacerle tragar los dientes de un puntapié.

—Ya lo han hecho.

—Lástima que no haya sido mucho antes.

—Bueno, hicieron bastante esta tarde. Lo último que llegó a mi conocimiento es que se hallaba inconsciente. Llamaron al jefe para que fuese a la enfermería.

—¿Cómo estaba? ¿Era grave la cosa? —preguntó inclinándose hacia mí.

—No sé. Solo me enteré de que se hallaba inconsciente. Creo que lo llevaron al hospital.

—¿Pero no dijeron nada de su estado? ¿No avisaron al jefe? —volvió

a preguntar, inclinándose más aún.

—¿Qué demonios le importa? ¿No dijo antes que alguien tendría que hacerle tragar los dientes? Pues lo que es ahora se conduce como si estuviese enamorada de él.

—Ah, es como para reírse —contestó.

Miré mi reloj.

—El jefe tarda. Creo que estará en el hospital con la triple amenaza.

Permaneció callada un momento, con la mirada fija otra vez en el escritorio y mordiéndose el labio. Luego, se puso de pie de repente, fue hasta el perchero y tomando el abrigo y el sombrero se dirigió a la puerta. Volví la cabeza para

mirarla. Una vez con el pasador en la mano vaciló:

—Me voy y quiero cerrar. De todos modos, no veo por qué no va a sentarse a su oficina.

Fui a la sala de espera. Ella dio un portazo y sin decirme una sola palabra y con paso bastante ligero atravesó el lugar y salió al corredor, sobre el cual escuchábase cada vez más apagado su taconeo contra las losas de mármol.

Una vez que desapareció del todo, pasé a mi oficina, donde tomé asiento junto a la ventana y contemplé la niebla del río que iba posándose sobre los tejados.

No estaba, empero, contemplando la

ciudad romántica, velada por la niebla y crepuscular, sino inclinado sobre mis nítidas y reconfortantes cifras relativas a los impuestos, a la claridad de una lámpara con pantalla verde, cuando sonó el teléfono. Era Sadie Burke. Dijo que se hallaba en el hospital de la Universidad y que Tom no había recobrado él conocimiento. Seguro que el jefe estaba allí, pero no había podido verlo todavía, si bien tenía entendido que había preguntado por mí.

De manera que Sadie habíase llegado hasta allí para espiar entre las sombras antisépticas.

Dejé las nítidas y confortantes cifras relativas a impuestos y salí.

Comí un bocadillo y tomé una taza de café antes de dirigirme al hospital. El jefe se hallaba solo en una salita de espera y su aspecto era algo sombrío. Indagué sobre el estado de Tom y supe que lo tenían en ese instante en la sala de rayos X y que no sabían mucho del caso, que estaba en manos del doctor Stanton. Otro especialista venía expresamente en avión desde Baltimore para celebrar consulta.

Luego dijo:

—Deseo que vaya a buscar a Lucy. Tiene que venir aquí. En el campo no creo que haya tenido oportunidad de leer el periódico todavía.

Dije que iría y me dirigí hacia la

puerta.

—Jack —sugirió—, dígaselo poco a poco. Vaya preparándola.

Dije que bueno y partí. Me sonaba bastante mal eso de ir preparando a Lucy. Mientras iba por la carretera, teniendo en contra las luces del tránsito de los sábados, cuando todos se dirigían a la ciudad, pensé que maldita la gracia que tendría el cumplimiento de mi misión para con Lucy. Y volví a pensar de igual manera mientras recorría el anacrónico sendero de cemento en marcha hacia la casa blanca y no muy iluminada. Luego, cuando me vi en el gabinete, rodeado por los muebles de nogal oscuro y tallados y el terciopelo

rojo y las tarjetas para el estereoscopio y el pálido retrato sobre el caballete, y preparé a la mujer para el mal trago, no fue, desde luego, nada agradable.

Pero recibió la noticia. Seguro que le llegó hasta el corazón, pero tuvo que tragarla.

—¡Oh, Dios mío! —dijo apenas—. ¡Oh, Dios mío! Espere un minuto. Voy a buscar un abrigo. —Su semblante resaltaba blanco y rígido.

Y así tomamos nuevamente el automóvil y regresamos a la ciudad, sin que hubiese ninguna conversación. Otra vez la oí decir de nuevo: «¡Oh, Dios mío!», pero la observación no iba dirigida a mí. Presumo que estaba

orando, pues de pequeña había ido al colegio baptista, donde hacían rezar mucho a los alumnos, y probablemente le había quedado el hábito.

Tampoco resultó agradable cuando la introduje en la salita de espera donde se hallaba el jefe. Este volvió su pesada cabeza hacia ella, desde el centro del dibujo floral del amplio y mullido sillón de elevado respaldo y cubierto con una funda de cretona, y la miró como si fuese alguien extraño.

—¿Cómo está? —inquirió ella desde el centro del recinto sin acercársele.

Al oír la pregunta, resplandecieron los ojos del jefe, que abandonó

violentamente su asiento.

—Óyeme, está bien…, estará bien. ¡No te olvides de eso!

—¿Cómo está? —repitió Lucy.

—Ya te lo he dicho; te he dicho que estará bien —dijo con una voz penetrante.

—Eso dices tú. Pero ¿y los doctores?

La sangre afluyó a su rostro, como si fuese a experimentar un ataque de apoplejía y escuché su respiración agitada antes de que respondiese:

—Lo has querido así. Dijiste que así lo querías, que preferías verlo muerto a tus pies. Eso es lo que deseaste. Pero… —y avanzó hacia ella— ha sabido

engañarte. Está bien. ¿Lo oyes? Saldrá bien.

—Dios te oiga —contestó ella, suavemente.

—¡Dios lo quiera! ¡Dios lo quiera! —estalló el jefe—. Está bien, ahora mismo está muy bien. El muchacho es recio. Puede soportarlo.

No contestó nada, sino que permaneció en el mismo lugar y lo miró mientras la sangre se retiraba de las mejillas del jefe y el cuerpo parecía vencido por el peso de la carne. Luego preguntó si podría verlo.

Antes de contestarle, el gobernador fue otra vez a hundirse en su asiento, me miró y dijo:

—Llévela a la habitación 305. —Habló con voz apagada y aparentemente sin interés entonces, como si se hallase en cualquier sala de espera de una estación de ferrocarril respondiendo a alguna pregunta tonta de un viajero sobre el horario.

La conduje a la habitación 305, donde el cuerpo yacía como un tronco bajo la sábana blanca y la respiración salía fatigosamente por la boca abierta. Al principio no se aproximó al lecho, sino que permaneció junto a la puerta, contemplándolo. Creí que iba a desmayarse y alargué el brazo para sostenerla, pero se mantuvo sobre sus piernas. Luego, junto al lecho, estiró la

mano con movimiento tímido para tocar el cuerpo. Lo hizo en la pierna derecha, precisamente por encima del tobillo, y la dejó allí, como si pudiera atraer o comunicar alguna fuerza mediante el contacto. Entretanto, la enfermera del otro lado de la cama se inclinó para enjugar las gotas de sudor que brotaban de la frente del paciente. Lucy Stark dio uno o dos pasos hacia la cabecera de la cama y, mirando a la mujer, alargó la mano, en la que la enfermera puso el lienzo, con el cual Lucy terminó de enjugar la frente y las sienes. Luego se lo devolvió y dijo:

—Muchas gracias.

Su voz era apenas un murmullo. La

enfermera esbozó una especie de sonrisa de comprensión profesional en su semblante sencillo, bueno, anónimo, que fue como una luz que se vislumbrase un instante en una sala de estar confortable y algo ajada.

Pero Lucy no miraba esa cara sino la otra con el mentón caído, y que estaba por debajo de ella, mientras la respiración subía y bajaba. No había ninguna luz. Al cabo de un tiempo —la enfermera nos comunicó que el doctor Stanton tardaría un ratito en volver y que nos avisaría entonces— regresamos al aposento donde el jefe se hallaba sentado y su cabeza grande resaltaba en medio del dibujo de flores.

Lucy ocupó otro sillón cubierto de cretona floreada (la salita era muy confortable y resultaba alegre con las plantas colocadas en el antepecho de la ventana, la cretona de los sillones y las acuarelas colgadas de la pared, con sus marcos de color natural, y una chimenea con sus troncos artificiales) y observaba su regazo y de tanto en tanto echaba un vistazo al jefe, que estaba al otro lado, y yo ocupé el sofá junto a la pared y revisé las revistas y sus grabados, de los cuales colegí que el mundo fuera de nuestro cómodo y alegre rinconcito seguía siendo mundo.

Adam llegó a eso de las once y media para comunicarnos que el doctor

que venía en avión desde Baltimore se había visto obligado a hacer escala a causa de la niebla y que reanudaría el vuelo tan pronto como la visibilidad lo permitiese.

—¡Niebla! —exclamó el jefe, que abandonó su asiento—. ¡Niebla! Telefonéele en seguida. Dígale que siga viaje con niebla o sin ella.

—El avión no puede volar entre la niebla —dijo Adam.

—Telefonéele…, ese muchacho que está ahí…, ese muchacho…, el mío. —La voz no fue disminuyendo sino simplemente se cortó con un sonido como el de un peso grande que rechina al quedar parado y el jefe contempló a

Adam Stanton con resentimiento y una fuerte acusación en sus ojos.

—El doctor Burnham vendrá tan pronto como sea posible —dijo Adam fríamente. Luego, al cabo de un momento en que hizo frente al resentimiento y a la acusación, agregó—: Gobernador, creo que sería conveniente que descansase un rato. Vaya y acuéstese un poco.

—No, no —contestó el jefe con voz ronca.

—No conseguirá nada bueno si no descansa. No hará sino desperdiciar sus fuerzas. No hará nada bueno.

—Bueno —repitió el jefe—, bueno. —Cerró las manos como si tratase de asir alguna sustancia que se hubiese

marchitado al tocarla y convertido en aire.

—Yo aconsejaría… —dijo Adam con voz serena. Luego miró a Lucy inquisitivamente.

Ella meneó la cabeza.

—No, doctor, yo también esperaré —murmuró.

Adam inclinó la cabeza a modo de aceptación y se retiró. Me levanté y lo seguí.

Lo alcancé en el vestíbulo.

—¿Cómo está? —inquirí.

—Mal.

—¿Pero hasta qué punto?

—Está inconsciente y paralizado —dijo—. Sus extremidades completamente

lacias. Los reflejos han desaparecido. Si le tomas la mano es como si fuese de jalea. Le hemos hecho una radiografía del cráneo y los rayos X muestran la dislocación de la quinta y sexta vértebras cervicales.

—¿Qué demonios quiere decir esto? ¿Dónde se encuentran?

Adam alargó la mano y puso un par de dedos en mi nuca.

—Aquí —dijo.

—¿Quieres decir que tiene el cuello roto?

—Sí.

—Creía que con eso dejaban de existir.

—Generalmente, sí. Siempre, si la

fractura se produce un poquito más arriba.

—¿Hay alguna posibilidad?

—Sí.

—¿De vivir o de quedar bien?

—De quedar bien. O casi bien. Una mera posibilidad.

—¿Qué piensas hacer?

Me miró fijamente y vi que su propia cara no parecía muy distinta de lo que habría parecido si alguien le hubiese pateado también la cabeza. Estaba blanca y rígida.

—Es una decisión bastante difícil —dijo—. Tengo que pensarlo. No deseo hablar ahora de ello.

Me volvió la espalda, enderezó sus

hombros y se alejó a lo largo del vestíbulo, cuyo piso reluciente, con su suave resplandor, parecía como si fuese hielo del color del bronce.

Regresé a la habitación donde Lucy Stark se hallaba sentada frente al jefe, entre las macetas, la cretona coloreada y las acuarelas. De vez en cuando levantaba su mirada del regazo, sobre el que se veían las manos entrelazadas y resaltaban sus venas azules, y observaba el semblante de su marido a través del espacio que los separaba. Él no devolvía su mirada, sino que la dirigía sobre la iluminación exenta de calor de los troncos de la chimenea.

Después de la una de la madrugada vino la enfermera a la salita con la buena nueva de que la niebla se había disipado y el avión del doctor Burnham proseguía su viaje. Nos avisarían tan pronto arribase. Luego, se retiró.

El jefe permaneció en silencio uno o dos minutos y luego me dijo:

—Vaya abajo y telefonee al aeropuerto. Pregunte qué tiempo hace. Dígales que avisen a Sugar-Boy que lo necesito aquí en seguida. Que Murphy entienda que lo quiero inmediatamente. ¡Por Dios, por Dios…! —Y el juramento quedó en suspenso, sin ser dirigido hacia nada.

Bajé a las cabinas telefónicas del primer piso para comunicar los mensajes a Sugar-Boy y a Murphy. El primero conduciría el auto como si fuese un bólido y el otro —el teniente a cargo de la escolta motorizada— sabría que no iba a salir simplemente a dar un paseíto. Llamé al aeropuerto, me contestaron que el tiempo iba mejorando, que se había levantado algo de brisa. Dejé las instrucciones para Murphy.

A la salida de las cabinas se hallaba Sadie Burke. Habría estado rondando por la galería, posiblemente sentada en alguno de los bancos sumidos en la sombra, ya que no la había visto cuando

entré.

—¿Por qué no me ha gritado ¡bu! y me ha hecho dar un vuelco al corazón y ha terminado así de una vez? —pregunté.

—¿Cómo está? —inquirió, después de haberme asido de la manga.

—Mal. Se ha roto el cuello.

—¿Hay alguna posibilidad?

—El doctor Stanton dijo que sí, pero no parecía muy optimista.

—¿Qué piensa hacer? ¿Operar?

—Ya está en camino otro eminente doctor del «John's Hopkins» para celebrar consulta. En cuanto llegue, lo echarán a cara o cruz y decidirán qué hay que hacer.

—¿Le pareció que había una verdadera posibilidad?

La mano no me había soltado la manga.

—¿Cómo he de saberlo?

De repente me sentí enojado y di un tirón para librarme.

—Si consigue averiguar algo, cuando llegue el doctor, ¿me avisará? —preguntó humildemente.

Dejó caer la mano.

—¿Por qué demonios no se va a su casa y deja de andar como un fantasma por la oscuridad? ¿Por qué no se va?

Movió la cabeza, siempre con aspecto de humildad.

—Quería que le saltaran los dientes

de un puntapié y ahora anda dando vueltas por aquí y perdiendo la noche. ¿Por qué no se va a su casa?

Meneó la cabeza lentamente:

—Esperaré —dijo.

—Es una tonta —aseguré.

—Avíseme cuando sepa algo —suplicó.

En lugar de contestar subí la escalera para reunirme con los otros dos. La atmósfera de la habitación no había cambiado.

Al cabo de un rato vino la enfermera para comunicar que el avión era esperado en el aeropuerto dentro de treinta o cuarenta minutos. Un poco más tarde regresó para decirme que me

llamaban por teléfono.

—Una dama que no quiso dar su nombre.

Me imaginé quién sería y al ponerme al aparato lo comprobé. Anne Stanton, que resistió cuanto pudo. No me tiró de la manga, pues se hallaba en su piso a algunos kilómetros de distancia, pero su voz hizo casi lo mismo. Le dije lo que sabía y contesté sus repetidas preguntas. Se disculpó y me dio las gracias por las molestias ocasionadas. Dijo que tenía necesidad de saber y que había llamado varias veces al hotel en la creencia de que yo regresaría allá y que luego había decidido hacerlo al hospital. No tenía nadie más a quien preguntar. Cuando

intentó informarse en el hospital le contestaron para salir del paso.

—Ya ves que no tuve más remedio que llamarte —dijo.

Le contesté que estaba bien, colgué el auricular y volví al vestíbulo. Nada había cambiado en el recinto ni tampoco cambió hasta las cuatro de la mañana cuando el jefe, que había estado hundido en el sillón forrado de cretona floreada y con la mirada fija en los troncos artificiales, levantó la cabeza de repente, como el perro que dormita junto al fogón ante un ruido que nosotros somos incapaces de advertir. Había estado atento a ese ruido. Mantuvo la cabeza erguida, escuchando y en seguida

se levantó.

—Ahí están —exclamó con voz ronca—, son ellos.

Entonces, oí por primera vez el lejano lamento de la sirena de la escolta motorizada. El avión había llegado.

Inmediatamente, vino una enfermera para avisar que el doctor Burnham se hallaba con el doctor Stanton, pero ignoraba cuánto tardarían en emitir su opinión.

El jefe no había vuelto a hundirse después del primer sonido de la sirena. Permanecía en el centro del local, erguida la cabeza, escuchando cómo el sonido iba disminuyendo para volver a oírse y apagarse y atento después para

oír los pasos en el vestíbulo. No se volvió a sentar. Fue de arriba para abajo, hasta la ventana. Apartó las cortinas de cretona para contemplar la oscuridad del césped y a través de este, donde sin duda brillaría alguna luz solitaria en la neblina. Volvió hacia la chimenea, donde giró con un movimiento pesado como si retorciese la alfombra bajo los talones. Llevaba las manos enlazadas por detrás y la cabeza, con el cabello caído sobre la frente, colgaba hacia delante con aspecto sombrío y parecía moverse algo de lado a lado.

Proseguí examinando las revistas, pero la pisada firme, nerviosa y, sin embargo, deliberada, trajo algún

recuerdo a mi imaginación. Me irrité como cuando no se suscita claramente el recuerdo y no damos con lo que es. Luego supe. Era el ruido de unos pasos que iban y venían, encerrados en la habitación de un hotel, detrás de una pared delgada. Eso era.

Todavía se hallaba andando cuando una mano se posó en el picaporte. Y ante aquel sonido, el primer sonido, el jefe volvió la cabeza hacia la puerta y quedó firme en su puesto, como un perro pachón. Adam hizo entrada en la habitación bajo el peso de aquella mirada.

El jefe se humedeció el labio inferior, pero no dejó traslucir ninguna

pregunta.

Adam cerró la puerta antes de avanzar algunos pasos.

—El doctor Burnham ha examinado al paciente —dijo— y ha estudiado las radiografías. Su diagnóstico y el mío coinciden en absoluto. Ya sabe lo que es.

Se detuvo, como si esperase alguna respuesta.

Pero no la hubo, ni siquiera un signo, y la mirada no dejó de escudriñarlo.

—Hay dos caminos posibles —prosiguió—. Uno conservador y otro radical. El primero consistiría en colocar al paciente de manera que pueda sometérsele a fricción, dentro de un

sólido enyesado, y esperar que la situación se resuelva de algún modo. El camino radical aconseja proceder inmediatamente a una intervención quirúrgica. Quiero hacer resaltar que se trata de un decisión difícil, altamente técnica. En consecuencia, deseo que comprenda la situación en todo su alcance, dentro de lo posible. —Nueva pausa sin que se produjese tampoco ninguna señal ni disminuyese la intensidad de la mirada—. Como usted sabe —ahora su voz dejaba traslucir algo de la sala de conferencias, de precisión académica— la radiografía mostraba en su parte lateral una fractura y dislocación de la quinta y sexta

vértebras cervicales. Pero los rayos X no muestran el estado del tejido blando. En consecuencia, no podemos saber en este instante el estado de la médula espinal en sí. Ello no es posible sino recurriendo a una operación quirúrgica. Si al operar se ve que la médula está aplastada, el paciente quedará paralítico durante el resto de su vida, ya que dicha médula no posee poder de regeneración. Pero es posible que un segmento desplazado del hueso ejerza presión sobre la médula. En este caso podemos aliviar la presión mediante una laminectomía. No es posible predecir el beneficio que conseguiríamos con tal procedimiento. Podremos restablecer

algo o casi toda la función. Por supuesto, no debemos esperar demasiado. Algunos grupos musculares podrían quedar paralizados. ¿Comprende? —Esta vez Adam no parecía esperar ninguna respuesta y su pausa fue apenas momentánea—. Debo recalcar una consideración. Esta operación se realiza muy próxima al cerebro y puede ser fatal. Y las probabilidades de infección son aún más grandes que la de la operación. El doctor Burnham y yo hemos discutido el asunto extensamente y estamos de acuerdo. Yo asumo plena responsabilidad al aconsejar la operación. Pero deseo que sepa que es

radical. Es una probabilidad extrema. La suerte del jugador.

Se detuvo. El aliento del jefe hizo como si raspase dos o tres veces, inhalando y exhalando.

—Hágala —dijo.

Había optado por la probabilidad exterior, por la suerte del jugador. Pero eso no constituía una sorpresa para mí.

Adam miraba inquisitivo a Lucy Stark, cual si desease también su corroboración. Ella desvió la mirada, dirigiéndola hacia su marido, que se había aproximado a la ventana para mirar el césped oscuro. Durante un momento contempló los hombros encorvados y luego volvió a mirar a

Stanton. Movió la cabeza lentamente, en tanto sus manos se retorcían sobre el regazo. Luego murmuró:

—Sí…, sí.

—Operaremos en el acto —dijo Adam—. Ya he dispuesto que se hagan los preparativos necesarios. No es indispensable hacerlo tan pronto, pero en mi opinión es mejor así.

—Hágalo —dijo la voz junto a la ventana.

Pero el jefe no se volvió ni aun cuando se cerró la puerta al salir Adam Stanton.

Volví nuevamente a mis revistas, pero fui pasando las hojas con sumo cuidado, como si no pudiese permitirme

hacer ningún ruido en aquella especie de calma que nos devoraba y que aún invadía la habitación. Durante mucho tiempo continué contemplando muchachas en traje de baño, carreras de caballos, paisajes de bellezas naturales y largas filas de jóvenes, erguidos y con el rostro afeitado, ataviados con una especie de camisa y levantando el brazo a modo de saludo, e historias de detectives representadas en seis ilustraciones con la solución en la página siguiente. Pero no prestaba mayor atención a los grabados, que al fin y al cabo eran siempre iguales.

Luego, Lucy Stark se levantó de su asiento y fue hasta la ventana en que el

jefe se hallaba mirando al exterior. Le puso la mano sobre el brazo derecho y él la retiró sin mirarla. Pero ella lo tomó del antebrazo y lo atrajo hacia sí, y después de una resistencia momentánea él la siguió, dejándose llevar de nuevo hasta el sillón con funda de cretona. Lucy le dijo:

—Vamos, Willie, siéntate y descansa.

Su voz era apenas un susurro.

Obedeció, y ella regresó otra vez a su lugar.

El jefe la miró ahora, en lugar de hacerlo a los troncos artificiales. Finalmente habló:

—Todo saldrá bien.

—Dios lo quiera —contestó ella.

Hubo silencio durante otros dos o tres minutos en que no dejó de mirarla, al cabo de los cuales exclamó violentamente:

—Sí, tiene que salvarse.

—Dios lo quiera —repitió ella.

Sostuvo su mirada hasta que él la desvió.

Me había cansado de estar sentado. Salí hasta donde se hallaba la enfermera de guardia en el despacho de la planta baja.

—¿Hay alguna posibilidad de conseguir que suban algunos bocadillos y un poco de café para el gobernador y su esposa? —pregunté.

Dijo que sí y le recomendé que los hiciera traer a su mismo despacho, desde donde yo mismo los subiría. Acudí al vestíbulo otra vez. Sadie seguía allí también, como un fantasma entre las sombras. La informé sobre la operación y la dejé sola. Anduve alrededor del despacho hasta que trajeron la bandeja, que tomé para llevar a la salita de espera.

Ni los emparedados ni el café consiguieron alterar la atmósfera reinante en el lugar. Puse una mesita junto a Lucy con un bocadillo en un plato y una taza de café. Me dio las gracias, cortó el emparedado y se llevó un troncho a la boca dos o tres veces,

mas no vi que estuviese haciendo gran destrozo. En cambio bebió algo de café. Puse algo al alcance del jefe, que me lo agradeció, si bien no hizo ni siquiera ademán de comer. Mantuvo la taza en la mano unos momentos pero no vi que tomase un solo sorbito. Limitose a sostenerla.

Comí un bocadillo y bebí una taza de café. Estaba sirviéndome una segunda taza cuando el jefe alargó la mano para colocar la suya, derramándola, en la mesita junto a él.

—¡Lucy! —dijo—. ¡Lucy!

—¿Qué? —contestó ella.

—Este… ¿sabes lo que voy a hacer? —Inclinose hacia ella sin esperar

respuesta—. Voy a ponerle su nombre al hospital. El de Tom. Se llamará «Hospital y Centro Médico Tom Stark». Lo haré en su memoria… Sí…

Ella meneaba lentamente la cabeza y el jefe dejó de hablar.

—Estas cosas no tienen interés —dijo—. Oh, Willie, ¿no te das cuenta? Estas cosas no tienen interés. Grabar el nombre de uno sobre un trozo de piedra o que salga en los periódicos. Nada de esto tiene importancia. Oh, Willie, era mi hijo, el tuyo. Y estas cosas no importan nunca, nunca. ¿No comprendes?

Volvió a hundirse en su asiento y se hizo otra vez silencio. Y seguía lo

mismo cuando regresé después de haber llevado abajo los platos y los bocadillos sobrantes, lo que me proporcionó un pretexto para ausentarme. Eran las seis menos veinte cuando regresé.

A las seis, lo hizo Adam. Su semblante estaba bastante pálido y era impenetrable, pero ni él ni Lucy emitieron el menor sonido.

Luego, dijo Adam:

—Vivirá.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Lucy.

El jefe siguió con la mirada fija en Adam, que le miró a su vez del mismo modo y le anunció:

—La médula se hallaba aplastada.

Oí un gemido de Lucy y vi que su

cabeza estaba sobre el pecho.

El jefe no hizo ningún gesto por el momento. Levantó las manos a la altura del pecho, con los dedos separados como para asir algo.

—¡No! ¡No! —exclamó.

—Estaba aplastada. Lo siento mucho, gobernador —manifestó Adam.

Dicho esto, abandonó el aposento.

El jefe se hundió lentamente en el sillón después de haber contemplado la puerta cerrada a la que siguió mirando, con los ojos saltones y algunas gotas de sudor en la frente. Luego se enderezó y emitió un sonido informe, doloroso, como arrancado bruscamente de las negras entrañas de un animal herido.

—¡Oh! —exclamó después—. ¡Oh!

Lucy lo miraba desde el otro lado de la habitación y él seguía contemplando la puerta.

Volvió a prorrumpir en la misma exclamación.

Lucy se levantó entonces de su asiento y llegó a su lado. No hizo nada. Simplemente permaneció junto al sillón con la mano colocada sobre su hombro.

Nuevamente se produjo aquel sonido, si bien por última vez. El hombre se volvió a hundir sin dejar de mirar a la puerta, y respiró pesadamente. Debieron haber transcurrido tres o cuatro minutos cuando Lucy dijo:

—Willie. —Él levantó los ojos

hacia su esposa por primera vez—. Willie —repitió—, es hora de que nos retiremos.

Se puso en pie y tomé los abrigos que se hallaban sobre el sofá junto a la pared. Ayudé a colocarse el suyo a Lucy, que luego hizo lo mismo con él sin dar lugar a que yo me entrometiese.

Se dirigieron hacia la puerta. Ahora él iba erguido, con la mirada al frente, pero la mano de ella se veía aún sobre su brazo, y el que la viera tendría la impresión de que iba guiando a un ciego, diestramente y con tacto. Después de abrirles la puerta me adelanté para prevenir a Sugar-Boy que tuviese el automóvil dispuesto.

Estuve presente cuando el jefe penetró en el automóvil y ella detrás. No dejó de causarme cierta sorpresa, pero no me molestó que Sugar-Boy la condujese a su casa, pues, a pesar del café, estaba ya a punto de caerme.

Penetré nuevamente en el edificio y me dirigí al despacho de Adam, que estaba a punto de retirarse:

—¿Cómo fue la cosa? —pregunté.

—Como dije —contestó—. La médula está aplastada, lo cual significa parálisis. El pronóstico es que los miembros quedarán durante algún tiempo absolutamente flojos. Los músculos se tonificarán después. Pero no podrá valerse de brazos ni piernas.

Las funciones corporales proseguirán, aunque sin control. Será como un niño. Y la piel se mostrará propensa a rajarse. Será presa fácil de infecciones. El aparato respiratorio también resultará afectado, con probabilidades de neumonía. Eso es lo que generalmente acontece en casos como este, más o menos tarde.

—Me parece que cuanto antes, mejor —comenté, pensando en Lucy Stark.

—Es posible —dijo, cansado. Se caía de sueño. Se puso el abrigo y tomó el maletín—. ¿Puedo dejarte en algún lado? —preguntó.

—Muchas gracias. Tengo mi

automóvil —contesté. Luego mis ojos tropezaron con el teléfono, sobre la mesa—. Pero llamaré si no hay inconveniente. Ya cerraré la puerta.

—Muy bien —dijo—, y se dirigió hacia la puerta, se despidió y salió.

Llamé al número de Anne, a quien referí las novedades. Dijo que era terrible y lo repitió tres veces en voz baja. Luego me dio las gracias y colgó el receptor.

Abandoné la oficina. Quedaba todavía una misión por cumplir. Bajé al vestíbulo, donde Sadie estaba aún. Le conté lo sucedido. Dijo que era muy triste y asentí.

—Será duro para el jefe —expresó.

—Será durísimo para Lucy, ya que ella será quien tendrá que cuidar al niño. No te olvides de ello mientras le estés prodigando libremente muestras de simpatía.

Debía sentirse cansada o algo le sucedía, pues no se encolerizó ante mi salida. Le pregunté si quería que la llevara a la ciudad, pero me dijo que también tenía su automóvil.

—Bien, me iré a casa para dormir eternamente —anuncié. Y la dejé en el vestíbulo.

Cuando subí al coche, el cielo indicaba que ya se aproximaba el alba.

El accidente ocurrió el sábado por la tarde. La operación tuvo efecto antes del amanecer del domingo. La final era el lunes, el lunes anterior al día de Acción de Gracias.

Aquel día hubo un amontonamiento gradual de acontecimientos y luego aquel ímpetu que conduce al fin, como cuando un gran peso que ha estado ejerciendo presión y deslizándose poco a poco, se cae de repente. Al principio hubo una impresión de la lógica de los acontecimientos, vislumbrados en ciertos instantes, pero a medida que se amontonaban hacia el fin no me fue

posible abarcar por entonces más que una leve noción acerca del aspecto que las cosas iban tomando. Esta falta de lógica, la sensación de gente y de acontecimientos movidos por impulsos que no me era posible definir, daban al conjunto de los hechos un sentido de irrealidad, como si fuese un sueño. No fue sino después de que todo el mundo hubo terminado, cuando volvió el sentido de la realidad, mucho después en verdad, cuando pude reunir las piezas del jeroglífico y armarlas para ver el modelo. Esto no es notable porque, como ya se sabe, la realidad no es la función del acontecimiento como tal sino su relación con los acontecimientos

futuros y pasados. Parece que en esto hay una paradoja: que la realidad de un acontecimiento, que no es real en sí, es resultado de otros acontecimientos que, del mismo modo, tampoco son reales en sí mismos. Y esto no hace sino afirmar lo que tenemos que afirmar: que la dirección lo es todo. Y solo cuando nos percatamos de ello viviremos, puesto que nuestra propia identidad depende de semejante principio.

El lunes por la mañana acudí temprano a la oficina. Había dormido todo el domingo, no levantándome más que para comer algo y ver una película tonta, después de lo cual volví a meterme en la cama a las diez y media.

Hice mi entrada en la oficina con esa sensación de estar espiritualmente puro que nos produce el largo sueño.

Me dirigí al despacho del jefe. No había llegado aún. Pero durante mi permanencia llegó una de las muchachas portadoras de una enorme bandeja llena de telegramas.

—Todos se refieren al accidente de su hijo. Y siguen llegando —anunció.

—Llagarán durante todo el día —aseguré.

Y resultó cierto. Todos los politicastros, cualquier carcelero de distrito, todos los adulones y ambiciosos del Estado que no hubiesen leído el relato en el periódico del domingo lo

verían en el del lunes por la mañana y enviarían un telegrama. Despachar un telegrama sería como si orasen. Y no podía decirse que esa operación hiciese algún bien, pero ciertamente no hacía mal a nadie. Los telegramas eran parte del sistema. Igual que los regalos cuando se casaba una hija de un político o las flores en el entierro de un vigilante. Y ya que hablamos del asunto, era también parte del sistema que las flores procediesen de la floristería de Antonio Guisto. Una empleada del establecimiento llevaba un registro especial de todos los pedidos para el funeral de un policía y Tony examinaba los archivos después de la ceremonia y

controlaba los nombres con su lista maestra de amigos permanentemente desconsolados, y si nuestro nombre figuraba en ella sería mejor, como hay Dios, que apareciese en la del funeral de Murphy. Y no con un mero ramillete de clavellinas. Tony era buen amigo de Tiny Duffy.

Tiny hizo su entrada en la oficina precisamente cuándo la muchacha se retiraba haciendo un leve recorte con su falda. Su semblante se veía lleno de simpatía profesional a la vez que tenía el aspecto lúgubre del empleado funerario. Pero tan pronto advirtió que no se hallaba el jefe, aflojó un poco sus facciones, lució los dientes y dijo:

—¿Qué tal van las cosas?

Dije que todo iba bien.

—¿Ha visto al jefe?

Meneé la cabeza.

—Caramba —dijo, y la simpatía y la expresión lúgubre reaparecieron mágicamente en su semblante—, no hay duda de que es bastante duro. Es lo que siempre he calificado como trágico. Y un muchacho como él. Un muchacho bueno, limpio y decidido. Es trágico, no hay duda.

—No necesita practicar conmigo —recomendé.

—Seguro que será un duro golpe para el jefe. —Sacudió la cabeza.

—Economice sus disparos hasta que

él llegue.

—¿Dónde está?

—No sé.

—Traté de ponerme en contacto con él ayer, pero no se hallaba en su casa. Dijeron que no sabían nada de él, que no había ido por allí. Fui un rato al hospital, pero tampoco pude encontrarlo. Tampoco se hallaba en ningún hotel.

—Parece que ha investigado a conciencia —dije.

—Sí, tenía que decirle cuánto lo sentimos todos.

Justamente en aquel momento hizo su entrada Calvin Sperling —delegado agrícola— acompañado de dos

individuos, que también llevaban el luto en sus caras, hasta que supieron que el jefe no se hallaba allí. Entonces desapareció la cara de circunstancias que traían y comenzaron a mover la mandíbulas.

—A lo mejor no vendrá —comentó Sperling.

Dos personas más hicieron su entrada y luego Morrisey, sucesor de Hugh Miller como procurador general después de la dimisión del segundo. La atmósfera comenzó a cargarse con el humo de los cigarros.

Una vez Sadie se detuvo en la puerta, puso una mano sobre la jamba y contempló la escena.

—¡Eh, Sadie! —dijo uno de los visitantes.

La muchacha no contestó, sino que continuó observando la escena un rato más. Luego dijo:

—¡Jesucristo! —y se alejó.

Oí que se cerraba la puerta de su despacho.

Fui hasta la ventana situada detrás de la mesa del jefe para contemplar el exterior. Durante la noche había llovido y a la débil luz del sol las plantas y las hojas de las encinas, y hasta el musgo que colgaba, tenían un débil brillo y el cemento húmedo de los senderos y los caminos en curva despedían un reflejo reluciente, casi imperceptible. El mundo

entero, las copas desnudas de los otros árboles, los tejados de las casas, hasta el cielo mismo, tenían un aspecto pálido, deslucido, suave, como el semblante de una persona que ha estado enferma durante mucho tiempo y ya se siente mejor y cree que quizá se repondrá.

No era esta exactamente la expresión del semblante del jefe cuando entró, si bien da una idea de cómo era. No estaba en realidad pálido, pero sí más que de costumbre, y la carne parecía colgar un poco en las mandíbulas. Veíase un par de cortes hechos con la navaja de afeitar. Bajo sus ojos, los dos círculos grises eran como si la carne hubiese sido magullada pero ya estuviera casi

bien. Los ojos de hallaban serenos.

Había atravesado la sala de espera sin producir ningún ruido sobre la gruesa alfombra y por un momento permaneció en la puerta del despacho sin que nadie advirtiera su presencia. La conversación no murió: las sílabas quedaron congeladas a medio pronunciar. Hubo una especie de apresuramiento, de fuga, para ajustar las caras fúnebres que fueran dejadas de lado. Luego, con las máscaras en su lugar y solo algo torcidas, se agruparon alrededor del jefe y le estrecharon la mano. Expresáronle que deseaban decirle lo mucho que lo sentían. «Ya sabe cómo lo sentimos todos los

muchachos, jefe», fueron sus palabras. Sí, dijo que sí, que lo sabía y que les estaba muy agradecido.

Luego se dirigió a su escritorio y los muchachos se apartaron de él como el agua de la proa de un barco cuando se lo saca del muelle y la hélice da la primera vuelta. Permaneció de pie junto a la mesa, manoseando los telegramas, mirándolos y dejándolos caer.

—Jefe —dijo una voz— esos telegramas…, eso le demuestra ahora…, eso le prueba lo que la gente siente hacia usted.

No dijo nada.

Justamente entonces entró la empleada con otro montón de

telegramas. Dejó la bandeja delante de él. Miró a la muchacha un instante.

Luego puso la mano sobre el montón de papales amarillos, lo empujó ligeramente y dijo, con voz firme pero tranquila:

—Llévese de aquí tanta basura.

La empleada retiró tanta basura.

La ocasión había perdido brillo. Los muchachos comenzaron a salir de la oficina y a dirigirse a sus sillones giratorios, que no habían sido calentados aún aquella mañana. Cuando Tiny se retiraba, el jefe dijo:

—Tiny, espere un minuto. Quiero hablarle.

Tiny retrocedió. Yo también me

retiraba, pero igualmente me llamó:

—Quiero que lo oiga usted también —dijo.

De manera que me hundí en uno de los sillones junto a la pared. Tiny acomodose en uno de los sillones de cuero verde a un lado de la mesa, cruzó las rodillas con gran esfuerzo de sus jamones y de las prendas que lo cubrían, introdujo un cigarrillo en la larga boquilla, lo encendió y esperó.

El jefe no tenía prisa. Meditó un minuto antes de alzar sus ojos hacia Tiny Duffy. Pero cuando comenzó a hablar lo hizo sin detenerse.

—No habrá contrato con Gummy Larson —dijo.

Cuando pudo recobrar el aliento, Tiny contestó:

—Jefe, jefe, no es posible. No puede hacer eso, jefe.

—Vaya si puedo —contestó el jefe sin levantar la voz.

—No puede. Todo está arreglado ya, jefe.

—No es demasiado tarde desandar lo andado —manifestó el jefe—. No, no es demasiado tarde.

—Jefe, jefe. —La palabra era casi un lamento y la ceniza del cigarrillo cayó sobre la pechera blanca y almidonada de Tiny Duffy—. No puede retroceder después de haber dado su palabra al viejo Larson. Es un buen tipo.

Usted no puede volverse atrás. Es un hombre de palabra.

—Puedo dejar de cumplir mi palabra a Larson.

—No, no puede, jefe. No puede cambiar de opinión. Y menos ahora. No va a echarse atrás ahora.

El jefe se levantó bruscamente de su asiento. Clavó su mirada en Tiny y dijo:

—Hay muchas cosas que puedo cambiar.

Durante la pausa que se produjo el jefe dio una vuelta alrededor de la mesa.

—Eso es todo —dijo, con una voz que parecía un ronco murmullo—. Y puede ir a decir a Larson que se vaya al diablo.

Tiny se puso de pie, abrió la boca varias veces, se humedeció los labios y pareció a punto de hablar en diversas ocasiones; pero en cada una de ellas su cara, ahora gris, se contrajo sobre el costoso puente.

El jefe fue hacia él.

—Dígaselo a Larson. Usted es su amigo y puede decírselo. —Le tocó la frente con la punta del índice—. Sí, es su compañero, y cuando se lo diga podrá ponerle la mano en el hombro. —El jefe hizo una mueca, cosa que yo no esperaba. Claro es que fue un gesto helado y nada tranquilizador y que selló todo cuanto había sido dicho.

Tiny desapareció sin molestarse en

cerrar la puerta, sino marchando con paso sostenido sobre la gruesa alfombra verde. Poco después se perdió de vista.

Pero el jefe no observaba su marcha, sino que miraba sombríamente su escritorio vacío. Al cabo de un momento dijo que cerrara la puerta y obedecí.

No volví a tomar asiento, sino que permanecí de pie en el espacio entre el escritorio y la puerta, esperando que dijese cualquier cosa. Pero no dijo nada. Simplemente me miró de un modo inocente e inquisitivo y preguntó:

—¿Y bien?

Ignoraba qué quería que dijese. Desde entonces he meditado mucho sobre ello. Ese era el instante adecuado

para decir lo que tuviese que decir a Willie Stark, el otrora primo Willie del campo y entonces jefe. Me encogí de hombros y hablé:

—Bien, no importa que le aplique algunos puntapiés más a Tiny. Está hecho para eso. Pero Larson ya es harina de otro costal.

Prosiguió mirándome y pareció como si fuese a decirme algo, pero la pregunta desapareció de su semblante. Finalmente dijo:

—Usted tendrá que empezar en alguna otra parte.

—¿Empezar qué? —Me estudió por un momento y luego añadió:

—No haga caso.

Volví, pues, a mi oficina y así fue como dio comienzo aquella jornada. Me puse a trabajar en la última inspección de las cifras subsidiarias de la ley de impuestos. Swinton, encargado de hacerla aprobar por el Senado, quiso tenerlas en su poder el sábado, pero me fui atrasando en mi tarea. Era la fecha en que quise conferenciar con el jefe y con Swinton, pero las cosas no salieron a mi gusto. Avanzada la mañana me dirigí a la oficina del jefe. La muchacha de la antesala me dijo que estaba enfrente, en la oficina de Sadie Burke. La puerta se hallaba cerrada. Anduve unos minutos por la sala para ver si el jefe salía, cosa que no fue así. Una vez oí una voz que se

alzaba detrás de la puerta, pero luego se calló.

La campanilla de mi teléfono hizo que regresara a mi oficina. Swinton decía que cómo demonios no le había entregado las cantidades. De ahí que reuniese mis papeles y fuese a entregárselos. Nuestra entrevista duró alrededor de cuarenta minutos, y cuando regresé al Capitolio ya se había ausentado el jefe.

—Fue al hospital —informó la empleada—: volverá por la tarde.

Miré hacia la puerta de Sadie creyendo que podría ayudarnos a mí y a Swinton, pero la empleada observó mi mirada y anunció:

—La señorita Burke también se ha ido.

—¿Adónde?

—Lo ignoro, pero sí puedo asegurarle esto, señor Burden: dondequiera que haya ido, seguro que habrá llegado a juzgar por la rapidez con que salió de aquí. —Luego sonrió de aquella manera suficiente, de aquel modo secreto que posee todo ayudante asalariado para hacernos creer que sabe algo más de lo que dice, y levantó la mano pequeña, blanca y redonda, con la uñas bien pulidas y coloreadas para volver a su lugar un mechón extraviado de cabellos realmente hermosos, del color del trigo. Una vez en su lugar la

parte rebelde, con un movimiento que elevó su busto para que el señor Burden pudiese someterlo a su inspección, agregó—: Y dondequiera que haya ido no caerá probablemente como visita grata a juzgar por su aspecto al salir. —Luego sonrió con dulzura para mostrar qué lugar sería tan dichoso cuando ella arribara al mismo lugar.

Vuelto a mi oficina dicté algunas cartas hasta el mediodía, cuando comí un bocadillo en el bar de la planta baja del Capitolio. Parecía como si comiese en un depósito de cadáveres, aseado, reluciente, bien atendido, con un resplandor de mármol. Me encontré con Swinton, hablé un rato con él y

quedamos de acuerdo en que me dirigiría al Senado cuando se reuniese después de comer. Alrededor de las cuatro llegó un mensajero portador de una nota. Era de arriba y decía: «La señorita Stanton telefonea diciendo que se le avise que acuda a su piso. Es urgente».

Tiré el papel después de arrugarlo y fui al despacho para recoger el abrigo y el sombrero y ordenar que avisasen a la señorita Stanton que iba su casa. Al salir descubrí que estaba lloviendo. El sol limpio y pálido de la mañana había desaparecido.

Anne contestó a mi llamada tan pronto, que me imaginé que había estado

esperando junto a la puerta. Pero cuando la abrió podría no haber reconocido a primera vista la cara que vi, de no haber sabido que era ella. Estaba pálida, desesperada y furiosa, con señales de haber derramado muchas, muchísimas lágrimas, y veíase que habían sido amargas y duras.

Se asió de mi brazo con ambas manos, como si tratara de apoyarse.

—¡Jack! —exclamó—. ¡Jack!

—¿Qué diablos pasa? —pregunté y cerré la puerta de un empujón.

—Tienes que encontrarlo…, sí, tienes que encontrarlo y decirle…

—Estaba temblando como si fuera una chiquilla.

—¿Encontrar a quién?

—… decirle cómo fue… No. Oh, no fue de este modo… No como le han referido…

—En nombre de Cristo, ¿quién dijo qué?

—… le dijeron que fue por causa mía…, por lo que hice…, porque…

—¿Quién dijo?

—¡Oh, Jack, tienes que buscarlo y decírselo y traerlo y…!

La tomé de los hombros y la sacudí.

—¡Oye, explícate de una vez! ¡Déjate de tonterías y explícame de una vez!

Dejó de hablar y permaneció de pie entre mis manos, mirándome, con el

semblante blanco y temblando. Su respiración era leve y fatigosa.

—Ahora dime a quién tengo que buscar —indiqué al cabo de un minuto.

—A Adam. Se trata de Adam —contestó.

—Bien, ¿por qué tengo que buscarlo? ¿Qué ha sucedido?

—Vino a decirme que todo fue por culpa mía. Por lo que hice.

—¿Qué fue a causa de lo que hiciste?

—Que lo nombraron director por causa mía. Eso es lo que dijo. Por lo que yo había hecho. Y dijo…, ¡oh, Jack…!, dijo…

—¿Qué?

—Que no iba a pasar por chulo de su hermana…, eso dijo, Jack, y en mí misma cara, Jack… Y traté de decirle, sí, de decirle cómo fue y me empujó y caí al suelo… y entonces él se fue corriendo…, así, corriendo, y tienes que ir a buscarlo. Ve, Jack, ve y tráelo…

Y comenzó de nuevo con su charla, entrecortada. Tuve que sacudirla otra vez. Y bien fuerte.

—¡Calla, cállate, o te sacudiré hasta que se te caigan todos los dientes!

Una vez que se hubo apaciguado y permaneció apoyada en mis brazos, le dije:

—Ahora comienza lentamente desde el principio y cuéntame todo lo

sucedido. —La conduje a una silla y la hice sentarse de un empujoncito—. Vaya, dímelo todo, pero con calma.

Me miró un instante como si tuviese miedo de empezar.

—Cuéntame —repetí.

—Subió. Eran como las tres de la tarde. Tan pronto estuvo dentro supe que algo terrible había acontecido, algo terrible me había sucedido ya durante el día, pero supe que esto era algo terrible también… Me asió del brazo y me miró a la cara sin decir una palabra. Creo que le pregunté una y otra vez qué sucedía y que él continuó apretándome cada vez más el brazo.

Se levantó la manga y dejó al

descubierto los cardenales en la mitad del antebrazo izquierdo.

—Seguí preguntándole qué sucedía y de repente contestó: «Suceder, suceder, ya sabes lo que sucede». Después agregó que alguien lo había llamado por teléfono…, un hombre…, eso fue todo lo que dijo…, lo llamó y le dijo acerca de mí…, de mí y de…

Parecía como si no supiese proseguir.

—De ti y del gobernador Stark —completé la frase por ella.

Asintió.

—Fue horrible —murmuró, pero no para mí, sino como enajenada, para consigo misma. Y repitió—: Fue

horrible.

—Déjate de tantas vueltas y prosigue. —Volví a sacudirla.

Prosiguió después de haberme mirado, como si despertara de una pesadilla:

—Le habló de mí, de que esta era la única razón por la que el gobernador lo había nombrado director y de que el otro iba a despedirlo por haber dejado paralítico a su hijo a consecuencia de una mala operación… y de que iba a deshacerse de mí…, largarme… Esto fue lo que el hombre dijo por teléfono… largarme… a consecuencia de lo que Adam le había hecho a su hijo… Y Adam lo escuchó y vino como un loco

hacia mí porque lo creyó…, creyó eso acerca de mí…

—Bueno —pregunté con tono salvaje—, la parte referente a ti es verdad, ¿no?

—Tendría que haberme preguntado —contestó—. Sí, tendría que haberme preguntado antes de creerlo.

—No es idiota y eso estaba bien a la vista para ser creído. Has tenido una gran suerte de que no se haya enterado antes, porque si…

Me tomó del brazo y sus dedos se clavaron en mí.

—¡Calla, calla!, no debes decir eso, pues no sucedió así…, de ninguna manera de la forma como Adam dijo…

Oh, y me llamó cosas terribles…

Y dijo que si todo lo demás era una inmundicia, el hombre no debiera serlo… Oh, y traté de explicarle cómo habían sido las cosas… que no habían sucedido como él decía… Pero me empujó tan fuerte que fui a dar al suelo… y dijo que no pasaría por chulo de la suripanta de su hermana y que nadie le llamaría jamás tal cosa…, y se fue corriendo. Y tienes que buscarlo. Buscarlo y decírselo, Jack. Ve y díselo.

—¿Qué quieres que le diga?

—Que no es como él dijo. Tienes que decírselo. Tú sabes por qué hice todo lo que hice, estás enterado de lo sucedido. Oh, Jack… —Me asió de la

manga y prosiguió—: No fue eso. No es tan horrible como eso. Traté de no ser tan horrible. ¿Lo fui, Jack, lo fui? ¡Dime, Jack!

La miré y dije:

—No, Anne, no fuiste horrible.

—Pues me ha pasado eso. Sí, me ha pasado. Y ahora se ha ido.

—Lo buscaré —dije, y me separé de ella dispuesto a partir.

—No servirá de nada.

—Escuchará la razón.

—Oh, no me refiero a Adam. Quiero decir…

—¿Stark?

Asintió con un movimiento de cabeza y luego dijo:

—Sí, me dirigí al lugar en que solíamos encontrarnos, fuera de la ciudad. Me llamó esta tarde a primera hora. Fui allá y me dijo que iba a volver con su mujer.

—Bueno, que me aspen —dije. Luego me rehíce y fui hacia la puerta—. Buscaré a Adam.

—Tráelo, tráelo, porque ya es lo único que me queda.

Mientras abandonaba la casa de Anne y me zambullía en la lluvia, reflexioné que también podía contar con Jackie Burden. Al menos como mensajero. Pero esta reflexión fue sin amargura y completamente impersonal.

Encontrar a alguien en la ciudad si

no se puede llamar en nuestro auxilio a la Policía, constituye todo un problema. Ya lo había ensayado tiempo atrás cuando fui reportero y era cuestión de tiempo y de suerte. Pero existe como regla probar siempre lo evidente. De ahí que me dirigiese al piso de Adam. Al divisar el automóvil en la calle frente a la fachada creí haber dado con él. Estacioné mi propio vehículo, observé que una portezuela del coche de Adam se hallaba abierta y podía ser arrancada por algún camión al paso; además, estaba dejando que se mojara el asiento. La cerré de un golpe al pasar y penetré en su casa.

Llamé fuertemente a la puerta, pero

no obtuve respuesta. Eso no quería decir nada. Aunque Adam estuviese allí podría no querer contestar a la llamada, de acuerdo con las circunstancias. De ahí que probase el pestillo. La llave estaba echada. Bajé en busca del portero negro, al que referí una historia simulada acerca de algún objeto olvidado en el piso de Adam. Me había visto bastante en compañía del doctor y me permitió la entrada. Recorrí todos los aposentos sin encontrarlo. Entonces vi su teléfono, llamé a la oficina, al hospital, a su despacho del colegio médico, a la oficina telefónica donde los médicos dejan sus números cuando no se hallan en sus lugares habituales. Todo

inútil. Nadie sabía nada acerca de Adam. O más bien, todos tenían alguna idea acerca de su posible paradero si bien ninguna resultó eficaz. Con lo cual sería necesario recorrer toda la ciudad.

Volví a la calle. Era algo extraño que su automóvil estuviese allí. Lo había abandonado. ¿Adónde demonios iría un hombre a pie, bajo la lluvia y a semejante hora del día? ¿O más bien de la noche? Porque ya había oscurecido.

Pensé en los bares. Porque es ya una tradición que el hombre, después de haber recibido una fuerte impresión, se dirige a un bar, pone los pies sobre el estribo, pide que le sirvan cinco whiskies puros en fila, se bebe uno tras

otro en tanto contempla de manera incomprensible el semblante torturado en el espejo frente a él, luego se enzarza en conversación sardónica con el encargado del mostrador, acerca de la vida. No me imaginaba a Adam Stanton haciendo eso, pero así y todo recorrí los bares.

Es decir, fui a ver varios de ellos. No alcanza toda nuestra existencia para visitar todos los bares de nuestra ciudad. Comencé por el de Slade, sin ninguna suerte; indiqué al propietario que retuviese al doctor Stanton si llegaba por allí y luego visité otros establecimientos de cromo, piezas de cristal, luces coloreadas, morros,

muebles de estilo inglés antiguo, de roble y comidos por la polilla, cuadros de caza, frescos alegres, orquestas de tres músicos y demás. Llamé a la oficina de Adam y otra vez al hospital. No se hallaba en ninguna de ambas partes. Cuando me dijeron que no estaba en el hospital dije que preguntaba de parte del gobernador, cuyo hijo era paciente a cargo del doctor Stanton y que hicieran el favor de darme alguna información acerca de su paradero. Regresaron para comunicarme que se le esperaba bastante antes de las siete, pues tenía una cita con otro doctor para examinar algunas radiografías pero que no había comparecido. Les fue imposible

localizarlo en su consultorio ni en su casa. ¿Deseaba dejar algún recado para comunicárselo al doctor cuando arribase? Dije que sí, que quería comunicarme con él lo antes posible y que era algo de importancia. En mi propio hotel tendrían noticias de mi paradero.

Regresé a mi alojamiento y comí algo, después de haber dejado aviso en la oficina de que me informaran si se recibía alguna nota. No llegó ninguna y me dediqué a examinar los periódicos de la noche en el vestíbulo. El *Chronicle* publicaba un extenso editorial relativo al valor de los hombres, un puñado de ellos dotados de sentido

común, rezaba el diario, que luchaban en el Senado en contra del proyecto de impuestos de la administración que sin duda asfixiaría la industria y los negocios del Estado. Frente al editorial veíase una caricatura que mostraba al jefe, o más bien su cabeza, pero con una enorme panza, ataviado con un traje de pantalones ridículos y apretados sobre sus peludos muslos. El monstruo sostenía en una rodilla un enorme budín y del agujero abierto en lo alto acababa de arrancar una insignificante criatura. El budín llevaba un rótulo que decía: «El Estado», y la criatura otro que rezaba: «El Ciudadano Laborioso». De la boca de la cabeza que representaba,

al jefe salía uno de esos bocadillos que los dibujantes cómicos utilizan para indicar lo que hablan sus personajes, en donde se leía: «¡Ah, qué buen muchacho soy!». Y al pie de la caricatura la leyenda: «El Pequeño Jack Corneta».

Leí el editorial. Expresaba que nuestro Estado era pobre e incapaz de soportar la carga impuesta de manera tan tiránica. El tópico era muy gastado. Cada vez que el jefe había gravado con algún impuesto —sobre la renta, la extracción de mineral o los licores—, siempre había sucedido lo mismo. La libreta de cheques es lo que más duele. Un hombre puede olvidar la muerte de su padre, pero jamás la pérdida del

patrimonio, según dijo el florentino de semblante duro, padre fundador de nuestro mundo moderno. Y ya dijo bastante.

Este es un Estado pobre, gritaba siempre la oposición. Pero el jefe decía: «No hay duda que en este Estado vive un puñado de gente pobre; pero el Estado no lo es. Se trata simplemente de quién ha metido el pie derecho en la artesa a la hora de la comida. Y yo voy a poner algunas cosas en claro y algunos hocicos apuntarán hacia mí». Y se había inclinado sobre la muchedumbre, con la melena caída sobre la frente, los ojos saliéndosele de las órbitas y, levantando el brazo derecho, había preguntado:

«¿Estáis conmigo? Decidme, ¿estáis?». Y la muchedumbre había rugido.

Más dinero para el soborno, gritaba siempre la oposición. «Seguro —decía el jefe, recostándose a sus anchas—, claro que hay algo de untamiento, pero nada más que el necesario para que las ruedas giren sin rechinar. Y recuerden esto. Nunca hubo una máquina montada por el hombre que no ocasionase pérdida de energía. ¿Cuánta energía se obtiene de un trozo de carbón cuando se hace accionar una turbina o una locomotora comparada con la que encierra ese terrón? Bien poca. Pues bien, nosotros lo hacemos mucho mejor que la dinamo o la mejor locomotora

que jamás se haya inventado. No hay que negar que tenemos unos cuantos sinvergüenzas por aquí, pero son demasiado pusilánimes para volverse demasiado sinvergüenzas. No los pierdo de vista. ¿Y entrego algo al Estado? ¡Vaya si le entrego un buen pellizco!».

La teoría de los costos históricos, podría denominarse. Todo cambio cuesta algo. Es necesario deducir el costo de la ganancia. Acaso en nuestro Estado el cambio no pudiera producirse sino en la forma que se estaba haciendo y que no hay duda que era necesario algún cambio. Podríamos denominarlo teoría de la neutralidad moral de la Historia. El proceso como tal proceso

no es moralmente bueno ni moralmente malo. Podemos juzgar los resultados pero no el proceso. Un agente moralmente malo puede ejecutar una buena acción. Quizás el hombre tenga que vender su alma para conseguir el poder de hacer bien.

Teoría de los costos históricos. Teoría de la neutralidad moral de la Historia. Todo eso era una elevada visión histórica desde un helado pináculo. Posiblemente fuese necesario un genio para verlo. Para verlo realmente. Acaso fuese requisito hallarse encadenado a ese pináculo mientras los buitres nos daban picotazos en el hígado y en las entrañas antes de

que pudiéramos verlo. A lo mejor es preciso ser un genio para verlo. O un héroe para actuar.

Pero mientras estaba sentado en el vestíbulo, en espera de la llamada que no llegaría, dejé a un lado tales especulaciones. Volví al editorial. Era como pelear contra un enemigo imaginario, pero en aquel mismo instante, tan posible como la votación que se estaba celebrando en el Capitolio; y serían necesarios todos los espíritus alados para hacer que el voto resultase diferente de lo que sería una vez que los muchachos de MacMurfee hubiesen terminado sus discursos y recontasen los votos.

Alrededor de las nueve recibí un aviso. Pero no se trataba de Adam sino del jefe, desde el Capitolio, donde deseaba que me reuniese con él. Advertí en la oficina del hotel que si llamaba el doctor Stanton lo hiciese al Capitolio, cuya telefonista recibiría instrucciones sobre el particular. Entonces telefoneé a Anne para comunicarle mis noticias, mejor dicho, mi falta, de noticias hasta el momento. Parecía serena y cansada. Subí al coche. Había estado lloviendo de nuevo, pues la canaleta junto a la acera dejaba salir una corriente negra que brillaba como aceite a la luz de los focos. Pero ya había escampado.

Una vez en los terrenos del

Capitolio observé que el lugar se hallaba bastante iluminado. No era sorprendente, aun a tal hora, pues la legislatura celebraba sesión. Y cuando entré, el local no se veía ciertamente deshabitado. Los sabios habían dado fin a la tarea del día y se amontonaban en los corredores, en lugares estratégicos, sobre todo junto a las escupideras de bronce. Y había gente con ellos, además. Muchos reporteros y numerosos curiosos, gente que gusta de experimentar la sensación de hallarse cerca cuando algo importante sucede.

Me abrí paso hasta la oficina del jefe, donde me dijeron que había bajado al Senado en compañía de alguien.

—¿No habría algún impedimento para que fuese aprobada la ley de impuestos? —pregunté a la empleada.

—No diga tonterías —fue la respuesta.

Iba a decirle que yo ya era viejo en estas cosas cuando ella estaba en pañales, pero me callé. En vez de esto le dije que estuviese al tanto por si Adam me llamaba y bajé al Senado.

Al principio no divisé al jefe. Luego lo vi apartado a un costado, con un par de senadores, Calvin Sperling y, discretamente en el fondo, algunos hombres más que se calentaban las manos en la llama de la grandeza. A un costado del jefe se hallaba Sugar-Boy,

apoyado contra la pared de mármol, con las mejillas hundidas para chupar el terrón de azúcar que sin duda hacía descender su gloria garganta abajo. El jefe tenía las manos enlazadas atrás y la cabeza algo inclinada hacia delante, escuchando lo que le decía un senador.

Me aproximé al grupo, a cuya espalda permanecí, esperando. Al cabo de un instante capté la mirada del jefe y supe que me había visto. Me dirigí junto a Sugar-Boy y le dije:

—¡Hola!

Después de varios esfuerzos pudo corresponder a mi saludo y prosiguió su tarea con el terrón de azúcar. Esperé recostado contra la pared junto a él.

Transcurrieron cuatro o cinco minutos y el jefe seguía con la cabeza inclinada y escuchando. Las palabras salían y salían y el jefe esperaba para ver en qué paraba todo aquello. Finalmente supe que ya estaba harto y conocía lo que, después de todo, había detrás de aquello, o que no había nada. Supe que ya era suficiente, pues lo vi levantar la cabeza de repente y mirar rectamente al orador. Esta fue la señal. Abandoné mi posición contra la pared, conocedor de que el jefe se hallaba listo para partir.

Miró al hombre y sacudió la cabeza:

—De nada servirá —comentó de manera perfectamente amable y lo

suficientemente alto como para que yo lo oyese. El otro había estado hablando de prisa y en voz baja.

Luego miró hacia donde estaba yo y dijo:

—Jack.

Me acerqué.

—Vamos arriba. Quiero decirle algo.

—Muy bien.

Fui hacia la puerta.

Dejó a los otros y me siguió. A la altura de la puerta se reunió conmigo. Sugar-Boy se colocó al mismo tiempo al otro lado y algo atrás.

Iba a preguntarle cómo estaba el muchacho, pero lo pensé mejor. Era una

pregunta que de nada serviría. De modo que avanzamos por el corredor, hacia el vestíbulo grande, donde tomaríamos el ascensor para ir a su despacho. Algunos de los hombres se apartaron un poco y saludaron.

—¿Qué tal, gobernador?

O bien:

—¡Hola, jefe!

El gobernador correspondió a los saludos con una inclinación de cabeza. Otros, que no dijeron nada, volvieron la cabeza para verlo mientras pasaba. La cosa no tenía nada de particular. Habría atravesado ese corredor un millar de veces, o casi un millar, mientras unos lo saludaban y otros no decían nada y

observaban su marcha a lo largo del resplandeciente mármol.

Salimos al vestíbulo principal, bajo la cúpula, donde la luz iluminaba fuertemente las estatuas emplazadas con soberana dignidad sobre sus pedestales, señalando los ángulos del lugar, y el público que se movía de un lado para otro. Fuimos por el lado del Este, hacia el hueco donde se hallaban los ascensores. En el último instante en que nos aproximábamos a la estatua del general Moffat (aguerrido luchador contra los indios, afortunado especulador de tierras y primer gobernador del Estado), divisé una figura inclinada contra el pedestal.

Era Adam Stanton, con las ropas empapadas y los pantalones salpicados de barro y lodo hasta mitad de la rodilla. Comprendí lo del automóvil abandonado. Lo había dejado en medio de la lluvia.

En el instante en que lo vi miraba hacia nosotros, pero sus ojos se hallaban posados en el jefe y no en mí.

—¡Adam! —llamé—. ¡Adam!

Avanzó un paso hacia nosotros, pero sin mirarme.

Entonces el jefe viró hacia él y le tendió la mano para estrechársela.

—¿Qué tal, doctor? —comenzó a decir, con la mano extendida.

Durante un segundo Adam

permaneció allí inmóvil, como a punto de rechazar la mano que se le tendía. Luego sacó la suya y experimenté una sensación de alivio al pensar: «Va a estrecharle la mano; ya está bien, sí, está bien».

Pero al instante le vi la mano e incluso reconocí el objeto que llevaba en la misma; y aun antes de que el significado del reconocimiento tuviese tiempo de adquirir forma en mi mente y en mi nervio, advertí dos pequeñas llamaradas de color naranja pálido que salieron de la boca del arma.

No oí las detonaciones, mezclado y perdido el estampido con otra serie de ruidos a mi izquierda. Con el brazo

derecho aún extendido, Adam retrocedió un poco, volvió hacia mí su semblante cansado y lleno de reproches, mientras yo oía una segunda detonación que le hizo caer en tierra dando una vuelta.

En el silencio lleno de asombro que se produjo fui hacia Adam al tiempo que caía. En algún lugar del vestíbulo una mujer lanzó varios gritos y después se produjo un gran tumulto de pasos y voces. Adam sangraba abundantemente, perforado el pecho. Estaba muerto.

Miré a Sugar-Boy de pie, con la pistola automática humeante en la mano, y a la derecha del ascensor, un policía también pistola en mano.

No vi al jefe y pensé: «No lo ha

alcanzado con el arma».

Pero estaba equivocado. En el mismo instante que pensaba así y miraba a mi alrededor, Sugar-Boy arrojó violentamente la pistola contra el piso de mármol y, profiriendo un sonido estrangulado y más bien animal, corrió apresuradamente tras la estatua del general Moffat.

Dejé la cabeza de Adam sobre el mármol y fui donde estaba Sugar-Boy. Tuve que hacer retroceder a la gente a empujones, pues ya comenzaba a amontonarse. Alguien gritaba: «¡Atrás, quédense atrás, dejen circular el aire!». Pero a pesar de esto, seguían congregándose, corriendo hacia el lugar

desde el vestíbulo y los corredores.

Cuando conseguí pasar, vi al jefe sentado en el suelo, con la respiración fatigosa, mirando fijamente hacia delante. Se había llevado las manos el cuerpo, al bajo vientre y hacia el centro. Pero no veía señales de que hubiese sido alcanzado. En seguida advertí un hilito de sangre que salía por entre los dedos. Era apenas perceptible.

Sugar-Boy, inclinado sobre él, lloraba y parecía como si chisporroteara en su intento de hablar. Finalmente consiguió hacer salir las palabras.

—¿Du-du-du-du-duele mucho, jefe, du-duduele?

El jefe no murió allí, en el vestíbulo, bajo la cúpula. En verdad falleció en un lecho blando, limpio, antiséptico, con todos los beneficios de la ciencia. Durante un par de días se comunicó que no fallecería. Estaba gravemente herido, habiéndole penetrado en el cuerpo dos balas del calibre 25 de la pequeña pistola de juguete de Adam, utilizada desde chico por este para tirar al blanco; pero era posible practicar una operación y el herido era hombre robusto.

De manera que volvimos otra vez a la salita de espera. Vimos de nuevo las macetas con plantas, las acuarelas

colgadas en la pared, y los troncos artificiales en la cómoda chimenea. Una hermana de Lucy Stark llegó con ella la mañana de la operación. El viejo Stark, el padre del jefe, se hallaba demasiado débil para abandonar Mason City. Advertíase que la hermana de Lucy, bastante mayor que esta, vestida con ropas campesinas y negras, con zapatos de cabritilla adornados con grandes lazos, era una mujer enérgica y sensible que había sufrido mucho y sabía cómo ayudar a los demás en sus sufrimientos. Podíamos observar sus manos más bien cuadradas y ligeramente enrojecidas, de piel áspera y uñas mal arregladas, y saber su fuerza. Cuando penetró en la

sala de espera del hospital y lanzó una mirada experta y crítica, no del todo despectiva, a las plantas y a los troncos artificiales, fue como el piloto que sube a hacerse cargo del mando de la nave.

Tomó asiento muy tiesa y muy grave en una de las sillas, pero no de las cubiertas de cretona floreada. No iba a permitir que trasluciera su emoción, al menos no en una habitación extraña y a semejante hora del día, la hora en que era costumbre preparar el desayuno y arreglar a los chicos y que los hombres abandonaran la casa. Ya habría lugar y tiempo adecuado para hacerlo. Una vez terminado todo, después que estuviese en casa de Lucy, la haría meterse en

cama, con las cortinas echadas y un paño mojado con vinagre en la frente y tomaría asiento junto a ella y le diría: «Vamos, querida, llora cuanto quieras, luego te sentirás mejor; quédate tranquila que no te abandonaré». Pero eso sería más tarde. Entretanto Lucy echaba una mirada de cuando en cuando hacia el rostro de su hermana, bastante gastado y arrugado. No era exactamente un rostro simpático, pero parecía tener lo que Lucy buscaba.

Me senté en el sofá y contemplé otra vez las viejas revistas. Sentí claramente que me hallaba fuera de lugar. Pero Lucy me había pedido que fuera.

—Él quería que usted estuviese aquí

—fueron sus palabras.

—Esperaré abajo, en el vestíbulo —dije.

—Venga arriba —me pidió.

—No deseo ser un estorbo. Ya estará allí su hermana, según me ha dicho.

—Quiero que venga usted también —dijo. Y así fue. Y resultó mejor, decidí, aunque estuviese fuera de lugar, que esperar abajo en el vestíbulo con tanto curioso, tanto reportero y cazador de noticias y tanto político como andaba por allí.

La operación no fue muy larga. Dijeron que había constituido un éxito y al oírlo decir a la enfermera, Lucy se

hundió en su asiento y emitió un sollozo seco, abriendo mucho la boca, como si le faltase la respiración. La hermana, aparentemente tranquilizada al escuchar la noticia, miró agudamente a Lucy y exclamó:

—¡Lucy, Lucy! —aunque no con severidad.

La nombrada levantó la cabeza, hizo frente a la mirada reprobatoria de su hermana y murmuró humildemente:

—Lo siento, Ellie, discúlpame. No ha sido más que…

—Debemos dar gracias a Dios —interrumpió Ellie, que se levantó bruscamente, como si fuese a salir en el acto y luego abandonara esa idea. Se

volvió hacia la enfermera—: ¿Cuándo podremos ver a su maridó? —preguntó.

—Tendrá que transcurrir algún tiempo —contestó la enfermera—. No puedo decir exactamente, pero pasará algún tiempo. Si espera un poco se lo comunicaré. —Fue hacia la puerta y una vez en ella se volvió y preguntó si podía traer alguna cosa: café o limonada.

—Es usted muy amable y considerada, pero no tomaremos nada a esta hora de la mañana —contestó Ellie.

La enfermera se retiró y yo pedí permiso y la seguí, llegándome hasta el despacho del doctor Simons, que realizara la operación. Lo había conocido en el mismo hospital. Era algo

amigo de Adam, todo lo que se pudiera ser de Stanton, que nunca había intimado mucho con nadie, salvo conmigo; pero yo no entraba en la cuenta, porque era el amigo de su juventud. Adam me lo había presentado.

El doctor Simons, hombre seco, delgado y entrecano, se hallaba sentado ante su mesa escribiendo una tarjeta. Le pregunté si terminaba su tarea y contestó que estaba a punto de darle fin. La secretaria la tomó y la guardó en el fichero y el doctor se volvió hacia mí. Le pregunté por él estado del gobernador y dijo que la operación había sido un éxito.

—¿Quiere decir la extracción de los

proyectiles? —inquirí.

Sonrió de manera algo helada y agregó que quería decir algo más.

—Hay una posibilidad de que se salve. Se trata de un hombre robusto.

—Así es —convine.

El doctor Simons recogió un sobrecito de su mesa y vació el contenido en la mano.

—No importa lo robusto que sea; no se pueden tomar muchas píldoras como estas —dijo, y me tendió la mano abierta, para mostrarme las dos pildoritas que tenía en la mano—. El calibre 25 es muy chico, es cierto, pero estas parecen aún más reducidas de lo que yo recuerdo.

Tomé una y la examiné. Era una balita de plomo mal conformada. Al examinarla pensé cuánto tiempo atrás, cuando éramos chicos en el Landing, Adam y yo las habíamos utilizado para tirar al blanco contra una tabla de pino y cuántas veces las habíamos extraído de la blanda madera con ayuda de nuestros cortaplumas. Algunas veces el proyectil salido de la madera no estaba más deformado que este. Era tan blando…

—¡Qué hijo de perra! —dijo el doctor como si no viniera al caso.

Le devolví el proyectil y regresé al vestíbulo, que se hallaba bastante menos poblado. Los políticos habían desaparecido, si bien quedaban por allí

dos o tres periodistas en espera de los acontecimientos.

Pero no ocurrieron aquel día. Ni tampoco al otro. El jefe parecía seguir mejorando. Pero al tercer día sucedió lo contrario. Se declaró una infección que avanzó con rapidez. Aunque el doctor Simons no dijo mucho, su aspecto denotaba bien a las claras que la cosa era desesperada.

Aquella tarde, poco después de haber llegado al hospital y subido para ver cómo estaba Lucy, recibí un aviso de que el jefe pedía verme. Según dijeron, estaba mejor.

Su aspecto no era nada bueno cuando lo vi. La carne había

desaparecido de su semblante y los huesos se hallaban pegados a la piel tal como en un hombre de edad avanzada. Se parecía al viejo Stark, el de Mason City. Estaba blanco como el yeso.

Cuando vi los ojos en el rostro tan blanco me parecieron velados y apenas los reconocí. Luego, mientras me acercaba al lecho, se clavaron en mí y un leve resplandor lució en ellos. La boca se torció ligeramente en una débil mueca.

Me aproximé al lecho.

—¡Hola, jefe! —dije, e hice que mis facciones reflejaran lo que yo quería que fuese tomado como una sonrisa.

Levantó el índice y el mayor de la

mano derecha, tendida sobre la colcha, a modo de saludo incipiente y luego los dejó caer. La fuerza de los músculos que sostenían el leve gesto de sus labios cedió también, el semblante quedó en su anterior posición y la carne colgó nuevamente.

Lo contemplé de muy cerca y pensé algo que decir. Pero mi cerebro sentíase falto de jugo, como esponja que ha sido dejada largo tiempo al sol.

Luego, con voz que apenas era un murmullo:

—Quería verlo, Jack.

—Yo también, jefe.

Durante un minuto no dijo nada, pero sus ojos se clavaron en mí y lució

nuevamente aquel débil resplandor. Luego habló:

—¿Por qué hizo esto el doctor Adam?

—¡Oh, maldito sea! —exclamé en voz alta—. No lo sé.

La enfermera me miró como previniéndome.

—Nunca le hice nada —dijo.

—No, nunca —aseguré.

Permaneció otra vez en silencio y desapareció el resplandor de sus ojos. Después dijo.

—Tenía razón el doctor.

Hice un movimiento de cabeza afirmativo.

Esperé, pero comenzó a parecerme

que no diría nada más. Sus ojos miraban hacia el techo y apenas podría decirse que respiraba. Finalmente volvió su mirada hacia mí con lentitud. Pero la luz brilló otra vez.

—Todo podría haber resultado diferente, Jack —dijo.

Asentí por segunda vez.

Se excitó más. Hasta parecía esforzarse por levantar la cabeza de la almohada.

—Tiene que creerlo —expresó con voz ronca.

La enfermera me miró de manera significativa después de haber avanzado un paso.

—Sí —dije al hombre que estaba en

la cama.

—Es necesario. Tiene que creerlo —repitió.

—Muy bien.

Me miró y durante un momento volvió la vieja mirada enérgica, penetrante e inquisitiva. Pero cuando habló de nuevo las palabras apenas eran audibles.

—Y podría haber sido diferente, aunque —murmuró— no hubiese sucedido, podría… haber sido diferente…, aun entonces.

Estaba tan débil que apenas pudo pronunciar las últimas palabras.

La enfermera me hacía señas.

Estiré la mano y la puse sobre la que

estaba en la sábana. Parecía un trozo de jalea.

—Adiós, jefe. Hasta la vista —dije.

No contestó y ni siquiera tuve la seguridad de que sus ojos me reconocieran. Abandoné la habitación.

Dejó de existir a la mañana siguiente, justamente al amanecer. Hubo un grandioso funeral. La ciudad estaba colmada de gente de todas clases, empleados y artesanos, campesinos y hasta muchachos que jamás habían pisado la ciudad. Y trajeron consigo sus mujeres. Llenaron el espacio que rodeaba el Capitolio y se volcaron y se arremolinaron por las calles adyacentes mientras caía la llovizna y los altavoces

colocados en los postes y en los árboles vomitaban las palabras que casi nos hacían llorar.

Después de haber sido bajado el cadáver por las gradas del Capitolio, colocado en la carroza fúnebre, y de haber sido abierto camino por los motoristas y la policía montada, el cortejo emprendió su marcha lentamente hacia el cementerio. La muchedumbre hervía detrás. En el cementerio era como una marea sobre el césped; las tumbas fueron pisoteadas y destrozados los arbustos. Una o dos lápidas fueron derribadas y rotas. Transcurrieron dos horas antes de que la Policía pudiese dominar el lugar.

Fue el segundo funeral a que asistí en el plazo de dos semanas. El primero había sido muy distinto: el de Adam Stanton, que tuvo lugar en Burden’s Landing.

X

Cuando el jefe se hallaba seguro bajo tierra, los policías de la ciudad sudaban bajo sus uniformes azules, y los elegantes muchachos de la Policía de tráfico y la Policía montada (sobre sus hermosos y lustrosos corceles, cuyas patas se hundían hasta la cerneja en los parterres de flores) hubieron conseguido, a duras penas y sin suavidad hacer salir al público del cementerio —pero mucho antes de que la hierba pisoteada comenzara a levantarse de nuevo o los cuidadores repasasen las lápidas destrozadas—

abandoné la ciudad en dirección al Landing. Dos eran las razones para ello. En primer lugar, me resultaba imposible permanecer allí. En segundo lugar, Anne se hallaba también en el Landing.

Allá permanecía desde que tuviera lugar el funeral de Adam. Había seguido la carroza fúnebre, lujosa y resplandeciente al sol, en un coche cerrado acompañada de una enfermera que resultó superflua. Lo mismo que Katy Maynard, antigua conocida. No la vi mientras ocupó aquel coche alquilado que iba con paso tímido y torturado durante los casi ciento sesenta kilómetros, arrancado lentamente uno tras otro del camino de cemento: lenta y

fastidiosamente, como si estuviesen arrancando una interminable tira de nuestra piel. No la vi, pero sé que se mantuvo erguida, con el semblante pálido, los hermosos huesos de su rostro visibles bajo la piel estirada, y las manos entrelazadas sobre su regazo. Porque tal fue como la vi debajo de los robles cubiertos de guirnaldas de musgo, completamente solitaria a pesar de la enfermera, de Katy Maynard y todos los demás —amigos de la familia, curiosos que vienen a hartarse de mirar y a tocarse con los codos, periodistas, ilustres doctores de la localidad, de Baltimore y de Filadelfia—, todos allí presentes mientras la pala ejecutaba su

labor.

Y del mismo modo había abandonado el lugar, sin apoyarse en nadie, con la enfermera y Katy Maynard a la rastra y con ese aspecto de falsa piedad y de turbación que la gente adopta en su semblante cuando los tomamos en público en unión del deudo principal durante un funeral.

Ni siquiera cuando salía por la puerta del cementerio y un reportero la encaró con la máquina para sacarle una fotografía se alteró la expresión de su rostro.

Todavía estaba allí cuando llegué: una sabandija con el sombrero echado sobre un ojo, la cámara colgando del

cuello y con un ademán en su rostro. Pensé que probablemente lo conocería, que lo habría visto en la ciudad, o que quizá no, esos sabandijas son siempre parecidos cuando salen de una escuela de periodismo.

—¡Hola! —dije.

Me contestó lo mismo.

—Ya lo he visto tomando esta fotografía.

Dijo que sí.

—Bueno, hijo, si vive bastante aprenderá que ni siquiera un periodista tiene que ser como cierta clase de hijos de perra.

Dijo «¿De veras?», y me miró. Luego preguntó si no era Burden.

—¡Jesucristo! —exclamó—. Trabaja para Stark y todavía llama hijo de perra a otro.

Me limité a mirarlo. Me había hallado en la misma situación un millar de veces con otras tantas personas. En los vestíbulos de los hoteles, en los comedores, en los automóviles de los clubs, en las esquinas de las calles, en las alcobas y en las estaciones de gasolina. Algunas veces no lo decían exactamente de este modo y otras no lo decían, pero lo veía. De buena gana le daría un puñetazo. Bien sabía cómo apretar el puño y atizar un directo al bajo vientre. Estaba bien entrenado, pues había practicado bastante.

Pero uno llega a cansarse. En cierto modo resulta demasiado fácil y no nos divierte. Luego llega un momento en que ya no nos enfurecemos con tanta frecuencia. Pero no son esas las razones. Se trata tan solo de que la gente que nos dice eso —o la que no nos lo dice— no tiene razón y tampoco deja de tenerla. Si fuera una cosa o la otra, no haría falta ni pensárselo, bastaría con cerrar los ojos y allá ellos. Pero la dificultad estriba en que tienen y no tienen la razón a medias, y a la larga eso es lo que nos paraliza. Tratamos de elegir a los unos de entre los otros. No es posible explicar porque no siempre contamos con el tiempo necesario y siempre advertimos esa

expresión en sus semblantes. De manera que se llega a un momento en que ni siquiera mostramos interés en darles un golpe en el estómago. Nos limitamos a mirarlos y es como un sueño o algo que recordamos de mucho tiempo atrás o como si no existiesen en absoluto.

De manera que miré su cara de sabandija.

Había, además, otras personas. Me miraban. Esperaban que dijese algo. O que hiciese algo. Pero hasta cierto punto nada me importaron sus miradas puestas en mí. Ni siquiera los aborrecí. No experimenté sino una especie de insensibilidad y de dolor interno, más de lo primero que de lo segundo.

Permanecí de pie ante él y esperé como cuando se espera el dolor, después de haber sido alcanzados por un golpe. Después, si el dolor comenzaba, sería yo quien lo haría sentir a él. Pero no hubo nada más que insensibilidad. Por lo que di media vuelta y me alejé. Ni siquiera me importaron los ojos que me siguieron o el principio de risa luego contenido por tratarse de un funeral.

Fui calle abajo lleno de insensibilidad y de dolor, aunque no por causa de lo acontecido en la puerta del cementerio. Lo había sentido antes de llegar allí.

Me dirigí por el Row hacia la casa de los Stanton. No me imaginaba que

ella deseara verme inmediatamente, pero pensaba dejar aviso de que estaría en el hotel, en el Landing, hasta las primeras horas de la tarde. Siempre que el estado del jefe no exigiese lo contrario, por supuesto.

Pero una vez en casa de Stanton supe que Anne no recibiría a nadie. Katy Maynard y la enfermera ya no resultaban superfluas. Porque cuando Anne llegó a la casa fue al *living* y permaneció de pie, justamente detrás de la puerta. Miró despacio y a conciencia de arriba abajo, el piano, los muebles —uno por uno—, el cuadro de encima de la chimenea, de la manera qué hace la mujer que piensa reformar un aposento en todos sus

aspectos (tal la manera de expresarse de Katy Maynard) y después se desmayó. Según dijeron, ni siquiera alcanzó la mano hacia la jamba, ni vaciló, ni hizo un leve sonido. De buenas a primeras se desplomó. Todo había terminado y allí estaba, fría sobre el suelo.

De manera que cuando hice acto de presencia, la enfermera estaba arriba prodigándole sus cuidados y Katy Maynard avisando al doctor y encargándose de la casa. No había razón para que permaneciese allí. Me metí en el automóvil y puse rumbo a la ciudad.

Pero ahora el jefe se hallaba también en el otro mundo y me encontré de vuelta en el Landing. Mi madre y su Theodore

habían ido de viaje, por lo que tenía la casa para mí solo. Tan vacía y tranquila como un depósito de cadáveres. Pero así y todo resultaba algo más animada que los hospitales y los cementerios por donde anduviera. Lo que se hallaba muerto en aquella casa lo estaba desde mucho tiempo y estaba acostumbrado al hecho. Incluso me estaba acostumbrando al hecho de las muertes. Ya había sido arrojada tierra con la pala sobre el juez Irwin, Adam Stanton y el jefe.

Pero aún quedábamos algunos. Y entre ellos figuraba Anne Stanton, lo mismo que yo.

De modo que volví de nuevo al Landing. Y nos sentamos otra vez juntos

en la galería cuando lucía el sol —ese sol limón pálido de fines de otoño— y la tarde se acortaba. No alumbraba el sol y el viento encrespaba las aguas de la bahía haciéndolas llegar hasta el camino en ocasiones. El cielo parecía no ser sino lluvia y viento y nos sentábamos uno al lado del otro en el *living*. No era mucho lo que hablábamos esos días, no porque no hubiese mucho que decir, sino porque acaso hubiese demasiado y una vez comenzado romperíase el hermoso y peligroso equilibrio que habíamos conseguido. Era como si cada uno se hallase sentado al extremo de un columpio perfectamente equilibrado, si bien no en

ningún hermoso campo de juegos, sino Dios sabe sobre qué abismo. Y si cualquiera se inclinara hacia el otro, aunque solo fuese unos centímetros, el equilibrio se rompería y ambos iríamos a parar rodando a la oscuridad. Pero engañamos a Dios y no dijimos una palabra.

No hablábamos, pero algunas tardes leía a Anne. Leía el primer volumen al que le puse la mano encima la primera tarde que advertí la imposibilidad de permanecer allí en un silencio que pesaba y crujía con las palabras no pronunciadas. Era el primer tomo de las obras de Anthony Trollope. Lo cual era cosa segura para leer en esas

circunstancias, pues Anthony jamás alteró ningún equilibrio.

De una manera peculiar, esos días de otoño comenzaron a hacerme recordar aquel verano, tiempo atrás, casi veinte años, en que me enamoré de Anne. Aquel verano estuvimos solos, juntos, aun cuando hubiese a nuestro alrededor otras personas, únicos habitantes de esa especie de isla flotante o alfombra mágica que supone estar enamorado. Ese verano parecíamos haber sido tomados por una marea enorme y alegre conocedora de su propio ritmo y de su tiempo y que no habría de ser apresurada ni aun hacia la felicidad que de seguro prometía. Y otra vez

parecíamos tomados en la misma marea, sin que nos fuese posible levantar un dedo en su enorme arrastre, pues conocía su ritmo y su tiempo. Pero ignorábamos lo que prometía. Ni siquiera me preocupaba.

De tanto en tanto, empero, me preocupaba de alguna otra cosa. A veces, sentado junto a ella, leyendo o sin hablar; y otras cuando me hallaba lejos, desayunando o caminando por el Row o despierto en el lecho. Había una pregunta. Al referirme Anne la última e impetuosa visita de Adam a su piso —cómo había penetrado violentamente y dicho que no pasaría por chulo de su hermana y demás— había dicho que un

hombre había telefoneado a su hermano para hablarle de ella y del gobernador Stark.

¿Quién?

Los primeros días después de los acontecimientos había olvidado el hecho, que después vino a mi memoria. Al principio, aun entonces, la cuestión no me parecía de tanta importancia. Porque nada me lo parecía, en medio de tanto dolor e insensibilidad. O al menos lo que entonces me parecía importante nada tuvo que ver con la cuestión. Lo sucedido era importante, pero no la causa de lo que había acontecido; en cuanto tal causa no radicaba en mí mismo.

Pero la cuestión no cesaba de importunarme. Aunque no pensara en ella, advertía de repente que roía como el diente de un ratón que atacara furiosamente al artesonado de mi imaginación.

Durante algún tiempo no vi manera de abordar el asunto con Anne. Jamás podía decirle nada sobre lo ocurrido. Siempre permanecíamos sentados en nuestra conspiración silenciosa, siempre unidos a la misma por nuestro conocimiento de nuestra anterior y poco ingeniosa conspiración para obligar a Adam y Stark, el uno al otro, y conducirlos eventualmente a la muerte. (De sernos posible quebrar alguna vez

el silencio, habríamos de hacer frente a esa otra conspiración, bajar la mirada y observar la sangre que teñía nuestras manos). Por eso no dije nada.

Hasta que llegó el día en que tuve que decirlo.

—Anne, quiero hacerte una pregunta —dije—. Acerca de… acerca de ello. Luego jamás volveré a tocar ese tema a menos que lo empieces tú.

Me miró sin responder, pero advertí en su mirada el temor y el dolor y más tarde la firme reunión de cuantas fuerzas tenía.

De ahí que me lanzase a preguntar:

—Me dijiste, aquel día que fui a tu piso, que alguien había telefoneado a

Adam…, que le había dicho…, que le había hablado de…

—De mí —concluyó la frase ante la cual había vacilado durante un momento. No esperó el impacto. Con toda la fuerza de que era capaz, habíale salido al encuentro—. ¿Bien? —preguntó.

—¿Te dijo quién fue el que telefoneó?

Lo pensó un minuto. Era posible ver, mientras permanecía sentada así, cómo levantaba el velo que cubría aquel momento en que Adam irrumpiera en su piso, del mismo modo como alguien levanta el sudario que cubre la cara de un cadáver sobre la mesa de mármol del depósito y la observa fijamente.

—No, no lo dijo. No dijo sino que era un hombre. Estoy segura de que era un hombre.

Reanudamos nuestra conspiración de silencio, en tanto el columpio vacilaba y se movía debajo de nosotros y las tinieblas alargaban sus fauces hacia ambos y nos aferrábamos.

Abandoné el Landing al día siguiente.

Fui a la ciudad, avanzada ya la tarde, y telefoneé a casa de Sadie Burke, sin que nadie respondiera a mi llamada. Llamé luego al Capitolio, pero tampoco tuve oportunidad de encontrarla allí. Una y otra vez repetí la llamada a su casa: No me acerqué al Capitolio

durante la mañana para verla, pues no era mi deseo tropezarme con la cuadrilla que andaría por allí, a la que no deseaba volver a ver en mi vida.

Por eso telefoneé de nuevo. Nadie contestaba en su despacho. Encargué al telefonista que hiciese lo posible por averiguar su paradero. Al cabo de unos instantes la voz dijo: «No se encuentra aquí. Está enferma. ¿Desea algo más?». Y antes de que pudiese poner mis pensamientos en orden oí el golpe del teléfono al ser colgado.

Volví a llamar.

—Aquí Jack Burden —dije—. Me agradaría…

—Oh, señor Burden —contestó el

telefonista con tono que lo mismo podía expresar indiferencia que curiosidad.

Hubo un tiempo, no muy lejano aún, en que el nombre «Jack Burden» pesaba algo en aquella casa. Pero aquella voz, mejor dicho, el tono de aquella voz, me indicó lo poco que ya pintaba semejante nombre. Simplemente perder aliento.

Por un momento lo sentí muchísimo. Luego, recordé que las cosas habían cambiado.

Sí, habían cambiado bastante. Y cuando las cosas cambian en un lugar como este, lo hacen de manera rápida y fundamental y la voz de la telefonista adquiere un nuevo tono cuando pronuncia nuestro nombre. Recordé

hasta qué punto había llegado la transformación, y ya no me importó un comino. Pero dije amablemente:

—¿Podría decirme la manera de ponerme en comunicación con la señorita Burke? Se lo agradecería mucho.

Esperé unos momentos hasta que lo averiguó.

—La señorita Burke se encuentra en el sanatorio Millet —me respondió.

Pero aquel sanatorio no era como un hospital. No parecía en absoluto un hospital, según pude ver al desviarme de la carretera a unos cuarenta kilómetros de la ciudad y recorrer lentamente el sendero bajo la magnífica arboleda de

robles de más de un siglo de existencia que juntaban sus ramas por encima de la avenida y dejaban caer estalactitas de musgo para formar una penumbra verde, acuosa, como una caverna. Entre los robles plantados a intervalos regulares veíanse pedestales sobre los cuales las estatuas clásicas —vestidas o no, varones y mujeres, manchadas por el tiempo y las hojas y los líquenes que las invadían, pareciendo como si en realidad hubiesen brotado sin retocar de entre el pegajoso humus verdinegro al pie de ellas— contemplaban al caminante con esa mirada débilmente velada, exenta de curiosidad y pesada de buey. La mirada marmórea de

aquellos ojos debe de haber sido la primera etapa del tratamiento del neurótico al salir del sanatorio. Debe haber sido como untar el frío ungüento del tiempo sobre la ardiente pústula y la seca comezón del alma.

Luego, al extremo de la avenida, el neurótico llegaba al sanatorio que prometía paz detrás de tas blancas columnas. Porque el Sanatorio Millet era lo que se denomina «casa de reposo». Pero había sido construido por la vanidad y el amor, más de un siglo atrás, por uno de esos ricos ostentosos para quienes el dinero no es obstáculo, que adquirió casi un buque cargado de muebles estilo Imperio, en París, para su

casa y casi otro de brillantes mármoles en Roma para su avenida, y que probablemente tendría una cara como un cedro brutalmente cortado y ni un nervio en su cuerpo. Ahora la gente que descendía de individuos como ese o era dueña de dinero suficiente (ganado durante la administración de Grant o de Coolidge) para asumir que era descendiente de ellos, venía a descansar con sus gustos, sus manías y sus rarezas, en esos aposentos de techos elevados, comía sopa de cangrejos y era apaciguada por la voz del psiquiatra, en cuyos ojos, profundos, grandes, oscuros, relucientes y sin fondo, uno se ahogaba lentamente.

Casi me ahogué en ellos durante la entrevista de un minuto, necesaria para obtener permiso para ver a Sadie.

—Está bastante nerviosa —me dijeron.

Sadie se hallaba en una *chaise longue*, junto a la ventana que daba sobre una extensión de césped que se extendía hasta un canalillo. Su cabellera negra y recortada estaba alborotada, el semblante era blanco como el yeso, y la luz de la tarde, que le daba de través, hacíalo parecer más que nunca como la mascarilla de Medusa, ejecutada en yeso y atravesada por perdigones tamaño BB. Pero era una mascarilla arrojada sobre una almohada y los ojos pertenecían a la

misma. No a Sadie Burke. Ni eran ya ardientes.

—Hola, Sadie —dije—. Espero que no tendrá inconveniente en que venga a visitarla.

Me estudió un momento con sus ojos apagados.

—No hay ninguno por mi parte —contestó.

Entonces me senté, aproximé más la silla y encendí un cigarrillo.

—¿Qué tal va? —pregunté.

Volvió la cabeza hacia mí y me lanzó otra larga mirada. Durante un momento un débil resplandor brilló en sus ojos, como cuando un soplo de aire toca una brasa.

—Oiga, me encuentro perfectamente. ¿Por qué demonios no he de encontrarme bien?

—Me alegro mucho —contesté.

—No vine porque me suceda nada, sino porque estaba cansada y necesito descansar. Eso es lo que le dije a ese condenado doctor. Le dije: «Estoy aquí para descansar, porque estoy cansada y no deseo que venga a importunarme y a tratar de cambiar secretos conmigo y averiguar si he soñado con máquinas incendiadas. Y si alguna vez comienzo a cambiar secretos con usted le haré arder las orejas. Pero he venido para descansar y no quiero tenerlo cerca de mi oído. Estoy cansada de muchas cosas

y de un montón de gente y entre ellas se cuenta usted, doctor». —Se apoyó en un brazo y me miró fijamente—. Y eso también va por usted, Jack Burden.

No contesté ni me moví, por lo que se hundió, en su asiento y se concentró en sí misma.

Después de haber dejado que el cigarrillo se consumiera entre mis dedos encendí otro antes de hablar.

—Sadie, sé cómo se siente y no quiero suscitar ninguna cuestión entre nosotros otra vez, pero…

—No sabe una palabra acerca de cómo me siento —aseguró.

—Quizá tenga alguna idea. Pero a lo que vine fue a hacerle una pregunta.

—Creí que había venido porque me apreciaba mucho.

—En verdad es así. Hemos estado juntos mucho tiempo y siempre nos hemos llevado bien. Pero ese no es…

—Sí —interrumpió y de nuevo se apoyó sobre un brazo—, todo y todos iban bien. ¡Oh, Jesús!; simplemente bien.

Esperé mientras se hundía de nuevo en su asiento y desviaba de mí su mirada para dirigirla a través del prado y hacia el canalillo. Un cuervo iba abriéndose camino por el aire sobre el destrozado ciprés, más allá del agua, pero en seguida desapareció. Entonces dije:

—Adam Stanton mató al jefe, pero

nunca concibió esa idea por sí solo. Alguien lo indujo a ello. Alguno que sabía qué clase de hombre era Adam y los pormenores de cómo había aceptado su tarea en el centro y sabía…

No parecía escucharme sino observar el espacio libre sobre el destrozado ciprés donde el cuervo había desaparecido. Vacilé y luego proseguí después de haber observado su semblante:

—… Y sabía acerca del jefe y de Anne Stanton.

Esperé nuevamente y contemplé su rostro mientras pronunciaba esos nombres sin que nada trasluciese. No parecía sino cansada y sin el menor

interés.

—He averiguado una cosa —continué—. Un hombre telefoneó aquella tarde a Adam y le habló sobre el jefe y su hermana. Y algo más. Ya puede imaginarse qué. Por eso se enloqueció y fue a ver a su hermana y a increparla y ella no lo negó. Es de esta clase de personas incapaz de negar una cosa. Creo que estaba harta de guardar un secreto y casi se alegró de no tener que seguir guardándolo y…

—Sí —dijo Sadie, vuelta hacia mí—, dígame qué noble y elevada es Anne Stanton.

—Discúlpeme —dije mientras sentía que la sangre afluía a mi rostro—,

creo que no me he desviado del asunto.

—Yo opino que sí.

—¿Tiene alguna noción de quién puede ser el hombre que llamó a Adam? —dije al cabo de un tiempo.

Parecía estar dando vueltas a la pregunta en su imaginación. Si la había oído, de lo que no me hallaba muy seguro.

—¿Lo sabe? —inquirí.

—No tengo la menor idea —contestó.

—¿No?

—No —dijo sin mirarme—. Ni es necesario que la tenga. Porque ya ve, lo sé.

—¿Quién? —pregunté y abandoné

mi asiento.

—Duffy —fue la respuesta.

—¡Ya lo sabía! —exclamé—. ¡Tenía que saberlo! Tenía que ser él.

—Si lo sabía, ¿por qué vino a importunarme?

—Porque necesitaba estar seguro. Tenía que saberlo. Saberlo de verdad. Yo… —me detuve al pie de la *chaise longue* y observé su semblante desviado —. Dice que fue Duffy. ¿Cómo lo sabe?

—¡Al diablo, Jack Burden, váyase al diablo! —dijo con voz cansada. Volvió la cabeza para mirarme. Después, sin apartar su mirada, irguiose en su asiento y comenzó a decir con voz que ya no era cansada sino irritada y violenta—: ¡Que

lo lleve el diablo, Jack Burden! ¿Qué le hizo venir aquí? ¿Por qué anda siempre metiéndose en lo de los demás? ¿Por qué no me deja en paz? Diga, ¿por qué no me deja tranquila?

La miré a los ojos, que ahora resplandecían de mañera salvaje en aquel rostro desfigurado.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté más suavemente aún que antes, casi en un murmullo e inclinado hacia ella.

—Váyase al diablo, Jack Burden.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque… —comenzó. Luego dudó y sacudió la cabeza de manera desesperada, cansada, como un chico atacado de fiebre, sobre la almohada.

—¿Por qué? —insistí.

—Porque —se dejó caer de nuevo sobre los almohadones de la *chaise longue*— yo se lo dije. Le dije que lo hiciera.

Ahí estaba. Eso era y no me lo había imaginado. Mis rodillas cedieron lentamente, como el cric neumático que deja caer el peso del automóvil al suelo, y me hundí de nuevo en mi asiento.

Allí estábamos Sadie Burke y yo, y la miraba como si jamás la hubiese visto en mi vida.

Al cabo de un minuto, dijo:

—Deje de mirarme. —En su voz no se reflejaba ninguna intensidad.

Debí de seguir mirándola porque

volvió a repetirlo.

Después, advertí que mis labios decían, como si hablase conmigo mismo:

—Usted lo mató.

—Muy bien, muy bien —contestó—. Sí, lo maté. Me estaba arrojando por la borda. Y para bien, sí, esta vez supe que era para bien. Por aquella Lucy. Después de todo lo que hice. Cuando hice de él lo que era. Le aseguré que me las pagaría, pero me lanzó esa nueva y triste sonrisa, como si estuviese ensayando para hacer de Jesús, y tomándole la mano me pidió que comprendiera…, ¡que comprendiera, Jesús…! Y entonces, como si fuese un

relámpago, supe que lo mataría.

—Mató a Adam Stanton —dije.

—¡Oh, Dios! —alentó—. ¡Oh, Dios!

—Mató a Adam —insistí.

—Oh, y maté a Willie, lo maté —murmuró.

—Sí —convine con un gesto de cabeza.

—¡Oh, Dios! —dijo, sin apartar su mirada del techo.

Había averiguado lo que fuera a descubrir. Pero continué sentado y ni siquiera encendí un cigarrillo.

Al cabo de un tiempo, dijo:

—Venga, acerque su silla.

Obedecí y esperé. No me miró sino que extendió su mano derecha hacia mí,

inciertamente. La tomé y la retuve mientras ella continuaba con la mirada fija en el techo y la luz de la tarde le iluminaba cruelmente el semblante.

—Jack —dijo por último, sin mirarme aún.

—¿Sí?

—Me alegro de habérselo referido. Sabía que tenía que decírselo a alguien. Alguna vez. Supe que se presentaría ese momento, pero no tuve a quién contárselo. Hasta que usted vino. Por eso aborrecí que viniese. Tan pronto como atravesó la puerta supe que tenía que decírselo. Pero me alegro de haberlo dicho. Ya no me preocupa quién lo sepa ahora. Acaso no seré noble y

elevada como esa Stanton, pero estoy contenta de haberlo dicho.

No se me ocurrió gran cosa que decir y por eso continué sentado un buen rato, reteniendo su mano en el silencio que Sadie parecía desear y observando por encima de ella hacia el canalillo, sinuoso bajo el musgo pendiente de los deteriorados cipreses de la otra orilla, el agua cubierta de algas moteadas y cargada por el olor del pantano de la jungla y de la oscuridad, a lo largo del borde del césped recortado.

Había averiguado que Tiny Duffy, ahora gobernador del Estado, había sido quien matara a Willie Stark de manera tan cierta como si hubiese empuñado el

revólver con su propia mano. Y también había averiguado que Sadie Burke había sido quien pusiera el arma en manos de Tiny Duffy, apuntada hacia aquel, y que ella, además de la muerte del jefe, era causante de la de Adam Stanton. Pero lo hecho por ella había sido obra de un momento de arrebato. La obra de Tiny Duffy, en cambio, había sido ejecutada en frío. La acción de Sadie Burke había sido borrada en cierto modo y no existía ya para mí.

Quedaba, pues, Duffy. Este lo había hecho. Y, cosa extraña, sentí un gran alivio y alegría por tal conocimiento. Duffy había sido quien lo hiciera y todo quedaba claro y brillante como el sol

helado. Allá a lo lejos veíase a Tiny Duffy, con su anillo de diamantes, y aquí a Jack Burden. Me sentí libre y puro como cuando se observa de repente que hemos recobrado nuestras facultades, después de haber permanecido paralizados algún tiempo, por ignorancia o por indecisión. Me sentí al borde de la acción.

Pero no supe qué hacer.

Cuando volví a ver a Sadie —que me pidió que lo hiciera— indicó, sin que yo hiciera la menor mención sobre el asunto, que firmaría una declaración si lo deseaba. Contesté que sería maravilloso, pues aún me sentía libre y puro, al borde de la acción, y estaba

poniéndome el asunto en bandeja. Le di las gracias.

—No, no me agradezca nada. Me estoy haciendo un favor a, mí misma. Duffy… Duffy —se sentó en la *chaise longue* y sus ojos relampaguearon como antaño— ¿sabe lo que hizo?

Prosiguió hablando antes de que nadie pudiese contestarle:

—Después que hubo ocurrido no sentí lo más mínimo. Aquella misma noche supe lo acontecido y no experimenté absolutamente nada. Y a la mañana siguiente Duffy llegó hasta mí, gesticulando y bufando, y dijo: «Chiquilla, voy a hacerte un gran favor, seguro que te lo haré». Ni siquiera en

aquel momento experimenté ninguna sensación, ni aun al mirarlo a la cara. Pero luego me puso la mano sobre el hombro y hasta me acarició y frotó la espalda entre los omóplatos y dijo: «Chiquilla, has detenido tu reloj y no te olvidaré; muchacha, tú y yo podríamos entendernos muy bien». Luego ocurrió algo. En aquel mismo instante. Como si todo hubiese acontecido delante de mí en lugar de en el Capitolio, Y le clavé las uñas y di un salto. Salí corriendo del lugar. Y tres días después, cuando el jefe murió, vine aquí. Era el único lugar al que podría ir.

—Bueno, de todos modos, muchas gracias, pero creo que no podremos

detener el reloj de Duffy.

—No será capaz de funcionar de acuerdo con la ley.

—No opino lo mismo. Cualquier cosa que él haya dicho a usted o usted a él no prueba nada. Pero hay otros medios.

Pensó unos momentos antes de decir:

—Cualquier otro medio, legal o no, me parece que advertirá que arrastra a esa… —vaciló y no dijo lo que estuviera a punto de decir; luego rectificó—: arrastra a Anne Stanton en el asunto.

—Lo hará —afirmé—; sé que lo hará.

Sadie se encogió de hombros.

—Ustedes, todos ustedes, saben lo que quieren.

—Quiero atrapar a Duffy.

—Está bien —dijo, y volvió a encogerse. De pronto parecía haberse cansado nuevamente—. Está bien —repitió—, pero el mundo está lleno de Duffys. Parece como si los hubiese estado conociendo toda la vida.

—Yo estoy pensando solamente en uno —declaré.

Todavía estaba pensando especialmente en ese una semana después (por entonces parecía que el único medio de echarlo todo abajo era mediante un periódico contrario a la administración) cuando recibí una nota

de ese particular Duffy en la que decía que lo visitase, a mi comodidad, si no tenía inconveniente.

Me convino hacerlo en el acto y lo encontré rellenando sus ropas de manera imperial y porcina, lo mismo que el gran sofá de cuero del despacho del Capitolio, donde el jefe solía tomar asiento. Sus zapatos rechinaron al adelantarse para saludarme, pero su cuerpo se balanceó con la hinchada ligereza de un cuerpo ahogado que al final se consigue desprender del lecho fangoso del río para elevarse majestuosamente y balanceándose, a la superficie. Nos dimos la mano y él sonrió y me indicó un asiento, en tanto el

sofá gruñía al recibir su peso.

Un negro de blanca chaquetilla trajo bebidas. Tomé un vaso, pero decliné un cigarro y esperé.

Dijo lo mucho que le apenaba lo del jefe. Asentí con un movimiento de cabeza.

También indicó cuánto lamentaban los muchachos lo del jefe. Volví a asentir.

Comentó cómo las cosas iban saliendo bien, sin embargo. Justamente como el jefe hubiera deseado. Asentí por tercera vez.

Y cómo, empero, todos echaban de menos al jefe. Nueva aprobación mía.

—Jack —aseguró luego—, seguro

que los muchachos también sienten mucho que usted se haya alejado.

Cabeceé modestamente y dije que yo también los echaba de menos.

—Sí, estaba pensando el otro día: «Tan pronto como me instale echaré mano de Jack. Sí, Jack es la clase de individuo que me gustaría tener junto a mí: No hay duda de que el jefe lo apreciaba mucho y lo que era bueno para él lo es también para el viejo Tiny Duffy». «Sí, me dije a mí mismo, buscaré al amigo Jack. Es la clase de individuo que necesito. Es de los rectos. Se puede confiar en él. Dirá la verdad sin temor y sin parcialidad. Su palabra es como un documento».

—¿Se está refiriendo a mí? —pregunté.

—Pues claro —contestó—. Y le estoy haciendo una proposición. Ignoro exactamente qué convenio tenía con el jefe, pero dígamelo y cuente con un aumento del diez por ciento.

—No tuve quejas sobre el modo como fui tratado.

—Bien, eso se llama hablar como un hombre, Jack —dijo, y agregó vivamente—: Pero no me interprete mal. Me consta que tanto usted como el jefe eran así. —Levantó dos dedos, largos, relucientes y episcopales, como para echar la bendición. —Así— repitió—. Y no me interprete mal. No estoy

criticando al jefe. Lo único que deseo es demostrarle que lo aprecio.

—Gracias —dije, con cierta falta de calor.

Esa falta de calor fue tal, presumo, que se inclinó un poco hacia delante y dijo:

—Jack, le subiré el veinte por ciento.

—No es suficiente.

—Jack, tiene razón. No es suficiente. Veinticinco por ciento.

Meneé la cabeza.

Reflejó cierta intranquilidad y el sofá crujió, pero se repuso, sonriente.

—Jack —su tono era apaciguador—, dígame simplemente lo que cree justo y

veremos de complacerlo. Crea que lo haré. Dígamelo sin cumplidos.

—Nada será suficiente.

—¿Eh?

—Escuche. ¿No dijo hace poco que mi palabra es como una firma? ¿Me creerá entonces si le digo algo?

—Por supuesto, Jack.

—Bien, entonces va a oír algo. Es usted el piojo más asqueroso e inmundo que Dios haya creado en este mundo. —Disfruté grandemente el momento de silencio absoluto que siguió, y luego proseguí—: Y cree que podrá comprarme. Bueno, ya sé por qué lo quiere. Ignora qué o cuánto sé. Estaba muy junto al jefe y me he enterado de

muchas cosas. Soy la carta que falta para el triunfo. Sin mí no podría hacer nada y por eso trata de atraerme. Pero no habrá ocasión, Tiny, no hay nada que hacer. Y es demasiado malo, Tiny. ¿Sabe por qué?

—Oiga —dijo de manera autoritaria — oiga, no puede…

—Es demasiado malo porque sé algo. Sé mucho, mejor dicho. Hasta me he enterado de que usted mató al jefe.

—¡Es mentira! —exclamó, irguiéndose sobre el sofá y haciéndolo crujir.

—No es mentira. Ni simple suposición. Aunque tendría que haberlo adivinado. Sadie Burke me lo dijo.

Ella…

—Ella anda mezclada en el ajo. Sí, ella también está metida en el asunto.

—*Estuvo* —recalqué—, pero ya no tiene que ver. Y lo aireará ante el mundo. Ni le importa ni tiene miedo de nada.

—Será mejor que lo tenga. Yo…

—No tiene miedo porque está cansada. De todo y de usted.

—La mataré —dijo, y el sudor brotó de sus sienes.

—No matará a nadie —dije— y esta vez no habrá quien lo haga por usted. Porque tiene miedo. Tuvo miedo de matar al jefe y de no matarlo, pero la fortuna vino en su ayuda, aunque usted

dio un empujoncito a la suerte, Tiny, y juro que lo admiro por ello. Porque me abrió los ojos. Ya ve, Tiny, durante todos estos años no pensé que usted fuera un personaje real, sino simplemente algo salido de la página de chistes. Con un anillo de diamantes. Era para el jefe ni más ni menos que la bolsa de arena que los boxeadores utilizan para entrenarse y usted se limitaba a recibir el golpe haciendo un gesto que daba náuseas. Era como ese perro de lanas de que he oído hablar. ¿Oyó hablar alguna vez del perro de lanas? —No le di tiempo para contestar. Vi cómo se movían sus labios y continué—: Hubo una vez un borracho, dueño de un

perrillo lanudo al que llevaba siempre de bar en bar. ¿Y sabe por qué? ¿Por devoción? Nada de eso. Lo llevaba por todas partes para escupir sobre él y no ensuciar el suelo. Bien, usted era el perrillo del jefe. Y muy a su gusto. Le escupían y le gustaba. Usted no era humano. Ni real. Eso es lo que yo pensaba. Pero me equivoqué, Tiny. Había algo en su interior que lo hacía humano y se rebeló al verse escupido. Aun por dinero. —Me levanté, con el vaso medio vacío en la mano—. Y ahora, Tiny —dije—, que lo conozco realmente, lo compadezco hasta cierto punto. Es un viejo gordo y singular, con el corazón en mal estado, el hígado casi

destrozado, el sudor corriéndole por el semblante, su conciencia nada tranquila y una gran oscuridad en su interior, como el agua que se eleva en un sótano, y casi lo siento por usted. Pero si dice una sola palabra dejaré de sentirlo. De manera que ahora beberé su whisky y escupiré el vaso y me retiraré.

Así lo hice. Arrojé el vaso al suelo (no se rompió al estrellarse contra la espesa alfombra) y me dirigí a la puerta. Casi había llegado a ella cuando oí un ruido en el sofá. Me volví.

—Eso —era como el croar de la rana—, eso no servirá ante un tribunal.

—No, ya sé que no. Pero así y todo ya tiene bastante para que le duela la

cabeza.

Abrí la puerta y la atravesé, dejándola abierta. Crucé el amplio vestíbulo bajo la resplandeciente claridad de la araña y salí al aire fresco de la noche.

Aspiré hondamente el aire de la calle y contemplé el cielo. Las estrellas pareciéronme un millón. Y no me sentí tan grande como ellas. Tan cierto como hay Dios, había originado esa escena. Le había atacado en su parte más sensible. Estaba henchido de triunfo. Me sentía héroe. Era san Jorge y el otro el dragón. Era Edwin Booth inclinándose ante los aplausos del auditorio o Jesucristo con el látigo en el templo.

Y en seguida, bajo las estrellas, fui el hombre que se ha servido lo mejor, desde la sopa hasta las nueces y un Corona Corona[10] y se siente virtuoso como un millón y de pronto no existe sino ese sabor bilioso y ácido que se nos viene a la boca desde el estómago, viejo y cansado.

Tres días después recibí una carta certificada de Sadie Burke, que decía:

> Estimado Jack:
>
> Dado que no deseo que piense que he de volverme atrás y que no haré lo que dije que haría, incluyo la declaración que

le ofrecí. La he hecho atestiguar ante un notario, he tomado todas las precauciones posibles y ahora puede hacer de ella el uso que más le convenga, porque es suya. Es «su retoño», tal como le dije.

En cuanto a mí me ausentaré. No digo simplemente de esta mezcla entre un hogar de viejos y una incubadora de imbéciles, sino de la ciudad y del Estado. No puedo quedarme cerca y me voy. Me dirigiré a bastante distancia y por bastante tiempo y es posible que el clima me resulte mejor en alguna otra

parte. Pero mi prima (la señorita Sill Larkin, 2331 Av. Rousseau), que es lo que más se aproxima a un pariente con que cuento, tendrá alguna dirección mía en algún momento. De manera que si desea ponerse en contacto conmigo escríbame por intermedio de ella. Dondequiera que me encuentre, haré lo que usted diga. Y volveré si me lo ordena. No quiero que crea que me echo atrás. No me importa que alguien lo sepa. Haré todo lo que usted estime conveniente con relación al asunto.

Pero si acepta mi consejo,

abandone el asunto. Esto no implica ningún afecto por mi parte hacia Tiny Duffy. Espero que le diga su merecido y le haga humedecerse los pantalones. Pero mi consejo es que no siga adelante. En primer lugar no le es posible proceder en el terreno legal. En segundo término, si lo utiliza en el terreno político, lo único que conseguirá es impedir su reelección y tanto usted como yo sabemos que jamás figurará ni como candidato. Los muchachos jamás lo harán porque saben que no es más que un pelele. Incluso de acuerdo con sus cánones. Era

algo que el jefe tenía a mano. Remover este asunto no hará ningún daño al Partido. Simplemente le servirá de pretexto para desembarazarse de Duffy.

Si quiere vengarse de la camarilla no tiene que hacer sino dejar que se cave su propia sepultura, como seguramente hará ahora que el jefe ha desparecido. En tercer lugar, seguro que si se remueve este asunto ocasionará bastante dolor a esa dama Anne Stanton. Puede que sea tan noble y elevada, como usted dijo, y que desee

hacer algo, pero será un estúpido si la obliga a ello. Posiblemente tenga ya bastante amargura en su camino y sería una necedad de su parte crucificarla porque haya concebido alguna retumbante idea de que es usted un *Eagle Scout*[11] y ella Juana de Arco. Sería un tonto aunque no hiciera más que decírselo. A menos que sea tan charlatán que ya se lo haya contado. Lo cual es muy probable. No le diré que sea mi mejor amiga, pero ya ha sufrido bastantes tropiezos, como ya le manifesté, y podría darle una oportunidad.

Recuerde que no me echo atrás. Simplemente le doy un consejo.

Tenga mucho cuidado de que no lo alcance el guardabarros.

Lo saluda atentamente,

Sadie Burke.

Leí la declaración de Sadie, que refería todo cuanto tenía que referir y una de cuyas páginas estaba firmada por los testigos y autorizada por el notario. Luego la plegué. Era inútil para mí. No a consecuencia del consejo de Sadie. Su carta era muy sensata, desde luego. Pero algo había acontecido. Al diablo con todos, pensé. Estaba asqueado de todo.

De manera que Sadie me había calificado como *Eagle Scout*. De todos modos, no era nada nuevo. Cosas bastante peores me había dicho yo mismo la noche en que caminaba bajo las estrellas, después de mi entrevista con Duffy. Pero me tocó en lo vivo y me escoció. Sobre todo porque ya no era ningún lugar secreto. Sadie lo había conocido. Había leído a través mío como en un libro abierto.

No existía sino un débil consuelo en ello. Al menos no había sido necesario esperar que ella lo leyese. Ya me lo había leído a mí mismo la noche en que iba bajo las estrellas después de mi entrevista con Duffy, lleno de orgullo y

convertido en *Eagle Scout*, cuando el sabor agrio hizo su repentina aparición en mi garganta.

¿Qué era lo que había leído? Simplemente esto: Cuando descubrí que Duffy había sido el causante de la muerte del jefe y de Adam, me sentí limpio y puro, y cuando me desahogué con Duffy me sentí como un gigante porque creí que con eso me quedaría tranquilo. Duffy era el villano y yo el héroe. Habíame despachado con Tiny y mi cabeza reventaba de satisfacción. Pero en seguida sucedió algo y la boca se me agrió.

Esto fue lo sucedido: De repente me pregunté cómo Duffy estaba tan seguro

de que trabajaría para él. Y de pronto vi los ojos del fotógrafo sabandija y periodista del cementerio clavados en mí y todos los que me miraban, y en el acto comprendí que había tratado de convertir a Duffy en víctima propiciatoria: para mí, para liberarme de él; y ese heroísmo gigante que experimentara me produjo un sabor agrio en la garganta y me sentí cogido, empantanado y aprisionado como un buey en un fangal. No fue simplemente que me contemplara otra vez como parte de la conspiración con Anne Stanton que obligó a Willie y a Adam entre sí y fuera causa de la muerte de ambos. Fue algo más que eso. Algo así como si fuese

atrapado en una enorme conspiración cuyo significado me fuese imposible alcanzar. Como si la escena a través de la que acababa de pasar fuese una imitación monstruosa y ridícula con fines imposibles de concebir y ante un auditorio invisible pero que me constaba se burlaba entre sombras. Como si en medio de la escena Tiny Duffy me hubiese guiñado lentamente y como hermano su ojo de ostra y yo hubiese sabido que él conocía la verdad de pesadilla, que era que ambos éramos gemelos unidos más íntima y desastrosamente que esos caprichos de la naturaleza pegados por un puñado de carne y hueso y por el fluir de la sangre.

Estábamos unidos para siempre y no lo aborrecería sin aborrecerme a mí mismo, ni me amaría sin amarlo también a él. Estábamos unidos para siempre bajo el ojo impertérrito de la Eternidad y por la Santa Gracia del Gran Tic a quien debemos adorar.

Y me levanté y me retorcí como el buey en el cenagal y el ácido me quemó la garganta y eso fue todo y aborrecí todo y a todos, a mí mismo, a Tiny Duffy, a Willie Stark y a Anne Stanton. Al diablo con todos ellos, dije imparcialmente a la claridad de las estrellas. Todos me parecieron iguales. Y yo igual que ellos.

Así transcurrió bastante tiempo.

No regresé por entonces al Landing. No deseaba ver a Anne. Ni siquiera abrí la carta que me escribió. Estuvo sobre mi escritorio, donde la veía todas las mañanas. No quise ver a nadie conocido. Vagué por la ciudad, permanecí sentado en mi habitación o en bares que jamás había visitado o frecuenté los cines viendo las películas desde la primera fila, desde donde podía admirar las enormes y deformadas sombras que gesticulaban o se golpeaban o se agarraban y pronunciaban afirmaciones que eran para mí recuerdo de todo cuanto hubiese que recordar.

Y estuve sentado durante horas en la

sala de diarios de la biblioteca pública, ese lugar adonde, lo mismo que a las estaciones de ferrocarril y a las misiones y a las letrinas públicas, se dirigen los viejos acatarrados y los holgazanes para hojear los periódicos que hablan del mundo en que viven cierto número de años o se sientan fatigosamente y contemplan la lluvia que cae sobre los grandes ventanales situados por encima de ellos.

Fue en la sala de periódicos de la biblioteca pública donde encontré a Sugar-Boy. Era un lugar tan improbable para semejante encuentro, que al principio dudé de ello y apenas acepté la evidencia de mis ojos. Pero allí

estaba. La cabeza más bien alargada colgada hacia delante como si fuese demasiado grande para el cuello y pude advertir cuán delgada y rosada era su piel, donde el cabello había desaparecido prematuramente. Sus brazos cortos, cubiertos por las arrugadas mangas del traje de sarga azul, yacían simétricamente colocados sobre la mesa, delante de él, como un puñado de bolsas llenas de salchichas sobre el mostrador de una carnicería. Las manos, regordetas y pálidas, doblándose inocentemente sobre el barniz amarillo de la mesa de roble. Estaba hojeando una revista ilustrada.

Luego, una de sus manos, la derecha,

con ese movimiento rápido y tembloroso que tan bien recordaba, descendió por debajo de la mesa —presumo que al bolsillo de la americana— y volvió con un terrón de azúcar que se introdujo en la boca. Ese movimiento tembloroso de la mano me trajo algo a la memoria y me pregunté si seguiría llevando la pistola. Observé el hombro izquierdo sin poder descubrir nada. El traje de sarga azul de Sugar-Boy era siempre demasiado holgado para él.

Era Sugar-Boy; muy bien, y no sentía deseos de verlo. De levantar la cabeza me tendría precisamente frente a él. Y mientras hallábase embebido en el examen de la revista me encaminé hacia

la puerta. Me desvié hacia un lado cuando de pronto levantó la mirada y se encontró con la mía. Abandonó la silla y vino hacia mí.

Le hice una inclinación de cabeza, un movimiento ambiguo que tanto pudo indicar reconocimiento como una señal para que me siguiese al vestíbulo, donde podríamos hablar. Lo tomó en este último sentido y fue tras de mí. No lo esperé junto a la puerta, sino que avancé unos pasos hacia los escalones que conducían a la galería principal. Quizás él interpretase algo durante ese recorrido. Pero no fue así. Vino detrás de mí con los pantalones de sarga azul amplios colgando de su cuerpo y la

parte de abajo doblada y a pesar de ello caída sobre sus negros zapatos de cabritilla, de puntera ancha.

—Ho-ho-ho —comenzó y su semblante empezó a efectuar esas contorsiones dolorosas y como de disculpa, y la saliva voló.

—Voy tirando —dije—. ¿Y usted?

—Mu-mu-mu-muy bien.

Nos hallábamos en el deslucido y poco alumbrado vestíbulo del sótano de la biblioteca pública, con las colillas de los cigarrillos esparcidas a nuestro alrededor sobre el piso de cemento y la puerta de los lavabos para hombres detrás nuestro y en la atmósfera el olor a papel seco, a tierra y desinfectante. Eran

las once y media de la mañana y afuera el cielo gris chorreaba sostenidamente como un toldo viejo, lleno de agujeros y empapado. Nos miramos. Ambos sabíamos que nos hallábamos allí para guarecernos de la lluvia por no tener otro lugar al que acudir.

Cambió la posición de los pies en el suelo. Lo observó y luego volvió a mirarme.

—Po-po-podría tener un-un-un empleo —declaró ansiosamente.

—Por supuesto —contesté sin mucho interés.

—No-no-no-no quise u-no. Todavía no. No-no-no-no-no me sentía co-co-como para trabajar.

—Por supuesto —repetí.

—Te-te-tengo algún dinero ahorrado —dijo a modo de disculpa.

—Naturalmente.

Me miró de una manera inquisitiva.

—¿U-u-u-usted consiguió a-a-algo?

Meneé la cabeza, pero estuve a punto de decir lo mismo que él. Que podría haberlo conseguido si quisiera pero que no me sentía con ganas de trabajar. Podría haber estado sentado en un bonito despacho al lado de Tiny Duffy, con los pies sobre el escritorio de roble americano. Si hubiese querido. Y mientras eso cruzaba por mi imaginación, no sin cierta ironía, de repente vi como el resplandor de un

relámpago acompañado del trepidar del trueno, que el Señor colocara ante mis ojos. Duffy, pensé, Duffy.

Y allí estaba Sugar-Boy parado ante mí.

—Escuche —dije, y me incliné hacia él en el vacío vestíbulo—, escuche. ¿Sabe quién mató al jefe?

La cabeza más bien grandota se inclinó a un lado sobre el delgado cuello mientras me miraba, y el rostro comenzó de nuevo su doloroso tic.

—Sí —dijo— sí, ese hijo de pe-pe-perra y yo-yo-yo lo maté.

—Sí, mató a Stanton.

Y en ese mismo instante experimenté una especie de puñalada al pensar en

Adam, vivo un tiempo atrás y ahora desaparecido, y aborrecí a la deforme e insignificante figura de Sugar-Boy.

—Sí, lo mató.

La cabeza se inclinó ligeramente sobre el delgado cuello y el hombre repitió:

—Yo-yo-yo lo maté.

—Pero suponga que no lo sabe —dije inclinándome—, suponga que había alguien detrás de ese Stanton, alguien que lo instigó a hacerlo.

Dejé que esa idea penetrase en su cerebro y observé el tic de su rostro. Pero no se produjo ningún sonido.

—Suponga —repetí—, considere que yo se lo dijera, que pueda

probarlo…, ¿qué haría usted?

De repente el tic desapareció de su semblante, que quedó tan suave y tranquilo como el de un niño.

—¿Qué haría? —pregunté de nuevo.

—Mataría a ese hijo de perra. —Esta vez no hubo tartamudeo en sus palabras.

—Lo colgarían después por ello —advertí.

—Lo ma-ma-lo mataría. No podrán co-co-colgarme antes de matarlo.

—Recuerde —me acerqué más aún— que lo colgarían.

Me miró fijamente, escudriñando mi semblante.

—¿Qui-qui-quién es?

—Lo ahorcarían. ¿Está seguro de que lo mataría?

—¿Qui-qui-quién es? —volvió a preguntar—. U-u-usted sabe, u-usted sabe algo y no-n-no quiere decirlo.

Podía decírselo. Decirle que volviese allí mismo a las tres de la tarde, pues deseaba mostrarle algo. Y traerle el documento de Sadie, que estaba en mi habitación sobre la mesa y dejárselo examinar. Una sola mirada iba a ser como si tocase un gatillo.

Sus manos tiraban y se clavaban en mi americana.

—Dí-dídígamelo.

Una sola mirada. Todo estaba perfecto. Podría reunirme con él a las

tres de la tarde. Pasaríamos a los lavabos para dejarle echar una sola ojeada, después de lo cual podría regresar a casa y quemar el documento. Diablo, ¿por qué quemarlo? ¿Qué había hecho yo? Hasta había advertido al individuo de que lo colgarían. Nada existía contra mí.

Se aferraba a mi americana de manera débil, importunándome, y decía:

—Dí-dí-dígamelo. Mejor de-de-decírmelo ahora.

Sería demasiado fácil. Era perfecto. Y la perfecta ironía matemática del asunto —el perfecto duplicado de lo que Duffy me hiciera— me pasó por la imaginación y sentí ganas de reír en voz

alta.

—Escuche —dije a Sugar-Boy—. Deje de clavarme la mano y escuche, y le diré…

Dejó de clavarme sus manos y permaneció sumiso ante mí.

Lo haría. Estaba seguro de que lo haría. Y era una broma tal contra Duffy que casi reí fuertemente. A la vez que el hombre se me vino a la memoria pasó por mi imaginación su semblante grande, lunar y sebáceo, haciéndome un gesto con la cabeza, como si advirtiese oculta y fraternalmente una broma y haciendo un guiño en el preciso momento en que despegaba los labios para pronunciar las sílabas de su nombre. Me guiñaba

exactamente como a un hermano.

Permanecí completamente inmóvil.

El tic volvió a funcionar en el semblante de Sugar-Boy. Iba a preguntarme otra vez, pero lo miré y dije:

—No era sino una broma.

Su semblante quedó completamente inexpresivo y luego se reflejó en él una expresión de absoluta criminalidad. No era ningún relámpago de furia sino una seguridad fría, ingenua y criminal. Como si su semblante se hubiese congelado durante una fracción de segundo en esa certeza; y parecía como la cara de un hombre atrapado y muerto en la nieve mucho tiempo atrás, siglos atrás —allá

en la edad de hielo, quizás— y el glaciar lo transporta centímetro a centímetro durante todas aquellas centurias y de pronto, con su pureza primitiva y su inocencia letal, nos contemplase a través de la última capa de hielo.

Estuve así lo que me pareció una eternidad. No pude moverme. Estaba seguro de que no me movería más.

Luego desapareció el semblante. No quedó sino el de Sugar-Boy, con la cabeza demasiado grande para ese cuello tan delgado. Me humedecí los labios con la lengua.

—No debería haber hecho eso conmigo —lamentó. Su voz era muy

humilde.

—Lo lamento.

—Ya-ya-ya sabe cómo me-me-me siento y no debió ha-ha-haberlo hecho.

—Ya lo sé y lo siento. Lo siento de veras.

—No-no-no es nada —dijo casi para sí mismo.

Lo estudié. Luego dije, creo que tanto para él como para mí:

—Realmente lo habría hecho.

—E-e-era el jefe —contestó.

—Aunque lo colgaran luego.

—No-no-no hay otro co-co-mo el jefe. Y lo ma-ma-mataron. Tu-tu-tu-vieron que matarlo.

Cambió de lugar los pies sobre el

piso de cemento y luego se los miró:

—Hablaba tan-tan-tan bien —musitó casi para sí—. El je-je-jefe podía. Nadie e-e-era capaz de ha-ha-hablar como él. Cuando ha-ha-ha-blaba y todos gri-gri-taban, parecía que algo i-i-iba a estallar den-den-tro de uno. —Se llevó la mano al pecho para donde algo parecía que iba a estallar. Luego me observó inquisitivo.

—Es cierto, era un gran orador —convine.

Estuvimos medio minuto más sin decirnos nada antes de observarse los pies, después de haberme mirado. Luego volvió a observarme y dijo:

—Bue-bu-bueno, creo que es hora

de retirarme.

Me tendió la mano y la estreché.

—Buena suerte —le dije.

Subió la escalera, doblando excesivamente las piernas, pues sus miembros eran cortos. Cuando conducía el Cadillac grande y negro, siempre llevaba un par de almohadones aplastados —eso que se llevaba a los *picnics* o en la canoa— para colocarlos detrás, y poder manejar debidamente la palanca y los pedales.

Así fue como vi por última vez a Sugar-Boy. Había nacido en el barrio de los irlandeses. Había sido el infeliz a quienes los grandotes empujaran y escarnecieran en la granja. Con ellos

había jugado al béisbol sin que resultase bueno para el juego. «Eh, Petiso, alcánzame ese palo», le habían dicho. «Oye, Petiso, ve a buscarme una Coca-Cola». Y allá iba el muchacho en busca de lo ordenado. Pero en alguna oportunidad supo qué hacer. Sus brazos cortos y regordetes supieron manejar el volante y hacerlo girar con la misma limpieza con que la abeja dobla la esquina del granero. Aquellos ojos de color azul pálido, que no tenían nada de profundo, eran capaces de mirar a lo largo de un cañón del 38 y ver, ver realmente durante un segundo frío y apocalíptico, lo que hubiere más allá. Y de ese modo viose una vez en el

Cadillac negro y grande con un par de toneladas de costosa maquinaria latiendo bajo el brazo como un tumor. Y el jefe iba a su lado, el que sabía hablar tan bien.

«Bueno, buena suerte», le había deseado, si bien sabía la que le esperaba. Alguna mañana tomaría el periódico para ver que un tal Robert (¿o era Roger?) O'Sheen había sido víctima de un choque de automóvil. O muerto a balazos por asaltantes desconocidos mientras ocupaba el asiento del vehículo, fuera del Love-Me-and-Leave-Me[12], hostería y propiedad de su patrón. O que aquella mañana había ascendido sin ayuda de nadie al patíbulo

a consecuencia de haber sido más rápido que un policía, de nombre Murphy, sin duda. O acaso viviera eternamente y sobreviviera a todo y se le agotasen las fuerzas (por el licor, las drogas o simplemente a causa del tiempo) y se sentase, mañana tras mañana, mientras la lluvia del invierno barría los grandes ventanales, en la sala de diarios de la biblioteca pública, convertido ya en un hombrecillo flaco y calvo con sus ropas ajadas y llenas de manchas, inclinado sobre una revista ilustrada.

Quizá, después de todo, no le hice ningún favor al no hablarle de Duffy y del jefe y permitirle que fuese derecho a

tirar contra su blanco y poner término al asunto como una bala cuando se nos introduce en el corazón. Quizá privé a Sugar-Boy de lo que él ansiara durante todos los años de su vida y a lo que realmente tenía derecho: y todo lo que sobreviniese, no importa lo que fuere, sería desperdicio y accidente, y el agrio y hediondo requesón de la verdad, como el que encontramos en la botella medio llena de leche que hemos dejado en la nevera al ausentarnos para unas vacaciones de seis semanas.

O quizá Sugar-Boy hubiese tenido algo de que no se le pudiese despojar.

Permanecí en el vestíbulo luego de haber desaparecido Sugar-Boy,

respirando el olor de los papeles viejos y del desinfectante y dando vuelta a esos pensamientos en la imaginación. Luego volví a la sala de lectura de periódicos y hojeé una revista ilustrada.

En febrero fue cuando vi a Sugar-Boy en la biblioteca. Proseguí la clase de vida que había adoptado, colgando a mi alrededor el anonimato y la falta de decisión como si fuese una frazada. Pero ahora existía una diferencia en mi mente, si no en las circunstancias de mi vida. Y finalmente, meses más tarde, a fines de mayo, la diferencia operada en mi mente por el encuentro con Sugar-Boy me

llevó a ver a Lucy Stark. Ahora al menos veo que tal fue el motivo.

Le telefoneé a la granja en que seguía residiendo. A través del aparato parecía encontrarse perfectamente y me invitó para que fuese a visitarla.

Y así me vi nuevamente en la casita blanca, entre los muebles tallados de nogal oscuro, con el tapizado de felpa roja y contemplando las flores de la alfombra. Nada había cambiado en la habitación desde hacía mucho tiempo, ni cambiaría durante mucho más. Pero en Lucy se notaba un pequeño cambio. Ahora estaba algo más entrada en carnes y el gris de sus cabellos era más positivo. Se parecía más a la mujer que

la casa me sugiriera la primera vez que la vi: una mujer respetable, de edad mediana, con un vestido limpio de algodón gris, con medias blancas y zapatos de cabritilla negra, sentada en una mecedora en el pórtico, con las manos cruzadas sobre el regazo para procurarse un leve descanso y terminadas las labores del día y mientras los hombres se hallan todavía en el campo y no es tiempo de pensar en la cena o en el ordeño de la tarde. No era todavía esa mujer, pero si se dejaban transcurrir seis o siete años más, allí la tendríamos.

Allí estuve con los ojos fijos en la flor de la alfombra o levanté la mirada

hacia ella y luego la desvié hacia la alfombra mientras Lucy recorría con los ojos la habitación de manera ausente, del modo abstracto que hace una buena ama de casa para descubrir algún poco de polvo en la misma. Entretanto no dejábamos de decirnos cosas, si bien era como a la fuerza y de manera nada fácil, cosas hueras.

Nos encontramos con alguien en la playa, durante las vacaciones y pasamos una época maravillosa en su compañía. O en el rincón, durante una reunión, mientras los vasos chocan y alguien toca el piano, conversamos con un extraño cuya imaginación parece aguzar la nuestra y con quien se contempla una

nueva idea que nos parece maravillosa. O compartimos alguna experiencia, intensa y dolorosa, con alguien y descubrimos una profunda comunión. Posteriormente tenemos la seguridad de que el alegre compañero nos proporcionará la antigua alegría, el brillante extraño despertará nuestra imaginación de su torpeza, el amigo simpático volverá a solazarnos con la vieja comunión de espíritu. Pero algo sucede, o casi siempre sucede a la alegría a la brillantez y a la comunión. Se recuerdan las palabras individuales del lenguaje que se hablara juntos, si bien se ha olvidado la gramática. Se recuerdan los pasos de la danza, pero la

música no es ejecutada ya.

Y allí estamos.

De manera que permanecimos sentados un rato y los minutos pasaban lentamente, uno a uno, como hojas que cayesen con el tranquilo aire del otoño. Luego, al cabo de un silencio, se disculpó para retirarse y quedé solo para contemplar la caída de las hojas.

Pero retornó, llevando una bandeja con un jarro de té helado, dos vasos con ramitas de menta y una gran torta. Sin duda la habría preparado esa mañana teniendo en cuenta mi visita.

Bien, comer la torta ya sería hacer algo. Nadie espera que se hable mucho con la boca llena.

Finalmente, sin embargo, fue Lucy quien dijo algo. Quizá tener la torta sobre la mesa, ver que alguien la comía (ella sabía que estaba bien hecha) tal como hiciera la gente los domingos por la tarde en aquella misma habitación durante años, dio por resultado que ella dijese algo.

—¿Sabe que murió Tom? —fueron sus palabras.

Lo dijo de manera resuelta, lo cual fue un consuelo.

—Sí, me enteré de ello.

Lo había leído en el periódico, hacia febrero. No había asistido al funeral, pensando que ya había ido a bastantes. Y no le había escrito ninguna carta. No era

muy capaz de escribirle diciendo que lo sentía mucho, y no iba a enviarle una felicitación.

—Fue de neumonía —aclaró.

Recordé las palabras de Adam de que así acontecía con frecuencia en tales casos.

—Murió rápidamente —continuó—. En tres días. —Al cabo de una pausa prosiguió—: Ya estoy resignada. Resignada ante todo lo sucedido, Jack. Llega un momento en que se piensa que no seremos capaces de sufrir más, pero otro acontecimiento nos sorprende y lo soportamos. Ya estoy resignada con la ayuda de Dios.

No contesté nada.

—Y después de la resignación, Dios me dio algo para poder vivir.

Murmuré algo inarticulado.

Se levantó bruscamente de la silla y, creyendo que ello implicaba una despedida, hice lo mismo, demasiado torpemente y comencé a decir algo a modo de despedida. Estaba preparado y ansioso de partir. Había sido una necedad mi visita. Pero ella me tomó del brazo y dijo:

—Deseo mostrarle algo. Venga conmigo —agregó dirigiéndose hacia la puerta.

La seguí al pequeño vestíbulo, lo atravesamos y fuimos a una habitación del fondo. Al principio no comprendí.

Pero había una cuna junto a la ventana y en ella una criatura.

Lucy se hallaba al otro extremo de la cuna, sin dejar de observarme, en el instante en que realmente advertí lo que había en esta. Creo que mi cara era todo un estudio.

—Es el bebé de Tom. Mi nietecito. Es el bebé de Tom.

Se inclinó sobre la cuna, acarició a la criatura una y otra vez como acostumbran las mujeres. Luego, la sacó y la levantó, poniéndole la mano detrás de la cabeza para mantenerla derecha. La boquita de la criatura se abrió como en un bostezo y sus ojos se abrieron y se cerraron y luego, en medio de gestos y

caricias, mostró su sonrisita, húmeda, rojiza y sin dientes, como las que vemos en los anuncios. El semblante de Lucy Stark reflejaba exactamente la expresión que era de esperar.

Dio la vuelta alrededor de la cuna, con la criatura levantada para que la viese.

—Es una hermosa criatura —dije, y alargué un dedo para que esta lo agarrase en la forma que es costumbre hacerlo.

—Se parece mucho a Tom. ¿Qué opina? —dijo ella. Y luego, antes de que tuviese tiempo para contestar algo que no fuese una horrenda mentira, prosiguió —: Pero es una tontería preguntarle eso.

No lo sabría. Quiero decir que es como Tom cuando era chico. —Se detuvo para volver a examinarla—. Es igual que Tom —repitió, más para ella que para mí. Luego me miró directamente—. Sé que es de Tom —declaró finalmente—; tiene que ser de Tom. Se parece a él.

Contemplé a la criatura como examinándola y asentí:

—Sí, claro que se le parece.

—Y pensar —dijo ella— que hubo un tiempo en que rogué a Dios que no fuese hijo de Tom. —La criatura saltó un poco en sus brazos. Era un bebé moreno y de buen aspecto. Lucy le rio para animarlo y luego me miró otra vez—. Y ahora sostengo ante Dios que es hijo

suyo. Lo sé bien.

Volví a asentir.

—Mi corazón me lo dice, ¿y cree que la pobre muchacha, la madre, me lo habría entregado si no supiese que era de Tom? No importa lo que esa muchacha hiciera, aunque fuese todo lo que han dicho, ¿no cree que una madre sabe? Ella sabría exactamente.

—Sí —dije.

—Pero lo sé. Mi corazón me lo dice. Le escribí, fui a verla y conocí a la criatura. Oh, entonces me convencí más aún. Tan pronto como la vi y la tuve en mis brazos. La convencí para que me permitiera adoptarla.

—¿Ha dispuesto las cosas para una

adopción legal? —inquirí—. De manera que ella no pueda… —Me detuve antes de decir, «sacarle dinero muchos años».

—Oh, sí —contestó, sin que al parecer leyera mi pensamiento—. Hice que un abogado fuese a verla y lo arreglase todo. Le di, además, algún dinero a la pobre muchacha, que deseaba irse a California. Willie no dejó mucho, pues gastaba casi todo lo que ganaba, pero le entregué lo que pude. Seiscientos dólares.

Pensé que, después de todo, Sibyl había hecho un buen negocio.

—¿No quiere tenerlo? —inquirió Lucy en un acceso de generosidad, a la vez que me acercaba la criatura.

—Sí, claro que sí. —Lo tomé y levanté con cuidado—. ¿Cuánto pesa? —pregunté, y de repente advertí que mi tono era el de un hombre a punto de comprar algo.

—Siete kilos y medio —contestó rápidamente, y agregó—: Es mucho para tres meses.

—Sí. Es bastante.

Me alivió del peso de la criatura, a la que apretó un poco contra su pecho, inclinando la cabeza para que quedara junto al rostro de ella, y finalmente la dejó en la cuna.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

Se irguió y llegó hasta mí, dando la vuelta alrededor de la cuna.

—Al principio —dijo— pensé ponerle Tom. Lo pensé bastante tiempo. Luego se me ocurrió otra cosa. Le pondría Willie Stark. De modo que se llama Willie…, Willie Stark.

Se dirigió hacia el pequeño vestíbulo… Llegamos hasta la mesa donde se encontraba mi sombrero. Entonces se volvió hacia mí y escudriñó mi semblante.

—Ya ve; le puse Willie porque… —seguía observando mi semblante—. Por que Willie era un gran hombre —concluyó.

Creo que asentí con un movimiento de cabeza.

—Oh, ya sé que cometió errores —

dijo, y alzó la barbilla como si hiciera frente a algo—, errores graves. Quizá no hizo todo lo que le atribuyen. Pero dentro, aquí, bien dentro —se llevó la mano al pecho—, me consta que fue un gran hombre.

Ya no se preocupaba más de mi semblante. No se preocupaba de mí. Bien podría no haber estado en su presencia.

—Era un gran hombre —volvió a afirmar con voz que era casi un suspiro. Luego, mirándome tranquilamente, agregó—: Ya ve, Jack, tengo que creerlo.

Sí, Lucy tenía que creerlo. Es necesario creer para vivir. Sé que hay que creerlo. Y no deseo que proceda de otro modo. Debe de ser así y comprendo el hecho. Porque ya ve, Lucy, yo también tengo que creer que Willie era un gran hombre. Lo que le sucedió a su grandeza no es la cuestión. Quizá la desparramó por el suelo del modo que se desparrama el líquido al romperse la botella. Acaso la amontonó y la quemó en la oscuridad, con una gran llama como una hoguera y después no quedó sino la oscuridad y las brasas atizadas por el viento. A lo mejor no puedo

distinguir su grandeza de sus pequeñeces y así se mezclaron de modo que lo que era adulterado se perdió. Pero la tenía. Tengo que creerlo.

Y porque llegué a creerlo regresé a Burden's Landing. No llegué a creerlo en el momento en que vi a Sugar-Boy mientras subía las escaleras del vestíbulo del sótano de la Biblioteca Pública ni cuando Lucy estuvo ante mí en el reducido vestíbulo de la casita blanca de campo, cuya pintura se descascarillaba. Pero a consecuencia de esas cosas, y de otras tantas que acontecieron, llegué finalmente a creerlo. Y al pensar que Willie Stark era un gran hombre podía pensar mejor de

otras personas. Y de mí mismo. Al mismo tiempo que podía condenarme a mí mismo también con más seguridad.

Volví a Burden’s Landing al comienzo del verano y a petición de mi madre, que una noche me llamó por teléfono y me dijo:

—Hijo, quiero que vengas. Tan pronto como puedas. ¿Es posible mañana?

Al preguntarle qué deseaba, pues aún no había pensado regresar, se negó a contestarme en el acto y dijo que me lo diría personalmente.

Por eso fui.

Me esperaba sentada en la galería cuando llegué en el automóvil, avanzada

la tarde siguiente. Nos dirigimos a la galería lateral, cerrada, y bebimos algo. No se mostraba muy locuaz y no la apuré mucho.

Como al aproximarse las siete no hubiese llegado el joven ejecutivo, le pregunté si no vendría a comer.

Meneó la cabeza. Le pregunté dónde se hallaba.

—No lo sé —contestó, dando vueltas al vaso vacío en la mano, haciendo sonar el troncho de hielo.

—¿Anda de viaje? —inquirí.

—Sí —contestó, sin dejar de hacer sonar el hielo. Luego se volvió hacia mí —. Hace cinco días que se fue. Y no regresará hasta que yo me haya ido. Ya

ves. —Dejó el vaso sobre la mesa junto a ella y dijo con aire resuelto—: Voy a abandonarlo.

—Bueno —alenté—, es toda una sorpresa.

Prosiguió mirándome, como si esperase algo.

—Vaya, vaya —dije, sorprendido ante el hecho de que se me había colocado delante.

—¿Te ha sorprendido? —preguntó, inclinándose un poco hacia mí en su silla.

—Desde luego, ha sido una sorpresa.

Me examinó atentamente y pude descubrir en su semblante un curioso

cambio y ocultación de sentimientos, demasiado ambiguo para definirlo.

—Claro que ha sido una sorpresa —insistí.

—¡Oh! —dijo, y volvió a hundirse en su asiento como quien lo hace en aguas profundas y se aferra a una soga, se cuelga un momento y pierde su asidero y vuelve a intentarlo, sin resultado, y sabe que es inútil tratar de hacerlo de nuevo. Ahora su semblante no reflejaba nada ambiguo. Era como he dicho. Había perdido su asidero.

Desvió su semblante de mí, hacia la bahía, como si no desease que viera lo que reflejaba…

Luego dijo:

—Creí…, creí que te sorprendería. —Siguió con la mirada fija en la bahía —. Creí —dijo; luego vaciló antes de continuar—: Creí que acaso comprendieses el motivo, Jack.

—Bueno, no comprendo.

Quedó en silencio unos instantes. Luego continuó:

—Sucedió el año pasado. Me percaté en cuanto sucedió. Supe que iba a resultar así.

—¿Cuando sucedió qué?

—Cuando tú…, cuando tú… —Luego se detuvo y corrigió lo que estuviera a punto de decir—. Cuando Monty… falleció.

Entonces se volvió hacia mí. En su

rostro se reflejaba una intensa súplica. Estaba haciendo un intento para asirse de la soga.

—Oh, Jack, Jack, fue Monty…, ¿no comprendes…?, fue Monty.

Creo que comprendí y así lo dije. Recordé el grito que me hizo acudir apresuradamente al vestíbulo la tarde de la muerte del juez Irwin, y el semblante de mi madre cuando yacía en el lecho sin conocimiento.

—Fue Monty, sí, siempre Monty —decía—. No lo supe realmente. No había nada entre nosotros desde hacía mucho tiempo. Pero siempre fue Monty. Lo supe cuando falleció. No quise saberlo, pero no tuve más remedio. Y no pude

seguir adelante. Llegó un momento en que no me fue posible continuar así. —Se levantó de repente del asiento—. No pude. Porque todo era una confusión. Todo lo había sido siempre. —Sus manos se retorcieron y desgarraron el pañuelo que tenía en la cintura—. Oh, Jack —dijo llorando—, todo ha sido siempre una dolorosa confusión.

Arrojó al suelo el pañuelo desgarrado y salió corriendo de la galería. Oí él ruido de sus pasos en el aposento inmediato, pero ya no era el alegre repiquetear de los tacones de antaño, sino una especie de ruido desesperado, unos pasos descuidados y apagados de repente sobre la alfombra.

Esperé un rato en la galería y luego volví a la cocina.

—Mi madre no se encuentra muy bien —dije a la cocinera—. Usted o Jo-Belle podrían subir algo más tarde a ver si quiere tomar un caldo con huevos o cosa parecida.

Después me dirigí al comedor, iluminado por el candelabro, y comí algo de lo que me sirvieron.

Después de la cena, Jo-Belle vino a decirme que había subido algo a mi madre en una bandeja pero que no había querido tomarlo. Ni siquiera había abierto la puerta cuando llamaron. No había hecho más que decir que no quería tomar nada.

Tomé asiento en la galería un rato en tanto los ruidos se apagaban en la cocina. Por último se apagó la luz también. El rectángulo verde en medio de la oscuridad, donde la luz de la ventana caía sobre el césped, se hizo de pronto también oscuro.

Al cabo de un rato subí la escalera y llegué junto a la puerta del aposento de mi madre. Una o dos veces pensé llamar. Pero resolví que, aunque entrase, no habría nada que decir; Nunca hay nada que decir a quien ha descubierto la verdad por sí mismo, sea buena o mala.

De manera que regresé al jardín y permanecí entre las oscuras magnolias y los mirtos y pensé como al matar a mi

padre había salvado el alma de mi madre. Luego pensé también que quizás habría salvado igualmente la de mi padre. Ambos habían descubierto lo que necesitaban saber para ser salvados. Y después me pasó por la imaginación que todo conocimiento digno de algo tiene que ser pagado quizá con sangre. Acaso sea la única forma de poder decir que determinado conocimiento posee algún valor.

Mi madre partió al día siguiente en dirección a Reno. La conduje a la estación y dispuse cuidadosamente todos sus bonitos bolsos, que hacían juego, sus

maletas y sus sombrereras sobre el andén de sementó, en espera del tren. El día era caluroso y brillante y el cemento quemaba y rechinaba bajo nuestros pies en tanto permanecimos en ese vacío que corresponde siempre al período inmediatamente anterior a la partida, en una estación de ferrocarril.

Permanecimos allá un buen rato, observando vía arriba para descubrir el primer penacho de humo en la atmósfera vibrante de calor, más allá de las marismas y de los pinares. Luego mi madre dijo de repente:

—Jack, quiero decirte algo.

—Sí.

—Le dejaré la casa a Theodore.

Me causó tanta sorpresa que no pude decir nada. Pensé en todos los años en que había estado amontonando muebles, plata, espejos y cristales hasta convertirla en un museo, cuando había sido un don del cielo para los traficantes en antigüedades de Nueva Orleáns, de Londres y de Nueva York. Me sorprendía enormemente que hubiese algo capaz de despojarla de ello.

—Ya ves —se apresuró a explicar, interpretando mal mi silencio—, no es realmente culpa de Theodore y ya conoces cuánto le gusta ese lugar y vivir en el Row. Y no creía que a ti te agradase. Ya ves…, creí que…, creí que irías a la casa de Monty si alguna vez

fueses a vivir al Landing. Que la preferirías porque…, porque…

—Porque era mi padre —concluí la frase con un leve gesto.

—Sí —dijo sencillamente—, porque era tu padre. Por eso decidí que…

—No te preocupes por eso. La casa es tuya y eres muy dueña de disponer a tu antojo. Yo no la quería. Tan pronto como saque mi maleta de allí esta misma tarde, no volveré a poner los pies en ella. Puedes tenerlo por seguro. No la quiero ni me interesa lo que hagas con ella o con tu dinero. No deseo ninguna de las dos cosas. Siempre te lo he dicho.

—No es mucho el dinero por el que habría que preocuparse. Ya sabes lo que

han sido estos últimos seis o siete años.

—¿No estarás arruinada? —pregunté —. Oye, si lo estás, yo…

—No lo estoy. Tendré suficiente para vivir. Si voy a algún lugar y llevo una vida sencilla y apacible. Al principio pensé ir a Europa, pero luego…

—Mejor será que te apartes de Europa. Todo el infierno se desatará sobre ella y creo que no ha de tardar mucho.

—Bueno, no te preocupen por mí ni por la casa. Ten la seguridad de que jamás volveré a poner los pies en ella.

Miró a lo largo de la vía, hacia el Oeste, donde aún no se divisaba el humo

de la locomotora más allá de los pinos ni de las marismas. Musitó unos instantes algo acerca de la soledad allí existente. Luego dijo exactamente, como si repitiese mis mismas palabras:

—Jamás debí poner los pies allí. Me casé y vine y él fue un buen hombre. Pero tendría que haber permanecido donde estaba. Nunca debía haber venido.

No me era posible discutir ese punto con ella, en uno u otro sentido, y por eso permanecí en silencio.

Pero mientras ella permanecía a su vez callada pareció como si debatiera el asunto consigo misma, pues de repente levantó la cabeza, me miró directamente

y dijo:

—Bueno, lo hice y ahora bien lo sé. —Enderezó los hombros bajo el elegante vestido de hilo azul y levantó el rostro de la manera que acostumbraba hacerlo antes, como si fuese un costoso presente que arrojase al mundo y para este fuese mejor apreciarlo.

Bien, ya sabía ahora. Y mientras se hallaba de pie sobre el ardiente cemento y en medio del resplandor del sol, pareció musitar algo que supiera.

Pero era precisamente sobre algo que no sabía. Porque al cabo de un rato, vuelta hacia mí, dijo:

—Hijo, tienes que decirme algo.

—¿Qué?

—Algo que tengo que saber, hijo.

—¿Qué es?

—Cuando…, cuando fuiste a ver a Monty…

Eso era. Supe que era eso. Y en medio del resplandor del sol y del calor que se desprendía del cemento, permanecí frío como el hielo.

—… Te dijo que había… —Mantuvo sus ojos apartados de mí.

—¿Quieres decir —pregunté— que se había metido en algún berenjenal y que tenía que dispararse un tiro? ¿Es eso?

Asintió con un movimiento de cabeza, me miró fijamente y esperó lo que yo hubiera de decir.

Escudriñé su semblante. La claridad no se mostraba demasiado generosa con él. Nunca volvería a serlo. Pero lo mantuvo erguido mientras esperaba, sin apartar los ojos de mí.

—No, no estaba en ninguna situación difícil. Discutimos un poco sobre política. Nada serio. Pero habló de su salud. Dijo que no se encontraba bien. Me dijo adiós. Sí, eso fue. Ahora advierto que lo dijo de veras. Eso fue todo.

Se encogió un poco. No tenía por qué mantenerse tan erguida más tiempo.

—¿Me has dicho la verdad? —inquirió.

—Sí. Tan cierto como que hay Dios.

—Oh —dijo suavemente y dejó que el aliento escapase casi en un suspiro ahogado.

Esperamos. No había nada más que decir. Finalmente, en el último instante, preguntó lo que quería preguntar y tuviera miedo de hacer durante todo el tiempo.

Al cabo de un rato, se divisó el humo en el horizonte. Después pudimos advertir cómo el humo negro, allá a lo lejos, avanzaba hacia nosotros a lo largo de la orilla del agua resplandeciente. Más tarde, la máquina se detuvo más arriba del lugar en que nos hallábamos. Un mozo de chaquetilla blanca comenzó a subir el equipaje.

—Adiós, hijo —dijo mi madre, que me tomó del brazo.

—Que te vaya bien —contesté.

Avanzó junto a mí y le eché los brazos al cuello.

—Escríbeme, no dejes de escribirme, hijo. Ya no me quedas sino tú.

—Sí, te escribiré —dije.

Luego la besé, y al hacerlo, vi al conductor, situado detrás de ella, que observaba su reloj y lo introducía en el bolsillo con el ademán despectivo del conductor de un tren de lujo que se prepara a poner término a la parada de noventa segundos en una ciudad insignificante. Supe que en aquel mismo

instante gritaría: «Pasajeros al tren». Pero pareció una larga espera. Fue como si se mirase a un hombre al otro lado del valle y se viese el humo producido por el disparo y se esperase Dios sabe cuánto tiempo el pequeño estampido o como si se vislumbrase el relámpago y se quedase esperando el trueno. Permanecí de pie con el brazo alrededor del cuello de mi madre y su mejilla contra la mía (descubrí que la tenía húmeda) y esperé que el conductor gritase: «¡Pasajeros al tren!».

Así lo hizo.

Mi madre se apartó de mi lado; subió al estribo y se volvió para saludarme, agitando la mano mientras el

tren arrancaba y el mozo cerraba con fuerza la puerta del vagón.

Miré el tren que llevaba a mi madre; cada vez era menor, hasta convertirse en un parche de humo hacia el Oeste y pensé cómo la había engañado. Bien, aquella mentira había sido como un regalo de despedida. O una especie de regalo de boda, me imaginé.

Luego pasó por mi imaginación que acaso le había mentido para encubrirme yo mismo.

Y eso era cierto. Verdaderamente cierto.

Había hecho un presente a mi madre

que era mentira. Y ella a su vez me había retribuido con otro que no era sino la verdad. Un nuevo cuadro de ella, que significaba, en definitiva, un nuevo cuadro del mundo. O más bien una nueva pintura de sí misma situada en el espacio en blanco que acaso fuese el centro del nuevo cuadro del mundo que me había sido dado por muchas personas; por Burke, Lucy y Willie Stark, Sugar-Boy y Adam Stanton. Y eso significaba que mi madre habíame devuelto el pasado. Ahora podía aceptar un pasado que antes consideraba manchado y horrible. Y estaba en condiciones de aceptarlo al haber aceptado a ella y estar en paz con mi

madre y conmigo mismo.

Durante años la había condenado como mujer sin corazón, amante simplemente de su poder sobre los hombres y de la satisfacción momentánea de su vanidad o de su carne que ellos pudiesen proporcionarle, que vivía en medio de una oscilación extraña y falta de afectos, entre el instinto y el cálculo. Y mi madre, advirtiendo esa condenación suya y acaso sin advertir su naturaleza, hizo cuanto pudo por retenerme y ahogar esa condenación. Lo que estaba a su alcance con relación a mí era el empleo de la fuerza que era capaz de emplear sobre los demás hombres. La resistí y me

dolió, pero deseaba ser amado por ella al mismo tiempo que me veía arrastrado por la fuerza, ya que era una mujer hermosa y llena de vitalidad, que me atraía y me repelía, a la que condenaba y de la que me sentía orgulloso. Pero se produjo el cambio.

La primera insinuación fue aquel grito que llenó la casa al recibir la noticia de la muerte del juez Irwin. El grito resonó en mis oídos durante muchos meses, pero luego se había desvanecido y estaba perdido en el pasado y en su corrupción en la época en que me llamó a Burden's Landing para anunciarme su intención de alejarse. Entonces supe que decía la

verdad. Y me sentí en paz con ella y conmigo mismo.

No me lo expliqué a mí mismo en el momento en que ella me lo refirió, mientras esperábamos el tren en el andén de cemento, ni siquiera cuando quedé solo en el mismo, observando cómo desaparecía hasta convertirse en una mancha de humo en el Este. Ni tampoco mientras me hallaba sentado aquella misma noche en la casa que había sido del juez Irwin y que ahora era de mi propiedad. Aquella tarde cerré la puerta de la casa de mi madre, dejé la llave debajo de la estera y me alejé de allí.

La casa del juez Irwin olía a polvo,

a casa deshabitada y cerrada. Por la tarde abrí todas las ventanas y así quedaron mientras me dirigí al Landing en busca de algo para cenar. De regreso, y una vez encendí las luces, me pareció más la casa que siempre recordaba. Pero sentado allí en la biblioteca, mientras el aire húmedo y pesado de la noche penetraba por las ventanas, no me expliqué aún por qué ahora me sentía tan en paz conmigo mismo. Pensando en mi madre experimenté la paz y el alivio y el nuevo sentido del mundo.

Al cabo de un rato me levanté, salí de la casa y fui a lo largo del Row. Era noche serena y clara, con apenas un murmullo del agua sobre la arena de la

playa, y la bahía relucía bajo las estrellas. Fui a lo largo del Row hasta la casa de Stanton. Había una luz en el saloncito de atrás, una luz amortiguada, como si se tratase de una lámpara de lectura. Después de contemplar la casa unos instantes franqueé la puerta y ascendí por el sendero.

La puerta de tela metálica de la galería estaba cerrada. Pero la puerta principal del vestíbulo, más allá de la galería, se hallaba abierta, y al mirar al otro lado, vi a través del vestíbulo el lugar en donde un rectángulo de luz caía sobre el suelo a través de la puerta abierta del saloncito del fondo. Golpeé sobre el marco de la puerta y esperé.

Al momento apareció Anne Stanton sobre la mancha de luz del fondo del vestíbulo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—Soy yo —contesté.

Atravesó el vestíbulo y la galería hasta llegar a la puerta, junto a mí, una figura delgada, vestida de blanco y confusa. Iba a decir «hola», pero me contuve. Y ella tampoco habló, mientras descorría el pestillo. Luego se abrió la puerta y entré.

Al verme ante ella aspiré su perfume y se me oprimió el corazón.

—No sabía que me permitirías entrar —dije, procurando que sonara a broma y esforzándome por contemplar

su cara en la sombra. No me fue posible advertir sino la palidez en la oscuridad y el brillo de sus ojos.

—Naturalmente que te dejaré entrar —dijo.

—Bueno, pero no lo sabía —contesté y emití una especie de risa.

—¿Por qué?

—Oh, por mi manera de conducirme.

Tomamos asiento en la galería. Las cadenas de la hamaca crujieron, pero permanecieron tan tranquilas que el aparato no se movió lo más mínimo.

—¿Qué has hecho? —preguntó.

Busqué un cigarrillo y lo encendí. Tiré el fósforo sin mirarle a la cara.

—¿Qué he hecho? —repetí—.

Bueno, es lo que no he hecho. No contesté tu carta.

—No tiene importancia. —Luego agregó, reflexionando y como para sí misma—: Eso fue hace mucho tiempo.

—Sí, hace mucho tiempo, seis o siete meses. Pero hice algo peor que eso. Ni siquiera la leí. La dejé sobre el escritorio y hasta la fecha no la he abierto.

No dijo nada. Di algunas chupadas al cigarrillo y esperé. Pero no salió de sus labios ni una palabra.

—Llegó en mal momento —dije finalmente—. Vino en un momento en que todo y todos, hasta Anne Stanton, me parecía igual y nada me importaba un

comino. ¿Comprendes qué quiero decir?

—Sí —dijo.

—Como seguramente te pasa a ti.

—Es posible —contestó suavemente.

—Pero… no de la manera que yo digo. No podrías.

—Puede ser.

—Bien, de todos modos fue así. Todo y todos me parecían igual. Ni siquiera lamenté nada por nadie ni aun por mí mismo.

—Nunca te he pedido que me compadezcas —exclamó furiosamente —. Ni en la carta ni de ninguna otra manera.

—No, no creo que lo hayas hecho.

—Jamás te lo he pedido.

—Ya lo sé —dije y guardé silencio un instante. Luego agregué—: He venido para decirte que ya no pienso de ese modo. Tenía que decirlo a alguien… en voz alta… estar seguro de que es cierto, Y lo es. —Esperé en silencio ininterrumpido hasta que dije—: Se trata de mi madre. Ya sabes que no nos llevábamos bien. Creí que ella…

—¡No! —estalló Anne—. ¡Calla! No quiero oírte hablar de ese modo. ¿Qué te hace expresarte con tal saña? ¿Por qué hablas así? Tu madre, Jack; lo mismo que tu pobre padre…

—No es mi padre —dije.

—¡Que no es tu padre!

—No —aseguré.

Y sentado allí, inmóvil sobre el columpio, le referí cuanto había que contar sobre aquella muchachita de cabellos claros y mejillas pálidas que llegara desde Arkansas y traté de decirle lo que mi madre me había devuelto finalmente. Traté de decirle cómo es imposible aceptar el futuro si somos capaces de aceptar el pasado con su carga, pues no puede existir el uno sin el otro, y cómo aceptando el pasado podía tenerse esperanza en el porvenir, pues este no puede ser sino consecuencia del primero.

Traté de decírselo.

Luego, al cabo de larga silencio,

dijo:

—Lo creo; porque si no hubiese alcanzado a creerlo no habría podido vivir.

No hablamos más. Fumé otro medio paquete de cigarrillos, sentado en el columpio, en la oscuridad, con el aire del verano, húmedo, pesado y casi empalagoso, a nuestro alrededor, y tratando de captar el sonido de su respiración en el silencio. Finalmente me despedí de ella y me encaminé a lo largo de Row hacia la casa de mi padre.

Esta ha sido la historia de Willie Stark y también la mía. Porque yo

también la tengo. Es la del hombre que ha vivido en el mundo y para ese hombre tal mundo pareció de una manera durante mucho tiempo y después de otra, y muy distinta por cierto. El cambio se produjo en seguida. Muchas cosas acontecieron y el hombre no supo cuándo tuvo alguna responsabilidad en ellas y cuándo no. Hubo un tiempo, en verdad, en que llegó a creer que nadie tenía ninguna responsabilidad por lo que aconteciese, a no ser el Gran Tic.

Al principio ese pensamiento le resultó horrible cuando le fue impuesto por lo que parecía la fuerza de las circunstancias o los accidentes de las mismas, pues parecía privarlo del

recuerdo de aquello por lo que, inconscientemente, había vivido; pero después, algo más tarde, le produjo una especie de satisfacción, al significar que no era culpable de nada, ni siquiera de haber entregado a dos amigos uno en manos del otro y conducirlos después a la muerte.

Pero más tarde, mucho más tarde, despertó una mañana y vino a descubrir que ya no creía en el Gran Tic. Y eso porque había visto vivir a Lucy y Stark y a Sugar-Boy y al procurador universitario y a Sadie Burke y a Anne Stanton y sus maneras de vivir nada habían tenido que ver con el Gran Tic. Había visto morir a su padre y a su

amigo Adam Stanton y a Willie Stark, a su amigo Willie Stark, quien le dijera con su último aliento: «Todo podría haber sido diferente, Jack. Tiene que creerlo».

Había visto vivir y morir a sus dos amigos, Adam Stanton y Willie Stark, y cada uno había matado al otro. Cada uno había sido la sentencia del otro. Como estudiante de Historia, Jack Burden pudo ver que Adam Stanton, a quien vino a llamar hombre de ideas, y Willie Stark, a quien vino a llamar hombre de hechos, estaban sentenciados a destruirse mutuamente, tal como cada uno de ellos estaba sentenciado a tratar de valerse del otro y a ansiar y tratar y

convertirse en el otro, porque cada uno de ellos estaba incompleto con la terrible separación de los años. Pero al mismo tiempo que Jack vino a ver cómo sus amigos estaban sentenciados, advirtió que su destino nada tenía que ver con ninguna decisión de la deidad del Gran Tic. Estaban sentenciados, pero vivieron en el dolor de la voluntad. Como Hugh Miller (otrora procurador general bajo el gobierno de Willie Stark y bastante después amigo de Jack Burden) le dijo en una oportunidad en que discutían acerca de la neutralidad moral de la historia: «La historia es ciega en tanto el hombre no lo es». (Parece que Hugh volverá a actuar en

política, y cuando eso se produzca, andaré bien cerca de él para aguantarle el abrigo. He adquirido bastante experiencia sobre el particular).

De manera que ahora yo, Jack Burden, vivo en la casa de mi padre. En cierto modo es extraño que así suceda, porque el descubrimiento de la verdad me privó en un tiempo del pasado y mató a mi padre. Pero a la larga la verdad me devolvió el pasado. De manera que ahora habito la casa que mi progenitor me dejara. Conmigo está mi esposa, Anne Stanton, y el anciano que antaño se casó con mi madre. Cuando hace unos meses lo encontré enfermo en su habitación, encima del restaurante

mejicano, ¿qué podía hacer sino traerlo aquí? (¿Creerá él que soy hijo suyo? No estoy seguro. Tampoco soy capaz de experimentar que eso tenga interés, pues cada uno de nosotros es hijo de un millón de padres).

Se halla muy débil. De tanto en tanto reúne fuerzas para jugar una partida de ajedrez, como solía hacer con su amigo Montague Irwin, hace mucho tiempo, en la habitación grande de la casa blanca junto al mar. Era muy buen jugador, pero ahora su memoria está débil. Cuando hace buen tiempo toma el sol en su sillón. Lee un poco la Biblia. No tiene muchos arrestos para escribir, pero alguna que otra vez dicta algo a Anne o

a mí para un opúsculo que está escribiendo.

He aquí lo que me dictó ayer:

> La creación del hombre, a quien Dios en Su preconocimiento sabía sentenciado al pecado, es índice terrible de la omnipotencia del Señor. Porque habría sido un caso insignificante y despreciable de la Perfección crear simple perfección. A decir verdad, hacer eso no sería creación, sino extensión. La separación constituye identidad y el único medio de crear Dios al

hombre, de crearlo verdaderamente, era estar en pecado. La creación del mal es en consecuencia índice del poder de Dios y de Su gloria. Tenía que ser así, de modo que la creación del bien pudiera ser índice de la gloria y del poder del hombre. Pero con la ayuda de Dios. Con Su ayuda y Su sabiduría.

Me miró fijamente, después de haberme dictado la última palabra, y dijo:

—¿Escribiste eso?

—Sí —contesté.

A lo cual repuso con repentina

violencia, sin desviar su mirada:

—Es cierto. Sé que es cierto. ¿Y tú, lo sabes?

Dije que sí, reforzándolo con un movimiento de cabeza. (Lo hice para quedar con la conciencia tranquila, pero posteriormente no estuve seguro, sino a mi propio modo, de haber creído lo que dijera).

Luego de haber hablado, continuó mirándome y dijo tranquilamente:

—Desde que ese pensamiento me vino a la mente, mi alma permanece tranquila. Hace tres días que lo tengo en la imaginación. Lo he dejado allí hasta asegurarme con el experimento de mi alma antes de decirlo.

Jamás dará fin al opúsculo. Sus fuerzas decaen visiblemente día a día. El doctor asegura que no pasará el invierno.

Cuando muera estaré preparado para abandonar la casa. En primer lugar, está fuertemente hipotecada. Los asuntos del juez Irwin se hallaban bastante enredados a la hora de su muerte, y a la larga resultó que no era rico sino pobre. En una oportunidad, casi veinticinco años atrás había estado gravada también con fuerte hipoteca. Pero había sido salvada mediante un crimen. Un buen hombre cometió un crimen para liberarla. Yo no sería demasiado complaciente porque no estoy preparado

para cometer otro con el fin de liberar la casa. Quizá mi falta de voluntad en eso de cometerlo para liberarla (admitiendo que se me presentase la oportunidad, lo que es dudoso) es una manera sencilla de decir que no me gusta la casa tanto como al juez Irwin y que la virtud de un hombre puede no ser sino el defecto de su deseo, así como el crimen puede no ser sino una función de su virtud.

Ni tampoco sería complaciente porque tratase de hacer penitencia, en cierto modo, por un crimen cometido por mi padre. El poco dinero que recibiera de la herencia de mi progenitor iría, según pensaba, a la señorita Littlepaugh, la de la habitación

sucia y con olor a zorro de Memphis. Y así fui a dicha ciudad. Pero averigüé que había fallecido. De tal manera me fue denegada esa nada costosa satisfacción de la virtud. Cualquier satisfacción que hubiese de obtener será siempre de una manera más costosa.

Pero todavía tenía el dinero y lo estoy gastando en vivir mientras termino de escribir la obra comenzada años atrás, la vida de Cass Mastern, a quien otrora no me fue posible comprender pero a cuya comprensión he llegado. Supongo que existe algo humorístico en eso de que mientras escribo acerca de Cass Mastern vivo en casa del juez Irwin y como mi pan con su dinero.

Porque el juez y Cass Mastern no se asemejan mucho. (Si el primero se parece a algún Mastern es a Gilbert, el hermano de Cass). Pero no veo que la situación en este caso sea muy divertida. Se parece demasiado como el mundo en que vivimos, desde que en él hacemos nuestra entrada hasta que se produce nuestra salida, y ese humor se vuelve rancio a fuer de repetirlo. Por otra parte, el juez Irwin fue mi padre y bueno conmigo y, en cierto modo, un hombre; y lo quise.

Cuando el anciano fallezca y el libro esté terminado permitiré que el First and National Bank se adueñe de la casa y no me importará quién la habite después; a

partir de tal fecha no será para mí más que un montón bien apilado de ladrillos y de maderas. Anne y yo jamás volveremos a vivir allí, ni en ninguna casa del Landing. (No tiene mayor interés que yo por vivir aquí. Ha abandonado su casa en favor del Hogar para los Niños en que se hallaba tan interesada y creo que será convertida en alguna especie de sanatorio. No se mostró muy triste al hacerlo. Con la muerte de Adam, el lugar no era un placer sino una tortura para ella, y la donación del edificio fue en definitiva su dádiva al espíritu de Adam, una ofrenda pobre y humilde como el puñado de trigo o el tiesto pintado en la

tumba, donación efectuada para consolar al espíritu y estimularlo en su ida, de manera que no moleste más al vivo).

De modo que para el verano de este año, 1939, abandonaremos el Landing.

Sin duda regresaremos para recorrer el Row y contemplar a los jóvenes en el campo de tenis, junto al racimo de mimosas, y caminaremos por la playa junto a la bahía, donde las balsas flotan suavemente al sol; e iremos hasta los pinares, cuyas hojas alfombran el suelo y amortiguan las pisadas, de modo que nos moveremos por entre los árboles, tan silenciosamente como el humo. Pero aún transcurrirá mucho tiempo antes de eso y pronto saldremos de la casa y nos

lanzaremos a la convulsión del mundo, desde la historia otra vez a la historia y a la terrible responsabilidad del Tiempo.

FIN

ROBERT PENN WARREN (1905-1989)

El novelista, poeta y ensayista Robert Penn Warren nació el 24 de abril de 1905 en Guthrie, Kentucky (Estados Unidos), hijo de una maestra llamada Anna Ruth Penn y de un empresario de

nombre Robert Flanklin Warren.

Estudió ingeniería eléctrica en la Vanderbilt University, graduándose en el año 1925. En esta época formó parte del grupo literario Los Fugitivos, nuevos críticos que publicaban sus pensamientos en una revista homónima. Posteriormente se integró en el grupo de tradicionalistas Los Agrarios Sureños. Opuestos al industrialismo, escribieron el manifiesto *I'll Take My Stand* (1930) en el que defendían la vida agraria y el retorno a los valores tradicionales.

En 1926 acudió a la Universidad de Berkeley, en California, y cuatro años más tarde cruzó el charco para estudiar

en la Universidad de Oxford.

En 1930 se casó con Emma Brescia, de quien se divorció en 1950. Dos años después contrajo matrimonio con la escritora Eleanor Clark.

En 1935 fundó el *Southern Review*, publicación en donde escribió crítica literaria y política. Ejerció la docencia en varios centros universitarios, entre ellos el Louisiana State University, Vanderbilt, Memphis, Minnesota y Yale.

Su obra literaria, ambientada en el sur de los Estados Unidos, contiene habituales diatribas sobre política, moral, corrupción y poder, y dio inicio con el libro biográfico *John Brown o La*

vida de un mártir (1929).

Su novela debut fue *El caballero de la noche* (1938), libro ambientado en la Guerra del Tabaco. Posteriormente publicó títulos como *A las puertas del cielo* (1943) o *Todos los hombres del rey* (1946), su novela más famosa basada en la vida del político Huey Long. Por este libro, que fue llevado al cine en el año 1949 por Robert Rossen con el protagonismo de Broderick Crawford, Warren recibió el Premio Pulitzer. La adaptación cinematográfica ganó el Oscar a la mejor película.

Otros volúmenes de su bibliografía son los libros de relatos *Blackberry Winter*

(1946) y *El circo del desván* (1947), y las novelas *Mundo y tiempo suficientes* (1950), *Coro de ángeles* (1955), *The Cave* (1959), *Wilderness: A Tale Of The Civil War* (1961), *The Time Of Man* (1963), *Flood* (1964), *Te espero en la verde espesura* (1971) y *A Place To Come To* (1977).

Aunque a nivel popular sus textos narrativos son los más célebres, no es desdeñable su capacidad poética, expuesta en *Hermano de los dragones* (1953), *Promesas* (1958), libro que ganó el Pulitzer, *Encarnaciones* (1968) o *Ahora y entonces* (1979), volumen que volvió a hacerle conseguir el Premio

Pulitzer. En 1986 recibió el título de Poeta Laureado.

Robert Penn Warren murió el 15 de septiembre de 1989. Tenía 84 años.

Notas

[1] *Sugar*: azúcar; *boy* muchacho *(N. del T.)* <<

[2] Lugar donde se ahúman jamones, embutidos, etc. *(N. del T.)* <<

[3] Danza de Hawai. *(N. del T.)* <<

[4] Organización religiosa de jóvenes neutralistas. *(N. del T.)* <<

[5] y relució su nuca de rosa al darse la vuelta, / y desde lo más alto exhalaron sus cabellos de ambrosía / un olor divino; cayó su vestido hasta los mismos pies / y se marchó con el andar de una diosa verdadera.

Virgilio, *La Eneida*, Libro I <<

[6] Integrante de la selección nacional. *(N. del T.)* <<

[7] Instrumento musical. *(N. del T.)* <<

[8] Acción de Gracias. Día en que los norteamericanos agradecen a Dios los beneficios recibidos. Generalmente el último jueves de noviembre. *(N. del T.)* <<

[9] Tocar el suelo con la pelota entre las manos. *(N. del T.)* <<

[10] Marca de cigarros. *(N. del T.)* <<

[11] Organización religiosa de jóvenes metodistas. *(N. del T.)* <<

[12] «Tráeme y Déjame». *(N. del T.)* <<